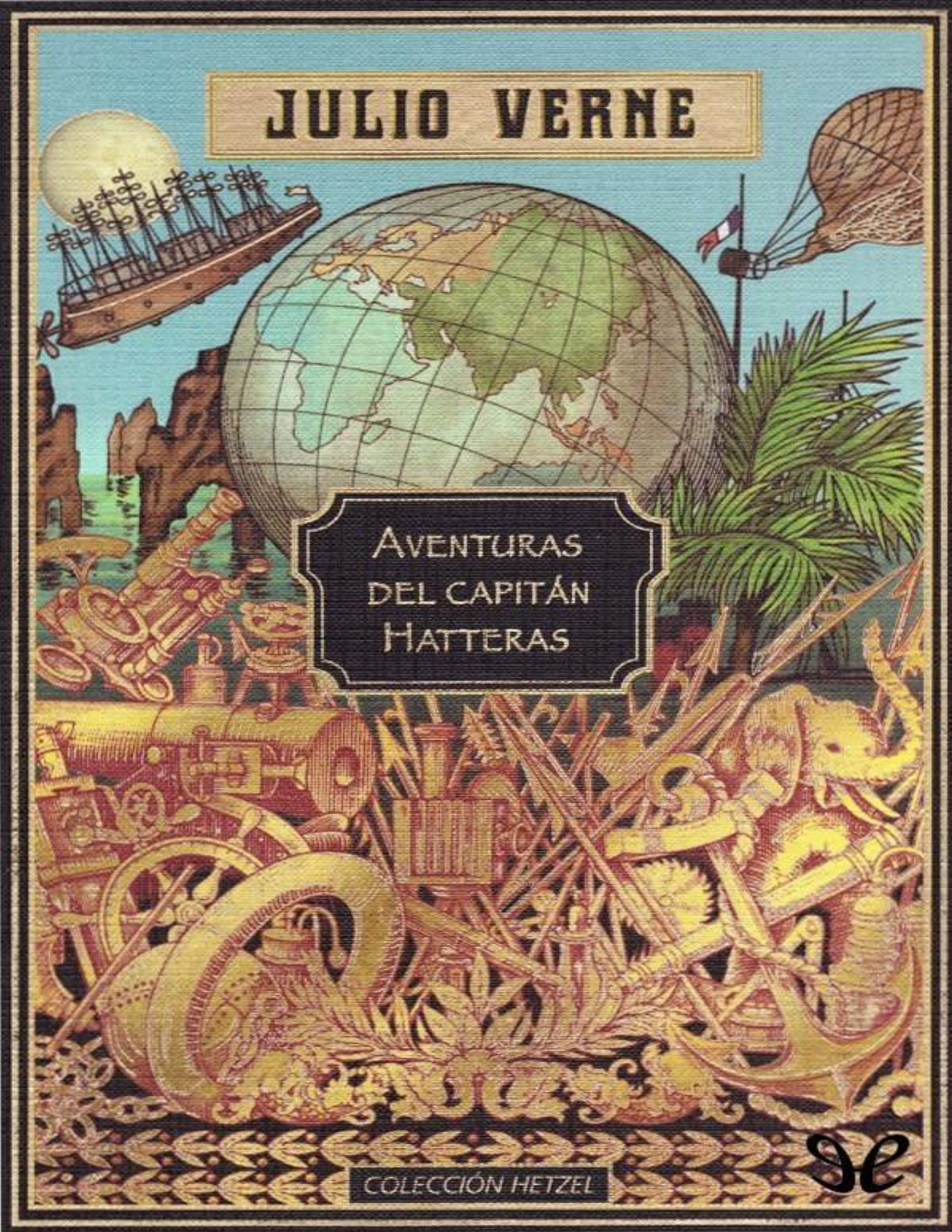

JULIO VERNE
AVENTURAS DEL CAPITÁN HATTERAS
COLECCIÓN HETZEL

Segunda novela de los *Viajes extraordinarios* y primera obra maestra de Julio Verne, las *Aventuras del capitán Hatteras* es la crónica del descubrimiento del Polo Norte y uno de los más paradigmáticos ejemplos del concepto que de la literatura de aventuras tuvo su autor.

En esta novela Verne da vida a dos de sus más grandes criaturas, el capitán Hatteras, desde luego, pero también uno de sus compañeros, el entrañable doctor Clawbonny.

Hatteras, es el primero en esa sucesión de hombres que se bastan a sí mismos y a su voluntad. Inasequible al desaliento, animado por un único norte en su vida, Verne se complace en presentarlo bajo rasgos físicos incluso sobrehumanos: el único expedicionario al que el frío no parece afectar, cuyo organismo parece animado por un fuego interno exclusivo de él.

Clawbonny, por otra parte, supone una de las creaciones humanas más inolvidables del universo verniano. Si Hatteras es el fulminante que anima a cuantos participan en su aventura, el sabio doctor es el necesario aglutinante, aquél en quien confluyen todas las voluntades gracias a su irrenunciable capacidad para la concordia.

Esta novela es la historia de una obsesión, la obsesión por el Polo Norte y ¿acaso las obsesiones pueden concluir de modo absolutamente feliz?

Jules Verne

Aventuras del capitán Hatteras

Los ingleses en el polo Norte / El desierto de hielo

Viajes Extraordinarios - 2

ePub r1.0
trifidus 14.10.15

Título original: *Aventures du capitaine Hatteras: Les Anglais au póle Nord, Le Désert de glace*[1]
Jules Verne, 1866
Traducción: D. A. Ribot & Fontseré
Ilustraciones: Édouard Riou & Henri de Montaut
Diseño de cubierta: Tenllado Studio

Editor digital: trifidus
Digitalización: Alfred Borden
ePub base r1.2

AVENTURES DU CAPITAINE MATTERAS

LES ANGLAIS AU PÔLE NORD

LE DESERT DE GLACE

PAR

JULES VERNE

DESSINS DE RIOU

VOYAGES EXTRAORDINAIRES

JULIO VERNE

LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN HATTERAS

Los ingleses en el polo Norte
El desierto de hielo

ILUSTRACIONES DE G. RIOU

J. HETZEL ET Cie, 18, RUE JACOB
PARIS

I

LOS INGLESES EN EL POLO NORTE

Capítulo primero

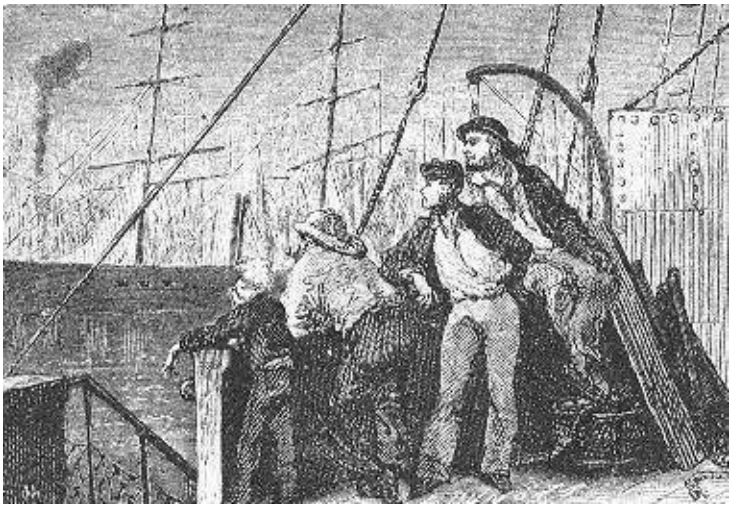
EL *FORWARD*

«MAÑANA, al bajar la marea, el bergantín *Forward*, mandado por el capitán K. Z., y llevando como segundo a Ricardo Shandon, saldrá de New Prince's Docks para un destino desconocido».

He aquí lo que se leía en el *Liverpool Herald* del 5 de abril de 1860.

Para el puerto más comercial de Inglaterra, la salida de un bergantín es un acontecimiento de poca importancia. ¿Quién ha de hacer caso de ella en medio de los buques de todas dimensiones y de todos los países que difícilmente podían acomodarse en un puerto de dos leguas?

Eso no obstante, el 6 de abril, desde que empezó a amanecer, un gentío considerable llenaba los muelles de New Prince's Docks. La numerosa corporación de los marinos de la ciudad parecía que se hallaba allí citada. Los trabajadores de los muelles de los alrededores habían abandonado sus faenas; los negociantes, sus sombríos escritorios, y los mercaderes, sus almacenes desiertos. No pasaba un minuto sin que los ómnibus de mil colores que transitaban por detrás de la dársena vertiesen su cargamento de curiosos. La ciudad no tenía, al parecer, más preocupación que la de ver zarpar el *Forward*.



Era el *Forward* un bergantín de ciento setenta toneladas, provisto de una hélice y de una máquina de vapor de ciento veinte caballos de fuerza. Fácil era que la generalidad le confundiese con los demás bergantines del puerto. Pero si nada extraordinario ofrecía a los ojos de los profanos, en cambio las gentes del oficio echaban de ver en él ciertas particularidades que no podía dejar de pasar inadvertidas ningún marino.

Así es que a bordo del *Nautilus*, anclado a no mucha distancia, un grupo de marineros se deshacía en conjeturas sobre el destino del *Forward*.

Uno de ellos decía:

—¿Qué no da que pensar esa arboladura? ¿Desde cuándo los buques de vapor van aparejados con tanto velamen?

—Preciso es —respondió un contramaestre de cara ancha y colorada— que el tal buque cuente más

con su arboladura que con su máquina, y no hubieran dado tanta anchura a sus velas altas si no previesen que las bajas se verán con frecuencia en la imposibilidad de tomar viento. Así, pues, no es para mí dudoso que el *Forward* está destinado a recorrer los mares árticos o antárticos, donde las montañas de hielo no dejan circular el aire tanto como conviene a un buque emprendedor y sólido.

—Razón tenéis sin duda, maestre Cornhill —repuso un tercer marino—. ¿No os ha llamado también la atención ese tajamar que cae derecho al agua?

—Agrega —dijo el maestre Cornhill— que es un tajamar revestido de una cuchilla de acero fundido, afilada como una navaja de afeitar, que es capaz de rebanar un navío de tres puentes, si el *Forward*, navegando a todo vapor, le coge por un flanco.

—Seguro —respondió un piloto de la Mersey—, porque el tal bergantín con su hélice se traga catorce nudos por hora. Daba gusto, cuando se hizo la prueba, verlo cortar las aguas. Es un andador de primera.

—Y a la vela, no digo nada —repuso el contramaestre Cornhill—; pica el viento como ningún otro, y se gobierna como se quiere. O yo no me llamo por mi nombre, o el tal bergantín se dispone a explorar las aguas polares. Otra circunstancia: ¿Habéis observado de qué manera tan particular está articulado su gobernalle?

—Es verdad —respondieron los interlocutores de Cornhill—, ¿y eso qué prueba?

—Prueba —respondió el contramaestre con una desdeñosa satisfacción— que vosotros no sabéis de la misa la mitad, que no acertáis a ver y que no reflexionáis; prueba que se ha querido dar juego al gobernalle para poder más fácilmente ponerlo o quitarlo. ¿Ignoráis que en medio de los hielos es ésta una maniobra que se repite con frecuencia?

—Muy bien calculado —respondieron los marineros del *Nautilus*.

—Y además —repuso uno de ellos—, el cargamento del tal bergantín confirma la opinión del contramaestre. Yo sé por Clifton, que es uno de los valientes que en él se han embarcado, que el *Forward* lleva víveres para cinco o seis años, además, claro está, del carbón correspondiente. Todo su cargamento consiste en carbón y víveres, y una pacotilla de vestidos de lana y pieles de foca.

—Pues bien —dijo Cornhill—, no cabe ya ninguna duda; pero di: ese Clifton, a quien conoces, ¿nada te ha dicho acerca de su destino?

—Ni una palabra. ¿Acaso él sabe algo? Nada, ni la tripulación tampoco. Sabrá a dónde va cuando haya llegado.

—Y eso —respondió un incrédulo— si no se va al diablo, como me parece muy probable.

—Ha sido contratado con esta condición —dijo el amigo de Clifton animándose—. Pero ¡qué salario, camaradas, qué buen salario! Cinco veces mayor que el de costumbre. No siendo así, no hubiera encontrado Ricardo Shandon ningún tripulante. ¡Como quien no dice nada, un buque de una forma extraña, que va no se sabe a dónde, y que tiene trazas de no querer volver! Lo que es a mí el trato me hubiera convenido poco.

—Convenido o no —repitió Cornhill—, tú no podías formar parte de la tripulación del *Forward*.

—¿Por qué?

—Porque te faltan las condiciones requeridas. He oído decir que los casados no eran admitidos, y tú eres de los entrados en el gremio. No te hagas, pues, el desdeñoso, ni rehúses lo que nadie ha pensado en ofrecerte.

El marinero apostrofado se echó a reír a coro con sus camaradas, reconociendo la justicia de la observación del contramaestre.

—¡Hasta el nombre del buque —añadió Cornhill, satisfecho, de sí mismo— es terriblemente osado! ¡El *Forward*![2] ¿*Forward* hasta dónde? Sin contar con que nadie conoce a su capitán.

—¡Sí, se le conoce! —respondió un marinero joven que tenía cara de bobo.

—¡Cómo! ¿Se sabe quién es? —preguntó Cornhill, manifiestamente sorprendido.

—Sin duda.

—Muchacho —dijo Cornhill—, ¿crees acaso que es Shandon el capitán del *Forward*?

—Pero… —replicó el joven marino.

—Has de saber que Shandon es el *commander*[3] y de ahí no pasa. Es un marino diestro y valiente, un ballenero que ha sabido probar cuánto vale, un buen sujeto, digno sin duda de mandar un buque; pero lo cierto es que no lo manda, y lo mismo es el capitán que tú y que yo. Al que después de Dios mandará a bordo, ni él mismo le conoce. Cuando llegue la ocasión oportuna, el verdadero capitán aparecerá no se sabe de qué manera, como llovido del cielo, viniendo de no puedo decir qué playa de los dos mundos, porque Ricardo Shandon no ha dicho ni tiene permiso de decir a nadie hacia qué punto del Globo dirigirá el bauprés de su buque.

—Sin embargo, maestre Cornhill —repuso el joven marinero—, puedo aseguraros que alguien hay a bordo que manda, teniendo por segundo a Mr. Shandon.

—¡Cómo! —respondió Cornhill, frunciendo el entrecejo—. ¿Vas a sostener que el *Forward* tiene un capitán a bordo?

—Sí, maestre Cornhill.

—¿Y es a mí a quien se lo cuentas?

—Johnson, el contramaestre de la tripulación, me lo ha contado todo.

—¿El contramaestre Johnson?

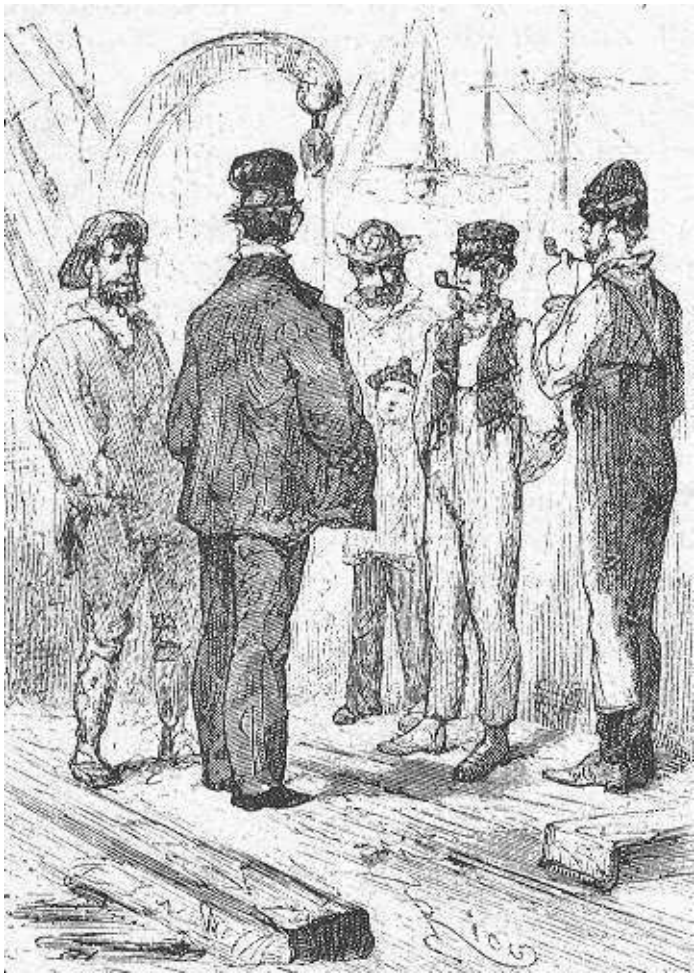
—El mismo.

—¿Es Johnson quien te ha dicho que el *Forward* tiene un capitán?

—Ha hecho más, me lo ha enseñado.

—¿Y tú lo has visto?

—Como os estoy viendo a vos.



—¿Y quién es?

—Un perro…

—¿Un perro?

—De cuatro patas, como otro cualquiera.

—¿De veras?

Los marineros del *Nautilus* quedaron como quien ve visiones. En cualquier otra circunstancia hubieran soltado una carcajada. ¡Un perro, capitán de un bergantín de ciento setenta toneladas! Motivos había para desternillarse de risa. Pero era el *Forward* un buque tan extraordinario, que antes de reír y de negar era menester pensarlo mucho. Además, el contramaestre Cornhill tampoco reía.

—¿Y es Johnson quien te ha hecho ver a ese capitán de un género tan raro? —Repuso, dirigiéndose al joven marinero—. ¿Y tú lo has visto…?

—Con mis propios ojos.

—Y bien, ¿qué decís a eso? —Preguntaron los marineros a Cornhill.

—No digo nada —respondió el contramaestre con desenfado—, no digo nada, no digo más sino que el *Forward* es un buque que lo lleva el diablo y que son locos de atar los que lo tripulan.

Los marineros siguieron contemplando silenciosamente el *Forward*, cuyos preparativos de marcha tocaban a su fin, sin que a nadie se le ocurriese pensar que el contramaestre Johnson se hubiese burlado del joven marinero.

Esta historia del perro había ya circulado por la ciudad, y entre la multitud de curiosos había más de cuatro que con la vista buscaban ávidamente al *perro-capitán*, a quien consideraban como un ser sobrenatural.

No es extraño. Hacía ya algunos meses que el *Forward* llamaba la atención pública. Lo que había de algo extraordinario en su construcción, el misterio que lo rodeaba, el incógnito guardado por su capitán, el modo con que Ricardo Shandon recibió la proposición de dirigir su armamento, las condiciones exigidas a la tripulación, el destino desconocido que muy pocos se atrevían a sospechar, todo contribuía a revestir al bergantín de un carácter extraño.

Para un pensador, para un soñador, para un filósofo, no hay nada que tanto conmueva como un buque cuando parte. La imaginación le acompaña a pesar suyo en sus combates con el mar, en las batallas que empeña con los vientos, en el camino de aventuras cuyo término final no es siempre el puerto, y, por poco que sobrevenga un incidente insólito, la embarcación se presenta bajo una forma fantástica hasta a los más rebeldes espíritus prosaicos.

Así sucedía respecto al *Forward*. Y aunque la mayoría de los espectadores no podían formar las conjeturas atinadas del contramaestre Cornhill, las suposiciones acumuladas por espacio de tres meses eran suficientes para hacer el gasto en las conversaciones liverpoólicas.

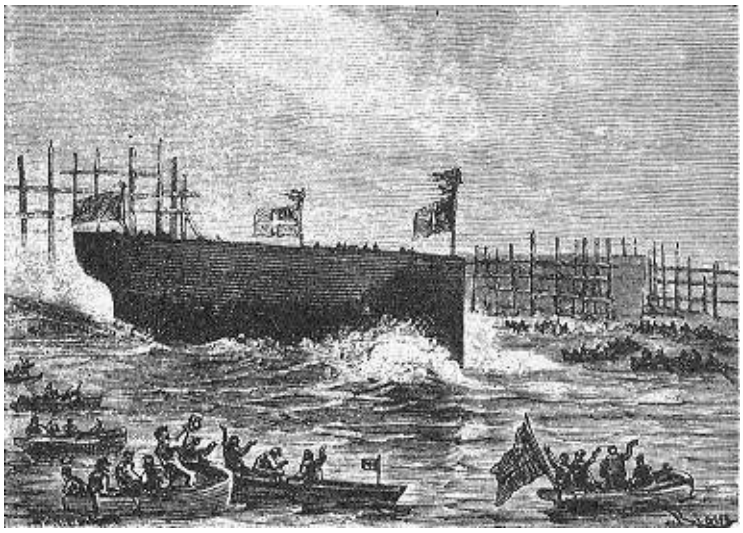
El buque se había construido en el astillero de Birkenhead, verdadero arrabal de la ciudad, situado en la orilla izquierda del Mersey, y puesto en comunicación con el puerto por la incesante circulación de los barcos de vapor.

El constructor, «Scott y Cía.», uno de los más hábiles de Inglaterra, había recibido de Ricardo Shandon un presupuesto y un plano detallado, en el cual estaban indicados con la mayor exactitud el tonelaje, las dimensiones y el gálibo del buque. Se adivinaba en el proyecto la perspicacia de un marino consumado. Pudiendo Shandon disponer de fondos considerables, empezaron los trabajos, y por recomendación del propietario desconocido se llevaron a cabo con toda rapidez.

El bergantín fue construido con una solidez a toda prueba. Estaba evidentemente llamado a resistir enormes presiones, pues su casco de teca, especie de encina de las Indias notable por su extremada dureza, fue además reforzado con fuertes trabazones de hierro. Hasta los marineros se preguntaban por qué el casco de un buque, en el que se daban tales condiciones de resistencia, no se había construido de hierro como el de otros buques de vapor, a lo que algunos contestaban que el ingeniero misterioso habría tenido para ello sus razones.

Poco a poco el bergantín fue tomando forma en el astillero, y sus cualidades de fuerza y ligereza asombraron a los inteligentes. Como lo habían notado los marineros del *Nautilus*, su tajamar formaba ángulo recto con la quilla y estaba revestido, no de un espolón, sino de una cuchilla de acero fundida en los talleres de R. Hawthom, de Newcastle. Aquella proa de metal, que resplandecía al sol, daba un aspecto particular al bergantín, si bien nada tenía de buque de guerra. Sin embargo, se colocó en el alcázar un cañón del dieciséis, que, montado sobre un eje, giraba en todos sentidos; pero decimos de él lo que del tajamar; nada daba la impresión de que el buque fuese positivamente belicoso.

El 5 de febrero de 1860, el bergantín fue echado al agua en medio de una inmensa concurrencia de espectadores, y el acto obtuvo un éxito completo.



Pero si el bergantín no era un buque de guerra, ni un buque mercante, ni un yate de recreo, pues no se va a paseo en una embarcación que lleva en su sentina provisiones para seis años, entonces, ¿qué podía ser?

¿Era un buque destinado a descubrir el paradero del *Erebus* y del *Terror*, y de Sir John Franklin? Tampoco, pues en el año anterior, 1859, el comandante McClintock había regresado de los mares árticos con la prueba irrecusable del fracaso de aquella desdichada expedición.

¿El *Forward* quería, por consiguiente, arriesgarse en el famoso paso del Noroeste? ¿Para qué? El capitán McClure había ya dado con él en 1853, y su teniente Creswell fue el primero que tuvo la gloria de costear el continente americano desde el estrecho de Behring hasta el de Davis.

Era por lo tanto cierto e indudable para las personas competentes que el *Forward* se disponía a penetrar en la región de los hielos. ¿Dirigiría su proa hacia el polo Sur, más lejos que el ballenero Weddell, más adelante que el capitán James Ross? ¿Con qué objeto?

Véase, pues, cómo, no obstante haberse circunscrito considerablemente el campo de las conjeturas, la imaginación hallaba aún motivos de vacilación y extravío.

Al día siguiente de aquel en que el bergantín fue botado al agua, le llegó la máquina, salida de los talleres de R. Hawthom, de Newcastle.

Era una máquina de ciento veinte caballos de fuerza, con cilindros oscilantes, que ocupaba muy poco espacio. Su fuerza parecía considerable para un buque de ciento setenta toneladas, que tenía además mucho velamen y era de primera marcha. Acerca del particular los ensayos no dejaban duda alguna, y hasta el contramaestre Johnson había creído conveniente expresar como sigue su opinión a su amigo Clifton:

—Cuando el *Forward* se sirve al mismo tiempo de sus velas y de su hélice, aquéllas son las que llevan la ventaja.

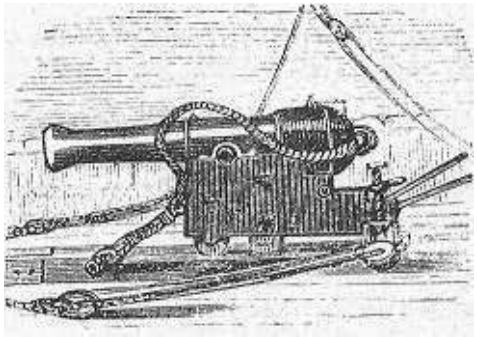
El amigo Clifton no había comprendido ni una palabra de esta proposición; pero todo lo creía posible, tratándose de un buque mandado por un perro en persona.

Colocada la máquina a bordo, empezó la estiba de las provisiones, que no era una bicoca, porque el buque pedía víveres para seis años. Los víveres consistían en carne salada y seca, en pescado curado al humo, galleta y harina. Montañas de café y de té cayeron como aludes enormes dentro de los pañoles. Ricardo Shandon presidía solícitamente, como hombre que sabe dónde tiene su mano derecha, el acarreo de aquel precioso cargamento. Todo se hallaba encajonado, rotulado y numerado con un orden perfecto. Se embarcó también una gran cantidad de esa preparación india llamada *pemmican*, que en un pequeño

volumen contiene un gran número de elementos nutritivos.

El género de víveres no dejaba duda alguna acerca de la duración del viaje, ni aun a los más legos. Pero un buen observador comprendía, además, sin tenerse que romper mucho los cascos, que el *Forward* iba a navegar por los mares polares, al ver los barriles de limonada, pastillas de cal, paquetes de mostaza, granos de acedera y de codearia, y otra multitud de antiescorbúticos enérgicos y eficaces cuya influencia es tan necesaria en las navegaciones australes y boreales.

Shandon había, sin duda, recibido la orden de fijarse muy particularmente en esta parte del cargamento, pues se ocupó mucho de ella, como igualmente de la farmacia o botiquín de viaje.



Si las armas no eran a bordo numerosas, lo que podía tranquilizar a los apocados y tímidos, en cambio la santabárbara estaba atestada de pólvora, circunstancia asaz alarmante. El cañón giratorio, único que había, no podía tener la pretensión de absorber él solo todas aquellas municiones. Eso daba que pensar. Había igualmente sierras gigantescas, máquinas poderosas, tales como palancas, mazas de plomo, serruchos, hachas enormes, etc., sin contar una recomendable cantidad de *blasting-cylinders*[4], cuya explosión hubiera bastado para volar la aduana de Liverpool. Todo eso era extraño, ya que no horripilante, y eso que no decimos nada de los cohetes, señales, artificios y fanales de mil especies.

Los numerosos espectadores de los muelles de New Prince’s Docks admiraban también una larga ballenera de caoba, una piragua de hojalata cubierta de gutapercha, cierto número de *halkett-boats*, especie de capas de goma elástica que, soplándolas por el forro, podían transformarse en botes. Hubo en los espectadores un momento de ansiedad, porque con la marea descendente el *Forward* iba a zarpar muy pronto para su misterioso destino.

Capítulo II

UNA CARTA INESPERADA

HE aquí el texto de la carta recibida por Ricardo »Shandon ocho meses antes.

»Aberdeen, 2 de agosto de 1859.

»Señor Ricardo Shandon. Liverpool.

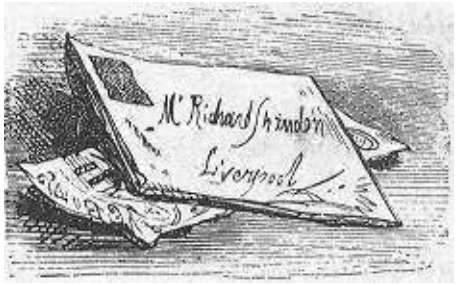
»Señor:

»La presente tiene por objetivo avisaros la remisión de dieciséis mil libras esterlinas, que han sido entregadas a los señores “Marcuart y Compañía”, banqueros en Liverpool. Adjunta va una serie de libramientos firmados por mí, que os permitirán disponer en casa de los susodichos señores Marcuart de las dieciséis mil libras mencionadas.

»Vos no me conocéis, pero no importa. Yo os conozco a vos, y basta.

»Os ofrezco la plaza de segundo a bordo del bergantín *Forward*, para una expedición que puede ser larga y peligrosa.

»Si no os acomoda, no hay nada de lo dicho. Si aceptáis, se os señalará una remuneración de quinientas libras, y a cada año que pase, mientras dure la campaña, se os aumentará una décima parte de vuestro sueldo.



»El bergantín *Forward* no existe. Tendréis que mandarlo construir de manera que pueda hacerse a la mar en los primeros días de abril de 1860, o antes, si es posible. Adjunto os envío el plano y un detalle de los gastos. Os ceñiréis a ellos escrupulosamente. El buque se construirá en los astilleros de los señores “Scott y Cía.”, que se pondrán de acuerdo con vos.

»Os recomiendo particularmente la tripulación del *Forward*, que constará de un capitán, que seré yo, de un segundo, que seréis vos, de un oficial tercero, de un contramaestre, de dos ingenieros, de un *icemaster*[5], nueve marineros, dos fogoneros; total: dieciocho hombres, incluyendo al doctor Clawbonny, de esta ciudad, que se os presentará en ocasión oportuna.

»Convendrá que los tripulantes del *Forward* sean ingleses, libres, sin familia, solteros, sobrios, pues a bordo no se tolerará el uso de los licores espirituosos, ni siquiera de la cerveza, dispuestos a emprenderlo y arrostrarlo todo. Daréis la preferencia a los que estén dotados de una constitución o temperamento sanguíneo, que por lo mismo llevan en sí mismos, al más alto grado, el principio generador del calor animal.

»Les ofreceréis una paga cinco veces mayor que la suya habitual, con un aumento de una décima parte

por cada año de servicio. Concluida la expedición, se entregarán a cada uno de ellos quinientas libras de gratificación y vos percibiréis dos mil. Estos fondos quedarán asegurados en casa de los señores “Marcuart y Compañía”, ya nombrados.

»La campaña será penosa y larga, pero honrosa. No vaciléis, pues, señor Shandon.

»Respuesta a vuelta de correo, Gotteborg (Suecia), con las iniciales K. Z.

»P. D. El 15 del próximo febrero recibiréis un perro danés de gran talla, de bembas colgantes, pardo oscuro, listado negro. Tenedlo a bordo, y dadle de comer pan de centeno con caldo de pan de sebo[6]. Acusad recibo del perro dirigiendo la carta a Liorna (Italia), a las mismas iniciales ya indicadas.

»El capitán del *Forward* se presentará y dará a conocer en tiempo oportuno. En el acto de partir recibiréis nuevas instrucciones.

»El capitán del *Forward*, K. Z.»

Capítulo III

EL DOCTOR CLAWBONNY

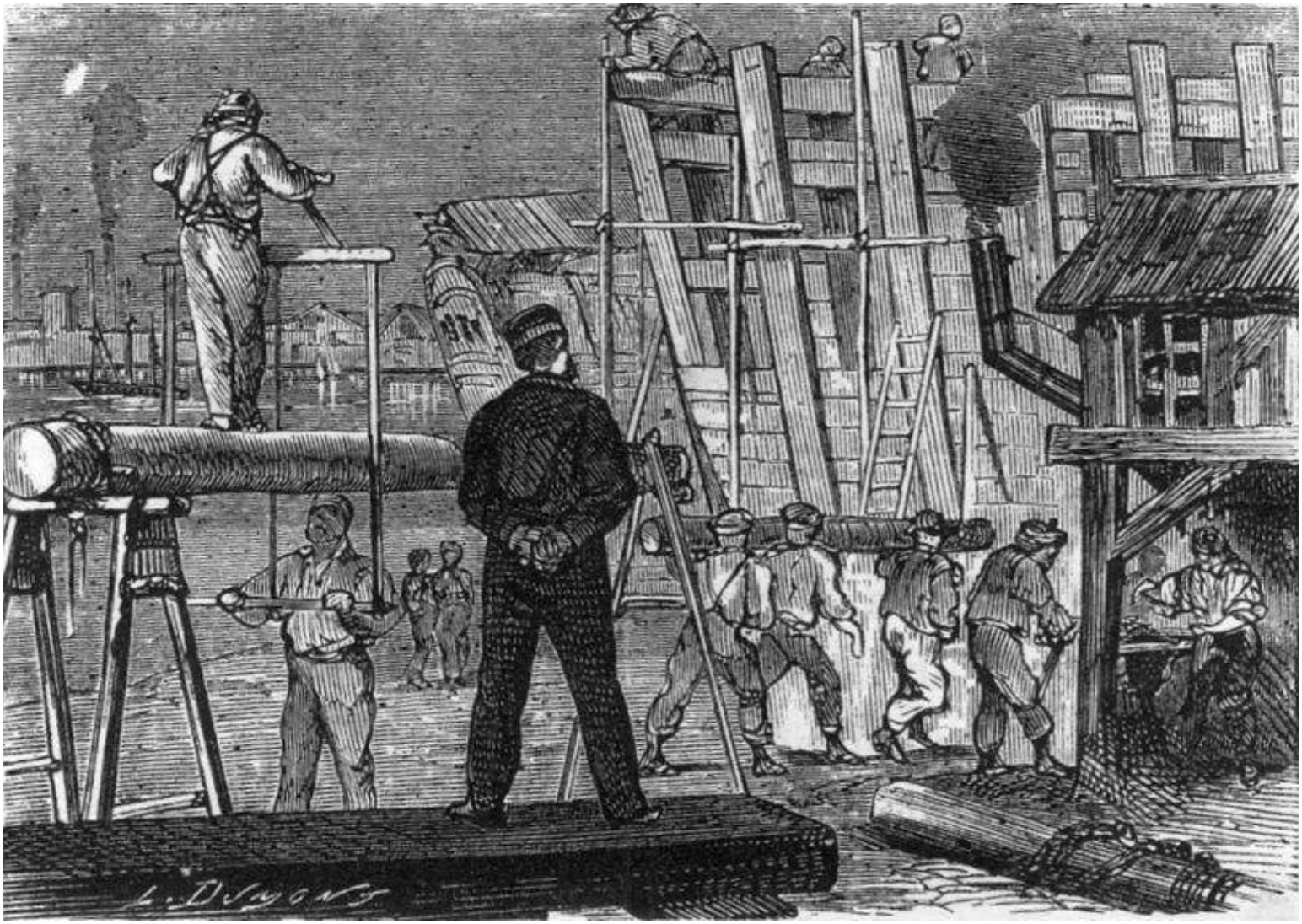
RICARDO Shandon era un buen marinero. Había mandado largo tiempo los balleneros en los mares árticos, con una reputación sólidamente establecida en todo el Lancaster. Era natural que al leer la carta que recibió quedase como quien ve visiones, y en efecto se asombró; pero se asombró con la sangre fría del que está acostumbrado a ver muchas cosas.

Él, por otra parte, se hallaba en las condiciones requeridas; no tenía mujer, ni hijos, ni padres. Podía hacer de su capa un sayo. Era todo lo independiente que es dado ser a un hombre. No teniendo con quién consultar, se fue derechito a casa de los señores «Marcuart y Compañía», banqueros.

—Si allí está el dinero —dijo para su capote—, todo marchará a pedir de boca.

Fue recibido en la casa de banca con todas las consideraciones debidas a un hombre a quien aguardan pacientemente en una caja dieciséis mil libras. Tranquilo sobre el particular, pidió un pliego de papel, y envió, en letra asaz garabatosa, su aceptación a la dirección indicada.

En aquel mismo día entró en tratos con los constructores de Birkenhead, y veinticuatro horas después la quilla del *Forward* se hallaba ya en los calzos del astillero.



Ricardo Shandon era un solterón de unos cuarenta años, robusto, enérgico y resuelto, que son las tres grandes cualidades de un marino, porque le dan confianza, vigor y sangre fría. Se le reconocía un carácter envidioso y difícil de llevar, y así es que los marinos nunca lo quisieron bien, pero le tenían miedo. Esta reputación no era motivo suficiente para dificultar el reclutamiento de su tripulación, y él, por otra parte, era hombre bastante hábil para salir de apuros.

Shandon temía que el lado misterioso de la empresa dificultase sus movimientos.

«Así, pues —se dijo—, lo mejor será no alborotar el cotarro. Habría entre esos perros de mar quienes quisieran conocer el cómo y el porqué del asunto, y como yo no sé nada, me costaría mucho trabajo contestarles algo. Ese K. Z. es seguramente un galápago de muchas conchas, pero al fin y al cabo me conoce, cuenta conmigo, y no se necesita más. En cuanto a su buque, no dejará nada que desear, y tan cierto como que soy Ricardo Shandon, está destinado a frecuentar el mar Glacial. Pero esto queda para mí y mis oficiales».

Sin más observaciones, Shandon se ocupó en reclutar su tripulación, ateniéndose a las condiciones de familia exigidas por el capitán.

Conocía a un valiente joven, muy adicto y buen marino, que se llamaba James Wall. Era un hombre de unos treinta años, y que había ya navegado por los mares del Norte. Shandon le ofreció la plaza de tercer oficial, y él la aceptó sin encomendarse a Dios ni al diablo. Lo que quería era navegar, y tenía mucha afición a su oficio. Shandon le contó las cosas circunstancialmente, y lo mismo a un tal Johnson, a quien nombró contramaestre.

—Aceptado —respondió James Wall—; lo mismo me da navegar por un lado que por otro. Si de lo que se trata es de buscar el paso del Noroeste, algunos hay que vuelven.

—No todos —respondió el contramaestre Johnson—, pero esto no es una razón para que dejemos de ir nosotros.

—Además —repuso Shandon—, si nos equivocamos en nuestras conjeturas, es preciso confesar que nunca se ha emprendido un viaje en tan buenas condiciones. El *Forward* será un magnífico buque, y estando provisto de una buena máquina, podrá hacer prodigios. Dieciocho hombres de tripulación, he aquí lo que nos hace falta.

—Dieciocho hombres —replicó el contramaestre Johnson, —es decir, tantos como llevaba a bordo el americano Kane, cuando emprendió su famosa excursión hacia el polo.

—De todos modos, es singular —repuso Wall— que se encuentre aún un particular que trate de atravesar el mar desde el estrecho de Davis al estrecho de Behring. Las expediciones enviadas en busca del almirante Franklin han costado ya a Inglaterra más de setecientas setenta mil libras, sin producir ningún resultado práctico. ¿Quién diablos arriesga aún su fortuna en una empresa semejante?

—En primer lugar, James —respondió Shandon—, estamos discutiendo sobre una simple hipótesis. ¿Iremos realmente a los mares boreales o australes? Lo ignoro. Acaso se trate de un nuevo descubrimiento. Como quiera que sea, no tardará en presentarse un tal doctor Clawbonny, que sabrá algo más que nosotros y nos pondrá seguramente al corriente de todo. Allá veremos.

—Aguardemos, pues —dijo el contramaestre Johnson—; yo, por mi parte, voy a ponerme al acecho de individuos sólidos, comandante, y en cuanto a sus principios de calor animal, como dice el capitán, salgo de ellos garante de antemano. Miradme a mí.

Johnson era un hombre que no tenía precio. Conocía la navegación en las altas latitudes. En calidad

de contramaestre se hallaba a bordo del *Phoenix*, que formó parte de las expediciones enviadas en 1853 en busca del paradero de Franklin. Fue también testigo de la muerte del teniente francés Bellot, a quien acompañaba en su excursión por entre los hielos. Johnson conocía el personal marinero de Liverpool, y entró inmediatamente en campaña para reclutar su gente.

Shandon, Wall y él desplegaron tanta actividad que a principios de diciembre tenían ya completa la tripulación, lo que no dejó de ofrecer dificultades. Muchos se sentían atraídos por el cebo de la buena paga, pero les arredraba el porvenir de la expedición, y alguno hubo que, después de haberse alistado resueltamente, se desdijo y devolvió el dinero que había recibido a cuenta, disuadido por sus amigos de exponerse a los riesgos de semejante empresa. Todos, por otra parte, querían descubrir el misterio, y abrumaban a preguntas a Ricardo Shandon, el cual les enviaba al contramaestre Johnson.

—¿Qué quieres que te diga? —Respondía invariablemente este último—. Lo mismo sé yo que tú. Lo que puedo asegurarte es que estarás en buena compañía, con valientes marineros a quienes no se encoge el ombligo, y eso es algo. ¡Así, pues, menos reflexiones, y herrar o quitar el banco!

Y la mayor parte mordían el anzuelo.

—Fácilmente comprenderás —añadía algunas veces el contramaestre— que me sobra dónde escoger. Una buena paga, como no hay memoria de que la haya tenido nunca ningún marinero desde que hay marineros en el mundo, con la seguridad de hallar a la vuelta un capital decente. Hay para tentar al diablo.

—La verdad es —respondían los marineros— que la tentación es fuerte. ¡Bienestar hasta concluir la vida!

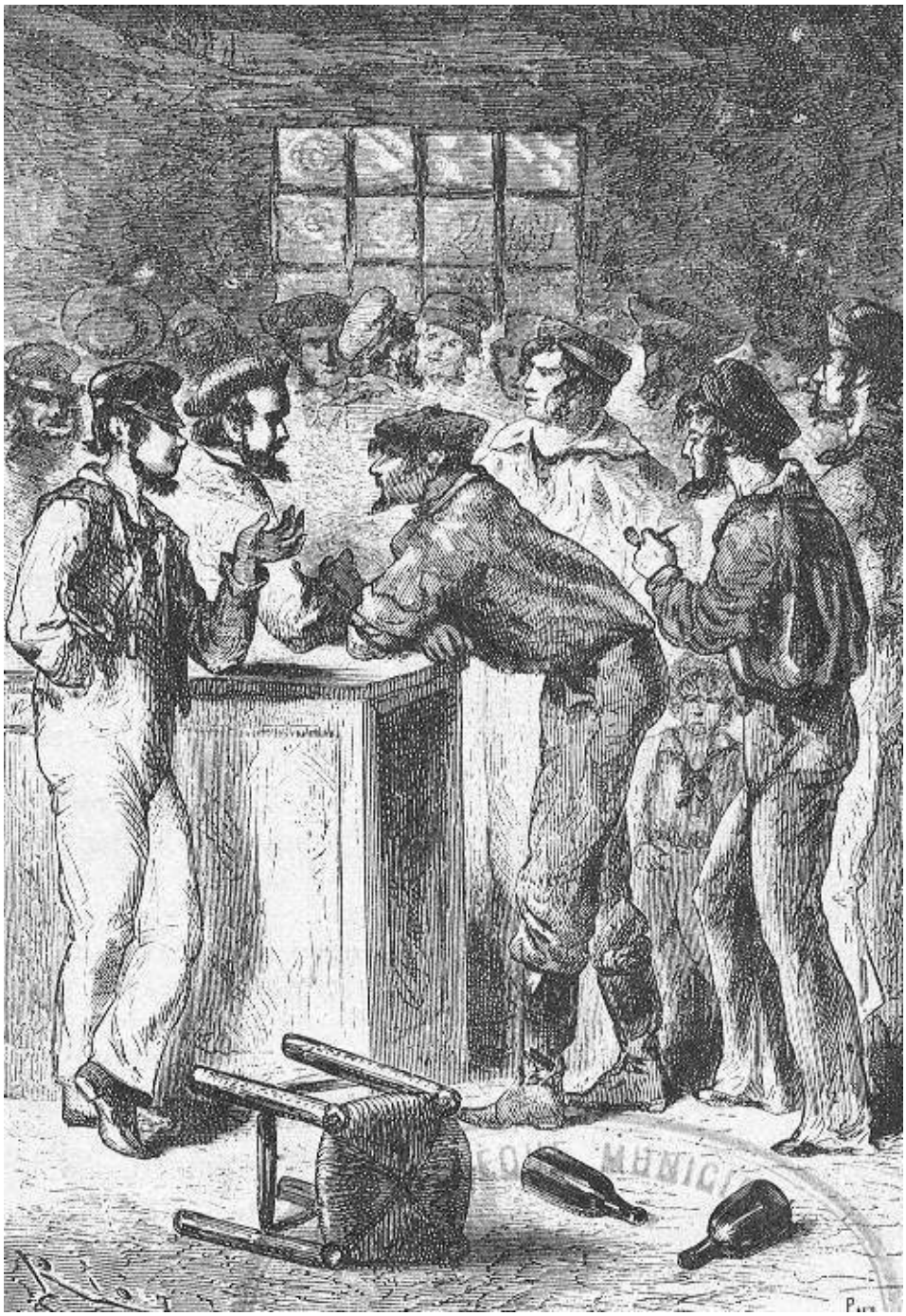
—No te ocultaré —respondía Johnson— que la campaña será larga, penosa, erizada de peligros. Eso está formalmente establecido en nuestras instrucciones, y conviene que cada cual sepa de antemano a lo que se compromete. Se compromete probablemente a intentar cuanto humanamente es posible hacer, y tal vez más aún. Así, pues, si no tienes mucho corazón y un temperamento a prueba de bomba, si no tienes el diablo en el cuerpo, y no cuentas con qué hay cien probabilidades contra una de perder la pelleja, si algo te importa dejar tus huesos en un lugar con preferencia a otro, vete por dónde has venido, y cede tu puesto a otro camarada más valiente que tú.

—Pero, al menos —replicaba el marinero poniéndose meditabundo—, ¿vos conocéis al capitán?

—El capitán es Ricardo Shandon hasta que se presente otro.

Y fuerza es decir que así se complacía en creerlo el mismo Shandon, el cual acariciaba la idea de que en el último momento recibiría instrucciones precisas relativas al objeto del viaje, y que sería el capitán del *Forward*. Él mismo procuraba propagar esta opinión, ya conversando con los oficiales, ya inspeccionando los trabajos de construcción del bergantín, cuyos primeros candeleras se levantaban en los astilleros de Birkenhead, como las costillas de una ballena.

Shandon y Johnson habían tenido muy presente la recomendación relativa a la salud de las gentes de a bordo, las cuales ofrecían todas un semblante muy bueno y poseían un principio de calor capaz de calentar la máquina del *Forward*. Sus miembros elásticos y su tez lozana y juvenil evidenciaban que sabrían reaccionar contra los fríos intensos. Eran hombres resueltos, enérgicos y sólidamente constituidos, si bien no todos gozaban del mismo vigor, y así es que Shandon vaciló antes de tomar algunos de ellos, tales como los marineros Gripper y Garry y el arponero Simpson, que le parecían algo flojos, pero, bien examinado, se veía que el armazón era bueno y el corazón caliente, por lo que quedaron admitidos.



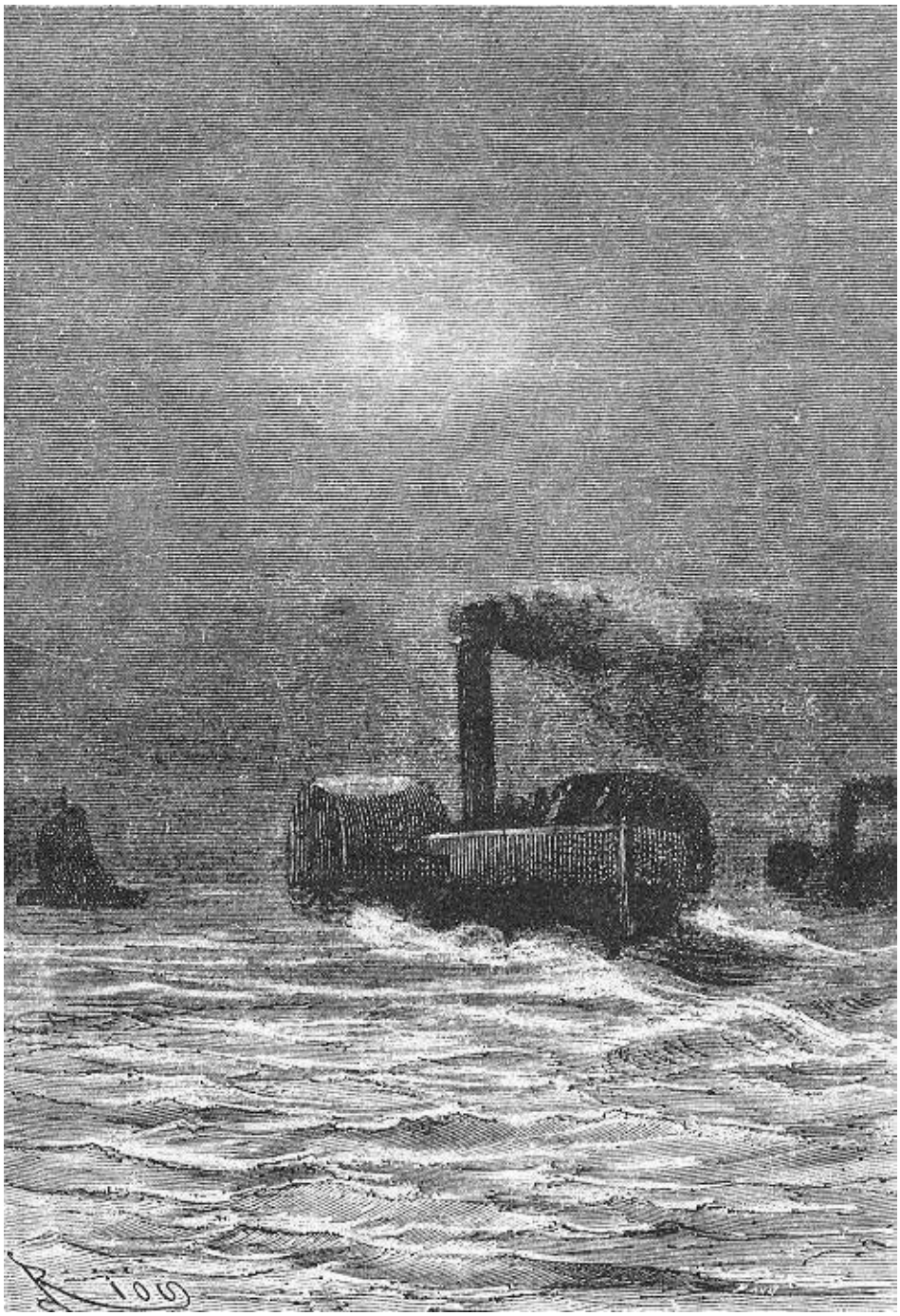
Toda la tripulación reclutada profesaba la religión protestante. En las largas campañas, la oración en común, la lectura de la Biblia, tienen con frecuencia que unir los ánimos y alentarlos en las horas de decaimiento, por lo que conviene que no pueda suscitarse ninguna discusión. Shandon conocía por experiencia la utilidad de estas prácticas y su influencia sobre la moral de una tripulación, por lo que se recurre siempre a ellas a bordo de los buques que van a invernar en las regiones polares.

Organizada la tripulación, Shandon y sus dos oficiales se ocuparon de las provisiones. Al efecto siguieron estrictamente las instrucciones del capitán, instrucciones claras, detalladas, donde se marcaba la cantidad y la calidad de los artículos más insignificantes. Gracias a las cartas-órdenes de que el comandante disponía, todos los artículos se pagaron al contado con una rebaja de un 8 por 100, que Ricardo hizo redundar escrupulosamente a favor de K. Z.

Tripulación, provisiones, cargamento, todo se hallaba al corriente en enero de 1860. El *Forward* avanzaba hacia su conclusión, y Shandon no dejaba ni un solo día de hacerle una visita en Birkenhead.

Siguiendo su costumbre, el día 23 de enero por la mañana se hallaba en una de esas barcas de vapor,

muy anchas, que para no tener que virar en redondo llevan un gobernalle en cada extremo y hacen incesantemente el servicio entre las dos orillas del Mersey. Reinaba entonces una de esas nieblas habituales, que obligan a los barqueros del río a echar mano de la brújula, no obstante ser su travesía de unos diez minutos escasos.



La espesa niebla no pudo, sin embargo, impedir que Shandon viese a un hombre de poca estatura, bastante grueso, de cara fina y alegre y mirada amable, que se dirigió a él, le cogió las dos manos, y las sacudió con un vigor, una petulancia, una familiaridad enteramente meridionales; hubiérase dicho que aquel hombrecillo era francés.

Aquel personaje, aun siendo del Mediodía, hubiera parecido extraordinario. Hablaba como un descosido, gesticulaba con la volubilidad de un molino de viento; su pensamiento tenía a toda costa que salir fuera, so pena de hacer estallar la máquina. Sus ojos pequeños como suelen ser los de los hombres perspicaces, vivarachos; su boca, grande y en acción continua, eran otras tantas válvulas de seguridad que le permitían desprenderse del exceso de plenitud de sí mismo. Hablaba, y hablaba, preciso es

confesarlo, tanto y tan alegremente, que Shandon no comprendía una palabra de tantas como le decía.

Pero el segundo del *Forward* no tardó en reconocer a aquel hombrecillo a quien no había visto nunca. Un rayo de luz iluminó su espíritu, y, aprovechando el breve momento que necesitaba el otro para empezar a respirar, Shandon soltó rápidamente la siguiente pregunta:

—¿El doctor Clawbonny?

—¡El mismo en persona, comandante! ¡Más de medio cuarto de hora os he estado buscando, y he preguntado por vos a todo el mundo! ¡Concebid mi impaciencia! ¡Cinco minutos más y me vuelvo loco! ¿Conque sois el comandante Ricardo? ¿Conque existís realmente? ¿No sois un mito? ¡Vuestra mano, vuestra mano! ¡Es la mano de Ricardo Shandon! ¡Si hay un comandante Ricardo, hay un bergantín *Forward* mandado por él, y estando mandado por él, partirá, y si parte, tomará al doctor Clawbonny a bordo!

—Pues bien, sí, doctor, yo soy Ricardo Shandon, y hay un bergantín *Forward* que partirá.

—Es lo lógico —respondió el doctor, después de haber hecho una gran provisión de aire para aspirarlo—, es lo lógico. Así es que estoy muy contento ahora que veo colmados mis deseos. Hacía mucho tiempo que aguardaba esta coyuntura, que deseaba emprender el viaje que voy a emprender al cabo, y con vos, comandante…

—Permitidme… —dijo Shandon.

—Con vos —repuso Clawbonny, sin cuidarse de lo que le decía su interlocutor— estamos seguros de ir lejos y de no retroceder nunca.

—Pero… —repuso Shandon.

El doctor proseguía con su torrente de palabras:

—Porque vos sois hombre probado, comandante, y yo conozco vuestra hoja de servicios. ¡Sois un valiente marino!

—Si quisierais…

—No, yo no quiero que nadie, ni aun vos mismo, ponga en duda vuestra audacia, vuestra habilidad y vuestro denuedo. El capitán que os ha escogido para ser su segundo es un hombre que sabe dónde le aprieta el zapato, puedo asegurároslo.

—Pero no se trata ahora de eso —dijo Shandon con impaciencia.

—¿De qué se trata, pues? No me tengáis tanto tiempo en ascuas.

—¡Diablos! ¡Si no me dejáis meter baza! Decidme, si os place, doctor, quién os ha inducido a formar parte de la expedición del *Forward*.

—¿Quién? Una carta, una digna carta que vais a ver; una carta de un bravo capitán, muy lacónica, pero muy suficiente.

Y sin más, el doctor entregó a Shandon una carta concebida en los siguientes términos:

«Inverness, 27 de enero de 1860.
»Al doctor Clawbonny.
»Liverpool.

»Si el doctor Clawbonny quiere embarcarse en el *Forward* para una larga expedición, puede presentarse al *commander* Ricardo Shandon, quien ha recibido al efecto instrucciones.

»El capitán del *Forward*,
K. Z.»

—Y la carta ha llegado esta mañana, y heme aquí dispuesto a pasar a bordo del *Forward*.

—Pero al menos, doctor —repuso Shandon—, vos sabréis cuál es el objeto de este viaje…

—No. sé nada absolutamente; pero ¿qué me importa, con tal que vaya a alguna parte? Dicen, comandante, que soy un sabio, pero se equivocan; yo no sé nada, y si bien he publicado algunos libros que no se venden demasiado mal, el éxito se debe a la bondad del público que los compra. Yo no sé nada, lo repito; sólo sé que soy un ignorante. Pero se me ofrece completar, o, por mejor decir, rehacer mis conocimientos en Medicina, en Cirugía, en Historia, en Geografía, en Botánica, en Mineralogía, en Conquiliología, en Geodesia, en Química, en Física, en Mecánica, en Hidrografía, y yo acepto el ofrecimiento sin hacerme de rogar.

—Entonces —repuso Shandon contrariado—, ¿tampoco vos sabéis adónde va el *Forward*?

—Sí, comandante; va a donde hay que aprender, que descubrir, donde uno puede instruirse, donde uno puede comparar, va adonde se encuentran otras costumbres, otras comarcas, otros pueblos, para estudiarlos en el ejercicio de sus funciones; va, en una palabra, adonde yo no he ido nunca.

—¡Precise usted más…! —exclamó Shandon.

—¿Precisar más? —Replicó el doctor—. Yo he oído decir que hacía rumbo hacia los mares boreales; pues bien, va al septentrión.

—Al menos —preguntó Shandon—, ¿conoceréis a su capitán?

—En absoluto. No lo conozco; pero, podéis creerme, es un valiente.

Habiendo el comandante y el doctor desembarcado en Birkenhead, el primero puso al segundo al corriente de la situación, y este misterio exaltó la imaginación del doctor. La vista del bergantín le causó gran entusiasmo. Desde aquel día no se separó de Shandon, y todas las mañanas hizo su visita al casco del *Forward*.

Además, quedó especialmente encargado de la instalación de la farmacia a bordo.

Porque Clawbonny era un médico, un buen médico, aunque había practicado poco. Doctor como otro cualquiera a los veinticinco años, fue un verdadero sabio a los cuarenta. Muy conocido en toda la ciudad, fue miembro influyente de la Sociedad Literaria y Filosófica de Liverpool. Su pequeña fortuna le permitía distribuir algunos consejos que no valían menos por ser gratuitos. Amado como debía serlo un hombre eminentemente amable, nunca hizo daño a nadie, ni aun a sí mismo; era un hablador sempiterno, no hay para qué negarlo; pero tenía siempre el corazón en la mano y ésta la ofrecía a todo el mundo.

Cuando se esparció por la ciudad el rumor de su embarque en el *Forward*, sus amigos hicieron todo lo posible para obligarle a desistir de su propósito, con lo que sólo consiguieron arraigarlo más profundamente en él, y el doctor era de aquellos que cuando se arraigan en alguna parte no se dejan arrancar ni a dos tirones.

Desde aquel día fueron creciendo las conjeturas, las suposiciones, los chismes, lo que no impidió que el *Forward* fuese botado al agua el 5 de febrero de 1860. Dos meses después, estaba dispuesto a hacerse a la mar.

El 15 de marzo, como lo anunciaba la carta del capitán, un perro de raza danesa fue enviado por el tren de Edimburgo a Liverpool consignado a Ricardo Shandon. El animal parecía huraño, de pocos amigos, un si es no es siniestro, y miraba de una manera singular. El nombre de *Forward* se leía en su collar de cobre. El comandante lo trasladó a bordo aquel mismo día, y en una carta que dirigió a Liorna con las iniciales indicadas acusó su recibo.

Así, pues, exceptuando el capitán, la tripulación del *Forward* estaba completa.

Se componía como sigue:

l.°, K. Z., capitán; 2.°, Ricardo Shandon, comandante; 3.°, James Wall, tercer oficial; 4.°, el doctor Clawbonny; 5.°, Johnson, contramaestre; 6.°, Simpson, arponero; 7.°, Bell, carpintero; 8.° Brunton, primer maquinista; 9.°, Plever, segundo maquinista; 10. Strong (negro), cocinero; 11. Foker, *icemaster*; 12. Wolsten, armero; 13. Bolton, marinero; 14. Garry, marinero; 15. Clifton, marinero; 16. Gripper, marinero; 17. Pen, marinero; 18. Warren, fogonero.

Capítulo IV

EL PERRO-CAPITAN

CON el 5 de abril había llegado el día de la partida. La admisión del doctor a bordo tranquilizaba algo los ánimos. Donde se proponía ir el digno sabio, se le podía seguir sin recelo. Sin embargo, los marineros, en su mayor parte, no las tenían todas consigo, y Shandon, temiendo que la deserción dejase algunos vacíos a bordo, deseaba con toda el alma hallarse en alta mar. Perdidas de vista las costas, la tripulación se resignaría, no pudiendo hacer otra cosa.

El camarote del doctor Clawbonny estaba situado en el fondo de la popa, y ocupaba casi toda la toldilla. Los camarotes del capitán y el segundo, que estaban entre la popa y la proa, permitían ver desde ellos la cubierta. El camarote del desconocido capitán, al cual no podía entrar más que él, pues, por recomendación suya, le enviaron la llave a Lubeck, estaba herméticamente cerrado, después de haber introducido en él varios instrumentos, muebles, abrigos de viaje, libros, ropa para mudarse y otros utensilios indicados en una nota detallada.

La circunstancia de permanecer cerrado el camarote del desconocido capitán y haber éste reclamado la llave contrariaba no poco a Shandon, quitándole casi todas las esperanzas que había concebido de ser él quien mandase en jefe. En cuanto a su propio camarote, lo había adecuado perfectamente a las necesidades de la presente expedición, conociendo a fondo, como conocía, las exigencias de un viaje polar.

El departamento del oficial tercero estaba colocado en el sollado, que constituía un vasto dormitorio para la marinería, en el cual estaba ésta con una comodidad que difícilmente hubiera encontrado a bordo de otro buque. Se cuidaba a los marineros como si fuesen un cargamento de mucho precio. Una enorme estufa ocupaba el centro de la sala común.

El doctor Clawbonny se hallaba en sus glorias. Había tomado posesión de su camarote el día 6 de febrero, al siguiente de haberse botado al agua el *Forward*.

—El más feliz de los animales —decía él— sería un caracol que pudiera construirse un cascarón a su gusto; voy a ver si yo puedo convertirme en un caracol inteligente.

Y la verdad es que su camarote, que era una concha en que debía permanecer mucho tiempo, iba tomando muy buen aspecto. El doctor se daba un placer de sabio o de niño, poniendo en orden su bagaje científico. Sus libros, sus herbarios, sus papeleras, sus instrumentos de precisión, sus aparatos de física, su colección de termómetros, barómetros, higrómetros y udómetros, lentes, compases, sextantes, cartas, planos, redomas, polvos, frascos de su muy completa farmacia de viaje; todo estaba clasificado con un orden capaz de avergonzar al «British Museum».

Aquel espacio de seis pies cuadrados contenía incalculables riquezas. El doctor no tenía que hacer más que tender la mano sin moverse para convertirse instantáneamente en un médico, en un matemático, en un astrónomo, en un geógrafo, en un botánico, o en un conquiliólogo.

Esa buena disposición le llenaba de orgullo, y se sentía feliz en su santuario flotante, que hubieran bastado a llenar tres de sus más desmirriados amigos. Éstos afluyeron muy pronto con una abundancia que llegó a ser incómoda hasta para un hombre tan expansivo como el doctor, el cual concluyó por decir, como Sócrates:

—¡Pequeña es mi casa, pero quiera el cielo que no se llene nunca de amigos!

Para completar la descripción del *Forward*, bastará decir que la caseta del gran perro danés estaba construida a propósito debajo de la ventana misma del camarote misterioso; pero su salvaje habitante prefería vagar por el entrepuente y la sentina. Parecía imposible domesticarlo, y nadie sabía darse razón de su carácter extraño; se le oía, sobre todo durante la noche, prorrumpir en tristísimos aullidos que resonaban de una manera siniestra en las cavidades del buque.

¿Echaba de menos a su amo ausente? ¿Presentía instintivamente los peligros de aquel viaje? ¿Profetizaba riesgos cercanos? Eso es lo que los marineros creían, y alguno, que parecía chancearse, tomaba muy seriamente a aquel perro por un animal de especie diabólica.

Habiéndole un día Pen, que era un hombre muy brutal, acometido para pegarle, cayó con tan mala

suerte, que se abrió horriblemente el cráneo contra un ángulo del cabrestante. No era necesario decir que se hizo pesar el accidente sobre la conciencia del fantástico animal.

Clifton, el hombre más supersticioso de la tripulación, hizo la singular observación de que aquel perro, cuando se hallaba en la cubierta, se paseaba siempre por el lado del viento, y más adelante, cuando el bergantín se hizo a la mar y dio sus bordadas correspondientes, el admirable animal mudaba de sitio a cada virada, y se mantenía siempre de espaldas al viento, como lo hubiera hecho el capitán del *Forward*.

El doctor Clawbonny, cuya melifluidad y caricias hubieran domesticado un tigre, perdió el tiempo y el trabajo, empeñándose en suavizar el carácter del malhumorado perro.

Aquel animal no se daba por entendido llamándole con cualquiera de los nombres inscritos en el calendario cinegético. Así es que los tripulantes concluyeron por llamarle *Capitán*, porque parecía hallarse al corriente de las costumbres de a bordo. Era un perro que evidentemente había navegado.

Se comprende hasta cierto punto la chusca respuesta que el contramaestre dio al amigo de Clifton, sin que su suposición hallase muchos incrédulos. Más de cuatro que la repetían, afectando burlarse de ella, esperaban ver al perro tomar un día forma humana, y mandar las maniobras del buque con voz atronadora.

Ricardo Shandon, sin participar de semejantes supersticiones, no dejaba de estar inquieto, y la víspera de hacerse a la vela, el 5 de abril por la tarde, conversaba sobre el objeto de sus zozobras con el doctor, con Wall y con el contramaestre Johnson, en la cámara de popa.

Los cuatro saboreaban entonces el décimo vaso de grog, que era el último sin duda, pues, según las prescripciones de la carta de Aberdeen, todos los hombres de la tripulación, desde el capitán al fogonero, eran *teetotalers*, es decir, que no hallarían a bordo ni vino, ni cerveza, ni licor alguno espirituoso, no siendo en caso de enfermedad y por orden del doctor.

Por espacio de una hora no versó la conversación más que sobre un solo objeto: la partida. Si las instrucciones del capitán se realizaban al pie de la letra, Shandon debía recibir al día siguiente una carta conteniendo sus últimas órdenes.

—Si la tan esperada carta —decía el comandante— no me indica el nombre del capitán, me dirá al menos cuál es el destino del buque. Sin saberlo, ¿dónde he de dirigirme?

—A fe mía —respondió el impaciente doctor—, yo en vuestro lugar partiría aunque no recibiese carta; ella nos saldría al encuentro, os respondo de ello.

—¡Vos, doctor, no dudáis de nada! Pero contestad, por favor. ¿Hacia qué punto del Globo os haríais a la vela?

—Hacia el Norte, es claro; acerca del particular, no puede caber la menor duda.

—¡No puede caber la menor duda! —Replicó Wall—. ¿Y por qué no hacia el polo Sur?

—¡El polo Sur! —Exclamó el doctor—. ¡Jamás! ¿Tendría acaso el capitán la idea de exponer un bergantín a atravesar todo el Atlántico? Tomaos la molestia de reflexionar acerca del particular, mi querido Wall.

—El doctor —contestó éste— tiene respuesta para todo.

—¡El Norte! —Repuso Shandon—. Sea. Pero decidme, doctor, ¿a qué punto del Norte: al Spitzberg, a Groenlandia, al Labrador, a la bahía de Hudson? Aunque los caminos conduzcan todos al mismo punto, es decir, al banco inaccesible, son muy numerosos, y la elección no deja de ofrecer dificultades. Yo no sabría por cuál decidirme. ¿Podéis darme una respuesta categórica, doctor?

—Ninguna —respondió éste, muy afligido por no saber qué contestar—;

pero, en fin, para concluir, ¿qué haréis si no recibís carta?

—No haré nada; aguardaré.

—¿No partiréis? —exclamó Clawbonny, agitando su vaso con desesperación.

—No partiré.

—Es lo más prudente —respondió tranquilamente el contramaestre Johnson, mientras el doctor daba vueltas alrededor de la mesa, porque no podía estar quieto en ninguna parte—. Sí, es lo más prudente. Sin embargo, el estar esperando mucho puede traer funestas consecuencias. En primer lugar, la estación es buena, y soplando el norte, debemos aprovechar el deshielo para franquear el estrecho de Davis. Además, la tripulación está cada día más vacilante. Los amigos, los camaradas de nuestros marineros les aconsejan abandonar el *Forward*, y su influencia puede ser causa de que se nos juegue una mala partida.

—Añádase —repuso James Wall— que si el pánico se apodera de nuestros marinos, desertarán todos, sin quedar uno; si tal sucede, yo no sé, comandante, si podréis reorganizar vuestra tripulación.

—Pero ¿qué voy a hacer? —exclamó Shandon.

—Lo que habéis dicho —replicó el doctor—; aguardar, pero aguardar solamente hasta mañana, antes de desesperarse. Las promesas del capitán se han cumplido hasta ahora con una regularidad que es de buen agüero; no hay, pues, ninguna razón para creer que no se nos dirá adónde debemos ir, en ocasión oportuna. Yo no dudo un solo instante de que mañana nos hallaremos navegando en pleno mar de Irlanda; y por lo tanto, amigos, os propongo beber el último vaso de grog a nuestro feliz viaje, que empieza de una manera algo inexplicable; pero con marineros como vosotros hay mil probabilidades contra una de que todo irá a pedir de boca.

Y los cuatro echaron el último brindis.

—Ahora, comandante —repuso el contramaestre Johnson—, tengo un consejo que daros, y es que hagáis todos los preparativos de marcha. Importa mucho que la tripulación se inspire en vuestra confianza. Mañana, llegue o no carta, aparejad; no calentéis la caldera; el viento da indicios de sostenerse; nada será más fácil que bajar teniendo brisa a lo largo; que el piloto esté junto a la bitácora; a la hora de la marea salid de los docks e id a fondear más allá de la punta de Birkenhead; nuestros marineros quedarán incomunicados con la tierra, y si llega por fin la carta diabólica, lo mismo nos encontrará allí que en otra parte cualquiera.

—¡Muy bien dicho, valiente Johnson! —dijo el doctor tendiendo la mano al viejo marino.

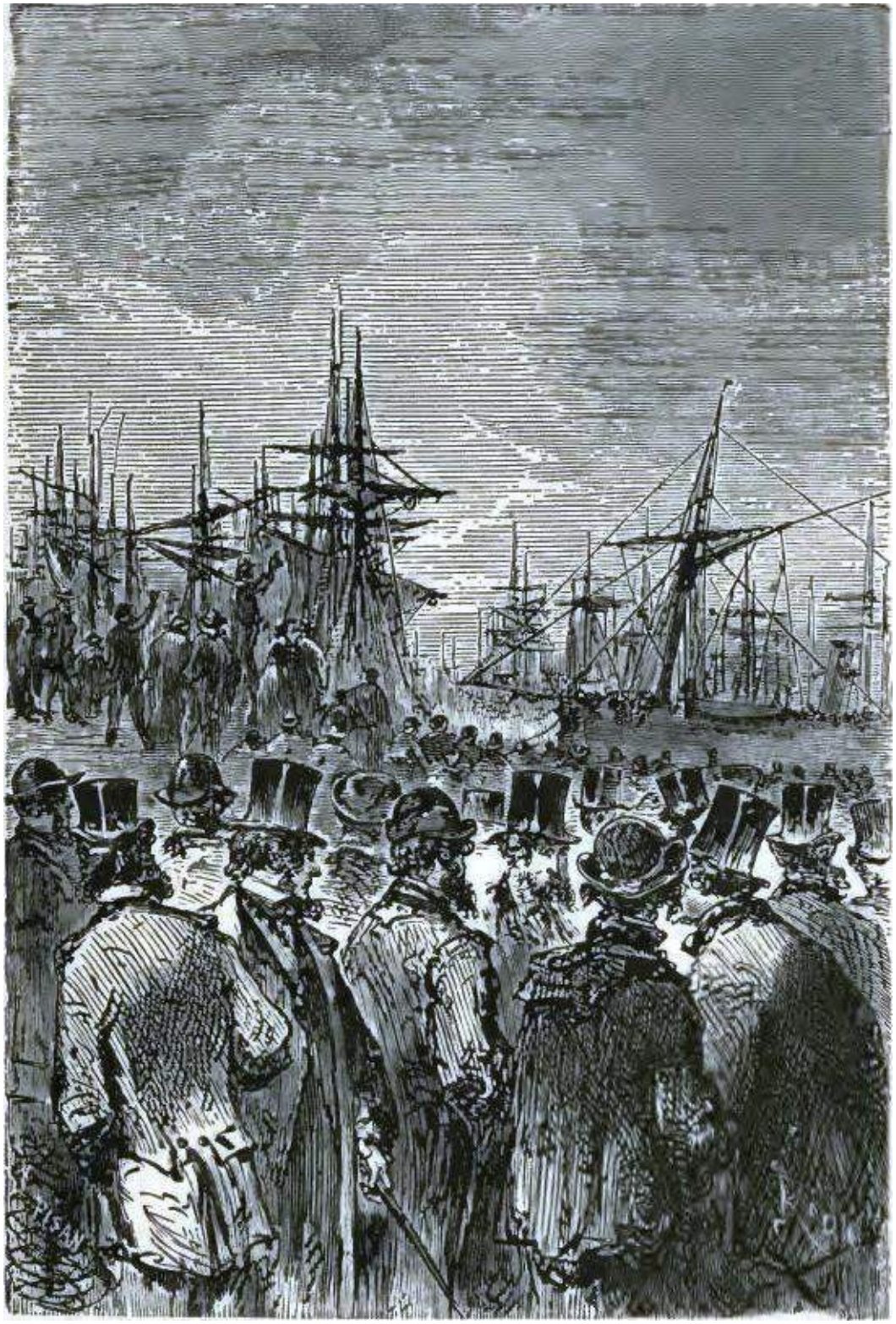
—¡Hágase como queréis! —respondió Shandon.

Volvió entonces cada cual a su camarote, y todos aguardaron, sin poder fácilmente conciliar el sueño, la salida del sol.

Al día siguiente se distribuyeron en la ciudad las cartas recién llegadas, y ninguna había con el sobre dirigido al comandante Ricardo Shandon.

Éste, sin embargo, hizo sus preparativos de marcha, lo que se supo inmediatamente en Liverpool, y

una afluencia extraordinaria de espectadores se precipitó hacia los andenes de New Prince's Docks.



Muchos pasaron a bordo del bergantín, cuál para abrazar por última vez a un camarada, cual otro para disuadir a un amigo, cual otro, en fin, para conocer el objeto de su viaje, quedando burlados por la taciturnidad y reservas del comandante, cuya impenetrabilidad iba en aumento.

Para ello tenía sus razones.

Dieron las diez. Dieron las once. La marea debía empezar a bajar a la una de la tarde. Shandon, desde lo alto de la popa, miraba con inquietud a la muchedumbre, queriendo sorprender en algún semblante cualquier secreto de su destino. Pero en vano. Los marineros del *Forward* ejecutaban

silenciosamente sus órdenes sin perderle de vista y aguardando incesantemente una comunicación que nunca llegaba.

El contramaestre Johnson concluía los preparativos para ir aparejando. El tiempo estaba cubierto, y el oleaje era muy fuerte fuera de las dársenas; el sudoeste soplaba con alguna violencia, mas no por eso era difícil salir del Mersey.

Dieron las doce, y seguía la misma incertidumbre. El doctor Clawbonny se paseaba con agitación, mirando con el anteojo, gesticulando, *impaciente de mar*, como decía él con cierta elegancia latina. Se sentía conmovido hasta lo sumo. Shandon se mordía los labios.

En aquel momento, Johnson se le acercó y le dijo:

—Comandante, si queréis aprovechar la marea, no perdáis tiempo; necesitamos más de una hora para salir de los docks.

Shandon paseó en torno suyo una última mirada y consultó su reloj. Eran más de las doce.

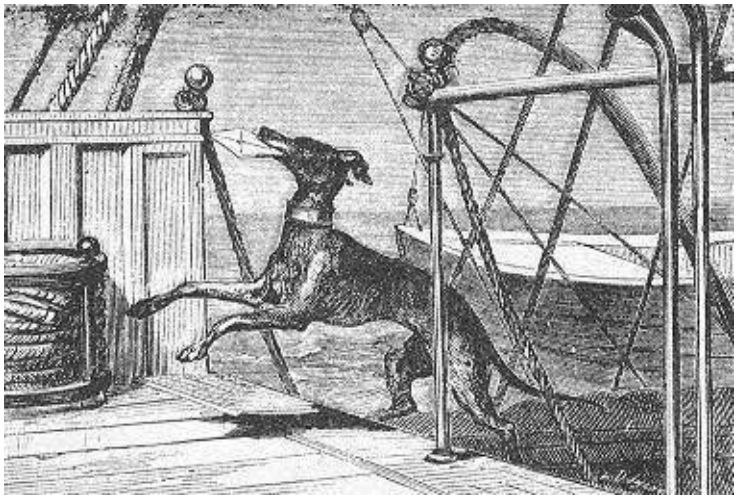
—¡Manos a la obra! —dijo al contramaestre.

—¡Allá vamos! —gritó éste, y dio orden a los curiosos de dejar libre la cubierta del *Forward*.

Hubo entonces cierto movimiento en la multitud que se atropellaba para volver a tierra, en tanto que los marineros del bergantín soltaban las últimas amarras.

Aumentó la confusión inevitable de los curiosos, empujados con muy poca consideración por los marineros y los aullidos del perro. Éste se lanzó de pronto desde el castillo al alcázar a través de la mole compacta de los que habían ido a visitar el buque. Ladraba con una voz sorda.

Todos le dejaron libre el paso. El perro saltó a lo alto de la popa, llevando en la boca una carta, lo que nadie creería si no lo hubiesen presenciado mil testigos.



—¡Una carta! —Exclamó Shandon—. Es decir, que *él* está a bordo.

—Estaba, sin duda, pero ya no está —respondió Johnson, mostrándole la cubierta completamente libre de curiosos.

—*¡Capitán! ¡Capitán!* ¡Ven acá! —Gritaba el doctor, y procuraba cogerle la carta que el perro se negaba a entregar dando violentos saltos. No quería, al parecer, entregarla más que al mismo Shandon.

—¡Aquí, *Capitán*! —dijo el comandante.

El perro se acercó a él; Shandon cogió el mensaje sin dificultad, y *Capitán* prorrumpió entonces en tres aullidos muy claros en medio del silencio profundo que reinaba a bordo y en los muelles.

Shandon se quedó con la carta en la mano, sin abrirla.

—¿En qué pensáis? —Gritó el doctor—. ¡Leedla, leedla!

Shandon miró el sobre. El sobre, sin fecha ni indicación de lugar, que decía solamente:

«Al comandante Ricardo Shandon, a bordo del bergantín *Forward*».

Shandon abrió la carta y leyó:

«Os dirigiréis al cabo Farewell, donde llegaréis el 20 de abril. Si el capitán no se presenta a bordo, franquearéis el estrecho de Davis, y ganaréis el mar de Baffin hasta la bahía de Melville.

»El capitán del *Forward*,
K. Z.»

Shandon dobló cuidadosamente la lacónica carta, se la metió en el bolsillo y dio la orden de partir. Su voz, que era la única que se oía en medio de los silbidos del viento del Este, tenía algo de solemne.

Muy pronto estuvo el bergantín fuera de las dársenas, y dirigido por el práctico de Liverpool, cuyo botecillo le seguía a alguna distancia, tomó la corriente del Mersey. La multitud se precipitó hacia el malecón exterior, que se extiende a lo largo de los docks Victoria, para entrever por última vez aquel extraño buque. Las gavias, el trinquete y la cangreja se desplegaron, y con este velamen, el *Forward*, digno de su nombre, después de haber doblado la punta de Birkenhead, entró velozmente en el mar de Irlanda.

Capítulo V

EN ALTA MAR

EL viento, desigual, pero favorable, precipitaba con fuerza sus ráfagas de abril. El *Forward* surcaba el mar rápidamente, y su hélice no oponía obstáculo alguno a su marcha. A cosa de las tres, cruza junto al buque de vapor que hace el servicio entre Liverpool y la isla de Man, y que lleva cuarteladas en sus tambores las tres piernas de Sicilia. El capitán saludó con la bocina desde el alcázar, siendo éste el último adiós que pudo oír la tripulación del *Forward*.

A las cinco, el práctico de Liverpool entregó a Ricardo Shandon el mando del buque y volvió a su bote, el cual viró de pronto y no tardó en desaparecer hacia el Sudoeste.

El bergantín dobló al anochecer el cabo de Man, en el extremo meridional de la isla de este nombre. Durante la noche el mar estuvo muy picado. El *Forward* se condujo admirablemente; dejó atrás, al Noroeste, la punta de Ayr, y se dirigió hacia el canal del Norte.

Johnson tenía razón que le sobraba. En el mar el instinto marítimo de la gente del oficio recobra su imperio. Los marineros, viendo la bondad del buque, olvidaban lo que la situación tenía de anómalo. La vida de a bordo se estableció regularmente.

El doctor aspiraba con embriaguez el viento del mar, se paseaba vigorosamente entre las ráfagas, y sorteaba los balanceos del buque mejor de lo que podía esperarse de un sabio.

—¡Qué cosa tan hermosa es el mar! —Decía al contramaestre Johnson, al volver a subir a la cubierta después del almuerzo—. Algo tarde he contraído amistad con él, pero me desquitaré.

—Tenéis razón, doctor Clawbonny, y por un pedazo de océano daría todos los continentes del mundo. Hay quien cree que los marineros se cansan pronto de su oficio; cuarenta años hace que yo navego, y mi oficio me gusta tanto como el primer día.

—No hay placer comparable al de tener bajo los pies un buen buque, y en mi concepto el *Forward* se conduce de manera que no hay más que pedirle.

—Decís bien, doctor —respondió Shandon, que se unió a los dos interlocutores—; es un buen buque

y de seguro que no ha habido ninguno destinado a navegar entre hielos que haya estado mejor tripulado y provisto. Esto me recuerda que treinta años atrás el capitán James Ross, yendo a buscar el paso del Noroeste…

—Mandaba el *Victoire*— dijo el doctor, interrumpiéndole—, que era un bergantín casi del mismo tonelaje que el nuestro, y provisto también de una máquina de vapor.

—¡Cómo! ¿Sabéis vos eso?

—Ya lo podéis ver —respondió el doctor—; las máquinas de vapor estaban entonces en la infancia del arte, y la del *Victoire* le ocasionó más de un retraso perjudicial; de suerte que el capitán Ross, después de haber reparado inútilmente todas sus piezas, una tras otra, acabó por desmontarla, y la abandonó en el primer puerto en que tuvo que invernar.

—¡Diablos! —dijo Shandon—. ¡Estáis, por lo visto, al corriente de todo!

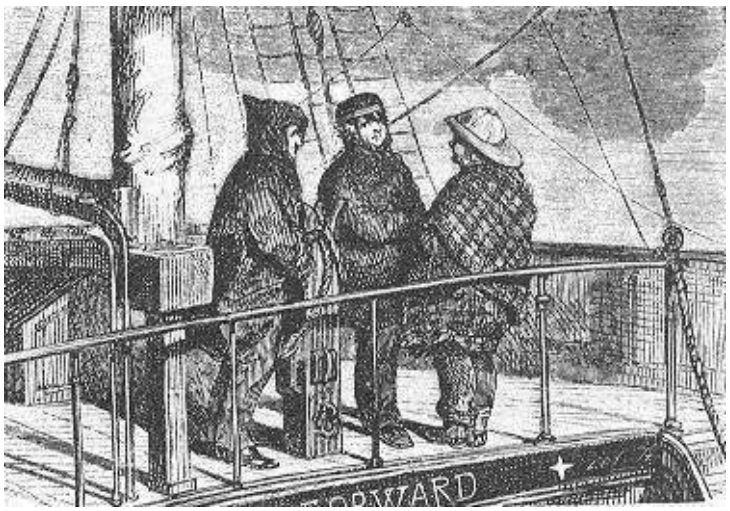
—¿Qué queréis? —Repuso el doctor—. A fuerza de leer, he leído las obras de Parry, de Ross, de Franklin, las memorias de McClure, de Kennedy, de Kane, de McClintock, y algo de ellas me ha quedado. Añadiré que este mismo McClintock, a bordo del *Fox*, bergantín de hélice del género del nuestro, fue con más felicidad y más directamente a su objeto que sus predecesores.

—Es cierto y muy cierto —respondió Shandon—; McClintock es un valiente marino; yo lo he visto en el ejercicio de sus funciones, y es de creer que nosotros, como él, nos encontraremos en abril en el estrecho de Davis, y si llegamos a salvar los hielos, nuestro viaje habrá adelantado considerablemente.

—A no ser —observó el doctor— que nos suceda lo que al *Fox* en 1857, que ya en el primer año fue cogido por los hielos del norte del mar de Baffin, y tuvo que invernar en medio de los témpanos.

—Es de esperar que seamos más afortunados, señor doctor —repuso Johnson—; y si con un buque como el *Forward* no se va donde se quiere, se puede renunciar a la empresa.

—Además —añadió el doctor—, si el capitán viene a bordo, sabrá mejor que nosotros lo que conviene hacer, tanto más cuanto que nosotros lo ignoramos completamente, no permitiéndonos su tan lacónica carta adivinar el objeto del viaje.



—Algo es, sin embargo —respondió Shandon, con bastante energía—, conocer el camino que hay que seguir, y ya ahora, por espacio de un mes, podemos, en mi concepto, prescindir de la intervención sobrenatural y de las instrucciones del desconocido. Por otra parte, vos sabéis lo que yo opino acerca de él.

—¡Quién sabe! —Dijo el doctor—. Yo creía, como vos, que el tal capitán os dejaría el mando del buque y no vendría nunca a bordo; pero…

—¿Pero qué? —replicó Shandon, visiblemente contrariado.

—Desde la llegada de su segunda carta he modificado sobre el particular mis ideas.

—¿Y por qué, doctor?

—Porque si bien la última carta os indica el derrotero que debéis seguir, nada os dice respecto del destino del *Forward*, y es menester saber a dónde vamos. Y yo os pregunto: ¿hay medio de que estando en alta mar os llegue una tercera carta? En las tierras de Groenlandia el servicio de Correos debe de dejar algo que desear. ¿No os parece lo mismo? A mí se me figura, Shandon, que el capitán desconocido nos está esperando en algún establecimiento danés, en Hosteinborg o Uppernawik, donde habrá ido a comprar trineos y perros, y, en una palabra, a reunir todos los arreos y pertrechos que requiere un viaje por los mares árticos. No me sorprenderá, pues, el verle una mañana salir de su camarote y mandar la maniobra de la manera menos sobrenatural del mundo.

—Es posible —respondió Shandon con sequedad—; pero entretanto el viento refresca, y no es prudente aventurar los juanetes en un tiempo semejante.

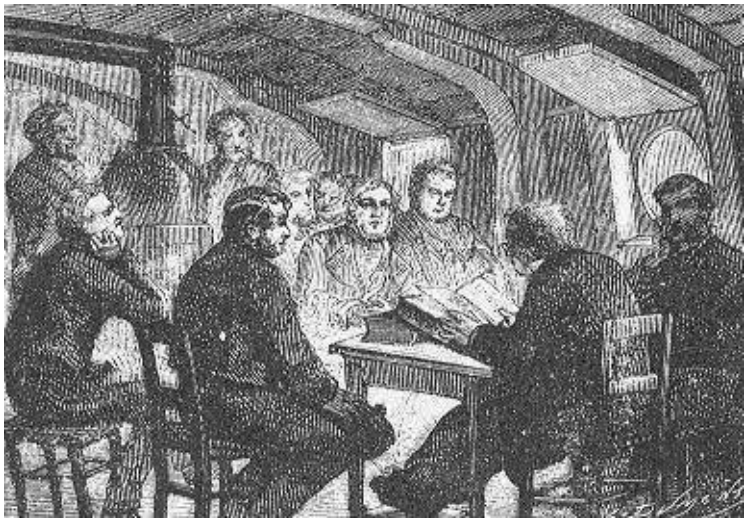
Shandon se separó del doctor y dio orden de cargar los juanetes.

—Sigue en sus trece —dijo el doctor al contramaestre.

—Sí —respondió éste—, y lo siento, porque es muy posible que vos tengáis razón, señor Clawbonny.

El sábado, a la caída de la tarde, el *Forward* dobló el *mull*[7] de Galloway, cuyo faro se levantaba al Nordeste; durante la noche se dejó al Norte el *mull* de Cantyre, y al Este el cabo Fair, en la costa de Irlanda. A cosa de las tres de la mañana, el bergantín, besando casi la isla Rathlin por su costado de estribor, desembocó en el océano por el canal del Norte.

Era el domingo 8 de abril. Los ingleses, sobre todo los marineros, no dejan de santificar el domingo, por lo que la lectura de la Biblia, de que el doctor se encargó con mucho gusto, ocupó parte de la mañana.



El viento entonces se iba huracanando, y se esforzaba en echar al bergantín hacia la costa de Irlanda. El oleaje era muy fuerte, y los balanceos muy duros. Si el doctor no se mareó, fue porque no quiso, pues nada habría sido más fácil. A cosa del mediodía, el cabo Malinhead desaparecía en el Sur, siendo aquel cabo la última tierra de Europa que aquellos atrevidos marinos debían percibir, y más de dos, que sin duda no habían de volver a verla, la miraron largo tiempo.

La latitud por observación era entonces de 55° 57′, y la longitud, según los cronómetros, 7° 40′[8].

El huracán cesó a cosa de las nueve de la noche. El *Forward*, buen velero, mantuvo su derrota al Noroeste. Durante aquella jornada puso a prueba sus cualidades marineras. No en vano los conocedores

de Liverpool decían de él que era, antes que todo, un buque de vela.

En los días que siguieron, el *Forward* ganó rápidamente hacia el Noroeste. El viento saltó al Sur, y el mar se picó mucho. Entonces el bergantín navegaba a todo trapo. Algunos petreles y pufinos se cernían encima de la proa, y el doctor mató con mucha destreza uno de estos últimos, que por fortuna cayó dentro del buque.

Simpson, el arponero, lo cogió y lo entregó a su propietario.

—Mal pajarraco, señor Clawbonny —dijo.

—Con el que haremos una excelente, cena, amigo mío.

—¡Cómo! ¿Vais a comer eso?

—Y vos también lo probaréis, camarada —dijo el doctor, riendo.

—No haré tal —replicó Simpson—; es un pajarraco aceitoso y rancio como todos los del mar.

—¡Bueno! —Replicó el doctor—. Yo tengo una manera particular de prepararlo; si después de aderezado por mí reconocéis en él un pájaro marítimo, juro no volver a matar otro en todos los días de mi vida.

—¿Sois, pues, cocinero, señor Clawbonny? —preguntó Johnson.

—Un sabio debe saber un poco de todo.

—Ponte en guardia, Simpson —respondió el contramaestre—; el doctor es muy listo, y va a hacemos tomar este avechucho por un *groose*[9] del más exquisito gusto.

El hecho es que el doctor sabía lo que se decía. Quitó hábilmente del pajarraco la grasa, que se halla toda entera situada debajo de la piel, principalmente en los lomos, y con ella desaparecieron el sabor rancio y el olor a pescado de que realmente hay motivos para quejarse tratándose de aves. El pufino, así preparado, fue declarado excelente hasta por el mismo Simpson.

Durante el último huracán, Ricardo Shandon se había dado cuenta de las cualidades de su tripulación. Había analizado a sus hombres uno tras otro, como debe hacerlo todo comandante que quiera estar preparado contra futuras contingencias. Sabía lo que cada uno podía dar de sí y con quiénes debía contar.

James Wall, oficial enteramente adicto a Ricardo, comprendía y ejecutaba bien, pero parecía carecer de iniciativa; en el tercer puesto estaba perfectamente colocado.

Johnson, avezado a luchar con el mar, y antiguo piloto del océano Ártico, no tenía nada que envidiar a nadie respecto a sangre fría y audacia.

Simpson, el arponero, y Bell, el carpintero, eran hombres seguros, esclavos del deber y de la disciplina. El *icemaster* Foker, marino de experiencia, educado en la escuela de Johnson, debía prestar importantes servicios.

De entre los marineros, Garry y Bolton parecían los mejores. Bolton era una especie de payaso, alegre y decidor; Garry era un hombre de unos treinta y cinco años, de fisonomía enérgica, pero algo pálido y triste.

Los tres marineros, Clifton, Gripper y Pen, parecían menos ardientes y menos resueltos; murmuraban por cualquier cosa. Gripper hasta quiso romper su compromiso a la salida del *Forward*, y se quedó a bordo por un sentimiento de vergüenza. Si las

cosas marchaban bien, si no había demasiados peligros que correr, ni demasiadas maniobras que ejecutar, se podría contar con esos tres hombres; pero necesitaban una alimentación sustancial, porque se podía decir de ellos que tenían el corazón en el vientre. Aunque prevenidos de antemano, se acomodaban con mucha repugnancia a ser *teetotalers*, y a la hora de comer echaban de menos el brandy o el gin; pero se desquitaban en lo posible con el café y el té, distribuidos a bordo con cierta prodigalidad.

En cuanto a los dos maquinistas, Brunton y Plever, y el fogonero Warren, se habían contentado hasta entonces con estar cruzados de brazos.

Shandon sabía, pues, respecto de cada uno a qué atenerse.

El 14 de abril, el *Forward* cortaba la gran corriente del Gulf Stream, el cual, después de subir a lo largo de la costa oriental de América hasta el banco de Terranova, se inclina hacia el Nordeste y se prolonga hasta las playas de Noruega. Se encontraba entonces el bergantín a los 51° 37′ de latitud y 22° 58′ de longitud, a doscientas millas de la punta de Groenlandia.

La temperatura bajó mucho: el termómetro descendió a 32° (0° centígrados)[10], es decir, al punto de congelación.

El doctor, si bien no había tomado aún el traje de los inviernos árticos, llevaba sus vestidos de a bordo lo mismo que los marineros y los oficiales, y daba gusto verlo con sus botas altas en que cabía él todo entero, con su sombrero de hule y un pantalón y una chaqueta del mismo género. Los de a bordo dieron en decir que el doctor, envuelto en la lluvia, que caía en abundancia, y en las olas, que invadían la cubierta, parecía una especie de animal marino, lo que a él le causaba cierto orgullo.

Hubo dos días de mar sumamente gruesa. El viento saltó al Noroeste y retardó la marcha del *Forward*. Desde el 14 al 16 de abril, el oleaje siguió siendo muy fuerte; pero el lunes sobrevino un violento chubasco que calmó el mar casi inmediatamente. Shandon hizo notar esta particularidad al doctor.

—Es un hecho —respondió éste— que confirma las curiosas observaciones del ballenero Scoresby, el cual formó parte de la Sociedad Real de Edimburgo, de que yo tengo el honor de ser miembro corresponsal. Ya habréis visto que durante la lluvia, aunque reine un viento fuerte, las olas no son muy grandes, y que, al contrario, en tiempo seco, el mar se agita mucho más, azotado por una brisa menos fuerte.

—¿Cómo se explica este fenómeno, doctor?

—Muy sencillamente; no se explica.

En aquel momento el *icemaster*, que hacía su guardia de vigía en las vergas de juanete, anunció la aparición de una mole flotante por el lado de estribor, a unas quince millas a sotavento.

—¡Una montaña de hielo en semejantes parajes! —exclamó el doctor.

Shandon asestó su anteojo en la dirección indicada y confirmó el anuncio del piloto.

—¡Es curioso! —dijo el doctor.

—¿De tan poco os asombráis? —preguntó el comandante, riendo—. ¡Cómo! ¿Seremos tan felices que encontremos algo capaz de asombramos?

—Me asombro y no me asombro —respondió el doctor, sonriendo—; pues no ignoro que en 1813 el bergantín *Ann de Poole*, de Greenspond, fue asaltado por verdaderos ejércitos de hielo a los 40° de latitud Norte, y que Dayemen, su capitán, los contó a centenares.

—¡Muy bien! —dijo Shandon—. ¿También acerca del particular tenéis algo que enseñamos?

—Poca cosa —respondió modestamente el amable Clawbonny—; pues no creo que os enseñe nada al deciros que se han encontrado hielos en latitudes aún más bajas.

—Eso no me lo enseñáis, mi querido doctor, pues siendo yo grumete a bordo de la corbeta de guerra *Fly*…

—En 1818 —continuó el doctor—, a últimos de marzo, que es como si dijéramos abril, vos pasasteis entre dos grandes islas de hielos flotantes, a 42° de latitud.

—¡Eso ya es demasiado! —exclamó Shandon.

—Pero es verdad. No puede ser, pues, para mí motivo de asombro, hallándonos, como nos hallamos 2° más al Norte, encontrar a un lado del *Forward* una montaña flotante.

—Sois un pozo de ciencia, doctor —respondió el comandante—, y con vos no hay más que hacer que echar el cubo para sacarlo siempre lleno.

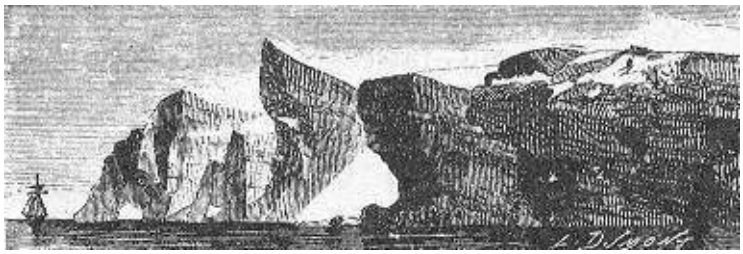
—¡Bueno!, me agotaré más pronto de lo que os figuráis; y ahora, si yo pudiese, Shandon, observar de cerca el curioso fenómeno que se nos presenta, sería el más feliz de los doctores.

—Precisamente, Johnson —dijo Shandon llamando al contramaestre—, me parece que la brisa quiere refrescar.

—Sí, comandante —respondió Johnson—; avanzamos poco, y las corrientes del estrecho de Davis van muy pronto a hacerse sentir.

—Tenéis razón, Johnson, y si queremos hallamos el 20 de abril a la vista del cabo Farewell, es menester navegar al vapor o exponemos a ser arrojados a las costas del Labrador. Mr. Wall, dad orden de calentar la caldera.

Las órdenes del comandante fueron ejecutadas. Una hora después el vapor había adquirido la presión suficiente; cargáronse las velas, y la hélice, retorciendo las olas con sus paletas, lanzó con ímpetu al *Forward* contra el viento del Noroeste.



Capítulo VI

LA GRAN CORRIENTE POLAR

MUY pronto las bandadas de aves cada vez más numerosas, petreles, pufinos, fragatas, habitantes de aquellos parajes de desolación, indicaron la proximidad de Groenlandia. El *Forward* avanzaba rápidamente hacia el Norte, dejando a sotavento una larga cola de humo negro.

El martes, 17 de abril, a cosa de las once de la mañana, el *icemaster* anunció la aparición del *blink* de los hielos[11]. Al menos se hallaba a veinte millas al Nornoroeste. Era una franja blanca deslumbradora, que daba una vivísima claridad a toda la parte de la atmósfera próxima al extremo horizonte, no obstante la presencia de nubes bastante densas. Los marinos experimentados que se hallaban a bordo no podían equivocarse respecto de aquel fenómeno y reconocieron por su blancura que el *blink* debía proceder de un vasto campo de hielo situado a unas treinta millas más allá del alcance de la vista, procediendo de la reflexión de los rayos luminosos.

Al anochecer, el viento saltó al Sur y fue favorable. Shandon pudo recurrir al velamen, y por medida de economía apagó sus hornos. El *Forward*, con sus gavias, su foque y su trinquete, se dirigió hacia el cabo Farewell.

El 18, a las tres, un *icestream* fue reconocido por una línea blanca poco densa, pero de color resplandeciente, que cortaba bruscamente entre las líneas del mar y del cielo. Procedía evidentemente de la costa este de Groenlandia y no del estrecho de Davis, porque los hielos se detienen con preferencia en las playas occidentales del mar de Baffin. Una hora después, el *Forward* pasaba por entre pedazos aislados del *icestream*, y en la parte más compacta, los témpanos, aunque soldados entre sí, obedecían al impulso del oleaje.

Al día siguiente, al rayar el alba, el vigía señaló un buque. Era el *Valkyrien*, corbeta danesa, que corría en sentido opuesto del *Forward* y se dirigía hacia el banco de Terranova. La corriente del estrecho se dejaba sentir, y Shandon, para vencerla, tuvo necesidad de gran fuerza de vela.

En aquel momento, el comandante, el doctor. James Wall y Johnson se hallaban reunidos en la popa, examinando la dirección y la fuerza de la corriente. El doctor preguntó si estaba comprobada con exactitud la uniformidad de la corriente del mar de Baffin.

—Sin duda —respondió Shandon—, y los buques de vela se sobreponen con dificultad a ella.

—Con tanto más motivo —añadió James Wall—, cuanto que se la encuentra lo mismo en la costa oriental de América que en la occidental de Groenlandia.

—Tienen, pues, razón —dijo el doctor— los que buscan el paso del Noroeste. Esta corriente marcha con una velocidad de unas cinco millas por hora, y es difícil suponer que tome su nacimiento en el fondo de un golfo.

—Discurrís perfectamente, doctor —repuso Shandon—, y más teniendo en cuenta que si esta corriente va del Norte al Sur, se encuentra en el estrecho de Behring una corriente contraria que va del Sur al Norte, y debe ser el origen de la otra.

—Después de lo dicho, señores —añadió el doctor—, fuerza es admitir que América se halla completamente desprendida de las tierras polares, y que las aguas del Pacífico, lamiendo sus costas, van

hasta el Atlántico. Además, la mayor elevación de las aguas del primero acaba de explicar su desagüe hacia los mares de Europa.

—Pero —repuso Shandon— hechos debe haber en apoyo de esta teoría, y, si los hay —añadió con cierto sarcasmo—, nuestro sabio universal debe conocerlos.

—A fe mía —replicó el aludido con amable satisfacción—, si eso puede interesaros, os diré que ballenas heridas en el estrecho de Davis han sido cogidas algún tiempo después en las inmediaciones de Tartaria, llevando aún clavado en su costado el arpón europeo.

—Y a no ser que hubiesen doblado el cabo de Hornos o el de Buena Esperanza —respondió Shandon —, por fuerza tuvieron que dar vuelta a las costas septentrionales de América. Eso, doctor, es indiscutible.

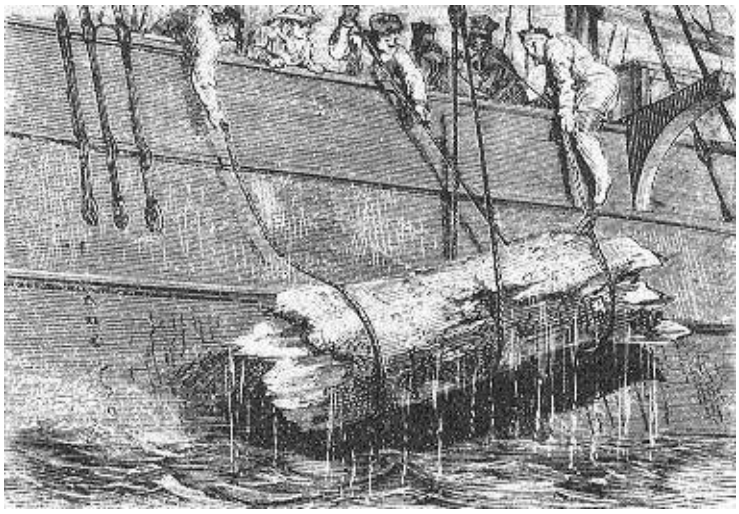
—Sin embargo, mi estimado Shandon —dijo el doctor sonriendo—, si algo os falta para acabaros de convencer, puedo aducir otros hechos, tales como esos maderos flotantes, alerces, pobos y otras especies tropicales, de que el estrecho de Davis está atestado. Y todos sabemos que el Gulf Stream impediría a esos maderos entrar en el estrecho, y, por consiguiente, si salen, no han podido penetrar más que por el estrecho de Behring.

—Estoy convencido, doctor, y confieso que con vos la incredulidad es difícil.

—A fe mía —dijo Johnson— que algo veo venir muy a propósito para ilustrar la discusión. Tengo fija la vista en un pedazo de tronco de muy buenas dimensiones que flota no lejos de nosotros, y, si el comandante lo permite, iremos a pescarlo, lo izaremos a bordo, y le preguntaremos el nombre de su país.

—¡Perfectamente! —Dijo el doctor—. Después de la regla, el ejemplo.

Shandon dio las órdenes pertinentes; el bergantín puso la proa hacia el madero indicado, y muy pronto la tripulación lo izó a cubierta, no sin algún trabajo.



Era un tronco de caoba, roído de gusanos hasta el centro, sin cuya circunstancia no hubiera podido flotar en la superficie.

—¡Victoria! —Exclamó el doctor con entusiasmo—. Puesto que las corrientes del Atlántico no han podido arrojarlo al estrecho de Davis, puesto que no ha podido ser conducido a los mares del polo por los ríos de la América septentrional, en atención a que este árbol crece bajo el ecuador, es evidente que llega en línea recta de Behring. Y fijad la atención, señores, en los gusanos del mar que lo roen; pertenecen a las especies de los países cálidos.

—Lo cierto es —repuso Wall— que todo esto deja con un palmo de narices a los detractores del famoso paso.

—Les hunde completamente —respondió el doctor—. Oídme; voy a trazaros el itinerario del madero que está en nuestro poder. Ha sido acarreado hacia el océano Pacífico por algún río del istmo de Panamá o de Guatemala. De allí la corriente lo ha arrastrado a lo largo de las costas de América hasta el estrecho de Behring, y de grado o por fuerza ha tenido que entrar en los mares polares. No está tan podrido, ni de tal modo penetrado del agua, que no se pueda designar a su partida una fecha reciente. Habrá salvado felizmente los obstáculos de la larga cadena de estrechos que termina en el mar de Baffin, y enérgicamente empujado por la corriente boreal, ha venido por el estrecho de Davis a hacerse pescar por el *Forward* para la mayor alegría del doctor Clawbonny, que pide al comandante le permita conservar en su poder un pedacito como muestra.

—Tomadlo —respondió Shandon—; pero permitidme a mi vez advertiros que no seréis vos el único poseedor de un objeto tan curioso. El gobernador danés de la isla de Disko…

—En la costa de Groenlandia —continuó el doctor—, posee una mesa de caoba hecha con un tronco pescado del mismo modo. Lo sé, mi querido Shandon; pero no le envidio la mesa, pues, si no fuese por las dificultades del transporte, tronco tengo yo aquí para hacerme todos los muebles de un dormitorio.

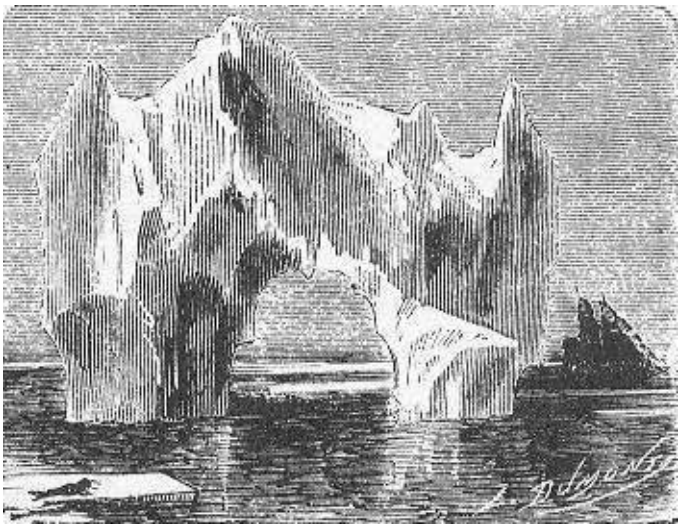
Durante la noche del miércoles al jueves, el viento sopló con mucha fuerza; los maderos flotantes aparecieron más frecuentemente, y la aproximación a la costa era peligrosa en una época en que las montañas de hielo son muy numerosas. El comandante hizo, por tanto, recoger velas, y el *Forward* navegó con sólo el velacho y el trinquete.

El termómetro descendió por bajo del punto de congelación. Shandon hizo distribuir a la tripulación vestidos convenientes, una chaqueta y un pantalón de lana, una camisa de franela y medias de *wadmel*, como las que gastan los aldeanos en Noruega; se dieron a cada individuo un par de botas propias para andar por el agua, por ser perfectamente impermeables.

En cuanto a *Capitán*, se contentaba con su forro natural. Parecía poco sensible a las variaciones de temperatura. Había pasado, sin duda, por más de una prueba del mismo género, y además, un danés no tiene el derecho de manifestarse descontentadizo. Se le veía poco, pues estaba casi constantemente oculto en las partes más oscuras del buque.

Al anochecer, al trasluz de un claro de la niebla, se dejó entrever la costa de Groenlandia a los 37° 2′ 7″ de longitud. El doctor, armado de su anteojo, pudo por un instante distinguir una serie de picachos surcados por dilatados témpanos; pero la niebla se extendió rápidamente sobre la visión, como el telón de un teatro que cae a lo más interesante de la pieza.

El 20 de abril, por la mañana, el *Forward* encontró un *iceberg* que tendría ciento cincuenta pies de elevación, varado en aquel punto desde tiempo inmemorial, no pudiendo nada contra él los deshielos, que respetan, al parecer, sus extrañas formas. Snow lo ha visto; James Ross, en 1829, lo copió exactamente, y en 1854, el teniente francés Bellot, a bordo del *Prince-Albert*, lo distinguió perfectamente. Como era natural, el doctor quiso conservar la imagen de aquella montaña célebre, y sacó de ella un excelente bosquejo.



No es sorprendente que tan voluminosas moles encallen y, por consiguiente, se fijen invenciblemente en un punto, pues por cada pie que tienen fuera del agua tienen casi dos debajo, lo que da al *iceberg* a que nos referimos una profundidad de unas ochenta brazas[12].

En fin, con una temperatura que al mediodía no fue más de 12° (—11° centígrados), bajo un cielo de nieve y de nieblas, se divisó el cabo Farewell. El *Forward* llegaba puntualmente en el mismo día prefijado; el capitán desconocido, si tenía a bien tomar posesión de su cargo, no obstante lo diabólico del tiempo, no podía quejarse.

—He aquí, pues —dijo el doctor—, el cabo célebre, el cabo tan digno de su nombre[13]. ¡Muchos lo han salvado, como nosotros, que no debían nunca más volverlo a ver! ¿Es, pues, este cabo un eterno adiós que se da a los amigos de Europa? ¡Vosotros lo habéis pasado, Frobisher, Knight, Barlow, Waugham, Seroggs, Barentz, Hudson, Blosseville, Franklin, Crozier, Bellot, para nunca más regresar al hogar doméstico, pues este cabo ha sido realmente para vosotros el cabo de las despedidas eternas!

Hacia el año de 970 fue cuando navegantes salidos de Islandia[14] descubrieron Groenlandia. En 1498, Sebastián Cabot se elevó hasta los 56° de latitud; Gaspard y Michel Cotreal, desde 1500 a 1502, llegaron a los 60°, y Martín Frobisher, en 1576, penetró en la bahía que lleva su nombre.

A John Davis corresponde el honor de haber descubierto el estrecho, en 1585, y dos años después, en un tercer viaje, el intrépido navegante, el gran pescador de ballenas, alcanzó el 73° paralelo, a los 27° del Polo.

Barentz, en 1596; Weymouth, en 1602; James Hall, en 1605 y en 1607; Hudson, cuyo nombre fue adjudicado a la bahía que tan profundamente escota las tierras de América, y James Poole, en 1611, avanzaron más o menos dentro del estrecho para descubrir el paso del Noroeste, cuyo descubrimiento hubiera abreviado singularmente las vías de comunicación entre los dos mundos.

En 1616, Baffin encontró en el mar de este nombre el estrecho de Lancaster; en 1619 fue seguido por James Munk, y en 1719, por Knigth, Barlow, Waugham y Scroggs, de quienes nunca más se recibió noticia alguna.

En 1776, el teniente Pickersgill, enviado al encuentro del capitán Cook, que intentaba subir por el estrecho de Behring, llegó a los 68°, y el año siguiente Young se elevó con el mismo objeto hacia la isla de las Mujeres.

Entonces apareció James Ross, que en 1818 dio la vuelta por las costas del mar de Baffin y corrigió los errores hidrográficos de sus predecesores.

Por último, en 1819 y 1820, el célebre Parry penetra en el estrecho de Lancaster, llega, venciendo

numerosas dificultades, hasta la isla de Melville, y gana la prima de cinco mil libras prometida por acta del Parlamento a los marinos ingleses que cortasen el 70° meridiano por una latitud más elevada que el 77° paralelo.

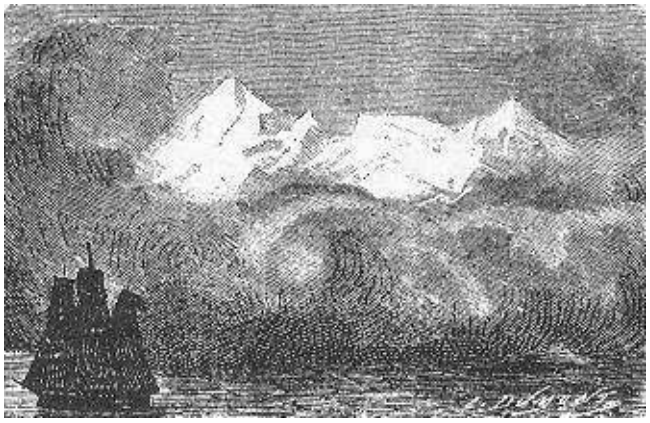
En 1826, Beechey toca a la isla Chamiso; James Ross inverna, desde 1829 hasta 1833, en el estrecho del Príncipe Regente y lleva a cabo trabajos importantes, entre otros, el descubrimiento del polo magnético.

Durante este tiempo, Franklin, por la vía de tierra, reconocía las costas septentrionales de América, desde el río Mackenzie hasta la punta Turnagain; el capitán Buck, desde 1823 hasta 1835, fue siguiendo sus huellas, y estas exploraciones fueron completadas en 1839 por Dease, Simpson y el doctor Rae.

En fin, Sir John Franklin, deseoso de descubrir el paso del Noroeste, salió de Inglaterra, en 1845, en el *Erebus*, acompañándole el *Terror*; penetró en el mar de Baffin, y desde que pasó la isla Disko, no se volvió a tener de su expedición noticia alguna.

Esta desaparición determinó las numerosas expediciones que han dado por resultado el descubrimiento del paso y el reconocimiento de esos continentes polares tan profundamente cortados. Los más intrépidos marinos de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos se lanzaron hacia aquellas terribles comarcas, y gracias a sus esfuerzos, la carta tan atormentada, tan difícil de ese país, pudo figurar al cabo en los archivos de la Real Sociedad Geográfica de Londres.

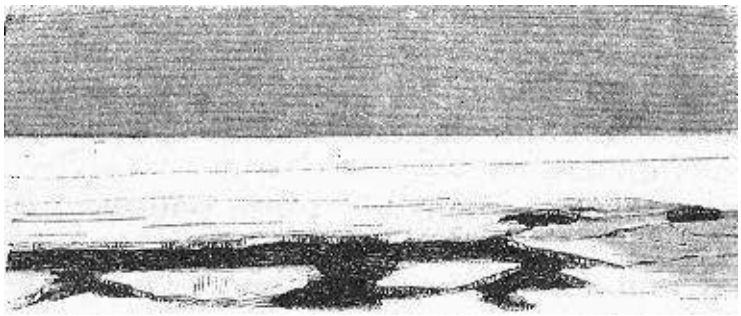
La curiosa historia de aquellas comarcas se presentaba también a la imaginación del doctor, que seguía con una mirada fija la larga estela del bergantín. Los nombres de aquellos impertérritos navegantes acudían en tropel a su memoria, y creía entrever debajo de los arcos de hielo de los bancos las pálidas sombras de los que no volverán.



Capítulo VII

EL ESTRECHO DE DAVIS

EL *Forward* se abrió un camino fácil entre los hielos medio resquebrajados. El viento era bueno pero la temperatura muy baja. Las corrientes de aire, paseándose por los *icefields*[15], traían sus frías penetraciones.



La noche exigía la más severa atención. Las montañas flotantes se estrechaban en aquel paso angosto. Con frecuencia, se contaban un centenar de ellas en el extremo del horizonte. Se desprendían de las costas elevadas, mordidas por las olas roedoras y la influencia de la estación de abril, para ir a fundirse o abismarse en las profundidades del océano. Se encontraban también largas procesiones de maderos, cuyo choque era preciso evitar, por lo que el *crow'snest*[16], fue colocado en el tope del trinquete. El *crow'snest* consistía en un tonel de fondo movible, en el cual el *icemaster*, al abrigo del viento, vigilaba el mar, daba aviso de los témpanos que descubría, y, en caso necesario, mandaba la maniobra.

Las noches eran cortas. El sol había reaparecido desde el 31 de enero, a consecuencia de la refracción, y tendía a mantenerse más y más encima del horizonte. Pero la nieve dañaba la vista, y si bien no producía una oscuridad completa, hacía muy penosa la navegación.

El 21 de abril apareció el cabo Desolación entre brumas. La maniobra fatigaba a los marineros, los cuales, desde que el bergantín entró en los hielos, no habían tenido un instante de reposo. Muy pronto fue preciso recurrir al vapor para abrirse un camino por entre aquel cúmulo de témpanos.

El doctor y el contramaestre Johnson estaban conversando en la popa, mientras Shandon procuraba dormir algunas horas en su camarote. Clawbonny solicitaba la conversación del viejo marino, que debía a sus numerosos viajes una instrucción interesante y sensata. El doctor le profesaba una sincera amistad, a la cual el contramaestre correspondía cordialmente.

—Ya veis, señor Clawbonny —decía Johnson—, que este país no es como todos los otros. Se le ha llamado la Tierra Verde[17]; pero son pocas cada año las semanas que justifican su nombre.

—¿Quién sabe, amigo Johnson —respondió el doctor—, si esta tierra en el siglo X tenía derecho a llamarse como se llama? Más de una revolución de este género se ha producido en nuestro Globo, y yo os asombraría mucho si os dijese que, según cuentan los cronistas islandeses, ochocientos o novecientos años atrás, doscientas poblaciones florecían en este continente.

—Me asombráis de tal modo, señor Clawbonny, que no podría creeros, porque éste es un triste país.

—Es verdad; pero, por triste que sea, ofrece un albergue suficiente a algunos habitantes, y hasta a

europeos civilizados.

—Sin duda. En Disko, en Uppernawik, encontraremos hombres que consienten en vivir en tan crueles climas; pero yo siempre he creído que permanecen en ellos por fuerza y no voluntariamente.

—Es muy posible. Sin embargo, el hombre se acostumbra a todo, y esos groenlandeses no me parecen tan dignos de lástima como los trabajadores de nuestras grandes ciudades. Podrán ser desgraciados, pero a buen seguro no son miserables. Y digo desgraciados, sin que esta palabra exprese con toda exactitud mi pensamiento. En efecto, si no gozan ellos del bienestar de los países templados, acostumbrados a este rudo clima, encuentran en él evidentemente goces que nosotros ni siquiera concebimos.

—Así debe de ser, señor Clawbonny, puesto que el cielo es justo; pero muchos viajes me han traído a estas costas, y siempre han oprimido mi corazón estas tristes soledades. Hubiera convenido dar a los cabos, a los promontorios y a las bahías nombres más agradables, pues el cabo de los Adioses y el cabo Desolación no son los más propios para atraer a los navegantes.

—Yo he hecho la misma observación —respondió el doctor—; pero estos nombres tienen un interés geográfico que no debemos desconocer; describen las aventuras de los que los han aplicado; juntó a los apellidos de los Davis, de los Baffin, de los Hudson, de los Ross, de los Parry, de los Franklin, de los Bellot, si encuentro el cabo Desolación, encuentro luego la bahía de la Piedad; el cabo Providencia formó contraste con el puerto de la Ansiedad; la bahía Repulse[18] me vuelve al cabo Edén, y dejando la punta Turnagain[19], voy a descansar en la bahía del Refugio. Yo tengo a la vista esta incesante sucesión de peligros, catástrofes, obstáculos, éxitos, desesperaciones, esperanzas, mezcladas con los grandes nombres de mi país, y como una serie de medallas antiguas, esta nomenclatura me traza toda la historia de estos mares.

—Muy bien discurrido, señor Clawbonny, y ¡ojalá en nuestro viaje encontremos más bahías de Éxito que cabos de Desesperación!

—¡Amén, Johnson! Pero decidme: ¿la tripulación se ha repuesto algo de sus terrores?

—Algo se ha repuesto, doctor; y, sin embargo, si he de deciros la verdad, desde que hemos entrado en el estrecho, el capitán fantástico es la preocupación general, pues casi todos esperan verlo aparecer en la extremidad de Groenlandia y hasta ahora no ha habido nada. Sea dicho *ínter nos*, señor Clawbonny: la no aparición del capitán, ¿no os causa también algún asombro?

—Con franqueza, Johnson, empieza a hacerme algunas cosquillas.

—¿Creéis en la existencia de tal capitán?

—Como en la mía. Para mí es indudable.

—Pero ¿qué razones ha podido tener para obrar como obra?

—Si he de deciros todo mi pensamiento, Johnson, yo creo que el capitán ha querido arrastrar a la tripulación bastante lejos para que no pudiera retroceder. Si él se hubiese presentado a bordo en el momento de la partida, todos hubieran querido que les revelase el destino del buque y le hubiesen puesto en un apuro.

—¡En apuro! ¿Y por qué?

—Si él trata de llevar a cabo, de acometer y recabar alguna empresa sobrehumana, si quiere penetrar en puntos a que nadie ha podido llegar, ¿creéis que sabiéndolo la tripulación se hubiera dejado reclutar? No; al paso que, puesta ya en marcha, puede ir tan lejos que sea luego una necesidad seguir adelante.

—Es posible, señor Clawbonny; yo he conocido aventureros intrépidos cuyo solo nombre hacía temblar al más pintado, y no hubieran hallado ningún hijo de vecino que les acompañase en sus peligrosas expediciones.

—Excepto yo —dijo el doctor.

—Y yo con vos y para seguiros —respondió Johnson—. Nuestro capitán es, sin duda, uno de esos aventureros. Allá veremos. Supongo que de Uppernawik o de la bahía de Melville este bravo desconocido vendrá a establecerse tranquilamente a bordo, y nos dirá hasta dónde su fantasía se propone llevar el buque.

—Lo mismo creo yo, Johnson; pero la dificultad estará en llegar a la bahía de Melville. Estamos rodeados enteramente de témpanos. Difícilmente dejan paso al *Forward*. Mirad, examinad esta inmensa llanura.

—En nuestro lenguaje de balleneros, señor Clawbonny, llamamos a eso un *icefield*, es decir, una superficie continua de hielos, cuyos límites no se perciben.

—¿Y qué nombre dan a ese campo accidentado, con largas moles de hielo más o menos unidas por sus bordes, que se nos presenta por aquel lado?

—Eso es un *pack*, que cuando tiene la forma circular se llama *palch*, y *stream* cuando la tiene prolongada.

—¿Y aquellos hielos flotantes que se divisan más allá?

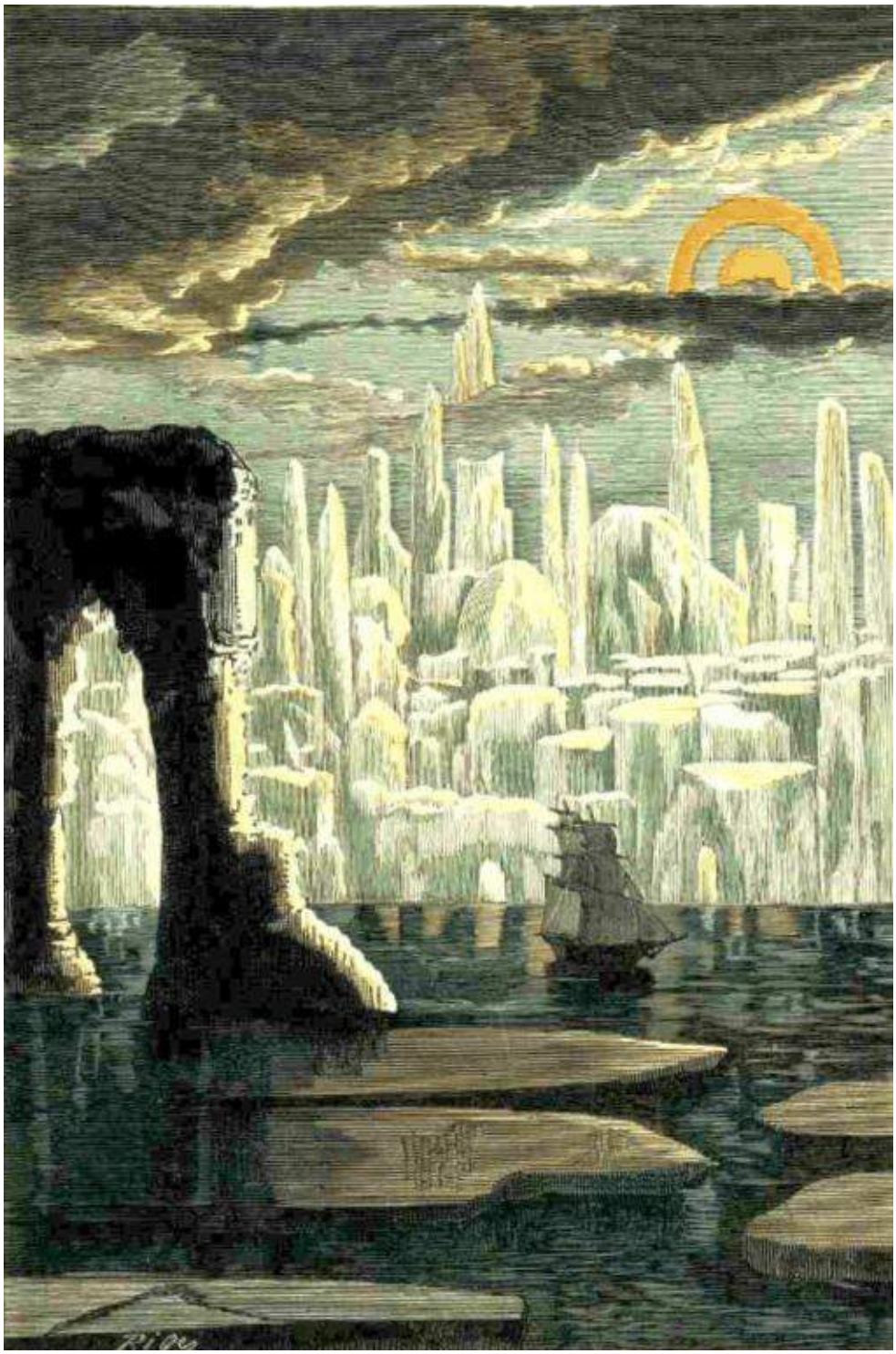
—Son *driftice*, que con un poco más de elevación se llamarían *icebergs* o montañas; su contacto es peligroso para los buques, y es menester evitarlo a toda costa. Mirad allí abajo, sobre aquel *icefield*, una protuberancia producida por la presión de los hielos. Nosotros llamamos a eso *hummock* (mogote). Si la protuberancia tiene su base sumergida, la llamamos *calf* (pantorrilla). Es preciso dar nombre a todo para entenderse.

—¡Es un espectáculo verdaderamente curioso el que tenemos a la vista! —exclamó el doctor, contemplando aquellas maravillas de los mares boreales—. Y exaltan vivamente la imaginación cuadros tan diversos.

—Sin duda —respondió Johnson—. Los carámbanos toman algunas veces formas fantásticas, que nuestros marineros, que no se paran en barras, explican a su manera.

—¡Admirad, Johnson, ese conjunto de peñascos de hielo! Parece que estamos contemplando una ciudad extraña, con sus minaretes y sus mezquitas, a la pálida claridad de la Luna. Más lejos se vislumbra una larga sucesión de arcadas góticas que me recuerdan la capilla de Enrique VII o el palacio del Parlamento.

—Verdaderamente, señor Clawbonny, hay aquí arquitectura para todos los gustos; pero hay peligro en habitar esas ciudades o iglesias, y no conviene tenerlas demasiado cerca. Hay minaretes que se caen por su base, y el menor de ellos aplastaría un buque como el *Forward*.



—¡Y hay quien se ha atrevido a penetrar en estos mares —repuso el doctor— sin tener el vapor a sus órdenes! ¿Cómo se concibe que un buque de vela haya podido dirigirse en medio de esos escollos movedizos?

—Parece imposible y no lo es, señor Clawbonny. Cuando había viento de proa, como ha sucedido más de una vez a este vuestro servidor que os está hablando, se echaba el ancla encima del hielo, con lo cual el buque derivaba ligeramente, y se aguardaba con paciencia la hora oportuna para ponerse en marcha. Verdad es que con este procedimiento, el único que era posible, se pasaban meses para ir a donde nosotros, con un poco de suerte, iremos en algunos días.

—Me parece —dijo el doctor— que la temperatura tiende aún a bajar.

—Lo siento —respondió Johnson—, porque necesitamos el deshielo para que estas moles se desmenucen y vayan a perderse en el Atlántico. Son, además, más numerosas en el estrecho de Davis, porque las tierras se acercan sensiblemente entre el

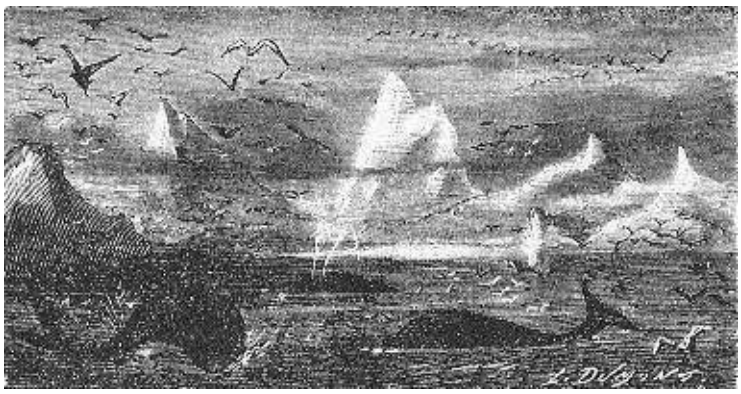
cabo Walsingham y el de Holsteinborg; pero más allá de los sesenta y siete grados hallaremos durante mayo y junio mares más navegables.

—Sí, pero antes es menester pasar.

—Es menester pasar; tenéis razón, señor Clawbonny. En junio y julio hubiéramos hallado el paso libre, como lo hallan los balleneros; pero las órdenes eran precisas, y hemos tenido que estar aquí en abril. Así, pues, o mucho me engaño, o nuestro capitán es un mozo de pelo en pecho, sólidamente templado, que tiene una idea. No se parte tan anticipadamente sino para ir lejos. En fin, vivir para ver.

El doctor había tenido razón en anunciar un descenso en la temperatura. El termómetro señalaba al mediodía 6° (—14° centígrados), y remaba una brisa del Noroeste, que al mismo tiempo que despejaba la atmósfera, ayudaba a la corriente a precipitar los hielos flotantes hacia el camino del *Forward*. No todos, sin embargo, obedecían al mismo impulso. No era raro encontrar algunos de los más altos, que, empujados en su base por una corriente submarina, derivaban en un sentido opuesto.

Bien sé comprenden las dificultades de aquella navegación. Los dos maquinistas no tenían un instante de reposo; la maniobra del vapor se ejecutaba desde la misma cubierta por medio de palancas que la aceleraban, la detenían o la modificaban instantáneamente, según las órdenes del oficial de guardia. Ya era preciso ganar rápidamente una abertura del campo de hielo, ya ganar en velocidad a un *iceberg*, que amenazaba cerrar la única salida practicable. De cuando en cuando, un témpano enorme, cayendo de improviso, obligaba al bergantín a retroceder súbitamente para no ser aplastado. Aquel cúmulo de hielos, arrastrados, amontonados, amalgamados por la corriente del Norte, se precipitaba en el tránsito, y si llegaba a sobrevenir una helada, podía oponer al *Forward* una barrera inexpugnable.



En aquellos parajes se veían aves acuáticas en número que excede a toda ponderación: petreles y fragatas se cruzaban en todas direcciones despidiendo atronadores gritos; contábanse también muchas gaviotas de cabeza grande, de cuello corto, de pico comprimido, que desplegaban sus largas alas y desafiaban la violencia del huracán. Aquella población alada animaba el paisaje.

Numerosos troncos circulaban procesionalmente, chocando con estrépito. Algunos cachalotes de enorme y monstruosa cabeza se aproximaron al buque; pero no se pensó en darles caza, y no por falta de voluntad de Simpson, el arponero. Al anochecer se vieron también varias focas que, con la nariz debajo del agua, nadaban entre los grandes témpanos.

El día 22 la temperatura siguió aún bajando. El *Forward* forzó el vapor para ganar los pasos favorables. El viento del Noroeste se había decididamente fijado, y se recogieron las velas.

Durante el domingo los marineros tuvieron poco que trabajar. Después de la lectura del oficio divino, de la que se encargó Shandon, la tripulación se dedicó a cazar alcas, y cogió muchas. Las alcas, debidamente preparadas según el método clawbonniano, desempeñaron un brillante papel en la mesa de los oficiales y de la marinería.

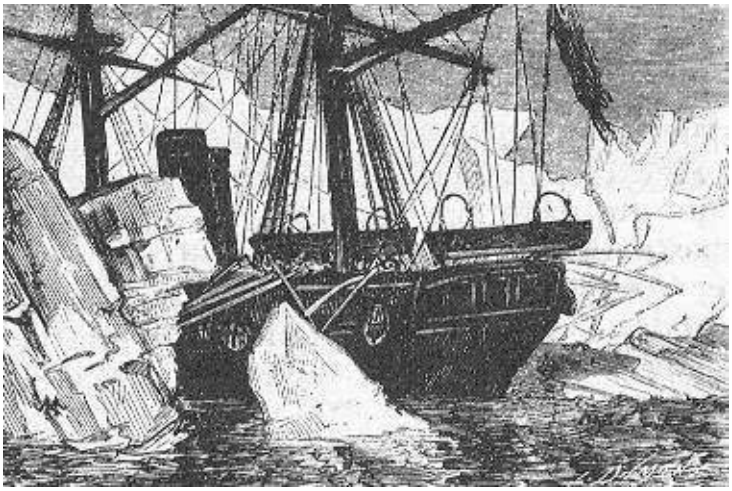
A las tres de la tarde, el *Forward* había alcanzado el Kin de Sael, al Este cuarto Nordeste, y la montaña de Sukkertop, al Sudeste cuarto Este semi-Este. La mar estaba muy picada. De cuando en cuando una vasta niebla caía inopinadamente del ceniciento cielo. Sin embargo, al mediodía se pudo hacer una observación exacta. El buque se hallaba a los 65° 20′ de latitud y a los 54° 22′ de longitud. Era preciso aún ganar dos grados más para encontrar una navegación mejor en un mar más libre.

Durante los tres días siguientes, 24, 25 y 26 de abril, la lucha con los hielos fue continua; la maniobra de la máquina se hizo muy penosa; a cada instante el vapor era súbitamente interrumpido o abatido, y se escapaba silbando por las válvulas.

Como la bruma era densa, la aproximación de los *icebergs* se reconocía solamente por sordas detonaciones producidas por los aludes. El buque viraba entonces inmediatamente, y había gran peligro de chocar contra moles de hielo de agua dulce, notables por la transparencia de su cristal y por su dureza de sílice. Ricardo Shandon no dejó de completar su aguada, embarcando todos los días muchos toneles de aquel hielo.

El doctor no podía habituarse a las ilusiones de óptica que la refracción producía en aquellos parajes. A veces un *iceberg*, que se hallaba a diez o doce millas del bergantín, se le aparecía como un peñón muy cercano. Él procuraba acostumbrar sus miradas a aquel irregular fenómeno, a fin de poder más adelante corregir rápidamente el error de sus ojos.

Por último, ya fuese por haber estado arrastrando el buque a lo largo de los campos de hielo, ya por haber tenido que desviar a viva fuerza los témpanos más amenazadores con el auxilio de largas pértigas, la tripulación quedó rendida de fatiga, y sin embargo, el viernes 27 de abril, el *Forward* se hallaba aún detenido en el límite insuperable del círculo polar.



Capítulo VIII

CONVERSACIONES DE LA TRIPULACIÓN

EL *Forward* pudo, sin embargo, deslizándose diestramente por los pasos, ganar algunos minutos al Norte; pero en lugar de evitar al enemigo, tendría muy pronto que atacarle. Se acercaban los *icefields* de muchas millas de extensión, y como semejantes moles puestas en movimiento representan con frecuencia una presión de más de diez millones de toneladas, preciso era ponerse en guardia contra sus desagradables caricias. Se prepararon en el interior del buque las sierras para cortar el hielo, de modo que se pudiera hacerlas funcionar inmediatamente.

Una parte de la tripulación aceptaba filosóficamente los duros trabajos a que se hallaba sometida, pero la otra se quejaba, sin atreverse a desobedecer. Mientras se ocupaban en la colocación de los instrumentos, Garry, Bolton, Pen y Gripper exponían sus respectivas opiniones.

—¡Voto al diablo! —Decía alegremente Bolton—. No sé por qué me he de acordar ahora de que en Waaler Street hay una buena taberna donde no se concilia mal el sueño entre un vaso de gin y una botella de cerveza. ¿Ves tú eso desde aquí, Gripper?

—Si he de decirte lo que siento —respondió el marinero interpelado, que estaba generalmente de un humor de perros—, te aseguro que no veo desde aquí eso que tú dices.

—Comprenderás que hablo por hablar, Gripper; ya sé yo que en estas ciudades de nieve, que causan tanta admiración al señor Clawbonny, no hay el más insignificante bodegón en que pueda un bravo marinero refrescar su gaznate con uno o dos cuartillos de brandy.

—Eso que dices es demasiado cierto, Bolton, y aún podrías añadir que no hay aquí siquiera con qué enjuagarse la boca. ¡Pícara idea privar de toda bebida espirituosa a gentes que viajan por los mares del Norte!

—Por lo visto —respondió Garry— has olvidado, Gripper, lo que ha dicho el doctor. Es menester abstenerse de toda bebida excitante para evitar el escorbuto, conservar la salud y poder ir muy lejos.

—Pero yo no deseo ir lejos, Garry, y me parece que ya es demasiado haber llegado hasta aquí y empeñarse en pasar por donde el diablo no quiere que se pase.

—¡Y bien, no pasaremos! —Replicó Pen—. ¡Cuando pienso que he olvidado ya el sabor del gin!

—Pero —dijo Bolton— recuerda lo que te ha dicho el doctor.

—¿Y qué? —Replicó Pen, con su voz vinosa y ronca—. Las cosas se dicen para decirlas. Falta saber si, so pretexto de salud, de lo que se trata es de economizar el líquido.

—Puede que ese diablo de Pen no ande del todo desencaminado —respondió Gripper.

—Me parece —replicó Bolton— que Pen tiene la nariz demasiado colorada, y si algo pierde de su color navegando bajo el régimen a que se nos sujeta, no tendrá muchos motivos de queja.

—¿Qué te ha hecho mi nariz? —respondió bruscamente el marinero, herido en su parte sensible—. Mi nariz no tiene necesidad de tus consejos, y ninguno te pide: cuídate de la tuya, y deja en paz la mía.

—Muy pronto te enfadas, Pen; no creía yo que tuvieses la nariz susceptible. A mí un buen vaso de whisky, sobre todo bajo una temperatura como la de ahora, me gusta tanto como a otro cualquiera; pero si, en resumidas cuentas, me ha de causar más daño que provecho, sé pasarme sin él y tener paciencia.

—Tú sabes pasarte sin él —dijo el fogonero Warren, que metió también la cuchara—; pero no se pasan sin él todos los de a bordo.

—¿Qué quieres decir con eso, Warren? —preguntó Garry mirándole fijamente.

—Quiero decir que, por una razón o por otra, hay licores a bordo, y se me antoja que no se privan mucho de ellos los señores de popa.

—¿Tú qué sabes? —preguntó Garry.

Warren no supo qué responder; hablaba nada más que porque tenía lengua, como suele decirse.

—Ya ves, Garry —repuso Bolton—, que Warren no sabe nada.

—Y bien —dijo Pen—, pediremos una ración de gin al comandante; bien ganada la tenemos. Veremos lo que responde.

—Guardaos bien de hacer semejante cosa —respondió Garry.

—¿Y por qué? —Exclamaron Pen y Warren.

—Porque el comandante se hará el desentendido. Ya sabíais cuál era el régimen de a bordo cuando os embarcasteis; entonces era el momento de reflexionar.

—Además —respondió Bolton haciendo causa común con Garry, cuyo carácter le agradaba—, Ricardo Shandon no es el amo de a bordo: es persona mandada, lo mismo que nosotros.

—¿A quién, pues, hemos de dirigirnos? —preguntó Pen.

—Al capitán.

—¡Vuelta al capitán maldito! —Exclamó Pen—. ¿No ves que en estos bancos de hielo lo mismo hemos de encontrar un capitán que una taberna? Todo son excusas y estratagemas para negamos lo que tenemos derecho a exigir.

—Pues yo digo que hay un capitán —repuso Bolton—, y apostaría dos meses de mi paga a que no tardaremos en verle.

—¡Ojalá! —Dijo Pen—. Quisiera que hubiese alguien a quien cantar yo la cartilla.

—¿Quién habla del capitán? —dijo en aquel momento un nuevo interlocutor.

Era el marinero Clifton, un si es no es supersticioso y envidioso al mismo tiempo.

—¿Se sabe acaso algo de nuevo acerca del capitán?

—No —respondieron todas las voces confundiéndose en una sola.

—Pues bien, yo espero hallarle una mañana instalado en su camarote sin que nadie sepa cómo ni por dónde habrá llegado.

—¡Vaya una extravagancia! —Respondió Bolton—. ¿Te figuras, Clifton, que el capitán es un trasgo, un duende como los que hacen de las suyas en las altas tierras de Escocia?

—Ríete cuanto quieras, Bolton; tus risas no me harán variar de opinión. Todos los días, al pasar por delante del camarote, atisbo por el agujero de la cerradura, y ha de llegar muy pronto una mañana en que os diga a quién el capitán se parece y cómo está hecho.

—¡Vaya al diablo tu capitán! —Dijo Pen—. Se me da de él lo mismo que de todos los otros. Y si es tan guapo que quiera llevamos donde no nos dé la gana de ir, le habrá caído la lotería.

—¡Eso está bien! —dijo Bolton—. Pen no conoce al capitán y ya piensa en armarle camorra.

—¿Quién no lo conoce? —replicó Clifton como queriendo dar a entender que él sabía algo—. Yo creo que lo conocemos todos.

—No sabemos lo que quieres decir —contestó Gripper.

—Yo me entiendo y bailo solo.

—¡Pero no te entendemos nosotros!

—¿Acaso Pen no ha tenido ya con él algunas desazones?

—¿Con el capitán?

—Sí, con el *capitán-perro*, que es exactamente lo mismo.

Los marineros se miraron sin atreverse a responder.

—Hombre o perro —dijo Pen entre dientes—, yo os juro que el tal animalito, tarde o temprano, nos las pagará todas juntas.

—Veamos, Clifton —dijo con serenidad Bolton—; ¿crees tú, como lo ha dicho en chanza Johnson, que el perro que tenemos a bordo es el verdadero capitán?

—¿Quién lo duda? —Respondió Clifton con convicción—. Y si vosotros fueseis observadores como yo, habríais notado las maneras extrañas de ese animal.

—¿Qué maneras? Habla, explícate.

—¿No habéis notado el modo que tiene de pasearse por la popa con un aire de autoridad, mirando la jarcia del buque, como Si estuviese de guardia?

—Es verdad —dijo Gripper—, y una tarde lo sorprendí con las patas apoyadas en la rueda del gobernalle.

—¡Imposible! —exclamó Bolton.

—¿Y acaso —prosiguió Clifton— no sabéis que por la noche abandona el buque para irse a pasear por los campos de hielo, sin cuidarse del frío ni de los osos?

—También es cierto —respondió Bolton.

—¿Y habéis visto alguna vez a ese animal buscar, como un perro honrado, la compañía de los hombres, entrar en la cocina, y mirar solícitamente al buen Strong cuando lleva algún buen bocado al comandante? ¿No le oís por la noche cuando se aleja del buque a la distancia de dos o tres millas, aullar de manera que os causa escalofríos, que no es fácil, sin embargo, que se sientan bajo la temperatura que arrostramos? Por último, ¿habéis visto alguna vez que el tal perro comiese? No toma nada de nadie; su ración está siempre intacta, y a no ser que alguno de a bordo le dé de comer secretamente, tengo el

derecho de decir que vive del aire del cielo. Si todo eso no es fantástico, venga Dios y véalo.

—A fe mía —respondió Bell, el carpintero, que había oído toda la argumentación de Clifton—, que vuestras razones no tienen Vuelta de hoja.

Sin embargo, los otros marineros daban la callada por respuesta.

—En fin —dijo Bolton—, ¿a dónde vamos en el *Forward*?

—No lo sé —respondió Bell—; en un momento dado, Ricardo Shandon recibirá el complemento de sus instrucciones.

—¿Pero por quién?

—¿Por quién?

—Sí, ¿cómo? —Decía Bolton.

—¡La respuesta, Bell, la respuesta! —Exclamaron los demás marineros.

—¿Por quién? ¿Cómo? No lo sé —replicó el carpintero, no pudiendo salir del paso.

—Por el *perro-capitán* —dijo Clifton—. Ha escrito ya una vez: ¿por qué no ha de poder escribir otra? Si yo supiese la mitad, no más que la mitad, de lo que sabe el animalito, me parecería poco hacerme primer Lord del Almirantazgo.

—Conque —repuso Bolton— para concluir, ¿a ti no hay quien te apee de que ese perro es el capitán?

—Lo dicho, dicho.

—Pues bien —dijo Pen con voz sorda—; si ese animal no quiere reventar dentro de la piel de un perro, procure volverse pronto un hombre, porque, a fe de Pen, me las ha de pagar todas en un día.

—¿Y por qué? —preguntó Garry.

—Porque me da la gana —respondió Pen brutalmente—; y yo de mis acciones no tengo que dar cuenta a nadie.

—¡Basta de hablar, muchachos! —Gritó el contramaestre Johnson interviniendo en el momento en que la conversación iba a tomar un mal cariz—. ¡Manos a la obra, y que estas sierras estén armadas en menos tiempo que las otras! ¡Tenemos que salvar los bancos!

—¡Bueno! ¡Eso lo veremos! —Respondió Clifton encogiéndose de hombros—. ¡Ya veréis como no se pasa tan fácilmente el círculo polar!

Lo cierto es que durante aquella jornada los esfuerzos de la tripulación fueron casi impotentes. El *Forward*, lanzado a todo vapor contra los hielos, no pudo separarlos, y hubo necesidad de anclar durante la noche.

El sábado la temperatura descendió aún más, bajo la influencia de un viento del Este; el tiempo se serenó, y la mirada pudo extenderse a lo lejos sobre aquellas llanuras blancas, que el reflejo de los rayos solares volvía deslumbradoras. A las siete de la mañana el termómetro señalaba 8° bajo cero (—21° centígrados).

Deseaba el doctor permanecer tranquilamente en su camarote para leer libros de viajes árticos; pero, siguiendo su costumbre, se preguntó cuál era la cosa más desagradable que podría hacer en aquel momento. Se respondió que lo más desagradable sería subir a cubierta, arrostrando la baja temperatura, y ayudar a los marineros en sus maniobras. Y fiel a su regla de conducta, dejó su cómodo y templado camarote, y subió a cubierta para contribuir al arrastre del buque.

Era una excelente facha la suya, con unos anteojos verdes, por cuyo medio preservaba sus ojos contra la mordedura de los rayos reflejos, y en sus observaciones futuras procuró servirse siempre de anteojos especiales, para evitar oftalmías, que son muy frecuentes en aquella elevada latitud.

Al anochecer, el *Forward* había ganado algunas millas hacia el Norte, gracias

a la actividad de los marineros y a la habilidad de Shandon, diestro para aprovecharse de todas las circunstancias favorables. A las doce de la noche había traspasado el 66.nº paralelo, y la sonda había marcado una profundidad de veintitrés brazas. Shandon reconoció que se hallaba sobre el bajío en que tocó el *Victory*, navío de Su Majestad. La tierra, hacia el Este, estaba a treinta millas.

Pero entonces la mole de hielos, hasta aquel momento inmóvil, se dividió y se puso en movimiento; los *icebergs* salían, al parecer, de todos los puntos del horizonte; el bergantín se encontraba encallado en una serie de escollos movedizos cuya fuerza de aplastamiento era irresistible; la maniobra era tan difícil, que Garry, el mejor timonel, se puso en el timón; las montañas tendían a juntarse detrás del bergantín, por lo que fue necesario atravesar aquel mar de hielos, mandando la prudencia y el deber seguir adelante. Aumentaba las dificultades la imposibilidad en que se hallaba Shandon de averiguar la dirección del buque en medio de aquellos puntos que variaban sin cesar, se dislocaban y no ofrecían ninguna perspectiva estable.

Los tripulantes se dividieron en dos grupos, uno de estribor y otro de babor, y cada marinero, armado de una larga pértiga guarnecida con una punta de hierro, rechazaba los témpanos más amenazadores. Muy pronto el *Forward* entró en un pasadizo tan estrecho, entre dos altos cerros de hielo, que el extremo de sus vergas rozaba aquellas murallas tan duras como el granito. Poco a poco se atascó en medio de un valle tortuoso formado por el torbellino de las nieves, mientras los hielos flotantes chocaban unos con otros y producían, al romperse, siniestros crujidos.

Pero muy pronto se vio que aquella garganta no tenía salida. Un enorme témpano, atascado en el canal, derivaba rápidamente hacia el *Forward*, pareciendo imposible también retroceder estando el camino ya cerrado.

Shandon, Johnson, de pie en el alcázar del bergantín, consideraban su posición. Shandon con la mano derecha indicaba al, timonel la dirección que debía seguir, y con la izquierda transmitía a James Wall, colocado cerca del maquinista, sus órdenes para hacer maniobrar la máquina.

—¿Cómo va a concluir esto? —preguntó el doctor.

—Dios lo sabe —respondió el contramaestre.

El peñón de hielo, que no tenía menos de cien pies de altura, no distaba más que un cable del *Forward* y amenazaba caer sobre él y hacerlo astillas.

Pen prorrumpió en un espantoso juramento».

—¡Silencio! —gritó una voz que fue imposible reconocer en medio del huracán.

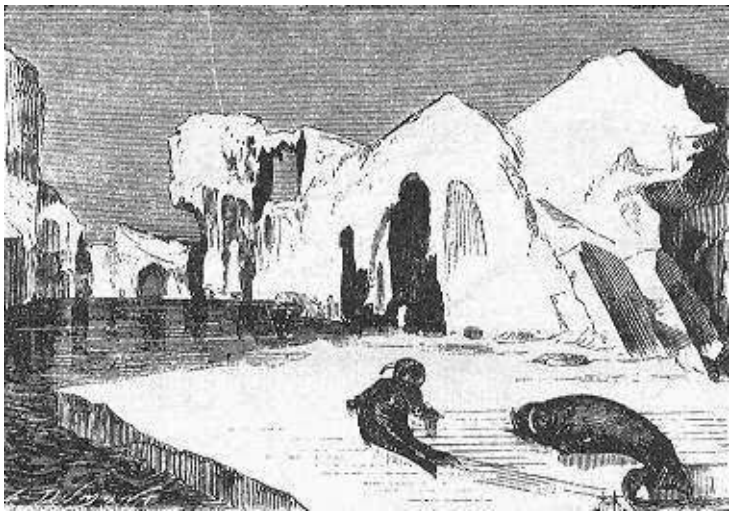
El peñón pareció precipitarse sobre el bergantín, y hubo un momento de angustia indefinible. Los marineros, soltando sus pértigas, se echaron hacia atrás, a pesar de las órdenes de Shandon.

De repente se oyó un espantoso estruendo. Una verdadera manga de agua cayó sobre la cubierta del buque, levantando una ola enorme. La tripulación lanzó un grito de terror, en tanto que Garry, puesto en el timón, mantuvo el *Forward* en buena vía a pesar de la espantosa declinación de su rumbo.

Y cuando las miradas azoradas se dirigían a la montaña de hielo, ésta había desaparecido; quedaba el paso libre, y, más allá, un largo canal, alumbrado por los rayos oblicuos del sol, permitía al bergantín proseguir su derrota.

—Y bien, señor Clawbonny —dijo Johnson—, ¿me explicaréis este fenómeno?

—Es muy sencillo, amigo —respondió el doctor—, y se produce con frecuencia. Cuando esas moles flotantes se desprenden unas de otras en la época del deshielo, vagan aislada y perfectamente equilibradas. Pero poco a poco llegan hacia el Sur, donde el agua es relativamente más caliente; su base, sacudida por el choque de otros témpanos, empieza a fundirse, a minarse; llega un momento en que esas moles pierden el centro de gravedad, y entonces se desploman. Si el *iceberg* hubiese tardado en caer dos minutos más, se hubiera precipitado sobre el bergantín y lo hubiera aplastado.



Capítulo IX

UNA NOTICIA

SE había, en fin, pasado el círculo polar. El 30 de abril, al mediodía, el *Forward* atravesaba Holsteinborg, y sus tripulantes veían levantarse en el horizonte del Este montañas pintorescas. El mar parecía libre de hielos, o por lo menos los hielos que en él flotaban podían evitarse fácilmente.

El viento saltó al Sudeste, y el bergantín, con su trinquete, su cangreja, sus gavias y sus juanetes remontó el mar de Baffin.

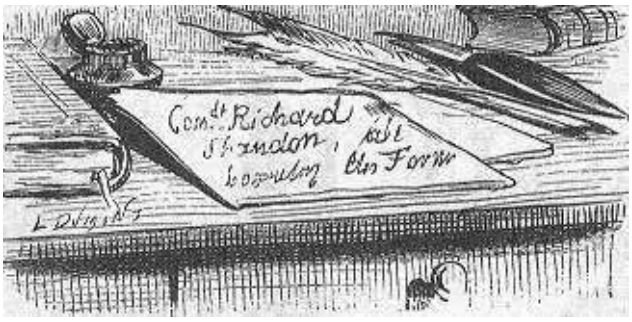
Aquella jornada fue particularmente de calma, y la tripulación pudo descansar un poco. Numerosas aves nadaban y revoloteaban alrededor del buque, y el doctor notó entre ellas algunas alcas, muy parecidas a cercetas, con cuello, alas y lomos negros y el pecho blanco. Se zambullían con rapidez, y con frecuencia permanecían sumergidos más de cuarenta segundos.

Ningún incidente nuevo se hubiera registrado aquel día si no se hubiese producido a bordo el hecho siguiente, que es sin duda extraordinario.

A las seis de la mañana, Ricardo Shandon, al entrar en su camarote después de hacer su guardia, halló encima de su mesa una carta con esta dirección:

«Al comandante Ricardo Shandon, a bordo del *Forward*.

Mar de Baffin».



Shandon no pudo dar crédito a sus ojos; pero antes de averiguar el contenido de tan extraña correspondencia, mandó llamar al doctor, a James Wall y al contramaestre, y les mostró la carta.

—¡Es curioso! —dijo Johnson.

—¡Es magnífico! —gritó el doctor.

—¡Al fin —exclamó Shandon— conoceremos el secreto…!

Y con mano rápida rompió el sobre y leyó lo que sigue:

«Comandante:

»El capitán del *Forward* está satisfecho de la sangre fría, habilidad y arrojo de que vuestros marineros, vuestros oficiales y vos habéis dado pruebas en las últimas circunstancias, y os ruega manifestéis por ello a la tripulación su reconocimiento.

»Dirigíos derecho al Norte hacia la bahía de Melville, y desde allí haced todo lo posible para penetrar en el estrecho de Smith.

»El capitán del *Forward*, K. Z.

»Lunes, 30 de abril, atravesando el cabo Walshingham».

—¿Nada más? —exclamó el doctor.

—Nada más —respondió Shandon.

La carta se le cayó de las manos.

—Y bien —dijo Wall—, ese capitán quimérico no manifiesta deseos de venir a bordo, de lo que yo concluyo que no vendrá nunca.

—¿Pero cómo ha llegado su carta? —dijo Johnson.

Shandon callaba.

—El señor Wall tiene razón —respondió el doctor, que había cogido la carta y la volvía en todas direcciones—; el capitán no vendrá a bordo por una razón.

—¿Por cuál? —preguntó ávidamente Shandon.

—Porque ya está —respondió sencillamente el doctor.

—¡Está ya! —Exclamó Shandon—. ¿Qué queréis decir?

—¿Cómo, de otro modo, explicar la llegada de esta carta…?

Johnson movía la cabeza en señal de aprobación.

—¡No es posible que esté aquí! —Dijo Shandon con energía—. Conozco a todos los individuos de la tripulación; ¿queréis suponer que el capitán se halla entre ellos desde que zarpó el buque? Esto no es posible, os lo repito. No hay uno solo de los tripulantes a quien no haya estado viendo todos los días en Liverpool por espacio de dos años. Vuestra suposición, doctor, es inadmisible.

—¿Entonces cuál admitís vos, Shandon?

—Todas, a excepción de la vuestra. Admito que el capitán, o un hombre de su confianza, ¿qué sé yo?, se ha podido aprovechar de la oscuridad, de la niebla, de lo que vos queráis, para deslizarse a bordo. No estamos lejos de tierra, y hay *kaiaks* de esquimales, que pasan inadvertidos entre los témpanos. Puede, pues, algún *kaiak* haber llegado hasta el buque y enviado la carta… La niebla ha sido bastante intensa para favorecer este plan.

—Y para impedir ver el bergantín —respondió el doctor—. Si nosotros no hemos visto a un intruso deslizarse a bordo, ¿cómo habrá podido él descubrir el *Forward* en medio de la niebla?

—Es evidente —dijo Johnson.

—Me afirmo, pues, en mi opinión —dijo el doctor—. ¿Qué opináis vos, Shandon?

—Cuanto vos queráis —respondió Shandon con fuego—, exceptuando la suposición de que ese hombre se halle a bordo.

—Acaso —añadió Wall— se encuentre en la tripulación un individuo de su confianza que haya recibido sus instrucciones.

—Tal vez —dijo el doctor.

—¿Pero quién? —Preguntó Shandon—. Yo les conozco a todos, vuelvo a deciros, desde hace mucho tiempo.

—En todo caso —repuso Johnson— si el capitán, sea hombre o demonio, se presenta, se le recibirá; pero hay otra instrucción, o, mejor dicho, otro dato que sacar de la carta.

—¿Y cuál? —preguntó Shandon,

—Que no sólo debemos dirigirnos hacia la bahía Melville, sino también entrar en el estrecho de Smith.

—Tenéis razón —respondió el doctor.

—El estrecho de Smith —replicó maquinalmente Ricardo Shandon.

—Es, pues, evidente —repuso Johnson— que el destino del *Forward* no es buscar el paso del

Noroeste, puesto que dejaremos a nuestra izquierda la única entrada que conduce a él, es decir, el estrecho de Lancaster. Se nos presenta, pues, una navegación difícil en mares desconocidos.

—Sí; el estrecho de Smith —respondió Shandon—. Es el derrotero que, arrostrando algunos peligros, siguió en 1853 el americano Kane. Por espacio de mucho tiempo se le creyó perdido bajo aquellas espantosas latitudes. ¡En fin, ya que hemos de ir, iremos! Pero ¿hasta dónde? ¿Hasta el Polo?

—¿Y por qué no? —exclamó el doctor.

La suposición de aquella tentativa insensata hizo encogerse de hombros al contramaestre.

—En fin —repuso James Wall—, volviendo al capitán, si es que tal capitán existe, yo no veo en las costas de Groenlandia más que los establecimientos de Disko o de Uppernawik en que pueda aguardarnos, y, por consiguiente, dentro de algunos días sabremos a qué atenernos.

—Pero —preguntó el doctor a Shandon— ¿no dais a conocer la carta a la tripulación?

—Con el permiso del comandante —respondió Johnson—, yo en su lugar no haría semejante disparate.

—¿Y por qué? —preguntó Shandon.

—Porque todo lo que hay aquí de extraordinario y fantástico es muy propio para desalentar a nuestros marineros… Se hallan ya muy inquietos acerca de la suerte de usa expedición que así se presenta, y si se les induce a lo sobrenatural, los efectos podrían ser tan funestos, que en el momento crítico no podríamos contar con ellos para nada. ¿Qué decís a esto, comandante?

—Y a vos, doctor, ¿qué os parece? —preguntó Shandon.

—Me parece —respondió el doctor— que el amigo Johnson discurre con acierto.

—¿Y vos, James?

—Salvo mejor parecer —respondió Wall—, yo me adhiero a la opinión de esos señores.

Shandon se puso a reflexionar algunos instantes, y volvió a leer con atención la carta.

—Señores —dijo—, vuestra opinión es seguramente muy buena, pero no puedo adoptarla.

—¿Y. por qué, Shandon? —preguntó el doctor.

—Porque las instrucciones de esta carta son formales y terminantes, y me mandan poner en conocimiento de la tripulación las felicitaciones del capitán. Hasta ahora he obedecido ciegamente sus órdenes, cualquiera que haya sido la manera de transmitirlas, y no puedo…

—Sin embargo… —repuso Johnson, que temía justamente el efecto de semejantes comunicaciones en el ánimo de los marineros.

—Mi buen Johnson —dijo Shandon interrumpiéndole—, comprendo vuestra insistencia; vuestras razones son excelentes, pero leed:

«Y os ruega manifestéis por ello a la tripulación su reconocimiento».

—Obrad, pues, en consecuencia —repuso Johnson, que era, ante todo, un estricto observador de la disciplina—. ¿Queréis que reúna la tripulación sobre cubierta?

—Reunidla —respondió Shandon.

La noticia de una comunicación del capitán circuló inmediatamente entre la gente de a bordo.

Los marineros llegaron sin demora a su puesto de revista, y el comandante les leyó en voz alta la carta misteriosa.

Un sombrío silencio acogió aquella lectura; la tripulación se separó entregándose a mil suposiciones; Clifton se dejó arrastrar a todas las divagaciones de su imaginación supersticiosa; la parte que en el acontecimiento atribuyó al *perro-capitán* fue considerable, y no dejó una sola vez de saludarle cuando por casualidad le encontraba al paso.

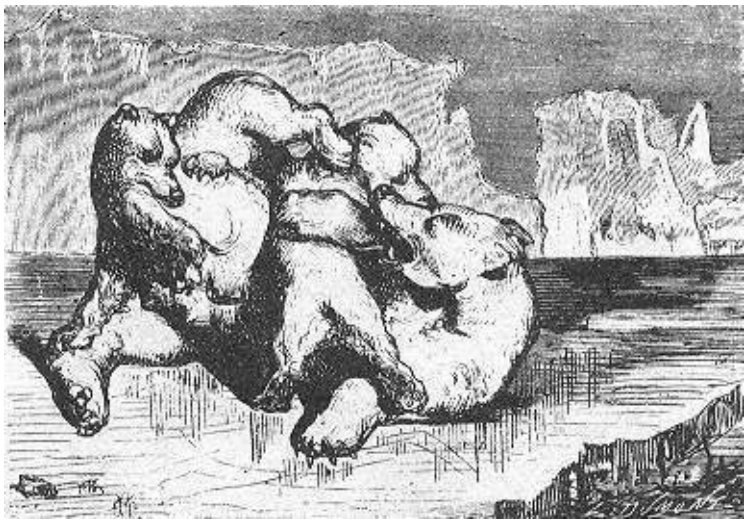
—¡Cuando yo os decía —repetía a los marineros— que el tal animalito sabe escribir!

La observación no obtuvo ninguna réplica, y al mismo Bell, el carpintero, le hubiera costado trabajo contradecirle.

Sin embargo, era para todos incontestable que, a falta de capitán, una sombra o su espíritu velaban a bordo, y los más prudentes se guardaron muy bien en lo sucesivo de comunicarse mutuamente sus suposiciones.

El l.° de mayo, al mediodía, la observación dio una latitud de 68° y una longitud de 56° 32′. La temperatura había ascendido, y el termómetro señalaba 25° sobre cero (—4° centígrados).

El doctor pudo recrearse siguiendo las evoluciones de un oso blanco y de dos osos pequeñuelos que recorrían el borde de un *pack* que prolongaba la tierra; acompañado de Wall y de Simpson, se metió en una lancha para darle caza; pero el animal, de carácter poco belicoso, arrastró rápidamente consigo a su prole, y el doctor tuvo que renunciar a su propósito de perseguirlo.



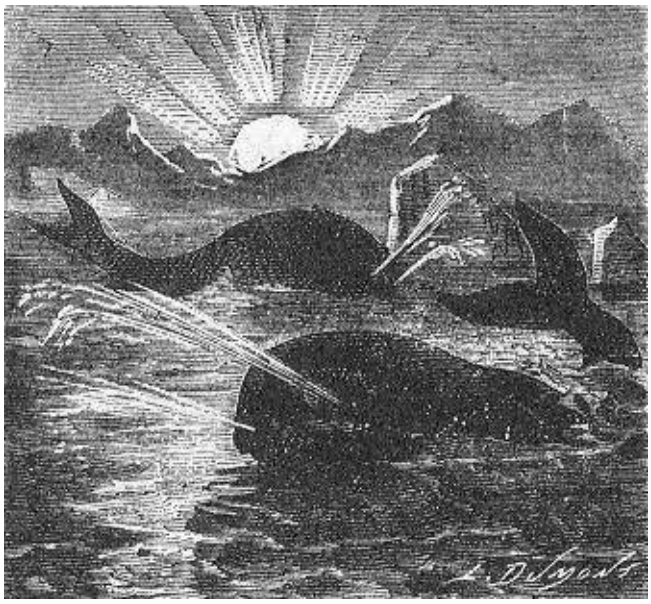
Se dobló durante la noche el cabo Chidley, bajo la influencia de un viento favorable, y luego se vieron levantarse en el extremo horizonte las elevadas montañas de Disko, dejándose a la derecha la bahía de Godhayn, residencia del gobernador general de los establecimientos daneses. Shandon no juzgó conveniente detenerse, y dejó muy pronto rezagadas las piraguas de esquimales que intentaban alcanzarlo.

La isla Disko se llama también la isla de la Ballena. Desde ella, el 11 de julio de 1845, Sir John Franklin escribió por última vez al Almirantazgo, y en ella también, el 27 de agosto de 1858, tocó el capitán McClintock, que regresaba a Inglaterra con las pruebas harto seguras de la pérdida irreparable de aquella expedición.

La coincidencia de aquellos dos hechos no pasó inadvertida para el doctor. Eran dos hechos, dependientes uno de otro, fecundos en desgarradores recuerdos; pero bien pronto las alturas de Disko desaparecían de la vista de la tripulación del *Forward*.

Había entonces en las costas numerosos *icebergs*, de aquellos que los más fuertes deshielos no llegan a derribar, y aquella sucesión continua de crestas presentaba las formas más extrañas.

Al día siguiente, a cosa de las tres, se vio surgir al Nordeste Sanderson Hope. La tierra quedó a una distancia de quince millas por la parte de estribor, y las montañas parecían cubiertas de un hollín rojizo. Al amanecer, muchas ballenas de la especie de las *finners*, que tienen aletas en el dorso, empezaron a retozar en medio de los témpanos de hielo, arrojando por sus espiráculos el aire y el agua.

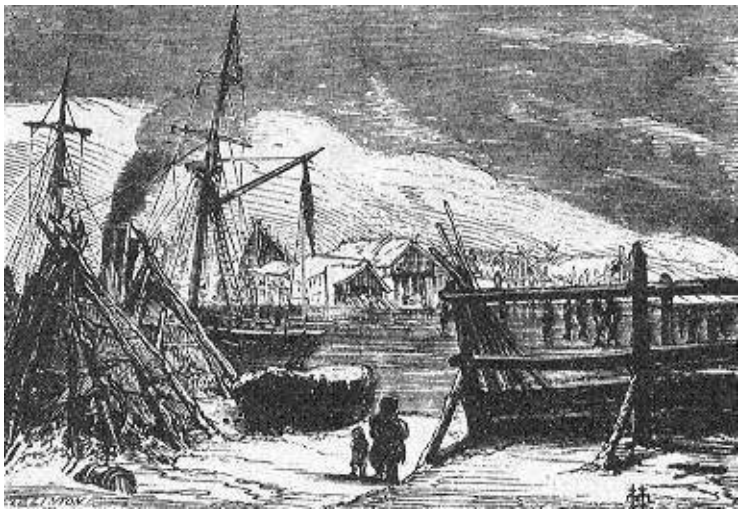


Durante la noche del 3 al 4 de mayo el doctor pudo ver por primera vez el sol tocando el último extremo del horizonte, sin sepultar en él su disco luminoso. Desde el 31 de enero, sus órbitas se fueron prolongando diariamente, y ya entonces reinaba una claridad continua.

Para espectadores no acostumbrados a ella, semejante persistencia del día es un objeto incesante de asombro y hasta de fatiga. Nadie es capaz de figurarse hasta qué punto la oscuridad de la noche es necesaria para la salud de los ojos. El doctor experimentaba un verdadero dolor para habituarse a aquella luz continua, que acababa de volver irritante la reflexión de los rayos luminosos sobre las llanuras de hielo.

El 5 de mayo, el *Forward* pasó más allá del 72° paralelo. Si hubiese tardado dos meses más, hubiera encontrado numerosos balleneros que se dedican a la pesca bajo aquellas elevadas latitudes; pero el estrecho no estaba aún bastante libre para permitirles penetrar en el mar de Baffin.

Al día siguiente, el bergantín, después de dejar atrás la isla de las Mujeres, llegó a la vista de Uppernawik, que es el establecimiento más septentrional que en aquellas costas posee Dinamarca.



Capítulo X

NAVEGACIÓN PELIGROSA

SHANDON, el doctor Clawbonny, Johnson, Foker y Strong, el cocinero, se embarcaron en la ballenera y se trasladaron a la playa.

El gobernador, su mujer y sus cinco hijos, todos de raza esquimal, se presentaron cortésmente a los visitantes para cumplimentarles. El doctor, en su cualidad de filólogo, chapurreaba el danés lo suficiente para establecer relaciones amistosas. Además, Foker, intérprete de la expedición al mismo tiempo que *icemaster*, poseía unas veinte palabras de la lengua groenlandesa, y con veinte palabras se puede hacer algo, si el que las sabe no es muy ambicioso.

El gobernador, nacido en la isla de Disko, no había salido nunca de su país natal. Cumplimentó a los recién llegados en nombre de su ciudad, que se componía de tres casas de madera para su familia y el ministro luterano, de una escuela y de almacenes de cuyo abastecimiento se encargaban los buques náufragos. El resto consistía en chozas de nieve en que los esquimales entran a rastras por la única abertura que tienen.

Una gran parte de la población había salido al encuentro del *Forward*, y más de un natural se adelantó hasta en medio de la bahía, en su *kaiak*, que tenía, quince pies de largo y, todo lo más, dos de ancho.

El doctor sabía que la palabra *esquimal* significa *comedor de pescado crudo*, pero sabía también que este nombre es considerado en el país como una injuria, por lo que hizo todos los esfuerzos posibles para

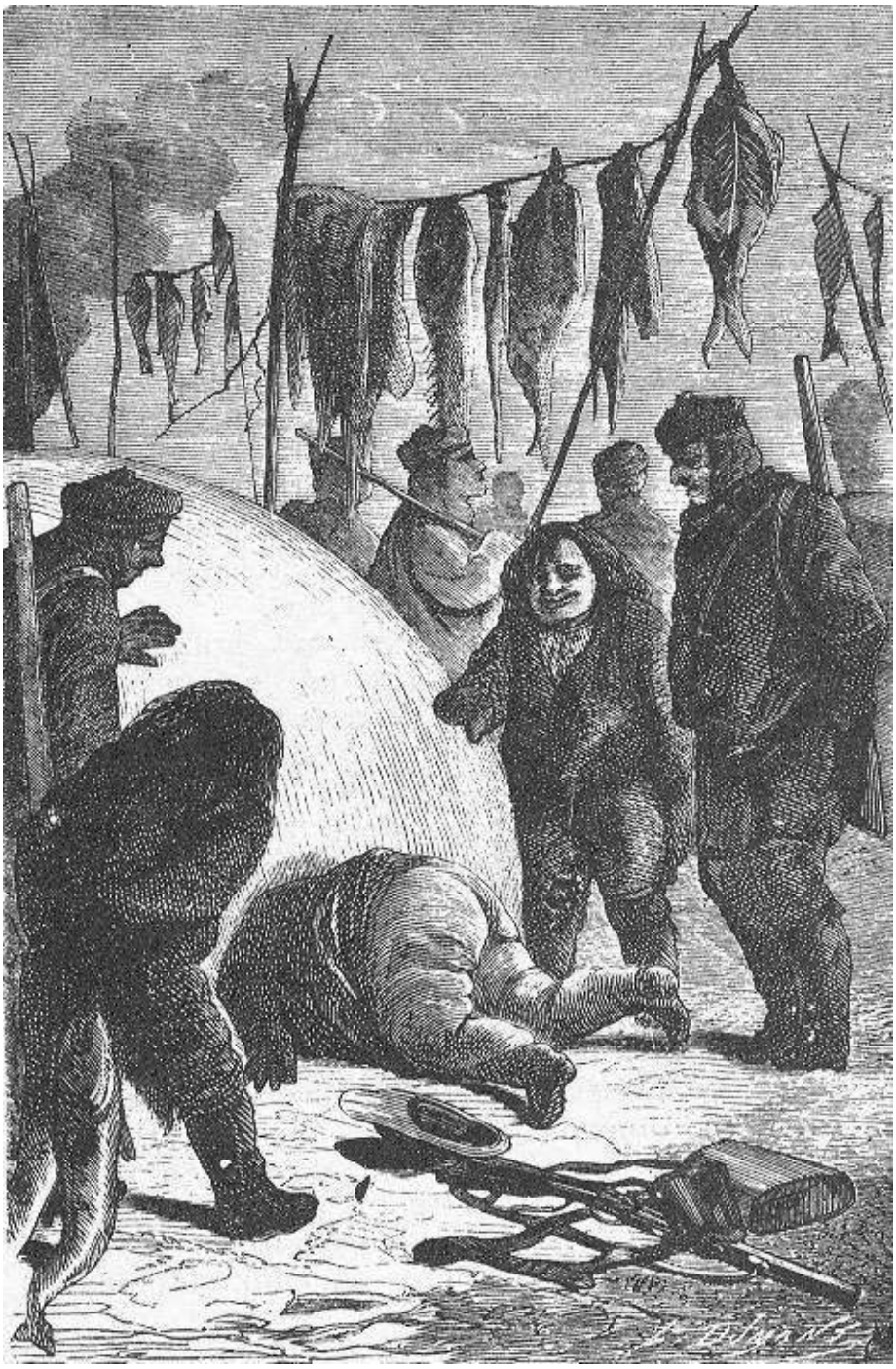
no llamar a los habitantes más que «groenlandeses».

Y sin embargo, con sus vestidos oleosos de piel de foca, con sus botas de lo mismo y con todo su conjunto grasiento e infecto, por el cual no se distinguían los hombres de las mujeres, era fácil reconocer el régimen dietético de aquellas gentes. Por otra parte, la lepra se los comía, como a los moradores de todos los pueblos ictiófagos.

El ministro luterano y su mujer, con los cuales el doctor se prometía echar más especialmente su cuarto a espadas, se hallaban girando una visita por la parte de Proven, al sur de Uppernawik, y por tanto, quedó reducido a conversar con el gobernador, que no era un prodigio de instrucción en ninguna ciencia. Con un poco menos de instrucción hubiera sido un asno; con un poco más, hubiera sabido leer.

El doctor, sin embargo, le interrogó sobre el comercio y los usos y costumbres de los esquimales, y supo, por medio del lenguaje de los gestos, que las focas, puestas en Copenhague, valían unas cuarenta libras; una piel de oso, cuarenta dólares daneses; una piel de zorra azul, cuatro, y dos o tres si era de zorra blanca.

El doctor quiso también, para completar su instrucción personal, visitar una choza de esquimales. Nadie puede figurarse de lo que es capaz un sabio que quiere saber; afortunadamente, la abertura de aquellas madrigueras era demasiado angosta, y el frenético doctor no pudo pasar por ella. De buena se libró porque no hay nada tan repugnante como aquel hacinamiento de objetos muertos o vivientes, carne de foca o carne de esquimales, pescados podridos y vestidos infectos, que llenan las chozas groenlandesas, sin que haya una ventana para renovar aquel aire irrespirable, y sí solamente un agujero encima de la choza que da paso al humo, pero no permite salir el hedor.



Foker dio estos pormenores al doctor, y el digno sabio maldijo, no obstante, su corpulencia. Quería juzgar por sí mismo aquellas emanaciones *sui generis*.

—Estoy seguro —dijo— de que un hombre se acostumbra a ellas *a la larga*.

A la larga pinta con tres palabras al célebre Clawbonny.

Mientras estaba el doctor completando sus estudios etnográficos, Shandon, siguiendo las instrucciones que tenía recibidas, se ocupaba en procurarse medios de transporte por los hielos; tuvo que pagar cuatro libras por un trineo y seis perros. Aun así le costó no poco trabajo vencer las repugnancias que manifestaban los naturales a deshacerse de ellos.

Shandon hubiera querido también reclutar a Hans Christian, el hábil conductor de perros que formó parte de la expedición del capitán McClintock; pero Hans se hallaba entonces en la Groenlandia meridional.

Púsose entonces sobre el tapete la cuestión: ¿Se hallaba en Uppernawik un europeo que aguardaba el paso del *Forward*? ¿Tenía el gobernador conocimiento de que un extranjero verosímilmente inglés, se hubiese fijado en aquellos parajes? ¿A qué época se referían las últimas relaciones con buques balleneros o de otra clase?

A estas preguntas el gobernador respondió que hacía más de diez meses que ni un solo extranjero había desembarcado en aquella parte de la costa.

Shandon se hizo dar los nombres de los balleneros últimamente llegados, y no reconoció ninguno. Motivos había para estar desesperado.

—Confesad, doctor, que hay motivos para perder el tino. ¡Nadie en el cabo Farewell! ¡Nadie en la isla Disko! ¡Nadie en Uppernawik!

—Añadid dentro de algunos días: ¡Nadie en la bahía de Melville!, y entonces, mi querido Shandon, os saludaré como único capitán del *Forward*.

La ballenera volvió al bergantín al anochecer con los expedicionarios. Strong, respecto a alimentos nuevos, se había procurado algunas docenas de huevos de *eider-ducks*[20], dos veces mayores que los huevos de gallina y de un color verdoso. Poca cosa era; pero, en fin, no dejaba de ser algo para una tripulación sometida al régimen de carne salada.

El viento al día siguiente se hizo favorable, y, sin embargo, Shandon no dio orden de aparejar. Quiso aguardar un día más, dejando, para tranquilidad de su conciencia, que cualquier ser perteneciente a la raza humana tuviese tiempo suficiente para pasar a bordo del *Forward*. Hizo más; mandó que la pieza de 16 disparase un cañonazo por hora, y en efecto, el disparo tronaba con estrépito en medio de los *icebergs*; pero no consiguió más que asustar las bandadas que había, como nubes, de *molly-mokes*[21] y *dorotches*[22]. Por la noche se lanzaron al aire, también en vano, varios cohetes. Tuvo que decidirse a partir.

El 8 de mayo, a las seis de la mañana, el *Forward*, desplegadas sus gavias, su cangreja y el juanete del palo mayor, perdía de vista el establecimiento de Uppernawik y aquellas inmundas estacas de las que cuelgan, a lo largo de la playa, intestinos de focas y de renos.

Soplaba el viento del Sudoeste, y la temperatura ascendió a 32° (0° centígrados). El sol atravesaba la niebla, y los hielos iban desprendiéndose unos de otros.

Sin embargo, la reflexión de aquellos rayos blancos produjo un efecto fatal en la vista de varios marineros. Wolsten, el armero, Gripper, Clifton y Bell, fueron atacados de *snow blindness*, especie de

enfermedad de los ojos, muy común en primavera, que determina muchos casos de ceguera entre los esquimales. El doctor aconsejó a los enfermos en particular, y a todos sus compañeros en general, que se tapasen la cara con un velo de gasa verde, y fue él el primero que siguió su propia prescripción.

Los perros comprados en Uppernawik por Shandon eran de un natural bastante salvaje; sin embargo, se aclimataron a bordo, y *Capitán* no hizo con sus nuevos camaradas muy malas migas. Conocía, al parecer, sus costumbres. No fue Clifton el último que observó que *Capitán* debía haber tenido ya relaciones con sus congéneres de Groenlandia. Éstos, siempre hambrientos y reducidos en tierra a una alimentación insuficiente, no pensaban más que en desquitarse con el régimen de a bordo.

El 9 de mayo, el *Forward* pasó a algunos cables de la más occidental de las islas Baffin. El doctor divisó varias rocas de la bahía entre las islas y la tierra firme, que eran de las que se llaman *crimsoncliffs*; estaban cubiertas de una nieve roja como el más bello carmín, a la cual el doctor Kane señaló un origen puramente vegetal. Clawbonny hubiera querido examinar de más cerca aquel singular fenómeno; pero el hielo no permitió acercarse a la costa, y, aunque la temperatura tendía a elevarse, era fácil ver que los *icebergs* y los *icestreams* se acumulaban hacia el norte del mar de Baffin.

Desde Uppernawik la tierra ofrecía un aspecto diferente, y témpanos inmensos se perfilaban en el horizonte sobre el ceniciento fondo del cielo. El 10, el *Forward* dejó a la derecha la bahía de Higston, cerca de los 74° de latitud. El canal de Lancaster se abrió en el mar a algunos centenares de millas al Oeste.

Pero entonces aquella inmensa extensión de agua desaparecía bajo vastos campos de hielo donde se levantaban *hummocks* regulares como cristalizaciones de una misma sustancia. Shandon mandó encender los hornos, y hasta el 11 de mayo el *Forward* culebreó en los tortuosos alfoces, trazando en la atmósfera, con su negro humo, el derrotero que él seguía en el mar.

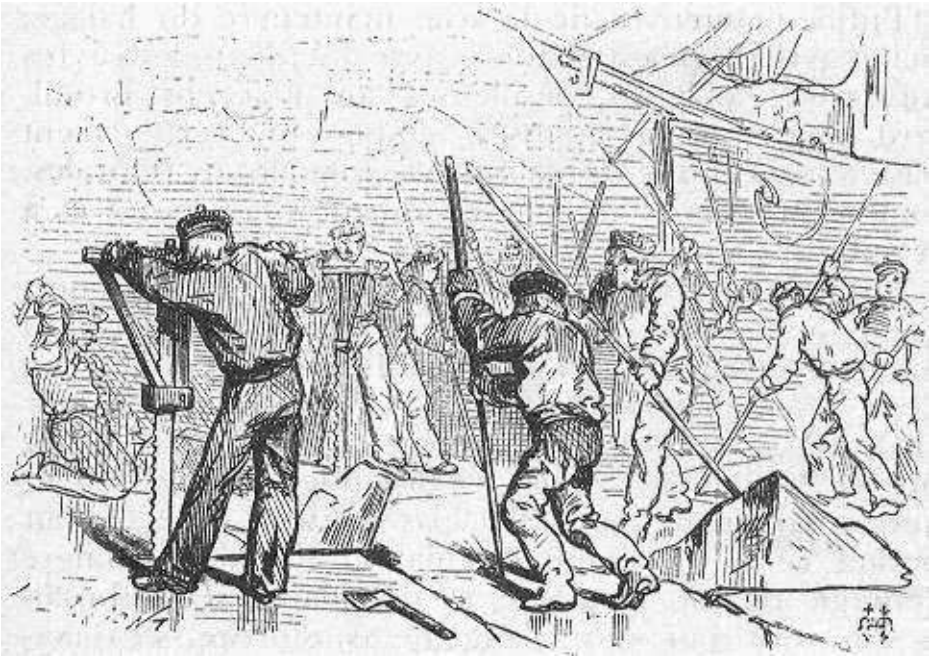
Pero no tardaron en presentarse nuevos obstáculos. Los pasadizos se cerraban a consecuencia de la incesante dislocación de las masas flotantes. A cada instante el agua amenazaba con faltar delante de la proa del *Forward*, y si llegaba éste a quedar *nipped*[23], le sería difícil recobrar su libertad. He aquí lo que todos sabían y en lo que todos pensaban.

Así es que a bordo de aquel buque sin objetivo, sin destino conocido, que procuraba locamente subir hacia el Norte, se manifestaron algunos síntomas de vacilación. Entre aquellas gentes habituadas a una existencia de peligros, muchos había que, olvidando las ventajas ofrecidas, sentían haberse aventurado tan lejos. Reinaba ya en los ánimos cierta desmoralización, que aumentaba más y más los terrores de Clifton y las conversaciones de dos o tres agitadores, tales como Pen, Gripper, Warren y Wolsten.

A las inquietudes morales de la tripulación se agregaban entonces insoportables fatigas, porque el 12 de mayo el bergantín se encontraba encerrado en todas las direcciones, y su vapor era impotente. Fue menester abrirse un camino en los campos de hielo. El manejo de la sierra era muy penoso en aquellos *floes*[24] que medían hasta seis y siete pies de grosor; cuando dos entalladuras paralelas dividían el hielo a una longitud de cien pies, era preciso romper la parte interior con el hacha y el espeque, y entonces se ponían áncoras, que se fijaban en un agujero abierto con una gran barrena. Después empezaba la maniobra del cabrestante, y se trataba el buque a fuerza de brazos. La mayor dificultad consistía en hacer entrar de nuevo debajo de los *floes* los pedazos rotos, a fin de dejar paso al buque. Era necesario rechazarlos por medio de *potes*, largas pértigas provistas de una punta de hierro.

Maniobras de sierra, maniobras de arrastre, maniobras de cabrestantes, maniobras de *potes*, maniobras incesantes, obligadas, peligrosas, en medio de la niebla o de espesas nevadas, con temperatura relativamente baja, dolencias oftálmicas, inquietudes morales, todo contribuía a debilitar la

tripulación y a determinar en su imaginación reacciones peligrosas.



Cuando los marineros tienen que habérselas con un hombre enérgico, audaz, convencido, que sabe lo que quiere, que sabe a dónde va y qué objeto persigue, la confianza les sostiene a despecho de ellos mismos: se hallan cordialmente unidos con su jefe, y se sienten fuertes con su propia fuerza, tranquilos con su propia tranquilidad. Pero a bordo del bergantín se veía que el comandante no estaba tranquilo, que vacilaba ante un objetivo y destino desconocidos. A pesar de la energía de su carácter, su abatimiento se debía conocer a pesar suyo, por variaciones de órdenes, maniobras incompletas, reflexiones intempestivas y mil pormenores que no podían ocultarse a la tripulación.

Y además, Shandon no era el capitán del buque, el amo después de Dios; lo que era una razón suficiente para que se llegasen a discutir sus órdenes, y de la discusión a la desobediencia no hay más que un paso.

Los descontentos asociaron muy pronto a sus ideas al primer maquinista, que hasta entonces había permanecido esclavo de su deber.

El 16 de mayo, seis días después de la llegada del *Forward* a los bancos, Shandon no había ganado dos millas hacia el Norte. El buque estaba amenazado de quedar cogido por los hielos hasta la estación próxima, lo que era muy grave.

A cosa de las ocho de la noche, Shandon y el doctor, acompañados del marinero Garry, fueron de descubierta en medio de las inmensas llanuras. Procuraron no alejarse demasiado del buque, porque era difícil crearse puntos que pudieran servir de seña en aquellas soledades blancas, cuyo aspecto variaba incesantemente. La refracción producía extraños efectos, que dejaban atónito al doctor. Donde creía que no tenía que dar más de un salto de la longitud de un pie, tenía que darlo de cinco o seis pies, o bien sucedía lo contrario, y en ambos casos era una caída, ya que no peligrosa, muy molesta, contra aquellas llanuras de hielo, duras y aceradas como cristal.

Shandon y sus dos compañeros iban en busca de pasos practicables. A tres millas de distancia del buque pudieron, no sin trabajo, ganar la cima de un *iceberg*, que mediría unos trescientos pies de altura. Desde allí se extendió su vista por aquel hacinamiento desolado, semejante a las ruinas de una ciudad gigantesca, con sus obeliscos caídos, sus torres derribadas, sus palacios echados abajo como si fuesen de una sola pieza. Un verdadero caos. El sol arrastraba penosamente su carrera alrededor de un horizonte

erizado, y lanzaba largos rayos oblicuos de una luz sin calor, como si entre él y aquel triste país se hubiesen interpuesto sustancias atérmicas.

El mar parecía enteramente inmóvil hasta donde podía alcanzar la mirada.

—¿Cómo pasaremos? —dijo el doctor.

—No lo sé —respondió Shandon—; pero pasaremos, aunque tenga que recurrir a la pólvora para volar esas montañas; no seré yo quien se haga prisionero de los hielos hasta la primavera próxima.

—Sin embargo, no nos sucedería más que lo que le sucedió al *Fox* casi en estos mismos parajes. ¡Bah!, ya pasaremos… con un poco de filosofía. Ya veréis, un poco de filosofía vale más que todas las máquinas del mundo.

—Preciso es confesar —respondió Shandon— que este año no se presenta bajo favorables auspicios.

—Convenido, Shandon. Y observo que el mar de Baffin tiende a volver al estado en que se hallaba antes de 1817.

—¿Creéis acaso, doctor, que lo que es ahora no ha sido siempre?

—No, mi querido Shandon; de cuando en cuando sobrevienen vastos deshielos repentinos, que no aciertan los sabios a explicarse muy satisfactoriamente. Así es que este mar permaneció hasta 1817 constantemente obstruido, cuando tuvo efecto un inmenso cataclismo, que arrojó al océano estos *icebergs*, los cuales en su mayor parte quedaron varados en el banco de Terranova. A partir de aquel momento, la bahía de Baffin quedó casi libre, y fue el punto de cita de numerosos balleneros.

—¿Y desde aquella época —preguntó Shandon— los viajes al Norte fueron más fáciles?

—Incomparablemente más fáciles; pero de algunos años a esta parte se nota que la bahía tiende a volver a ser lo que era y amenaza cerrarse, tal vez por mucho tiempo, a las investigaciones de los navegantes.

He aquí, pues, una razón más para avanzar cuanto nos sea posible. Y, sin embargo, nos parecemos bastante a los que avanzan por galerías desconocidas, cuyas puertas se van cerrando tras ellos.

—¿Me aconsejáis, acaso, retroceder? —preguntó Shandon intentando leer en lo más profundo de los ojos del doctor.

—¡Yo! Yo no he sabido nunca volver atrás; y aunque supiera que el regreso es imposible, os diría que es preciso avanzar a toda costa. Pero quiero que quede establecido que si cometemos imprudencias, sabremos perfectamente a lo que nos exponemos.

—¿Y vos, Garry, qué opináis? —preguntó Shandon al marinero.

—Comandante, yo iría siempre adelante; opino como el señor Clawbonny. Pero haréis lo que mejor os acomode; mandad y obedeceremos.

—No hablan todos como vos, Garry —repuso Shandon—; no todos se hallan dispuestos a obedecer. ¿Y si se niegan a ejecutar mis órdenes?

—Yo os he manifestado mi parecer, comandante —repuso Garry con frialdad—, porque vos me lo habéis pedido; pero no estáis obligado a seguirlo.

Shandon no respondió: examinó atentamente el horizonte, y volvió a bajar con sus compañeros al campo de hielo.

Capítulo XI

EL PULGAR DEL DIABLO

DURANTE el tiempo que estuvo fuera el comandante, los tripulantes habían ejecutado varios trabajos para poner al buque en condiciones de evitar la presión de los *icefields*. Pen, Clifton, Bolton, Gripper y Simpson se ocupaban en tan penosa faena, y el fogonero y los maquinistas tuvieron que ayudar a sus camaradas, porque era obligación suya, desde el momento en que el servicio de la máquina no exigía su presencia, desempeñar las funciones de marineros, pudiendo, por consiguiente, ser empleados en todos los servicios de a bordo.

Pero eso les ponía de un humor muy negro.

—Declaro —dijo Pen— que ya no puedo más; y si dentro de tres días no ha llegado el deshielo, juro por quien soy que me cruzo de brazos.

—¡Cruzarte de brazos! —respondió Gripper—. ¿No vale más que los emplees en volver atrás? ¿Crees acaso que nos resignaremos a invernar aquí hasta el próximo año?

—¡Buen invierno pasaríamos —dijo Pen—, estando el buque amenazado por todos lados!

—¿Y quién nos asegura —dijo Brunton— que en la primavera próxima estará el mar más libre que ahora?

—No se trata de la primavera próxima —replicó Pen—; nos hallamos en jueves; si el domingo no está libre el camino nos volveremos hacia el Sur.

—¡Bien pensado! —dijo Clifton.

—¿Os parece bien? —preguntó Pen.

—Perfectamente —respondieron sus camaradas.

—Y es justo —repuso Warren—; porque si hemos de trabajar como lo estamos haciendo y halar el buque a fuerza de brazos, soy de la opinión de que lo halemos hacia atrás.

—El domingo lo veremos —dijo Wolsten.

—No espero más que la orden —repuso Brunton—, y pronto estará caliente la caldera.

—Nosotros mismos la calentaremos —añadió Clifton.

—Si algún oficial —respondió Pen— quiere darse el placer de invernar aquí, cúmplase su voluntad y dejémosle tranquilo. No le será difícil construirse una choza de hielo para vivir como un verdadero esquimal.

—Nada de eso, Pen —replicó Brunton—; no hemos de abandonar a nadie, ¿lo oís todos?, a nadie. Yo creo, además, que el comandante se dará a buenas; me parece que está ya muy preocupado, y proponiéndole bien la cosa…

—No sabemos —repuso Plever—; Ricardo Shandon es hombre duro y tenaz, algunas veces; será menester entrarle con mucha destreza.

—¡Cuando pienso —repuso Bolton con un suspiro— que dentro de un mes podríamos hallamos en Liverpool! Salvaremos rápidamente la línea de hielos dirigiéndonos al Sur. El paso del estrecho de Davis quedará abierto a principios de junio, y no tendremos que hacer más que dejamos llevar al Atlántico a la deriva.

—Sin contar —repuso el prudente Clifton— con que, llevando con nosotros al comandante y obrando bajo su responsabilidad, nuestros sueldos y gratificaciones nos serán puntualmente satisfechos, al paso que si nos volviésemos solos, sabe Dios lo que sucedería.

—Bien discurrido —dijo Plever—; ese diablo de Clifton se expresa como un sabio. Procuremos no tener que bregar con esos señores del Almirantazgo. Lo más conveniente y seguro es no abandonar a nadie.

—Pero ¿y si los oficiales se niegan a seguirnos? —repuso Pen, que quería arrastrar a sus camaradas al último extremo.

No era fácil contestar a una pregunta tan directa y terminante.

—Allá veremos cuando la ocasión llegue —replicó Bolton—; nos bastará hacer que Ricardo Shandon se adhiera a nuestra causa, y tengo para mí que esto no será difícil.

—Alguien hay, sin embargo, a quien yo de buena gana dejaría aquí —dijo Pen echando votos y ternos — aunque tuviese que comerme un brazo.

—Al perro —dijo Plever.

—Sí, al perro, y no tardará en pagármelas todas juntas.

—Tanto más —replicó Clifton, volviendo a su tema favorito— cuanto que el tal perro es la causa de nuestras desventuras.

—Él es quien nos ha echado un sortilegio —dijo Plever.

—Él es quien nos ha traído a los bancos —respondió Gripper.

—Él es quien en nuestro camino —replicó Wolsten— ha amontonado hielos como nunca se habían visto en esta época del año.

—Él me ha puesto los ojos malos —dijo Brunton.

—Él ha suprimido el gin y el brandy —replicó Pen.

—¡Él es la causa de todo! —gritó la asamblea, cuya imaginación se iba exaltando.

—Sin contar —replicó Clifton— con que él es el capitán.

—¡Pues bien, capitán del demonio —exclamó Pen, que aumentaba su furor con sus propias palabras —, tú has querido venir aquí, y aquí te quedarás!

—¿Pero cómo nos desharemos de él? —dijo Plever.

—La ocasión no puede ser mejor —respondió Clifton—. El comandante no se encuentra a bordo; el teniente duerme en su camarote; la niebla es bastante espesa para que Johnson pueda percibimos…

—¿Pero el perro…? —exclamó Pen.

—*Capitán* duerme en este momento junto al pañol del carbón —respondió Clifton—, y si alguno quiere…

—Yo me encargo —respondió Pen con furor.

—¡Cuidado, Pen! Tiene dientes para romper una barra de hierro.

—Si se menea, lo abro en canal —replicó Pen, sacando la navaja.

Y bajó al sollado, seguido de Warren, el cual quiso ayudarle en su empresa.

Muy pronto volvieron los dos cargados con el animal, que tenía reciamente atado el hocico y sujetas las patas. Le habían sorprendido durmiendo, y el desgraciado perro no pudo escapárseles.

—¡Hurra por Pen! —exclamó Plever.

—¿Y ahora qué vas a hacer de él? —preguntó Clifton.

—Ahogarlo, y si algún día vuelve… —replicó Pen, con una horrible sonrisa de satisfacción.

A doscientos pasos del buque había un agujero de focas, especie de hendidura circular hecha con los

dientes del anfibio, y abierta siempre del interior al exterior. Por ella la foca pasa a la superficie del hielo para respirar, pero ha de procurar impedir que el orificio se cierre, porque la disposición de sus quijadas no le permite hacerlo de fuera adentro, y en el momento del peligro no podría escaparse de sus perseguidores.

Pen y Warren se dirigieron a la grieta, y en ella el perro, no obstante sus enérgicos esfuerzos, fue despiadadamente precipitado, poniendo sus verdugos en seguida un enorme témpano sobre la abertura, de suerte que el animal quedó sin salida y como tapiado dentro de su líquida mazmorra.

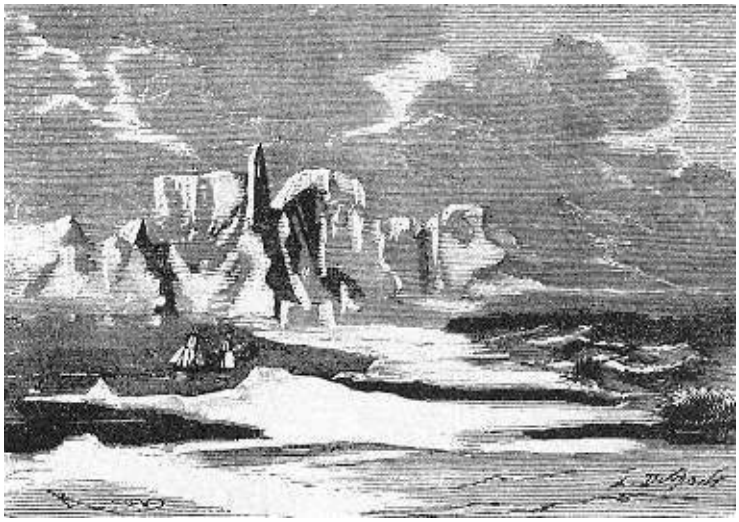
—¡Buen viaje, capitán! —exclamó el brutal marinero.

Pocos instantes después, Pen y Warren volvían a bordo. Johnson no había visto el menor preparativo de la ejecución; la niebla se condensaba más y más alrededor del buque, y la nieve empezaba a caer con violencia.

Una hora después, Ricardo Shandon, el doctor y Garry volvían a bordo del *Forward*.

Shandon había avistado en la dirección Nordeste un paso, que resolvió aprovechar. Dio órdenes al efecto, y la tripulación obedeció con cierta actividad. Quería hacer comprender a Shandon la imposibilidad de ir más adelante, y además le quedaban tres días de obediencia.

Durante una parte de la noche y del día siguiente, los trabajos de sierra y arrastre se sucedieron con ardor; el *Forward* ganó cerca de dos millas hacia el Norte. El 18 se hallaba a la vista de tierra, a cinco o seis cables de un pico singular cuya forma extraña le había valido el nombre de Pulgar del Diablo.



En aquel mismo sitio, el *Prince-Albert*, en 1851, y el *Advance*, con Kane, en 1853, fueron

obstinadamente detenidos por los hielos durante algunas semanas.

La forma extraña del Pulgar del Diablo, las cercanías desiertas y desoladas, vastos circos de *icebergs*, entre los cuales había algunos que tenían más de trescientos pies de elevación; los chasquidos de los témpanos que el eco reproducía de una manera siniestra, todo volvía espantosamente triste la posición del *Forward*. Shandon comprendió que era menester sacarlo de allí y conducirlo más lejos. Veinticuatro horas después, según su cálculo, había podido desviarse de aquel lugar funesto cosa de dos millas. Pero esto no era bastante. Shandon sentía apoderarse de él el miedo, y la situación falsa en que se hallaba paralizaba su energía. Por obedecer sus instrucciones y seguir adelante, había colocado el buque en una situación excesivamente peligrosa. El arrastre desesperaba a los marineros; se necesitaban más de tres horas para abrir un canal de veinte pies de longitud en un hielo que tenía comúnmente tres o cuatro pies de grueso, y la salud de la tripulación empezaba a quebrantarse. Shandon notaba con asombro el silencio de los marineros y su insólita adhesión; temía que aquella calma fuera precursora de alguna borrasca próxima.

Júzguese, pues, cuál sería la penosa sorpresa, el sentimiento de desesperación que se apoderó de su ánimo cuando se percató de que, a consecuencia de un movimiento insensible del *icefield*, el *Forward* volvía a perder durante la noche del 18 al 19 todo lo que había ganado a costa de tantas fatigas. El sábado por la mañana se hallaba delante del Pulgar del Diablo, siempre amenazador, y en una posición aún más crítica. Los *icebergs* se multiplicaban y pasaban por entre la niebla como fantasmas.

Shandon quedó completamente abatido en su moral, y fuerza es decir que el terror penetró en el corazón de aquel hombre intrépido y en el de los tripulantes. Shandon había oído decir algo de la desaparición del perro; no se atrevió a castigar a los culpables por miedo de provocar una revuelta.

El tiempo fue horrible durante toda aquella jornada. La nieve, que caía en espesos copos, envolvía al

bergantín en un velo impenetrable. Algunas veces, a impulsos del huracán, la niebla se desgarraba, y los ojos espantados percibían por el lado de tierra el Pulgar del Diablo levantado como un espectro.

El *Forward* estaba anclado sobre un inmenso témpano, y no había nada que hacer, nada que intentar; la oscuridad iba en aumento, y el timonel no veía a James Wall, que hacía su guardia en la proa.

Shandon se retiró a su camarote presa de incesantes zozobras. El doctor ponía en orden sus apuntes de viaje, y la mitad de los hombres de la tripulación permanecían sobre cubierta, y la otra mitad en la sala común.

En el momento en que el huracán redobló su violencia, pareció que el Pulgar del Diablo crecía desmesuradamente en medio de la niebla desgarrada.

—¡Gran Dios! —exclamó Simpson retrocediendo con espanto.

—¿Qué sucede? —dijo Foker.

Y luego se oyeron exclamaciones que salían de todas partes.

—¡Nos va a aplastar!

—¡Estamos perdidos!

—¡Señor Wall, señor Wall!

—¡No hay salvación para nosotros!

Todos los hombres de guardia gritaban a un tiempo.

Wall se precipitó hacia la popa; Shandon, seguido del doctor, apareció sobre cubierta, y miró.

En medio de la niebla entreabierta, el Pulgar del Diablo parecía haberse repentinamente acercado al bergantín, y había, en apariencia, crecido de una manera fantástica. En su cima se levantaba un segundo cono invertido, que giraba alrededor de su punta, y amenazaba aplastar al buque con su enorme mole. Oscilaba, próximo a caer. Era un espectáculo espantoso. Todos retrocedieron automáticamente y varios marineros, echándose al hielo, abandonaron el buque.

—¡Qué nadie se mueva! —gritó el comandante con voz severa—. ¡Cada cual a su puesto!

—¡Nada temáis, amigos míos —dijo el doctor—; no hay ningún peligro! ¡Mirad, señor Wall! Es un efecto de espejismo, no de otra cosa.

—Tenéis razón, señor Clawbonny —replicó el contramaestre Johnson—; esos ignorantes se han dejado intimidar por una sombra.

Después de las palabras del doctor, la mayor parte de los marineros se agruparon y pasaron del miedo a la admiración de aquel maravilloso fenómeno, que no tardó en disiparse.

—¡Ellos llaman a eso espejismo! —dijo Clifton—. Pues bien, el diablo entra por algo en lo que hemos visto; podéis creerlo.

—Indudablemente —le respondió Gripper.

Pero la niebla, entreabriéndose, había permitido ver al comandante un paso inmenso y libre, que él no sospechaba y que tendía a separarle de la costa. Resolvió aprovecharse sin demora de aquella circunstancia favorable. Los marineros se colocaron a uno y otro lado del canal, y con maromas empezaron a remolcar el buque en dirección Norte.

Durante muchas horas esta maniobra se ejecutó con ardor, aunque silenciosamente, y Shandon había mandado encender los hornos para aprovecharse de aquel pasadizo tan felizmente descubierto.

—Es una casualidad providencial —dijo a Johnson—, y si podemos ganar, aunque no sea más que algunas millas, tal vez hayamos llegado al término de nuestros trabajos. Señor Brunton; activad el fuego, y avisadme cuando la presión sea suficiente. Entretanto, que los marineros redoblen su energía; todo eso habremos ganado. ¡Ellos se dan prisa en alejarse del Pulgar del Diablo! Pues bien, no desperdiciemos

sus buenas disposiciones.

De pronto, él bergantín dejó de avanzar.

—¿Qué es eso? —Preguntó Shandon—. Wall, ¿se han roto acaso los cables de remolque?

—No, capitán —respondió Wall asomándose por el filarete—. Pero los marineros retroceden, se encaraman por los costados del bergantín; todo indica que se ha apoderado de ellos un súbito terror.

—¿Qué sucede, pues? —exclamó Shandon corriendo hacia la proa.

—¡A bordo, a bordo! —Gritaban los marineros con el acento de un terror sin límites.

Shandon miró hacia el Norte, y se estremeció a pesar suyo.

Un animal extraño, espantoso por sus movimientos, cuya lengua humeante salía de una boca enorme, saltaba a la distancia de un cable; parecía tener más de veinte pies de altura; sus pelos se erizaban; perseguía a los marineros, poniéndose al acecho detrás de ellos, en tanto que su formidable cola, que tenía diez pies de longitud, barría la nieve, que formaba, al levantarse, grandes torbellinos. La vista de un monstruo semejante heló de espanto a los más intrépidos.

—¡Es un oso! —Decía uno.

—¡Es la fiera de Jebodan!

—¡Es la bestia del Apocalipsis!

Shandon corrió a su camarote a coger un fusil que tenía siempre cargado; el doctor cogió también sus armas, y se preparó para hacer fuego a aquel animal, que por sus dimensiones recordaba a los cuadrúpedos antediluvianos.

El monstruo se acercaba dando saltos inmensos; Shandon y el doctor dispararon al mismo tiempo, y de repente la detonación de sus armas, sacudiendo las capas de la atmósfera, produjo un efecto inesperado.

El doctor miró con atención, y no pudo contener una estrepitosa carcajada.

—¡La refracción! —dijo.

—¡La refracción! —exclamó Shandon.

Pero una exclamación terrible de la tripulación les interrumpió.

—¡El perro! —gritó Clifton.

—¡El *perro-capitán*! —Repitieron sus camaradas.

—¡Él, siempre él! —exclamó Pen.

En efecto, era él, que, rompiendo sus ligaduras, había podido volver a la superficie del hielo por otra quebraja. En aquel momento la refracción, por un fenómeno común de aquellas latitudes, le daba dimensiones formidables, que el sacudimiento del aire disipó; pero el efecto fatal permaneció en el ánimo de los marineros, poco dispuestos a admitir la explicación del hecho por razones puramente físicas. La aventura del Pulgar del Diablo y la reaparición del perro, acompañada de circunstancias fantásticas, acabaron de extraviar su moral, y en todas partes no se oían más que murmuraciones.

Capítulo XII

EL CAPITÁN HATTERAS

EL *Forward* avanzaba rápidamente, al vapor, entre los *icefields* y las montañas de hielo. Johnson se puso él mismo al timón. Shandon examinaba el horizonte con sus anteojos, pero su alegría fue muy pasajera, pues no tardó en reconocer que el pasadizo conducía a un anfiteatro de montañas.

Sin embargo, a las dificultades de retroceder, prefirió las eventualidades de seguir avanzando.

El perro seguía al bergantín corriendo por la llanura, pero se mantenía a una distancia bastante considerable, si bien, cuando se paraba, se oía un silbido singular, que le obligaba a seguir su marcha.

La primera vez que sonó el silbido los marineros miraron azorados en derredor. Estaban solos en el puente, reunidos en conciliábulos, sin que hubiese ninguna persona extraña, ninguna persona desconocida, y, sin embargo, el silbido se repitió muchas veces.

Clifton fue el primero que se manifestó alarmado.

—¿Oís? —dijo—. ¿Y no veis cómo salta el animal cuantas veces se le silba?

—Parece cosa del otro mundo —respondió Gripper.

—¡Se acabó! —Exclamó Pen—; yo no doy un paso más.

—Pen tiene razón —replicó Brunton—; estamos ya tentando a Dios.

—O al diablo —respondió Clifton—. Prefiero perder toda mi parte del beneficio antes que dar un paso más.

—No nos saldremos con la nuestra —murmuró Bolton con abatimiento.

La tripulación había llegado al más alto grado de desmoralización.

—¡Ni un paso más! —Exclamó Wolsten—. ¿Estamos todos de acuerdo?

—¡Sí, sí! —Respondieron los marineros.

—Pues bien —dijo Bolton—, vamos a ver al comandante; yo me encargo de hablarle.

Los marineros se dirigieron en grupo hacia la popa.

El *Forward* penetraba en un vasto circo, que mediría unos ochocientos pies de diámetro, y estaba completamente cerrado, exceptuando una sola abertura por la cual llegaba el buque.

Shandon comprendió que se había encarcelado. Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo retroceder? Sintió todo el peso de su responsabilidad, y sus dedos se crisparon en su anteojo.

El doctor estaba cruzado de brazos y sin decir una palabra. Contemplaba las murallas de hielo, cuya altura media excedía de trescientos pies.

Una cúpula de niebla permanecía suspendida encima del abismo.

En aquel momento Bolton dirigió la palabra al comandante:

—Comandante —le dijo con voz conmovida—, nosotros no podemos ir más lejos.

—¿Qué habéis dicho? —respondió Shandon, en cuyo rostro se pintó la cólera producida por el sentimiento de su autoridad puesta en entredicho.

—Decimos, comandante —repuso Bolton—, que nosotros hemos hecho ya lo suficiente en pro de ese capitán invisible, y estamos decididos a no ir más adelante.

—¿Estáis decididos? —Exclamó Shandon—. ¡Cuidado con lo que decís, Bolton!

—Vuestras amenazas son inútiles —respondió brutalmente Pen—, no nos harán ir más adelante.

Shandon iba a acometer a sus marineros rebelados, cuando el contramaestre, acercándose a él, le dijo en voz baja: —Comandante, si queremos salir de aquí, no podemos perder un minuto. Un *iceberg* avanza hacia el pasadizo; puede cerramos toda salida y quedamos aprisionados.

Shandon examinó la situación.

—Más adelante me daréis estrecha cuenta de vuestra conducta —dijo a los amotinados—. Ahora, ¡virad de bordo!

Los marineros se precipitaron a sus puestos. El *Forward* evolucionó rápidamente; los hornos se cargaron de carbón; era menester ganar en velocidad a la montaña flotante. Había una lucha empeñada entre el bergantín y el *iceberg*; el primero corría hacia el Sur para pasar; el segundo derivaba hacia el Norte para cerrar el paso.

—¡A todo vapor! —Exclamó Shandon—. ¡A todo vapor! ¿Oís, Brunton?

El *Forward* se deslizaba como un pájaro en medio de los témpanos dispersos que su proa hacía mil pedazos. Bajo la acción de la hélice el casco del buque se estremecía, y el manómetro indicaba una tensión prodigiosa del vapor, el cual silbaba con un ruido que ensordecía.

—¡Cerrad las válvulas! —exclamó Shandon.

Y el maquinista obedeció, exponiéndose a hacer saltar el buque.

Pero sus desesperados esfuerzos habían de ser vanos. El *iceberg*, cogido por una corriente submarina, marchaba rápidamente hacia el pasadizo, del cual el bergantín distaba aún tres cables. La montaña triunfó, entrando como una cuña en el intervalo libre, donde se adhirió con fuerza a las montañas inmediatas y cerró toda salida.

—¡Estamos perdidos! —gritó Shandon, que no pudo reprimir esta palabra imprudente.

—¡Perdidos! —repitió la tripulación.

—¡Sálvese quien pueda! —Dijeron otros.

—¡A la despensa! —Exclamaron Pen y algunos de su calaña—. Y si hemos de morir ahogados, ahoguémonos en gin…

El desorden llegó a su colmo entre aquellos marineros que rompían todo freno. Shandon estaba fuera

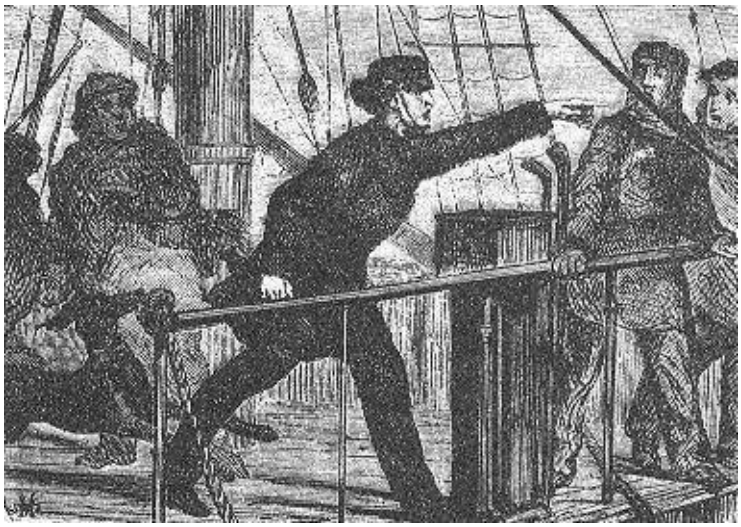
de sí; quiso imponerse; balbució, vaciló su pensamiento, no tuvo palabras con que expresarse. El doctor se paseaba con agitación. Johnson, cruzado estoicamente de brazos, callaba.

De repente se dejó oír una voz fuerte, enérgica, imperiosa, que pronunció estas palabras: —¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Cierra timón a la banda!

Johnson se estremeció, y sin darse cuenta de ello, hizo girar rápidamente la rueda del gobernalle.

Ya era tiempo. El bergantín, lanzado a todo vapor, iba a estrellarse contra las paredes de su mazmorra.

Pero en tanto que Johnson obedecía instintivamente, Shandon, Clawbonny, la tripulación, todos, hasta el fogonero Warren, que abandonó las calderas, y el negro Strong, que dejó sus hornillos, se encontraron reunidos en la cubierta, y todos vieron salir de aquel camarote, cuya única llave guardaba el misterioso capitán, a un hombre. Aquel hombre era el marinero Garry.



—¡Señor! —exclamó Shandon palideciendo—. Garry… vos…, ¿con qué derecho mandáis aquí?

—*¡Duck!* —dijo Garry, repitiendo aquel silbido que tanto había sorprendido a la tripulación.

El perro, al llamarle por su verdadero nombre, saltó de un brinco a la toldilla y se echó tranquilamente a los pies de su amo.

La tripulación no decía una palabra. Aquella llave que debía poseer únicamente el capitán del *Forward*; aquel perro, enviado por él, y que venía en cierto modo a comprobar su identidad; aquel acento de mando, que no era posible desconocer, todo obró activamente en el ánimo de los marineros y fue suficiente para establecer la autoridad de Garry.

Además, Garry estaba desconocido. Se había quitado las anchas patillas que limitaban su rostro como un marco, y su semblante resultaba aún más impasible, más enérgico, más imperioso. Vestido con el traje propio de su clase, que tenía guardado en su camarote, aparecía con las insignias de mando.

Así es que, con la movilidad natural de las turbas, la tripulación del *Forward*, impresionada a pesar suyo, exclamó unánime: —¡Hurra! ¡Hurra por el capitán!

—Shandon —dijo éste a su segundo—, haced formar a la tripulación; voy a revistarla.

Shandon obedeció, y dio sus órdenes con voz alterada. El capitán se colocó delante de sus oficiales y de sus marineros, diciendo a cada cual lo que le convenía decirle y tratándolos según su conducta pasada.

Cuando hubo concluido su inspección se volvió a la popa, y con voz tranquila pronunció las siguientes palabras: —Oficiales y marineros, yo soy un inglés, como vosotros, y mi divisa es la del almirante Nelson: «Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber». Como inglés, yo no quiero, nosotros no queremos que vayan otros más atrevidos a donde nosotros no hayamos estado. Como inglés,

yo no sufriré, nosotros no sufriremos, que otros obtengan la gloria de elevarse más al Norte. Si hay un pie humano que deba pisar la tierra del Polo, que este pie sea el de un inglés. Yo he armado este buque, yo he consagrado mi fortuna a esta empresa, y a ella consagraré mi vida y la vuestra; pero este pabellón flotará en el Polo boreal del mundo. Tened confianza. Mil libras esterlinas se os adjudicarán desde hoy por cada grado que ganemos hacia el Norte. Estamos a los sesenta y dos, y hay noventa. Contad. Mi nombre, además, os responderá de mí. Significa energía y patriotismo. ¡Yo soy el capitán Hatteras!

—¡El capitán Hatteras! —exclamó Shandon.

Y este nombre, bien conocido de todo marino inglés, fue murmurado por los tripulantes.

—Ahora —repuso Hatteras—, que el bergantín quede anclado en los hielos, que se apaguen los hornos, y que vuelva cada cual a sus habituales faenas. Shandon, tenemos que hablar de los negocios de a bordo. Pasad a mi camarote con el doctor, Wall y el contramaestre. Johnson, mandad romper filas.

Hatteras, sereno y frío, dejó tranquilamente la popa, mientras Shandon hacía anclar el bergantín.

¿Quién, era, pues, aquel Hatteras, y por qué causaba su nombre en la tripulación una impresión tan profunda?

John Hatteras, hijo único de un cervecero de Londres, que murió seis veces millonario en 1852, abrazó, siendo aún niño, la carrera marítima, a pesar de la brillante fortuna que le aguardaba, y no porque le llamase a los azares del mar la vocación del comercio, sino por el instinto de los descubrimientos geográficos, que le dominaba por entero. Siempre fue su sueño dorado poner el pie donde nadie lo hubiese puesto.

A la edad de veinte años poseía ya la constitución vigorosa de los hombres nervudos y sanguíneos. Un semblante enérgico, con facciones tiradas a escuadra; una frente elevada y perpendicular al plano de los ojos; éstos bellos, pero fríos; labios delgados, que contorneaban una boca avara de palabras; una estatura mediana, miembros sólidamente articulados y movidos por músculos de hierro, formaban el conjunto de aquel hombre, dotado de una constitución a toda prueba. Bastaba verlo para decir que era audaz; bastaba oírlo, para comprender que era fríamente apasionado. Era un carácter incapaz de retroceder, y dispuesto a jugarse la vida de los demás con tanta convicción como la propia. Era, por tanto, preciso pensarlo más de una vez antes de seguirlo en sus aventuras y temerarias empresas.

John Hatteras llevaba muy alto el orgullo británico, como lo prueba la orgullosa respuesta que dio un día a un francés, el cual, con mucha urbanidad, y hasta amabilidad, dijo delante de él: —Si yo no fuese francés, quisiera ser inglés.

—Y yo —respondió Hatteras—, si no fuese inglés, quisiera ser inglés.

Por la respuesta se puede juzgar al hombre.

Él hubiera querido, sobre todas las cosas, reservar a sus compatriotas el monopolio de los descubrimientos geográficos; pero, con gran desesperación suya, los ingleses habían avanzado poco, durante los siglos precedentes, en la vía de los descubrimientos.

América se debía al genovés Cristóbal Colón; las Indias, al portugués Vasco de Gama; la China, al portugués Femando de Andrade; la Tierra de Fuego, al portugués Magallanes; el Canadá, al francés Santiago Cartier; las islas de la Sonda, el Labrador, el Brasil, el cabo de Buena Esperanza, las Azores, Madera, Terranova, Guinea, el Congo, México, el cabo Blanco, Groenlandia, Islandia, el mar del Sur, California, el Japón, Camboya, el Perú, Kamchatka, las islas Filipinas, las Spitzberg, el cabo de Hornos, el estrecho de Behring, Tasmania, Nueva Zelanda, Nueva Bretaña, Nueva Holanda, la Luisiana, la isla de Juan Mayen, a islandeses, a escandinavos, a rusos, a portugueses, a daneses, a españoles, a genoveses, a holandeses, sin que figure entre ellos ni un inglés, y era para Hatteras una desesperación ver a los suyos

excluidos de aquella gloriosa falange de navegantes que hicieron los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI.

Algo se consolaba Hatteras fijándose en los tiempos modernos. Los ingleses tomaban su desquite con Sturt, Doual, Stuart, Burke, Wills, King, Gray, en Australia; con Palliser, en América; con Cyril Graham, Wadington y Cummingham, en la India; con Burton, Speke, Grant y Livingstone, en África.

Pero el desquite era insuficiente. Para Hatteras, aquellos atrevidos viajeros tenían más de *perfeccionadores* que de *inventores*. Era menester hallar algo más, y John hubiera inventado un país para tener la honra de descubrirlo.

Él había notado, sin embargo, que si los ingleses no constituían la mayoría de entre los antiguos descubridores, siendo preciso remontarse a Cook para obtener la Nueva Caledonia, en 1774, y las islas Sandwich, donde pereció en 1778, había un rincón del Globo donde habían, al parecer, reunido todos sus esfuerzos.

Eran precisamente las tierras y los mares boreales del norte de América.

En efecto, el cuadro de los descubrimientos polares se presenta como sigue:

La isla de Weigatz, por Barrough, en	1556
La costa Oeste de Groenlandia, por Davis, en	1585
El estrecho de Davis, por Davis, en	1587
Spitzberg, por Willoughby, en	1596
La bahía de Hudson, por Hudson, en	1610
La bahía de Baffin, por Baffin, en	1616
Nueva Zelanda, descubierta por Willoughby, en	1553

Durante los últimos años, Hearne, Mackenzie, John Ross, Parry, Franklin, Richardson, Beechey, James Ross, Beck, Dease, Simpson, Rae, Inglefield, Belcher, Austin, Kellet, Moore, McClure, Kennedy, McClintock, escarbaron sin interrupción aquellas tierras desconocidas.

Se habían señalado límites precisos a las costas septentrionales de América, y casi descubierto el paso del Noroeste; pero había que hacer algo más, y éste más lo había intentado dos veces John Hatteras armando dos buques a su costa. Él quería llegar al mismo Polo, y coronar de esta manera la serie de los descubrimientos ingleses por medio de una tentativa estrepitosa y brillante.

Llegar al Polo era el objeto de su vida.

Después de viajes bastante notables en los mares del Sur, Hatteras, en 1846, intentó por primera vez elevarse al Norte por el mar de Baffin; pero no pudo pasar más allá de los 74° de latitud. Montaba la corbeta *Halifax*, cuya tripulación tuvo que arrostrar atroces tormentos, y John Hatteras llevó tan lejos su aventurera temeridad, que, en lo sucesivo, los marineros se sentían todos poco dispuestos a repetir semejantes expediciones bajo semejante jefe.

Sin embargo, en 1850, Hatteras consiguió tripular la goleta *Farewell*, con veinte hombres resueltos, pero decididos principalmente por el alto sueldo ofrecido a su audacia. En aquella ocasión fue cuando el doctor Clawbonny entró en correspondencia con John Hatteras, a quien no conocía, y pidió formar parte de la expedición; pero la plaza de médico estaba ya dada, lo que decepcionó mucho al doctor.

El *Farewell*, siguiendo el derrotero tomado por la *Neptune* de Aberdeen, en 1817, se elevó al norte de Spitzberg, hasta los 76° de latitud. Allí tuvo que invernar; pero fueron tales los padecimientos y tan

intenso el frío, que ningún tripulante regresó a Inglaterra, exceptuando Hatteras, que fue recogido por un ballenero danés después de una marcha de más de doscientas millas por entre los hielos.

La sensación producida por aquel regreso de un solo hombre fue inmensa. ¿Quién, en lo sucesivo, había de atreverse a seguir a John Hatteras en sus locas expediciones? Él, sin embargo, no perdió la esperanza de lanzarse nuevamente a ellas. Su padre, el cervecero, murió y él quedó en posesión de una fortuna de nabab.

A la sazón, se produjo un hecho geográfico que dio a John Hatteras el golpe más sensible.

Un bergantín, el *Advance*, tripulado por diecisiete hombres, armado por el comerciante Grinnel, mandado por el doctor Kane y enviado en busca de Sir John Franklin, se elevó, en 1853, por el mar de Baffin y el estrecho de Smith, hasta más allá de los 82° de latitud boreal, mucho más cerca del Polo que todos sus predecesores.

¡Y aquel buque era americano, aquel Grinnel era americano, aquel Kane era americano!

Fácilmente se comprenderá que el desdén que al inglés inspira el yanqui se trocó en odio en el corazón de Hatteras, por lo que éste resolvió ir a toda costa más allá que su audaz competidor, y llegar al mismo Polo.

Dos años hacía que guardaba en Liverpool el más riguroso incógnito. Pasaba por un marinero como otro cualquiera. Reconoció en Ricardo Shandon el hombre que necesitaba, y le dirigió sus proposiciones por medio de una carta anónima, y lo mismo al doctor Clawbonny. El *Forward* fue construido, armado y tripulado. Hatteras tuvo buen cuidado en ocultar su nombre, pues de otra suerte no hubiera encontrado un solo hombre que quisiera acompañarlo. Resolvió no tomar el mando del bergantín sino apremiado por eventualidades imperiosas, y cuando su tripulación hubiese ya avanzado demasiado para poder retroceder, reservándose, como se ha visto, el hacer a su gente tales ofrecimientos de dinero, que ni uno solo se negase a seguirlo hasta el fin del mundo.

Y al fin del mundo era, en efecto, donde él quería ir…

Habiéndose las circunstancias hecho críticas, John Hatteras no vaciló en darse a conocer.

Su perro, el fiel *Duck*, el compañero de sus fatigas, fue el primero que lo reconoció, y, afortunadamente para los valientes, y desgraciadamente para los tímidos, quedó bien y debidamente establecido que el capitán del *Forward* era John Hatteras.

Capítulo XIII

LOS PROYECTOS DE HATTERAS

LA aparición de aquel atrevido personaje fue por la tripulación diversamente apreciada. Algunos se adhirieron a él completamente, por amor al dinero o por audacia. Otros tomaron su partido en vista de la aventura, y se reservaron el derecho de protestar más adelante, comprendiendo cuán difícil era resistir en aquellos momentos a un hombre semejante. Cada cual ocupó, pues, su puesto.

El 29 de mayo era un domingo y fue para la tripulación día de reposo.

Se celebró en el camarote del capitán un consejo de oficiales, compuesto de Hatteras, Shandon, Wall, Johnson y el doctor.

—Señores —dijo el capitán, con una voz a la vez dulce e imperiosa que le caracterizaba—; conocéis mi proyecto de llegar al Polo; deseo conocer vuestra opinión acerca de esta empresa. ¿Qué os parece, Shandon?

—No me parece nada, capitán —respondió con frialdad Shandon—; yo no puedo hacer más que obedecer.

Hatteras no se manifestó sorprendido de la respuesta, y repuso no menos fríamente:

—Ricardo Shandon, os ruego que os expliquéis acerca de nuestras probabilidades de éxito.

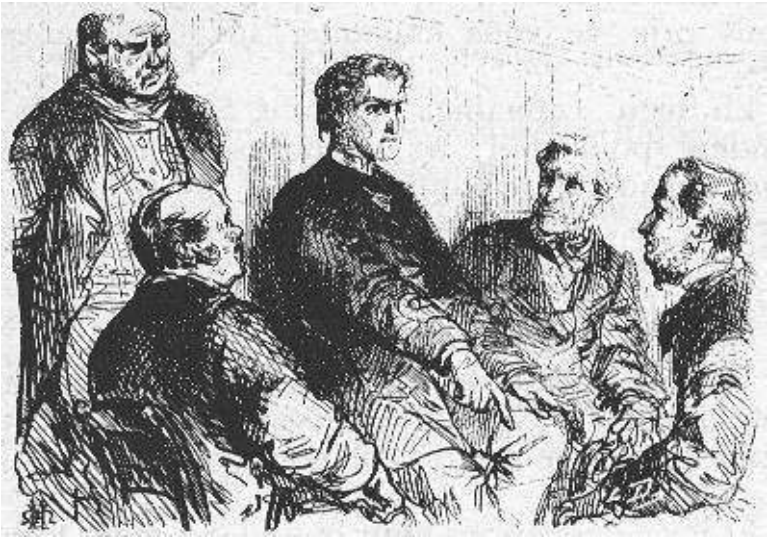
—Pues bien, capitán —respondió Shandon—, por mí responden los hechos; las tentativas de este género han sido hasta ahora infructuosas; deseo que nosotros seamos más felices.

—Lo seremos. ¿Y vosotros, señores, qué opináis?

—En cuanto a mí —respondió el doctor—, creo vuestro proyecto practicable, capitán; y como es evidente que algunos navegantes llegarán un día u otro al Polo, no veo qué razón haya para que los que lleguen no seamos nosotros.

—Tanto más —respondió Hatteras— cuanto que nuestras medidas están tomadas con conocimiento de causa, y nos aprovecharemos de la experiencia de nuestros predecesores. Y acerca del particular, Shandon, os doy gracias por la asiduidad y buen tacto con que habéis tripulado el buque. Cierto es que hay en la tripulación algunas malas cabezas, que tendrán que entenderse conmigo; pero, de todos modos, no tengo para vos más que elogios.

Shandon se inclinó desdeñosamente. Su posición a bordo del *Forward*, del cual creía ser el jefe, era falsa. Hatteras lo comprendió y no insistió más.



—En cuanto a vosotros, señores —añadió dirigiéndose a Wall y a Johnson—, no podía prometerme la ayuda de oficiales más distinguidos por su denuedo y su experiencia.

—Capitán, soy vuestro —respondió Johnson—; y aunque vuestra aventura me parece algo atrevida, podéis contar conmigo hasta la muerte.

—Y conmigo lo mismo —dijo James Wall.

—En cuanto a vos, doctor, sé lo que valéis.

—Pues sabéis más que yo —respondió el doctor.

—Ahora, señores —repuso Hatteras—, bueno es que sepáis sobre qué hechos incontestables se apoya mi pretensión de llegar al Polo. En 1817, el *Neptune*, de Aberdeen, se dirigió al norte de Spitzberg hasta los 82°. En 1826, el célebre Parry, después de su viaje a los mares polares, partió igualmente de la punta de Spitzberg, y con barcas-trineos subió a ciento cincuenta millas hacia el Norte. En 1853, el capitán Inglefield penetró en el estrecho de Smith hasta las 78° 35′ de latitud. Todos esos buques eran ingleses y estaban mandados por ingleses como nosotros.

Hatteras hizo una pausa.

—Debo añadir —prosiguió con cierto encogimiento, y como si las palabras no pudiesen brotar de sus labios—, debo añadir que, en 1854, el americano Kane, mandando el bergantín *Advance*, subió más aún, y su teniente, Morton, atravesando los campos de hielo, hizo flotar el pabellón de los Estados Unidos más allá de los 82°. Pero no hablemos más de eso. Lo que conviene saber es que los capitanes del *Neptune*, del *Enterprise*, del *Isabelle*, del *Advance*, comprobaron que partiendo de aquellas altas latitudes había un mar polar enteramente libre de hielos.

—¿Libre de hielos? —exclamó Shandon, interrumpiendo al capitán—. ¡Es imposible!

—Notad bien, Shandon —repuso tranquilamente Hatteras, cuyos ojos brillaron momentáneamente—, que yo os cito hechos y nombres en su apoyo. Añadiré que en 1851, el comandante Penny, estando estacionado junto al canal de Wellington, tenía un segundo llamado Stewart, que se halló igualmente en presencia de un mar libre, y esta particularidad fue confirmada, en 1853, por Sir Edward Belcher, que invernaba en la bahía de Northumberland, a los 76° 52′ de latitud y 98° 20′ de longitud. Los datos son incontestables, y de buena fe no pueden ser rechazados.

—Sin embargo, capitán —respondió Shandon—, los hechos son tan contradictorios…

—¡Estáis en un error, Shandon! —exclamó el doctor Clawbonny—. Esos hechos no contradicen ninguna aserción de la Ciencia. Con permiso del capitán os lo digo.

—Lo tenéis, doctor —repuso Hatteras.

—Pues bien, oíd, Shandon: de los hechos geográficos y del estudio de las líneas isotérmicas, resulta de toda evidencia que el punto más frío del Globo no es el Polo mismo. Como el punto magnético de la Tierra, se separa del Polo algunos grados. Los cálculos de Brewster, de Bergham y de otros físicos, demuestran que hay en nuestro hemisferio dos polos del frío, uno situado en Asia, a los 79° 30′ de latitud Norte y 120° de longitud Este, y otro situado en América, a los 78° de latitud Norte y 97° de longitud Oeste. Éste último es el que nos ocupa, y ya veis, Shandon, que se encuentra a más de 12° debajo del Polo. Y ahora os pregunto: ¿por qué en el Polo el mar no ha de poder estar libre de hielos como lo está en verano al 76° paralelo, es decir, al sur de la bahía de Baffin?

—Muy bien discurrido —respondió Johnson—; Mr. Clawbonny habla de estas cosas como un hombre del oficio.

—Lo que ha dicho parece posible —repuso James Wall.

—¡Quimeras y suposiciones! ¡Puras hipótesis! —replicó Shandon obstinadamente.

—Y bien, Shandon —dijo Hatteras—; consideremos los dos casos. El mar está o no libre de hielos. En ninguno de los dos casos se nos puede impedir llegar al Polo. Si el mar está libre, el *Forward* nos conducirá a él sin trabajo; si está helado, haremos la expedición en nuestros trineos. Me concederéis que eso no es impracticable. Una vez llegados en nuestro bergantín hasta los 83°, no tendremos que andar más que seiscientas millas para alcanzar el Polo.

—¿Y qué son seiscientas millas —dijo el doctor— cuando es sabido que un cosaco, Alexis Markoff, ha recorrido en medio del mar Glacial, a lo largo de la costa septentrional del imperio ruso, en trineos tirados por perros, una distancia de ochocientas millas en veinticuatro días?

—Ya lo veis, Shandon —respondió Hatteras—, y siendo ingleses, ¿no hemos de poder hacer tanto, por lo menos, como un cosaco?

—¡Es claro! —exclamó el entusiasta doctor.

—¡Es claro! —repitió el contramaestre.

—¿Qué decís ahora, Shandon? —preguntó el capitán.

—Capitán —respondió fríamente Shandon—, yo no puedo hacer más que repetiros mis primeras palabras: obedeceré.

—Bien. Ahora —repuso Hatteras— pensemos en nuestra situación actual. Nos hallamos encerrados por los hielos, y me parece imposible que alcancemos este año el estrecho de Smith. He aquí, pues, lo que conviene hacer.

Hatteras extendió sobre la mesa una de las excelentes cartas publicadas en 1859 por orden del Almirantazgo.

—Os suplico que me sigáis. Si el estrecho de Smith nos está cerrado, no podemos decir lo mismo del estrecho de Lancaster, en la costa del Oeste del mar de Baffin. En mi opinión, debemos remontar este estrecho hasta el de Barrow, y luego hasta la isla Beechey. El camino ha sido cien veces recorrido por buques de vela, y por consiguiente ningún obstáculo hemos de temer nosotros teniendo un bergantín con hélice. Llegados a la isla Beechey, seguiremos el canal Wellington hasta donde sea posible, hacia el Norte, hasta la desembocadura de este canal, que comunica con el de la Reina, en el punto mismo en que se avistó el mar libre. Hoy es 20 de mayo; dentro de un mes, si las circunstancias nos favorecen, habremos alcanzado el punto indicado, desde el cual nos lanzaremos hacia el Polo. ¿Qué opináis, señores?

—Evidentemente —respondió Johnson— es el único camino que podemos tomar.

—Y es el que tomaremos desde mañana mismo. Que este domingo se dedique al reposo. Procuraréis,

Shandon, que las lecturas de la Biblia se hagan regularmente. Las prácticas religiosas ejercen una influencia saludable en la moral de los hombres, y un marino, sobre todo, debe poner su confianza en Dios.

—Está bien, capitán —respondió Shandon, y salió con el teniente y el contramaestre.

—Doctor —dijo John Hatteras, indicando a Shandon—, he aquí un hombre herido en su amor propio, a quien ha perdido su orgullo; no puedo ya contar con él.

Al día siguiente, el capitán, muy de madrugada, hizo echar la lancha al mar, y fue a reconocer los *icebergs* cercanos, cuyo ancho no excedía de doscientas yardas[25], y notó que, a consecuencia de una lenta presión de los hielos, la prisión en que se hallaba tendía a hacerse aún más estrecha. Era, por lo tanto, urgente practicar en sus paredes una brecha, a fin de que el buque no fuese aplastado por aquel lomo de montañas. Los medios empleados al efecto por John Hatteras demostraron muy claramente que era un hombre enérgico.

Hizo primero trece escalones en la muralla helada, y llegó a la cima del *iceberg*, desde la cual reconoció que le sería fácil abrirse un camino hacia el Sudoeste. Por orden suya se abrió una mina en el mismo centro de las montañas, y este trabajo, rápidamente emprendido, ocupó a la tripulación durante todo el lunes.

Hatteras no podía contar con sus *blasting-cylinders*, de ocho a diez libras de pólvora, cuya acción hubiera sido nula contra tamañas moles. No servían más que para romper los témpanos de hielo, y, por tanto, hizo cargar la mina con mil libras de pólvora, cuya dirección expansiva fue esmeradamente calculada. La mina, provista de una larga mecha cubierta de gutapercha, salía fuera. La galería que conducía al centro se llenó de nieve y témpanos, a los cuales el frío de la noche siguiente debió dar la dureza del granito. En efecto, la temperatura, bajo la influencia del viento del Este, descendió a 12° sobre cero (—11° centígrados).

Al día siguiente, a las siete, el *Forward* tenía preparado el vapor para aprovechar la ocasión de salir. Johnson fue el encargado de prender fuego a la mina; la mecha estaba calculada de manera que tenía que arder cosa de media hora antes de comunicar el fuego a la pólvora. Johnson tuvo, pues, suficiente tiempo para volver a bordo; y, en efecto, diez minutos después de haber cumplido las órdenes de Hatteras, se hallaba en su puesto.

El tiempo era seco y bastante claro, y la, tripulación se hallaba sobre cubierta. Había dejado de nevar, y Hatteras, en la popa con Shandon y con el doctor, contaba los minutos con el cronómetro en la mano.

A las ocho y treinta y cinco minutos se oyó una explosión sorda, mucho menos estrepitosa de lo que pudo suponerse. El perfil de las montañas quedó de repente modificado como después de un terremoto; un humo denso y blanco subió hacia el cielo a una altura considerable, y largas grietas culebreaban por los costados del *iceberg*, cuya parte superior, proyectada a lo lejos, caía en pedazos alrededor del *Forward*.

Pero el paso no estaba aún libre. Enormes témpanos, formando bóveda sobre las montañas adyacentes, quedaron suspendidos, y de temer era que al caer volviesen a cerrar el recinto.

Hatteras juzgó la situación de una sola ojeada.

—¡Wolsten! —gritó.

Apareció el armero.

—¡Capitán! —dijo.

—Cargad el cañón con triple carga —dijo Hatteras—, y atacadlo todo lo posible.

—¿Vamos a combatir la montaña a cañonazos? —preguntó el doctor.

—Sería inútil —respondió Hatteras—. Una triple carga de pólvora, Wolsten, y nada de balas. Pronto.

Algunos instantes después, el cañón estaba cargado.

—¿Qué querrá hacer sin bala? —dijo Shandon entre dientes.

—Vamos a verlo —respondió el doctor.

—¡Lista la pieza, capitán! —gritó Wolsten.

—Bien —respondió Hatteras—. ¡Brunton! —dijo al maquinista—. ¡Atención! Algunas vueltas hacia delante.

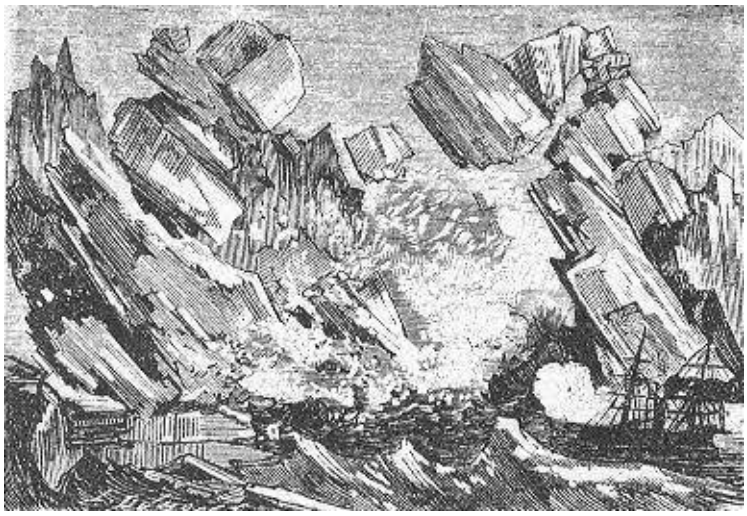
Brunton hizo funcionar el vapor, y la hélice se puso en movimiento; el *Forward* se aproximó a la montaña minada.

—¡Apunta bien al paso! —gritó el capitán al armero.

Éste obedeció, y cuando el bergantín estuvo a cosa de medio cable, Hatteras gritó:

—¡Fuego!

Un estampido formidable siguió a su voz de mando, y las moles de hielo, sacudidas por la conmoción atmosférica, se precipitaron de repente al mar. Aquella agitación de las capas de aire había sido suficiente.



—¡A todo vapor, Brunton! —gritó Hatteras—. ¡Derecho al paso, Johnson!

Johnson estaba en el timón; el bergantín, empujado por su hélice, que barrenaba las espumosas olas, se lanzó en medio del paso, libre a la sazón. Ya era tiempo. Apenas el *Forward* había pasado la abertura, en pos de él volvía su cárcel a cerrarse.

El momento fue palpitante, y no había a bordo más que un corazón firme y tranquilo: el del capitán. La tripulación, asombrada por la operación de que acababa de ser testigo, no pudo reprimir el grito de:

—¡Hurra, por John Hatteras!

Capítulo XIV

EXPEDICIÓN EN BUSCA DE FRANKLIN

EL miércoles, 23 de mayo, seguía el *Forward* su navegación aventurera, bordeando diestramente en medio de los *packs* y de los *icebergs*, gracias a su vapor, aquella fuerza obediente que faltó a tantos navegantes de los mares polares. Parecía estar jugando en medio de aquellos escollos movedizos. Hubiérase dicho que reconocía la mano de un conductor experimentado. Y como un caballo montado por un hábil picador, obedecía al pensamiento de su capitán.

La temperatura subía. El termómetro, a las seis de la mañana, señaló 26° (—3° centígrados); a las seis de la tarde, 29° (—2° centígrados), y a medianoche, 25° (—4° centígrados). El viento soplaba ligeramente del Sudeste.

El jueves, a cosa de las tres de la mañana, el *Forward* llegó a la vista de la bahía Possession, en la costa de América, a la entrada del estrecho de Lancaster. El cabo Burney se entrevió luego. Algunos esquimales se dirigieron hacia el buque; pero Hatteras no se tomó la molestia de aguardarlos.

Los picachos de Biam-Martin, que dominan el cabo Liverpool, quedaron a la izquierda y se perdieron entre la bruma. Ésta impidió marcar el cabo Hay, cuya punta, muy baja, se confunde con los hielos de la costa, lo que vuelve con frecuencia muy difícil la determinación hidrográfica de los mares polares.

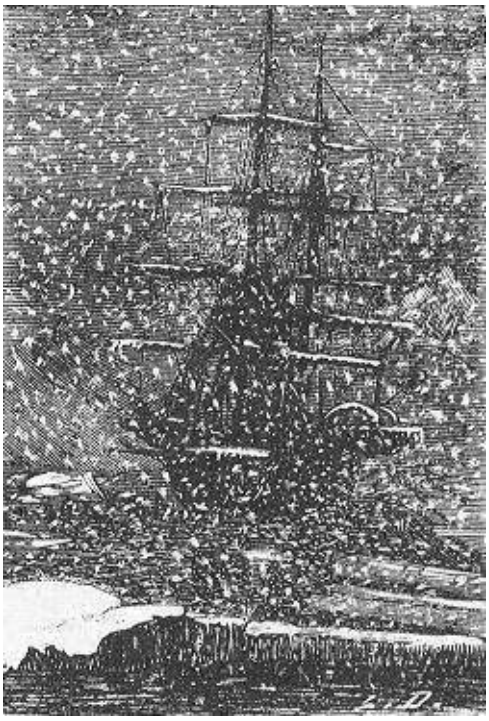
Los guinchos, los ánades, las gaviotas blancas cruzaban en todas direcciones. La latitud por observación dio 74° 01′; y la longitud, según el cronómetro, 77° 15′.

Las dos montañas de Catharine y de Elisabeth levantaban encima de las nubes su corona de nieve.

El viernes, a las seis, se dejó el cabo Warender a la derecha del estrecho, y a la izquierda quedó el abra llamada del Almirante, bahía poco explorada por los navegantes que se dirigían al Oeste. El mar se picó bastante, y con frecuencia las olas barrieron la cubierta del bergantín, arrojando sobre ella pedazos de hielo. Las tierras de la costa norte ofrecían con sus llanuras casi niveladas, que reverberaban los rayos del sol, curiosas apariencias.

Hatteras hubiera querido seguir a lo largo de las tierras septentrionales, a fin de ganar cuanto antes la isla Beechey y la entrada del canal de Wellington; pero un banco

continuo le obligaba, a su pesar, a seguir los pasos del Sur.

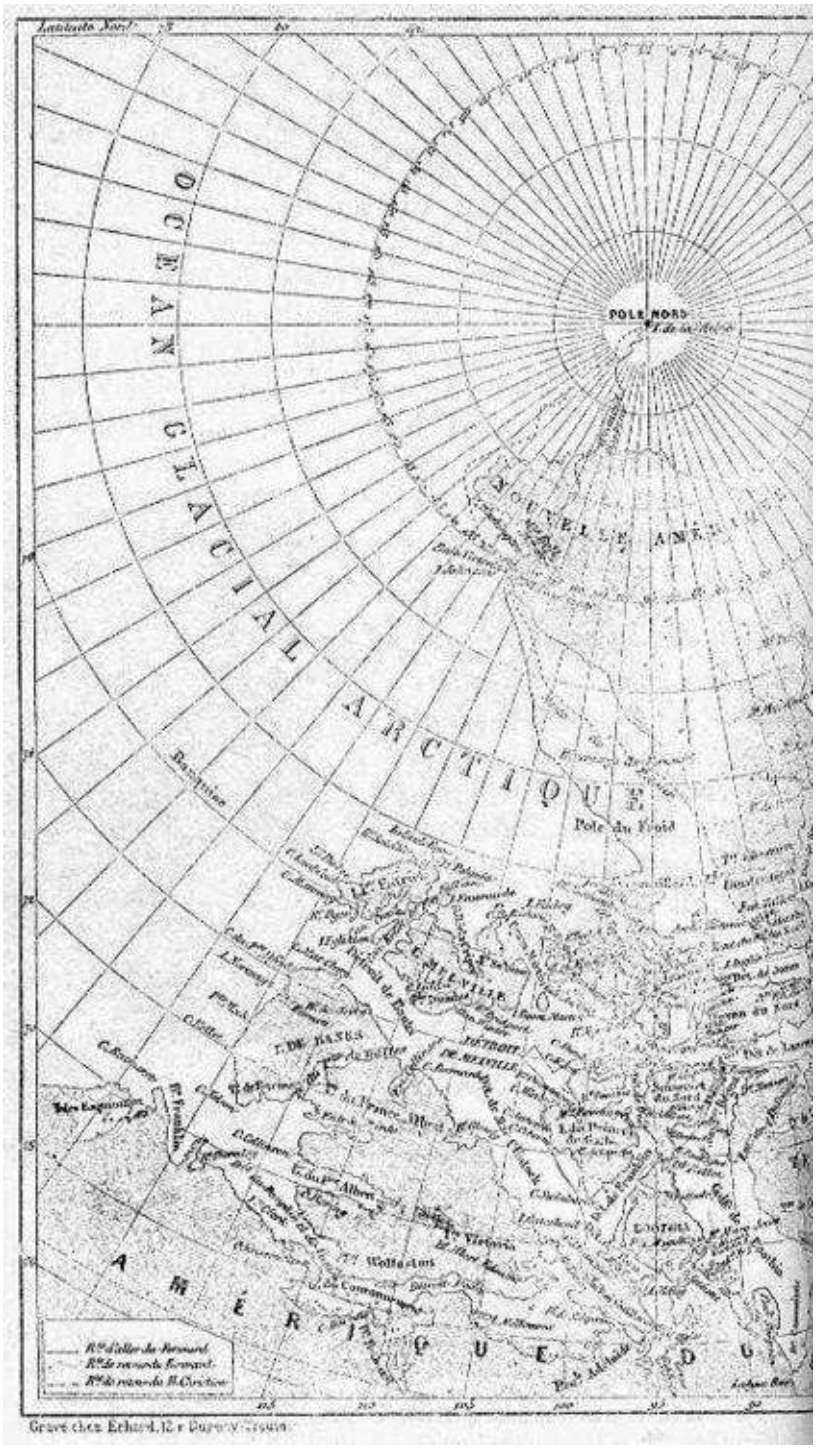


No por otra razón, el 26 de mayo, en medio de una niebla surcada de nieve, el *Forward* se encontró junto al cabo York, que reconoció por una montaña muy alta y casi cortada a pico. Habiéndose el tiempo aclarado algo, el sol apareció un instante hacia mediodía, y permitió hacer una observación bastante buena: 74° 4′ de latitud y 84° 23′ de longitud. El *Forward* se hallaba, pues, al extremo del estrecho de Lancaster.

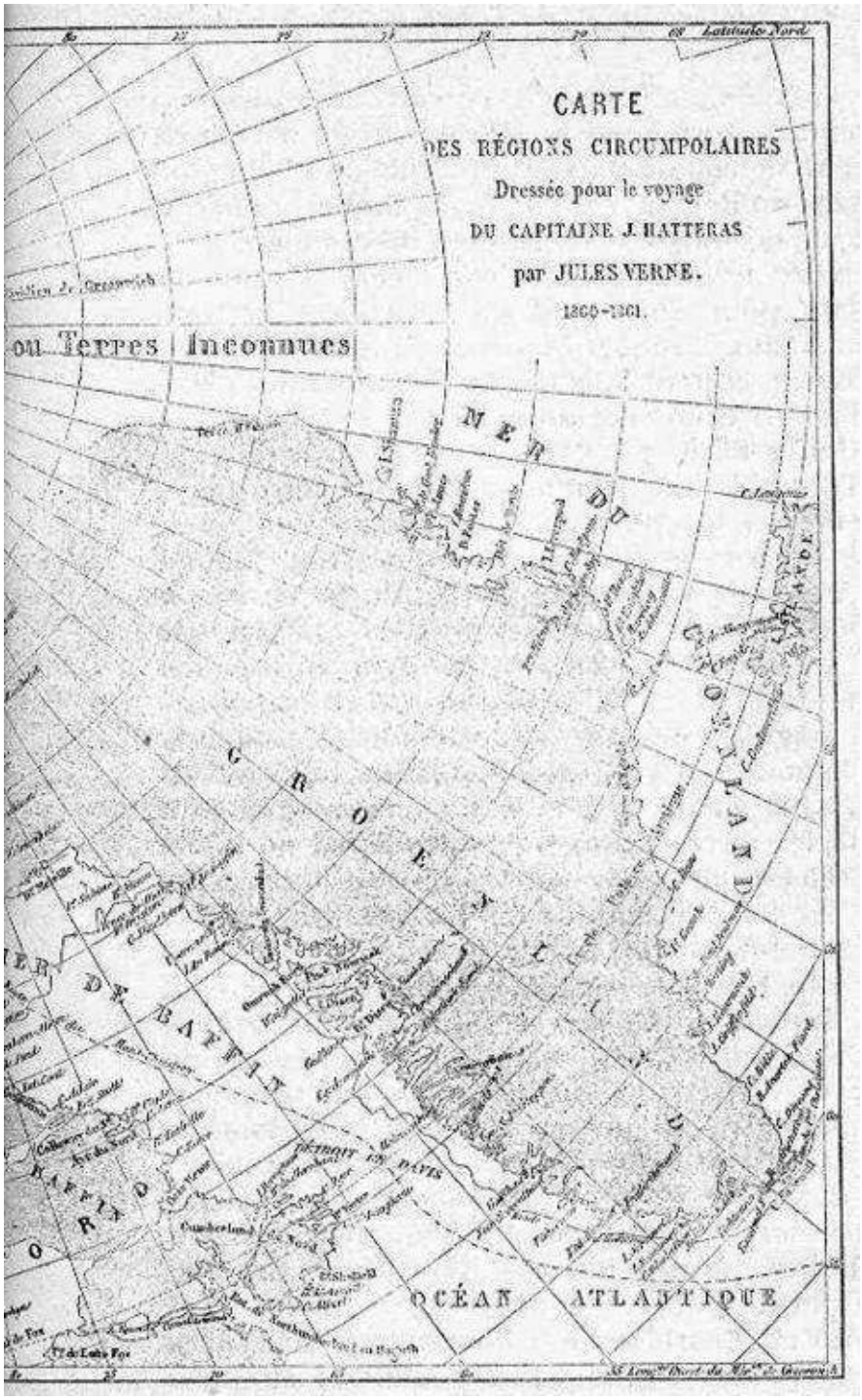
Hatteras mostraba en sus mapas al doctor el camino que habían seguido y el que debían seguir. La posición del bergantín era interesante en aquel momento.

—Yo quisiera —dijo el capitán— hallarme más al Norte; pero nadie está obligado a hacer imposibles. He aquí nuestra situación exacta.

El capitán señaló en su mapa un punto poco distante del cabo York.



Gravé chez Erhard, 12 r. Dupetit-Thouars.



—Nos hallamos en medio de esta encrucijada, abierta a todos los vientos y formada por las desembocaduras del canal de Lancaster, del estrecho de Barrow, del canal de Wellington, y del paso del Regente. Es un punto al cual han debido necesariamente dirigirse todos los navegantes de estos mares.

—Lo que —respondió el doctor— debía ser para ellos embarazoso. Es una verdadera encrucijada, como vos decís, en la cual se cruzan cuatro grandes caminos, sin que se vean boyas indicadoras que digan cuál es el verdadero. ¿Cómo, pues, se las compondrían los Parry, los Ross y los Franklin? ¿Qué hicieron?

—No hicieron nada, doctor, dejaron hacer; no tenían derecho de elección, os lo aseguro. El estrecho de Barrow, que se cerraba para uno, el año siguiente se abría para otro. Otras veces el buque se veía inevitablemente arrastrado hacia el paso del Regente, resultando de todo eso que, por la fuerza de las cosas, se han conocido al fin estos mares, tan embrollados.

—¡Singular país! —dijo el doctor, examinando el mapa—. ¡Todo en él está tijereteado, desgarrado,

hecho pedazos, sin orden, sin concierto, sin ninguna lógica! Parece que las tierras próximas al polo Norte se han desmenuzado expresamente para volver más difícil la aproximación a ellas de los navegantes, al paso que en el otro hemisferio terminan en puntas tranquilas y afiladas, como el cabo de Hornos, el cabo de Buena Esperanza y la península indostánica. ¿Es la rapidez mayor del ecuador lo que ha modificado así las cosas, en tanto que las tierras extremas, fluidas aún en los primeros días de la creación, no han podido condensarse ni aglomerarse por falta de una rotación bastante acelerada?

—Eso debe ser, porque en todo lo de este mundo hay una lógica, y nada se ha hecho en él sin algún motivo, que Dios permite algunas veces descubrir a los sabios. Haced uso del permiso, doctor.

—Seré, desgraciadamente, discreto, capitán. Pero ¿qué espantoso vendaval reina en este estrecho? —añadió el doctor, encapotándose todo lo que pudo.

—Sí, la brisa del Norte brama aquí furiosamente y nos separa de nuestro camino.

—Debía, sin embargo, empujar los hielos hacia el Sur, y dejar la senda libre.

—Debería, doctor; pero el viento, como muchos hombres, no hace siempre lo que debe. ¡Ya lo veis! Este banco parece impenetrable. Procuraremos, no obstante, llegar a la isla Griffith, y bordearemos después la de Cornualles para ganar el canal de la Reina, sin pasar por el de Wellington. Quiero, sin embargo, a toda costa tocar en la isla Beechey para renovar mis provisiones de carbón.

—¿Cómo? —respondió el doctor, asombrado.

—Muy fácilmente. Por orden del Almirantazgo, hay depositadas en Beechey grandes provisiones para atender a las necesidades de las expediciones futuras; y aunque el capitán McClintock haya tomado carbón en la isla en 1859, os aseguro que ha quedado carbón para nosotros.

—El hecho es —dijo el doctor— que estos parajes han sido explorados por espacio de quince años, y hasta el día en que se adquirió la prueba cierta y evidente de la pérdida de Franklin, el Almirantazgo ha sostenido constantemente cinco o seis buques en estos mares. Si no me engaño, la isla Griffith, que veo aquí en el mapa, casi en medio de la encrucijada, es el punto de cita general de los navegantes.

—Es verdad, doctor, y la desgraciada expedición de Franklin ha tenido por resultado darnos a conocer estas lejanas comarcas.

—Justamente, capitán, porque las expediciones han sido numerosas desde 1845. Hasta 1848 no empezó a causar inquietud la desaparición del *Erebus* y del *Terror*, los dos buques de Franklin. Entonces se vio al antiguo amigo del almirante, el doctor Richardson, a la edad de setenta años, recorrer el Canadá y remontar el río Coppermino hasta el mar polar, en tanto que James Ross, comandante del *Enterprise* y del *Investigator*, zarpaba de Uppernawik en 1848, y llegó al cabo de York, donde nosotros nos hallamos en este momento. Todos los días echó al mar un barril que contenía papeles destinados a dar a conocer su posición; durante la niebla tiraba cañonazos; por la noche disparaba cohetes y encendía fuegos de Bengala, procurando mantenerse siempre casi al pairo y navegar con poco trapo; por último, invernó en el puerto de Leopoldo, desde 1848 a 1849; allí se apoderó de un gran número de zorras blancas, en cuyo cuello mandó poner collares de cobre que tenían grabada la indicación de la situación de los buques y de los depósitos de víveres, y obligó a los animales a dispersarse en todas direcciones; después, al llegar la primavera, empezó a explorar las costas de North Sommerset en trineos, en medio de privaciones y peligros, que hicieron enfermar y estropearon a casi todos sus marineros, levantando *cairns*[26], donde encerraba cilindros de cobre, con las notas necesarias para orientar a la expedición perdida; durante su ausencia, el teniente McClure exploraba, sin resultado, las costas septentrionales del estrecho de Barrow. Es de notar, capitán, que James Ross tenía bajo sus órdenes dos oficiales destinados a hacerse célebres más adelante: McClure, que salvó el paso del Noroeste, y McClintock, que descubrió los restos de

Franklin.

—Dos bravos ingleses, actualmente dos buenos y bravos capitanes. Continuad, doctor, relatándome la historia de estos mares, que tan bien conocéis; siempre hay algo que aprender en las relaciones de estas audaces tentativas.

—Pues bien, para concluir con lo que se refiere a James Ross, añadiré que él intentó ganar más al Oeste la isla de Melville; pero corrió gran peligro de perder sus buques, y, cogido por los hielos, fue arrastrado, a pesar suyo, al mar de Baffin.

—¡Arrastrado! —dijo Hatteras frunciendo el entrecejo—. ¡Arrastrado a pesar suyo!

—Nada había descubierto —repuso el doctor—. Hasta el año 1850 no empezaron los buques ingleses a surcar con ardor estos mares, habiéndose prometido una prima de veinte mil libras esterlinas al que descubriese el paradero de las tripulaciones del *Erebus* y del *Terror*. Ya en 1848 los capitanes Kellet y Moore, que mandaban el *Herald* y el *Plover*, intentaron penetrar por el estrecho de Behring. Añadiré que durante los años 1850 y 1851, el capitán Austin invernó en la isla de Cornualles; el capitán Penny exploró, mandando el *Assistance* y el *Resolute*, el canal de Wellington; el veterano John Ross, el héroe del polo magnético, volvió a partir en su corbeta *Félix* en busca de su amigo; el *Prince-Albert* hizo un primer viaje a costa de Lady Franklin, y, por último, dos buques americanos, fletados por Grinnel, y mandados por el capitán Haven, arrastrados fuera del canal de Wellington, fueron arrojados al estrecho de Lancaster. Durante aquel mismo año, McClintock, entonces segundo de Austin, llegó hasta la isla de Melville y el cabo Dundas, puntos extremos alcanzados por Parry en 1819, y en la isla Beechey encontró huellas que le indicaron que allí había invernado Franklin en 1845.

—Sí —respondió Hatteras—, allí habían sido enterrados tres de sus marineros, tres hombres más afortunados que el resto de sus compañeros.

—Desde 1851 hasta 1852 —prosiguió el doctor, aprobando con el gesto la observación de Hatteras—, vemos al *Prince-Albert* emprender un segundo viaje con el teniente francés Bellot; inverna en la bahía de Betty, en el estrecho del Príncipe Regente, explora el Sudoeste de Sommerset, y reconoce la costa hasta el cabo Walker. Durante este tiempo, el *Enterprise* y el *Investigator*, de regreso a Inglaterra, pasan al mando de Collinson y de McClure, y se incorporan a Kellet y Moore en el estrecho de Behring. Mientras Collinson volvía a Hong Kong para invernar, McClure siguió adelante, y después de tres invernadas, de 1850 a 1851, de 1851 a 1852 y de 1852 a 1853, descubrió el paso del Noroeste, sin adquirir noticia alguna acerca del paradero de Franklin. Desde 1852 a 1853 una nueva expedición, compuesta por tres buques de vela, el *Assistance*, el *Resolute* y el *North-Star*, y de dos buques de vapor, el *Pionner* y el *Intrepide*, se hizo a la vela, al mando de Sir Edward Belcher, que llevaba de segundo al capitán Kellet. Sir Edward visitó el canal de Wellington, invernó en la bahía de Northumberland, y recorrió la costa, en tanto que Kellet, llegando hasta Bridport, en la isla de Melville, exploraba sin éxito aquella parte de las tierras boreales. Pero entonces circularon rumores en Inglaterra de que no lejos de las costas de Nueva Escocia, se habían percibido dos buques abandonados en medio de los hielos. Inmediatamente Lady Franklin arma el pequeño vapor de hélice *Isabelle*, y el capitán Inglefield, después de haber remontado la bahía de Baffin hasta la punta Victoria por el 80° paralelo, regresa a la isla Beechey, también infructuosamente. A principios de 1855, el americano Grinnel costea una nueva expedición, y el doctor Kane, intentando penetrar hasta el Polo…

—¡Pero no lo ha hecho, gracias a Dios! —gritó violentamente Hatteras—. Lo que él no ha hecho, lo haremos nosotros.

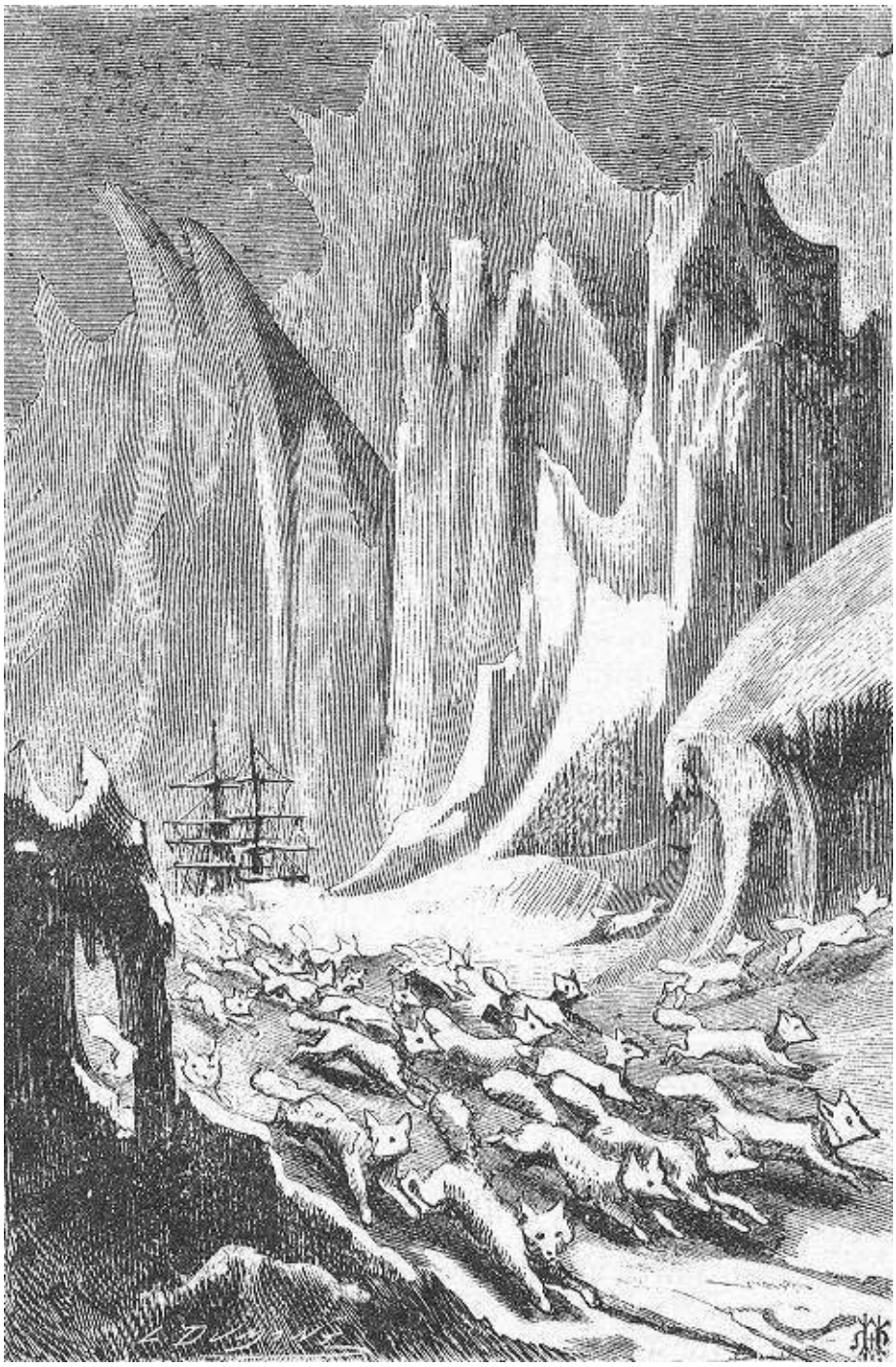
—Lo sé, capitán —respondió el doctor—, y sólo hablo de su expedición porque se refiere

forzosamente a las investigaciones en busca de Franklin. Además, no tuvo la expedición ningún resultado. No me acordaba de deciros que el Almirantazgo, considerando la isla Beechey como el punto de cita general de las expediciones, encargó, en 1853, al vapor *Phoenix*, al mando del capitán Inglefield, que transportase provisiones. Allí, en efecto, se trasladó Inglefield con el teniente Bellot, y perdió a este bravo marino, que por segunda vez se ponía al servicio de Inglaterra. Podemos tener acerca de esta catástrofe noticias tanto más detalladas, cuanto que Johnson, nuestro contramaestre, fue testigo de ella.

—El teniente Bellot era un bravo francés —dijo Hatteras—, y en Inglaterra se honra su memoria.

—Entonces —prosiguió el doctor— los buques de la escuadra de Blecher empezaban a regresar poco a poco. No regresaron todos, pues Sir Edward tuvo que abandonar el *Assistance* en 1854, como McClure había tenido que abandonar el *Investigator* en 1853. Entretanto, el doctor Rae, por una carta fechada el 29 de junio de 1854, procedente de Repulse-Bay, donde había llegado por América, dio noticias de que los esquimales de la Tierra del Rey Guillermo poseían varios objetos correspondientes al *Erebus* y al *Terror*. Ya entonces no cupo duda acerca de la suerte de la expedición. El *Phoenix*, el *North-Star* y el buque de Collinson volvieron a Inglaterra, y no hubo ya más buques ingleses en los mares árticos. Pero si bien el Gobierno había perdido toda esperanza, Lady Franklin esperaba aún, y con los restos de su fortuna tripuló el *Fox*, mandado por McClintock, que zarpó en 1857, invernó en los parajes en que vos os habéis presentado a nosotros, capitán; llegó a la isla Beechey el 11 de agosto de 1858; invernó por segunda vez en el estrecho de Bellot; volvió a sus investigaciones en febrero de 1859, descubrió el 6 de mayo el documento que no dejaba ya duda alguna acerca del destino del *Erebus* y del *Terror*, y a últimos del mismo año regresó a Inglaterra. ¡He aquí todo lo que ha pasado en el espacio de quince años en estas comarcas funestas, y desde la vuelta del *Fox*, ni un solo buque ha venido a probar fortuna en medio de estos peligrosos mares!

—Pues bien, nosotros la probaremos —respondió Hatteras.



Capítulo XV

EL *FORWARD*, ARROJADO AL SUR

POR la tarde aclaró el tiempo, y se distinguió claramente la tierra entre el cabo Spring y el cabo Clarence, que avanza primero hacia el Este y luego hacia el Sur, y se une a la costa del Oeste por una lengua de tierra bastante baja. A la entrada del estrecho del Regente, el mar estaba libre de hielos; pero como si hubiera querido cerrar al *Forward* el camino del Norte, formaba un banco impenetrable más allá del puerto Leopoldo.

Hatteras, muy contrariado, aunque procuraba disimularlo, tuvo que recurrir a sus petardos para forzar la entrada del puerto Leopoldo, al cual llegó al mediodía del domingo 27 de mayo. El bergantín fue sólidamente anclado sobre grandes *icebergs*, que tenían el aplomo, la dureza y la solidez de las rocas.

En seguida, el capitán, acompañado del doctor, de Johnson y de su perro *Duck*, se trasladó al hielo; y no tardó en tomar tierra. *Duck* brincaba de alegría. Desde el reconocimiento del capitán, se había vuelto muy cariñoso y apacible, conservando solamente rencor a algunos hombres de la tripulación, a quienes su amo quería tan poco como él.

El puerto se hallaba exento de los hielos que las brisas del Este suelen acumular en él, y las tierras, cortadas a pico, presentaban en su cima graciosas ondulaciones de nieve. La casa y el faro construidos por James Ross no estaban aún en pésimo estado de conservación; pero parecía que las provisiones habían sido saqueadas por las zorras y hasta por los osos, a juzgar por algunas huellas recientes. Tampoco la mano de los hombres debía de ser extraña a aquella devastación, pues en el borde de la bahía se notaban algunos restos de chozas esquimales.

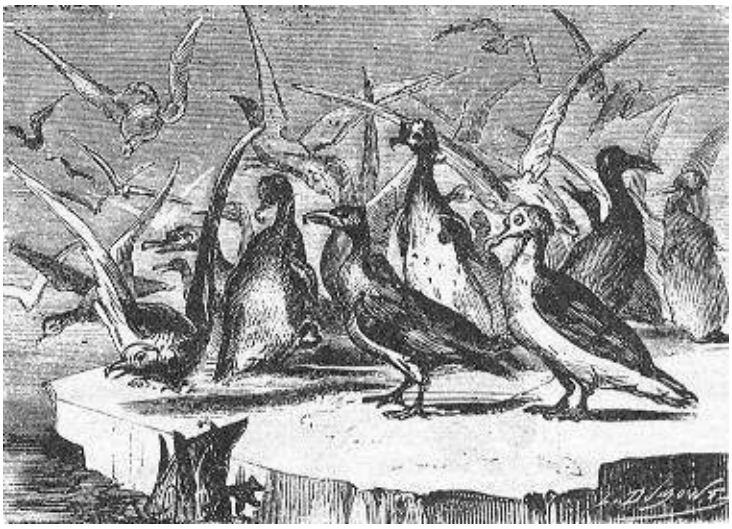
Las seis tumbas, que contenían otros tantos marinos del *Enterprise* y del *Investigator* se reconocían por una prominencia que formaba la tierra, y habían sido respetadas por toda la raza dañina, hombres o animales.

Al poner el pie por primera vez en las tierras boreales, el doctor experimentó una intensa emoción. Nadie es capaz de figurarse los sentimientos que asaltan el alma en presencia de aquellos restos de casas, tiendas, chozas y almacenes, que la Naturaleza conserva tan maravillosamente en los países fríos.

—¡He aquí —dijo a sus compañeros— la residencia que el mismo James Ross llamó *Campo del Refugio*! Si la expedición de Franklin hubiese llegado a este punto, estaba salvada. Ésta es la máquina que fue abandonada aquí mismo, y la estufa colocada en el terreno, a cuyo alrededor se calentó en 1851 la tripulación del *Prince-Albert*. Las cosas han quedado en el mismo estado, como si ahora mismo Kennedy, su capitán, acabase de dejar este puerto hospitalario. He aquí la lancha que le abrigó durante algunos días con todos los suyos, porque Kennedy, separado de su buque, fue verdaderamente salvado por el teniente Bellot, el cual desafió la temperatura de octubre para volar a su encuentro.

—Un bravo y digno oficial que yo he conocido —dijo Johnson.

Mientras el doctor buscaba con el entusiasmo de un anticuario los vestigios de las invernadas precedentes, Hatteras se ocupaba en reunir las provisiones y el combustible, que se hallaban en muy pequeña cantidad. El día se empleó en transportarlo todo a bordo. El doctor recorría el país, sin alejarse demasiado del buque, y dibujaba los panoramas más notables. La temperatura se elevaba poco a poco, y la nieve acumulada empezaba a derretirse. El doctor hizo una colección bastante completa de aves del Norte, tales como la gaviota, el guincho, los *mollynochtes*, ánades de plumazón, que se parecen a los ánades ordinarios, con el pecho y el lomo blancos, el vientre azul, y azul también la parte superior de la cabeza, siendo blanco matizado de verde el resto del plumaje. Algunos tenían ya el vientre despojado de la preciosa plumazón de que el macho y la hembra se sirven para acolchar su nido. El doctor percibió también, sin poderles tirar, algunas enormes focas que respiraban en la superficie del hielo.



En sus excursiones descubrió la piedra donde aparecen grabados los siguientes signos:

(E I)
1849

que indican el paso del *Enterprise* y el *Investigator*. Llegó hasta el cabo Clarence, al punto mismo en que John y James Ross, en 1833, aguardaban con impaciencia el deshielo. La tierra estaba sembrada de huesos y de cráneos de animales, y se distinguían aún vestigios de viviendas de esquimales.

El doctor había tenido la idea de levantar un *cairn* en el puerto Leopoldo, dejando en él una nota que indicase el paso del *Forward* y el objeto de la expedición, a lo que se opuso formalmente Hatteras, el cual no quería dejar en pos de sí rastro alguno de que un competidor pudiera aprovecharse. A pesar de sus buenas razones, el doctor se vio obligado a ceder a la voluntad del capitán. No fue Shandon el que menos vituperó esta terquedad, porque, en caso de naufragio, ningún buque hubiera podido auxiliar al *Forward*.

Hatteras no quiso doblarse a tales raciocinios. Habiendo terminado su cargamento el lunes por la tarde, intentó de nuevo forzar el banco de hielo y elevarse al Norte; pero después de peligrosos esfuerzos, tuvo que resignarse a volver a bajar por el canal del Regente. Él no quería, de ningún modo, permanecer en el puerto Leopoldo, el cual, a la sazón abierto, podía al día siguiente hallarse cerrado por una dislocación inesperada de los *icefields*, fenómeno muy frecuente en aquellos mares, que debe inspirar a los navegantes la mayor desconfianza.

Hatteras no dejaba traslucir sus zozobras, pero se sentía en su interior con una violencia suma. ¡Quería ir al Norte, y se veía obligado a dirigirse al Sur! ¿A dónde llegaría de ese modo? ¿Iba a retroceder hasta el puerto Victoria, en el golfo de Boothia, donde invernó Sir John Ross en 1833? ¿Hallaría libre en aquella época el estrecho de Bellot, y, costeando North Sommerset, podría remontar el estrecho de Peel? ¿O se vería por espacio de algunos inviernos capturado como sus predecesores, y obligado a agotar sus provisiones y sus fuerzas?

Tales eran los temores que fermentaban en su cabeza; pero siendo necesario tomar un partido, viró de bordo y avanzó hacia el Sur.

El canal del Príncipe Regente conserva una anchura casi uniforme desde el puerto Leopoldo hasta la bahía Adelaida. El *Forward* marchaba rápidamente en medio de los témpanos, más favorecido que los buques precedentes, los cuales, en su mayor parte, necesitaron más de un mes para pasar el canal, no obstante ser la estación mejor. Verdad es que aquellos buques, exceptuando el *Fox*, no teniendo el vapor a su disposición, sufrían los caprichos de un viento incierto y con frecuencia contrario.

La tripulación en general se manifestaba muy satisfecha de abandonar las regiones boreales. No era de su gusto el proyecto de llegar al Polo, y temblaba ante las resoluciones de Hatteras, cuya reputación de audacia era poco tranquilizadora. Hatteras procuraba aprovecharse de todas las ocasiones para ir adelante, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Y, sin embargo, en los mares boreales bueno es avanzar, pero es menester conservar siempre la posición y no exponerse a perderla.

El *Forward* navegaba a todo vapor. Su humo negro giraba en espirales alrededor de las deslumbradoras puntas de los *icebergs*, y el tiempo variaba sin cesar pasando con la mayor rapidez de un

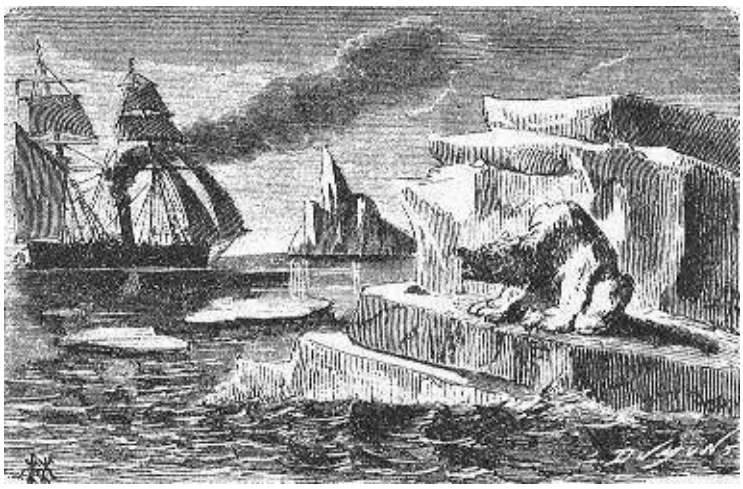
frío seco a una atmósfera de nevadas nieblas. El bergantín, cuyo calado no era grande, pasaba rozando casi la costa Oeste, porque Hatteras no quería equivocar la entrada del estrecho de Bellot, pues el golfo de Boothia no tiene más salida, al Sur, que el estrecho mal conocido del *Fury* y del *Hecla*. Aquel golfo era un callejón sin salida, no dando con el estrecho de Bellot o siendo éste impracticable.

Por la tarde, el *Forward* se halló a la vista de la bahía de Elwin, que fue reconocida por sus altas rocas perpendiculares. El martes por la mañana se percibió la bahía de Betty, en la cual, el 10 de setiembre de 1851, el *Prince-Albert* ancló para invernar largo tiempo. El doctor miraba la costa con su anteojo, y la observaba con interés. De aquel punto surgieron las expediciones que establecieron la configuración geográfica de North Sommerset. El tiempo era claro y permitía distinguir las profundas barrancas que cercan la bahía.

El doctor y el contramaestre Johnson eran tal vez los únicos que contemplaban con interés aquellas comarcas desiertas. Hatteras, siempre inclinado sobre sus cartas de marear, hablaba poco, y su taciturnidad era mayor a medida que el bergantín caminaba hacia el Sur; subía con frecuencia a cubierta, y desde la popa, con los brazos cruzados, con la vista perdida en el espacio, permanecía horas enteras contemplando el horizonte. Sus órdenes, si alguna daba, eran breves y rudas. Shandon se había encerrado en un silencio frío, y, poco a poco, concentrándose en sí mismo, no tuvo con Hatteras más relaciones que las que exigían las necesidades del servicio. James Wall permanecía adicto a Shandon; a la conducta de éste acomodaba la suya. El resto de la tripulación aguardaba los acontecimientos, dispuestos a aprovecharse de ellos, cada cual en interés propio. No había ya a bordo la unidad de pensamientos, la comunión de ideas tan necesaria para el cumplimiento de las grandes cosas. Hatteras lo sabía.

Durante todo el día, se vieron dos ballenas avanzando rápidamente hacia el Sur, y se percibió igualmente un oso blanco, que fue saludado a tiros sin éxito aparente. El capitán sabía el valor del tiempo en aquellas circunstancias, y no permitió perseguir al animal.

El miércoles por la mañana se había pasado más allá de la extremidad del canal del Regente. Al ángulo de la costa oeste, seguía una profunda curva de la tierra.



Consultando su carta, el doctor reconoció la punta de Sommerset House o punta Fury.

—He aquí —dijo a su interlocutor habitual— el punto mismo en que se perdió el primer buque inglés enviado a estos mares en 1815, durante el tercer viaje que Parry hacía al Polo. Tan maltratado fue el *Fury* en los hielos en su segunda invernada, que la tripulación tuvo que abandonarlo y regresar a Inglaterra en el *Hecla*, que iba de reserva.

—Evidente ventaja de tener un segundo buque —respondió Johnson—. Es una precaución que los navegantes polares no deben descuidar; pero el capitán Hatteras no es hombre que quiera exponerse a

que un compañero le sirva de estorbo.

—¿Le encontráis acaso imprudente, Johnson? —preguntó el doctor.

—¿Yo? Yo no encuentro nada, señor Clawbonny. Mirad, mirad en la costa algunas estacas que sostienen aún los restos de una tienda medio podrida.

—Sí, Johnson; allí es donde Parry desembarcó todas las provisiones de su buque, y, si no me engaña la memoria, el techo de la casa que construyó se formó con una gavia y con las jarcias del *Fury*.

—Todo ha debido variar mucho desde 1825.

—No tanto, Johnson. En 1829, John Ross halló la salvación propia y la de su tripulación en el frágil tugurio que contemplamos. En 1851, cuando el príncipe Alberto envió aquí una expedición, la casa estaba aún en pie, y la mandó reparar el capitán Kennedy. Hace de lo que digo nueve años. Interesante sería para nosotros visitarla; pero no está de humor el capitán Hatteras para detenerse.

—Y sin duda tiene razón, señor Clawbonny. Si el tiempo es oro en Inglaterra, aquí es la salvación, y por un día, por una hora de retraso nos expondríamos a comprometer todo el viaje. Dejemos, pues, al capitán que haga todo lo que le parezca.

Durante el jueves, 1 de junio, la bahía que lleva el nombre de Creswell fue cortada diagonalmente por el *Forward*. Desde la punta de Fury, la costa se eleva hacia el Norte, arrancando de ella peñascos perpendiculares de trescientos pies de altura. Al Sur tiende a deprimirse. Algunas cimas cubiertas de nieve ofrecían mesetas perfectamente cortadas, al paso que otras, afectando extrañas formas, proyectaban en la bruma sus pirámides agudas.

El tiempo se templó durante aquel día, pero con menoscabo de su claridad. Se perdió la tierra de vista, y el termómetro subió a 32° (0° centígrados). Algunas ortegas volaban en distintas direcciones, y bandadas de gansos salvajes se dirigían al Norte. La tripulación tuvo que aligerarse de ropa, sintiendo la influencia del verano en aquellas comarcas árticas.

Por la tarde, el *Forward* dobló el cabo Garry a un cuarto de milla de la playa, en un fondo de diez a doce brazas, y desde entonces la recorrió de cerca hasta llegar a la bahía de Brentford. Bajo aquella latitud debía encontrarse el estrecho de Bellot, estrecho que John Ross no sospechó siquiera en su expedición de 1828. Sus cartas, en efecto, indican una costa no interrumpida, de la cual anota y nombra las menores irregularidades con el mayor esmero. Es, pues, preciso admitir que en la época de su exploración, la embocadura del estrecho, completamente cerrada por los hielos, no podía, en manera alguna, distinguirse de la misma tierra.

Aquel estrecho fue recientemente descubierto por el capitán Kennedy durante un viaje que realizó en abril de 1852, y le dio el nombre del teniente Bellot, «justo tributo —dice él— a los importantes servicios prestados a nuestra expedición por el oficial francés».

Capítulo XVI

EL POLO MAGNÉTICO

A medida que se iba acercando al estrecho de Bellot, Hatteras sentía redoblarse sus inquietudes. La suerte de su viaje iba a decidirse. Hasta entonces había hecho más que sus predecesores, de los cuales McClintock, el más afortunado de todos, había empleado quince meses en alcanzar aquella parte de los mares polares. Pero lo que había conseguido Hatteras era poco, era nada, si no llegaba a pasar aquel estrecho. No pudiendo retroceder, quedaría bloqueado hasta el año siguiente.

No quiso confiar a nadie más que a sí mismo el cuidado de examinar la costa. Subió a un tope, donde pasó algunas horas de la mañana del sábado.

La tripulación comprendía perfectamente la situación del buque. Un profundo silencio reinaba a bordo; la máquina moderó sus movimientos, el *Forward* se mantuvo tan cerca de tierra como le fue posible; la costa estaba erizada de esos témpanos que no llegan a derretir los calores del verano más riguroso, y se necesitaba tener ojos de lince para descubrir entre ellos una entrada.

Hatteras cotejaba sus cartas con lo que sus ojos distinguían en tierra. El sol se había dejado ver un instante hacia el Mediodía, lo que permitió al capitán hacer tomar a Shandon y a Wall una observación bastante exacta que le fue transmitida en voz alta.

Hubo medio día de ansiedad para todos los ánimos. Pero de repente, a cosa de las dos, cayeron de lo alto del trinquete las siguientes palabras:

—¡Proa al Oeste, y a toda máquina!

El bergantín obedeció: instantáneamente volvió el tajamar hacia el punto indicado; el mar arrojó espuma bajo las paletas de la hélice, y el *Forward* se lanzó a todo vapor entre dos *icestreams* conmovidos y cuarteados.

Se había hallado el camino. Hatteras bajó a la cubierta, y el *icemaster* volvió a su puesto.

—Y bien, capitán —dijo el doctor—, ¿hemos por fin entrado en el famoso estrecho?

—*Sí* —respondió Hatteras, bajando la voz—, pero no basta entrar, es preciso también salir.

Y sin más palabras, volvió a su camarote.

«Tiene razón —se dijo el doctor—; nos hallamos aquí como en una ratonera, sin mucho espacio para maniobrar, ¡y si tuviéramos que invernar en este estrecho…! ¡Bueno! No seríamos nosotros los primeros a quienes sobreviniese este accidente, y si otros han sabido salir de apuros, también saldríamos nosotros».

El doctor no se engañaba; en aquel mismo sitio, en un ancón abrigado llamado por el mismo McClintock puerto de Kennedy, el *Fox* invernó en 1858. En aquel momento se podían reconocer las altas cordilleras graníticas y los acantilados de las dos orillas.

El estrecho de Bellot, que tiene una milla de ancho sobre diecisiete de largo, con una corriente de seis a siete nudos, está encajonado entre montañas, cuya altura viene a ser de unos mil setecientos pies. Separa North Sommerset de la tierra de Boothia, y fácilmente se comprende que en él los buques se mueven como quieren. El *Forward* avanzaba con precaución, pero avanzaba. Las tempestades son frecuentes en aquel espacio estrecho, y el bergantín no se libró de su violencia habitual. Hatteras mandó

arriar los masteleros y los juanetes y rizar las velas mayores, y, eso no obstante, el buque era juguete del viento, las olas entraban en la cubierta envueltas en ráfagas de lluvia; el humo huía hacia el Este con una rapidez asombrosa; se andaba algo al azar en medio de hielos movedizos; el barómetro bajó a veintinueve pulgadas, y era difícil permanecer en la cubierta, tanto, que la mayor parte de los tripulantes permanecían en el sollado para no sufrir inútilmente.

Hatteras, Johnson y Shandon no se movieron de la toldilla, a despecho de los torbellinos de nieve y de lluvia, y debemos añadir que el doctor, habiéndose preguntado a sí mismo qué cosa podría hacer en aquel momento que fuese más desagradable, subió inmediatamente a cubierta, donde los unos y los otros no se oían y apenas se veían, por lo que cada cual guardó sus reflexiones.

Hatteras intentó atravesar la cortina de bruma que lo envolvía, pues, según sus cálculos, a cosa de las seis de la tarde se hallaba en el extremo del estrecho. Entonces toda salida pareció cerrada, y Hatteras, obligado a detenerse, ancló sólidamente en un *iceberg*, pero ordenó mantener la presión toda la noche.

El tiempo fue espantoso. El *Forward* amenazaba a cada instante romper sus cadenas, y era de temer que la montaña, arrancada de su base por la violencia del viento del Oeste, se fuese con el bergantín a la deriva. Los oficiales estuvieron constantemente alerta y llenos de zozobra; a los torbellinos de nieve se agregaba un verdadero granizo, recogido por el huracán en la superficie deshelada de los bancos de hielo, formando una nube de flechas agudas que cruzaban la atmósfera.

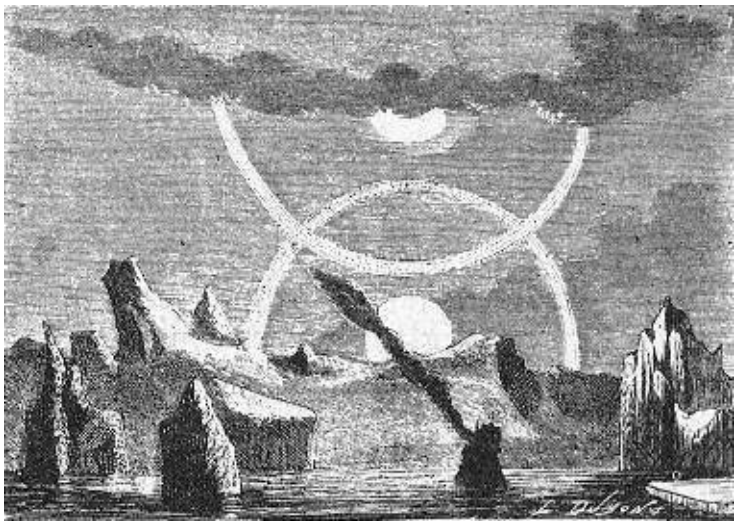
Durante aquella terrible noche, se elevó mucho la temperatura. El termómetro marcó 57° (+14° centígrados), y el doctor, con mucho asombro suyo, creyó sorprender hacia el Sur algunos relámpagos seguidos de truenos muy lejanos, lo que parecía corroborar el testimonio del ballenero Scoresby, que observó un fenómeno análogo más allá del 75° paralelo. El capitán Parry fue también, en 1812, testigo de igual singularidad meteorológica.

A cosa de las cinco de la mañana, el tiempo varió con una rapidez sorprendente. La temperatura

volvió súbitamente al punto de congelación, y el viento pasó al Norte y se calmó. Se podía percibir la abertura occidental del estrecho, pero se la veía enteramente obstruida. Hatteras miraba ávidamente la costa, preguntándose si el paso existía realmente.

El bergantín aparejó; sin embargo, se deslizó lentamente entre los *icestreams*, en tanto que su quilla rompía estrepitosamente los hielos. Los *packs*, en aquella época, tenían aún de seis a siete pies de grueso, y era preciso evitar con cuidado su presión, porque en el caso de que el buque hubiera podido resistirla, habría corrido el riesgo de caer sobre un costado.

Al mediodía se pudo, por primera vez, admirar un magnífico fenómeno solar, un halo con dos parhelios. El doctor lo observó y midió exactamente. El arco exterior no era visible sino a una extensión de 30° a cada lado del diámetro horizontal; las dos imágenes del sol se distinguían notablemente, y los colores percibidos en los arcos luminosos eran, de dentro afuera, el rojo, el amarillo, el verde, un azul muy claro y, por último, una luz muy blanca, sin límite exterior susceptible de precisarse.



El doctor se acordó de la ingeniosa teoría de Tilomas Young sobre aquellos meteoros. Dicho físico supone que ciertas nubes, compuestas de prismas de hielo, están suspensas en la atmósfera, y que los rayos del sol al llegar a ellas se descomponen formando ángulos de 60° y hasta 90°. Los halos no pueden, pues, presentarse en cielos serenos. Esta explicación parecía al doctor muy ingeniosa.

Los marineros habituados a los mares boreales, consideran generalmente este fenómeno como precursor de una abundante nevada. Si la observación llegaba a realizarse, la situación del *Forward* había de ser muy difícil. Hatteras resolvió, pues, seguir adelante. Ni un instante descansó durante el resto de aquel día y la noche siguiente, que la pasó subido a los flechastes, sin perder ocasión alguna de acercarse a la salida del estrecho.

Pero por la mañana tuvo que detenerse delante del inaccesible banco. El doctor se reunió con él en la cubierta. Hatteras lo condujo a popa, y pudieron los dos hablar sin que nadie los oyese.

—Estamos cogidos —dijo Hatteras—; es imposible ir más lejos.

—¿Imposible? —repitió el doctor.

—¡Imposible! ¡Toda la pólvora del *Forward* no nos permitiría ganar un cuarto de milla!

—¿Qué haremos, pues? —dijo el doctor.

—¡Qué sé yo! ¡Maldito sea este año funesto, que se presenta bajo auspicios desfavorables!

—Y bien, capitán, si es menester invernar, invernaremos. Lo mismo da invernar aquí que en otra parte.

—Sin duda —respondió Hatteras en voz baja—; pero es triste invernar, sobre todo en el mes de

jimio. La invernada está llena de peligros físicos y morales. Un largo reposo en medio de verdaderos sufrimientos abate muy pronto el ánimo de una tripulación. ¡Yo contaba no detenerme sino bajo una latitud más próxima al Polo!

—Sí, pero la fatalidad ha querido que la bahía de Baffin estuviese cerrada.

—Y estuvo abierta para otro —exclamó Hatteras con cólera—, para ese americano, ese…

—Veamos, Hatteras —dijo el doctor interrumpiéndole con intención—, no estamos más que a 5 de junio; no desesperemos; puede de improviso abrírsenos un paso; ya sabéis que el deshielo tiene tendencia a romperse hasta en los tiempos de calma, como si una fuerza repulsiva obrara entre las diferentes partes que lo componen; podemos, pues, de un momento a otro, hallar el mar libre.

—¡Que se presente y lo pasaremos! Es muy posible que más allá del estrecho de Bellot nos sea fácil remontamos hacia el Norte por el estrecho de Peel o por el canal de McClintock, y entonces…

—Capitán —dijo en aquel momento James Wall—, estamos expuestos a que los témpanos nos dejen sin gobernalle.

—Correremos el riesgo de perderlo —respondió Hatteras—. Yo no puedo consentir que se quite. Quiero estar dispuesto a partir a cualquier hora, lo mismo de noche que de día. Procurad, señor Wall, que se le proteja cuanto sea posible, separando los témpanos; pero que quede en su puesto, ¿lo entendéis?

—Sin embargo… —añadió Wall.

—No tengo ninguna observación que escuchar —dijo severamente Hatteras—. Basta.

Wall se volvió a su puesto.

—¡Ah! —exclamó Hatteras con un movimiento de cólera—. ¡Cinco años de mi vida daría por hallarme en el Norte! No conozco paso más peligroso. ¡Y para aumentar las dificultades, a esta distancia cercana del polo magnético, el compás duerme, la aguja se hace perezosa o loca, y varía sin cesar de dirección!

—Confieso —respondió el doctor— que es una navegación peligrosa; pero, en fin, los que la hemos emprendido ya sabíamos que nos aguardaban peligros y hasta ahora nada ha sobrevenido que deba sorprendernos.

—¡Ah! ¡Doctor! Mi tripulación ya no es lo que era, y vos mismo acabáis de verlo. Los oficiales se permiten hacerme observaciones. Las ventajas pecuniarias ofrecidas a los marineros eran muy propias para excitar su codicia; pero estas ventajas tienen sus inconvenientes, porque después que han marchado les hacen desear con más ardor el regreso. Doctor, ya no me veo apoyado en mi empresa, y si fracaso, la culpa no será de tal o cual marinero, al que fácilmente se le haría entrar en razón, sino que será hija de la mala voluntad de ciertos oficiales… ¡Ah! ¡Caro lo han de pagar!

—Exageráis, Hatteras.

—¡No exagero nada! ¿Creéis que afectan a la tripulación los obstáculos que encuentro en mi camino? ¡Todo lo contrario! ¡Ella confía en que los obstáculos me harán abandonar mis proyectos! Así es que los marineros no murmuran, ni murmurarán mientras la proa del *Forward* mire al Sur. ¡Insensatos! ¡Se les figura que se acercan a Inglaterra! ¡Pero si llegamos a remontamos al Norte, veréis cómo varían las cosas! ¡Yo juro, sin embargo, que no habrá ser viviente que me haga desviar de mi línea de conducta! Un paso, una abertura por la cual pueda deslizarse mi bergantín, y aunque en ella deje el cobre de su forro, me saldré con la mía.

Los deseos del capitán habían de quedar satisfechos hasta cierto punto. De conformidad con las previsiones del doctor, hubo durante la tarde una variación repentina; bajo una influencia cualquiera de vientos, de corriente o de temperatura, los *icefields* se separaron; el *Forward* se lanzó con audacia al

paso que le abrieron, rompiendo con su proa de acero los témpanos flotantes; navegó toda la noche, y el martes, a cosa de las seis, salió del estrecho de Bellot.

¡Pero cuál fue la sorda irritación de Hatteras al hallar el camino del Norte obstinadamente cerrado! Tuvo, sin embargo, suficiente dominio para contener su desesperación, y como si el único camino abierto hubiese sido el que él prefería, dejó descender el *Forward* por el estrecho de Franklin. No pudiendo subir por el estrecho de Peel, resolvió bordear la Tierra del Príncipe de Gales para ganar el camino dé McClintock. Pero demasiado comprendía él que Shandon y Wall no se dejaban engañar, y sabían a qué atenerse respecto de su esperanza frustrada.

El 6 de junio se presentó sin ningún incidente notable; el cielo presagiaba nieve, y, por consiguiente, se cumplieron los pronósticos del halo.

Por espacio de treinta y seis horas, el *Forward* siguió las circunvalaciones de la costa de Boothia, sin llegar a aproximarse a la Tierra del Príncipe de Gales. Hatteras forzó el vapor, quemando su carbón pródigamente. Contaba siempre con aprovisionarse de nuevo en la isla Beechey.

El jueves llegó a la extremidad del estrecho de Franklin, y también allí el camino del Norte era inaccesible. Tenía motivo para desesperarse. No podía siquiera retroceder; los hielos lo empujaban hacia delante, y él veía en pos cerrársele incesantemente el camino, como si nunca hubiese existido mar libre por donde acababa de pasar una hora antes.

Así es que el *Forward*, no sólo no podía avanzar hacia el Norte, sino que no podía detenerse un instante, so pena de ser cogido, y huía delante de los témpanos como otro buque delante de la tempestad.

El viernes, 8 de junio, llegó cerca de la costa de Boothia, a la entrada del estrecho de James Ross, que era menester evitar a toda costa, porque su única salida era al Oeste, y conduce directamente a las tierras de América.

Las observaciones hechas al mediodía en aquel punto dieron 70° 5′ 17″ de latitud, y 96° 46′ 45″ de longitud. Cuando el doctor conoció estas cifras, miró su carta, y vio que se hallaba al fin en el polo magnético, en el mismo punto en que James Ross, el sobrino de Sir John, determinó esta curiosa situación.

La tierra cerca de la costa era baja, pues no se levantaba más allá de sesenta pies, separándose del mar cosa de una milla.

Habiendo necesidad de limpiar la caldera del *Forward*, el capitán hizo anclar el buque en un campo de hielo, y permitió ir a tierra al doctor y al contramaestre. En cuanto a él, insensible a todo lo que no se refería a sus proyectos, se encerró en su camarote, devorando con la vista la carta del Polo.

El doctor y su compañero llegaron fácilmente a tierra. El primero llevaba un compás destinado a sus experimentos, pues quería comprobar los trabajos de James Ross, y descubrió fácilmente el montoncillo de piedras calizas que éste había levantado. Corrió a él, y una abertura le permitió distinguir en su interior la caja de estaño en que James Ross depositó el acta de su descubrimiento. No parecía que, en treinta años, un solo ser viviente hubiese visitado aquella costa solitaria.

En aquel punto, una aguja imantada, suspendida con toda la delicadeza posible, se colocaba inmediatamente en una posición casi vertical bajo la influencia magnética; por consiguiente, el centro de atracción se hallaba a muy corta distancia, ya que no inmediatamente debajo de la aguja.

El doctor hizo su experimento con cuidado.

Pero Sir James Ross, a causa de la imperfección de sus instrumentos, no pudo hallar por su aguja vertical más que una inclinación de 89° 95′, se debió a que el verdadero punto magnético estaba realmente a un minuto de aquel lugar. El doctor Clawbonny fue más afortunado, y a alguna distancia de

allí tuvo la gran satisfacción de ver su inclinación de 90°.

—¡He aquí, pues, exactamente, el polo magnético del mundo! —exclamó golpeando enérgicamente la tierra con el pie.

—¿Está aquí? —preguntó el contramaestre Johnson.

—Aquí mismo, amigo mío.

—Entonces —repuso el contramaestre—, preciso es rechazar toda suposición respecto a montañas de imán o moles imantadas.

—¡Sí, mi querido Johnson, eso son hipótesis de la credulidad! Como veis, no hay la menor montaña, capaz de atraer los buques, de arrancarles su hierro, áncora tras áncora, clavo tras clavo, y vuestros claveteados zapatos están aquí tan libres como en cualquier otro punto del Globo.

—Entonces, ¿cómo se explica…?

—No se explica, Johnson; no somos aún bastante sabios para tanto. ¡Pero lo que es cierto, exacto, matemático, es que el polo magnético está aquí mismo, en este sitio!

—¡Ah, señor Clawbonny! ¡Cuán feliz sería el capitán si pudiera decir otro tanto del polo boreal!

—Lo dirá, Johnson, lo dirá.

—¡Dios lo haga! —respondió el contramaestre.

El doctor y su compañero levantaron un *cairn* en el punto preciso en que se había hecho el experimento, y habiéndoles hecho seña de que reembarcasen, volvieron a bordo a las cinco de la tarde.

Capítulo XVII

LA CATASTROFE DE SIR JOHN FRANKLIN

EL *Forward* consiguió cortar directamente el estrecho de James Ross; pero no sin gran trabajo. Fue menester recurrir a la sierra y a los petardos, y la tripulación quedó rendida de fatiga. Afortunadamente, la temperatura era muy soportable y 30° superior a la que encontró James Ross en igual época del año. El termómetro señalaba 34° (+2° centígrados).

El sábado se dobló el cabo Félix en el extremo norte de la Tierra del Rey Guillermo, una de las islas medianas de aquellos mares boreales.

La tripulación experimentaba entonces una impresión triste y dolorosa, y echaba miradas curiosas, pero tristes, a aquella isla cuya costa bordeaba.

En efecto, se hallaba en presencia de aquella Tierra del Rey Guillermo, teatro del más terrible drama de los tiempos modernos. A algunas millas al Oeste se habían perdido para siempre el *Erebus* y el *Terror*.

Los marineros del *Forward* conocían perfectamente las tentativas practicadas para encontrar al almirante Franklin y el resultado obtenido, pero ignoraban los aflictivos pormenores de aquella catástrofe. Así es que mientras el doctor seguía en su carta la marcha del buque, algunos de ellos, Bell, Bolton, Simpson, se acercaron a él y tomaron parte en su conversación. Luego sus camaradas los siguieron a impulsos de una curiosidad apremiante. Durante este tiempo, el bergantín corría a gran velocidad, y la costa, con sus bahías, sus cabos y sus puntos, pasaba por delante de sus miradas como un panorama gigantesco.

Hatteras se paseaba por la popa a largos pasos. El doctor, sentado en la cubierta, se vio rodeado de la mayor parte de los tripulantes, y comprendiendo el interés de aquella situación y el poder de su narración hecha en tales circunstancias, volvió a empezar en los siguientes términos una conversación que tenía con Johnson:

—Ya sabéis, amigos míos, cuáles fueron los principios de la carrera de Franklin. Fue grumete, como Cook y como Nelson, y después de haber empleado su juventud en grandes expediciones marítimas,

resolvió, en 1845, lanzarse al descubrimiento del paso del Noroeste. Mandaba el *Erebus* y el *Terror*, dos buques experimentados, que acababan de hacer con James Ross, en 1840, una campaña en el polo ártico. El *Erebus*, mandado por Franklin, llevaba setenta hombres de tripulación entre oficiales y marineros, siendo Fitz James su capitán; Gore y Le Vesconte, sus tenientes; Des Boeux, Sargent y Couch, sus contramaestres, y Stanley su médico. El *Terror* contaba con sesenta y ocho hombres; capitán, Cruzier; tenientes, Little Hogdson e Irving; contramaestres, Horesby y Thomas; médico, Peddie. ¡Podéis leer en las bahías, en los cabos, en los estrechos, en las puntas, en los canales, en las islas de estos sitios el nombre de la mayor parte de estos desgraciados, de los cuales ni uno solo ha vuelto a ver su país! Total: ciento treinta y ocho hombres. Sabemos que las últimas cartas de Franklin fueron dirigidas desde la isla Disko con fecha del 12 de julio de 1845. «Espero —decía— aparejar esta noche en busca del estrecho de Lancaster». ¿Qué pasó desde su salida de la bahía de Disko? Los capitanes de los balleneros *Prince of Wales* y *Enterprise* percibieron por última vez los dos buques en la bahía de Melville, y desde aquel día no se oyó hablar más de ellos. Sin embargo, podemos seguir a Franklin en su marcha hacia el Oeste. Penetra en los estrechos de Lancaster y de Barrow, y llega a la isla Beechey, donde pasa el invierno de 1845 a 1846.

—Pero ¿cómo se han adquirido estos pormenores? —preguntó Bell, el carpintero.

—Por tres tumbas que en 1850 la expedición de Austin descubrió en la isla. En ellas se hallaban sepultados tres marineros de Franklin, y, además, se completaron las noticias con el documento hallado por el teniente Hudson, del *Fox*, que lleva la fecha del 25 de abril de 1848. Sabemos, pues, que después de su invernada, el *Erebus* y el *Terror* remontaron el estrecho de Wellington hasta el 77° paralelo, pero en lugar de continuar su derrotero al Norte, camino que no estaba, sin duda, practicable, volvieron hacia el Sur…

—¡Y ésta fue su perdición! —dijo una voz grave—. Su salvación estaba en el Norte.

Todos se volvieron. Hatteras, apoyado el codo en el antepecho de la toldilla, acababa de lanzar a su tripulación aquella observación terrible.

—Sin duda —repuso el doctor— la intención de Franklin era alcanzar la costa americana; pero las tempestades le asaltaron en aquella funesta senda, y el 12 de setiembre de 1846, los dos buques fueron cogidos por los hielos, a algunas millas de aquí, al noroeste del cabo Félix. Fueron luego arrastrados hacia el noroeste de la punta Victoria; allí mismo —dijo el doctor señalando un punto en el mar—. Los buques —añadió— no fueron abandonados hasta el 22 de abril de 1848. ¿Qué pasó durante los diecinueve meses de intervalo? ¿Qué hicieron aquellos desgraciados? Sin duda exploraron las tierras circundantes, intentándolo todo para su salvación, porque el almirante era un hombre enérgico, y si el éxito no coronó sus esfuerzos, sería porque…

—Porque la tripulación le haría tal vez traición —dijo Hatteras con voz sorda.

Los marineros no se atrevieron a levantar los ojos; aquellas palabras pesaban sobre su conciencia.

—En resumen, el fatal documento nos lo dice también; Sir John Franklin sucumbió a sus fatigas el 11 de junio de 1847. ¡Honor a su memoria! —dijo el doctor quitándose el sombrero.

Sus oyentes le imitaron silenciosos.

—¿Cuál fue el paradero de aquellos desgraciados privados de su jefe por espacio de diez meses? Se quedaron a bordo de sus buques, y no se decidieron a abandonarlos hasta abril de 1848. De los ciento treinta y ocho hombres, quedaban aún ciento cinco. ¡Treinta y tres habían muerto! Entonces los capitanes Crozier y Fitz James elevaron un *cairn* en la punta Victoria, y depositaron en él su último documento. ¡Amigos míos, pasaremos por delante del punto de la catástrofe! Aún podéis percibir los restos del *cairn*,

colocado, si así puede decirse, en el punto extremo que John Ross alcanzó en 1831. ¡Mirad el cabo James Franklin! ¡Mirad la punta Franklin! ¡Mirad la punta Le Vesconte! ¡Mirad la bahía del *Erebus*, donde se encontró la lancha hecha con los restos de uno de los buques puesta encima de un trineo! ¡Allí se descubrieron cucharas de plata, abundantes municiones, chocolates, té y libros de religión! ¡Porque los ciento cinco que sobrevivieron, conducidos por el capitán Crozier, se pusieron en marcha para Great-Fish-River! ¿Hasta dónde pudieron llegar? ¿Consiguieron ganar la bahía de Hudson? ¿Sobrevivieron algunos de ellos? ¿Qué ha sido de ellos después de su última partida?

—¿Qué ha sido de ellos? Vais a saberlo —dijo John Hatteras con voz fuerte—. ¡Sí, intentaron llegar a la bahía de Hudson, y se fraccionaron en grupos! ¡Sí, tomaron el camino del Sur! ¡Sí, en 1854, una carta del doctor Rae dio la noticia de que en 1850 los esquimales habían encontrado en la Tierra del Rey Guillermo un destacamento de cuarenta hombres, que cazaban vacas marinas, que viajaban sobre el hielo, que arrastraban una lancha, flacos, escuálidos, extenuados de fatiga y de dolores! ¡Y más adelante descubrieron treinta cadáveres en el continente y cinco en una isla próxima, algunos medio enterrados, otros insepultos, otros debajo de un barco volcado, otros debajo de los restos de una tienda; aquí, un oficial con el anteojo colgado a la espalda y el fusil cargado junto a él; más allá, calderas con los residuos de un banquete horrible! Al recibir estas noticias, el Almirantazgo suplicó a la compañía de la bahía de Hudson que enviase sus más hábiles agentes al teatro del acontecimiento. Descendieron por el río Back hasta su desembocadura. Visitaron las islas de Montreal, Masanochia y punta Ogle. ¡Pero, nada! ¡Todos aquellos desgraciados habían muerto de miseria, muerto de fatiga, muerto de hambre, procurando prolongar su mísera existencia con los espantosos recursos del canibalismo! ¡He aquí lo que ha sido de ellos a lo largo de ese camino del Sur donde yacen sus cadáveres mutilados! Pues bien, ¿queréis aún seguir sus huellas?

La voz vibrante, los gestos apasionados, la fisonomía ardiente de Hatteras, produjeron un efecto indescriptible.

La tripulación, ya conmovida por la presencia de aquellas tierras funestas, exclamó unánime:

—¡Al Norte! ¡Al Norte!

—¡Pues, bien! ¡Al Norte! ¡La salvación y la gloria están allí! ¡Al Norte! ¡El cielo se declara por nosotros! ¡El viento ha variado! ¡El paso está libre! ¡Vira en redondo, timonel!

Los marineros corrieron a la maniobra; los *icestreams* se iban desprendiendo poco a poco; el *Forward* evolucionó rápidamente y se dirigió forzando la máquina hacia el canal de McClintock.

Hatteras había tenido razón en contar con un mar más libre. Remontaba el presunto camino de Franklin y seguía la costa oriental de la Tierra del Príncipe de Gales, suficientemente determinado entonces, al paso que la orilla opuesta es aún desconocida. Evidentemente el deshielo hacia el Sur había sido producido por las avenidas del Este, porque aquel estrecho parecía hallarse enteramente libre, y el *Forward* se halló en aptitud de recobrar el tiempo perdido, forzando el vapor de tal modo, que el 14 de

junio pasaba más allá de la bahía de Osborne y de los puntos extremos alcanzados en las expediciones de 1851. Los hielos eran aún numerosos en el estrecho, pero no parecía que el mar debiese faltar ya a la quilla del *Forward*.

Capítulo XVIII

EL DERROTERO DEL NORTE

PARECÍA que la tripulación había recobrado sus hábitos de disciplina y obediencia. Las maniobras, escasas y poco fatigosas, dejaban a los marineros muchos ratos de descanso. La temperatura se mantenía encima del punto de congelación, y los mayores obstáculos de la navegación debían ser allanados por el deshielo.

Duck, familiar y amable, había contraído sinceramente amistosas relaciones con el doctor Clawbonny. Estaban los dos a partir un piñón. Pero como en las amistades hay siempre un amigo sacrificado al otro, preciso es confesar que el otro no era el doctor; *Duck* hacía de él cuanto quería. El doctor obedecía como un perro a su amo. *Duck*, además, se había vuelto amable con la mayor parte de los marineros y oficiales de a bordo, si bien, sin duda por instinto, evitaba la compañía de Shandon, y regañaba los dientes, ¡y qué dientes!, a Pen y a Warren, traduciendo en mal reprimidos refunfuños, siempre que se acercaba a ellos, la aversión que le inspiraban. Éstos, por otra parte, no se atrevían ya a jugar ninguna mala pasada al perro del capitán, «a su genio familiar», como le llamaba Clifton.

La tripulación había recobrado su confianza y se conducía bien.

—Parece —dijo un día James Wall a Ricardo Shandon— que los marineros han tomado en serio los discursos del capitán, y que ya no dudan del éxito de la empresa.

—Pues hacen mal en no dudar —respondió Shandon—; si reflexionasen, si examinasen la situación, comprenderían que no se cometen más que imprudencias.

—Sin embargo —repuso Wall—, nos hallamos ya en un mar libre, volvemos por caminos ya reconocidos; no exageréis, Shandon.

—No exagero nada, Wall; la pasión no me quita el conocimiento. El odio, la envidia si queréis, que me inspira Hatteras, no me ciegan. Decidme, ¿habéis visitado los pañoles del carbón?

—No —respondió Wall.

—Pues bien, bajad a ellos, y veréis con qué rapidez disminuyen nuestras provisiones. En un principio debíamos haber navegado principalmente a fuerza de vela, reservándonos la hélice para contrarrestar las corrientes o los vientos contrarios. El combustible debía economizarse mucho, porque nadie es capaz de saber en qué punto de estos mares y por cuánto tiempo podemos estar retenidos. Que el viento sea o no contrario, marchamos a todo vapor, y como se siga del mismo modo, no tardaremos en vernos en un apuro, o completamente perdidos.

—¿De veras, Shandon? Porque si eso es cierto, el peligro que corremos es grave.

—Sí, Wall, grave, no sólo respecto de la máquina que, faltando combustible, no nos servirá de nada en una circunstancia crítica, sino que también bajo el punto de vista de una invernada, a que tarde o temprano tendremos que llegar. Y es menester pensar algo en el frío en un país en que el mercurio se hiela con frecuencia dentro del termómetro[27].

—Pero, si no me engaño, Shandon, el capitán cuenta con renovar sus provisiones en la isla de Beechey, donde debe hallar carbón en abundancia.

—¿En estos mares, Wall, se va donde se quiere? ¿Estamos seguros de hallar tal o cual estrecho libre

de hielos? Y si no da con la isla de Beechey, o no puede llegar a ella, ¿qué será de nosotros?

—Tenéis razón, Shandon; Hatteras me parece imprudente, pero ¿por qué vos mismo no le hacéis acerca del particular algunas observaciones?

—No, Wall —respondió Shandon con una amargura mal disimulada—; he resuelto callar; no soy ya el responsable del buque; aguardaré los acontecimientos; me mandan, obedezco, y no doy mi opinión.

—Permitidme deciros que hacéis mal, Shandon, pues se trata de un interés común, y las imprudencias del capitán pueden costamos caras a todos.

—Y si le hablase, Wall, ¿me escucharía?

Wall no se atrevió a contestar afirmativamente.

—Pero —añadió— escucharía tal vez a las representaciones de la tripulación.

—¡La tripulación! —dijo Shandon encogiéndose de hombros—. ¡Pobre Wall! Por lo visto, no la habéis estudiado. Se halla animada de un sentimiento que no es el de su salvación. Sabe que avanza hacia el 72° paralelo, y que por cada grado que gana más allá de esta latitud, adquiere derecho a una suma de mil libras.

—Tenéis razón, Shandon —respondió Wall—, y el capitán ha adoptado el mejor medio para asegurar sus hombres.

—Sin duda —respondió Shandon—, al menos por ahora.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir, que mientras no haya peligros ni fatigas y se navegue en un mar libre, todo marchará perfectamente. Hatteras les ha obligado a fuerza de dinero, y lo que se hace por dinero, se hace mal. Ya vendrán las circunstancias difíciles, los peligros, la miseria, las enfermedades, el desaliento, el frío contra el cual nos precipitaremos como unos insectos, y entonces veréis si esas gentes se acuerdan de que hay una prima que ganar.

—¿Entonces, Shandon, opináis que Hatteras no se saldrá con la suya?

—No, Wall, no se saldrá con la suya. En una empresa como ésta, es preciso que entre los jefes haya una perfecta comunidad de ideas y una simpatía que no existen. Añado que Hatteras es un loco: todo su pasado lo prueba. En fin, veremos. Pueden sobrevenir circunstancias tales, que haya necesidad de dar el mando del buque a un capitán menos aventurero…

—Sin embargo —dijo Wall sacudiendo la cabeza con ademán de duda—, Hatteras tendrá siempre a su lado…

—Tendrá —replicó Shandon, interrumpiendo al oficial—, tendrá al doctor Clawbonny, un sabio que no piensa más que en saber, a Johnson, un marino esclavo de la disciplina, que no se toma la molestia de discurrir, tal vez uno o dos hombres más, como Bell, el carpintero, cuatro a lo sumo, y nosotros somos dieciocho a bordo. No, Wall, Hatteras no tiene la confianza de la tripulación, él lo sabe, y la ceba con dinero; se ha aprovechado hábilmente de la catástrofe de Franklin para producir una reacción en los ánimos; pero esta reacción no durará, yo os lo digo, y si no logra tomar tierra en la isla Beechey, está perdido.

—Si la tripulación pudiese siquiera sospechar…

—Os ruego —respondió al momento Shandon— que no comuniquéis a la tripulación mis observaciones; ella las hará por sí misma. Además, en este momento conviene que sigamos el camino del Norte. Pero ¿quién sabe si lo que cree Hatteras que es una marcha hacia el Polo, será un retroceso? En el extremo del canal McClintock está la bahía de Melville, y allí desemboca aquel laberinto de estrechos que se dirigen a la bahía de Baffin. ¡Piense bien Hatteras lo que hace! El camino del Este es más fácil que

el del Norte.

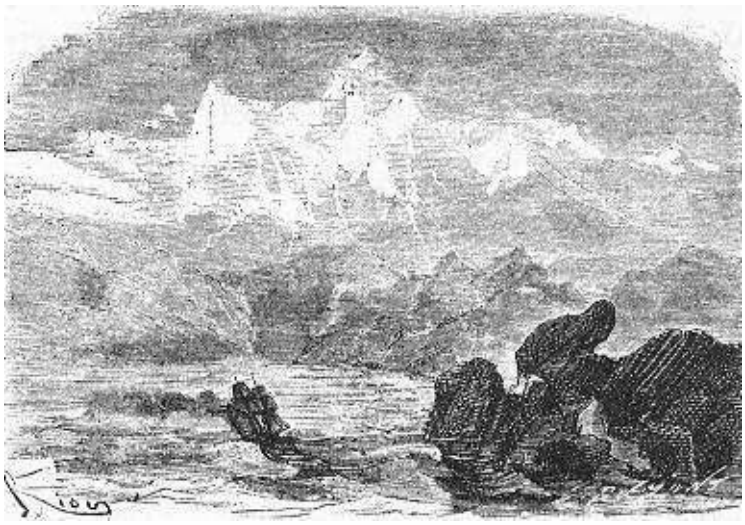
De las palabras de Shandon es fácil colegir cuáles eran sus disposiciones, y con cuánta razón el capitán presentiría en él un traidor.

Shandon, sin embargo, discurría justamente cuando atribuía la satisfacción actual de la tripulación a la perspectiva de pasar pronto más allá del 72° paralelo. El hambre de dinero acosaba hasta a los menos audaces que había a bordo. Clifton había sacado a cada cual la cuenta con la mayor exactitud.

Dejando a un lado al capitán y al doctor, que no podían ser admitidos a participar de la prima, quedaban en el *Forward* dieciséis hombres. Siendo la prima de 1.000 libras, resultaban sesenta y dos libras y media por cabeza y por grado. En el caso de llegar al polo, los 18° que había que ganar al efecto reservaban a cada uno una suma de 1.125 libras, es decir, una fortuna. Este capricho le costaría al capitán 18.000 libras, pero Hatteras era bastante rico para pagarse un paseo al Polo.

Semejantes cálculos excitaron singularmente la codicia de la tripulación, como es fácil de comprender, y más de cuatro, de los que quince días antes se alegraban de bajar hacia el Sur, aspiraban a alcanzar aquella latitud dorada a que el capitán les empujaba.

Durante el día 16 de junio, el *Forward* dobló el cabo Aworth. El monte Rawlinson levantaba al cielo sus blancas crestas; la nieve y la bruma le hacían parecer colosal, exagerando su distancia; la temperatura se sostenía a algunos grados sobre el punto de congelación; cascadas y cataratas improvisadas se desenvolvían en los flancos de la montaña; los aludes se precipitaban con un estruendo semejante a descargas continuas de gruesa artillería. Los témpanos, extendiéndose como blancas sábanas, proyectaban en el espacio una reverberación inmensa. La Naturaleza boreal, en lucha con el deshielo, ofrecía a los ojos un espléndido espectáculo. El bergantín casi lamía la costa; se distinguían en algunas rocas abrigadas escasos brezos, cuyas flores de color de rosa asomaban tímidamente entre las nieves, los pobres líquenes rojizos y los tallos de una especie de sauces que se arrastraban por el suelo.



En fin, el 19 de junio, a los 72° de latitud, se dobló la punta Minto, que forma una de las extremidades de la bahía Ommaney. El bergantín entró en la bahía de Melville, llamada *Mar de Plata* por el alegre marino Bolton, que se entregó a mil ilusiones que hacían reír de buena gana al doctor Clawbonny.

La navegación del *Forward*, no obstante una fuerte brisa del Nordeste, fue bastante fácil para que el día 23 de junio pasase de los 74° de latitud. Se hallaba en medio del mar de Melville, uno de los mares más considerables de aquellas regiones, que fue cruzado por primera vez por el capitán Parry en su soberbia expedición de 1819, y allí fue donde su tripulación ganó la prima de 5.000 libras prometida por actas del Gobierno.

Clifton se contentó con hacer notar que se habían ganado ya 2°, desde el 72 al 74, lo que sumaba ya a favor de la tripulación 125 libras. Pero le hicieron observar que la fortuna en aquellos parajes era muy poca cosa, que nadie podía llamarse rico sino a condición de beberse su riqueza, y que, por tanto parecía conveniente aguardar el momento en que tuviesen delante una mesa de una taberna de Liverpool, para refocilarse y frotarse las manos de gusto.

Capítulo XIX

UNA BALLENA A LA VISTA

EL mar de Melville, aunque bastante navegable, no estaba desprovisto de témpanos. Se percibían inmensos *icefields* que se prolongaban hasta los últimos límites del horizonte, y en distintos puntos aparecían también algunos *icebergs*, pero inmóviles y como anclados en medio de los campos de hielo. El *Forward* seguía a todo vapor anchos pasos donde evolucionaba fácilmente. El viento variaba con frecuencia, saltando súbitamente de uno a otro punto de compás.

El carácter variable de los vientos en los mares árticos es un hecho notable, pues con frecuencia unos cuantos minutos separan una calma chicha de una tempestad desenfrenada. Algo por el estilo experimentó Hatteras el 23 de junio, en medio de la inmensa bahía.

Los vientos más constantes soplan generalmente desde el banco al mar libre, y son muy fríos. Aquel día el termómetro bajó algunos grados; el viento saltó al Sur y ráfagas inmensas, pasando por encima de los campos de hielo, se desprendían de su humedad bajo la forma de una espesa nevada. Hatteras hizo cargar inmediatamente las velas con que ayudaba la hélice, pero no pudo evitar que en un abrir y cerrar de ojos el viento le arrebatase un sobrejuanete.

Hatteras mandó sus maniobras con la mayor sangre fría y no abandonó la cubierta durante la tempestad, pero tuvo que huir del huracán y remontar hacia el Oeste. El viento levantaba enormes olas en medio de las cuales se mecían los *icefields* inmediatos. El mar jugaba con el bergantín como con una muñeca, y los restos de los *packs* se precipitaban contra el casco del buque, el cual a cada instante se levantaba perpendicularmente sobre la cima de una montaña líquida. Su proa de acero, recogiendo la luz difusa, centelleaba como una barra de metal en fusión y se hundía después en un abismo, envuelta la cabeza en los torbellinos de su propio humo, en tanto que su hélice, con frecuencia salida del agua, giraba en vano con un ruido siniestro y hería el aire con sus paletas poderosas. La lluvia, mezclada con la nieve, caía a torrentes.

El doctor no podía dejar de aprovechar una ocasión semejante para calarse de agua hasta los huesos. Permaneció sobre cubierta, dominado por la conmovedora admiración que un sabio extrae siempre de espectáculos semejantes. El que más cerca se hallaba de él, no hubiera podido oír su voz, por lo que el buen doctor callaba y miraba, pero mirando fue testigo de un fenómeno extraño y particular de las regiones hiperbóreas.

La tempestad se hallaba circunscrita en un pequeño espacio, sin extenderse más allá de tres o cuatro millas. El viento, que pasaba rasando los campos de hielo, pierde gran parte de su fuerza, y no puede llevar lejos sus desastrosas violencias. El doctor percibía de cuando en cuando un cielo sereno y un mar tranquilo más allá de los *icefields*, y, por consiguiente, debía ser suficiente que el *Forward* atravesase los pasos para encontrar una navegación apacible, si bien corría el riesgo de ser arrojado a los bancos movedizos, que obedecían los caprichos del oleaje. Hatteras, sin embargo, consiguió, después de algunas horas de lucha, conducir su

buque a un mar tranquilo, en tanto que la violencia del huracán, furioso en el horizonte, expiraba a la distancia de algunos cables del *Forward*.

El golfo de Melville no presentaba ya entonces el mismo aspecto. Bajo la influencia de las olas y de los vientos, numerosas montañas, desprendidas de las costas, derivaban hacia el Norte, cruzándose y entrechocándose en todas direcciones. Era magnífico el espectáculo que ofrecían aquellas masas flotantes, que, dotadas de velocidades desiguales, parecían disputarse el premio de la carrera en un inmenso hipódromo.

El doctor estaba entusiasmado, cuando Simpson, el arponero, se acercó a él y le hizo notar los diferentes matices del mar, que variaban desde el más oscuro azul hasta el verde oliva. Grandes fajas se prolongaban del Norte al Sur con tal precisión en sus bordes, que se podían seguir sus líneas de demarcación hasta perderlas de vista. Algunas veces, bandas transparentes eran continuación de otras bandas enteramente opacas.

—¿Qué os parece, señor Clawbonny, esta particularidad? —dijo Simpson—. ¿Qué opináis acerca de ella?

—Opino, amigo mío —respondió el doctor—, lo que opinaba el ballenero Scoresby acerca de la naturaleza de estas aguas de distintos colores. Las aguas azules están desprovistas de esas miríadas de animálculos y medusas de que están cargadas las aguas verdes. Scoresby ha hecho acerca del particular varios experimentos que tienen para mí mucha fuerza.

—Del color del mar, doctor, se pueden sacar también otros indicios.

—¿De veras?

—Sí, señor Clawbonny, y, a fe de arponero, os lo digo; si el *Forward* fuese siquiera un ballenero, hoy haríamos la jugada.

—Sin embargo —respondió el doctor—, yo no distingo ninguna ballena.

—¡Bueno! No tardaremos en ver alguna, yo os lo prometo: es una gran cosa para un pescador encontrar bajo la latitud en que nos hallamos esas fajas verdes.

—¿Y por qué? —preguntó el doctor, a quien interesaban vivamente las observaciones de las gentes del oficio.

—Porque —respondió Simpson— se pescan las ballenas en mayor número.

—¿Y por qué, Simpson?

—Porque en las aguas verdes encuentran las ballenas una nutrición más abundante.

—¿Estáis seguro de ello?

—¡Oh! Lo he experimentado cien veces, señor Clawbonny, en el mar de Baffin, y no veo qué razón haya para que no suceda lo mismo en la bahía de Melville.

—Es posible que tengáis razón, Simpson.

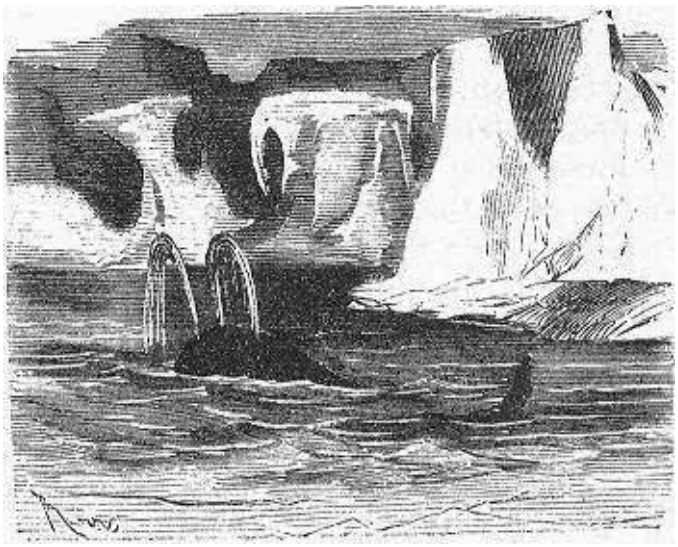
—Mirad —respondió éste, asomándose por el filarete—, mirad, señor Clawbonny.

—Es verdad —respondió el doctor—, parece la estela de un buque.

—Pues no es más —respondió Simpson— que una sustancia grasienta que la ballena deja en pos de sí. Creedme, el animal de que procede no debe de estar lejos.

En efecto; la atmósfera estaba impregnada de un fuerte olor *sui generis*. El doctor empezó a examinar con atención la superficie del mar, y la predicción del arponero no tardó en realizarse. Se oyó la voz de Poker que gritaba desde el tope:

—¡Ballena a sotavento!



Todas las miradas siguieron la dirección indicada. Un chorro de agua poco elevado, que surgía del mar, se percibió a una milla del bergantín.

—¡Vedla! ¡Vedla! —exclamó Simpson, cuya experiencia no le permitía engañarse.

—Ha desaparecido —respondió el doctor.

—Ya la encontraríamos si, fuese necesario —dijo Simpson con cierto sentimiento.

Pero con mucho asombro suyo, aunque nadie se hubiera atrevido a pedírselo, Hatteras dio orden de armar la ballenera, alegrándose mucho de poder procurar una distracción a su tripulación, y también de recoger algunos barriles de aceite. El permiso fue acogido con satisfacción.

Cuatro marineros entraron en la ballenera; Johnson, en la popa, fue encargado de dirigirla, y Simpson, arpón en mano, se colocó en la proa. No se pudo impedir al doctor formar parte de la expedición. El mar estaba en calma. La ballenera avanzó rápidamente, y diez minutos después estaba a una milla del bergantín.

La ballena, habiendo hecho provisión de aire, se había sumergido de nuevo; pero volvió pronto a la superficie, y arrojó a la distancia de quince pies una mezcla de vapores y mucosidades escapadas de sus espiráculos.

—¡Allí! ¡Allí! —dijo Simpson, indicando un punto a ochocientas yardas de la lancha.

Ésta se dirigió rápidamente hacia el animal, y el bergantín, que a su vez había distinguido también al cetáceo, se acercó manteniéndose con poco vapor.

El enorme cetáceo desaparecía y reaparecía a merced de las olas, mostrando su lomo negro, semejante a un escollo en alta mar, y se dejaba mecer indolentemente, porque una ballena no nada de prisa cuando no se cree perseguida.

La lancha se aproximaba silenciosamente siguiendo las aguas verdes, cuya opacidad impedía al animal ver a su enemigo. Es un espectáculo siempre conmovedor el que ofrece un frágil esquife atacando a semejantes colosos. El de que nos ocupamos mediría unos ciento treinta pies, no siendo raro, entre los setenta y ochenta grados, encontrar ballenas cuyo tamaño pasa de ciento ochenta pies. Escritores antiguos hacen mención de algunas de más de setecientos pies de longitud, pero debemos colocarlas entre las especies que podríamos llamar *imaginarias*.

Pronto la lancha se encontró cerca de la ballena. Simpson hizo una señal con la mano, que obligó a los remeros a dejar de bogar, y blandiendo su formidable arpón, lo arrojó diestramente y con fuerza; el arma se hundió en el grasiento dorso del cetáceo. La ballena, herida, sacudió su cola hacia atrás y se sumergió. Los marineros levantaron perpendicularmente los remos; la cuerda, atada al arpón y preparada

de antemano, se desenrolló con gran rapidez, y la lancha fue arrastrada, en tanto Johnson la dirigía fácilmente.

La ballena, en su fuga, se alejaba del bergantín y avanzaba hacia los *icebergs*, puestos en movimiento. Así corrió por espacio de media hora, siendo preciso mojar la cuerda del arpón para que no se inflamase con el roce. Cuando disminuyó la velocidad del animal se fue sacando la cuerda poco a poco y arrollándose con cuidado. No tardó la ballena en reaparecer en la superficie de las aguas, que azotó con su formidable cola, y verdaderas mangas de agua levantadas por ella caían sobre la lancha formando una violenta lluvia. La lancha se acercó rápidamente al monstruo. Simpson había cogido una larga lanza y se aprestaba a combatir al animal cuerpo a cuerpo.

Pero la ballena se introdujo con la mayor velocidad en un paso que dejaban entre sí dos montañas de hielo. La persecución era entonces sumamente peligrosa.

—¡Diablos! —exclamó Johnson.

—¡Adelante! ¡Adelante…! ¡Firme, amigos míos! —Gritaba Simpson, poseído del furor de la pesca—. ¡La ballena es nuestra!

—¡No, no! —Dijeron algunos marineros.

—¡Sí, sí! —Exclamaron otros.

Durante la discusión, la ballena se había encajonado entre dos montañas flotantes que el oleaje y el viento tendían a reunir.

La lancha, remolcada por el cetáceo, corría peligro de ser arrastrada a aquel paso peligroso, cuando Johnson, inclinándose hacia delante con un hacha en la mano, cortó la cuerda.

Ya era hora. Las dos montañas se juntaron con una fuerza irresistible, aplastando entre sí al desgraciado animal.

—¡Perdida la ballena! —gritó Simpson.

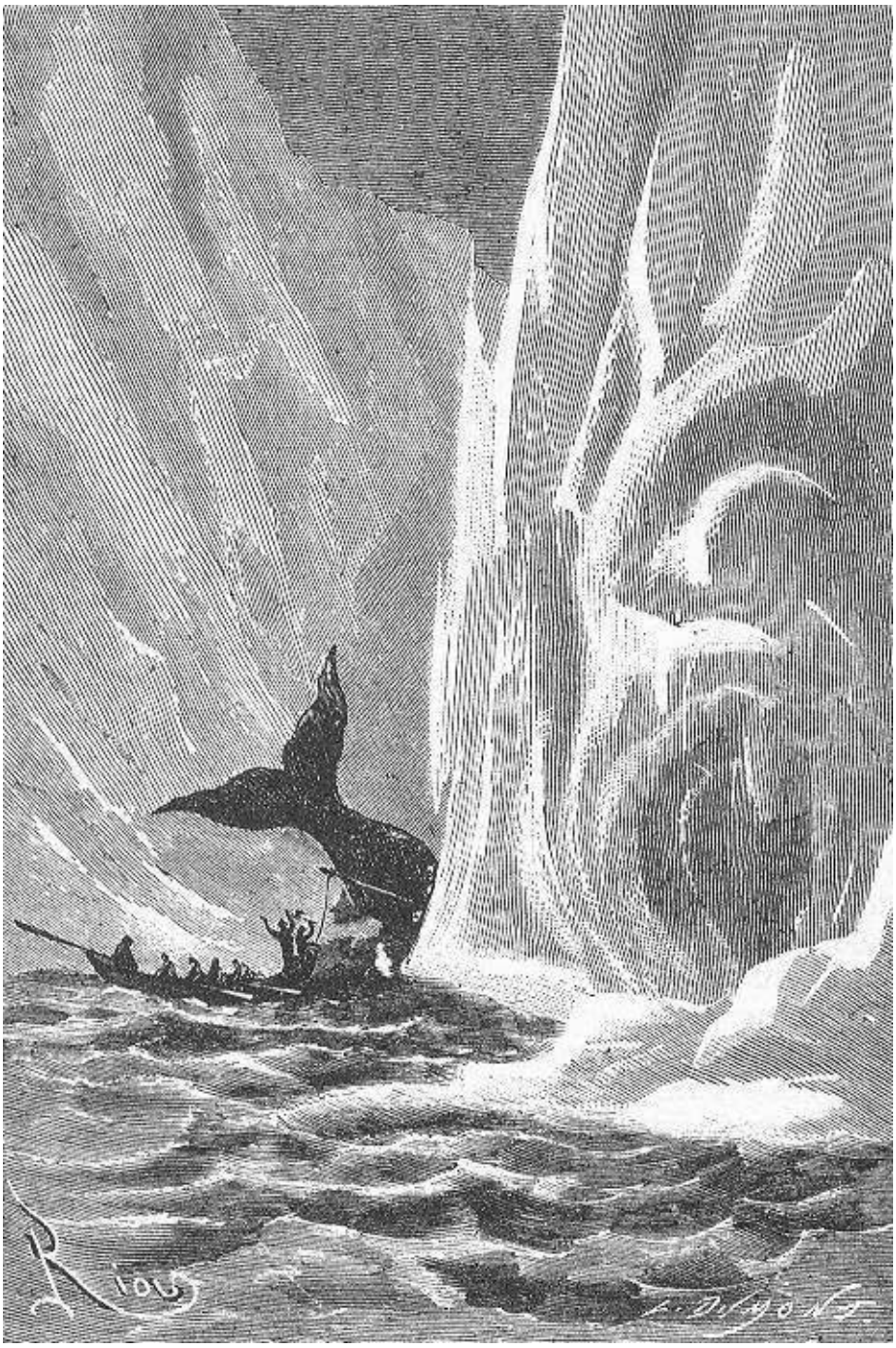
—¡Salvados nosotros! —respondió Johnson.

—¡En verdad —dijo el doctor, que no había siquiera pestañeado— que el espectáculo valía la pena de verse!

La fuerza de aplastamiento de dos montañas, de hielo es enorme. La ballena acababa de recibir el golpe de gracia por un accidente con frecuencia repetido en aquellos mares. Scoresby cuenta que en el curso de un solo verano, treinta ballenas perecieron aplastadas en la bahía de Baffin, y vio también con sus propios ojos ser aplastada en un minuto una fragata entre dos inmensas murallas de hielo; acercándose una a otra con una rapidez espantosa, la hicieron desaparecer con toda su gente. Vio también otros dos buques taladrados de un costado a otro, como si hubiesen recibido una descomunal lanzada, por témpanos agudos, de más de cien pies de longitud, que se juntaron atravesando los bordajes.

Algunos instantes después, la lancha estaba al costado del bergantín, y volvía a tomar en la cubierta su sitio acostumbrado.

—¡Es una lección —dijo Shandon en voz alta— para los imprudentes que no temen aventurarse por los pasos!



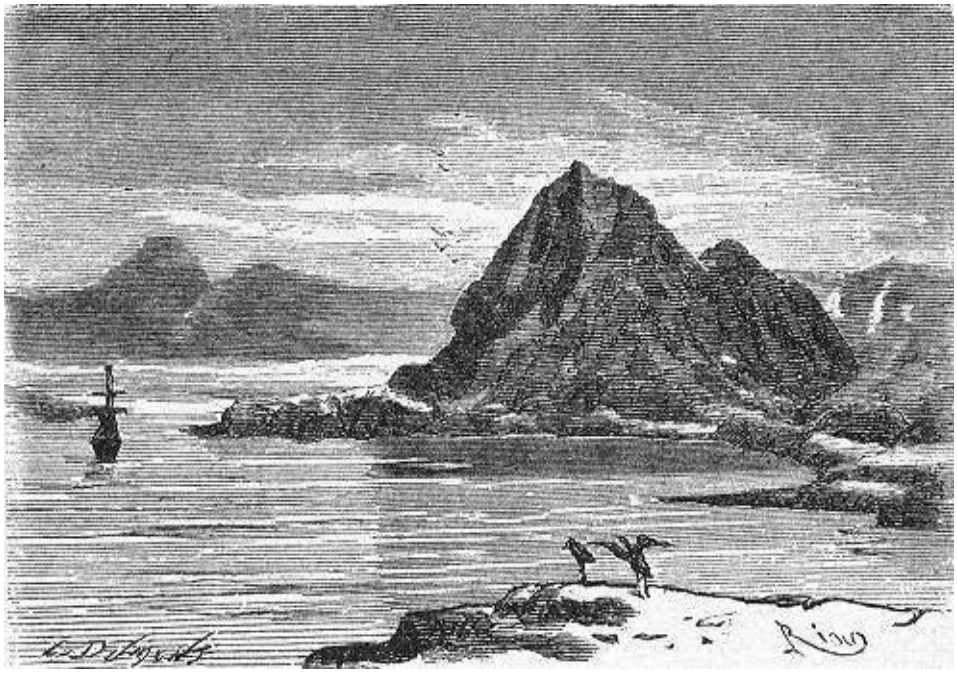
Capítulo XX

LA ISLA BEECHEY

EL 25 de junio el *Forward* llegaba a la vista del cabo Dundas, al extremo norte de la Tierra del Príncipe de Gales. Allí, en medio de hielos más numerosos, crecieron las dificultades. El mar se angosta en aquel punto, y la línea de las islas Crozier, Young, Day, Lowther y Garret, colocadas como fortalezas delante de una rada, obligan a los *icestreams* a acumularse en el estrecho. Lo que en otra circunstancia cualquiera hubiera hecho el bergantín en un día, le ocupó desde el 25 al 30 de junio. Se paraba, retrocedía, aguardaba la ocasión favorable para tocar en la isla Beechey, gastando mucho carbón, contentándose con moderar su fuego durante los altos, pero sin apagarlo jamás, pues quería estar en presión para no desperdiciar ninguna oportunidad a todas horas del día y de la noche.

Hatteras conocía tan bien como Shandon el estado de sus provisiones; pero, seguro de hallar combustible en la isla Beechey, no quería perder un minuto por vía de economía. Demasiado se había atrasado a consecuencia de su contramarcha hacia el Sin:, y no se hallaba más adelantado que las expediciones precedentes en la misma época.

El 30 se dobló el cabo de Walker, en el extremo Nordeste de la Tierra del Príncipe de Gales, siendo aquél el último que Kennedy y Bellot percibieron, el 3 de mayo de 1852, después de una excursión en que atravesaron todo el North-Sommerset. Ya, en 1851, el capitán Ommancy, de la expedición de Austin, había tenido la fortuna de poder abastecer allí su destacamento.



Aquel cabo, muy elevado, es notable por su color rojizo. Desde él, en los tiempos claros, la vista puede extenderse hasta la entrada del canal de Wellington. Por la tarde se vio el cabo Bellot, separado del cabo Walker por la bahía de MacLeon. El cabo Bellot recibió este nombre del joven oficial francés a quien la expedición inglesa saludó con un triple hurra. En aquel punto, la costa se compone de una piedra calcárea amarillenta de apariencia muy rugosa, y está defendida por enormes témpanos que acumulan en

ella los vientos del Norte de la manera más imponente. Pronto la perdió de vista el *Forward*, el cual, por entre los hielos, mal cimentados, se abrió un camino hacia la isla Beechey, atravesando el estrecho de Barrow.

Hatteras, resuelto a marchar en línea recta para no ser arrastrado más allá de la isla, apenas dejó su puesto durante los días siguientes, y se encaramaba con frecuencia por los masteleros de juanete para escoger los pasos ventajosos. Cuanto puede hacer la habilidad, la sangre fría, la audacia y el genio de un marino, Hatteras lo hizo durante aquella travesía del estrecho. La verdad es que la casualidad le favorecía poco, pues en aquélla debía haber hallado el mar casi libre. Pero, en fin, sin escasear el vapor ni guardar contemplaciones a la tripulación ni a sí mismo, alcanzó su objetivo.

El 3 de julio, a las once de la mañana, el *icemaster* señaló una tierra hacia el Norte. Hecha su observación, Hatteras reconoció la isla Beechey, punto de cita general de los navegantes árticos. Allí tocaron casi todos los buques que se habían aventurado por aquellos mares. Allí, Franklin estableció su primera invernada, antes de hundirse en el estrecho de Wellington. Allí, Creswell, el teniente de McClure, después de haber hecho cuatrocientas setenta millas sobre los hielos, encontró de nuevo al *Phoenix*, y regresó a Inglaterra. El último buque que fondeó en la isla Beechey, antes que el *Forward*, fue el *Fox*; en ella McClintock se abasteció, el 11 de agosto de 1855, y reparó las habitaciones y los almacenes. Habían transcurrido dos años desde entonces, y Hatteras estaba al corriente de todo.

El corazón del contramaestre palpitaba con fuerza a la vista de aquella isla. Cuando la visitó era contramaestre a bordo del *Phoenix*. Hatteras le interrogó acerca de la disposición de la costa, de las facilidades del anclaje y del posible atracamiento. El tiempo era magnífico, y la temperatura se mantenía a los 57° (+14° centígrados).

—Y bien, Johnson —preguntó el capitán—, ¿la reconocéis?

—¡Sí, capitán; es la isla Beechey! Pero convendría que nos echásemos un poco al Norte, donde la costa es más accesible.

—Pero ¿y las habitaciones? ¿Y los almacenes? —dijo Hatteras.

—¡Oh! No los podremos ver hasta que estemos en tierra; están detrás de aquellas lomas que se ven allá abajo.

—¿Y a ellos transportasteis abundantes provisiones?

—Abundantísimas, capitán. El Almirantazgo nos envió a la isla, en 1853, bajo el mando del capitán Inglefield, con el vapor *Phoenix* y el transporte *Breaudalbane*, cargado de provisiones. Llevábamos con qué abastecer una expedición entera.

—Pero —dijo Hatteras— en 1855 el comandante del *Fox* tomó de los almacenes provisiones en abundancia.

—Estad tranquilo, capitán —replicó Johnson—, han quedado bastantes para vos. El frío conserva maravillosamente, y lo hallaremos todo fresco, y en tan buen estado como el primer día.

—Los víveres no me preocupan —respondió Hatteras—; los tengo para algunos años; lo que me falta es carbón.

—Pues bien, capitán, dejamos en la isla más de mil toneladas, y, por tanto, podéis estar tranquilo.

—Acerquémonos —repuso Hatteras, el cual, con su anteojo en la mano, no dejaba un instante de observar la costa.

—¿Veis aquella punta? —repuso Johnson—. Cuando la hayamos doblado, estaremos ya muy cerca de nuestro fondeadero. Sí, no hay duda, aquél es el sitio en que zarpamos para Inglaterra con el teniente Creswell y los doce enfermos del *Investigator*. Pero si tuvimos la fortuna de devolver a su patria al

teniente del capitán McClure, el oficial Bellot, que nos acompañaba en el *Phoenix*, ya no volvió a ver su país. ¡Triste recuerdo! Pero, capitán, opino que debemos fondear aquí mismo.

—Bien —respondió Hatteras.

Y dio sus órdenes al efecto.

El *Forward* se hallaba en un ancón naturalmente abrigado contra los vientos del Norte, del Este y del Sur, y a cosa de un cable de la costa.

—Señor Wall —dijo Hatteras—, haced preparar la lancha y enviadla con seis hombres para transportar el carbón a bordo.

—Está bien, capitán —respondió Wall.

—Yo me voy a tierra en el bote con el doctor y el contramaestre. Señor Shandon, ¿queréis acompañarme?

—Estoy a vuestras órdenes —respondió Shandon.

Algunos instantes después, el doctor, provisto de sus aparejos de cazador y de sabio, tomaba asiento en el bote con sus compañeros, y diez minutos después desembarcaban los cuatro en una costa bastante baja y peñascosa.

—Guiadnos, Johnson —dijo Hatteras—. ¿Reconocéis el sitio?

—Perfectamente, capitán, sólo que hay aquí un monumento que no esperaba encontrar en esta isla.

—¡Un monumento! —exclamó el doctor—. Ya sé lo que es; acerquémonos, ésta piedra nos va a decir ella misma lo que ha venido a hacer aquí.

Los cuatro avanzaron, y el doctor dijo, descubriéndose:

—Éste, amigos míos, es un monumento erigido a la memoria de Franklin y de sus compañeros.

En efecto, habiendo Lady Franklin remitido en 1855 una lápida de mármol negro al doctor Kane, confió otra en 1858 a McClintock para que la colocase en la isla Beechey. McClintock cumplió religiosamente tan piadoso deber, y colocó esta losa no lejos de un monumento funerario erigido ya a la memoria de Bellot por los cuidados de Sir John Barrow.

La lápida llevaba la inscripción siguiente:

A LA MEMORIA DE

FRANKLIN, CROZIER, FITZ-JAMES

Y DE TODOS SUS VALIENTES HERMANOS, OFICIALES Y FIELES COMPAÑEROS

Que han sufrido y perecido por la causa de la ciencia y por la gloria de su patria.

ESTA PIEDRA

Está erigida cerca del lugar en que pasaron su primer invierno ártico, y de donde partieron para triunfar de los obstáculos o PARA MORIR.

Ella consagra el recuerdo de sus compatriotas y amigos que les admiran, y de la angustia dulcificada por la fe de la que ha perdido en él *jefe de* la expedición al más adicto y al más afectuoso de los esposos.

«*Así es como Él les condujo al puerto supremo donde todos reposan*».

1855

Aquella piedra, en una costa perdida de aquellas lejanas regiones, hablaba dolorosamente al corazón, y el doctor, en presencia de aquellos patéticos recuerdos, sintió agolpársele las lágrimas en los ojos. En el punto mismo por el cual Franklin y sus compañeros pasaron llenos de energía y de esperanza, no quedaba más recuerdo que un pedazo de mármol. Y a pesar de aquella sombría adversidad del destino, el *Forward* iba a lanzarse por el camino del *Erebus* y del *Terror*.

Hatteras fue el primero que consiguió sustraerse a aquella peligrosa contemplación y se encaramó rápidamente por una loma bastante elevada, casi enteramente desprovista de nieve.

—Capitán —le dijo Johnson, siguiéndole—, desde allí percibiremos los almacenes.

Shandon y el doctor les alcanzaron en el momento de llegar a la cima de la colina.

Pero desde allí las miradas se perdían en vastas llanuras que no presentaban ningún vestigio de habitación.

—Es singular —dijo el contramaestre.

—Pero ¿dónde están esos almacenes? —dijo con impaciencia Hatteras.

—No sé…, no veo… —balbuceó Johnson.

—Habréis equivocado el camino —dijo el doctor.

—Me parece, sin embargo —repuso Johnson—, que éste es el sitio.

—En fin —dijo impacientemente Hatteras—, ¿dónde hemos de ir?

—Bajemos —dijo el contramaestre—, es posible que me engañe: en siete años puedo haber perdido el recuerdo de estos parajes.

—Sobre todo —respondió el doctor—, siendo el país de una uniformidad tan monótona.

—Y, sin embargo… —murmuró Johnson.

Shandon no hacía observación alguna.

Después de andar unos minutos, Johnson se detuvo.

—¡Pero, no —exclamó—; no, yo no me engaño!

—¿Y bien? —dijo Hatteras, mirando alrededor.

—¿Qué os obliga a hablar así, Johnson? —preguntó el doctor.

—¿No veis aquí el terreno, que parece hinchado? —dijo el contramaestre, indicando bajo sus pies una especie de túmulo donde se distinguían perfectamente tres prominencias.

—¿Qué concluís de eso? —preguntó el doctor.

—¡Aquí están —respondió Johnson— las tres tumbas de los marinos de Franklin! Estoy seguro de ello, no me había engañado, y a cien pasos de nosotros deberían hallarse las habitaciones, y si no están…

será que…

No se atrevió a concluir su pensamiento; Hatteras sé había precipitado hacia delante, y se apoderó de él un terrible sentimiento de desesperación. Allí, en efecto, debían estar los almacenes tan deseados con las provisiones de toda especie con que él contaba; pero la ruina, el saqueo, el derrumbamiento, la destrucción, había pasado por aquel sitio en que manos civilizadas crearon inmensos recursos para los navegantes necesitados. ¿Quién se había entregado a semejantes depredaciones? ¿Los animales de aquellas comarcas, los lobos, las zorras, los osos? No; porque los animales no hubieran destruido más que los víveres, y no quedaba ni un harapo de tienda, ni un fragmento de palo, ni un pedazo de hierro; ni una partícula de un metal cualquiera, y, circunstancia la más terrible para los tripulantes del *Forward*, ¡ni un resto de combustible!

Evidentemente, los esquimales que se han puesto frecuentemente en relación con los buques europeos, han concluido por conocer el valor de algunos objetos de que se hallan completamente desprovistos. Desde que había estado allí el *Fox*, ellos habían visitado muchas veces aquel lugar de abundancia, cogiendo y saqueando sin cesar, con la bien premeditada intención de no dejar ni vestigios de lo que había sido, y ahora sólo cubría la tierra una larga capa de nieve.

Hatteras estaba confundido. El doctor miraba sacudiendo la cabeza. Shandon seguía callando, y un observador atento hubiera sorprendido en sus labios una sonrisa maliciosa.

En aquel momento llegaron los hombres enviados por el teniente Wall. Todos lo comprendieron. Shandon se adelantó hacia el capitán y le dijo: —Señor Hatteras, la desesperación me parece inútil; nos hallamos, afortunadamente, a la entrada del estrecho de Barrow, que nos volverá al mar de Baffin.

—¡Señor Shandon —respondió Hatteras—, nos hallamos, afortunadamente, a la entrada del estrecho de Wellington, que nos conducirá al Norte!

—¿Y cómo navegaremos, capitán?

—¡A la vela, señor Shandon! Tenemos aún combustible para dos meses y es más del que necesitamos para nuestra próxima invernada…

—Permitidme que os diga… —repuso Shandon.

—Os permitiré seguirme a bordo, señor Shandon —le interrumpió Hatteras.

Y volviendo la espalda a su segundo, volvió al bergantín y se encerró en su camarote.

Por espacio de dos días, el viento fue contrario; el capitán no reapareció sobre cubierta. El doctor se aprovechó de aquella detención forzada para recorrer la isla Beechey, en la cual recogió algunas plantas que la temperatura relativamente elevada dejaba crecer en algunos puntos. En las rocas, desprovistas de nieve, encontró algunos brezos, líquenes poco variados, una especie de ranúnculo amarillo, una planta parecida a la acedera, con hojas que sólo tenían de ancho algunas líneas y saxífragas bastante vigorosas.

La fauna de aquella comarca era superior a su limitada flora. El doctor percibió numerosas bandadas de gansos y de grullas que se hundían en el Norte. Perdices, ocas del Norte, de un azul negro, caballeros, especie de zancudas de la clase de los escolopácidos, norlandos, pájaros buzos de cuerpo muy largo, numerosas termitas, especie de ortegas de carne muy sabrosa, colombinos, de cuerpo negro, con alas salpicadas de blanco,

patas y picos rojos como el coral, bandadas chillonas de *kittwakes* y grandes somormujos de vientre blanco representaban dignamente el orden de las aves. El doctor tuvo la suerte de matar algunas liebres grises, que no habían tomado aún su blanco traje de invierno, y una zorra azul que *Duck* levantó con un talento notable. Algunos osos, habituados evidentemente a temer la presencia del hombre, no se dejaban acercar, y por la misma razón, sin duda, que sus enemigos los osos, las focas eran sumamente ariscas. La bahía estaba cuajada de una especie de caracoles de sabor muy agradable. La clase de los animales articulados, orden de los dípteros, familia de los culícidos, división de los nemóceros, estaba representada por un simple mosquito, uno solo, del que el doctor tuvo el gusto de apoderarse después de haber sufrido sus picaduras. En su calidad de conquiliólogo, se vio menos favorecido, pues tuvo que limitarse a recoger una especie de lapa y algunas conchas bivalvas.

Capítulo XXI

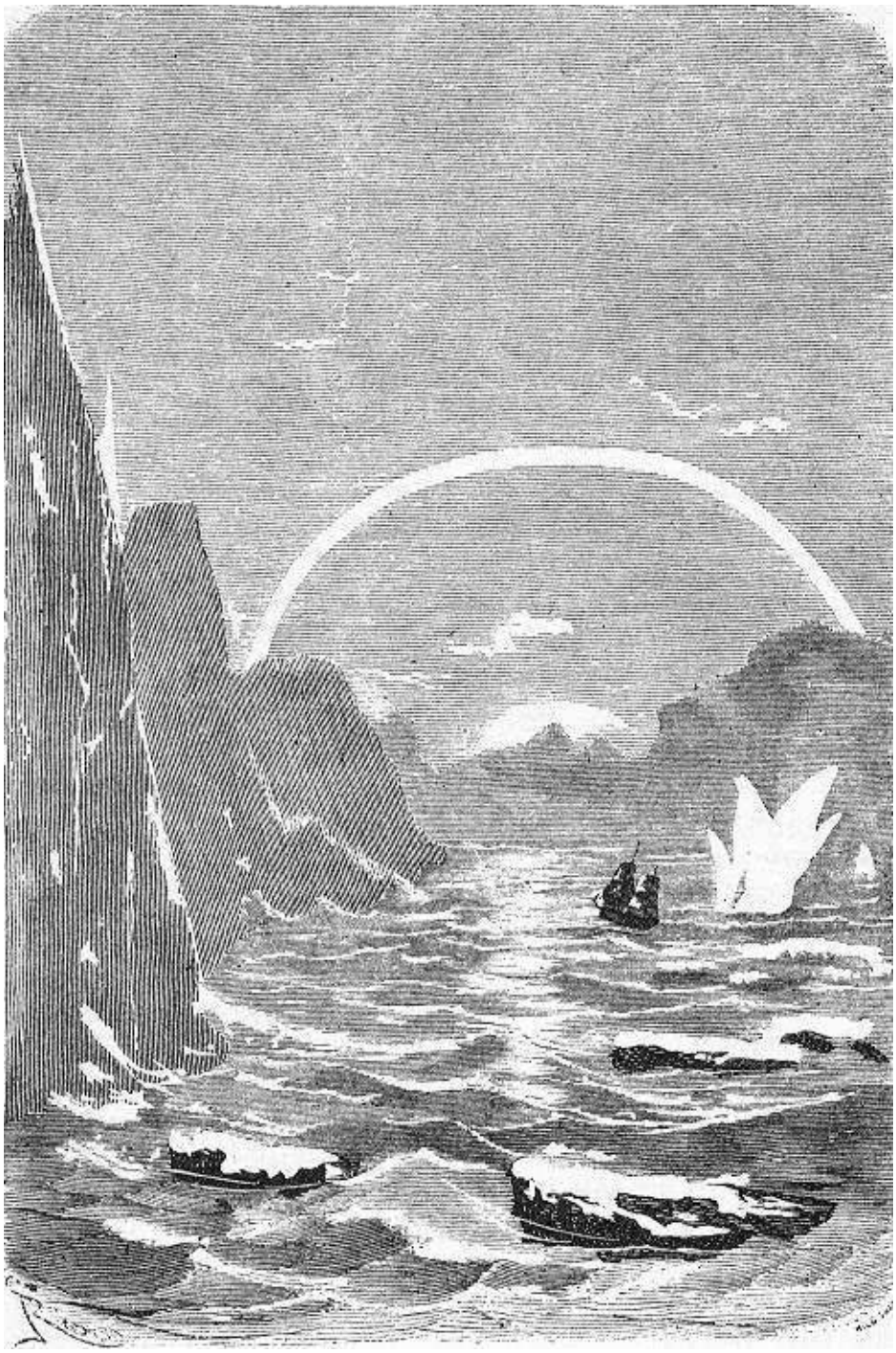
LA MUERTE DE BELLOT

LA temperatura durante los días 3 y 4 de julio se mantuvo a los 57° (+14° centígrados), que era el más alto punto termométrico, observado durante la campaña. Pero el jueves, día 5, el viento saltó al Sudeste acompañado de violentos torbellinos de nieve. En la noche precedente, el termómetro descendió a 23°. Hatteras, sin hacer caso de las malas disposiciones de la tripulación, dio orden de aparejar. Hacía trece días, es decir, desde el cabo Dundas, que el

Forward no había podido ganar un nuevo grado hacia el Norte, por lo que el partido representado por Clifton no estaba satisfecho; pero como sus deseos en aquel momento se hallaban de acuerdo con la resolución del capitán, de subir por el canal de Wellington, maniobró sin oponer dificultades.

No sin trabajo consiguió el bergantín hacerse a la vela, pero habiendo aparejado durante la noche con su cangreja, sus gavias y sus juanetes, Hatteras avanzó resueltamente en medio de los témpanos que la corriente arrastraba hacia el Sur. La tripulación, en aquella navegación tortuosa que la obligaba con frecuencia a bracear y tocar el aparejo, se fatigó mucho.

El canal de Wellington no es muy ancho. Se halla encerrado entre la costa del Devon septentrional al Este y la isla de Cornualles al Oeste. Esta isla pasó durante largo tiempo por una península. Sir John Franklin fue el primero, en 1846, que costeó por su parte occidental, volviendo desde su punta al norte del canal.



En 1851, el capitán Penny, mandando las balleneras *Lady Franklin* y *Sophie* exploró el canal de Wellington, y Stewart, uno de sus tenientes, al llegar al cabo Beechey, a los 76° 20′ de latitud, descubrió el mar libre. ¡El mar libre! He aquí lo que esperaba Hatteras.

—Lo que Stewart ha encontrado, yo lo encontraré —dijo Hatteras—, y entonces podré navegar a vela hacia el Polo.

—Pero —respondió el doctor—, ¿no teméis que vuestra tripulación…?

—¡Mi tripulación! —exclamó Hatteras con aspereza.

Y añadió en voz baja con asombro del doctor:

—¡Pobres gentes!

Era el primer sentimiento de esta naturaleza que sorprendía el doctor en el corazón del capitán.

—¡Pero, no! —repuso este último con energía—. ¡Fuerza es que me sigan, y me seguirán!

Sin embargo, si bien el *Forward* no tenía aún que temer el choque de los *icestreams*, aún distantes, ganaba poco hacia el Norte, porque los vientos contra nos le obligaban con frecuencia a detenerse. Dobló

penosamente los cabos Spencer e Innis, y el 10, martes, llegó al fin a los 75° de latitud, con no poca alegría de Clifton.

El *Forward* se hallaba en el punto mismo en que los buques americanos *Rescue* y *Advance*, mandados por el capitán Haven, corrieron tan terribles peligros. El doctor Kane formaba parte de aquella expedición. A últimos de setiembre de 1850, los buques, envueltos por los bancos, fueron arrojados con una fuerza irresistible al estrecho de Lancaster.

Shandon fue quien contó la catástrofe a James Wall, delante de algunos marineros.

—El *Advance* y el *Rescue* —les dijo— fueron de tal manera sacudidos, atacados, golpeados por los hielos, que fue preciso renunciar a conservar fuego a bordo, y, sin embargo la temperatura llegó a 18° bajo cero. Durante todo el invierno, las desgraciadas tripulaciones quedaron encerradas en los bancos, preparadas siempre para abandonar los buques, y por espacio de tres semanas no pudieron siquiera desnudarse. En tan espantosa situación, después de una deriva de mil millas, se encontraron en medio del mar de Baffin.

Júzguese cuál sería el efecto producido por semejantes narraciones en la moral de una tripulación, ya mal dispuesta.

Durante esta conversación, Johnson se ocupaba con el doctor de un acontecimiento de que habían sido teatro aquellos parajes. El doctor, por habérselo pedido Johnson, advirtió a éste el momento preciso en que el bergantín se hallaba a los 75° 30′ de latitud.

—¡Aquí es! ¡Aquí es! —exclamó Johnson—. ¡He aquí la tierra funesta!

Y las lágrimas brotaban de los ojos del digno contramaestre.

—¿Os referís a la muerte del teniente Bellot? —le preguntó el doctor.

—¡Sí, señor Clawbonny! A la muerte de aquel bravo oficial, de tanto corazón y tanto denuedo.

—¿Y decís que aquí es donde sucedió la catástrofe?

—¡Aquí mismo, en esta parte de la costa de North Devon! ¡Oh! ¡Hay en todo lo que pasó una gran fatalidad, y nada hubiera sucedido si el capitán Pullen hubiese llegado antes a bordo!

—¿Qué queréis decir, Johnson?

—Escuchad, señor Clawbonny, y veréis de qué depende frecuentemente la existencia. Ya sabéis que el teniente Bellot hizo una primera campaña para descubrir el paradero de Franklin, en 1850.

—Sí, Johnson, en el *Prince-Albert*.

—Pues bien, en 1853, al regresar a Francia, obtuvo permiso para embarcarse en el *Phoenix*, en el cual me hallaba yo de simple marinero, al mando del capitán Inglefield. Veníamos, a bordo del *Breaudelbane*, de transportar provisiones a la isla Beechey.

—¡Las provisiones que tan desgraciadamente nos han fallado!

—Precisamente, señor Clawbonny. Llegamos a la isla Beechey a principios de agosto, y el 10 del mismo mes el capitán Inglefield dejó el *Phoenix* para juntarse con el capitán Pullen, separado desde hacía un mes de su buque, el *North Star*. A su regreso contaba con poder mandar a Sir Edward Belcher, que invernaba en el canal de Wellington, las órdenes del Almirantazgo. Poco después de la partida de nuestro capitán, el comandante Pullen volvió a bordo. ¡Ojalá hubiese vuelto antes de la partida del capitán Inglefield! El teniente Bellot, temiendo que se prolongase la ausencia de nuestro capitán, y sabiendo que las órdenes del Almirantazgo eran apremiantes, se ofreció a llevarlas él mismo. Dejó el mando de los dos buques al capitán Pullen, y partió el 12 de agosto con un trineo y un bote de goma elástica. Yo fui con él, y le acompañaron también Harvey, contramaestre del *North Star*, y Madden y David Hook, marineros. Supusimos que Sir Edward Belcher debía encontrarse cerca del cabo Beechey,

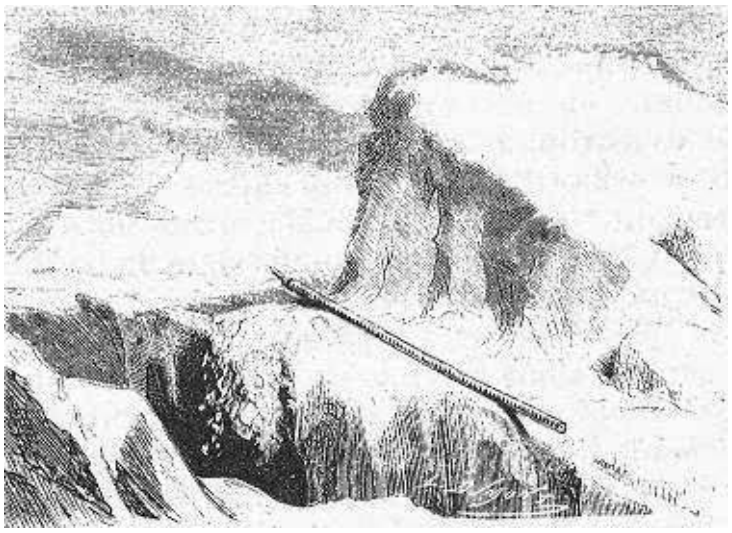
al Norte del canal, por cuya razón nos dirigimos hacia aquel lado en nuestro trineo, pasando muy cerca de las playas del Este. El primer día acampamos a tres millas del cabo Innis, y al día siguiente nos detuvimos sobre un témpano, a unas tres millas del cabo Bowden. Durante la noche, clara como el día, teniendo la tierra a tres millas, el teniente Bellot resolvió ir a acampar en ella. Trató de hacer la travesía en el bote de goma elástica, y dos veces lo rechazó una violenta brisa. Harvell y Madden intentaron a su vez pasar y fueron más afortunados. Se habían provisto de una cuerda, y establecieron una comunicación entre el trineo y la costa. Por medio de la cuerda fueron transportados tres objetos; pero a la cuarta tentativa, sentimos que nuestro témpano se movía. El señor Bellot empezó a gritar para que sus compañeros aflojasen la cuerda, y el teniente, David Hook y yo fuimos arrastrados a gran distancia de la costa. En aquel momento soplaba con fuerza el viento del Sudeste, y nevaba. Pero nosotros no corríamos aún grandes peligros, y bien podía él haberse librado de ellos como nos libramos nosotros.

Johnson se interrumpió un instante considerando aquella costa fatal y repuso:

—Después de haber perdido de vista a nuestros compañeros, tratamos de abrigarnos bajo el toldo de nuestro trineo, pero en vano. Entonces, con nuestras navajas, empezamos a construimos una choza en el hielo. El señor Bellot se sentó cosa de media hora, y nos habló del peligro de nuestra situación: yo le dije que no tenía ningún miedo. Con la protección de Dios —nos respondió— ni un cabello caerá de nuestra cabeza. Yo entonces le pregunté qué hora era, y él me respondió: «Cerca de las seis y cuarto». Eran las seis y cuarto de la mañana del jueves 18 de agosto. Entonces, el señor Bellot ató sus libros y dijo que quería ir a ver cómo flotaba el hielo. Hacía apenas cuatro minutos que había partido, cuando yo, para ir a buscarlo, di la vuelta alrededor del mismo témpano en que nos habíamos abrigado; pero no lo vi, y volviendo a nuestro asilo, percibí su bastón al lado opuesto de una hendidura de unas cinco toesas de anchura en que el hielo estaba hecho pedazos. En aquel instante el viento soplaba con mucha fuerza. Volví a buscar alrededor del témpano, pero no pude descubrir ninguna huella del pobre teniente.

—¿Y qué suponéis? —preguntó el doctor, conmovido.

—Supongo que cuando Monsieur Bellot salió, el viento lo arrastró, y como llevaba abrochado el capote, no pudo nadar para subir a la superficie. ¡Oh! ¡Señor Clawbonny, yo experimenté entonces el mayor dolor de mi vida! ¡Me quedé sin saber lo que me pasaba! ¡Aquel valiente oficial, víctima de su adhesión! Porque sólo para cumplir las instrucciones del capitán Pullen quiso pasar a tierra antes del deshielo. Valeroso joven, querido de todos los de a bordo, servicial, pundonoroso. Inglaterra entera le ha llorado, y hasta los mismos esquimales, al saber por el capitán Inglefield, a su regreso a la bahía de Pound, la muerte del buen teniente, exclamaron, llorando, como lloro yo: «¡Pobre Bellot! ¡Pobre Bellot!».



—Pero vuestro compañero y vos, Johnson —preguntó el doctor, enternecido por su patética narración —, ¿cómo pudisteis volver a tierra?

—Muy fácilmente, doctor; permanecimos aún veinticuatro horas en el témpano, sin alimentos y sin fuego, pero encontramos al fin un campo de hielo encallado en un escollo; saltamos a él, y,con el auxilio de un remo que nos quedaba, enganchamos un témpano, capaz de sostenemos y de ser conducidos como una almadía. ¡Así es como ganamos la orilla, pero solos y sin nuestro bravo oficial!

Al concluir el contramaestre su narración, el *Forward* había pasado más allá de aquella costa funesta, y Johnson perdió de vista el lugar de la terrible catástrofe. Al día siguiente dejaba a estribor la bahía de Griffin, y dos días después, los cabos de Grinnel y Helpmann. Por último, el 14 de julio, dobló la punta Osborne, y el día 15 fondeó en la bahía de Behring, al extremo del canal. La navegación no había sido muy difícil. Hatteras encontró un mar casi tan libre como aquel del que Belcher se aprovechó para ir a invernar con el *Pionner* y el *Assistance*, hasta cerca de los 77°. Esto fue de 1852 a 1853, durante su primera invernada, pues al año siguiente pasó el invierno en la misma bahía de Behring, en que el *Forward* fondeaba en aquel momento.

Fue también a consecuencia de los peligros más espantosos, que tuvo que abandonar su buque, el *Assistance*, en medio de aquellos hielos eternos.

Shandon se constituyó también en narrador de esta catástrofe delante de los marineros desmoralizados. ¿Conoció o no Hatteras esta traición de su primer oficial? Es imposible decirlo; respecto a eso, él nunca dijo una palabra.

A la altura de la bahía de Behring se encuentra un canal estrecho que pone en comunicación el de Wellington con el de la Reina. Allí los hielos estaban muy apretados. Hatteras hizo vanos esfuerzos para salvar los pasos del Norte de la isla de Hamilton. El viento se oponía a ello, y le puso en la precisión de deslizarse entre la isla de Hamilton y la isla de Cornualles, con lo que perdió en estériles tentativas cinco días preciosos.

La temperatura tendía a bajar, y el 19 de julio cayó a los 26° (—4° centígrados). Subió al día siguiente, pero esta amenaza anticipada del invierno ártico debía obligar a Hatteras a no aguardar ya más. El viento tenía una tendencia a fijarse en el Oeste, y se oponía a la marcha del buque. Y, sin embargo, Hatteras tenía prisa en ganar el punto en que Stewart se halló en presencia de un mar libre. El 19 resolvió avanzar por el canal a toda costa. El bergantín tenía viento de proa, y con su hélice hubiera podido luchar contra las violentas ráfagas cargadas de nieve, pero Hatteras debía, ante todo, economizar su combustible. Sin tener en cuenta las fatigas de la tripulación, recurrió a un medio, que los balleneros

emplean alguna vez en circunstancias idénticas. Hizo atar, las embarcaciones a flor de agua, manteniéndolas suspendidas de sus cabrias en los costados del buque. Estas embarcaciones fueron sólidamente amarradas por detrás y por delante; se colocaron remos a estribor de las unas y a babor de las otras; los marineros se sentaron en el banco de los remeros, donde se fueron relevando unos a otros, y tuvieron que bogar vigorosamente para impeler al bergantín contra el viento.

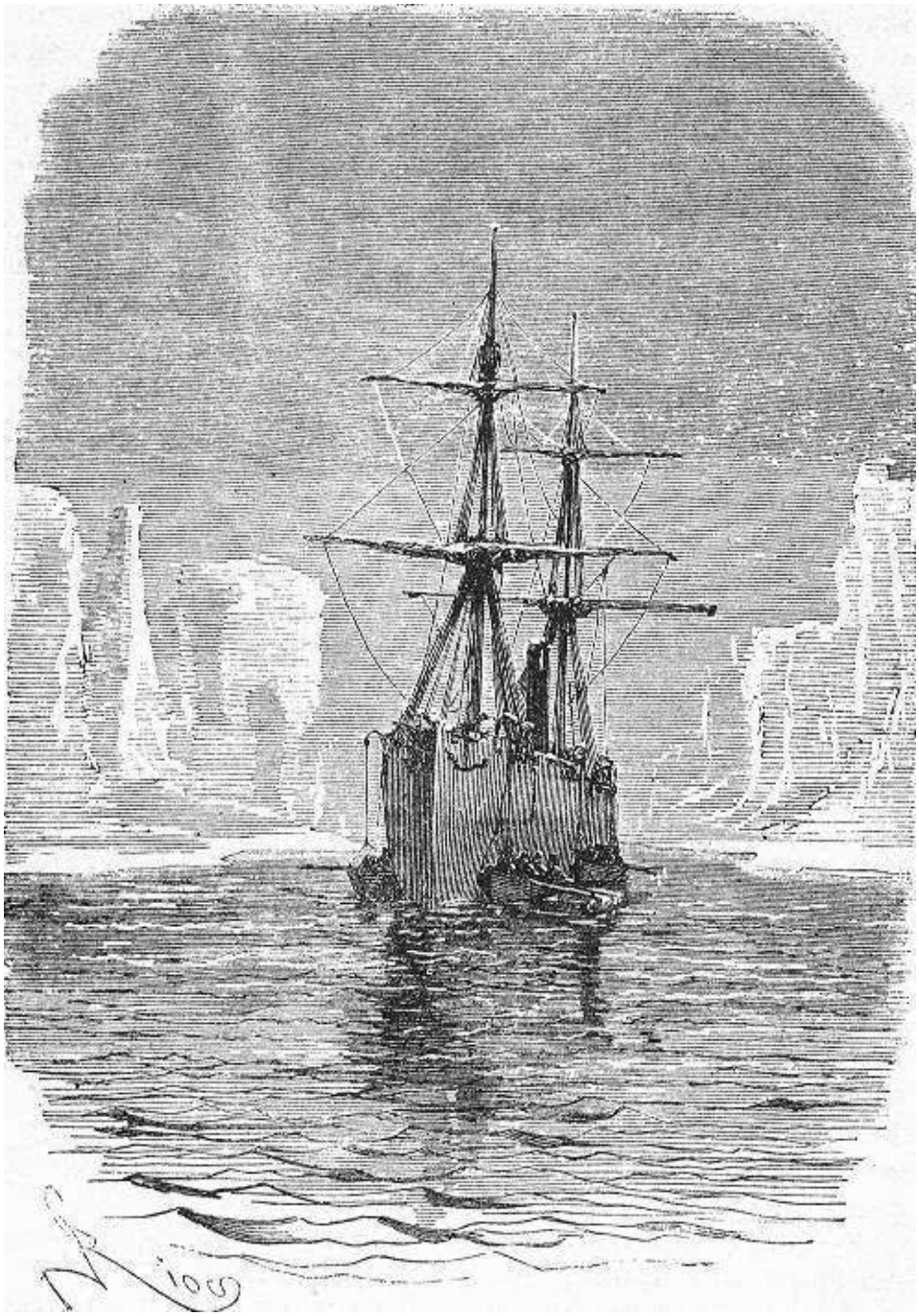
El *Forward* avanzó con lentitud por el canal, siendo fácil comprender cuán fatigosos eran semejantes trabajos. Se empezaron a oír murmuraciones. Así se navegó por espacio de cuatro días, hasta que se llegó, el 23 de julio, a alcanzar la isla de Behring, en el canal de la Reina.

El viento seguía siendo contrario. La tripulación no podía ya hacer más. La salud de los marineros pareció al doctor muy quebrantada, y creyó ver en algunos los primeros síntomas del escorbuto. Él no descuidó nada para combatir tan terrible mal, teniendo a su disposición abundantes reservas de limonada y de pastillas de cal.

Hatteras comprendió que no podía contar con su tripulación, y que nada de ella conseguiría tratándola con suavidad y mimo. Resolvió, pues, ser severo, y mostrarse implacable cuando la ocasión lo requiriese. Desconfiaba particularmente de Ricardo Shandon, y hasta de James Wall, el cual, sin embargo, no se atrevía a hablar demasiado alto. Hatteras tenía a su lado al doctor, a Johnson, a Bell y a Simpson, los cuales le pertenecían, como suele decirse, en cuerpo y alma. Entre los indecisos, estaban Foker, Bolton, Wolsten, el armero, y Brunton, el primer maquinista, los cuales, en un momento dado, podían volverse contra él. En cuanto a los demás, Pen, Gripper, Clifton y Warren, meditaban abiertamente sus proyectos de revuelta; querían arrastrar a sus camaradas y obligar al *Forward* a regresar a Inglaterra.

Hatteras vio que no podría ya obtener de aquella tripulación mal dispuesta, sobre todo estando, como estaba, extenuada de fatiga, maniobras como las precedentes. Por espacio de veinticuatro horas permaneció a la vista de la isla de Behring sin adelantar un paso. Sin embargo, la temperatura bajaba, y bajo aquellas altas latitudes se sentía ya la influencia del próximo invierno. El 24, el termómetro cayó a 22° (—6° centígrados). El *young-ice*, el hielo nuevo, se reformaba durante la noche y adquiría un grosor de seis u ocho pulgadas, y, si nevaba encima, podía ser muy pronto bastante fuerte para soportar el peso de un hombre. El mar tomaba ya el matiz sucio que anuncia la formación de los primeros cristales.

Hatteras no se forjaba ilusiones acerca de síntomas tan alarmantes. Si llegaban los pasos a obstruirse, se vería obligado a invernar en aquel punto, lejos del objeto de su viaje, y sin haber siquiera entrevisto aquel mar libre de que tan cerca debía estar, según los informes de sus predecesores. Resolvió, pues, seguir adelante a toda costa y ganar algunos grados hacia el Norte. Viendo que no podía emplear los remos con una tripulación cansada y descontenta, ni las velas con un viento siempre contrario, dio orden de encender los hornos.



Capítulo XXII

PRINCIPIO DE LA REVUELTA

A esta orden inesperada, la sorpresa fue grande a bordo del *Forward*.

—¡Encender los hornos! —Dijeron unos.

—¿Y con qué? —Dijeron otros.

—¡Cuando nosotros no tenemos más que carbón para dos meses! —exclamó Pen.

—¿Y cómo nos calentaremos en invierno? —preguntó Clifton.

—Tendremos necesidad —respondió Gripper— de quemar el buque hasta la línea de flotación.

—Y de llenar la estufa con los mástiles —añadió Warren—, desde el mastelero de juanete hasta la punta del bauprés.

Shandon miraba fijamente a Wall. Los maquinistas, atónitos, vacilaban en bajar al departamento de la máquina.

—¿Me habéis oído? —gritó el capitán con voz irritada.

Brunton se dirigió a la escotilla, pero en el momento de bajar se detuvo.

—¡No vayas, Brunton! —dijo una voz.

—¿Quién habla aquí? —gritó Hatteras.

—¡Yo! —dijo Pen, avanzando hacia el capitán.

—¿Y qué decís? —preguntó éste.

—¡Digo…, digo —respondió Pen, echando un juramento—, digo que ya basta, que no iremos más lejos; que no queremos morir de fatiga y de frío durante el invierno, y que no se encenderán los hornos!

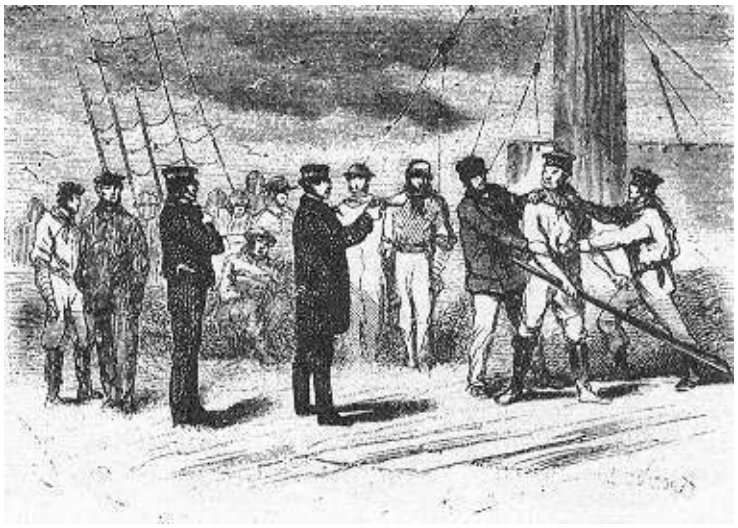
—Señor Shandon —respondió fríamente Hatteras—, haced prender a ese hombre.

—Pero, capitán —respondió Shandon—, lo que él dice…

—¡Lo que él dice —replicó Hatteras—, si vos lo repetís, haré que se os mande encerrar en vuestro camarote con centinela de vista! ¡Que se prenda a ese hombre! ¿No me oyen?

Johnson, Bell y Simpson, se dirigieron al marinero, que estaba ciego de cólera.

—¡Al primero que me toque…! —exclamó cogiendo una barra de hierro que blandió por encima de su cabeza.



Hatteras avanzó hasta él.

—¡Pen —dijo con voz tranquila—, un gesto más y te levanto la tapa de los sesos!

Hablando así, amartilló el revólver y lo apuntó al marinero.

Se oyó un murmullo.

—¡Silencio, vosotros —dijo Hatteras—, o mato a ese miserable!

En aquel momento, Johnson y Bell desarmaron a Pen, el cual, sin oponer resistencia, se dejó conducir al fondo de la sentina.

—A la máquina, Brunton —dijo Hatteras.

El maquinista, seguido de Plever y de Warren, bajó a su puesto. Hatteras se volvió a la popa.

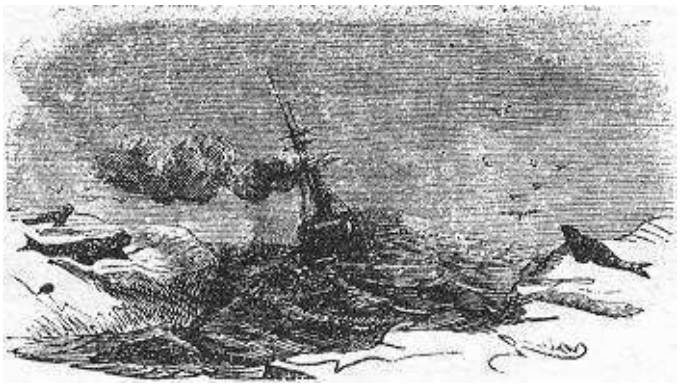
—Ese Pen es un miserable —le dijo el doctor Clawbonny.

—No vive en el mundo ningún hombre que haya estado tan cerca de la muerte —respondió sencillamente el capitán.

Pronto hubo adquirido el vapor la presión suficiente; el *Forward* levó anclas, y, cortando hacia el Este, dirigió la proa hacia la punta de Beecher, y rompió con su estrabe los hielos ya formados.

Entre la punta de Beecher y la isla de Behring se encuentran numerosas islas encalladas, si así puede decirse, en medio de los *icefields*; los *steams* se dirigían en gran número a aquellos pequeños estrechos de que está surcada aquella parte del mar; tendían a aglomerarse bajo la influencia de una temperatura relativamente baja; se formaban *hummocks* en distintos puntos, y se veía que aquellos témpanos ya más compactos, más densos, más apretados, formarían pronto, con el auxilio de las primeras heladas, una mole impenetrable.

El *Forward* navegaba, pues, no sin grandes dificultades, en medio de torbellinos de nieve. Sin embargo, con la movilidad que caracteriza la atmósfera de aquellas regiones, el sol reaparecía de cuando en cuando: la temperatura subía algunos grados; los obstáculos se derretían como por encanto, y un hermoso estanque, que daba gusto mirar, se extendía en el mismo punto donde momentos antes los témpanos obstruían todos los pasos. El horizonte se cubría de magníficas tintas de color naranja que servían de agradable punto de descanso a la vista fatigada de la eterna blancura de las nieves.



El jueves, 26 de julio, el *Forward* pasó junto a la isla Dundas, y dirigió en seguida la proa más al Norte; pero entonces se encontró en presencia de un banco, que tenía de ocho a nueve pies y estaba formado de pequeños *icebergs* arrancados de la costa, por lo que se vio obligado a prolongar largo tiempo la curva que seguía hacia el Oeste. El chasquido de los hielos, que se sucedía sin interrupción, juntándose con los gemidos del buque, formaba un ruido triste que era un suspiro y una queja. El bergantín encontró al fin un paso por el cual avanzó penosamente. Con frecuencia un témpano enorme paralizaba su marcha durante algunas horas; la niebla molestaba la vista del piloto, pues en tanto que se ve a una milla de distancia se pueden sortear fácilmente los obstáculos; pero en medio de aquellos

torbellinos de bruma, la vista se detenía frecuentemente a menos de un cable de distancia. El oleaje era muy fuerte y fatigaba también mucho.

Algunas veces, las nubes lisas y limpias tomaban un aspecto particular, como si reflejasen los bancos de hielo. Hubo días en que los amarillentos rayos del sol no llegaron a traspasar las tenaces nieblas.

Las aves eran aún muy numerosas y atronaban con sus chillidos. Algunas focas, muellemente echadas sobre témpanos que iban derivando, levantaban su cabeza, poco asustadas, y movían su largo cuello al pasar el buque. Éste, rozando con su flotante morada, dejaba más de una vez en ellas hojas de su forro retorcidas por el frote como virutas.

Por fin, después de seis días de lenta navegación, el l.° de agosto se descubrió, por el lado del Norte, la punta, de Beecher. Hatteras pasó las últimas horas pegado a un mastelero de juanete; el mar libre, entrevisto por Stewart el 30 de mayo de 1851, a los 76° 20′ de latitud, no podía estar lejos, y, sin embargo, Hatteras, por más que paseaba sus miradas por los últimos límites del horizonte, no percibió ningún indicio de mares polares libres de hielos. Bajó sin decir una palabra.

—¿Y vos creéis en ese mar libre? —preguntó Shandon al teniente.

—Empiezo a poner en duda su existencia —respondió James Wall.

—¿No tenía yo, pues, razón en calificar de quimera e hipótesis el pretendido descubrimiento? No se me ha hecho caso, y vos mismo, Wall, os habéis declarado contra mí.

—Os creeré en lo sucesivo, Shandon.

—Sí —respondió éste—, cuando ya sea demasiado tarde.

Y se metió en su camarote, donde permanecía casi siempre encerrado desde su altercado con el capitán.

El viento, por la tarde, se inclinó al Sur. Hatteras entonces quiso navegar a la vela y mandó apagar los hornos; por espacio de algunos días la tripulación volvió a sus penosas maniobras, siendo a cada instante preciso orzar, o virar, o rizar velas para limitar la marcha del buque. Entorpecida la jarcia por el frío, las cuerdas corrían mal por las garruchas harto premiosas y volvían más difíciles las operaciones. Más de una semana se tardó en alcanzar la punta Barrow.

En diez días no había hecho el *Forward* treinta millas.

El viento saltó de nuevo al Norte y se volvió a poner la hélice en movimiento. Hatteras tenía aún esperanza de hallar un mar exento de obstáculos más allá del 77° paralelo, tal como lo vio Edward

Belcher.

Y, sin embargo, si a lo que se refería era a los informes de Penny, la parte de mar que atravesaba en aquel momento había debido ser libre, porque Penny, llegado al límite de los hielos, reconoció en una lancha los bordes del canal de la Reina a los 77°.

¿Debía considerar aquellos informes como apócrifos? ¿O bien su invierno precoz había invadido aquellas regiones boreales?

El 15 de agosto, el monte Percy levantó en la bruma sus picos cubiertos de nieves eternas; un viento muy fuerte arrojaba delante de él una metralla de granizo menudo que chisporroteaba con ruido. Al día siguiente, el sol se puso por primera vez, terminando, en fin, la larga serie de días de veinticuatro horas. Los hombres se habían finalmente habituado a aquella claridad incesante, cuya influencia era poco sensible para los animales.

Los perros groenlandeses se echaban a la hora de costumbre, y el mismo *Duck* dormía regularmente todas las noches, como si estuviese el horizonte cargado de tinieblas.

Sin embargo, en las noches posteriores al 15 de agosto, la oscuridad no fue nunca profunda. El sol, aunque oculto en su ocaso, daba por refracción una luz suficiente.

El 19 de agosto, después de una buena observación, se dobló por la costa oriental el cabo Franklin, y en la occidental el de Lady Franklin, de suerte que en el punto extremo que alcanzó sin duda el atrevido navegante, el reconocimiento de sus compatriotas quiso que el nombre de su mujer, tan amante y leal, se colocara al frente del suyo propio, como un emblema patético de la estrecha simpatía que les unió constantemente.

El doctor se sintió conmovido por aquella unión moral entre dos puntos de tierra en el seno de aquellas lejanas comarcas.

El doctor, siguiendo los consejos de Johnson, se acostumbraba ya a soportar las bajas temperaturas. Permanecía casi incesantemente sobre cubierta, retando al frío, al viento y a la nieve. Había enflaquecido algo, pero su constitución permanecía superior a la rudeza del clima. Además, él esperaba mayores peligros y consideraba hasta con alegría los síntomas precursores del invierno.

—¿No veis —dijo un día a Johnson— cuántas bandadas de pájaros emigran hacia el Sur? ¡Cómo huyen a todo vuelo, dando gritos que deben de ser adioses de despedida!

—Sí, señor Clawbonny —respondió Johnson—. Alguna cosa les ha dicho que era menester partir, y se han puesto en camino.

—Yo creo, Johnson, que hay entre nosotros más de dos que quisieran imitarles.

—Son corazones débiles, señor Clawbonny. ¡Qué diablos!, esos animales no tienen, como nosotros, provisiones ni víveres, y han de buscar en otra parte medios de subsistencia. Pero marinos como nosotros, con un buen buque bajo los pies, deben ir al fin del mundo.

—¿Esperáis vos, pues, que Hatteras vea realizados sus proyectos?

—Los verá realizados, señor Clawbonny.

—Soy de la misma opinión, Johnson, y aunque no tenga para seguirle más que un solo compañero fiel…

—¡Seremos dos!

—Sí, Johnson —respondió el doctor, estrechando la mano del valiente marinero.

La Tierra del Príncipe Alberto, a lo largo de la cual pasaba el *Forward* en aquel momento, lleva también el nombre de Tierra de Grinnel, y si bien Hatteras, por odio a los yanquis, no hubiera nunca consentido en darle este nombre, es, sin embargo, la denominación con la cual generalmente se la designa. La doble denominación procede de que, al mismo tiempo que el inglés Penny le puso la que lleva de Príncipe Alberto, el comandante de la *Rescue*, teniente Haven, le puso la de Tierra de Grinnel, en honor del comerciante americano que había sufragado en Nueva York los gastos de su expedición.

El bergantín, andando de vuelta y vuelta, experimentó una serie de dificultades inauditas, navegando tan pronto a la vela como al vapor. El 18 de agosto se distinguió el monte Britania, apenas perceptible entre la bruma, y al día siguiente el *Forward* ancló en la bahía de Northumberland. Se hallaba cercado por todas partes.

Capítulo XXIII

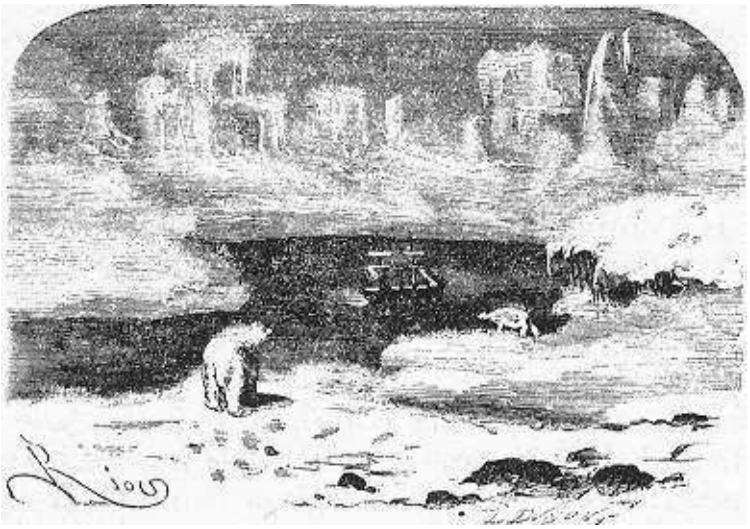
EL ASALTO DE LOS HIELOS

HATTERAS, después de haber presenciado el anclaje del buque, entró en su camarote, cogió su carta y la examinó con cuidado. Se hallaba a los 76° 57′ de latitud y 89° 20′ de longitud, a 3′ solamente del 77° paralelo. En aquel mismo punto invernó Sir Edward Belcher mandando el *Pionner* y el *Assistance*, y desde él organizó sus excursiones en trineo y en lancha, descubriendo la isla de Mesa, las de Cornualles, el archipiélago Victoria y el canal Belcher. Llegando más allá de los 78°, vio que la costa se inclinaba hacia el Sudeste. Tendía a juntarse con el estrecho de Jones, cuya entrada da a la bahía de Baffin. Pero en el Noroeste, al contrario, un mar libre, dice su informe, se extendía hasta perderse de vista.

Hatteras consideraba conmovido aquella parte de las cartas de marear, en que un ancho espacio blanco representaba aquellas regiones desconocidas, y sus miradas se volvían sin cesar a aquel mar polar libre de hielos.

—¡Después de tantos testimonios —se dijo—, después de las relaciones de Stewart, de Penny y de Belcher, no es lícita ninguna duda! ¡Es menester que lo que ellos han dicho que es, sea! ¿Podemos poner en duda sus aserciones? ¡No! Sin embargo, si con motivo de un invierno precoz, aquel mar, libre entonces, hubiese… Pero no, ha habido años de intervalo desde el informe del uno al del otro. ¡El mar existe, y yo lo encontraré! ¡Yo lo veré!

Hatteras subió a cubierta. Una inmensa niebla rodeaba el *Forward*, percibiéndose apenas desde abajo los topes de los palos. Hatteras hizo, no obstante, bajar al vigía de su puesto para relevarle, queriendo aprovechar todos los momentos de claridad, con objeto de examinar el horizonte del Noroeste.



En aquella ocasión no pudo Shandon abstenerse de decir al teniente:

—¡Y bien, Wall! ¿Y el mar libre?

—Tenéis razón, Shandon —respondió Wall—, y ya en los pañoles no tenemos carbón más que para seis semanas.

—El doctor —respondió Shandon— encontrará algún procedimiento científico para calentarnos sin

combustible. He oído decir que se hace hielo con fuego; acaso él nos haga fuego con hielo.

Shandon entró en su camarote encogiéndose de hombros.

Al día siguiente, 20 de agosto, se hendió la niebla por algunos instantes. Se vio a Hatteras pasear afanosamente desde un tope sus miradas hacia el horizonte, bajó luego sin decir una palabra, y dio orden de seguir adelante. Era fácil ver que su esperanza había sido frustrada.

El *Forward* levó anclas y volvió a emprender hacia el Norte su incierta marcha. Se arriaron con todos sus aparejos, porque le abrumaban mucho, las vergas de gavia y de juanete; se bajó la arboladura; ya no se podía contar con el viento variable que la tortuosidad de los pasos hubiera vuelto casi completamente inútil; vastas manchas blanquecinas, parecidas a manchas de aceite, se formaban en el mar en distintas direcciones, haciendo presagiar una helada general muy próxima. Apenas caía la brisa, el mar se congelaba casi instantáneamente, pero al levantar de nuevo algún viento, el hielo recién formado se rompía y se disipaba. Al anochecer, el termómetro descendió a los 17° (—7° centígrados).

Cuando el bergantín llegaba al fondo de un paso cerrado, actuaba entonces a modo de ariete y se precipitaba a todo vapor contra el obstáculo y lo hundía; algunas veces se le creía definitivamente detenido, pero un movimiento inesperado de los *streams* le abría un nuevo paso, por el cual él se lanzaba intrépidamente. Durante estas detenciones, el vapor, escapándose por la válvula, se condensaba en el aire frío, y caía sobre cubierta convertido en nieve. Había otra causa que suspendía también la marcha del bergantín: los hielos se atascaban algunas veces en las paletas de la hélice, y tenían una dureza tal que no podían llegar a romperlos todos los esfuerzos de la máquina. Entonces era preciso contener el vapor, retroceder y enviar marineros a desatascar la hélice por medio de palancas y de espeques, lo que no se conseguía sino con muchas dificultades, fatigas y retrasos.

Así transcurrieron trece días, durante los cuales el *Forward* se arrastró penosamente a lo largo del estrecho de Penny.

La tripulación murmuraba, pero obedecía; comprendía que volver atrás era a la sazón imposible. La marcha al Norte ofrecía menos peligros que la retirada al Sur, y era ya preciso pensar en la invernada.

Los marineros hablaban entre sí de esta nueva situación; y un día se ocuparon de ella con el mismo Ricardo Shandon, que sabían era de los suyos. Ricardo Shandon, olvidando sus deberes de oficial, no temió dejar discutir en su presencia la autoridad de su capitán.

—¿Decís, pues, señor Shandon —le preguntó Gripper—, que no podemos retroceder?

—Ahora es ya tarde —respondió Shandon.

—Entonces —repuso el marinero—, ¿no debemos pensar más que en la invernada?

—¡Es nuestro único recurso! No se me ha querido creer…

—Otra vez —respondió Pen, que había vuelto a su servicio acostumbrado— se os creerá.

—Como yo no seré el jefe… —replicó Shandon.

—¿Quién sabe? —dijo Pen—. John Hatteras está en libertad de ir tan lejos como le dé la gana, pero nadie está obligado a seguirlo.

—¡No hay más —dijo Gripper— que recordar su primer viaje al mar de Baffin y sus resultados!

—¡Y el viaje del *Farewell* —dijo Clifton—, que bajo su mando se perdió en los mares de Spitzberg!

—De donde volvió él solo —respondió Gripper.

—Solo con su perro —replicó Clifton.

—Nosotros no queremos sacrificamos por el capricho de semejante hombre —añadió Pen.

—¡Ni perder las primas que tan bien ganadas tenemos!

Por esta observación se reconoce a Clifton.

—¡Cuando hayamos pasado los 78° —añadió—, y no estamos lejos de ellos, tendremos ganadas 375 libras por barba, seis veces 8 grados!

—Pero —respondió Gripper—, ¿no las perderemos si nos volvemos sin el capitán?

—No —respondió Clifton—, cuando se pruebe que el regreso era indispensable.

—Pero el capitán…, sin embargo…

—Estad tranquilo, Gripper —respondió Pen—, tendremos un capitán, y muy bueno, a quien el señor Shandon conoce. Cuando un comandante se vuelve loco, se le echa y se nombra otro. ¿No es verdad, señor Shandon?

—Amigos míos —respondió Shandon evasivamente—, en mí encontraréis siempre un corazón abierto. Pero aguardemos los acontecimientos.

La tempestad, como se ve, se acumulaba sobre la cabeza de Hatteras. Éste, firme, inquebrantable, enérgico, siempre confiado, marchaba con audacia. En resumen, si él no hubiera sido el que trazaba la dirección al buque, su buque se hubiera conducido denodadamente; el camino recorrido en cinco meses representaba el recorrido por otros navegantes en dos o tres años. Hatteras se hallaba ahora en la precisión de invernar, pero esta situación no podía amilanar a corazones fuertes y decididos, a almas experimentadas y aguerridas; a hombres intrépidos y bien templados. ¿No pasaron acaso Sir John Ross y McClure tres inviernos sucesivos en las regiones árticas?

Lo que se había hecho, ¿no se podía volver a hacer?

—Indudablemente —repetía Hatteras—, y más si es necesario. ¡Ah! —Decía con sentimiento el doctor—, ¡si yo hubiera podido forzar el estrecho de Smith, al norte del mar de Baffin, a estas horas estaría en el Polo!

—¡Bueno! —Respondía invariablemente el doctor, que en caso necesario hubiera inventado la confianza—. Al Polo llegaremos, capitán, al 99° meridiano en lugar de 75°, es verdad; pero ¿qué importa? Si por todas partes se va a Roma, más cierto es aún que todo meridiano va al Polo.

El 31 de agosto el termómetro marcó 13° (—10° centígrados). Llegaba el fin de la estación navegable. El *Forward* dejó a estribor la isla Exmouth, y tres días después dejó atrás la isla de la Mesa, situada en medio del canal de Belcher. En una época menos avanzada, hubiera tal vez sido posible volver a ganar el mar de Baffin; pero entonces no se podía pensar en semejante cosa; aquel brazo de mar, enteramente cerrado por los hielos, no hubiera ofrecido una pulgada de agua a la quilla del *Forward*, desde cuya cubierta la mirada se extendía sobre un mar sin fin de *icefields*, inmóviles aún por espacio de ocho meses.

Afortunadamente, se podían aún ganar algunos minutos hacia el Norte; pero con la condición de romper el hielo nuevo con gruesos rodillos o destrozarlo por medio de petardos. En aquellas bajas temperaturas, lo más terrible era la calma de la atmósfera, porque los pasos se obstruían rápidamente, y se acogían con alegría hasta los vientos contrarios. Una noche de calma y todo estaba helado.

El *Forward* no podía invernar en aquella situación, expuesto a los vientos, a los *icebergs* y a la deriva del canal, siendo un abrigo seguro lo que debía buscar principalmente. Hatteras esperaba ganar la costa de Nuevo Cornualles, y encontrar, más allá de la punta Alberto, una bahía de refugio suficientemente abrigada. Siguió, pues, su camino hacia el Norte con perseverancia.

Pero el 8 de setiembre un banco continuo, impenetrable, inaccesible, se interpuso entre el Norte y él, y la temperatura bajó a 10° (—12° centígrados). Hatteras, con el corazón inquieto, buscó en vano un paso, arriesgando cien veces su buque y haciendo prodigios de habilidad. Se le podía tachar de imprudente, de irreflexivo, de loco, de ciego, pero era un gran marino, de los mejores entre los mejores.

La situación del *Forward* se hizo verdaderamente peligrosa. El mar se cerraba detrás de él; en el espacio de algunas horas adquiría el hielo una dureza tal, que los hombres saltaban a él y halaban el buque con una seguridad completa.

Hatteras, no pudiendo costear el obstáculo, resolvió atacarlo de frente, empleando al efecto sus más fuertes *blasting-cylinders*, de ocho a diez libras de pólvora. Se empezaba por taladrar el hielo en todo su grueso; y se llenaba el agujero de nieve, después de haber cuidado de colocar el cilindro en una posición horizontal, a fin de que fuese mayor la parte de hielo sometido a la explosión; entonces se encendía la mecha, protegida por un tubo de gutapercha.

Se procuró, pues, romper el banco, ya que no se le podía aserrar, porque las cortaduras volvían a soldarse inmediatamente. Hatteras pudo, sin embargo, esperar al día siguiente.

Pero durante la noche arreció el viento de una manera furiosa. El mar se encrespó debajo de su costra de hielo, como sacudido por una conmoción submarina, y la voz aterradora del piloto dejó escapar estas palabras:

—¡Alerta hacia popa! ¡Alerta hacia popa!

Hatteras dirigió sus miradas a la dirección indicada, y lo que vio a la luz del crepúsculo era verdaderamente espantoso.

Un banco gigantesco, repelido hacia el Norte, corría hacia el buque con la rapidez de un alud.

—¡Todo el mundo a cubierta! —gritó el capitán.

Aquella montaña invasora se hallaba apenas a media milla de distancia, los témpanos se levantaban, pasaban los unos por encima de los otros, se atropellaban como enormes granos de arena arrastrados por un huracán formidable. Un ruido terrible conmovía la atmósfera.

—He aquí, señor Clawbonny —dijo Johnson al doctor—, uno de los mayores peligros que hemos corrido hasta ahora.

—Sí —respondió tranquilamente el doctor—, es una cosa bastante seria.

—Un verdadero asalto que tendremos que rechazar —repuso el contramaestre.

—En efecto, parece un inmenso ejército de animales antediluvianos, como los que se supone que han habitado el Polo. ¡Cómo avanzan! ¡Parece que quieren ver cuál llega antes!

—Y —añadió Johnson—, algunos hay que vienen armados de lanzas agudas, de las que os aconsejo que procuréis libraros, señor Clawbonny.

—¡Es un verdadero sitio! —exclamó el doctor—; pues bien, ¡corramos a las trincheras!

Y se precipitó hacia popa, donde la tripulación, armada de pértigas, espeques y palancas, se preparaba para rechazar aquel formidable asalto.

El alud llegaba y era cada vez mayor, asimilándose los hielos circundantes que arrastraba en su torbellino. Por orden de Hatteras, el cañón que había en la proa, para romper aquella línea amenazadora, disparaba balas rasas. Pero llegó el alud y se lanzó contra el bergantín, que chascó con estrépito, y como fue asaltado por el costado de estribor, se rompió una parte de su filarete.

—¡Que nadie se mueva! —gritó Hatteras—. ¡Atención a los hielos!

Éstos trepaban con una fuerza irresistible. Témpanos que pesaban muchos quintales escalaban él buque. Los más pequeños, arrojados hasta la altura de las cofas, caían convertidos en agudas flechas, rompiendo los obenques y las jarcias. La tripulación no sabía cómo librarse de aquellos innumerables enemigos, cuya imponente mole bastaba para aplastar cien buques como el *Forward*. Todos hacían cuanto podían para rechazar aquellos monstruos invasores; y más de un marinero fue herido por sus agudas espinas, entre otros, Bolton, que tenía el hombro izquierdo enteramente destrozado. El ruido tomaba

proporciones espantosas. *Duck* aullaba con rabia, intentando también habérselas con aquellos enemigos de nueva especie.

La oscuridad de la noche aumentó luego el horror de la situación; sin ocultar aquellos peñascos, cuya blancura recogía los últimos resplandores en la atmósfera.

La voz de mando de Hatteras resonaba incesantemente en medio de aquella lucha extraña, imposible, sobrenatural, de hombres contra témpanos. El buque, obedeciendo a aquella presión enorme, se inclinaba a babor, y el extremo de las vergas del palo mayor se incrustaba ya contra el campo de hielo con riesgo de tronchar la arboladura.

Hatteras comprendió el peligro. El momento era terrible; el bergantín estaba próximo a zozobrar completamente y a perder sus palos.

Un enorme témpano, grande como el bergantín mismo, se levantó entonces a lo largo del casco con un poder irresistible; subía, estaba ya encima del alcázar, y si caía dentro del *Forward* todo habría concluido. Se irguió más y más, hasta el punto de llegar a la altura de las vergas del juanete, y osciló sobre su base.

Un grito de espanto salió de todos los pechos. Todos los marineros se echaron a estribor. Pero en aquel momento el buque quedó enteramente en alto. Se sintió cómo se levantaba, y durante un espacio de tiempo que no se puede apreciar, flotó en el aire, después se inclinó, cayó sobre los témpanos, y sufrió un balanceo que hizo crujir sus bordajes. ¿Qué pasaba, pues?

Levantado por aquella marea ascendente, y rechazado por los témpanos que le cogían por la popa, pasaba el inaccesible banco. Después de un minuto, que pareció un siglo, de aquella extraña navegación, cayó al otro lado del obstáculo, sobre un campo de hielo que hundió con su peso y se encontró en su natural elemento.

—¡Se ha pasado el banco! —exclamó Johnson, que se había arrojado a la proa del bergantín.

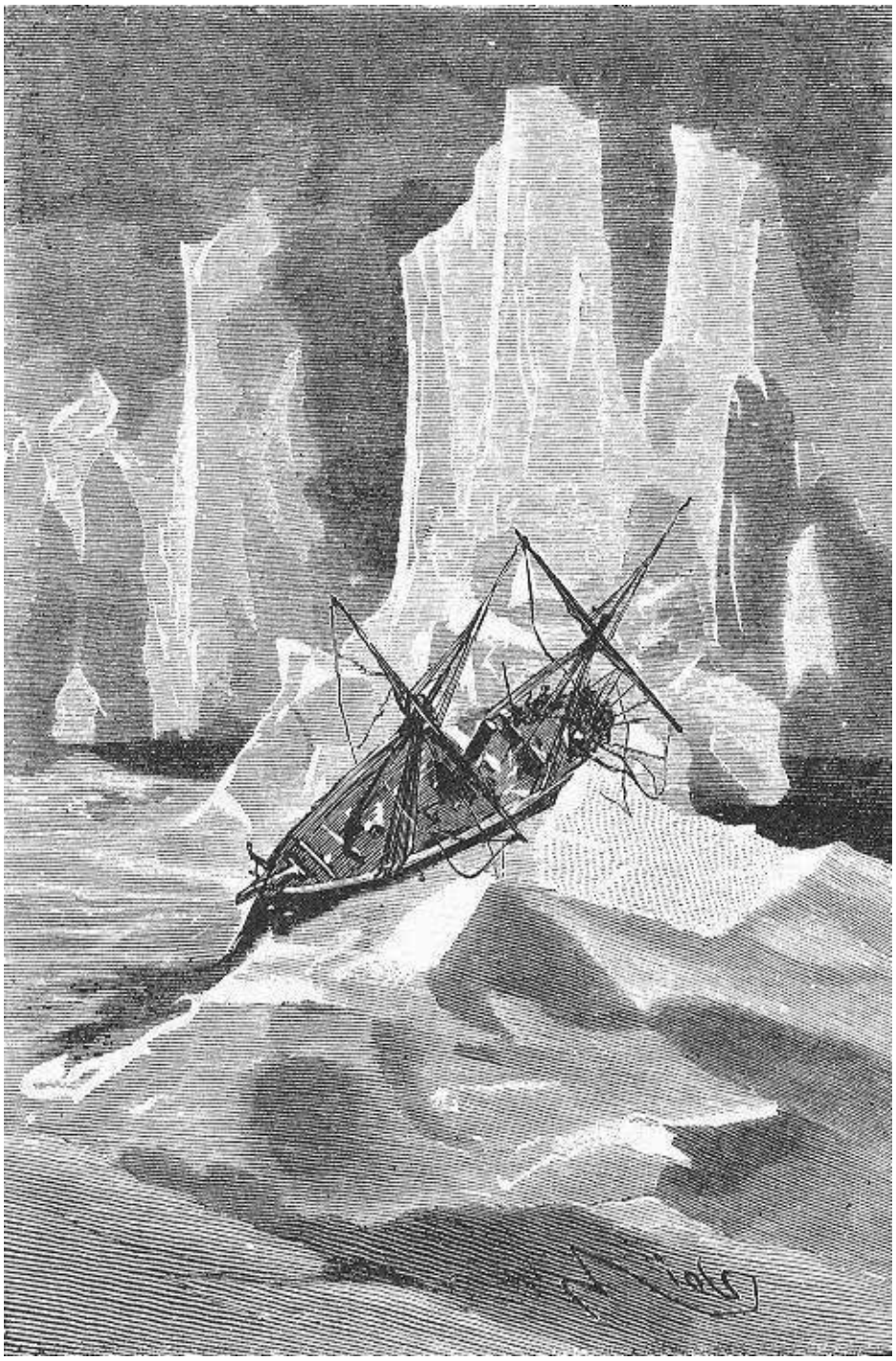
—¡Loado sea Dios! —respondió Hatteras.

En efecto, el bergantín se encontraba en el centro de una masa de hielo que lo rodeaba enteramente, y si bien su quilla estaba sumergida en el agua, no se podía mover; pero aunque permanecía inmóvil, el campo marchaba con él.

—Derivamos, capitán —gritó Johnson.

—Dejémonos llevar —respondió Hatteras.

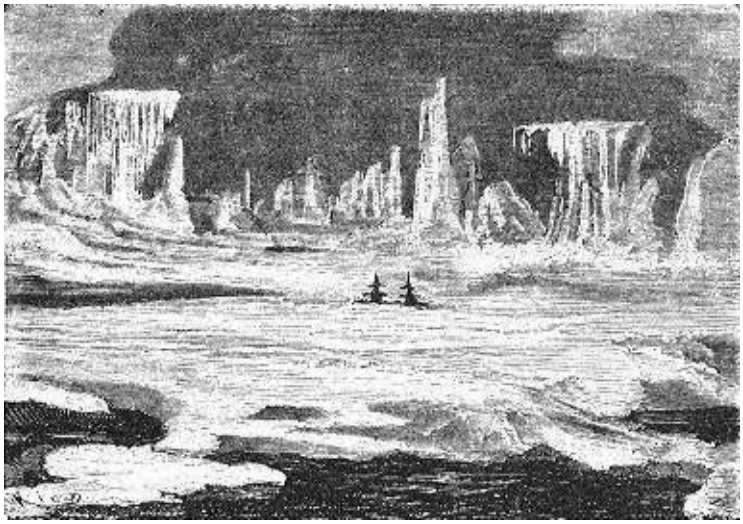
¿Cómo, por otra parte, hubiera podido oponerse a la fuerza que le arrastraba?



Amaneció, y entonces se vio con toda claridad que bajo la influencia de una corriente submarina, el banco de hielo derivaba con rapidez hacia el Norte. Aquella mole flotante arrastraba al *Forward*, clavado en medio del *icefield*, cuyo límite no se veía. Previendo una catástrofe en el caso de que el bergantín fuese arrojado a una costa o aplastado por la presión de los hielos, Hatteras mandó subir a cubierta urna gran cantidad de provisiones, los efectos de acampada, y los vestidos y mantas de la tripulación, y siguió el ejemplo del capitán McClure, que en una circunstancia análoga hizo rodear el buque de un cinto de *coys* hinchados de aire para ponerlos a cubierto de las grandes averías. Muy pronto, acumulándose el hielo bajo la influencia de una temperatura de 7° (—14° centígrados), el buque se vio rodeado de una muralla, encima de la cual no sobresalía más que su arboladura.

Así navegó por espacio de siete días. La punta Alberto, que forma la extremidad oeste de Nuevo Cornualles, se entrevió el 10 de setiembre y desapareció luego. Desde aquel momento se notó que el campo de hielo se dirigía al Este. ¿A dónde iba de aquel modo? ¿Dónde se detendría? ¿Quién era capaz de preverlo?

La tripulación aguardaba cruzada de brazos. En fin, el 15 de setiembre, a cosa de las tres de la tarde, el *icefield*, precipitado sin duda sobre otro campo, se detuvo bruscamente. El bergantín experimentó una sacudida violenta, y Hatteras, que durante aquel día había hecho su observación, consultó su carta. Se hallaba en el Norte, sin tierra alguna a la vista, a los 95° 35′ de longitud y 78° 45′ de latitud, en el centro de aquella región, de aquel mar desconocido, en que han colocado los geógrafos el polo del frío.



Capítulo XXIV

PREPARATIVOS DE INVERNADA

EN igualdad de latitud, el hemisferio austral es más frío que el boreal; pero la temperatura del nuevo continente está aún 15° debajo de la de las otras partes del mundo, y en América, las comarcas conocidas con el nombre de polo del frío son las más temibles.

La temperatura media para todo el año no es más que de *2°* bajo cero (—19° centígrados). El doctor Clawbonny participaba acerca del particular de la opinión de los sabios que explican esta singularidad del modo siguiente:

Los vientos que reinan más constantemente y con más fuerza en las regiones septentrionales de América son los del Sudoeste, los cuales vienen del océano Pacífico con una temperatura igual y soportable; pero para llegar a los mares árticos tienen que atravesar el inmenso territorio americano cubierto de nieves, con cuyo contacto se enfrían, y entonces se presentan en las regiones hiperbóreas con su glacial aspereza.

Hatteras se encontraba en el polo del frío, más allá de las comarcas entrevistas por sus predecesores, y, por consiguiente, le aguardaba un terrible invierno, en un buque perdido en medio de los hielos, con una tripulación medio sublevada. Miró su situación frente a frente y no bajó los ojos.

Con el auxilio y la experiencia de Johnson, empezó a tomar todas las medidas que requería su invernada. Según sus cálculos, el *Forward* había sido arrastrado a doscientas cincuenta millas de la última tierra conocida, es decir, el Nuevo Cornualles, y estaba descansando en un campo de hielo como en un lecho de granito, del cual no podía arrancarle ningún poder humano.

Ni una gota había de agua libre en aquellos vastos mares atacados por el invierno ártico. Los *icefields* se iban eslabonando hasta perderse de vista, pero sin ofrecer una superficie unida. Lejos de eso, numerosos *icebergs* erizaban la llanura helada, y el *Forward* se encontraba abrigado por los más altos que había entre ellos sobre tres puntos del campo, siendo el viento del Sudeste el único que podía llegarle. Figurémonos rocas en lugar de témpanos, verdor en lugar de nieve, y que el mar recobra su estado líquido, y tendremos el bergantín tranquilamente fondeado en una hermosa bahía, a cubierto de los vientos más temibles. ¡Pero qué soledad bajo aquella latitud! ¡Qué naturaleza tan triste! ¡Qué lamentable contemplación!

Aunque el buque estaba inmóvil, la prudencia aconsejaba sujetarlo con fuerza por medio de sus anclas, pues eran de temer los deshielos posibles o los movimientos submarinos. Johnson, al conocer la situación del *Forward* en el polo del frío, multiplicó considerablemente sus medidas de invernada.

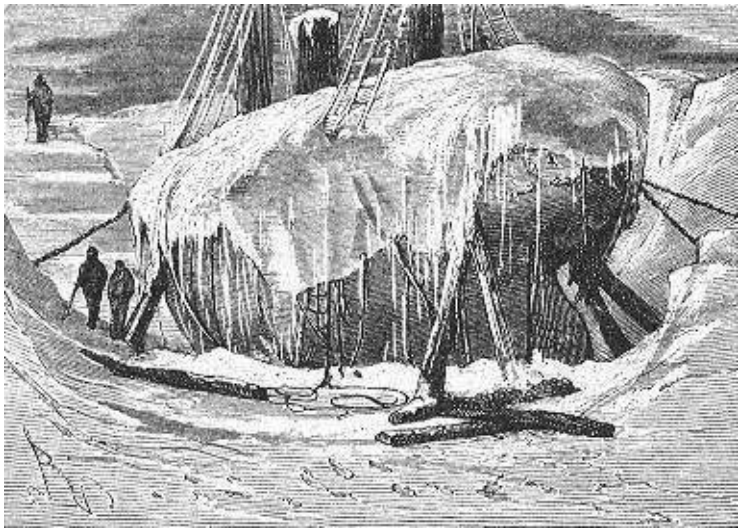
—¡Vamos a vemos en más de un apuro! —había dicho al doctor—. ¡Poco ha favorecido la suerte al capitán! ¡Hacerse prender en el punto más desagradable del Globo! Pero, en fin, veremos la manera de salir del paso.

En cuanto al doctor, en el fondo de su pensamiento, estaba simplemente encantado de la situación. No la hubiera trocado por ninguna otra. ¡Invernar en el polo del frío! ¡Qué buena fortuna!

Los trabajos del exterior fueron los primeros que ocuparon a la tripulación. Las velas se dejaron en sus vergas en lugar de guardarlas en la sentina, como hicieron los primeros invernadores. No se hizo más

que dejarlas bien dobladas dentro de su funda, y bien pronto el hielo las cubrió con otra aún más impermeable. Ni siquiera se quitaron los masteleros de juanete, y la casa del vigía o *nido de cornejas* se dejó en su sitio. Era un observatorio natural. Se almacenó únicamente una parte de la cabuyería.

Fue necesario cortar el campo alrededor del buque porque éste sufría con la presión. Los hielos acumulados en sus flancos pesaban con exceso, sin dejarle reposar sobre su línea de flotación habitual. El trabajo fue largo y penoso. Al cabo de algunos días la carena quedó libre, y se examinó aprovechando esta circunstancia. Gracias a la solidez de su construcción, nada había sufrido, si bien su forro de cobre estaba casi enteramente arrancado. El buque, libre ya, subió cerca de nueve pulgadas. Se rebajó el hielo al bisel siguiendo la forma del casco, y de este modo el campo volvía a juntarse debajo de la quilla del bergantín y se oponía él mismo a todo movimiento de presión.



El doctor tomaba parte en los trabajos. Manejaba con destreza la cuchilla, y con su buen humor distraía y alentaba a los marineros. Instruía y se instruía. Aprobó con entusiasmo la disposición que se dio al hielo debajo del buque.

—He aquí una buena precaución —dijo.

—Sin ella, señor Clawbonny, no habría resistencia posible. Ahora podemos sin miedo levantar una muralla de nieve a la altura de la borda, y darle, si queremos, diez pies de grosor, pues materiales no faltan.

—¡Excelente idea! —repuso el doctor—. La nieve es un mal conductor del calor, y como, por lo mismo, refleja en lugar de absorber, el calor interior no podrá escaparse fuera.

—Así es —respondió Johnson—. Levantemos una fortificación contra el frío, y también contra los animales, por si se les antoja visitamos. Terminada la obra, ya veréis cómo presenta buen aspecto. En esta mole de nieve tallaremos dos escaleras, una a proa y otra a popa. Tallados los escalones con la cuchilla, echaremos agua encima, que se convertirá en un hielo duro como sílice, y tendremos una escalera.

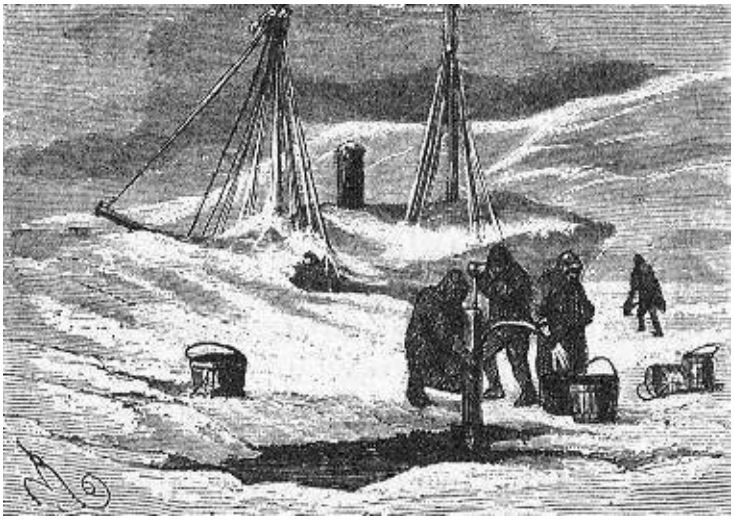
—Perfectamente —respondió el doctor—, y debemos confesar que es una dicha que el frío engendre la nieve y el hielo con que nos protegemos contra él. Sin eso, lo pasaríamos muy mal.

En efecto, el buque estaba destinado a desaparecer bajo una espesa capa de hielo, a la cual pedía la conservación de su temperatura interior. Encima y a todo lo largo de la cubierta se construyó un techo formado de gruesas telas embreadas cubiertas después de nieve, bajando la tela lo bastante para cubrir los costados del buque. Hallándose al abrigo de toda impresión exterior, la cubierta se convirtió en un verdadero paseo. Encima de ella se echaron dos pies y medio de nieve que fue machacada y apisonada

para ponerla muy dura. Esta nieve era también un obstáculo a la irradiación del calor interno. Encima de la nieve se echó una capa de arena que, incrustándose, se convirtió en una argamasa sumamente dura.

—A poco más —decía el doctor—, y con unos cuantos árboles, me creería en Hyde Park, y hasta en los jardines colgantes de Babilonia.

Se hizo un agujero a poca distancia del bergantín. El agujero no era más que un espacio circular abierto en el campo, un verdadero pozo que debía conservarse siempre practicable, a cuyo efecto se rompía todas las mañanas el hielo formado en su orificio. Su objeto era procurarse agua en caso de incendio, y tenerla en abundancia para los frecuentes baños ordenados a la tripulación como medida de higiene. Para ahorrar combustible, se procuraba tomar el agua de las capas más profundas, donde está menos fría. Obteníase este resultado por medio de un aparato indicado por un sabio francés[28], aparato que bajado a cierta profundidad daba acceso al agua circundante por un doble fondo movible dentro de un cilindro.



Habitualmente, durante los meses de invierno, se quitan todos los objetos que hay en el buque, a fin de reservar mayor espacio, y se depositan en tierra en almacenes. Pero lo que puede practicarse en una costa no lo puede hacer un buque fondeado en un campo de hielo.

Todo se dispuso interiormente para combatir a los dos grandes enemigos de aquellas latitudes, que son el frío y la humedad. El primero trae el segundo, que es el más temible. Al frío se resiste, pero a la humedad se sucumbe, y, por tanto, se trataba de prevenirla.

El *Forward*, destinado a una navegación en los mares árticos, ofrecía para una invernada las disposiciones más convenientes. El gran cuarto de la tripulación estaba perfectamente concebido. En él se había hecho la guerra a los rincones, donde la humedad se refugia. A ciertos descensos de temperatura, una capa de hielo se forma en los tabiques, particularmente en los ángulos, y cuando se derrite produce una humedad constante. Si hubiese sido circular, la sala de la tripulación hubiera estado aún mejor; pero, en fin, calentada por una gran estufa y debidamente ventilada, debía ser muy habitable. Las paredes estaban tapizadas de pieles de reno y no de géneros de lana, porque ésta detiene los vapores que en ella se condensan e impregnan la atmósfera de un principio húmedo.

En la popa se echaron abajo los tabiques, y los oficiales tuvieron una sala común mayor, más ventilada, y calentada por una sola estufa. Esta sala, lo mismo que la de la tripulación, estaba precedida de una especie de antesala que le quitaba toda comunicación directa con el exterior. De este modo el calor no podía perderse, y se pasaba gradualmente de una temperatura a otra. Se dejaban en las antesalas los vestidos cargados de nieve, y había fuera *sarapers*[29] para limpiarse los pies, para que nadie

introdujese ningún elemento insalubre.

Mangas de lona servían para la introducción del aire destinado a las estufas, y otras mangas permitían escaparse el vapor de agua. Además, había establecidos, en las dos salas, condensadores que recogían el vapor en lugar de dejarlo convertirse en agua, y se les vaciaba semanalmente dos veces. Contenían algunas veces varias fanegas de hielo, que eran otras tantas fuerzas cogidas al enemigo.

El fuego se regulaba con perfección y facilidad por medio de mangas de aire. Se comprobó que una pequeña cantidad de carbón bastaba para conservar en las salas una temperatura de 50° (+10° centígrados). Hatteras, después de haber hecho aforar bien sus pañoles, vio que no tenía combustible ni para dos meses.

Se estableció un tendedero para los vestidos, que tenían que lavarse con frecuencia, siendo poco conveniente secarlos al aire, porque se ponían duros y quebradizos.

Las partes delicadas de la máquina se desmontaron también con el mayor cuidado, y se cerró herméticamente el departamento en que se las guardó.

La vida a bordo fue objeto de profundas meditaciones. Hatteras la estableció con mucho tino, y se hizo un reglamento que se fijó en la sala común. Los marineros se levantaban a las seis de la mañana; tres veces por semana se aireaban los *coys*; el piso de los dos cuartos se fregaba todas las mañanas con arena caliente; el té hirviendo figuraba en todas las comidas, y la alimentación variaba todo lo posible, según los días de la semana, componiéndose de pan de harina, de grasa de buey y de pasas para los *puddings*, de azúcar, de cacao, de té, de arroz, de limonada, de carne de buey en conserva y de cerdo salado, de verduras y legumbres en vinagre. La cocina estaba situada fuera de las salas comunes, con lo que, si bien es verdad que se desperdiciaba su calor, se evitaba su evaporación y humedad consecutiva, de que la cocción de los alimentos es un manantial constante.

La salud de la gente dependía mucho de su género de alimentación. Bajo aquellas elevadas latitudes se debe hacer principalmente uso de materias animales. El doctor había presidido la redacción del programa.

—Es menester —decía— tomar ejemplo de los esquimales, que han recibido lección de la Naturaleza, y en esta parte pueden ser nuestros maestros. Si los árabes y los africanos pueden contentarse con algunos dátiles y un puñado de arroz, aquí importa comer mucho. Los esquimales absorben diariamente diez y hasta quince libras de aceite. Si no os agrada este régimen, tenéis que recurrir a sustancias ricas en azúcar y grasa. En una palabra, necesitamos carbono, mucho carbono. Justo es meter carbón en la estufa, pero no dejemos de meterlo bien en la preciosa estufa que llevamos en nosotros mismos.

Con este régimen se impuso a los tripulantes mucha limpieza, mucho aseo. Se prescribió a todos los marineros tomar cada dos días un baño de agua medio helada que se sacaba del pozo consabido, y este medio era excelente para conservar el calor natural. El doctor daba el ejemplo. En un principio, le pareció el baño una cosa muy desagradable; pero muy pronto halló un verdadero placer en aquellas inmersiones sumamente higiénicas.

Cuando el trabajo, la caza o los reconocimientos obligaban a los tripulantes a ir a retar fuera los grandes fríos, tenían que procurar principalmente no quedar *frost-bitten*, es decir, helados de cualquier parte del cuerpo. Cuando, a pesar de todas las precauciones, se helaban, la circulación de la sangre se restablecía con el auxilio de fricciones de nieve. Además, los marineros vestían cuidadosamente con trajes de lana que les cubrían todo el cuerpo; llevaban capotes de piel de reno y pantalones de piel de foca, que son perfectamente impermeables al viento.

Los varios arreglos del buque y la instalación a bordo duraron cerca de tres semanas, y se llegó al 10 de octubre sin novedad particular.

Capítulo XXV

UNA VIEJA ZORRA DE JAMES ROSS

EN aquel día, el termómetro bajó a 3° bajo cero (—16° centígrados). El tiempo era bastante calmoso, y como no hacía viento, el frío se soportaba fácilmente. Aprovechándose de la claridad de la atmósfera, Hatteras fue a reconocer las llanuras circundantes. Subió a uno de los más erguidos *icebergs* del Norte; el campo de su anteojo no abrazó más que una cordillera de *icefields* y montañas de hielo. Ni un átomo de tierra a la vista. Aquello era la imagen del caos, bajo su más triste aspecto. Se volvió a bordo, procurando calcular la duración probable de su cautiverio.

Los cazadores, y entre ellos el doctor, James Wall, Simpson, Johnson y Bell, no dejaban de proveer al buque de carne fresca. Las aves habían desaparecido, buscando hacia el Sur climas menos rigurosos. Únicamente los ptarmiganos, perdices de roca, propias y exclusivas de aquella latitud, no huían delante del invierno. Se les podía matar fácilmente, y su gran número prometía una abundante reserva de volatería.

No faltaban tampoco liebres, zorras, lobos, armiños y osos. Acerca del particular, un cazador francés, inglés o noruego, no hubiera tenido motivo de queja, pero aquellos animales eran muy ariscos y huían muy lejos, y además se les distinguía muy difícilmente en aquellas blancas llanuras, que eran de su mismo color, porque, antes de los grandes fríos, dejan el que tienen y toman su vestido de invierno. El doctor vio demostrado, contra la opinión de ciertos naturalistas, que esta mudanza no depende del descenso de la temperatura, puesto que se verificó antes del mes de octubre, sino que resulta de una causa física, o, por mejor decir, de la previsión providencial que quiere poner a los animales árticos en disposición de contrarrestar los rigores de un invierno boreal.

Se encontraban con frecuencia vacas marinas y perros de mar; animales comprendidos bajo la denominación general de focas. Su caza fue especialmente recomendada a los cazadores, tanto por sus pieles como por su grasa, eminentemente propia para servir de combustible. Además, su hígado, en caso necesario, podía ser un excelente comestible. Se veían focas a centenares, y a dos o tres millas del buque el campo estaba literalmente hecho una criba por los agujeros de aquellos enormes anfibios; pero huelen al cazador con un instinto notable, y aunque muchas resultaron heridas, se escaparon fácilmente zambulléndose debajo de los hielos.

Sin embargo, el día 19, Simpson llegó a apoderarse de uno de ellos, a cuatrocientas yardas del buque. Había tenido la precaución de tapar su agujero de refugio, de suerte que el animal quedó a discreción de los cazadores. Se resistió mucho tiempo, y después de haber recibido varios tiros quedó rematado. Tenía nueve pies de longitud; su cabeza de alano, los dieciséis dientes de sus mandíbulas, sus grandes aletas pectorales en forma de antebrazos, su cola pequeña y provista de otro par de aletas, hacían de él un magnífico ejemplar de la familia de los perros marinos. El doctor, queriendo conservar su cabeza para su colección de historia natural, y su piel para las necesidades que les reservara el porvenir, hizo preparar una y otra por un medio rápido y poco costoso. Sumergió el cuerpo del animal en el pozo, y millares de pequeños crustáceos no dejaron ni la menor partícula de carne; de suerte que a las doce horas el trabajo estaba concluido de manera que no hubiera podido hacer mejor el más hábil componente de la digna corporación de curtidores de Liverpool.

Desde que el sol ha pasado el equinoccio de otoño, es decir, desde el 23 de setiembre, se puede decir que empieza el invierno en las regiones árticas. El astro bienhechor, después de haber poco a poco ocultado su disco debajo del horizonte, desapareció por fin el 23 de octubre, alumbrando con sus rayos oblicuos la cresta de las montañas heladas. El doctor le dio el último adiós de sabio y de viajero. Ya no debía volverle a ver hasta el mes de febrero.

No se crea, sin embargo, que durante esta larga ausencia del sol la oscuridad se completa. La Luna le remplaza todos los meses como puede. Hay, además, el centelleo muy claro de las estrellas, el resplandor de los planetas, frecuentes auroras boreales y refracciones particulares de los horizontes blanqueados por la nieve. Por otra parte, el sol, en el momento de su mayor declinación austral, que es el 21 de diciembre, se acerca aún 13° al horizonte polar, y reina, por consiguiente, todos los días cierto crepúsculo de algunas horas. Desgraciadamente, la niebla y los torbellinos de nieve sumergen con frecuencia aquellas frías regiones en la más completa oscuridad.

El tiempo, sin embargo, fue hasta entonces bastante favorable, pudiendo sólo quejarse de él las perdices y las liebres, a quienes no dejaban los cazadores un solo momento de descanso. Se armaron también trampas para zorras, pero éstas son sumamente suspicaces, y burlaban todas las artimañas. Algunas de ellas fueron tan astutas, que escarbaron la nieve debajo de la trampa y se apoderaron del cebo sin correr riesgo alguno. El doctor las daba al diablo, y aún sentía hacer a éste semejantes regalos.

El 25 de octubre, el termómetro no señaló más que 4° bajo cero (—20° centígrados). Se desencadenó un huracán sumamente fuerte, y una densa niebla se apoderó de la atmósfera, no permitiendo llegar al

Forward un solo rayo de luz. Durante algunas horas causó no poca inquietud la suerte de Bell y de Simpson, a quienes la caza había llevado demasiado lejos, y no volvieron a bordo hasta el día siguiente, después de haber permanecido un día entero echados sobre sus pieles, mientras el huracán encima de ellos barría el espacio y los sepultaba bajo cinco pies de nieve. Próximos estuvieron a quedarse helados, y el doctor tuvo no poco que hacer para restablecer en ellos la circulación de la sangre. La temperatura duró sin interrupción ocho eternos días. No se podía sacar un pie fuera del buque. En un solo día había variaciones de 15 a 20 grados de la temperatura.

Durante aquellos forzados ocios, cada cual vivía a su manera. Los unos pasaban el tiempo durmiendo, los otros fumando y algunos conversando en voz baja e interrumpiéndose al aproximarse Johnson o el doctor. Ningún lazo moral unía a los hombres de aquella tripulación. No sé reunían más que para la oración de la tarde, que se hacía en común, y los domingos para la lectura de la Biblia y del Oficio divino.

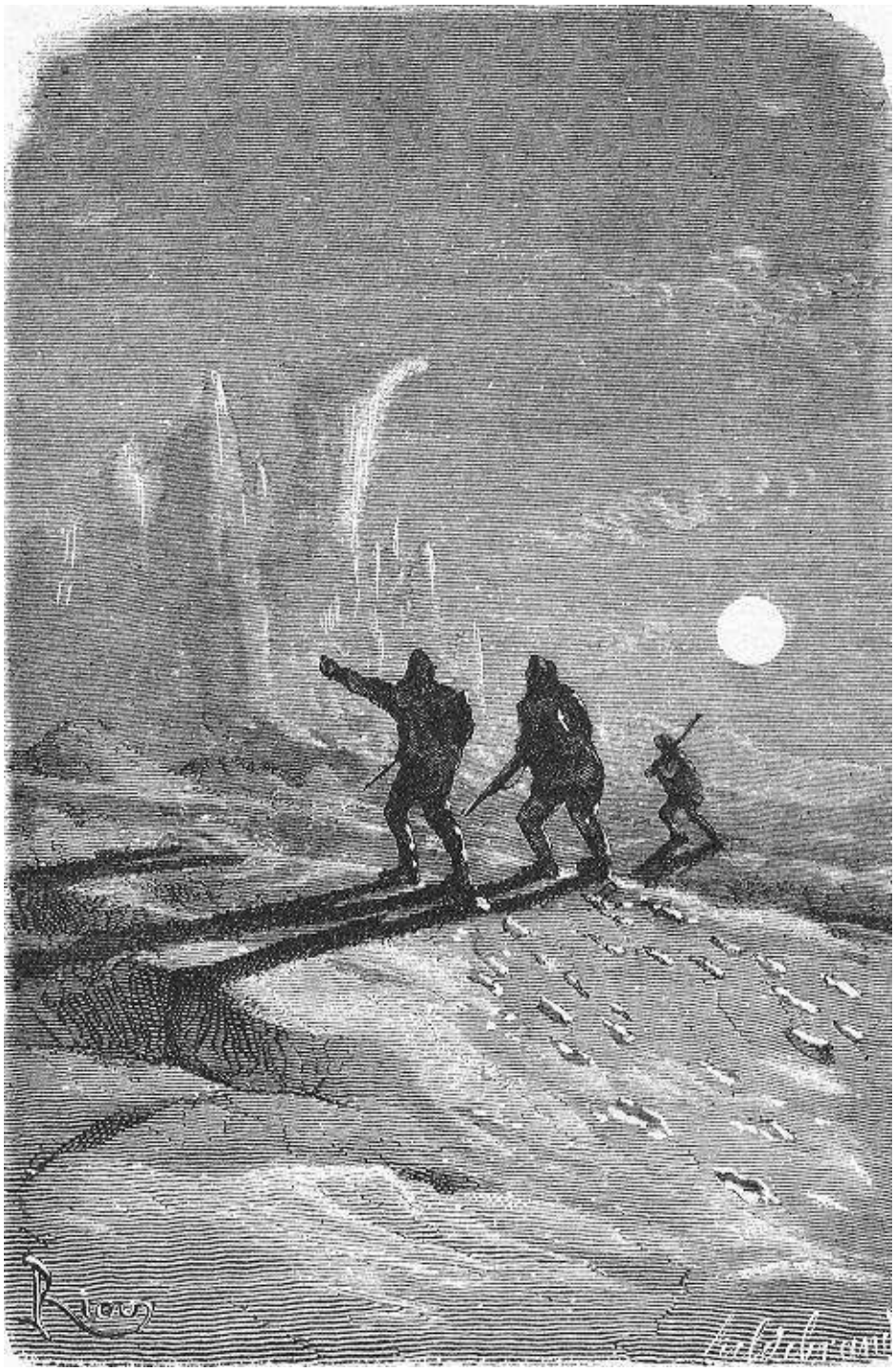
Clifton se había dado perfectamente cuenta de que habiendo pasado el 78° paralelo, su parte de prima ascendía a 375 libras. La cuenta le parecía redonda y no ambicionaba ya más. Todos participaban de su opinión, y no pensaban más que en gozar cuanto antes de aquella fortuna adquirida a costa de tantas fatigas y sinsabores.

Hatteras permanecía casi invisible. No tomaba parte ni en las cacerías ni en los paseos. Tampoco le interesaban en lo más mínimo los fenómenos meteorológicos que eran la admiración del doctor. Vivía con una sola idea, que se resumía en tres palabras: *el Polo Norte*. No pensaba más que en el momento en que el *Forward*, libre ya, volvería a tomar su curso aventurero.

En resumen, el sentimiento general de a bordo era la tristeza. Nada hay, en efecto, que descorazone tanto como la vista de un buque cautivo, que no descansa ya en su elemento natural, y cuyas formas han sido alteradas bajo gruesas capas de hielo. No se parece a nada; hecho para el movimiento, no se puede mover, se le ha metamorfoseado en casa de madera, en almacén, en habitación sedentaria, sabiendo desafiar el viento y las tempestades. Esta anomalía, esta situación falsa, lleva a los corazones un sentimiento indefinible de quietud y tristeza.

Durante aquellas horas de ocio, el doctor ponía en orden las notas de viaje, de las que este relato es la fiel reproducción. No se le veía jamás mano sobre mano, y conservaba siempre el mismo buen humor. Vio, sin embargo, con satisfacción, que la tempestad había concluido, y se dispuso a volver a sus acostumbrados ejercicios venatorios.

El 3 de noviembre, a las seis de la mañana, a una temperatura de 5° bajo cero (—21° centígrados), partió en compañía de Johnson y de Bell. Las llanuras de hielo estaban unidas, y la nieve, esparcida abundantemente durante los días precedentes y solidificada por la helada, ofrecía un terreno bastante propicio para andar. Un frío seco y punzante se deslizaba por la atmósfera; la Luna brillaba con una pureza incomparable, y en las pequeñas asperezas del campo producía un juego de luz asombroso: las huellas de los pasos se iluminaban en sus bordes, y dejaban un rastro luminoso en el camino de los cazadores, cuyas grandes sombras se prolongaban en el hielo con una limpieza sorprendente.



El doctor llevaba consigo a su amigo *Duck*, al cual daba con razón la preferencia, para cazar, sobre los perros groenlandeses. Éstos son poco útiles para el caso, y no parece que tengan el fuego sacro de la raza de las zonas templadas. *Duck* corría husmeando el camino y quedaba con frecuencia de muestra junto a alguna huella de oso que estaba aún fresca. Sin embargo, a pesar de su habilidad, los cazadores no habían encontrado siquiera una liebre después de dos horas de marcha.

—¿Habrá emigrado la caza hacia el Sur? —dijo el doctor, haciendo alto al pie de un *hummock*.

—Así parece, señor Clawbonny —respondió el carpintero.

—Pues a mí no me parece nada de eso —respondió Johnson—. Las liebres, las zorras y los osos están acostumbrados a estos climas. En mi concepto, la última tempestad ha sido la causa de su desaparición, pero con los vientos del Sur no tardarán en volver. Otra cosa sería si me hablaseis de renos o de toros almizclados.

—Y, sin embargo, en la isla de Melville se encuentran liebres y zorras en abundancia —repuso el doctor—. Verdad es que la isla de Melville está situada más al Sur. En ella Parry, durante sus invernadas,

tuvo siempre a discreción zorras y liebres.

—Nosotros no tenemos tanta fortuna —respondió Bell—. Si pudiéramos siquiera proveemos de carne de oso, podríamos damos por satisfechos.

—He aquí precisamente la dificultad —replicó el doctor—; los osos me parecen muy escasos y muy salvajes; no están aún bastante civilizados para ponérsenos a tiro.

—Bell habla de carne de oso —repuso Johnson—, pero en este momento sería preferible su grasa a su piel y su carne.

—Tienes razón, Johnson —respondió Bell—. Tú no piensas más que en el combustible.

—¿En qué otra cosa hemos de pensar? No nos queda carbón, por más que se le economice, para tres semanas.

—Sí —repuso el doctor—, y la cosa es muy seria, pues no estamos más que a principios de noviembre, y febrero, en la zona glacial, es el mes más frío del año. Con todo, a falta de grasa de oso, podemos contar con la de foca.

—No por mucho tiempo, señor Clawbonny —respondió Johnson—. Las focas no tardarán en abandonamos; sea debido al frío o a consecuencia del miedo, pronto dejarán de presentarse en la superficie de los hielos.

—Entonces —dijo el doctor— veo que es absolutamente indispensable cazar osos, y, confesémoslo, el oso es el animal más útil de estas comarcas, porque él sólo puede suministrar alimento, vestido, luz y el combustible que los hombres necesitan. ¿Oyes, *Duck*? —dijo el doctor acariciando al perro—. Necesitamos osos, amigo mío. ¡Anda, pues! ¡Búscalos! ¡Búscalos!

Duck, que en aquel momento husmeaba el hielo, azuzado por la voz y las caricias del doctor, partió de repente con la rapidez de una flecha. Ladraba con fuerza, y a pesar de hallarse ya lejos, sus ladridos llegaban muy claros y muy distintos a los cazadores.

El extraordinario alcance del ruido en las bajas temperaturas es un hecho asombroso, comparable sólo a la claridad de las constelaciones en el cielo boreal. Los rayos luminosos y las ondas sonoras se transportan a distancias considerables, sobre todo durante los fríos secos de las noches hiperbóreas.

Los cazadores, guiados por aquellos lejanos ladridos, se lanzaron en pos de *Duck*, del cual distaban una milla. Llegaron a él jadeando, porque en semejante atmósfera los pulmones se sofocan rápidamente. *Duck* permaneció de muestra a cincuenta pasos de una mole enorme que se agitaba en la cumbre de un montecillo.

—¡La cosa marcha al compás de nuestro deseo! —exclamó el doctor, amartillando su escopeta.

—Un oso, un buen oso —dijo Bell imitando al doctor.

—Un oso soberbio —repitió Johnson, reservándose tirar el último.

Duck aullaba con furor. Bell avanzó unos veinte pies e hizo fuego; pero no pareció que hubiese acertado, pues el animal siguió balanceando con pausa la cabeza.

Johnson se aproximó a su vez y, después de haber apuntado bien, apretó el gatillo de su escopeta.

—¡Bueno! —exclamó el doctor—. ¡Nada tampoco!

¡Ah! ¡Maldita refracción! ¿No nos acostumbraremos nunca a ella? Ese oso está fuera de tiro; dista al menos mil pasos de nosotros.

—¡Adelante! —respondió Bell.

Los tres compañeros corrieron a escape hacia el animal, a quien los tiros disparados no habían impresionado en lo más mínimo. Parecía ser de gran tamaño, y los cazadores, sin calcular los peligros del ataque, se entregaban ya a la alegría de la conquista. Llegados a una distancia regular, hicieron fuego,

y el oso, herido sin duda mortalmente, dio un salto enorme, y cayó al pie de la loma.

Duek se precipitó hacia él

—He aquí un oso —dijo el doctor— que se ha dejado derribar pronto.

—No nos ha costado más que tres tiros —respondió Bell desdeñosamente—, y está pataleando.

—¡Es raro! —dijo Johnson.

—A no ser que hayamos llegado precisamente en el momento en que iba a morir de viejo —respondió el doctor, riendo.

—A fe mía, viejo o joven —respondió Bell—, la verdad es que hemos hecho un buen negocio.

Mientras tanto, los cazadores llegaron al pie de la loma, y, con gran asombro suyo, hallaron a *Duck* cebándose en el cadáver de una zorra blanca.

—¡Buen negocio! —exclamó Bell—. ¡No es mal chasco el que nos hemos llevado!

—¿Es posible? —dijo el doctor—. ¡Matamos un oso, y cae una zorra!

Johnson no sabía qué responder.

—¡Bueno! —exclamó el doctor con una carcajada mezclada de despecho—. ¡La refracción! ¡Siempre la refracción!

—¿Qué queréis decir, señor Clawbonny? —preguntó el carpintero.

—Quiero decir, amigo mío, que la refracción nos ha engañado lo mismo acerca de la dimensión que de la distancia. Nos ha hecho ver un oso bajo la piel de una zorra. Lo que nos ha sucedido a nosotros, ha sucedido más de una vez a otros cazadores en circunstancias idénticas. Está visto que aquí todo son fantasmas.

—A fe mía —respondió Johnson—, oso o zorra, se comerá lo mismo. Llevémosla.

Pero en el momento de ir el contramaestre a echarse el animal sobre los hombros, exclamó:

—¡Vaya una rareza!

—¿Qué sucede? —preguntó el doctor.

—¡Mirad, señor Clawbonny, mirad! El animal lleva un collar, y no creo que se trate de un efecto de la refracción.

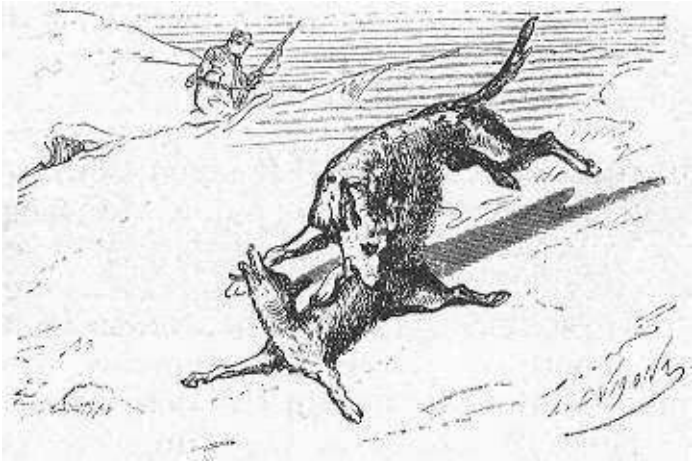
—¿Un collar? —replicó el doctor, inclinándose hacia la bestia.

En efecto, un collar de cobre medio gastado resaltaba sobre la blanca piel de la zorra, y el doctor creyó notar en él letras grabadas. En un momento se lo quitó al animal, en cuyo cuello parecía que estaba desde mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Johnson.

—Eso quiere decir —respondió el doctor— que acabamos de matar, amigos míos, una zorra que tiene más de doce años, una zorra que fue cogida por James Ross en 1847.

—¿Es posible? —exclamó Bell.

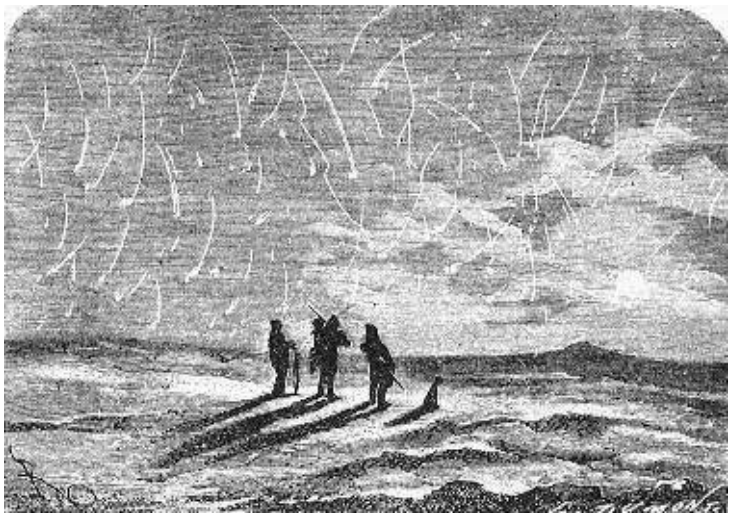


—¡Es indudable! Y siento que hayamos matado a este pobre animal. Durante su invernada, se le ocurrió a James Ross la idea de coger con lazos un gran número de zorras blancas, y puso a todas las que cogió un collar de cobre donde estaba grabada la indicación de sus buques, el *Enterprise* y el *Investigator*, e igualmente las de los depósitos de Adveres. Las zorras atraviesan inmensas extensiones de terreno en busca de alimento, y James Ross esperaba que alguna de ellas cayese en manos de algunos hombres de la expedición de Franklin. He aquí toda la explicación, y esta pobre bestia, que habría podido salvar la vida de dos tripulaciones, ha venido a ponerse a nuestro alcance para perder inútilmente la suya.

—A fe mía, no nos la comeremos —dijo Johnson—. Además, ¡una zorra de doce años! Nos contentaremos con conservar su piel en testimonio de tan curioso encuentro.

Johnson se echó la zorra encima de los hombros, y los tres cazadores se dirigieron al buque orientándose por medio de las estrellas. Su expedición no fue, sin embargo, enteramente infructuosa, pues mataron algunos pares de ptarmiganos.

Una hora antes de llegar al *Forward* sobrevino un fenómeno que excitó al más alto grado la admiración del doctor. Era una verdadera lluvia de estrellas errantes. Se las podía contar por millares, como los cohetes en el ramillete de un fuego de artificio. La luz de la Luna palidecía. El mismo meteoro fue observado en Groenlandia por los hermanos moravos en 1799. Hubiérase dicho que era una verdadera fiesta que el cielo daba a la Tierra bajo aquellas latitudes solitarias. El doctor, de regreso a bordo, pasó la noche contemplando aquel fenómeno, que cesó a cosa de las siete de la mañana, en medio del profundo silencio de la atmósfera.



Capítulo XXVI

EL ÚLTIMO PEDAZO DE CARBÓN

LOS osos parecían decididamente imposibles de coger. Se mataron algunas focas durante los días 4, 5 y 6 de noviembre. Después, varió el viento, y la temperatura se elevó algunos grados; pero los *drifts*[30] de nieve volvieron a presentarse con incomparable violencia. Fue imposible salir del buque; y dio no poco que hacer la necesidad de combatir la humedad. A fin de semana, los condensadores contenían algunas fanegas de hielo.

El 15 de noviembre varió de nuevo el tiempo, y el termómetro, bajo la influencia de ciertas condiciones atmosféricas, descendió a 24° bajo cero (—31° centígrados). Era la temperatura más baja que se había observado hasta entonces. Aquel frío habría sido soportable en una atmósfera tranquila, pero el viento soplaba entonces y parecía compuesto de cortantes hojas de acero que hendían el aire.

El doctor lamentaba amargamente su cautiverio, porque la nieve, consolidada por el viento, ofrecía para andar un terreno firme, y él hubiera podido intentar alguna excursión lejana.

Sin embargo, debemos decir que todo ejercicio violento, haciendo tanto frío, sofoca muy pronto. Un hombre no puede realizar la cuarta parte de su trabajo habitual, y es imposible manejar los utensilios de hierro, porque Si la mano los coge sin precaución, experimenta un dolor análogo al de una quemadura y deja pedazos de su tegumento pegados al objeto imprudentemente cogido.

La tripulación, confinada en el buque, quedó, pues, reducida a pasearse por espacio de dos horas diarias por la cubierta entoldada, donde se le permitía fumar, lo que estaba prohibido en la sala común.

Allí, luego que el fuego disminuía, el hielo invadía las paredes y las junturas del suelo, y no había hebilla, clavo de hierro, ni plancha de metal que no se cubriese inmediatamente de una capa de hielo.

La instantaneidad del fenómeno maravillaba al doctor. El aliento de los hombres se condensaba en el aire, y pasando de pronto del estado fluido al sólido, caía convertido en nieve en torno suyo. A muy poca distancia de la estufa, el frío recobraba toda su energía y la tripulación permanecía junto al fuego formando un apretado grupo.

El doctor, sin embargo, les aconsejaba que se hiciesen aguerridos, que se familiarizasen con aquella temperatura que no había seguramente dicho aún su última palabra; les recomendaba que sometiesen poco a poco su epidermis a aquellas impresiones intensas, y predicaba con el ejemplo, pero la pereza o el entorpecimiento dejaba a la mayor parte de los marinos clavados en su puesto, y no se querían mover, prefiriendo dormirse junto a la escasa lumbre.

En cuanto a John Hatteras, no parecía resentirse de la influencia de aquella temperatura. Se paseaba silenciosamente, como tenía por costumbre. ¿No se habría apoderado el frío de su enérgica constitución? ¿Poseía hasta el más alto grado el principio de calor natural que buscaba en sus marineros? ¿Estaba acorazado con su idea fija hasta el punto de sustraerse a las impresiones exteriores? No sin asombro le veían los tripulantes retar impertérrito aquellos veinticuatro grados bajo cero; pasaba fuera del buque horas enteras, y volvía sin que se notasen en su rostro las señales del frío.

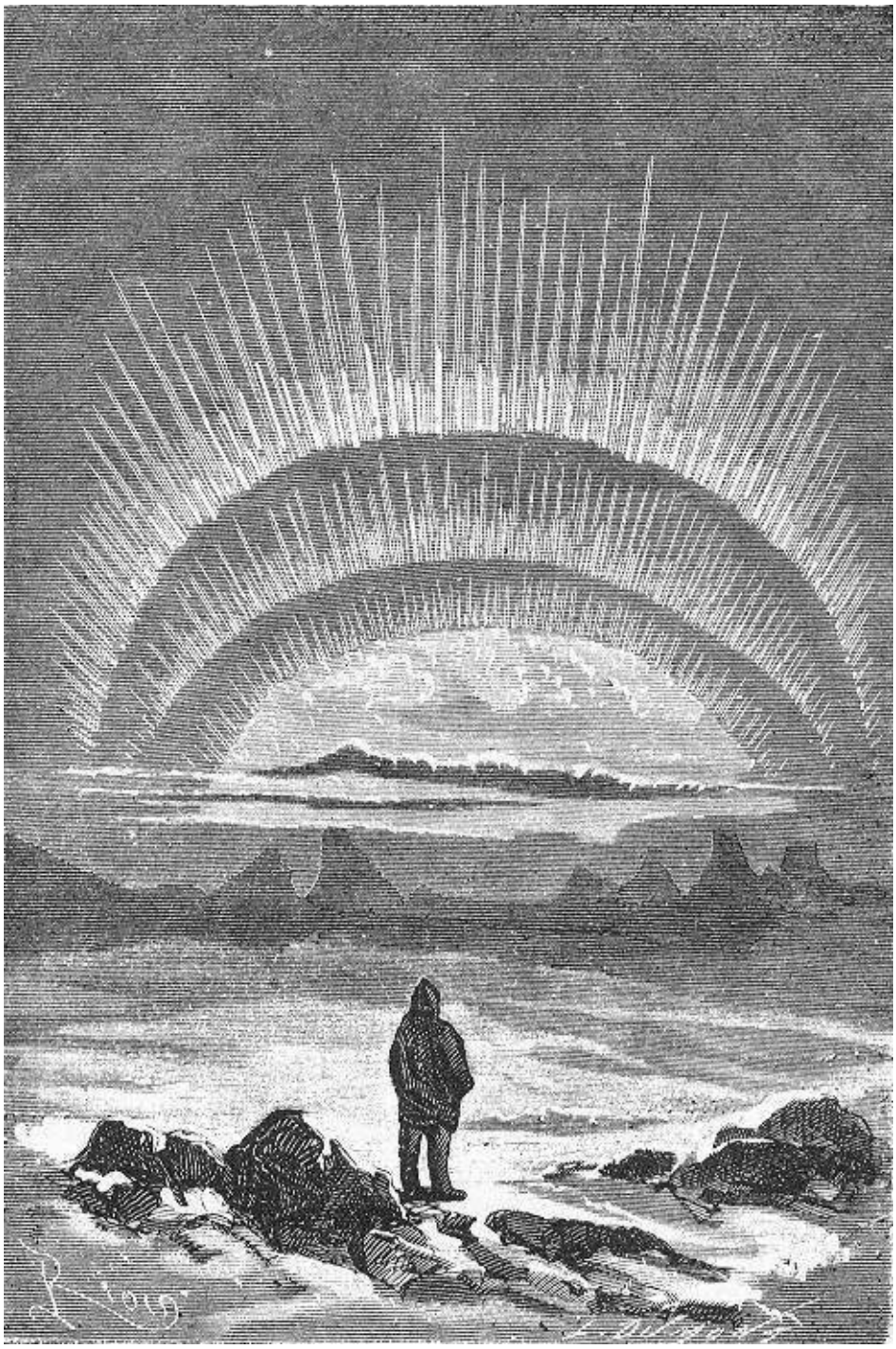
—¡Es un hombre extraño —decía el doctor a Johnson—, y hasta yo mismo estoy asombrado! ¡Lleva en sí mismo un horno ardiendo! ¡Es una de las más poderosas naturalezas que he estudiado en mi vida!

—El hecho es —respondió Johnson— que va, viene, circula al aire libre, sin abrigarse más que en el mes de junio.

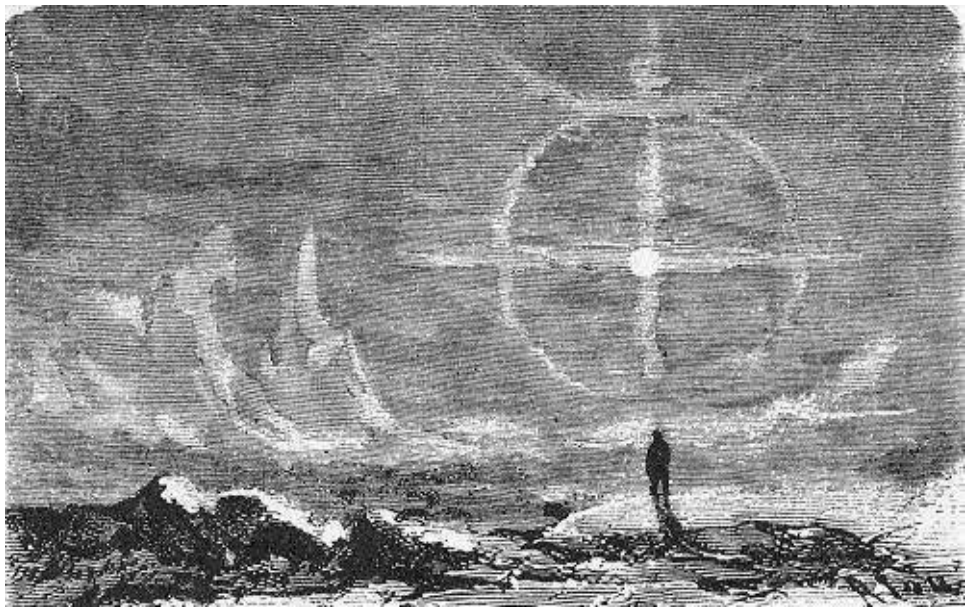
—La cuestión de abrigo es de poca importancia —respondió el doctor—, ¿de qué sirve abrigar mucho al que no puede producir el calor por sí mismo? ¡Tanto valdría calentar un carámbano de hielo envolviéndolo en una cubierta de lana! Hatteras no necesita nada de eso; está así constituido, y no sería extraño que a su lado hiciese verdaderamente calor como al lado de un carbón candente.

Johnson, que tenía a su cargo todas las mañanas la desobstrucción del pozo, notó que el hielo medía diez pies de grueso.

Casi todas las noches el doctor podía observar magníficas auroras boreales. Desde las cuatro de la tarde a las ocho de la noche el cielo se coloreaba ligeramente hacia el Norte, y luego este tinte tomaba la forma regular de un recamado amarillo pálido, cuyas extremidades parecían apoyarse en el campo de hielo. Poco a poco la zona brillante se elevaba en el cielo, siguiendo el meridiano magnético, y aparecía estriada de fajas negruzcas, se desprendían chorros de una materia luminosa, que se prolongaban disminuyendo o aumentando su resplandor, y el meteoro, llegado a su cénit, se componía frecuentemente de varios arcos, que se bañaban en las ondas de luz, rojas, amarillas o verdes. Aquello era un deslumbramiento, un incomparable espectáculo. Luego las diversas nubes se reunían en un solo punto y formaban auroras boreales de una opulencia enteramente celeste. Por último, los arcos se acercaban unos a otros, la espléndida aurora palidecía, los rayos intensos se fundían en claridades pálidas, vagas, indeterminadas, indecisas, y el maravilloso fenómeno, debilitado, casi extinguido, se desvanecía insensiblemente en las nubes de sol oscurecidas.



Nadie acertaría a comprender la magia de un espectáculo semejante, bajo las altas latitudes, a menos de 8 grados del polo. Las auroras boreales, entrevistas en las regiones templadas, no dan ninguna idea de lo que allí se presenta; parece que la Providencia ha querido reservar a aquellos climas sus maravillas más asombrosas. Numerosas paraselenes aparecían igualmente mientras brillaba la Luna, de la cual se presentaban entonces en el cielo varias imágenes que aumentaban su resplandor, y con frecuencia también simples halos limares rodeaban el astro de la noche, que brillaba en el centro de un círculo luminoso con una intensidad espléndida.



El 25 de noviembre hubo una gran marejada, y el agua subió del pozo con violencia. La espesa capa de hielo fue como sacudida por la agitación del mar, y siniestros chasquidos anunciaron la lucha submarina. Afortunadamente, el buque se mantuvo firme en su fondeadero, si bien las cadenas se resistieron con estrépito. Hatteras las había mandado reforzar previendo el acontecimiento.

Los días siguientes fueron aún más fríos. El cielo se cubrió de una niebla penetrante; el viento arrebataba la nieve acumulada; era difícil determinar si los torbellinos procedían del cielo o de los *icefields*; había una confusión que no puede expresarse.

La tripulación se ocupaba de varios trabajos interiores, de los cuales el principal consistía en preparar la grasa y el aceite procedente de las focas. Estos productos se convirtieron en témpanos de hielo que era preciso romper con el hacha. Aquel hielo se reducía a pedazos, cuya dureza era igual a la del mármol, y con la cantidad que se recogió se hubieran podido llenar unos diez barriles. Como se ve, no había necesidad de envasarlo, y, además, ningún vaso hubiera resistido los esfuerzos del líquido que la temperatura transformaba.

El 28, el termómetro descendió a 32° bajo cero (—36° centígrados); no había carbón más que para diez días, y todos veían con espanto acercarse el momento en que iba a faltar el combustible.

Hatteras, por medida de economía, hizo apagar la estufa de popa, y desde entonces, Shandon, el doctor y él tuvieron que establecerse en la sala común de los tripulantes. Hatteras se halló, pues, más constantemente en relación con los marineros, que le dirigían miradas estúpidas y feroces. Oía sus recriminaciones, sus reconvenciones y hasta sus amenazas, y no podía castigarles. Además, parecía sordo a todas sus observaciones. No reclamaba el sitio más próximo a la lumbre. Permanecía en un rincón, con los brazos cruzados y sin decir una palabra.

A pesar de las recomendaciones del doctor, Pen y sus amigos se negaban a hacer el menor ejercicio, y pasaban todo el santo día acurrucados junto a la estufa o bajo las cubiertas de su coy. Así es que su salud no tardó en alterarse, no pudieron reaccionar contra la influencia funesta del clima, y el terrible escorbuto apareció a bordo.

El doctor había, sin embargo, empezado desde algún tiempo a distribuir todas las mañanas limonada y pastillas de cal; pero estos preventivos, tan eficaces comúnmente, no ejercieron ninguna acción sensible en los enfermos, y la dolencia, siguiendo su curso, ofreció bien pronto sus más horribles síntomas.

¡Qué espectáculo el de aquellos desgraciados, cuyos nervios y músculos contraían los más acerbos dolores! Sus piernas se hinchaban extraordinariamente, y se cubrían de anchas patequias y manchas de un

color azul negruzco; sus encías sanguinolentas y sus labios hinchados no permitían pasar más que sonidos inarticulados, y la masa de la sangre, completamente alterada y desprovista de fibrina, no transmitía ya la vida a las extremidades del cuerpo.

Clifton fue el primero a quien atacó la cruel enfermedad, y luego Gripper, Brunton y Strong tuvieron que renunciar a salir de su coy. Aquellos a quienes la afección no había aún invadido, no podían evitar el espectáculo de tan duros sufrimientos, pues no había más abrigo que la sala común, y era forzoso permanecer en ella. Así que aquella sala se transformó muy pronto en hospital, pues de los dieciocho tripulantes del *Forward*, trece cayeron en pocos días enfermos de escorbuto. Parecía que Pen había de librarse del contagio, del cual le preservaba su vigorosa naturaleza. Shandon experimentó los primeros síntomas del mal; pero no se desenvolvieron enteramente, y el ejercicio llegó a mantenerle en un estado de salud suficiente.

El doctor cuidaba a sus enfermos con el mayor celo, y su corazón sufría en presencia de males que no podía aliviar. Sin embargo, hacía brotar la mayor alegría posible del seno de aquella tripulación consternada. Sus palabras, sus consuelos, sus reflexiones filosóficas, sus felices ocurrencias, rompían la monotonía de aquellas largas horas de dolor; leía en voz alta; su asombrosa memoria le suministraba narraciones recreativas, en tamo que los marineros aún no desvalidos formaban alrededor de la estufa un estrecho círculo; pero los gemidos de los enfermos, sus quejas, sus gritos de desesperación le interrumpían algunas veces, y él, suspendiendo sus anécdotas, volvía a convertirse en médico servicial y celoso.

Su salud, por otra parte, resistía. No enflaquecía, y su gordura hacía las veces de un abrigo. Así es que él decía que estaba muy contento de hallarse vestido como las focas y las ballenas, que, gracias a sus espesas capas de grasa, soportan fácilmente los ataques de una atmósfera ártica.

Hatteras no experimentaba nada, ni física ni moralmente. Parecía que los sufrimientos de su tripulación le afectaban muy poco. Tal vez no permitía a su rostro reflejar sus emociones interiores, y, sin embargo, un observador atento hubiera sorprendido algunas veces un corazón de hombre palpitando bajo aquella armadura de hierro.

El doctor lo analizaba, lo estudiaba, sin poder llegar a clasificar aquella organización extraña, aquél temperamento sobrenatural.

El termómetro bajó aún más; el paseo de cubierta estaba desierto, y los perros esquimales eran los únicos que lo recorrían lanzando lastimosos aullidos.

Había siempre un hombre de guardia junto a la estufa para cuidar de que no se apagase, lo que era muy importante, pues apenas empezaba a disminuir la lumbre, el frío penetraba en la sala, el hielo se incrustaba en las paredes, y la humedad, súbitamente condensada, caía como una nevada sobre los infortunados habitantes del bergantín.

En medio de tan indecibles tormentos, llegó el 8 de diciembre. Por la mañana, el doctor fue a consultar, como tenía por costumbre, el termómetro colocado en el exterior. Halló el mercurio enteramente helado en el tubo.

«¡Cuarenta y cuatro grados bajo cero!», dijo con asombro.

Y aquel día se echó en la estufa el último pedazo de carbón que había a bordo.

Capítulo XXVII

LOS GRANDES FRÍOS DE NAVIDAD

HUBO entonces un momento de desesperación. La idea de morir, y de morir de frío, apareció en todo su horror; aquel último pedazo de carbón ardía con un chisporroteo siniestro; el fuego estaba próximo a su fin, y la temperatura de la sala bajaba sensiblemente. Pero Johnson fue a buscar algunos pedazos del nuevo combustible que le habían suministrado los animales marinos, y los introdujo en la estufa, y añadiendo a ellos estopa empapada en aceite helado, obtuvo muy pronto un calor suficiente. El olor de la grasa era insoportable, pero ¿qué remedio había? Era menester acostumbrarse. El mismo Johnson convino en que su expediente dejaba algo que desear y que no lo adoptarían fácilmente las casas de Liverpool medianamente acomodadas.

—Y sin embargo —añadió—, este olor, tan desagradable, puede darnos buenos resultados.

—¿Cuáles? —preguntó el carpintero.

—Atraerá sin duda a los osos, a quienes gustan estas emanaciones.

—Bien —replicó Bell—, ¿pero qué necesidad tenemos de osos?

—Amigo Bell —respondió Johnson—, no podemos ya contar con las focas, que han desaparecido para mucho tiempo, y si no vienen los osos a proveemos de combustible, no sé lo que será de nosotros.

—Dices bien, Johnson; nuestra suerte está muy lejos de parecerme asegurada; esta situación es espantosa, y si nos llega a faltar todo género de combustible, no veo ya medio…

—¡Aún quedaría uno!

—¿Uno? —respondió Bell.

—¡Sí, Bell! En el último extremo… Pero jamás el capitán… Y, sin embargo, tal vez será preciso recurrir a él.

El viejo Johnson sacudió tristemente la cabeza y se abismó en reflexiones silenciosas, de las que Bell no quiso sacarle. Sabía que aquellos pedazos de grasa tan laboriosamente adquiridos, no durarían ocho días a pesar de la más severa economía.

El contramaestre no se engañaba. Algunos osos, atraídos por las exhalaciones fétidas, se presentaron a sotavento del *Forward*, y los hombres útiles les dieron caza, pero los osos están dotados de una agilidad suma y de una astucia que burla todas las estratagemas, por lo que fue imposible acercarse a ellos, y las balas de los más diestros tiradores no pudieron alcanzarlos.

La tripulación del bergantín estaba seriamente expuesta a morir de frío, y era incapaz de resistir cuarenta y ocho horas a aquella temperatura cuando invadiese la sala común. Todos veían con terror acercarse a su conclusión el último pedazo de combustible.

Y este último pedazo se consumió el 20 de diciembre a las tres de la tarde. El fuego se apagó, y los marineros, formando círculo alrededor de la estufa, se miraban con ojos azorados. Hatteras permaneció inmóvil en su rincón, y el doctor, según su costumbre, se paseaba con agitación, sin encontrar en su ingenio ningún recurso.

La temperatura bajó de pronto en la sala a 7° bajo cero (—22° centígrados).

Pero si el doctor había agotado sus recursos, si no sabía ya qué hacer, otros lo sabían. Shandon, frío y

resuelto; Pen, echando chispas por los ojos, y dos o tres de sus camaradas, de los que aún podían arrastrarse, se dirigieron hacia Hatteras.

—¡Capitán! —dijo Shandon.

Hatteras, absorbido en sus pensamientos, no lo oyó.

—¡Capitán! —insistió Shandon, tocándole con la mano.

Hatteras se levantó.

—¿Qué se os ofrece? —dijo.

—Capitán, no tenemos fuego.

—¿Y qué? —respondió Hatteras.

—¡Si vuestra intención es que muramos de frío —repuso Shandon con una terrible ironía—, os suplicamos que nos lo digáis!

—Mi intención —repuso Hatteras con voz grave— es que cada cual cumpla con su deber, hasta lo último.

—Hay algo superior al deber, capitán —respondió el segundo—, y es el derecho a la propia conservación. Os repito que no tenemos fuego, y que, siguiendo así, no vivirá dentro de dos días ni uno solo de nosotros.

—Yo no tengo leña —respondió sordamente Hatteras.

—¡Pues bien! —gritó Pen con violencia—. ¡Cuando no hay leña se va a cortar donde se encuentre!

Hatteras palideció de cólera.

—¿Dónde? —dijo.

—A bordo —respondió insolentemente el marinero.

—¡A bordo! —respondió el capitán, con los puños crispados y los ojos centelleantes.

—Eso es —respondió Pen—. ¡Cuando el buque no sirve ya para llevar su tripulación, se le quema!

Al principiar Pen su frase, Hatteras había cogido un hacha; al concluirla, el hacha estaba levantada sobre la cabeza del marinero.

—¡Miserable! —gritó.

El doctor se puso delante de Pen y lo separó; el hacha, al caer, quedó profundamente hundida en el pavimento. Johnson, Bell y Simpson, agrupados alrededor de Hatteras, parecían resueltos a sostenerle. Pero voces lamentables, quejumbrosas, dolientes, salieron de aquellos *coys*, transformados en lechos de muerte.

—¡Fuego, fuego! —Gritaban los pobres enfermos, invadidos por el frío bajo sus mantas.

Hatteras hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y después de algunos instantes de silencio, pronunció tranquilamente estas palabras:

—Si destruimos nuestro buque, ¿cómo volveremos a Inglaterra?

—Capitán —respondió Johnson—, podríamos tal vez quemar sin inconvenientes las partes menos útiles: las bordas…

—Quedarían siempre las lanchas —repuso Shandon—. Y, además, ¿quién nos impediría construir un buque más pequeño con los restos del antiguo?

—¡Jamás! —respondió Hatteras.

—Pero… —Repusieron muchos marineros levantando la voz.

—Tenemos abundancia de alcohol —respondió Hatteras—. Quemad hasta la última gota.

—¡Bien por el alcohol! —respondió Johnson, afectando una confianza que su corazón no abrigaba.

Y con el auxilio de largas mechas, sumergidas en aquel licor, cuya llama pálida lamía las paredes de la estufa, pudo elevar algunos grados la temperatura de la sala.

Durante los días que siguieron a aquella escena de desolación, el viento volvió al Sur, y subió el termómetro. La nieve formaba torbellinos en una atmósfera menos rígida. Algunos marineros pudieron salir del buque durante las horas menos húmedas del día; pero las oftalmías y el escorbuto obligaron a la mayor parte a permanecer a bordo. Además, la pesca y la caza no fueron practicables.

Y amén de todo, aquella leve aminoración de las atroces violencias del frío no era más que una tregua pasajera, pues el 25, después de una inesperada variación del viento, el mercurio helado desapareció de nuevo del tubo del instrumento, y hubo que recurrir al termómetro de alcohol, que no llegan a congelar los fríos más intensos.

El doctor, espantado, lo encontró a 66° bajo cero (—52° centígrados). Difícilmente habrá sido nunca dado al hombre soportar semejante temperatura.

El hielo se extendía sobre el pavimento formando largos espejos empañados. Una niebla espesa invadía la sala; la humedad se convertía en densa niebla; no se veían los unos a los otros; el calor humano se retiraba de las extremidades del cuerpo; los pies y las manos se volvían azules; rodeaba la cabeza un círculo de hielo, y el pensamiento, confuso, debilitado, helado, conducía al delirio. ¡Síntoma espantoso! La lengua no podía articular una palabra.

Hatteras, desde el día en que se le amenazó con quemar su buque, vagaba muchas horas sobre cubierta. Estaba alerta, vigilaba. ¡Aquella madera era su carne! ¡Cortando un pedazo de ella, se le cortaba un miembro! Estaba armado, y hacía de centinela, insensible al frío, a la nieve, al hielo que

atiesaba sus vestidos y le envolvía como una coraza de granito. *Duck*, comprendiéndole, seguía sus paseos y le acompañaba con sus aullidos.

Sin embargo, el 25 de diciembre bajó a la sala común. El doctor, aprovechando un resto de energía, fue derecho a él.

—¡Hatteras —le dijo—, vamos a morir por falta de fuego!

—¡Jamás! —contestó Hatteras, sabiendo bien a qué petición respondía.

—Es preciso —repuso nuevamente el doctor.

—¡Jamás! —repitió Hatteras con más fuerza—. ¡Jamás lo Consentiré! ¡Jamás! ¡Que se me desobedezca si se quiere!

Eso era dar libertad de obrar, y Johnson y Bell se lanzaron a la cubierta. Hatteras oyó crujir bajo el hacha la madera de su bergantín, y lloró.

Aquel día era el día de Navidad, la fiesta de la familia; en Inglaterra, la noche de las reuniones infantiles. ¡Qué amargo recuerdo el de aquellas criaturas alegres alrededor de un árbol adornado con

cintas! ¿Quién no recordaría entonces aquellas espaciosas fuentes de carne asada que suministraba el buey cebado expresamente para aquella ocasión? ¿Y aquellas tortas, y aquellos pasteles en que se hallaban amalgamados ingredientes de todo género para aquel día tan caro a los corazones ingleses? ¡Qué contraste con aquel dolor, con aquella desesperación, con aquella miseria a su colmo, y para árbol de Navidad, un pedazo de madera de un buque perdido en lo más profundo de la zona glacial!

Sin embargo, bajo la influencia del fuego, recobró sentimiento y fuerza el corazón de los marineros; las tazas calientes de té o de café produjeron un bienestar instantáneo, y la esperanza se arraiga tan tenazmente en el ánimo que el corazón se regocija a la menor de sus sonrisas. En medio de tantas alternativas terminó aquel año funesto de 1860, cuyo precoz invierno había burlado los atrevidos proyectos de Hatteras.

Y sucedió que precisamente el 1 de enero de 1861 fue señalado por un inesperado descubrimiento. Hacía un poco menos de frío; el doctor había vuelto a sus acostumbrados estudios, y leía las relaciones de Sir Edward Belcher sobre su expedición a los mares polares. De repente, un pasaje, hasta entonces inadvertido, le llenó de asombro; volvió a leerlo, y vio que no se había equivocado.

Sir Edward Belcher refería que después de haber llegado al extremo del canal de la Reina, había descubierto vestigios importantes del paso y de la permanencia de los hombres.

«Son —decía— restos de viviendas muy superiores a cuanto se puede atribuir a las costumbres groseras de las tribus errantes de esquimales. Sus paredes están bien sentadas en una tierra profundamente cavada; el área del interior, cubierta de una capa espesa de excelente casquijo, está enlosada. Osamentas de renos, zorras y focas se encuentran allí en gran número. *Allí nosotros encontramos también carbón*».

A estas últimas palabras brotó una idea en el cerebro del doctor; cogió su libro, y enseñó el pasaje a Hatteras.

—¡Carbón! —exclamó éste.

—¡Sí, Hatteras, carbón, es decir, la salvación para nosotros!

—¡Carbón en esta costa desierta! —repuso Hatteras—. ¡No, no es posible!

—¿Por qué dudarlo, Hatteras? Belcher no se hubiera aventurado a citar un hecho semejante sin ser cierto, sin haberlo visto con sus propios ojos.

—¿Y suponiendo que sea cierto, doctor?

—Nos hallamos a menos de cien millas de la costa en que Belcher vio carbón. ¿Y qué es una excursión de cien millas? Nada. Expediciones más largas se han realizado atravesando hielos y fríos como los que a nosotros nos cercan. ¡Partamos, pues, capitán!

—¡Partamos! —gritó Hatteras, que había rápidamente tomado su partido, y con la movilidad de su imaginación, entreveía probabilidades de éxito.

Inmediatamente se dio a conocer a Johnson esta resolución. Johnson aprobó el proyecto, y lo comunicó a sus camaradas, habiendo entre éstos algunos que lo aplaudieron y otros que lo acogieron con indiferencia.

—¡Carbón en estas costas! —dijo Wall, sepultado en su lecho de dolor.

—Dejémosles hacer —le respondió misteriosamente Shandon.

Pero antes de empezar los preparativos de viaje, Hatteras quiso volver a comprobar con perfecta exactitud la posición del *Forward*. Se comprende muy bien la importancia de este cálculo, y los motivos que había para determinar la situación matemáticamente. Una vez lejos del buque, no era posible volverlo a hallar sin datos ciertos.

Hatteras subió, pues, a cubierta; recorrió en diferentes momentos varias distancias lunares y las alturas meridianas de las principales estrellas.

Estas observaciones presentaban serias dificultades, porque, por lo bajo de la temperatura, los espejos y lentes de los instrumentos se cubrían al aliento de Hatteras de una capa de hielo, y más de una vez el capitán sintió abrasarse sus párpados al apoyarlos en el cobre de los anteojos.

Pudo, no obstante, obtener bases muy exactas para sus cálculos, y volvió a la sala para enumerarlos debidamente. Terminado este trabajo, levantó la cabeza con asombro, cogió su carta de marear, hizo en ella sus apuntes y miró al doctor.

—¿A qué latitud nos hallábamos al principio de la invernada?

—A los 78° y 15′ de latitud, 95° 35′ de longitud, precisamente en el polo del frío.

—¡Pues bien —añadió Hatteras en voz baja—; nuestro campo de hielo deriva! ¡Nos hallamos 2° más al Norte y más al Oeste, a 300 millas al menos de vuestro depósito de carbón!

—¡Y los desgraciados que ignoran…! —exclamó el doctor.

—¡Silencio! —dijo Hatteras, poniéndose un dedo en los labios.

Capítulo XXVIII

PREPARATIVOS DE MARCHA

HATTERAS no quiso poner a su tripulación al corriente de esta nueva situación. Obró perfectamente. Aquellos desventurados, sabiendo que los arrastraba hacia el Norte una fuerza irresistible, se hubieran tal vez entregado a arrebatos de desesperación. El doctor lo comprendió y aprobó el silencio del capitán. Éste guardaba en su corazón las impresiones que le causaba aquel presentimiento. Aquél fue su primer instante de felicidad después de largos meses pasados en incesante lucha contra los elementos. Se hallaba arrastrado a 150 millas más al Norte, a menos de 8° del Polo. Pero ocultó tan profundamente su alegría, que ni el mismo doctor pudo sospecharla. El doctor se preguntaba a sí mismo por qué los ojos de Hatteras lucían con brillo insólito; pero nada más, y ni siquiera se le ocurrió la respuesta tan natural que se podía dar a su pregunta.

El *Forward*, acercándose al Polo, se había alejado de aquella mina de carbón observada por Sir Edward Belcher. Para encontrarla, tenía que andar hacia el Sur, no 100 millas, sino 250. Sin embargo, después de una breve discusión sobre el particular, ente Hatteras y Clawbonny, se insistió en la idea del viaje.

Si Belcher, de cuya veracidad no había motivos para dudar, había dicho la verdad, las cosas debían hallarse en el mismo estado en que él las dejó. Desde 1853 no se había dirigido ninguna nueva expedición hacia aquellos continentes extremos. Bajo aquella altitud se encontraban pocos esquimales o ninguno. Él trastorno sobrevenido en la isla Beechey no podía reproducirse en las costas de Nuevo Cornualles. La baja temperatura del clima conservaba indefinidamente los objetos abandonados a su influencia. Todas las probabilidades se reunían, pues, en favor de la proyectada excursión atravesando los hielos.

Se calculó que el viaje podría, todo lo más, durar cuarenta días, y Johnson hizo los preparativos en consecuencia.

Lo primero de que creyó deber ocuparse fue del trineo, el cual era de forma groenlandesa, y tenía 35 pulgadas de ancho, y de largo unos 24 pies. Los esquimales los construyen de una longitud que pasa con frecuencia de 50 pies. Él de Hatteras se componía de largas tablas combadas, anterior y posteriormente, y tendidas como un arco por medio de dos recias cuerdas. Ésta disposición le daba cierto resorte, que volvía los choques menos peligrosos. El trineo corría bastante sobre el hielo; pero en días de nieve, cuando los copos blancos no estaban aún bastante endurecidos, se le adaptaban dos bastidores verticales sobrepuestos, que le permitían avanzar lo mismo sin ofrecer mayor resistencia al arrastre. Además, frotándole con una mezcla de azufre y nieve, según el método esquimal, se deslizaba con una facilidad notable.

Su tiro se componía de seis perros, los cuales, no obstante estar muy flacos, eran fuertes, y no parecía que se resintieran mucho de la crudeza de aquel invierno. Sus arneses, de piel de reno, se hallaban en buen estado, habiéndolos vendido los groenlandeses de Uppernawik concienzudamente. Los seis animales, sin fatigarse demasiado, podían arrastrar juntos un peso de 2.000 libras.

Los efectos del campamento fueron unas tiendas para el caso en que fuese imposible la construcción

de una *snow-house*[31], una ancha tela impermeable para extender sobre la nieve e impedir que ésta se derritiese al contacto del cuerpo, y varias mantas de lana y pieles de búfalo. Además, la expedición se llevaba también un *hakket boat*.

Las provisiones consistieron en cinco cajas de *pemmican*, que pesaban unas 450 libras. Se contaba por cada persona y cada perro una libra de *pemmican*. Los perros, incluyendo a *Duck*, eran siete; los hombres no debían ser más que cuatro. Llevábanse también 12 galones de alcohol, es decir, unas ciento cincuenta libras, té, galletas en cantidad suficiente, una cocina portátil, un sinnúmero de mechas y de estopas, pólvora, municiones y cuatro escopetas de dos cañones. Los expedicionarios, adoptando la invención del capitán Parry, debían gastar cintos de caucho, en los cuales el calor del cuerpo y el movimiento de la marcha mantienen en estado líquido el café, el té y el agua.

Johnson se ocupó muy particularmente de la construcción de los *snow-shoes*, calzado para nieve, montado sobre plantillas de madera, cubierto de cuero, que en caso necesario era también propio para patinar, remplazándole, sin embargo, con ventaja las botas de piel de reno en los terrenos enteramente helados y endurecidos. Cada viajero debía proveerse de dos pares de cada clase.

En estos preparativos tan importantes, puesto que una omisión insignificante podía acarrear la pérdida de una expedición, se invirtieron cuatro días. Hatteras, todos los días, a las doce, tenía cuidado en asegurarse de la posición del buque, el cual no derivaba ya, y preciso era, para verificar el regreso, adquirir esta seguridad absoluta.

Hatteras fijó su atención en los hombres que debían seguirle. Esta decisión era grave. Algunos no servían para el caso, pero era también expuesto dejarles a bordo. Sin embargo, como la salvación común dependía del éxito del viaje, pareció oportuno al capitán escoger, ante todo, compañeros seguros y experimentados.

Shandon quedó, pues, excluido, por lo cual no manifestó ningún sentimiento. James Wall, postrado en cama, no podía formar parte de la expedición.

El estado de los enfermos, si no mejoraba, no empeoraba tampoco. Su tratamiento se reducía a fricciones repetidas y altas dosis de limonada. No era difícil de seguir ni necesitaba en manera alguna la presencia del médico. Éste se puso a la cabeza de los viajeros, y su partida no dio motivo a ninguna reclamación.

Johnson deseaba con toda su alma acompañar al capitán en su peligrosa empresa; pero el capitán le llamó aparte, y con una voz afectuosa, casi conmovida le dijo:

—Johnson, yo sólo tengo confianza en vos. Sois el único oficial a quien puedo dejar mi buque. Es menester que permanezcáis en él para vigilar a Shandon y a los otros. Se hallarán aquí encadenados por el invierno, ¿pero quién sabe las funestas resoluciones de que su maldad es capaz? Os daré mis instrucciones formales, que, en caso necesario, pondrán el mando en vuestras manos. Vos seréis otro yo. Nuestra ausencia será todo lo más de cuatro o cinco semanas, y yo estaré tranquilo teniéndoos a vos donde no puedo hallarme yo. Necesitaréis leña, Johnson. —¡Ya lo sé!

—Pero, en cuanto sea posible, salvad mi pobre bergantín. ¿Me entendéis, Johnson?

—Perfectamente, capitán —respondió el viejo marino—. Y me quedaré, puesto que os conviene.

—¡Gracias! —dijo Hatteras estrechando la mano de su contramaestre, y añadió—: Si no vuelvo, Johnson, aguardad hasta el próximo deshielo, y procurad verificar un reconocimiento hacia el Polo. Si los demás se oponen a ello, no penséis más en nosotros, y reconducid al *Forward* a Inglaterra.

—¿Es ésa vuestra voluntad, capitán?

—Mi voluntad absoluta —respondió Hatteras.

—Vuestras órdenes serán ejecutadas —dijo sencillamente Johnson.

Tomada esta resolución, el doctor sintió mucho separarse de su digno amigo, pero tuvo que reconocer que Hatteras hacía bien en obrar como obraba.

Los otros dos compañeros de viaje fueron el carpintero Bell y Simpson. El primero, muy sano y robusto, bravo y servicial, debía prestar grandes servicios para acampar en la nieve; el segundo, aunque menos resuelto, se resignó, sin embargo, a formar parte de una expedición donde podía ser muy útil en su doble calidad de cazador y pescador inteligente.

El destacamento se compuso, pues, de Hatteras, de Clawbonny, de Bell, de Simpson y del fiel *Duck*; había, por consiguiente, que alimentar cuatro hombres y siete perros. Las provisiones se habían calculado en consecuencia.

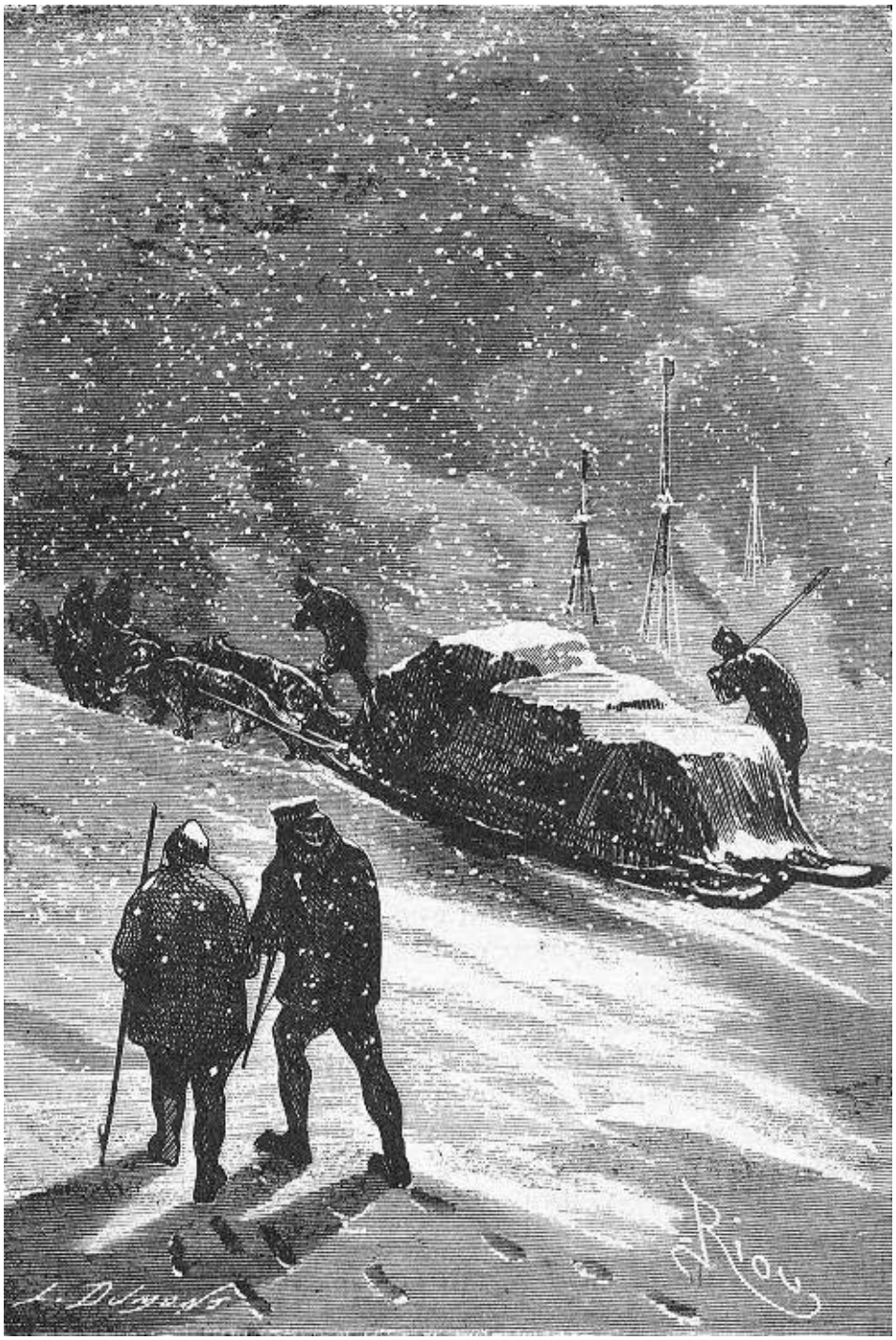
Durante los primeros días de enero, la temperatura, en término medio, se mantuvo a 33° bajo cero (—37° centígrados). Hatteras esperaba con impaciencia una variación del tiempo. Consultó varias veces el barómetro, pero ya sabía que no podía fiarse de él, que es un instrumento que bajo las altas latitudes pierde, al parecer, su veracidad habitual. La Naturaleza en aquellos climas sufre notables excepciones en sus leyes generales. La pureza del cielo no siempre está acompañada de frío, y no siempre la nieve acarrea una elevación en la temperatura. El barómetro es un instrumento incierto, como lo habían ya notado muchos navegantes de los mares polares. Descendía a veces con los vientos del Norte y del Este. Bajo, traía buen tiempo, y alto, traía nieve o lluvia. No se podía, pues, contar con sus indicaciones.

Por último, el 5 de enero, una brisa del Este produjo una subida de 15°. La pluma termométrica subió a 18° bajo cero (—28° centígrados). Hatteras resolvió partir al día siguiente, no pudiendo ya por más tiempo estar presenciando el destrozo de su bergantín, cuya toldilla había ya, toda entera, pasado a la estufa.

Así, pues, el 6 de enero, en medio de ráfagas de nieve, se dio la orden de marcha. El doctor dio a los enfermos los últimos consejos, y Bell y Simpson dieron a sus compañeros silenciosos apretones de mano. Hatteras quiso despedirse en voz alta, pero se vio rodeado de miradas malévolas, y creyó sorprender en los labios de Shandon una sonrisa irónica. Guardó silencio, y tal vez vaciló un instante antes de partir, fijando en el *Forward* sus miradas.

Pero no podía volverse atrás en su decisión. El trineo, cargado y con el tiro puesto, aguardaba en el campo de hielo; Bell tomó la delantera, y los demás lo siguieron. Johnson acompañó a los viajeros hasta la distancia de un cuarto de milla. Hatteras le rogó que volviese a bordo, y el viejo marino retrocedió después de una larga despedida.

En aquel momento, Hatteras, volviéndose por última vez hacia el bergantín, vio desaparecer los topes de su elegante arboladura en las sombrías nubes del cielo.



Capítulo XXIX

POR LOS CAMPOS DE HIELO

LOS expedicionarios descendieron hacia el Sudeste. Simpson dirigía el trineo. *Duck* le ayudaba con celo, sin que le causase novedad el oficio de sus semejantes. Hatteras y el doctor marchaban detrás, y Bell, encargado de despejar el camino, avanzaba a la cabeza, sondeando los hielos con la punta de hierro de su palo.

La subida del termómetro anunciaba una nevada, que, efectivamente, no se hizo aguardar mucho. La nieve cayó muy pronto en densos copos. Aquellos torbellinos opacos eran una nueva dificultad para los viajeros, que se separaban de la línea recta. No andaban de prisa; sin embargo, se pudo contar que por término medio harían unas tres millas por hora.

El camino de hielo, atormentado por las presiones de la helada, presentaba una superficie desigual y escabrosa. Los choques y tropezones del trineo eran frecuentes, y siguiendo las pendientes del camino se inclinaba algunas veces lo suficiente para causar zozobra, pero, en fin, se salió del paso.

Hatteras y sus compañeros se envolvían cuidadosamente en sus vestidos de piel, cortados a la moda groenlandesa. El corte no era de los más elegantes, pero se apropiaba a las necesidades del clima. La cara de los viajeros se hallaba limitada por otra estrecha cogulla impenetrable al viento y a la nieve. La boca, la nariz y los ojos eran los únicos que sufrían el contacto del aire, del cual era conveniente no preservarse. Nada hay tan incómodo como las corbatas altas y los tapabocas, que el hielo atiesa al momento. Por la noche no se hubiera podido quitar sino a hachazos, lo que, aunque sea en los mares árticos, es una manera poco decente de desnudarse. Convenía, al contrario, dejar paso libre a la respiración, la cual, delante de un obstáculo, se hubiera inmediatamente congelado.

La interminable llanura se recorría con una monotonía fatigosa. Dondequiera, témpanos acumulados bajo aspectos uniformes, *hummocks*, cuya irregularidad concluía por aparecer regular, peñascos fundidos en un mismo molde, e *icebergs*, entre los cuales serpenteaban tortuosos valles. Se marchaba brújula en mano, y los viajeros hablaban poco. En aquella fría atmósfera, el acto de abrir la boca constituía un verdadero dolor; agudos cristales de hielo se formaban de repente entre los labios, sin que el calor del aliento llegase a disolverlos. Se andaba silenciosamente, y todos tanteaban con su palo aquel suelo desconocido. Las huellas de Bell quedaban impresas en las capas blandas, y los demás las seguían atentamente, con la seguridad de que por donde había pasado su guía podían aventurarse todos.

Numerosas pisadas de osos y de zorras se cruzaban en todas direcciones; pero durante aquella primera jornada no se percibió ninguna zorra ni ningún oso. La caza, por otra parte, hubiera sido, a más de peligrosa, inútil, pues no se podía aumentar el peso del trineo, ya harto cargado.

Ordinariamente, en las excursiones de este género, los viajeros procuraban dejar víveres en el camino, que colocaban en escondrijos de nieve al abrigo de los animales, con lo que disminuyen su carga, y al regreso van poco a poco cogiendo aquellas provisiones cuyo transporte no les ha costado ningún trabajo.

Hatteras no podía recurrir a este medio en un campo de hielo tal vez movedizo. En tierra firme, el procedimiento hubiera sido practicable, pero no entre los *icefields*, donde las inseguridades del camino

vuelven muy problemático el regreso por puntos ya recorridos.

Al mediodía, Hatteras mandó hacer alto a su comitiva al abrigo de un murallón de hielo. El almuerzo se compuso de *pemmican* y té hirviendo, cuyas cualidades tónicas produjeron un verdadero bienestar a los viajeros.

Volvióse a emprender la marcha después de una hora de descanso. Unas 20 millas se habían andado en aquella primera jornada, y por la noche hombres y perros estaban rendidos de fatiga.

Sin embargo, preciso era, a pesar del cansancio, construir una casa de nieve para pasar en ella la noche. La tienda hubiera sido insuficiente. En la construcción de la casa se invirtió una hora y media. Bell se manifestó muy hábil. Los témpanos de hielo, cortados a cuchillo, se sobrepusieron con rapidez, se rodearon en forma de cúpula y, con un cuadrado formando la llave de la bóveda, se aseguró la solidez del edificio. Con la nieve blanda, que servía de argamasa, se llenaron los intersticios, y endurecida luego, formó cuerpo común con los témpanos, que se redujeron todos a uno solo.

Una abertura estrecha, por la cual era preciso deslizarse a rastras, permitía entrar en la improvisada gruta. El primero que entró, no sin trabajo, fue el doctor, y los demás lo siguieron. Se preparó rápidamente la cena, sin más combustible que el alcohol. La temperatura interior de aquella *snow-house* era muy soportable, no penetrando en ella el viento, que arreciaba extraordinariamente.

—¡A la mesa! —exclamó el doctor con voz meliflua.

Y aquella cena, siempre la misma, poco variada, pero confortante, se hizo en común. Cuando hubo concluido, no se pensó más que en dormir, y se tendieron sobre la capa de nieve las telas de *mackintosh*,

que preservaban de toda humedad. Se secaron a la llama de la cocina portátil las medias y las botas, y luego, tres de los viajeros, envueltos en sus mantas de lana, durmieron sucesivamente bajo la custodia del cuarto, el cual velaba por la seguridad de todos y para impedir que la abertura de la casa se cerrase; pues no habiendo cuidado, era fácil quedarse enterrados vivos.

Duck participaba del aposento común, pero sus congéneres groenlandeses se quedaron fuera, y después de cenar como todos los hijos de vecino, se agazaparon bajo la nieve, que se convirtió muy pronto en una cubierta impermeable.

La fatiga de aquel día no tardó en traer un buen sueño. El doctor despertó a las tres de la mañana. El huracán se había desencadenado durante la noche. ¡Extraña situación la de aquellos individuos aislados, perdidos en la nieve, sepultados en una tumba cuyas paredes engrosaban las ráfagas!

Al día siguiente, a las seis de la mañana, se volvió a emprender la monótona marcha. ¡Siempre los mismos valles, los mismos *icebergs*, una uniformidad que volvía difícil la elección de puntos de referencia! Sin embargo, la temperatura, bajando algunos grados, volvió más rápido el paso de los viajeros, porque heló las capas de nieve. Se encontraban con frecuencia cerrillos que parecían *cairns* o viviendas de esquimales, y el doctor, para tranquilidad de su conciencia, hizo demoler uno, en el cual no encontró más que un témpano de hielo.

—¿Qué esperabais, Clawbonny? —Le decía Hatteras—. ¿No somos acaso nosotros los primeros hombres que han puesto el pie en esta parte del Globo?

—Es lo probable —respondió el doctor—. Pero, en fin, ¿quién sabe?

—No perdáis el tiempo en vanas investigaciones —repuso el capitán—; tengo prisa en volver a mi bergantín, aunque llegue a faltarnos este combustible tan deseado.

—Acerca del particular —dijo el doctor—, tengo buenas esperanzas.

—Doctor —decía con frecuencia Hatteras—, yo he hecho mal en dejar el *Forward*; he cometido una falta que no me perdonaré nunca; el puesto de un capitán está a bordo, y no en otra parte.

—Allí está Johnson.

—¡Sin duda…! ¡Démonos prisa! ¡Mucha prisa!

El trineo marchaba rápidamente. Oíanse los gritos de Simpson, que arreaba los perros, los cuales, a consecuencia de un fenómeno de fosforescencia, corrían sobre un suelo inflamado, y el trineo levantaba, al parecer, una polvareda de chispas. El doctor se había adelantado un poco para examinar la naturaleza de aquella nieve, cuando de repente, queriendo saltar un *hummock*, desapareció como por una escotilla. Bell, que se hallaba cerca de él, corrió inmediatamente.

—Señor Clawbonny —gritó con inquietud, en tanto que llegaban a él Hatteras y Simpson—. ¿Dónde os habéis metido?

—¡Doctor! —gritó el capitán.

—¡Aquí estoy! En un agujero —respondió una voz tranquilizadora—. Echadme un pedazo de cuerda, y vuelvo a la superficie del Globo.

Se tendió una cuerda al doctor, el cual se hallaba acurrucado en el fondo de un embudo que tendría unos diez pies; se la ató por debajo de los sobacos, y sus tres compañeros lo izaron, no sin algunas dificultades.

—¿Estáis herido? —preguntó Hatteras.

—¡Ni por pienso! Para mí no hay peligros —respondió el doctor, sacudiendo su risueña cara cubierta de nieve.

—¿Pero cómo ha sido eso?

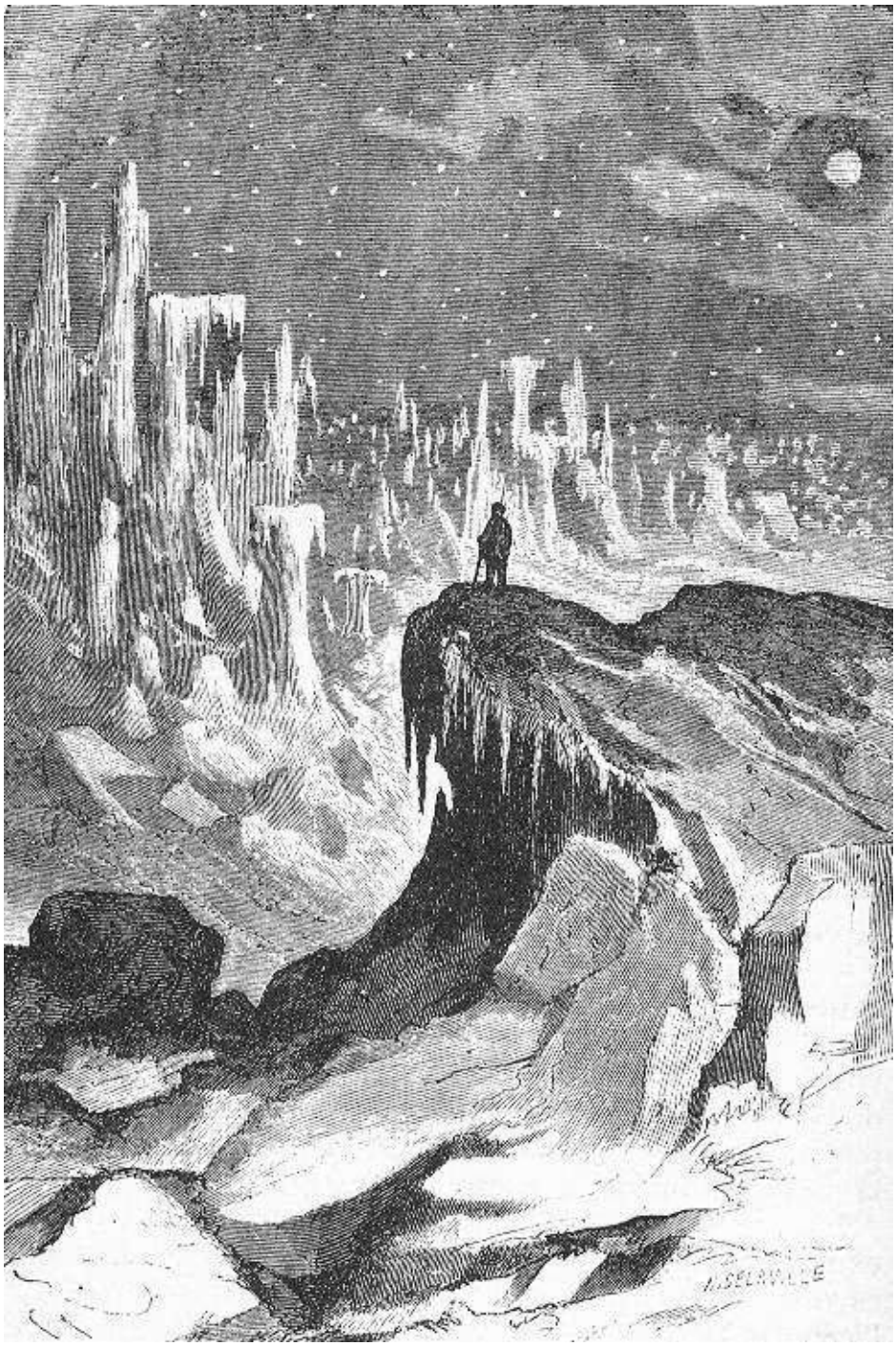
—La culpa es de la refracción —respondió riendo—. ¡Siempre la refracción! Creía salvar un intervalo de un pie de ancho, y he caído en un agujero que tiene diez de profundidad. ¡Ilusiones ópticas! ¡Son las únicas que me quedan, pero éstas me ha de costar trabajo perderlas! Que lo que acaba de pasar os enseñe a no dar un paso sin haber sondeado el terreno, porque aquí no se puede contar con los sentidos. Aquí los oídos oyen mal y los ojos ven peor. Estamos verdaderamente en un país de predilección.

—¿Podemos proseguir nuestro camino? —preguntó el capitán.

—¡Adelante, Hatteras, adelante! Mi insignificante caída me ha causado más provecho que daño.

Volvióse a emprender el camino hacia el Sudeste, y llegada la noche los viajeros se detuvieron, después de haber andado un espacio de 25 millas. Estaban molidos, lo que no impidió al doctor encaramarse por una montaña de hielo mientras se construía la casa.

La Luna, casi llena aún, brillaba con un resplandor extraordinario en el cielo puro. Las estrellas despedían rayos de una intensidad sorprendente, y desde la cúspide del *iceberg*, la vista se extendía por una inmensa llanura, erizada de torres de extrañas formas. Al verlas dispersas, resplandeciendo bajo la Luna, cortando sus limpios perfiles entre las sombras circundantes, semejantes a columnas erguidas, a pirámides vueltas algunas de ellas al revés, a losas funerarias, se creería contemplando un vasto cementerio sin árboles, triste, silencioso, infinito, en el cual veinte generaciones del mundo entero se hubieran echado cómodamente para dormir el sueño eterno.



A pesar del frío y la fatiga, el doctor se abismó en una larga contemplación, de la que a sus compañeros costó un poco sacarle. Pero era preciso descansar, y la casa de nieve estaba preparada. Los cuatro viajeros se acurrucaron en ella como topos y no tardaron en dormirse.

Se pasaron algunos días sin ningún incidente particular, haciéndose el viaje con mayor o menor facilidad, con mayor o menor rapidez, según los caprichos de la temperatura, que tan pronto era seca y glacial como húmeda y penetrante. Se variaba de calzado según la naturaleza del terreno.

Así se llegó al 13 de enero. La Luna, en su último cuarto, era visible durante muy poco tiempo. El Sol, aunque siempre oculto bajo el horizonte, daba ya seis horas de una especie de crepúsculo, insuficiente aún para alumbrar el camino, por lo que era preciso poner en él miras en conformidad con la dirección dada por el compás. Bell iba a la cabeza, y detrás de él marchaba Hatteras en línea recta. Después, Simpson y el doctor, marchando uno en pos de otro, de manera que no percibiesen más que a Hatteras, procuraban de este modo mantenerse en línea recta. Y, sin embargo, a pesar de tantos cuidados, se separaban algunas veces hasta treinta y cuarenta pasos, y entonces había necesidad de poner nuevas

miras.

El domingo, 15 de enero, Hatteras calculaba que habían avanzado 100 millas hacia el Sur. Aquella mañana se dedicó a la reparación de varios objetos de aseo y de campamento, y por la noche no se echó en olvido la lectura de la Biblia.

Al mediodía se emprendió de nuevo la marcha. La temperatura era baja, señalando el termómetro 32° bajo cero (—36° centígrados), en una atmósfera pura.

De repente, sin que nada pudiese hacer presagiar aquella variación súbita, se levantó de tierra un vapor en estado de completa Congelación, que alcanzó una altura de unos 90 pies y permaneció inmóvil. No se veía nada a un paso de distancia, y aquel vapor se pegaba a los vestidos, cubriéndolos de agudos prismas.

Los viajeros, sorprendidos por aquel fenómeno del *frost-rime*[32], no tuvieron más que un pensamiento: el de reunirse; por lo que empezaron a llamarse los unos a los otros.

—¡Eh, Simpson!

—¡Bell, por aquí!

—¡Señor Clawbonny!

—¡Doctor!

—¡Capitán! ¿Dónde estáis?

Los cuatro compañeros de viaje se buscaban con los brazos tendidos en medio de la inmensa niebla, que no dejaba percepción alguna a la mirada. Pero lo que debía inquietarles es que no se obtenía ninguna respuesta, como si aquel vapor hiera impropio para transmitir los sonidos.

Se les ocurrió a todos la idea de disparar sus armas, a fin de señalar un punto de reunión. Pero si el sonido de la voz parecía demasiado débil, los estampidos de las armas de fuego eran demasiado fuertes, pues los ecos se apoderaban de ellos y producían un estrépito confuso, sin dirección apreciable.

Entonces obró cada cual según sus instintos. Hatteras se detuvo y, cruzándose de brazos, aguardó. Simpson se contentó con detener su trineo, lo que le costó bastante. Bell retrocedió buscando solícitamente las huellas con la mano. El doctor, tropezando con los témpanos, caía y se levantaba, iba de derecha a izquierda, volvía de izquierda a derecha, y se extraviaba más y más.

A los cinco minutos se dijo:

«¡Esto no puede durar! ¡Singular clima! ¡En él lo imprevisto abunda demasiado! ¡No se sabe con qué contar; además, esos prismas agudos que destrozan la cara!».

—¡Eh! ¡Eh! ¡Capitán! —gritó de nuevo.

Pero no obtuvo respuesta. Por lo que pudiera tronar, volvió a cargar su escopeta, y a pesar de sus gruesos guantes, el frío del cañón le quemaba las manos. Durante esta operación, le pareció entrever una masa confusa, que se movía a pocos pasos de él.

—¡Al fin! —exclamó—. ¡Bell! ¡Simpson! ¿Sois vosotros? ¡Veamos, responded!

Oyóse un sordo gruñido.

«¡Cáspita! —pensó el buen doctor—. ¿Quién andará por ahí?».

La mole se acercaba. Perdiendo su dimensión primera, se marcaban mejor sus contornos.

Un pensamiento terrible nació en el cerebro del doctor.

—¡Un oso! —se dijo.

En efecto, debía de ser un oso de gran tamaño. Extraviado en la niebla, iba, venia, retrocedía a riesgo de tropezar con los viajeros, cuya presencia seguramente no sospechaba.

«¡La cosa se complica!», pensó el doctor, permaneciendo inmóvil.

Tan pronto sentía el soplo del animal, que poco después se perdía en el *frost-rime*, como entreveía las patas enormes del monstruo, que azotaban el aire y pasaban tan cerca de él que sus agudas garras hicieron más de un rasguño en sus vestiduras. El doctor saltaba hacia atrás, y entonces la mole en movimiento se desvanecía a la manera de un espectro fantasmagórico.

Pero el doctor, retrocediendo, notó que el suelo se levantaba bajo sus pasos, y con la ayuda de las manos, subió encima de un témpano, y después encima de otro, y tentó con la punta de su palo.

—¡Un *iceberg*! —Se dijo—. ¡Si llego a la cumbre, me salvo!

Y así diciendo, se encaramó con una agilidad sorprendente a unos 80 pies de altura, y su cabeza se halló encima de la niebla helada, cuya parte superior parecía cortada con la mayor limpieza.

—¡Bueno! —dijo, y mirando alrededor, distinguió a sus tres compañeros sumergidos en aquel denso fluido.

—¡Hatteras!

—¡Señor Clawbonny!

—¡Bell!

—¡Simpson!

Los cuatro gritos partieron casi al mismo tiempo. El cielo, iluminado por un magnífico parhelio, despedía pálidos rayos que coloreaban el *frost-rime* a la manera de las nubes, y la cumbre de los *icebergs* parecía salir de una masa de plata líquida. Los viajeros se hallaban circunscritos dentro de un

círculo que tenía menos de 100 pies de diámetro. Gracias a la pureza de las capas de aire superiores debida a una temperatura muy fría, sus palabras se oían con una facilidad suma, y pudieron conversar desde lo alto de sus respectivos témpanos. Después de los primeros tiros, cada viajero, no obteniendo respuesta, comprendió que lo mejor que podía hacer era elevarse encima de la niebla.

—¡El trineo! —gritó el capitán.

—A ochenta pies debajo de nosotros —respondió Simpson.

—¿En buen estado?

—En buen estado.

—¿Y el oso? —preguntó el doctor.

—¿Qué oso? —respondió Bell.

—El que he encontrado, que me ha puesto en un gran apuro.

—¡Un oso! —exclamó Hatteras—. Bajemos, pues.

—¡No! —replicó el doctor—. Nos perderíamos otra vez, y volveríamos a las andadas.

—¿Y si acomete a nuestros perros? —preguntó Hatteras.

En aquel momento sonaron los ladridos de *Duck*, que salían de la niebla y llegaban fácilmente a los oídos de los viajeros.

—¡Es *Duck*! —gritó Hatteras—. Algo pasa. Yo bajo.

Aullidos de toda especie salían entonces de la niebla, como un espantoso concierto. *Duck* y los demás perros ladraban furiosos. Todo aquel ruido parecía un zumbido formidable, pero sin sonoridad, como sucede con los sonidos que se producen en una sala acolchada. Se comprendía que en el fondo de aquella espesa bruma se empeñaba algún combate invisible, y el vapor se agitaba algunas veces, como un mar durante la lucha de los monstruos marinos.

—¡*Duck*! ¡*Duck*! —gritó el capitán disponiéndose a volver a entrar en el *frost-rime*.

—¡Esperad, Hatteras, esperad! —respondió el doctor—. Me parece que la niebla se disipa.

No se disipaba, sino que bajaba como el agua de un estanque que se vacía poco a poco. Parecía que entraba de nuevo en el suelo donde había nacido. Las cumbres resplandecientes de los *icebergs* crecían encima de ella, y otros, sumergidos hasta entonces, salían como islas nuevas. Por una ilusión óptica fácil de concebir, los viajeros, firmes en sus conos de hielo, creían elevarse en la atmósfera a medida que el nivel superior de la niebla se deprimía debajo de ellos.

Pronto apareció lo alto del trineo, y luego los perros de tiro, y luego otros animales en número de unos treinta, y luego gruesas moles que se agitaban, y *Duck* que saltaba y que sacaba la cabeza de la capa helada y la escondía y la sacaba nuevamente.

—¡Zorras! —gritó Bell.

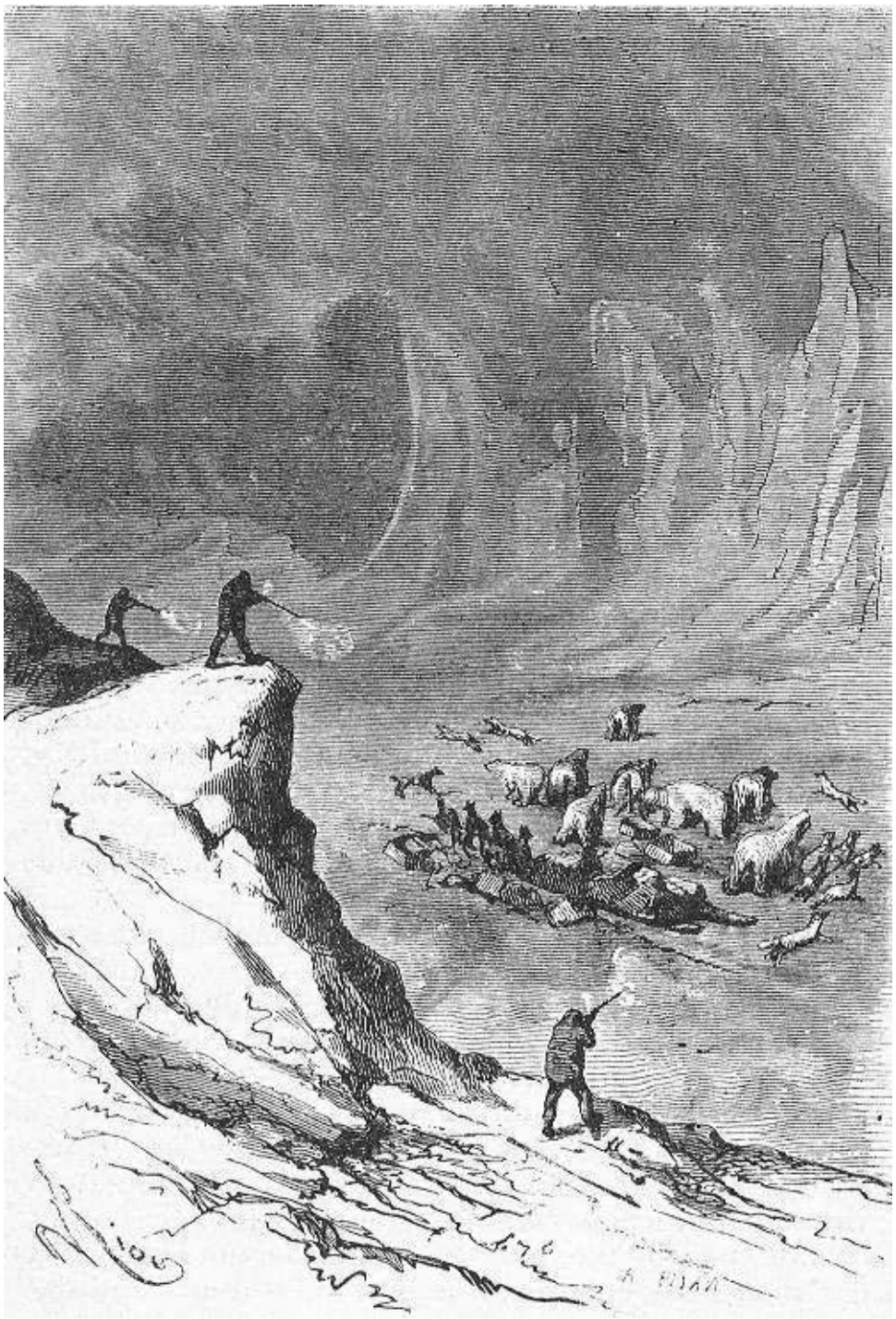
—¡Osos! —respondió el doctor—. ¡Uno, tres, cinco!

—¡Nuestros perros! ¡Nuestras provisiones! —gritó Simpson.

Una manada de zorras y de osos había asaltado el trineo y causaba el mayor estrago en sus provisiones. El instinto de saqueo les reunía en un perfecto acuerdo; los perros aullaban con furor, pero los merodeadores no les hacían ningún caso y la escena de destrucción proseguía con encarnizamiento.

—¡Fuego! —gritó el capitán, descargando su escopeta.

Sus compañeros le imitaron. Pero al oír aquel cuádruple estampido, los osos, lanzando un gruñido cómico, dieron la señal de marcha; tomaron un trotecillo que ningún caballo hubiera podido seguir al galope, y, seguidos de la manada de zorras, desaparecieron muy pronto en medio de los témpanos del Norte.



Capítulo XXX

EL *CAIRN*

AQUEL fenómeno particular de los climas polares había durado tres cuartos de hora. Los osos y las zorras tuvieron tiempo de hacer su agosto; aquellas provisiones llegaban a tiempo para que sacasen la tripa del mal año aquellos animales hambrientos durante un invierno tan rudo. El toldo del trineo, destrozado por garras poderosas; las cajas del *pemmican*, abiertas y hechas añicos; los sacos de galleta, casi vacíos, las provisiones de té, tiradas sobre la nieve; un tonel de alcohol, descoyuntado y sin su precioso líquido; los efectos del campamento, dispersos, saqueados; todo demostraba el encarnizamiento de aquellas bestias salvajes, su avidez famélica, su voracidad insaciable.

—¡Qué desgracia! —dijo Bell contemplando aquella escena de desolación.

—Y, probablemente, irreparable —repuso Simpsom.

—Evaluemos primero las pérdidas —repuso el doctor—, y después hablaremos.

Hatteras, sin decir una palabra, recogía las cajas y los sacos dispersos. Se aprovechó el *pemmican* y las galletas que eran aún susceptibles de comerse. La pérdida de una parte del alcohol era terrible, pues sin él no había más remedio que renunciar al té, al café y a todas las bebidas calientes. Haciendo el inventario de las provisiones salvadas, el doctor comprobó la desaparición de 200 libras de *pemmican* y 150 libras de galleta. Si el viaje continuaba, necesario era que los viajeros se pusiesen a media ración.

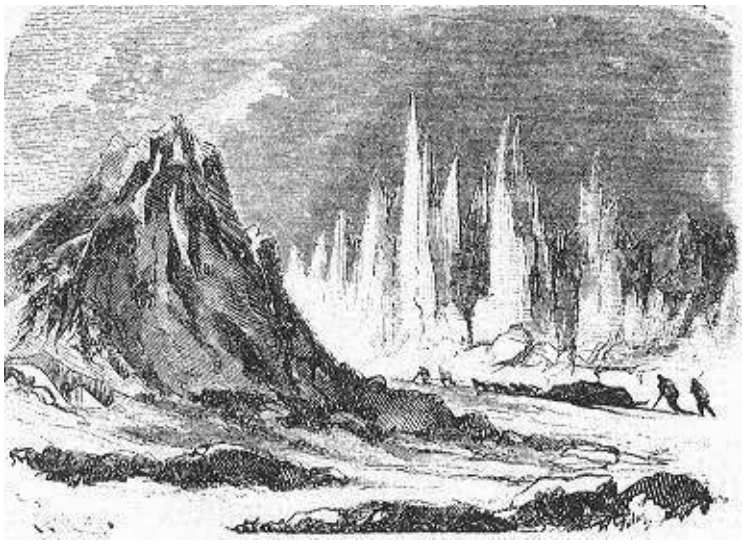
Se discutió el partido que debía tomarse en tan críticas circunstancias. ¿Convendría volver al buque y después empezar de nuevo la expedición? Pero ¿cómo decidirse a perder 150 millas ya andadas? Volver sin el combustible tan necesario, sería de un efecto desastroso sobre la moral de la tripulación. ¿Se encontrarían individuos dispuestos a repetir aquella caminata a través de los hielos?

Evidentemente, lo mejor era seguir adelante, cualesquiera que fuesen las privaciones.

El doctor, Hatteras y Bell propusieron este último partido. Simpson prefería el regreso inmediato. Las fatigas del viaje habían alterado su salud, y se desmejoraba visiblemente. Pero, en fin, viendo que nadie participaba de su opinión, volvió a colocarse al frente del trineo, y la pequeña caravana continuó su marcha hacia el Sur.

Durante los tres días siguientes, del 15 al 17 de enero, se produjeron los incidentes monótonos del viaje. Se avanzaba más lentamente; los viajeros se fatigaban; la lasitud se apoderaba de sus piernas. Los perros tiraban difícilmente. Aquella insuficiente alimentación no era propia para vigorizar a las bestias ni a las personas. El tiempo variaba con su movilidad acostumbrada, pasando de una frialdad intensa a un estado de nebulosidad húmeda y penetrante.

El 18 de enero, el aspecto de los campos de hielo varió de repente. Numerosos picos a manera de pirámides, que eran muy altas y terminaban en una aguda punta, se destacaron en el horizonte. El terreno, en ciertos sitios, taladraba la capa de nieve, y parecía formado de *gneiss*[33], de esquistos y de cuarzo, con alguna apariencia de rocas calizas. Los viajeros pisaban, en fin, la tierra firme, que, según sus cálculos, debía de ser el continente llamado Nuevo Cornualles.



El doctor pisó con satisfacción aquel terreno sólido. Ya no tenían los viajeros que andar más que 100 millas para alcanzar el cabo Belcher; pero sus fatigas iban a multiplicarse considerablemente en aquel suelo atormentado, sembrado de rocas agudas, de prominencias peligrosas, de grietas y precipicios, siendo preciso penetrar en el interior de las tierras y ganar los altos acantilados de la costa, por entre gargantas estrechas, en las que las nieves acumuladas formaban ventisqueros que tenían de 30 a 40 pies de altura.

Muy pronto echaron de menos los viajeros el camino casi unido, casi fácil, de los *icefields*, que tanto se prestan al arrastre del trineo. Ahora era preciso tirar con fuerza. Los perros, derrengados, no eran ya suficientes, y los hombres, obligados a ayudarles, se rendían de fatiga. Algunas veces fue necesario descargar enteramente las provisiones para pasar cerros sumamente enhiestos, cuyas superficies heladas no dejaban asidero en que agarrarse. El paso de trayectos que no excedían de 10 pies, requirió horas enteras, y así es que en la primera jornada se ganaron cinco millas en aquella tierra de Cornualles muy digna seguramente de su nombre, porque presentaba las asperezas, las puntas agudas, las crestas afiladas y las rocas convulsionadas de la extremidad sudoeste de Inglaterra.

Al día siguiente, el trineo alcanzó la parte superior de los acantilados. Los viajeros, en el estado de extenuación en que se hallaban, no pudieron construir su casa de nieve, tuvieron que pasar la noche bajo la tienda, envueltos en pieles de búfalo, y tuvieron que aplicar, contra su propio pecho, las medias mojadas para calentarlas. Se comprenden las consecuencias inevitables de semejante higiene. El termómetro, en aquella noche, descendió más abajo de los 44° (—42° centígrados) y se heló el mercurio.

La salud de Simpson se alteraba de una manera que inspiraba serias inquietudes. Una fluxión tenaz, reumatismos violentos, dolores intolerables, le obligaban a permanecer echado en el trineo, que no podía ya guiar. Le remplazó Bell, que también sufría, pero sus padecimientos no le obligaban a estar echado. El doctor experimentaba también la influencia de aquella excursión en un invierno terrible; pero no se escapaba de su pecho ni una sola queja, y seguía adelante, apoyado en un palo, y despejaba el camino, y ayudaba para todo. Hatteras, impasible, impenetrable, insensible, sano como el primer día, con su constitución de hierro, seguía silenciosamente al trineo.

El 20 de enero, la temperatura fue tan ruda, que el menor esfuerzo producía inmediatamente una postración completa. Llegaron a ser tan grandes las dificultades del terreno, que el doctor, Hatteras y Bell se pusieron junto a los perros para ayudarles a tirar, y habiendo roto inesperados choques la parte delantera del trineo, fue menester detenerse para componerlo. Estas causas de retraso se reproducían diariamente muchas veces.

Los viajeros seguían una profunda barranca, hundidos en la nieve hasta la mitad del cuerpo, y sudando, no obstante la violencia del frío. No decían una palabra. De repente, Bell, que se hallaba junto al doctor, lo miró sobresaltado, y luego, sin encomendarse a Dios ni al diablo, como suele decirse, cogió un puñado de nieve y empezó a restregar con fuerza la cara de su compañero.

—¿Qué hacéis, Bell? —Preguntaba el doctor, atónito.

Pero Bell continuaba frotando a más no poder.

—Vamos, Bell —repuso el doctor, con la boca, la nariz y los ojos llenos de nieve—, ¿os habéis vuelto loco? ¿Qué sucede?

—Lo que sucede es —respondió Bell— que si sois aún propietario de una nariz, me lo debéis a mí.

—¡Una nariz! —replicó el doctor, llevándose la mano a la cara.

—¡Sí, señor Clawbonny! Estabais completamente *frost-bitten*. Cuando os he mirado, teníais la nariz completamente blanca, y sin mi enérgico tratamiento careceríais de este ornamento, incómodo para un viaje, pero muy útil en las circunstancias ordinarias de la vida.

En efecto, a poco más el doctor se quedó con la nariz helada; pero afortunadamente se restableció a tiempo —gracias a las vigorosas fricciones de Bell— la circulación de la sangre, y desapareció todo peligro.

—¡Gracias, Bell! —dijo el doctor—. Haré con vos otro tanto si la ocasión lo requiere.

—Cuento con ello, señor Clawbonny —respondió el carpintero—, y ojalá no tuviésemos nunca que tener mayores desgracias.

—¡Ay, Bell! —repuso el doctor—, aludís, sin duda, a Simpson. El pobre mozo es víctima de terribles dolores.

—¿Teméis por su vida? —preguntó al momento Hatteras.

—Sí, capitán —respondió el doctor.

—¿Y qué teméis?

—Un violento ataque de escorbuto. Sus piernas se hinchan y sus encías se entumecen. El desgraciado está allí, echado bajo las mantas del trineo, y a cada instante los choques exasperan sus dolores. Le compadezco, Hatteras, y nada puedo hacer para aliviarle.

—¡Pobre Simpson! —murmuró Bell.

—Sería tal vez conveniente —repuso el doctor— detenernos uno o dos días.

—¡Detenernos! —exclamó Hatteras—. ¡Detenernos, cuando la vida de dieciocho hombres depende de nuestro regreso!

—Sin embargo… —dijo el doctor.

—¡Clawbonny, Bell, oídme! —repitió Hatteras—. ¡Apenas nos quedan víveres para veinte días! Ya veis que no podemos perder un instante.

Ni el doctor, ni Bell, respondieron una sola palabra, y el trineo volvió a emprender su marcha momentáneamente interrumpida.

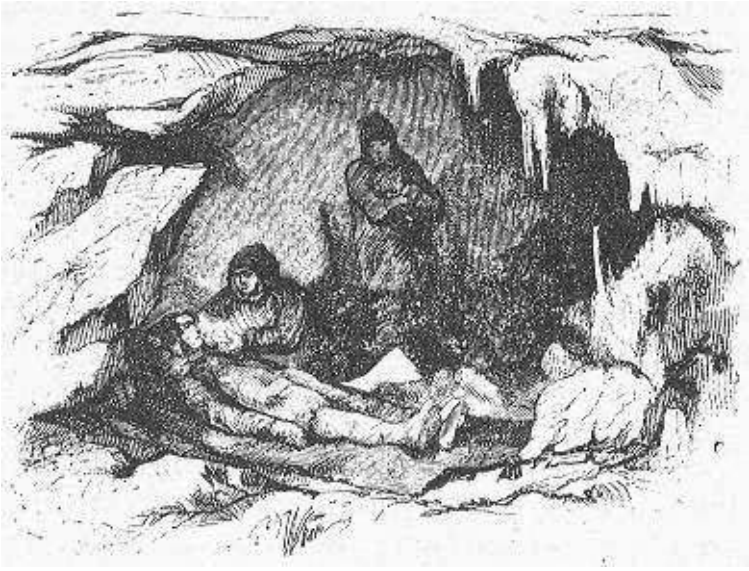
Al anochecer, la expedición se detuvo al pie de un montecillo de hielo donde Bell practicó al punto una caverna en que se metieron los viajeros. El doctor pasó la noche cuidando a Simpson, en quien el escorbuto ejercía ya sus espantosos estragos, y los sufrimientos ponían en sus labios entumecidos una queja continua.

—¡Ah! ¡Señor Clawbonny!

—¡Valor, amigo mío! —Decía el doctor.

—¡Ya no hay salvación para mí! ¡Lo conozco! ¡No puedo más! ¡Prefiero morirme!

A estas palabras desesperadas, el doctor respondía redoblando su celo. Aunque él estaba también quebrantado por las fatigas del día, empleaba la noche en componer alguna pócima calmante para el enfermo, pero ya el zumo de limón no producía efecto, y las fricciones no impedían al escorbuto ir poco a poco ganando terreno.



Al día siguiente fue preciso colocar de nuevo al desgraciado en el trineo, aunque él pedía quedarse solo, abandonado, y que se le dejase morir en paz. Después se volvió a emprender aquella espantosa peregrinación en medio de dificultades incesantemente acumuladas.

Las brumas heladas penetraban a aquellos tres hombres hasta los huesos. La nieve y el granizo les azotaba el rostro, y ellos hacían el oficio de bestias de carga, sin tener siquiera la alimentación suficiente.

Duck, cortado sobre el mismo patrón que su amo, iba y venía, desafiando las fatigas, siempre alerta, y descubría por instinto el mejor camino que podía seguirse. Todos se confiaban a su sagacidad maravillosa.

Durante la madrugada del 23 de enero, en medio de una oscuridad casi completa, pues la Luna era nueva, *Duck* había tomado la delantera. Se le perdió de vista por espacio de algunas horas, lo que llenó de sobresalto a Hatteras, con tanto más motivo, cuanto que había impresas en el suelo numerosas huellas de oso. No sabía el capitán qué partido tomar, cuando se oyeron fuertes aullidos.

Hatteras aceleró la marcha del trineo, y luego se encontró con el fiel animal en el fondo de un barranco.

Duck, en acecho, inmóvil como si hubiera estado petrificado, aullaba delante de una especie de *cairn* hecho de piedras calizas con cimiento de hielo.

—Lo que es ahora —dijo el doctor, quitándose las correas—, tenemos delante un *cairn*, aquí no hay engaño.

—¿Qué nos importa? —respondió Hatteras.

—Hatteras, si es un *cairn* puede contener un documento precioso para nosotros; acaso encierre un depósito de provisiones, y eso vale la pena de mirarlo.

—¿Y qué europeo habrá llegado hasta aquí? —dijo Hatteras, encogiéndose de hombros.

—A falta de europeos —replicó el doctor—, ¿no han podido los esquimales hacer un escondrijo en este punto y depositar en él los productos de su pesca o de su caza? ¿No es ésta acaso su costumbre?

—¡Pues bien! Miradlo, Clawbonny —respondió Hatteras—. Pero me temo que os vais a llevar un solemne chasco.

Clawbonny y Bell, armados de azadones, se dirigieron al *cairn*. *Duck* seguía aullando con furor. Las piedras calizas estaban fuertemente cimentadas por el hielo; pero algunos azadonazos bastaron para echarlas abajo.

—Aquí evidentemente hay algo —dijo el doctor.

—Eso creo —respondió Bell.

Demolieron el *cairn* con rapidez. Luego descubrieron un escondrijo, donde había un papel muy húmedo. El doctor se apoderó de él, con el corazón palpitante. Hatteras acudió, cogió el documento y leyó:

—«Altám… *Porpoise*, 13 dic… 1860, 12° longitud, 8° 25′ lat…».

—¡El *Porpoise*! —repitió Hatteras—. Yo no conozco ningún buque de este nombre que haya frecuentado estos mares.

—Es evidente —repuso el doctor— que algunos navegantes, náufragos tal vez, han pasado por aquí no hace aún dos meses.

—Es indudable —respondió Bell.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el doctor.

—Proseguir nuestro camino —respondió fríamente Hatteras—. Yo no sé qué buque es el *Porpoise*, pero sé que el bergantín *Forward* nos está esperando.

Capítulo XXXI

LA MUERTE DE SIMPSON

SE prosiguió el viaje. Ideas nuevas e inesperadas asaltaron el cerebro de todos; porque un encuentro en aquellas tierras boreales es el acontecimiento que puede sobrevenir de mayor trascendencia. Hatteras fruncía el entrecejo con una inquietud suma.

—¡El *Porpoise*! —Se preguntaba a sí mismo—. ¿Qué buque es el *Porpoise*? ¿Qué viene a buscar tan cerca del Polo?

Este pensamiento le causaba sudor a pesar de la temperatura. El doctor y Bell no pensaban más que en los dos resultados que podía producir el descubrimiento de aquel documento: salvar a sus semejantes o ser salvados por ellos.

Pero pronto volvieron las dificultades, los obstáculos, las fatigas, y ya no pudieron pensar más que en su propia situación, tan peligrosa entonces.

El estado de Simpson empeoraba. No pudieron ocultarse al doctor los síntomas de una muerte próxima.

Pero el doctor nada podía hacer, y él mismo sufría cruelmente a consecuencia de una oftalmía dolorosa, que, si la descuidaba demasiado, podía privarle de la vista.

El crepúsculo daba entonces una cantidad de luz suficiente, la cual, reflejada por la nieve, abrasaba los ojos. Difícil era protegerse contra aquella reflexión, porque los cristales de los anteojos se cubrían de una costra de hielo que los volvía opacos, y entonces interceptaban la visión. Pero era preciso examinar con cuidado los menores accidentes del camino y descubrirlos desde muy lejos, por lo que había necesidad de desafiar los peligros de la oftalmía. Sin embargo, el doctor y Bell, tapándose los ojos, se relevaban sucesivamente en el cargo de dirigir el trineo.

Éste se deslizaba mal sobre sus bastidores ya gastados, y el arrastre era cada día más penoso. Las dificultades del terreno no disminuían. Aquél era un continente de naturaleza volcánica, surcado de grietas en todas direcciones y erizado de crestas vivas. Los viajeros habían tenido que elevarse poco a poco a una altura de 1.500 pies para salvar la cumbre de las montañas. La temperatura era muy dura; las ráfagas y los torbellinos se desencadenaban con la mayor violencia, y era un triste espectáculo el que

ofrecían aquellos desventurados recorriendo a rastras cimas solitarias.

Estaban también atacados de una enfermedad especial que produce el estar siempre mirando la blancura. Aquel resplandor uniforme ofendía, embriagaba, causaba vértigo; la tierra, al parecer, faltaba, y no ofrecía ningún punto fijo en aquel inmenso espacio: el sentimiento que se experimentaba era análogo al del mareo, durante el cual la cubierta del buque huye bajo los pies del mareado; los viajeros no podían acostumbrarse a aquel efecto, y su continuación les hacía perder la cabeza. Una especie de entorpecimiento se apoderaba de sus miembros, cierta somnolencia invadía su espíritu, y con frecuencia andaban medio dormidos. Entonces un vaivén, un tropezón inesperado, una caída a veces, les sacaba de su inercia, a la cual volvían pocos instantes después.

El 25 de enero empezaron a descender por rápidas pendientes. Aquellos declives helados aumentaron más y más sus fatigas, pudiendo un traspié o un paso en falso, muy difícil de evitar, arrojarlos a

profundos derrumbaderos, y entonces su perdición era inevitable.

Al anochecer, una tempestad de una violencia suma barrió las nevadas cumbres. La fuerza del huracán era irresistible, y era preciso echarse al suelo; pero como la temperatura era muy baja, se corría el peligro de quedar instantáneamente helado.

Bell, con auxilio de Hatteras, construyó, no sin mucho trabajo, una casa de nieve, donde los infelices buscaron abrigo. Allí tomaron una cantidad insignificante de *pemmican* y un poco de té caliente. No quedaban ya más que cuatro galones de alcohol, que se necesitaban para poder apagar la sed, pues para el caso la nieve no puede ingerirse en el estómago en su forma natural, sino que es menester derretirla antes. En los países templados, en que el frío desciende apenas bajo el punto de congelación, la nieve puede no ser nociva; pero más allá del círculo polar es muy diferente. Alcanza una temperatura tan baja que no se puede coger con la mano, como no se puede coger un pedazo de hierro hecho ascua. Hay, pues, entre la nieve y el estómago una diferencia tal de temperatura, que su absorción produce una verdadera sofocación. Los esquimales prefieren arrostrar los mayores tormentos a introducir en su boca aquella nieve, que no puede remplazar al agua, y aumenta la sed en lugar de templarla. Los viajeros no podían, pues, extinguir la suya sin derretir la nieve, exponiéndola a la llama del alcohol.

A las tres de la mañana, durante lo más intenso de la tempestad, el doctor estaba de vigilancia, recostado contra la pared de la casa de nieve, cuando los tristes gemidos de Simpson llamaron su atención.

Se levantó para prodigarle sus cuidados, pero al hacerlo dio su cabeza en la bóveda de hielo. Sin hacer caso de este incidente, se inclinó junto a Simpson y empezó a darle friegas en las piernas, que estaban hinchadas y azuladas. Después de un cuarto de hora de este tratamiento quiso levantarse, y, no obstante salir de rodillas, volvió a tocar el techo con la cabeza.

—Es cosa rara —dijo para sí.

Levantó la mano encima de su cabeza y notó que la bóveda bajaba sensiblemente.

—¡Gran Dios! —exclamó—. ¡Alerta, compañeros!

Al oír sus gritos, Hatteras y Bell se levantaron inmediatamente y se golpearon también la cabeza. Estaban en una oscuridad profunda.

—¡Vamos a ser aplastados! —dijo el doctor—. ¡Salgamos! ¡Salgamos!

Y los tres, arrastrando a Simpson, salieron por la abertura y dejaron aquel peligroso retiro.

Los infelices se hallaron entonces sin abrigo en medio de la tempestad, haciendo un frío de un rigor

extremo. Hatteras armó inmediatamente la tienda, pero ésta no pudo resistir la violencia del huracán, y fue menester abrigarse con un lienzo, el cual quedó muy pronto cubierto por una densa capa de nieve. Pero al menos aquella nieve, impidiendo al calor irradiar hacia fuera, preservó a los viajeros del peligro de helarse.

Las ráfagas no cesaron hasta el día siguiente. Engancharon los perros, escasamente alimentados. Bell notó que tres de ellos habían empezado a roer las correas, y que dos parecían muy enfermos y ya no podían andar mucho.

Sin embargo, la caravana, bien o mal, volvió a emprender su marcha. Había aún que andar sesenta millas antes de alcanzar el punto indicado.

El 26, Bell, que iba delante, llamó a sus compañeros. Éstos acudieron, y él, asombrado, les enseñó una escopeta arrimada a un témpano.

—¡Una escopeta! —exclamó el doctor.

Hatteras la cogió: estaba bien conservada y cargada.

—Los hombres del *Porpoise* no pueden estar lejos —dijo el doctor.

Hatteras, al examinar el arma, notó que era de origen americano y sus manos se crisparon alrededor del cañón helado.

—¡Adelante! ¡Adelante! —dijo con voz sorda.

Continuaron los viajeros bajando la pendiente de las montañas. Simpson parecía privado de conocimiento. Le faltaba fuerza hasta para quejarse.

La tempestad seguía. La marcha del trineo era cada vez más lenta. Se ganaban apenas unas cuantas millas en veinticuatro horas, y, a pesar de la más estricta economía, los víveres menguaban sensiblemente; pero mientras de ellos quedara alguna cantidad más allá de lo absolutamente necesario para la vuelta, Hatteras había de seguir adelante.

El 27 se halló sepultado bajo la nieve un sextante y poco después una botella que contenía alcohol, o, por mejor decir, un pedazo de hielo, en cuyo centro todo el espíritu del licor se había refugiado bajo la forma de una bola de nieve. Estaba inservible.

Hatteras, sin querer, seguía evidentemente las huellas de una gran catástrofe. Avanzaba por el único camino practicable, recogiendo los despojos de algún naufragio horrible. El doctor buscaba con asiduidad nuevos *cairns*, pero en vano.

Tristes pensamientos asaltaban su mente. Si descubría el paradero de aquellos infelices, ¿qué socorro podría proporcionarles? Él y sus compañeros empezaban a carecer de todo; sus vestidos se destrozaban,

sus víveres eran escasos. Si los náufragos eran numerosos, perecerían todos de hambre. Hatteras, al parecer, quería evitar su encuentro. ¿Y acaso no tenía razón, dependiendo de él la salvación de sus tripulantes? ¿Debía, llevando extranjeros al *Forward*, comprometer la seguridad de todos?

Pero aquellos extranjeros eran hombres; eran sus semejantes, tal vez compatriotas suyos. Por escasas que fuesen sus probabilidades de salvación, ¿se les debía dejar abandonados? El doctor quería, acerca del particular, conocer el pensamiento de Bell. Bell no respondió. Sus propios padecimientos le endurecían el corazón. Clawbonny, no atreviéndose a interrogar a Hatteras, se confió a la Providencia.

El 17 de febrero, al anochecer, Simpson se hallaba en el último extremo. Sus miembros, ya rígidos y helados, su respiración anhelosa, que formaba una niebla alrededor de su cabeza, y sus convulsiones anunciaban su última hora. La expresión de su semblante era terrible, desesperada. Dirigía al capitán miradas de imponente cólera, en que había toda una acusación, toda una serie de reconvenciones mudas, pero significativas, tal vez merecidas.

Hatteras no se acercaba al moribundo. Evitaba su presencia, huía de él, más taciturno, más conmovido, más concentrado en sí mismo que nunca.

La noche siguiente fue espantosa. La tempestad redoblaba su violencia. Tres veces el huracán arrancó la tienda, y el *drift* de nieve envolvió a aquellos desgraciados, cegándoles, helándoles, hiriéndoles con dardos agudos arrancados a los témpanos circundantes. Los perros aullaban, quejumbrosos. Simpson permanecía expuesto a aquella cruel temperatura. Bell llegó a reponer el miserable abrigo de tela que, si bien no defendía a los viajeros del frío, les protegía contra la nieve. Pero una ráfaga lo arrebató por cuarta vez, y lo arrastró en su torbellino en medio de silbidos espantosos.

—¡Ah, es ya demasiado sufrir! —exclamó Bell.

—¡Valor…, valor! —respondió el doctor, asiéndose a él para no ser arrastrado a los abismos.

Simpson estaba con el estertor. De repente, haciendo un último esfuerzo, medio se incorporó, tendió hacia Hatteras, que le miraba fijamente, sus puños crispados, lanzó un grito desgarrador y cayó muerto en medio de su amenaza.

—¡Muerto! —exclamó el doctor.

—¡Muerto! —replicó Bell.

Hatteras, que se aproximaba al cadáver, retrocedió ante la violencia del viento.

Era Simpson el primero de la tripulación que caía herido por aquel clima mortífero, el primero que no había de volver a puerto, el primero que pagaba con su vida, después de incalculables padecimientos, la obstinación inquebrantable del capitán. Aquel muerto le había tratado de asesino, pero, bajo el peso de la acusación, Hatteras no dobló la cabeza. Sin embargo, una lágrima caída de sus párpados se heló en sus pálidas mejillas.

El doctor y Bell lo miraban con una especie de terror. Apoyado en su largo palo, parecía el genio de aquellas regiones hiperbóreas, erguido en medio de las ráfagas exasperadas, y siniestro en su espantosa inmovilidad.

Permaneció en pie sin moverse, sin pestañear siquiera, hasta los primeros resplandores del crepúsculo, atrevido, tenaz, indomable y como desafiando la tempestad que mugía en torno suyo.

Capítulo XXXII

LA VUELTA AL *FORWARD*

EL viento se calmó a cosa de las seis de la mañana, y, saltando súbitamente al Norte, despejó el cielo de nubes. El termómetro señalaba 33° bajo cero (—37° centígrados). Los primeros resplandores del crepúsculo plateaban el horizonte que algunos días después debía dorar.

Hatteras se acercó a sus dos compañeros abatidos, y con una voz dulce y triste les dijo:

—Amigos míos, más de sesenta millas nos separan aún del punto indicado por Sir Edward Belcher. No tenemos más que los víveres estrictamente necesarios para volver al buque. Ir más adelante, sería exponernos a una muerte cierta, sin provecho para nadie. Vamos, pues, a retroceder.

—Es una buena resolución, Hatteras —respondió el doctor—; se os hubiera seguido hasta donde se os hubiese antojado llevarnos, pero nuestra salud se quebranta más y más, y apenas tenemos fuerza para dar un paso. Apruebo completamente vuestro proyecto de regreso.

—¿Y vos sois también del mismo parecer, Bell? —preguntó Hatteras.

—Sí, capitán —respondió el carpintero.

—Pues bien —repuso Hatteras—, vamos a descansar dos días, lo que no me parece demasiado. El trineo tiene necesidad de importantes reparaciones. Opino, pues, que debemos construir una casa de nieve, donde podamos rehacemos algo.

Decidido este punto, los tres viajeros empezaron a trabajar con ardor; Bell tomó las precauciones necesarias para asegurar la solidez de su construcción, y muy pronto se levantó un albergue suficiente en el fondo de la barranca en que se había hecho el último alto.

Hatteras había tenido sin duda que violentarse mucho para interrumpir su viaje. ¡Tantas penas, tantas fatigas perdidas! ¡Una excursión inútil que había costado la vida de un hombre! ¡Volver a bordo sin un pedazo de carbón! ¿Qué dirá la tripulación? ¿Qué hará, inspirada por Ricardo Shandon? Pero Hatteras ya no podía luchar más.

Todos sus cuidados se refirieron entonces a los preparativos de regreso. El trineo fue reparado. Además, su cargamento había disminuido mucho, y escasamente pesaría 200 libras. Se remendaron los

vestidos gastados, destrozados, empapados en nieve y endurecidos por las heladas, y botas y *snow-shoes* nuevos remplazaron a los viejos, ya inservibles. En estos trabajos se invirtieron todo el día 29 y la mañana del 30; los tres viajeros se rehicieron bastante y cobraron fuerzas para el porvenir.

Durante las treinta y seis horas pasadas en la casa de nieve y entre los témpanos de la barranca, el doctor había observado a *Duck*, cuyas singulares maneras no le parecían naturales: el animal daba vueltas incesantes, describiendo mil rodeos imprevistos que parecían tener todos un centro común, siendo éste una especie de elevaciones, producidas por diferentes capas de hielo sobrepuestas. *Duck*, dando vueltas alrededor de aquel punto, aullaba sordamente, meneaba su cola con impaciencia, miraba a su amo y parecía interrogarle.

El doctor, después de reflexionar, atribuyó aquel estado de inquietud a la presencia del cadáver de Simpson, que permanecía insepulto por no haber sus compañeros tenido aún tiempo de enterrarle.

Resolvió, pues, proceder a esta triste ceremonia en aquel mismo día. Debía emprenderse la marcha en la madrugada del siguiente.

Bell y el doctor cogieron las azadas y se dirigieron hacia el fondo del barranco. La prominencia indicada por *Duck* ofrecía un sitio favorable para depositar en ella el cadáver, siendo preciso enterrarlo profundamente para sustraerlo a la voracidad de los osos.

El doctor y Bell empezaron por quitar la capa superficial de la nieve blanda, y después cavaron en el hielo endurecido. Al tercer azadonazo, el doctor encontró un cuerpo duro que se rompió, y reconoció que sus pedazos eran los restos de una botella de vidrio.

Bell, por su parte, descubrió un talego muy endurecido, donde se hallaban migajas de galletas perfectamente conservadas.

—¡Oh! —dijo el doctor.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bell, suspendiendo su trabajo.

El doctor llamó a Hatteras, el cual acudió al momento.

Duck aullaba con fuerza, y procuraba excavar con sus patas la densa capa de hielo.

—¿Habremos puesto la mano en un depósito de provisiones? —dijo el doctor.

—Es posible —respondió Bell.

—Continuad —dijo Hatteras.

Se encontraron algunos otros restos de alimentos y una caja que contenía una cantidad de *pemmican*.

—Si esto es un escondrijo —dijo Hatteras—, los osos lo han visitado indudablemente antes que nosotros. Ya veis que estas provisiones no están intactas.

—Es de temer —respondió el doctor—, porque…

Un grito de Bell le interrumpió sin dejarle concluir su frase. Separaron un pedrusco bastante duro; Bell descubrió una pierna rígida y helada que salía por un intersticio de los témpanos.

—¡Un cadáver! —gritó el doctor.

—Esto no es un escondrijo —respondió Hatteras—, es una tumba.

El cadáver quedó expuesto al aire libre. Era el de un marinero de unos treinta años. Se hallaba en perfecto estado de conservación, y llevaba el vestido propio de los navegantes árticos. El doctor no pudo decir cuál debió de ser la fecha de su muerte.

Pero junto a aquel cadáver, Bell descubrió otro, el de un hombre de unos cincuenta años, que aún llevaba en su semblante la huella de los dolores que le habían matado.

—Éstos no son cuerpos enterrados —exclamó el doctor—. Estos desgraciados han sido sorprendidos por la muerte tal como nosotros los encontramos.

—Tenéis razón, Clawbonny —respondió Bell.

—¡Continuad, continuad! —dijo Hatteras.

Bell apenas se atrevía. ¿Quién era capaz de decir cuántos cadáveres humanos encerraba aquel montoncillo de hielo?

—Esas gentes han sido víctimas del accidente a que nosotros mismos hemos estado muy expuestos —dijo el doctor—. Su casa de nieve se ha desplomado. Veamos si alguno de ellos respira todavía.

Siguieron las excavaciones, y Bell extrajo un tercer cuerpo, el de un hombre de cuarenta años, que no tenía la apariencia cadavérica de los otros. El doctor se inclinó hacia él y creyó sorprender aún algunas señales de vida.

—¡Vive! ¡Vive! —exclamó.

Bell y él lo transportaron a la casa de nieve, mientras Hatteras, inmóvil, contemplaba la morada arruinada.

El doctor desnudó completamente al infeliz desenterrado y no halló en él ninguna herida. Ayudado por Bell le dio fuertes friegas con estopa empapada de alcohol, y sintió poco a poco renacer la vida en él; pero el desgraciado se hallaba en un estado de postración absoluta, y completamente privado del uso de la palabra. Su lengua estaba adherida a su paladar y como helada.

El doctor registró los bolsillos de sus vestidos. Estaban vacíos. No había, pues, ningún documento.

Dejó a Bell que continuase las fricciones, y se fue a buscar a Hatteras.

Éste, bajando a las concavidades de la casa de nieve, había registrado la tierra con cuidado, y subió teniendo en la mano un fragmento medio quemado del sobre de una carta, en el cual se podían aún leer estas palabras:

… tamont.
… *orpoise*
… w York

—¡Altamont! —exclamó el doctor—. ¡Del buque *Porpoise*! ¡De Nueva York!

—¡Un americano! —murmuró Hatteras estremeciéndose.

—¡Yo lo salvaré! —dijo el doctor—. Respondo de ello, y tendremos la llave de este espantoso enigma.

Volvió junto al cuerpo de Altamont, y Hatteras se quedó pensativo. Gracias a su asiduidad y celo, el doctor consiguió volver a aquel desgraciado a la vida, pero no a la consciencia. No veía, no oía, no hablaba; pero, en fin, vivía.

Al día siguiente, Hatteras dijo al doctor:

—Es, sin embargo, preciso que partamos.

—¡Partamos, Hatteras! El trineo no está cargado: colocaremos en él a este desgraciado, y lo conduciremos al bergantín.

—De acuerdo —asintió Hatteras—. Pero antes sepultaremos estos cadáveres.

Los dos marineros desconocidos fueron de nuevo colocados bajo las ruinas de la casa de nieve, y el cadáver de Simpson remplazó el cuerpo de Altamont.

Los tres viajeros tributaron, en forma de plegaria, un último recuerdo a su compañero; a las nueve de la mañana emprendieron su peregrinación hacia el buque.

Habían muerto dos de los seis perros de tiro, y *Duck* se ofreció él mismo espontáneamente para tirar del trineo, lo que hizo con la conciencia y la resolución de un perro groenlandés.

Por espacio de veinte días, desde el 31 de enero al 19 de febrero, la vuelta ofreció a poca diferencia las mismas peripecias que la ida. Pero como la vuelta era en febrero y este mes es el más frío del invierno, el hielo presentaba en todas partes una superficie resistente. La temperatura hizo sufrir espantosamente a los viajeros, pero no tuvieron que luchar con torbellinos y huracanes.

El sol había reaparecido por primera vez desde el 31 de enero, y cada día se mantenía más tiempo en el horizonte. Bell y el doctor ya habían agotado sus últimas fuerzas, y estaban ya casi ciegos y extenuados, de suerte que el carpintero no podía andar sin muletas.

Altamont vivía, pero en un estado de insensibilidad completa. Algunas veces se desesperaba de salvarle, pero inteligentes y asiduos cuidados le volvían a la vida. Y, sin embargo, el buen doctor tenía gran necesidad de cuidarse a sí mismo, pues su salud se quebrantaba más y más con tantas fatigas.

Hatteras pensaba en el *Forward*, en su bergantín. ¿En qué estado iba a encontrarlo? ¿Qué habría pasado a bordo? ¿Habría Johnson podido resistir a Shandon y los suyos? El frío había sido terrible. ¿Habrían quemado el desgraciado buque? ¿Habrían respetado, al menos, su arboladura y su carena?

Así pensando, Hatteras marchaba delante de todos, como si hubiese querido ver el *Forward* el primero.

El 24 de febrero por la mañana, se detuvo de pronto. A trescientos pasos delante de él, aparecía una inmensa columna de humo negruzco que se perdía en las brumas cenicientas del cielo.

—¡Este humo! —exclamó.

Su corazón palpitó como si quisiera romper las paredes del pecho.

—¡Mirad! ¡Allí abajo, aquel humo! —dijo a sus compañeros, que lo habían ya alcanzado—. ¡Mi buque arde!

—Distamos de él más de tres millas —observó Bell.

—No puede ser el *Forward*.

—Sí —respondió el doctor—, es él; se produce un fenómeno de espejismo que lo hace parecer más cerca de nosotros.

—¡Corramos! —gritó Hatteras, precediendo a sus compañeros.

Éstos, dejando el trineo bajo la custodia de *Duck*, siguieron rápidamente las huellas del capitán.

Una hora después llegaban a la vista del buque. ¡Espectáculo horrible! El bergantín ardía en medio de los hielos que se derretían en torno suyo; las llamas envolvían su casco y la brisa del Sur conducía al oído de Hatteras chasquidos insólitos.

A unos quinientos pasos del lugar de la catástrofe un hombre levantaba los brazos con desesperación; allí permanecía impotente, en presencia del incendio que hacía al *Forward* retorcerse en las llamas.

Aquel hombre estaba solo, y aquel hombre era el viejo Johnson.

Hatteras corrió hacia él.

—¡Mi buque, mi buque! —exclamó con voz alterada.

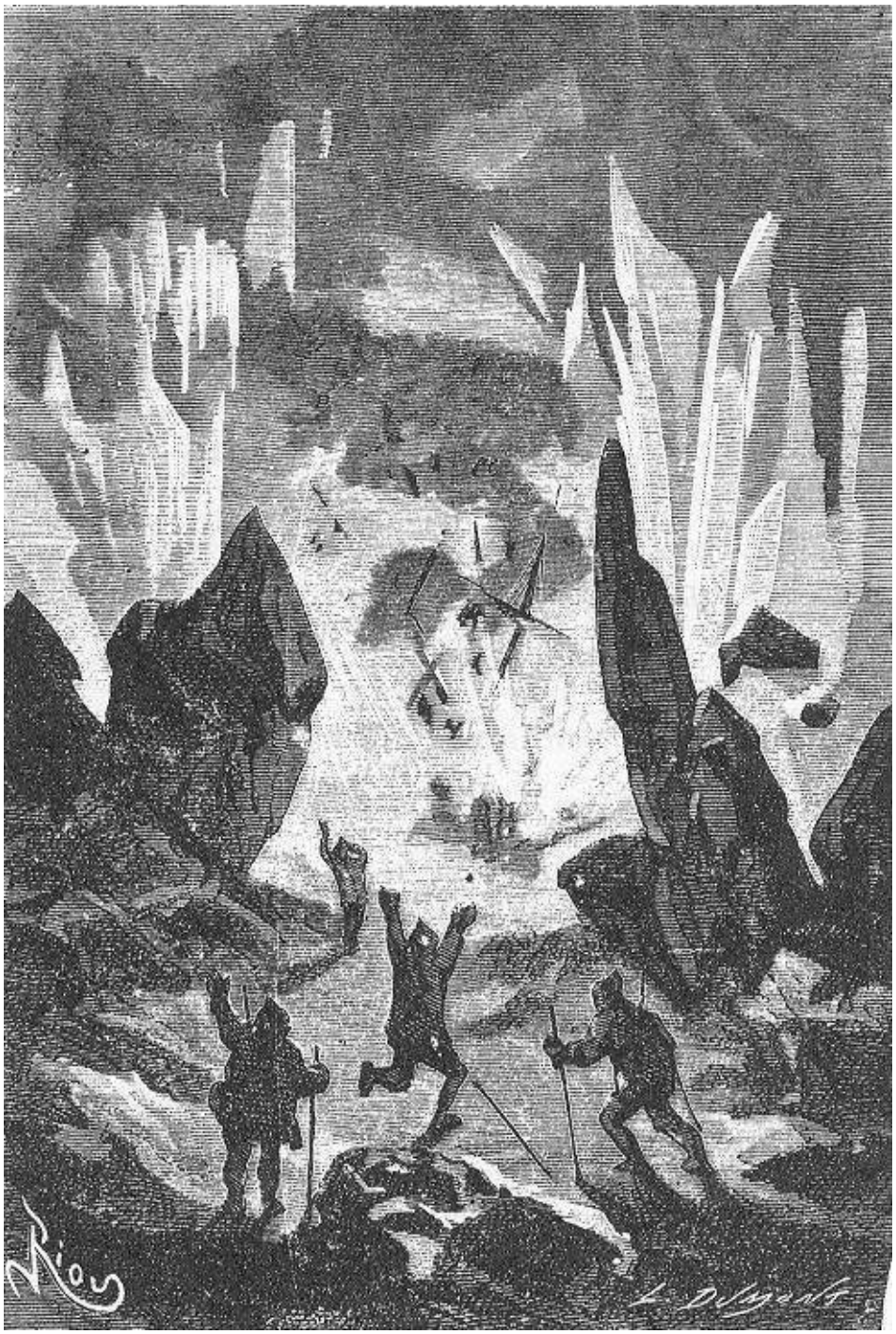
—¡Vos, capitán! —respondió Johnson—. ¡Vos! ¡Deteneos! ¡No deis un paso más!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hatteras con un terrible acento de amenaza.

—¡Los miserables! —respondió Johnson—. Hace cuarenta y ocho horas que han partido, después de haber incendiado el buque.

—¡Maldición! —gritó Hatteras.

Entonces se produjo una explosión formidable; la tierra tembló, los *icebergs* se desplomaron sobre el campo de hielo; una columna de humo fue a enroscarse en las nubes y el *Forward*, reventado por la fuerza expansiva y su pólvora inflamada, se perdió en un abismo de fuego.



El doctor y Bell llegaron en aquel momento al lado de Hatteras.

Éste, abismado en su desesperación, se irguió de repente.

—¡Amigos míos —dijo con voz enérgica—, los cobardes han huido! ¡Los fuertes triunfarán! Johnson, Bell, vosotros tenéis el valor; doctor, vos tenéis la ciencia; yo… yo tengo la fe. ¡El Polo Norte está allá abajo! ¡Al Polo Norte, pues, al Polo Norte, amigos míos!

Los compañeros de Hatteras se sintieron renacer al oír sus varoniles palabras.

Y, sin embargo, la situación era terrible para aquellos cuatro hombres y aquel moribundo, abandonados, sin recursos, perdidos, solos, a los 80° de latitud, en lo más profundo de las regiones polares.

II

EL DESIERTO DE HIELO

Capítulo primero

EL INVENTARIO DEL DOCTOR

ERA un audaz designio el que había concebido el capitán Hatteras de elevarse hacia el Norte y de reservar a Inglaterra, su patria, la gloria de descubrir el polo boreal del mundo. Aquel valiente marino acababa de hacer cuanto era posible dentro de los límites de las facultades humanas. Después de haber luchado por espacio de nueve meses contra las corrientes y contra las tempestades, después de haber quebrantado montañas de hielo y destrozado bancos, después de haber luchado contra los fríos de un invierno sin precedentes en las regiones hiperbóreas, después de haber resumido en su expedición los trabajos de sus predecesores y comprobado y rehecho, si así puede decirse, la historia de los descubrimientos polares, después de haber conducido su bergantín, el *Forward*, más allá de los mares conocidos, en fin, después de haber cumplido la mitad de la misión que se había impuesto, veía sus grandes propósitos súbitamente trastocados. La traición o, por mejor decir, el desaliento de su tripulación, abatida por las durezas de las pruebas y la criminal locura de algunos excitadores, lo dejaban en una espantosa situación: de dieciocho hombres que se embarcaron en el bergantín, no quedaban más que cuatro, abandonados sin recursos y sin buque a más de 2.500 millas de su país.

La explosión del *Forward*, que acababa de volar delante de ellos, les arrebataba los últimos medios de existencia.

Sin embargo, el valor de Hatteras no disminuyó en presencia de aquella catástrofe. Los compañeros que le quedaban eran los mejores de su tripulación, eran verdaderos héroes. Había hecho un llamamiento a la energía y a la ciencia del doctor Clawbonny, al celo y adhesión de Johnson y de Bell y a su misma fe en su propia empresa, atreviéndose a hablar de esperanzas en aquella situación desesperada. Sus intrépidos camaradas no fueron sordos a sus insinuaciones, y tenían un pasado de hombres resueltos que respondía de su denuedo futuro.

El doctor, después de las enérgicas palabras del capitán, quiso darse exacta cuenta de la situación, y dejando a sus compañeros parados a quinientos pasos del desmenuzado buque, se dirigió hacia el teatro de la catástrofe.

Del *Forward*, de aquel buque construido con tanto esmero, de aquel bergantín tan querido, no quedaba ya nada. Témpanos removidos, restos informes, ennegrecidos, calcinados, barras de hierro retorcidas, pedazos de cable que ardían aún como mechas de artillería, y a lo lejos, algunas espirales de humo arrastrándose sobre el campo de hielo, atestiguaban la violencia de la explosión. El cañón del alcázar o castillo de proa, echado a la distancia de algunas toesas, estaba tendido a lo largo sobre un témpano como sobre una cureña. El piso estaba sembrado de fragmentos de todo género en un radio de cien toesas: la quilla del bergantín yacía sobre un montón de hielo, y los *icebergs*, derretidos en parte por el calor del incendio, ya habían recobrado su dureza de granito.

El doctor pensó entonces en su gabinete devastado, en sus colecciones perdidas, en sus instrumentos hechos pedazos, en sus libros quemados, reducidos a cenizas. ¡Tantas riquezas, irreemplazables en su mayor parte, destruidas! Contemplaba con los ojos húmedos aquel inmenso desastre, pensando, no ya en el porvenir, sino en la irreparable desgracia que tan directamente le afectaba.

Muy pronto acudió Johnson a su lado. El semblante del viejo marino llevaba impresas las huellas de sus últimos padecimientos. Sin duda había tenido que luchar contra sus compañeros rebeldes para defender el buque confiado a su cuidado.

El doctor le tendió una mano que el contramaestre apretó tristemente.

—¿Qué va a ser de nosotros, amigo mío? —dijo el doctor.

—¿Quién es capaz de adivinarlo? —respondió Johnson.

—¡Sobre todo —repuso el doctor—, no nos entreguemos a la desesperación, y seamos hombres!

—Sí, señor Clawbonny —respondió el viejo marino—, tenéis razón; en el mundo de los grandes desastres deben tomarse las grandes resoluciones; nos hallamos en un atolladero; pensemos en salir de él a fuerza de perseverancia.

—¡Pobre buque! —dijo suspirando el doctor—. Yo le había tomado cariño, lo amaba como se ama el hogar doméstico, como la casa en que se ha pasado toda la vida, y no queda de él un pedazo del cual se sepa lo que ha sido.

—¡Quién diría, señor Clawbonny, que este conjunto de vigas y de tablas había echado raíces en nuestro corazón!

—¿Y la lancha? —preguntó el doctor, buscándola en torno suyo con ávidas miradas—. ¿No se ha podido librar tampoco de la destrucción?

—Sí, señor Clawbonny. Shandon y los demás que nos han abandonado la llevaron consigo.

—¿Y el bote?

—¡Hecho trizas! Mirad todo lo que de él queda, unos cuantos pedazos de hojalata todavía calientes.

—¿No tenemos, pues, más que el *halkett-boat*[34]?

—Sí, gracias a la buena idea que tuvisteis de llevárosla en vuestra excursión.

—Poca cosa es —dijo el doctor.

—¡Miserables traidores que han huido! —exclamó Johnson—. ¡Así el cielo les dé su merecido!

—Johnson —respondió apaciblemente el doctor—, no olvidemos que el dolor les ha sometido a pruebas muy duras. ¡Sólo los mejores saben permanecer buenos en la desgracia que hace sucumbir a los débiles! ¡Compadezcamos a nuestros compañeros de infortunio y no los maldigamos!

Después de estas palabras, el doctor guardó algunos instantes de silencio, y paseó por los alrededores una mirada inquieta.

—¿Qué se ha hecho del trineo? —preguntó Johnson.

—A una milla de aquí lo hemos dejado.

—¿Bajo la custodia de Simpson?

—¡No, mi buen amigo Johnson! El pobre Simpson ha sucumbido a la fatiga.

—¿Muerto? —exclamó el contramaestre, sorprendido.

—¡Muerto! —respondió el doctor.

—¡Bienaventurado! —dijo Johnson—. ¡Y quién sabe, sin embargo, si no debiéramos nosotros envidiar su suerte!

—Pero si hemos dejado un muerto —repuso el doctor—, traemos, en cambio, un moribundo.

—¿Un moribundo?

—Sí, el capitán Altamont.

El doctor refirió en pocas palabras al contramaestre la historia del encuentro.

—¡Un americano! —dijo Johnson reflexionando.

—Sí, todo nos induce a creer que Altamont es un ciudadano de la Unión. Pero ¿qué buque es ese *Porpoise*, que evidentemente ha naufragado? ¿Qué venía a buscar en estas regiones?

—Venía a perecer —respondió Johnson—, a arrastrar a la muerte a su tripulación, como a todos aquellos a quienes su audacia conduce bajo cielos semejantes. Pero al menos, señor Clawbonny, habréis alcanzado el objetivo de vuestra excursión.

—¡El criadero de carbón! —respondió el doctor.

—Sí —dijo Johnson.

El doctor movió tristemente la cabeza.

—¡Nada! —dijo el viejo marino.

—¡Nada! ¡Los víveres nos han faltado, y nos ha rendido la fatiga! ¡Ni siquiera hemos ganado la costa indicada por Edward Belcher!

—Así, pues —repuso el viejo marino—, ¿no hay nada de combustible?

—¡No!

—¿Ni víveres?

—¡Tampoco!

—¡Ni hay buque para volver a Inglaterra!

El doctor y Johnson callaron. No había valor bastante para mirar frente a frente una situación tan terrible.

—¡En fin —repuso el contramaestre—, nuestra situación al menos es franca! ¡Sabemos a qué atenernos! Pero vamos a lo más preciso; la temperatura es glacial; es menester construir una casa de nieve.

—Sí —respondió el doctor—, con el auxilio de Bell será cosa fácil; después iremos a buscar el trineo; nos traeremos al americano, y hablaremos de todo con Hatteras.

—¡Pobre capitán! —dijo Johnson, que hallaba medios de olvidarse de sí mismo—. ¡Cuánto debe de sufrir!

El doctor y el contramaestre volvieron a donde estaban sus Compañeros.

Hatteras permanecía en pie, inmóvil, con los brazos cruzados, según su actitud habitual, mudo y mirando fijamente al espacio. Su semblante había recobrado su firmeza acostumbrada. ¿En qué pensaba aquel hombre extraordinario? ¿Se preocupaba de su situación desesperada o de sus proyectos frustrados? ¿Pensaba retroceder, viendo que todo, hombres y elementos, conspiraba contra su tentativa?

Nadie hubiera podido conocer su pensamiento, que no se traslucía exteriormente.

Su fiel *Duck* estaba junto a él, desafiando a su modo una temperatura que había descendido a 32° bajo cero (—36° centígrados).

Bell, tendido sobre el hielo, no hacía ningún movimiento, parecía un ser inanimado; su insensibilidad podía costarle la vida, y corría el riesgo de quedar enteramente helado.

Johnson le sacudió vigorosamente, le frotó con nieve, y, no sin trabajo, consiguió sacarlo de su estado de embotamiento.

—¡Ea, Bell, valor! —le dijo—. No te dejes abatir, levántate; vamos a hablar juntos de la situación, y necesitamos un abrigo. ¿Has olvidado tal vez cómo se hace una casa de nieve? ¡Ven a ayudarme, Bell! ¡He aquí un *iceberg* que está pidiendo que lo ahuequen! ¡Trabajemos! El trabajo nos dará lo que aquí no debe faltarnos: valor y corazón.

Bell, algo alentado por estas palabras, se dejó dirigir por el viejo marino.

—Entretanto —repuso éste—, el señor Clawbonny se tomará la molestia de ir a buscar el trineo, y volverá con él y con los perros.

—Estoy pronto a partir —respondió el doctor—, y dentro de una hora estaré aquí de vuelta.

—¿Le acompañáis vos, capitán? —añadió Johnson dirigiéndose a Hatteras.

Éste, aunque abismado en sus reflexiones, había oído la pregunta del contramaestre, pues le respondió con voz dulce:

—No, amigo mío, si el doctor se quiere tomar la molestia de ir solo… Es preciso que antes que concluya el día se tome una resolución definitiva, y tengo necesidad de estar solo para reflexionar. Id. Haced lo que juzguéis conveniente para salir del paso en estos momentos. Yo pienso en el porvenir.

Johnson volvió hacia donde estaba el doctor.

—Es singular —le dijo—, el capitán parece que ha olvidado toda su cólera; nunca su voz me había parecido tan afable.

—Eso significa que ha recobrado su sangre fría —contestó el doctor—. Creedme, Johnson; es muy capaz de salvamos a todos.

Dichas estas palabras, el doctor se encapuzó lo mejor que pudo, y, apoyándose en un palo con punta de hierro, emprendió el camino en dirección al lugar donde había dejado el trineo, en medio de una bruma que la Luna volvía casi luminosa.

Johnson y Bell empezaron inmediatamente su obra. El viejo marino excitaba con sus palabras al carpintero, que trabajaba en silencio; no había nada que construir, sino que ahuecar un gran témpano; el hielo, muy duro, volvía muy penoso el uso del cuchillo, pero en cambio su dureza aseguraba la solidez del albergue, y muy pronto Johnson y Bell pudieron trabajar a cubierto en su cavidad, echando fuera lo que quitaban de la masa compacta.

Hatteras andaba de cuando en cuando algunos pasos, y se detenía de pronto. Evidentemente, no quería llegar al sitio en que había sido destruido su desgraciado bergantín.

El doctor, tal como lo había prometido, estuvo pronto de vuelta. Traía a Altamont tendido sobre el trineo y envuelto en los pliegues de la tienda. Los perros groenlandeses, flacos, extenuados, hambrientos, podían apenas tirar y roían sus correas. Tiempo era ya de que todos, hombres y animales, tomasen algún alimento y se permitiesen algún descanso.

En tanto que se iba agrandando la cavidad en el hielo, el doctor, husmeando de un lado a otro, tuvo la buena suerte de hallar una pequeña estufa que la explosión había casi respetado, y cuyo torcido tubo pudo fácilmente enderezarse. El doctor cargó con ella dándose aires de triunfo. A las tres horas la casa de

hielo era habitable, y se colocó en ella la estufa, llenándola de astillas. Ardió al momento, y esparció alrededor un calor benéfico.

El americano fue introducido en el albergue y se le tendió en el fondo, sobre mantas. Los cuatro ingleses se colocaron alrededor del fuego, y bien o mal les dieron vigor las últimas provisiones del trineo, un poco de galleta y té caliente.

Hatteras no decía una palabra, y todos respetaban su silencio.

Terminada la comida, el doctor hizo señal a Johnson de que le siguiese.

—Ahora —le dijo— vamos a hacer el inventario de lo que nos queda. Es preciso que conozcamos exactamente el estado de nuestras riquezas, que se hallan esparcidas en el mayor desorden. Se trata de juntarlas. Puede nevar de un momento a otro, y, si tal sucediese, nos sería imposible encontrar luego el menor resto del buque.

—Así, pues, no perdamos tiempo —respondió Johnson—. Víveres y leña, he aquí lo que tiene para nosotros una importancia inmediata.

—Pues bien, busque cada cual por su lado —respondió el doctor—, de manera que recorramos todo el radio de la explosión; debemos empezar por el centro y luego ensanchar gradualmente los círculos que describamos.

Los dos compañeros se trasladaron inmediatamente al lecho de hielo que había ocupado el *Forward*, y a la luz dudosa de la Luna examinaron con cuidado los restos del buque. Aquello fue una verdadera caza a la que el doctor se entregó con la pasión y casi con el placer de un cazador, palpitándole el corazón con fuerza cuando descubría alguna caja casi intacta. Desgraciadamente, estaban en su mayor parte vacías y sus restos diseminados por el campo de hielo.

La violencia de la explosión había sido considerable. Muchos objetos no eran más que polvo y ceniza. Las grandes piezas de la máquina yacían distantes unas de otras, retorcidas y fracturadas; las paletas de la hélice, rotas, arrojadas a veinte toesas del buque, penetraban profundamente en la nieve endurecida; los cilindros estaban doblados, y habían sido arrancados de sus quicios; la chimenea, hendida de arriba abajo y de la que colgaban aún algunos trozos de cadena, aparecía medio aplastada bajo un enorme témpano; los clavos, los escarpias, la armazón de hierro del gobernalle, las planchas del forro, todo el metal del bergantín estaba esparcido a lo lejos como una verdadera metralla.

Pero aquel hierro, que hubiera hecho la fortuna de una tribu de esquimales, no era de ninguna utilidad en aquellas circunstancias. Lo que principalmente convenía hallar eran víveres, y víveres hallaba el doctor muy pocos.

«La cosa no marcha —se decía—; es evidente que la despensa, situada cerca de la santabárbara, ha quedado enteramente destruida por la explosión, y lo que no ha sido quemado debe de estar reducido a moléculas imperceptibles. Mal anda el negocio. Si Johnson no ha sido más afortunado que yo, no sé lo que va a ser de nosotros».

Sin embargo, ensanchando el círculo de sus investigaciones, el doctor llegó a recoger como cosa de quince libras de *pemmican*, y cuatro botellas de barro, que arrojadas a lo lejos sobre una nieve blanda, habían escapado de la destrucción y contenían cinco o seis pintas de aguardiente.

Más lejos recogió dos paquetes de granos de codearía, que venían de molde para compensar la pérdida del zumo de limón, tan propio para combatir el escorbuto.

Al cabo de dos horas, el doctor y Johnson se reunieron y se participaron recíprocamente sus descubrimientos, que en cuanto a víveres eran desgraciadamente poco importantes, reduciéndose a algunos pedazos de carne salada, unas cincuenta libras de *pemmican*, tres sacos de galleta, una pequeña cantidad de chocolate, aguardiente y unas dos libras de café que se recogieron sobre el hielo, grano tras grano.

No se hallaron mantas, ni *coys*, ni vestidos. Evidentemente, el incendio los había devorado.

En resumen, el doctor y el contramaestre recogieron los víveres estrictamente necesarios para tres semanas, consumiéndolos de una manera insuficiente para vigorizar a personas extenuadas. Así, pues, a consecuencia de circunstancias desastrosas, Hatteras, después de haber carecido de carbón, estaba en vísperas de carecer de alimentos.

En cuanto al combustible suministrado por los restos del buque, los pedazos de su arboladura y de su casco, podía durar unas tres semanas, y aun así el doctor, antes de destinarlo a calentar la casa de hielo, quería que Johnson le dijese si con aquellos informes despojos se podría reconstruir un buque pequeño, o por lo menos una lancha.

—No, señor Clawbonny —le respondió el contramaestre—, no hay que pensar en eso, no hay una pieza de madera intacta de la que se pueda sacar partido; todo lo que hay no sirve más que para calentarnos algunos días, y después…

—¿Después, qué? —dijo el doctor.

—¡Después, Dios dirá! —respondió el bravo marino.

Terminado el inventario, el doctor y Johnson fueron a buscar el trineo. Engancharon a él los pobres perros rendidos de fatiga, volvieron al teatro de la explosión, cargaron aquellos restos tan escasos, pero tan preciosos, y los condujeron cerca de la casa de hielo. Después, medio helados, se sentaron junto a sus compañeros de infortunio.

1866

Capítulo II

LAS PRIMERAS PALABRAS DE ALTAMONT

DESPUÉS de anochecer, a cosa de las ocho, el cielo quedó por algunos instantes despejado de sus brumas de nieve, y las constelaciones brillaron con un vivo resplandor en una atmósfera más fría.

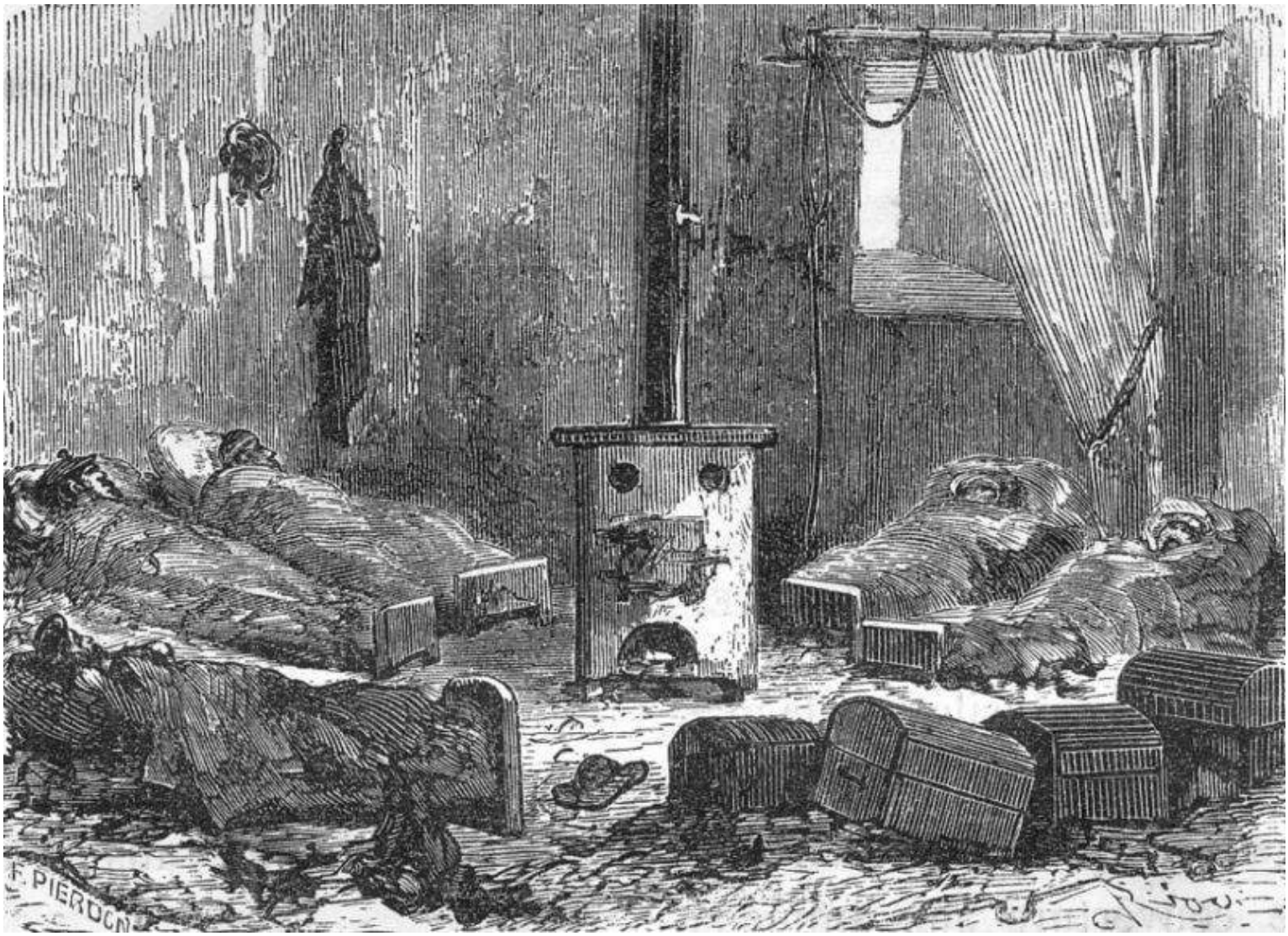
Hatteras aprovechó aquella variación para ir a tomar la altura de algunas estrellas. Salió sin decir una palabra, llevándose los instrumentos. Quería determinar la posición y averiguar si el *icefield* seguía aún derivando.

A la media hora volvió, y se echó en un rincón de la casa, quedando abismado en una profunda inmovilidad que no debía de ser la del sueño.

Al día siguiente, cayó una nueva nevada muy abundante, por lo que el doctor se felicitó de haber emprendido sus pesquisas el día antes, pues una vasta cortina cubrió muy pronto el campo de hielo, y todos los vestigios de la explosión del *Forward* desaparecieron bajo una capa de nieve que no tenía menos de tres pies de espesor.

Durante aquel día no fue posible salir del albergue. Afortunadamente, la habitación era cómoda, o, al menos, lo parecía a aquellos viajeros molidos que no estaban en el caso de pedir gollerías. La estufa se conducía admirablemente, menos cuando algunas ráfagas violentas rechazaban el humo hacia el interior de la morada. Su calor, además de reconfortar sus ateridos miembros, permitíales preparar sendas tazas de té y café, que tomaban casi hirviendo, y cuya influencia es tan maravillosa en las bajas temperaturas.

Los náufragos, pues bien merecen este nombre, experimentaban un bienestar al que desde hacía mucho tiempo no estaban acostumbrados, y así es que no pensaban más que en aquel instante presente, en aquel calor benéfico, en aquel reposo momentáneo, olvidando y desafiando casi el porvenir, que les amenazaba con una muerte tan próxima.



El americano sufría menos y volvía poco a poco a la vida. Abría los ojos, pero no hablaba, pues sus labios ostentaban las huellas del escorbuto y no podían formular un sonido. Oía, sin embargo, y se le puso al corriente de la situación. Meneó la cabeza dando gracias. Se veía salvado de un hundimiento en la nieve, y el doctor tuvo la discreción de no darle a conocer cuán corto era el aplazamiento que se había concedido a su muerte, pues dentro de quince días, o, todo lo más, tres semanas, los víveres habrían de faltar absolutamente.

A cosa de mediodía, salió Hatteras de su inmovilidad, y se acercó al doctor, a Johnson y a Bell.

—Amigos míos —les dijo—, vamos a tomar juntos una resolución definitiva respecto de lo que nos queda por hacer. Pero antes quisiera que Johnson me dijese en qué circunstancias se ha consumado la traición que nos pierde.

—¿Para qué queréis saberlo? —respondió el doctor—. El hecho es cierto, y no hay que pensar en ello.

—Al contrario —respondió Hatteras—, yo pienso en ello, pero, después de la narración de Johnson, lo olvidaré para siempre.

—Voy, pues, a decir lo que ha sucedido —respondió el contramaestre—. Yo he hecho cuanto he podido para impedir el crimen…

—No lo dudo, Johnson —interrumpió Hatteras—; y añadiré que los agitadores tenían el plan preconcebido desde hacía mucho tiempo.

—Tal creo —dijo el doctor.

—Y yo lo mismo —repuso Johnson—, pues casi inmediatamente después de vuestra partida, capitán, al día siguiente de haberos marchado, Shandon, enojado contra vos, Shandon, que se volvió malo, y sostenido además por los otros, tomó el mando del buque, a pesar de mi resistencia. Desde entonces, hizo cada cual lo que le dio la gana, y Shandon dejaba hacer, porque quería dar a entender a la tripulación que había pasado el tiempo de las fatigas y de las privaciones. Así, pues, cesaron todas las economías, se cargó la estufa de leña hasta la prodigalidad, pensando en darle a devorar el bergantín entero. Pusiéronse las provisiones a disposición de todos, y lo mismo los licores, y, por consiguiente, ya podéis figuraros el abuso que de ellos harían los que tan a pesar suyo se veían privados desde mucho tiempo de bebidas espirituosas. Así fueron siguiendo las cosas desde el 7 hasta el 15 de enero.

—Por lo visto —dijo Hatteras con voz grave—, fue Shandon el verdadero agitador, el jefe de la revuelta…

—Sí, capitán.

—Pues no hablemos más de él. Proseguid, Johnson.

—Hacia el 24 ó 25 de enero se concibió el proyecto de abandonar el buque. Se resolvió ganar la costa occidental del mar de Baffin, y desde allí, con la lancha, ir en busca de los balleneros, o alcanzar los establecimientos groenlandeses de la costa oriental. Las provisiones eran abundantes, y los enfermos, sonriéndoles la esperanza del regreso a su patria, habían mejorado mucho. Empezaron, pues, los preparativos de marcha; se construyó un trineo a propósito para transportar los víveres, el combustible y la lancha; y de él debían tirar los hombres mismos. Los preparativos les ocuparon hasta el 15 de febrero. Yo ansiaba veros llegar, capitán, y, sin embargo, temía vuestra presencia. Vos no hubierais recelado de la tripulación, que hubiera preferido acabar con vos a permanecer a bordo. Aquello era una verdadera hambre de licencia. Yo les cogí a todos a solas uno tras otro; les hablé, les exhorté, procuré hacerles comprender los peligros de su expedición, y al mismo tiempo la cobarde felonía que cometían al abandonaros. Nada pude obtener de ellos, ni aun de los más sensatos. La partida se fijó para el 22 de febrero. Shandon estaba impaciente. Metieron en el trineo y en la lancha cuantas provisiones y licores pudieron embutir en ésta y en aquél; hicieron un considerable cargamento de leña, demoliendo al efecto

la obra muerta de estribor hasta su línea de flotación. En fin, el día último fue un día de orgía; se pilló, se saqueó, y, en medio de su borrachera, Pen y otros dos o tres prendieron fuego al buque. Yo me batí con ellos; luché a brazo partido; pero me derribaron, me descalabraron, y después, los miserables, con Shandon a la cabeza, emprendieron su fuga hacia el Este y desaparecieron a mis miradas. Estaba solo; ¿qué podía hacer para atajar aquel incendio que se apoderaba enteramente del buque? El pozo estaba obstruido por el hielo y, por consiguiente, no tenía a mi disposición una gota de agua. El *Forward*, por espacio de dos días, se retorció entre las llamas… Y ya sabéis todo lo demás.

Terminada esta narración, reinó en la casa de hielo un prolongado silencio. El sombrío cuadro del incendio del buque, la pérdida de aquel bergantín tan precioso, se presentaron más vivamente a la imaginación de los náufragos, que se sintieron en presencia de lo imposible, y lo imposible era el regreso a Inglaterra. No se atrevían a mirarse, temiendo el uno sorprender en el semblante del otro la expresión de una desesperación absoluta. No se oía más que la respiración precipitada del americano.

Hatteras tomó al fin la palabra.

—Johnson —dijo—, os doy gracias; habéis hecho todo lo posible para salvar mi buque, pero solo no podíais resistir. Repito que agradezco vuestros esfuerzos, y no hablemos más de la catástrofe. Reunamos nuestras fuerzas para la salvación común. Somos aquí cuatro compañeros, cuatro amigos, y la vida de uno vale tanto como la del otro. Que cada cual manifieste, pues, su opinión acerca de lo que conviene hacer.

—Interrogadnos, Hatteras —respondió el doctor—, os somos enteramente adictos, y vuestras palabras saldrán del corazón. ¿Tenéis vos alguna idea?

—Yo solo no me atrevo a tener ninguna —dijo Hatteras con tristeza—. Mi opinión podrá parecer interesada. Quiero, pues, conocer antes la vuestra.

—Capitán —dijo Johnson—, antes de pronunciarnos en tan graves circunstancias, tengo que haceros una pregunta importante.

—Hablad, Johnson.

—Ayer fuisteis a determinar nuestra posición. ¿El campo de hielo ha derivado aún más, o se encuentra en el mismo sitio?

—No se ha movido —respondió Hatteras—. Se encuentra, lo mismo que antes de nuestra partida, a los 80° 15′ de latitud, 87° 35′ de longitud.

—¿Y a qué distancia —dijo Johnson— nos hallamos del mar que tenemos más cercano por la parte del Oeste?

—A unas 600 millas —respondió Hatteras.

—¿Y este mar es…?

—El estrecho de Smith.

—¿El mismo que pudimos haber pasado en abril último?

—El mismo.

—Bien, capitán, nuestra situación nos es ahora conocida, y podemos tomar una resolución con conocimiento de causa.

—Hablad, pues —dijo Hatteras, dejando caer su cabeza entre las manos.

Así podía oír a sus compañeros sin mirarles.

—Veamos, Bell —dijo el doctor—, ¿cuál es, en vuestro concepto, el mejor partido que debe tomarse?

—No es necesario reflexionar mucho tiempo —respondió el carpintero—. Es menester que, sin perder un día ni una hora, volvamos hacia el Sur o hacia el Oeste, y ganemos la costa más próxima,

aunque tengamos que emplear dos meses en el viaje.

—No tenemos víveres más que para tres semanas —respondió Hatteras sin levantar la cabeza.

—Pues bien —repuso Johnson—, en tres semanas debemos recorrer el trayecto, puesto que no tenemos otro medio de salvación; aunque, para acercamos a la costa, nos veamos obligados a arrastramos de rodillas, debemos partir y llegar en veinticinco días.

—Esa parte del continente boreal no es conocida —respondió Hatteras—. Podemos encontrar obstáculos, montañas, témpanos, que obstruyan completamente el camino.

—No veo en eso —respondió el doctor— una razón suficiente para no intentar el viaje. Sufriremos, y mucho, es evidente; tendremos que limitar nuestra alimentación a lo más estrictamente necesario; a no ser que los azares de la caza…

—No nos queda más que media libra de pólvora —respondió Hatteras.

—Veamos, Hatteras —repuso el doctor—, conozco todo el valor de vuestras objeciones y estoy muy lejos de mecerme en una vana esperanza. Pero creo leer en vuestro pensamiento. ¿Tenéis algún proyecto practicable?

—No —respondió el capitán después de algunos instantes de vacilación.

—Vos no dudéis de nuestro valor —añadió el doctor—, somos gente capaz de seguiros hasta el último extremo, ya lo sabéis; pero ¿no es preciso en este momento renunciar a toda esperanza de remontamos hasta el Polo? La traición ha frustrado vuestros planes; habéis podido luchar contra los obstáculos de la Naturaleza y vencerlos, no contra la perfidia y debilidad de los hombres; habéis hecho cuanto humanamente era posible hacer, y estoy seguro de que habríais alcanzado el éxito apetecido; pero en la situación en que nos encontramos, ¿no estáis obligado a aplazar nuestros proyectos, y, para realizarlos otro día, tratar de volver a Inglaterra?

—Y bien, capitán, ¿qué decís? —preguntó Johnson a Hatteras, que permaneció largo tiempo sin responder.

El capitán levantó al fin la cabeza, y dijo con una voz que revelaba su embarazosa posición:

—¿Estáis, pues, seguros de llegar hasta el estrecho, fatigados como estáis y casi sin alimentos?

—No —respondió el doctor—; pero estamos seguros de que la costa no vendrá a nosotros, es menester que vayamos a buscarla. Acaso encontremos más al Sur tribus de esquimales con quienes podamos fácilmente entrar en contacto.

—Además —repuso Johnson—, ¿no podemos encontrar en el estrecho algún buque obligado a invernar?

—Y en caso necesario —respondió el doctor—, si el estrecho está obstruido, ¿no podemos, atravesándolo, alcanzar la costa occidental de Groenlandia, y desde allí, ya sea desde el cabo Prudhoe, ya sea desde el cabo York, llegar a algún establecimiento danés? ¡En fin, Hatteras, nada de eso se encuentra en este campo de hielo! ¡El camino de Inglaterra está allí abajo, al Sur, y no aquí al Norte!

—Sí —dijo Bell—; el señor Clawbonny tiene razón, debemos partir, y partir sin tardanza. Hasta ahora hemos olvidado demasiado nuestro país y las personas queridas que hemos dejado allí.

—¿Es ésta vuestra opinión? —preguntó de nuevo Hatteras.

—Sí, capitán.

—¿Y la vuestra, doctor?

—Sí, capitán.

Hatteras volvió a quedar silencioso; su rostro, a pesar suyo, reproducía todas sus agitaciones interiores. Con la decisión que iba a tomar se jugaba la suerte de toda su vida. Si retrocedía, se despedía

para siempre de sus atrevidos designios, pues no podía renovar una cuarta tentativa del mismo género.

El doctor, viendo que callaba el capitán, volvió a tomar la palabra.

—Añadiré, Hatteras —dijo—, que no debemos perder un instante; carguemos cuanto antes el trineo con nuevas provisiones, y llevémonos toda la leña posible. Convengo en que un camino de 600 millas en las condiciones en que nos hallamos es largo, pero no impracticable. Podemos, o, por mejor decir, debemos recorrer diariamente veinte millas, lo que en un mes nos permitiría llegar a la costa, es decir, hasta el 26 de marzo.

—Pero —dijo Hatteras— ¿no podemos aguardar algunos días?

—¿Qué esperáis? —respondió Johnson.

—¡Qué sé yo! ¿Quién puede prever el porvenir? ¡Algunos días más! ¡Los suficientes para reparar nuestras fuerzas agotadas! ¡Apenas habréis andado dos jornadas, caeréis rendidos de cansancio sin una casa de nieve en que acogeros!

—¡Pero una muerte horrible nos aguarda aquí! —exclamó Bell.

—¡Amigos míos —repuso Hatteras con una voz casi suplicante—, desesperáis antes de tiempo! Si os propusiese buscar hacia el Norte el camino de la salvación os negaríais a seguirme. Y, sin embargo, ¿no existen acaso cerca del Polo tribus de esquimales lo mismo que en el estrecho de Smith? Un mar libre, cuya existencia es, sin embargo, segura, debe de bañar continentes. La Naturaleza es lógica en todo lo que hace. Pues bien, debemos creer que la vegetación recobra su imperio donde cesan los grandes fríos. ¿No es acaso una tierra prometida la que nos aguarda en el Norte, de la cual intentáis alejaros?

Hatteras, hablando, se animaba. Su imaginación sobreexcitada evocaba los cuadros encantadores de aquellas comarcas cuya existencia era más que problemática.

—¡Un día más! —Repetía—. ¡Una hora siquiera!

El doctor Clawbonny, con su carácter aventurero y su ardiente fantasía, se sentía conmover poco a poco, e iba a ceder; pero Johnson, más discreto y más frío, le llamó al camino de la razón y del deber.

—¡Vamos, Bell! —dijo—. ¡Al trineo!

—¡Vamos! —respondió Bell.

Los dos marinos se dirigieron a la abertura de la casa de nieve.

—¡Oh! ¡Johnson! ¡Vos! ¡Vos! —exclamó Hatteras—. ¡Pues bien! ¡Partid! ¡Yo me quedaré, yo me quedaré!

—¡Capitán! —dijo Johnson, deteniéndose a pesar suyo.

—¡Os digo que me quedaré! ¡Partid! ¡Abandonadme como los otros! ¡Partid! ¡Ven, *Duck*, nos quedaremos los dos…!

El valiente perro se volvió junto a su amo ladrando. Johnson miró al doctor. Éste no sabía qué hacer. El mejor partido era calmar a Hatteras y sacrificar un día a sus ideas. El doctor iba a revolverse, cuando sintió que le tocaban el brazo.

Se volvió. El americano acababa de dejar sus mantas; se arrastraba por el suelo; se levantó al fin sobre sus rodillas, y de sus labios enfermos brotaron sonidos inarticulados.

El doctor, atónito, casi espantado, lo miraba en silencio. Hatteras se acercó al americano y lo examinó atentamente. Procuraba sorprender palabras que el desventurado no podía pronunciar. En fin, después de cinco minutos de esfuerzos, el enfermo dejó oír esta palabra:

—*Porpoise*.

—¡El *Porpoise*! —exclamó el capitán.

El americano hizo una señal afirmativa.

—¿En estos mares? —preguntó Hatteras con el corazón palpitante.

La misma señal del enfermo.

—¿Hacia el Norte?

—¡Sí! —indicó el desgraciado.

—¿Y sabéis su posición?

—¡Sí!

—¿Exacta?

—¡Sí! —siguió indicando Altamont.

Hubo un momento de silencio. Los espectadores de aquella imprevista escena estaban palpitantes.

—Oídme bien —dijo Hatteras al enfermo—; nos interesa conocer la situación del buque. Voy a contar en voz alta, y, cuando sea preciso, vos me detendréis haciéndome una seña.

El americano movió la cabeza en señal de aprobación.

—Veamos —dijo Hatteras—, se trata de grados de longitud. ¿Ciento cinco? No. ¿Ciento seis? ¿Ciento siete? ¿Ciento ocho? ¿Es al Oeste?

—Sí —indicó el americano.

—Continuemos. ¿Ciento nueve? ¿Ciento diez? ¿Ciento doce? ¿Ciento catorce? ¿Ciento dieciséis? ¿Ciento dieciocho? ¿Ciento diecinueve? ¿Ciento veinte…?

—Sí —respondió Altamont.

—Ciento veinte grados de longitud —dijo Hatteras—. ¿Y cuántos minutos? Cuento…

Hatteras empezó con el número uno. Al llegar al quince, Altamont le indicó que no siguiese adelante.

—¡Bueno! —dijo Hatteras—. Pasemos a la latitud. ¿Me entendéis? ¿Ochenta? ¿Ochenta y uno? ¿Ochenta y dos? ¿Ochenta y tres…?

El americano le detuvo con un gesto.

—¡Bien! ¿Y los minutos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince? ¿Veinte? ¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco…?

Nueva señal de Altamont, el cual se sonrió ligeramente.

—Así, pues —repuso Hatteras con voz grave—, el *Porpoise* se encuentra a los 120° y 15′ de longitud y 83° 35′ de latitud.

—¡Sí…! —indicó el americano, cayendo sin movimiento en brazos del doctor.

Aquel esfuerzo le había quebrantado.

—Amigos míos —exclamó Hatteras—, ya veis que la salvación está en el Norte, siempre el Norte. ¡Nos salvaremos!

Pero después de estas primeras palabras de alegría, Hatteras se sintió súbitamente asaltado por una idea terrible. Se alteró su fisonomía, y sintió que le mordía el corazón el áspid de la envidia.

¡Otro, un americano, había llegado tres grados más allá que él en el camino del Polo! ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

H. DANLIE

Capítulo III

DIECISIETE DÍAS DE MARCHA

ESTE nuevo incidente, estas primeras palabras pronunciadas por Altamont, habían variado completamente la situación de los náufragos. Antes se hallaban fuera del alcance de todos los auxilios, sin ninguna esperanza fundada de ganar el mar de Baffin, amenazados de carecer de víveres durante una peregrinación demasiado larga para sus cuerpos fatigados; y después, a menos de 400 millas de su casa de hielo, había un navío que les ofrecía abundantes recursos, y tal vez los medios de continuar su atrevida marcha hacia el Polo. Hatteras, el doctor, Johnson y Bell, empezaron a esperar después de haber estado tan cerca de la desesperación, y su alegría era casi un delirio.

Pero las indicaciones de Altamont eran aún incompletas, y, después de algunos minutos de descanso; entabló de nuevo conversación con él, presentándole sus preguntas bajo una forma que para toda respuesta no requería más que una simple inclinación de cabeza o un movimiento de ojos.

Pronto supo que el *Porpoise* era una fragata americana de Nueva York, que había naufragado en medio de los hielos, con mucho acopio de víveres y de combustible; y aunque echada sobre un costado, debía de haber resistido, y era posible poder salvar su cargamento.

Altamont y su tripulación la habían abandonado hacía dos meses, llevando la lancha en un trineo. Querían ganar el estrecho de Smith y alcanzar algún ballenero para hacerse conducir a América; pero poco a poco las fatigas y las enfermedades se apoderaron de ellos y fueron quedando uno tras otro en el camino. En fin, el capitán y dos marineros fueron los únicos que quedaron de una tripulación de treinta hombres, y si él, Altamont, sobrevivía, era verdaderamente por un milagro de la Providencia.

Hatteras quiso que el americano le dijese por qué el *Porpoise* se había comprometido en una latitud tan elevada.

Altamont dio a entender que había sido arrastrado por los hielos sin poder contrarrestarlos.

Hatteras le interrogó con ansiedad acerca del objeto de su viaje.

Altamont manifestó que su objetivo era intentar el paso del Noroeste.

Hatteras no insistió ya más, y no volvió a dirigirle ninguna pregunta de este género.

El doctor tomó entonces la palabra:

—Ahora —dijo—, todos nuestros esfuerzos deben encaminarse a encontrar el *Porpoise*, ya que en lugar de aventuramos hacia el mar de Baffin, podemos por un camino mucho más corto llegar a un buque que nos proporcionará todos los recursos que necesitamos para una invernada.

—No podemos tomar otro partido —respondió Bell.

—Añadiré —dijo el contramaestre— que no debemos perder un instante, pues es menester calcular la duración de nuestro viaje por la duración de nuestras provisiones, en sentido inverso de lo que se hace generalmente, y ponemos cuanto antes en camino.

—Tenéis razón, Johnson —respondió el doctor—; emprendiendo la marcha mañana, martes, 26 de febrero, debemos llegar el 15 de marzo al *Porpoise*, so pena de morir de hambre. ¿No os parece lo mismo, Hatteras?

—Hagamos inmediatamente nuestros preparativos —dijo el capitán— y partamos. Acaso empleemos

en el viaje más tiempo del que suponemos.

—¿Por qué? —replicó el doctor—. Parece que el americano está seguro de la situación del buque.

—¿Y si el *Porpoise* —respondió Hatteras— hubiese derivado en su campo de hielo, como hizo el *Forward*?

—En efecto —dijo el doctor—, es posible.

Johnson y Bell nada tuvieron que replicar a la posibilidad de una derivación, de que ellos mismos habían sido víctimas.

Pero Altamont, que no perdía una palabra de la conversación, hizo comprender al doctor que deseaba decir algo. El doctor accedió a sus deseos, y después de un cuarto de hora de circunloquios y vacilaciones, adquirió cierta seguridad de que el *Porpoise*, varado junto a una costa, no podía haber abandonado su lecho de rocas.

Esta noticia volvió la tranquilidad a los cuatro ingleses, si bien les quitaba toda esperanza de regresar a Europa, a no ser que Bell llegase a construir un buque pequeño con los restos del *Porpoise*. De todos modos, lo más esencial era trasladarse al mismo lugar del naufragio.

El doctor hizo otra pregunta al americano, y fue la última. Le preguntó si había encontrado el mar libre en aquella latitud de 83°.

—No —respondió Altamont.

Aquí terminó la conversación. Empezaron inmediatamente los preparativos de marcha; Bell y Johnson se ocuparon del trineo, que requería una reparación completa; como no faltaba madera, se establecieron sus montantes de una manera más sólida, y aprovechando la experiencia adquirida durante la excursión al Sur, que dio a conocer el lado débil de aquel género de transporte y los obstáculos que oponen las nieves abundantes y espesas, se dispuso de modo que le fuese más fácil deslizarse.

Interiormente, Bell dispuso para el americano una especie de cama cubierta con la tela de la tienda. Las provisiones, desgraciadamente poco considerables, no debían aumentar mucho el peso del trineo, pero, en cambio, se completó su cargamento con toda la leña que pudo recogerse.

El doctor, arreglando las provisiones, las inventarió con la más escrupulosa exactitud, y resultó de sus cálculos que cada viajero, para un viaje de tres semanas, debía reducirse a tres cuartas partes de ración. Se reservó ración entera a los cuatro perros de tiro, teniendo *Duck* derecho también a ella en el caso de tirar como los otros.

Estos preparativos fueron interrumpidos por la necesidad de sueño y de reposo que se hizo sentir imperiosamente desde las siete de la noche; pero antes de echarse, los náufragos se reunieron alrededor de la estufa, en la que no se escatimó el combustible. Los desventurados se permitieron un despilfarro de calor a que no estaban acostumbrados desde hacía mucho tiempo.

Un poco de *pemmican*, algunas galletas y sendas tazas de café no tardaron en ponerles de buen humor, a lo que contribuía poderosamente la esperanza que les sonreía de tan lejos.

A las siete de la mañana se emprendieron de nuevo los trabajos, y se hallaron enteramente terminados a las tres de la tarde.

Empezaba ya a oscurecer; el sol, desde el 31 de enero, había reaparecido en el horizonte, pero no daba aún más que una luz débil y poco duradera. Afortunadamente la Luna debía aparecer a las seis y media, y estando el cielo tan puro sus rayos bastarían para alumbrar el camino. La temperatura, que hacía ya algunos días que bajaba sensiblemente, alcanzó al fin 33° bajo cero (—37° centígrados).

Llegó el momento de partir. Altamont acogió con alegría la idea de ponerse en camino, no obstante saber que el traqueteo aumentaría sus padecimientos. Había hecho comprender al doctor que éste

encontraría a bordo del *Porpoise* los antiescorbúticos que su curación requería.

Se le trasladó, pues, al trineo, donde se le acomodó lo mejor posible. Se destinaron al tiro todos los perros, incluso *Duck*, y los viajeros dirigieron entonces la última mirada a aquel lecho de hielo donde había dormido el *Forward*. En las facciones de Hatteras se pintó un instante un violento sentimiento de cólera, pero se hizo dueño de sí mismo, y en breve la comitiva, estando el tiempo muy seco, se abismó en la bruma del Nornoroeste.

Cada cual ocupó su sitio de costumbre. Bell a la cabeza, indicando el camino; el doctor y el contramaestre al lado del trineo, vigilando y empujando en caso necesario, y Hatteras detrás, rectificando el rumbo y manteniendo a la tripulación sobre la línea que Bell iniciaba.

La marcha fue bastante rápida. Estando tan baja la temperatura, el hielo ofrecía una dureza y una tersura favorables al deslizamiento del trineo; y los cinco perros arrastraban fácilmente aquella carga que no pasaba de novecientas libras. Sin embargo, lo mismo ellos que las personas se ahogaban rápidamente, y tuvieron que detenerse con frecuencia para tomar aliento.

A cosa de las siete de la noche, la Luna desalojó con su disco rojizo las brumas del horizonte. Sus tranquilos rayos atravesaron la atmósfera, y derramaron alguna luz que los hielos reflejaron con pureza. El *icefield* presentaba hacia el Noroeste una inmensa llanura blanca perfectamente horizontal. Ni un *pack*, ni un *hummock*. Parecía como si aquella parte del mar se hubiese helado pacíficamente, como un lago sereno.

Aquello era un inmenso desierto, llano y monótono.

Tal fue la impresión que causó aquel espectáculo en el ánimo del doctor, y que él comunicó a sus compañeros.

—Tenéis razón, señor Clawbonny —respondió Johnson—; estamos en un desierto, pero no corremos el peligro de morir de sed.

—Lo que —respondió el doctor— es una ventaja evidente. Esta inmensidad me prueba, sin embargo, una cosa, y es que debemos de hallamos muy lejos de tierra. La aproximación de las costas está en general indicada por una multitud de montañas de hielo, y no hay a nuestro alrededor un solo *iceberg* al alcance de nuestra vista.

—El horizonte —observó Johnson— está muy limitado por la bruma.

—Sin duda, pero desde nuestra partida estamos pisando un campo llano que parece que no ha de concluir nunca.

—¿Sabéis, señor Clawbonny, que nuestro paseo es peligroso? Nos acostumbramos a él y ni siquiera nos fijamos en el peligro, pero la verdad es que esta superficie helada sobre la cual andamos, cubre abismos sin fondo.

—Tenéis razón, amigo mío; pero no corremos ningún riesgo de que estos abismos nos traguen. Con el frío que hace de 33°, la resistencia de esta blanca corteza es muy considerable. Notad que tiende a ser cada vez mayor, porque bajo estas latitudes nieva casi todos los días, hasta en abril, en mayo y en junio, y yo creo que en su mayor profundidad no medirá menos de 30 ó 40 pies.

—Eso es tranquilizador —respondió el contramaestre Johnson.

—En efecto, no somos nosotros como esos patinadores del *Serpentine*[35], que temen a cada instante que el frágil suelo les falte bajo los pies; nosotros estamos libres de este percance.

—¿Se conoce la fuerza de resistencia del hielo? —preguntó el viejo marino, ávido siempre de instruirse en compañía del doctor.

—Perfectamente —respondió éste—. ¿Quién ignora actualmente nada de lo que es susceptible de

medirse, exceptuando la ambición humana? ¿No es ella en realidad la que nos precipita hacia ese polo boreal que el hombre quiere al fin conocer? Pero volviendo a nuestra pregunta, he aquí lo que puedo responderos. Teniendo dos pulgadas de grueso, el hielo resiste el peso de un hombre; teniendo tres y media resiste un caballo con su jinete; teniendo cinco, resiste una pieza de a ocho; teniendo ocho, resiste una batería de campaña con sus tiros, y, por último, teniendo diez, resiste todo un ejército, una multitud inmensa. En el punto en que nos hallamos en este momento, se podría edificar sobre el hielo la Aduana de Liverpool o el palacio del Parlamento de Londres.

—Cuesta trabajo —respondió Johnson— concebir una resistencia semejante; pero hace poco, señor Clawbonny, hablabais de la nieve que cae casi todos los días en estas comarcas. El hecho es evidente, y por consiguiente no lo discuto, pero ¿de dónde procede toda esta nieve? Estando los mares helados, no veo cómo pueden ellos dar origen a la inmensa cantidad de vapor que forman las nubes.

—Vuestra observación es justa, Johnson, y no se puede contestar a ella sino admitiendo, como admito yo, que la mayor parte de la nieve o de la lluvia que recibimos en estas regiones polares está formada del agua de los mares de las zonas templadas. Hay copo tal vez que, siendo en un principio una simple gota de agua de un río de Europa, se ha elevado por el aire en forma de vapor, se ha convertido en nube y ha venido, al fin, a condensarse aquí, de suerte que es muy posible que bebiendo nosotros esta nieve, apaguemos la sed con el agua de los mismos ríos de nuestro país.

—Tenéis siempre respuesta para todo —respondió el contramaestre.

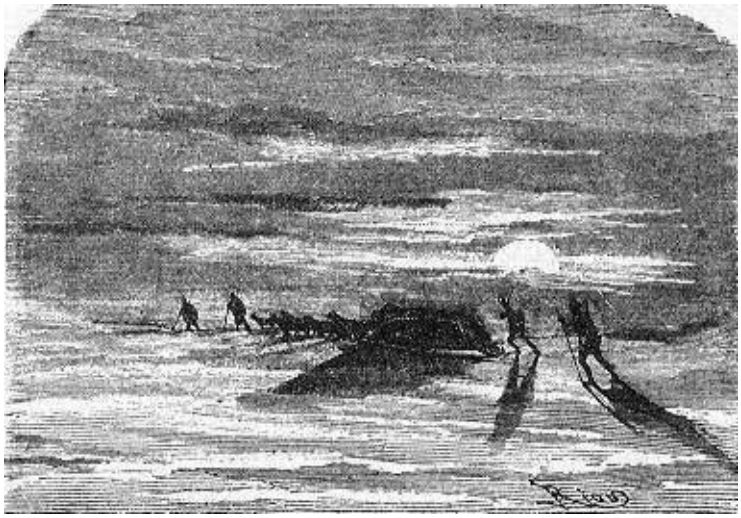
En aquel momento, la voz de Hatteras rectificando los errores del camino interrumpió la conversación. La bruma se condensaba más y más, y hacía difícil el seguir una línea recta.

En fin, la comitiva se detuvo a cosa de las ocho de la noche, después de haber ganado quince millas. El tiempo permanecía seco; se levantó la tienda, encendieron la estufa, y se dispusieron a pasar la noche, que se deslizó pacíficamente.

Hatteras y sus compañeros estaban realmente favorecidos por el tiempo. Su viaje en los días siguientes se hizo sin dificultad, si bien el frío era sumamente intenso y el mercurio permanecía helado en el termómetro. Si hubiese hecho viento, ningún viajero hubiera podido soportar una temperatura tan baja. El doctor confirmó en aquella ocasión la exactitud de las observaciones de Parry, durante su excursión a la isla de Melville. El célebre marino dice que por mucho que sea el frío, con tal que la atmósfera esté tranquila, un hombre convenientemente abrigado puede salir impunemente al aire libre; pero como se levante un poco de viento, se experimenta en la cara un escozor doloroso y un dolor de cabeza tan vivo que a él sucede muy pronto la muerte. El doctor no las tenía, pues, todas consigo, sabiendo que una ráfaga repentina les hubiera helado a todos hasta la médula de los huesos.

El 5 de marzo fue testigo de un fenómeno particular de aquella latitud. El cielo estaba perfectamente sereno y tachonado de estrellas, y, sin embargo, nevó abundantemente sin que hubiese la menor apariencia de nubes. Las constelaciones resplandecían entre los copos que caían en el campo de hielo con una elegante regularidad. La nevada duró aproximadamente dos horas, y cesó antes de que el doctor pudiese explicársela satisfactoriamente.

Se había entonces desvanecido el último cuarto de luna, y de las veinticuatro horas del día había diecisiete de una intensa oscuridad. Los viajeros tuvieron que unirse unos a otros por medio de una larga cuerda para no separarse, siendo absolutamente imposible seguir el camino en línea recta.



Sin embargo, aquellos hombres intrépidos, aunque sostenidos por una voluntad de hierro, empezaban a fatigarse. Los altos iban siendo más frecuentes, a pesar de que no podían perder una hora, pues las provisiones disminuían de una manera sensible.

Hatteras determinaba frecuentemente la posición con el auxilio de observaciones lunares y siderales. Viendo que pasaban días y que no se llegaba al término del viaje, se preguntaba algunas veces si el *Porpoise* existía realmente, pues era muy posible que el americano se hubiese vuelto loco a consecuencia de sus padecimientos, y tampoco hubiera sido muy extraordinario que, por odio a los ingleses, viéndose él perdido irremisiblemente, quisiera arrastrarles a una muerte cierta.

Comunicó sus recelos al doctor, el cual los rechazó de una manera absoluta, pero comprendió que entre el capitán inglés y el americano existía una rivalidad funesta.

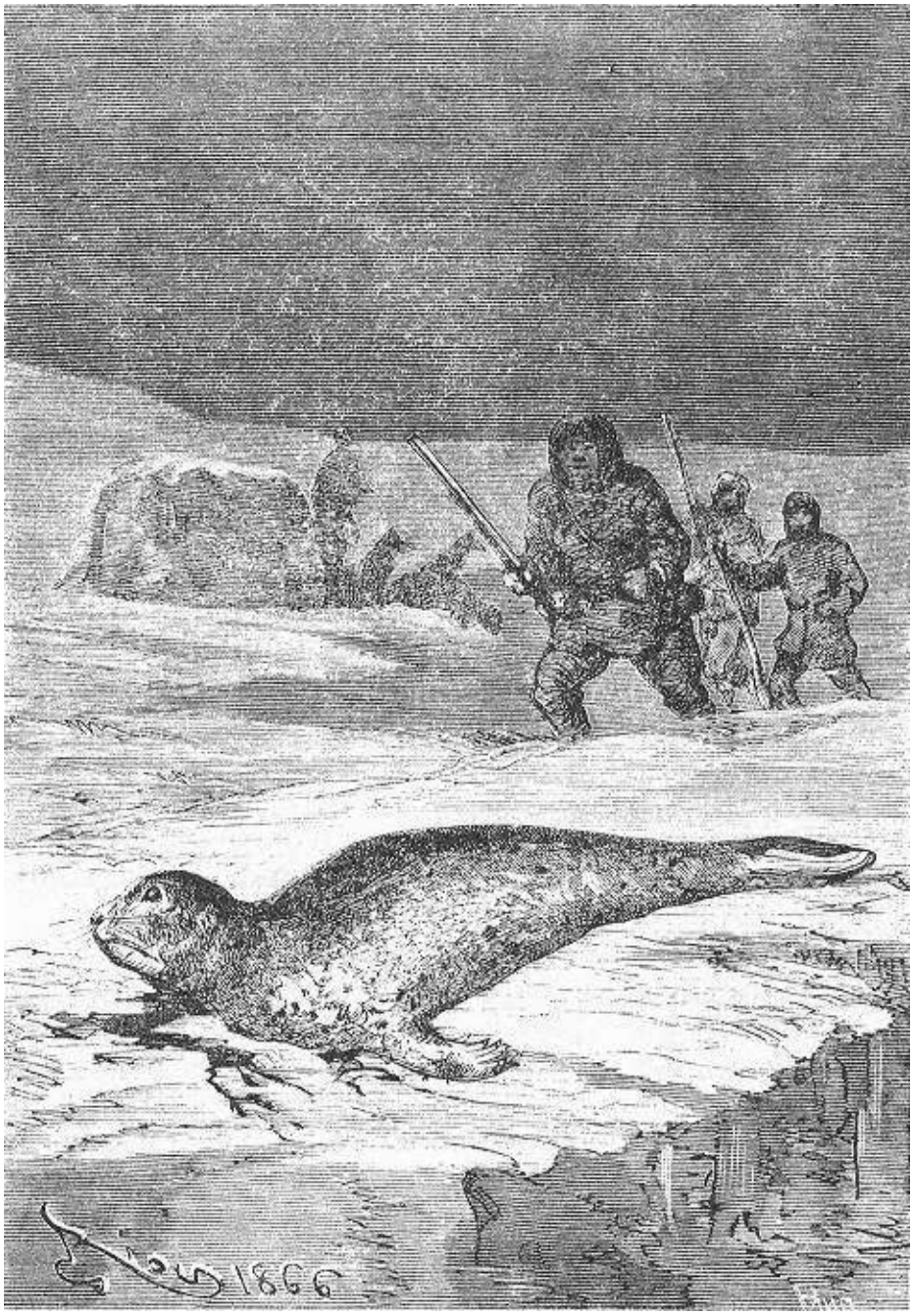
«Difícil será —se dijo— mantener en buenas relaciones a esos dos hombres».

El 14 de marzo, después de dieciséis días de marcha, los viajeros no se hallaban aún más que a los 82° de latitud; sus fuerzas estaban agotadas, y se veían aún a 100 millas de distancia del buque. Para colmo de desdichas, fue menester reducir a una cuarta parte la ración de los hombres para poder seguir dándola entera a los perros.

Desgraciadamente, no se podía contar con los recursos de la caza, porque no quedaban ya más que siete cargas de pólvora y seis balas. Se había tirado inútilmente a algunas zorras y liebres blancas, que eran además muy escasas, y no se mató ninguna.

Sin embargo, el viernes 15, el doctor tuvo la buena fortuna de sorprender una foca tendida en el hielo. La hirió con varias balas, y el animal, no pudiendo escaparse por su agujero, cerrado de antemano, fue muy pronto cogida y rematada. Era de gran tamaño; Johnson la hizo pedazos con gran destreza, pero estaba el anfibio tan sumamente flaco, que apenas sacaron de él partido alguno unos hombres que no

supieron decidirse, como los esquimales, a beber su aceite.



Sin embargo, el doctor intentó resueltamente introducir en su boca aquel licor pegajoso, pero con toda su fuerza de voluntad no pudo conseguirlo. Conservó la piel del animal, sin saber por qué, por instinto de cazador, y la colocó en el trineo.

Al día siguiente, 16, se percibieron en el horizonte algunos *icebergs* y montecillos de hielo. ¿Era aquello el indicio de una costa próxima o un mero accidente del *icefield*? ¿Quién era capaz de decirlo?

Llegados a uno de los *hummocks*, los viajeros se aprovecharon de él para ahuecarlo y formarse una guarida más cómoda que la tienda con el auxilio del cuchillo para nieve[36], y, después de tres horas de un trabajo asiduo, pudieron tenderse al fin alrededor de la estufa.

Capítulo IV

LA ÚLTIMA CARGA DE PÓLVORA

JOHNSON había tenido que dar asilo en la casa de hielo a los perros, rendidos de fatiga. Cuando la nieve cae en abundancia, puede servir de abrigo a los animales, cuyo calor natural conserva. Pero al aire libre, con un frío seco de 40°, las pobres bestias se hubieran helado en poco tiempo.

Johnson, que era un excelente *dog driver*[37], dio a comer a los perros la carne negra de foca que tanto repugnaba a los viajeros, y vio con asombro que era para los animales un verdadero regalo. El viejo marino, muy alegre, contó esta particularidad al doctor.

A éste no le causó ninguna sorpresa, porque sabía que en el norte de América el pescado es el alimento principal de los caballos, y con lo que bastaba a éstos, que son esencialmente herbívoros, bien podían contentarse los perros, que son carnívoros.

Para gentes que acaban de andar 15 millas por el hielo, el sueño era una necesidad imperiosa, y, sin embargo, el doctor quiso, antes de dormirse, hablar a sus compañeros de la situación, sin atenuar su gravedad.

—No hemos llegado aún —dijo— al 82° paralelo, y estamos ya casi sin víveres.

—Por lo mismo, no debemos perder un instante —respondió Hatteras—. ¡Es preciso partir! Los más fuertes arrastrarán a los más débiles.

—¿Hallaremos siquiera el buque en el punto indicado? —preguntó Bell, a quien las fatigas del camino abatían a pesar suyo.

—¿Por qué dudarlo? —respondió el contramaestre Johnson—; la salvación del americano responde de la nuestra.

El doctor, para mayor seguridad, quiso interrogar de nuevo a Altamont. Éste hablaba con bastante facilidad, aunque con voz débil, y confirmó todos los pormenores que tenía dados. Repitió que el buque, varado en unas rocas de granito, no había podido moverse, y que se hallaba a los 120° 15′ de longitud y 83° 35′ de latitud.

—No podemos dudar de esta afirmación —repuso entonces el doctor—. La dificultad no está en encontrar al *Porpoise*, sino llegar a él.

—¿Qué nos queda de provisiones? —preguntó Hatteras.

—Lo suficiente, todo lo más, para vivir tres días —respondió el doctor.

—Pues bien, es preciso llegar en tres días —dijo enérgicamente el capitán.

—En efecto, es preciso —repuso el doctor—. Y si conseguimos nuestro objetivo, no tendremos motivo de queja, pues nos hemos visto favorecidos por un tiempo excepcional. La nieve nos ha concedido quince días de tregua, y el trineo ha podido deslizarse fácilmente por el hielo endurecido. ¡Ah! ¡Si tuviésemos doscientas libras de alimentos! Nuestros valientes perros llevarían esta carga sin dificultad alguna. Pero puesto que la suerte ha dispuesto otra cosa, no podemos hacer más que tener paciencia.

—Con un poco de buena fortuna y de destreza —respondió Johnson—, ¿no podríamos utilizar las cargas de pólvora que nos quedan? Si cayese un oso en nuestro poder, quedaríamos abastecidos para el

resto del viaje.

—Sin duda —replicó el doctor—, pero los osos escasean mucho y son muy ariscos. Además, basta pensar en la importancia del tiro para que se turbe la vista y tiemble la mano.

—Vos sois, sin embargo, muy buen tirador —dijo Bell.

—Sí, cuando la comida de cuatro personas no depende de mi destreza. Con todo, si la ocasión se presenta, haré lo que pueda. Entretanto, amigos míos, contentémonos con esta pobre cena de migajas de *pemmican*, procuremos dormir, y, al amanecer, proseguiremos nuestro camino.

Algunos instantes después, el exceso de fatiga se sobrepuso a todas las consideraciones, y todos quedaron profundamente dormidos.

El sábado, muy temprano, Johnson despertó a sus compañeros. Los perros ocuparon su puesto en el trineo, y éste siguió su marcha hacia el Norte.

El cielo estaba magnífico, pura la atmósfera y muy baja la temperatura. Cuando apareció el sol en el horizonte, tenía la forma de una elipse prolongada. Su diámetro horizontal, con motivo de la refracción, parecía ser doble que su diámetro vertical, y el astro despedía sobre la inmensa llanura helada su haz de rayos claros, pero fríos. Aquel regreso a la luz, ya que no al calor, era agradable.

El doctor, armado de su escopeta, se separó una o dos millas del resto de la comitiva, desafiando la soledad y el frío. Antes de alejarse, habla medido exactamente sus municiones; vio que no le quedaban más que cuatro cargas de pólvora y tres balas. Era muy poca cosa, si se atiende a que un animal tan fuerte y de vida tan dura como el oso polar, no sucumbe frecuentemente sino al décimo o duodécimo tiro.

Así es que la ambición del buen doctor no le llevaba a la persecución de una caza tan terrible. Hubiera estado muy contento con encontrar algunas liebres o dos o tres zorras, que hubieran producido un aumento de provisiones.

Pero durante aquel día, si apercibió alguna zorra o liebre, no se pudo acercar a ella, o, engañado por la refracción, perdió su tiro. Aquel día le costó inútilmente una carga de pólvora y una bala.

Sus compañeros, que se habían entusiasmado llenos de esperanza al oír el tiro, le vieron volver cabizbajo. No dijeron una palabra. Por la noche se echaron todos como de costumbre, después de haber apartado las dos cuartas partes de ración reservadas para los dos días siguientes.

Al otro día el camino pareció más penoso. Los viajeros no andaban, sino que se arrastraban, y los perros, que habían ya devorado hasta las entrañas de la foca, empezaron a roer sus correas.

Pasaron algunas zorras a lo largo del trineo, y el doctor, habiendo perdido otro tiro que le costó el

perseguirlas, no se atrevió a aventurar su última bala y su penúltima carga de pólvora.

Por la tarde se hizo alto más temprano, pues los viajeros no tenían ya aliento para dar un paso, y aunque el camino estaba alumbrado por una magnífica aurora boreal, tuvieron que detenerse.

La última comida, que se hizo el domingo por la noche bajo la helada tienda, fue muy triste. Si no les venía del cielo algún auxilio, los desventurados estaban perdidos.

Hatteras no hablaba; Bell no pensaba; Johnson reflexionaba a solas; únicamente el doctor no estaba aún completamente desesperado.

Johnson tuvo la idea de armar algunas trampas durante la noche, pero no teniendo cebo que poner en ellas, contaba muy poco con el éxito de su ocurrencia, y tenía razón, pues por la mañana, al ir a recorrer los cepos, vio huellas de zorras, pero ni un solo animal había caído en el lazo.

Regresó por lo mismo muy afligido cuando percibió un oso de colosal tamaño que olfateaba las emanaciones del trineo a menos de 500 toesas. El viejo marino se empeñó en que la Providencia le dirigía aquel animal inesperado para que lo matase, y, sin despertar a sus compañeros, cogió la escopeta del doctor y se dirigió hacia el punto en que se hallaba el oso.

Llegado a la distancia conveniente, se echó la escopeta a la cara, pero en el momento de ir a poner el dedo en el gatillo, sintió temblar su brazo. Los gruesos guantes de piel que llevaba le servían de estorbo, por lo que se los quitó al momento y asió el arma con mano más segura.

De repente lanzó un grito de dolor. El tegumento de sus dedos, abrasados por la frialdad del cañón, quedó adherido a él; el arma cayó al suelo, y salió el tiro, perdiéndose en el espacio su última bala.

Al oír el estampido, el doctor acudió, y al momento lo comprendió todo. Vio al animal marcharse tranquilamente y a Johnson, desesperado, que no pensaba siquiera en sus padecimientos.

—¡Soy una verdadera señorita! —Exclamaba—. ¡Un niño que no sabe soportar un dolor! ¡Yo! ¡Yo! ¡Y a mi edad!

—Vamos, Johnson —le dijo el doctor—, retiraos, vais a quedar helado; tenéis ya las manos blancas. ¡Venid! ¡Venid!

—¡Soy indigno de vuestros cuidados, señor Clawbonny! —Respondía el contramaestre—. ¡Dejadme!

—¡Seguidme y no seáis terco! ¡Seguidme! ¡Dentro de un momento será ya tarde!

Y el doctor, arrastrando hacia la tienda al viejo marino, le hizo sumergir las manos en agua que el calor de la estufa mantenía líquida, aunque fría, pero al contacto de las manos de Johnson, quedó helada inmediatamente.

—Ya veis —dijo el doctor— cuánto apremiaba el tiempo; si hubiésemos tardado un poco más,

hubiera tenido que proceder a la amputación.

Gracias a sus cuidados, todo peligro había desaparecido al cabo de una hora, pero no sin trabajo, pues hubo necesidad de repetidas fricciones para restablecer en los dedos del viejo marino la circulación de la sangre.

El doctor recomendó a Johnson que no acercase las manos a la estufa, pues el calor hubiera acarreado graves accidentes.

Aquella mañana no hubo almuerzo. No quedaba una pieza de *pemmican*, ni de carne salada, ni siquiera de galleta. Todas las provisiones estaban reducidas a media libra de café, con cuya infusión tuvieron los náufragos que contentarse, y se pusieron en marcha.

—¡No hay ya ningún recurso! —dijo Bell a Johnson, con un acento indecible de desesperación.

—¡Tengamos confianza en Dios! —dijo el viejo marino—. Es omnipotente y puede salvarnos.

—¡Ah! ¡Ese capitán Hatteras —repuso Bell—, ha podido salir con vida de sus primeras expediciones, el insensato, pero en ésta se queda, y no volveremos a ver nuestro país!

—¡Valor, Bell! Confieso que el capitán es un hombre audaz, pero hay junto a él otro hombre fecundo en recursos.

—¿El doctor Clawbonny? —dijo Bell.

—¡El mismo! —respondió Johnson.

—¿Qué puede hacer en una situación semejante? —replicó Bell, encogiéndose de hombros—. ¿Convertirá estos témpanos en pedazos de carne? ¿Es un dios para hacer milagros?

—¡Quién sabe! —respondió el contramaestre a las dudas de su compañero—. Yo tengo confianza en él.

Bell meneó la cabeza y cayó de nuevo en una completa taciturnidad, durante la cual ni siquiera pensaba.

En aquel día se anduvieron apenas tres millas. Por la noche tampoco se comió; los perros querían devorarse unos a otros, y los hombres experimentaban con violencia los dolores del hambre.

No se vio animal alguno, ni tampoco hubiera servido de nada verlo, careciendo de municiones. Sólo Johnson, a una milla a sotavento, creyó reconocer el oso gigantesco que seguía a la desgraciada comitiva.

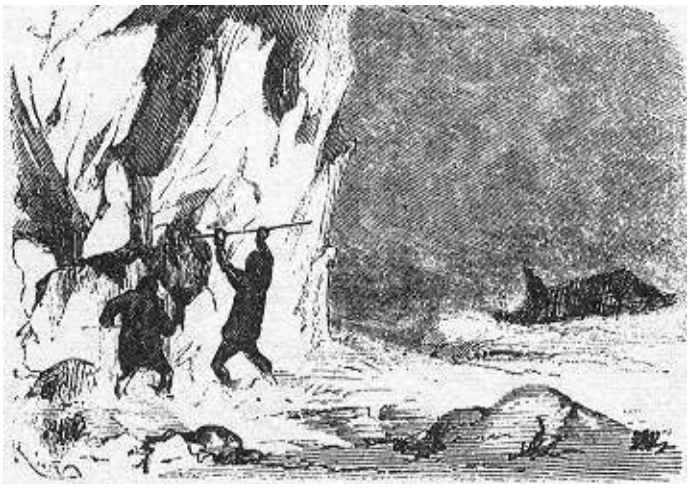
«¡Nos acecha! —dijo para sí—. ¡Ve en nosotros una presa segura!».

Pero Johnson no dijo nada a sus compañeros. Por la noche se hizo el alto de costumbre, y la cena no se compuso más que de café. Los desventurados sentían extraviarse sus miradas, entorpecerse su cerebro, y, atormentados por el hambre, no podían hallar una hora de sueño. Extrañas y dolorosas apariciones asaltaban su imaginación enferma.

En una latitud en que el cuerpo pide imperiosamente reconfortantes, los desgraciados, cuando llegó la mañana del martes, habían pasado treinta y seis horas sin probar un bocado. Animados, sin embargo, por una voluntad y un valor sobrehumanos, volvieron a emprender su camino, empujando el trineo, que los perros no podían ya arrastrar.

Al cabo de dos horas cayeron aniquilados. Hatteras quería seguir adelante. Él, siempre enérgico, recurrió a los ruegos y a las súplicas para obligar a sus compañeros a levantarse, pero se empeñaba en lo imposible.

Entonces, con el auxilio de Johnson, talló en un *iceberg* una casa de hielo. Aquellos dos hombres, trabajando asiduamente, estaban, al parecer, cavando su tumba.



—Quiero morir de hambre —decía Hatteras—, pero no de frío.

Después de crueles fatigas, quedó la casa concluida y toda la comitiva se embutió en ella.

Así pasó aquel día. Por la noche, mientras sus compañeros permanecían inmóviles, Johnson tuvo una especie de alucinamiento; vio en sueños gigantescos osos.

Esta palabra, repetida por él con frecuencia, llamó la atención del doctor, el cual, saliendo de su entorpecimiento, preguntó al viejo marino por qué hablaba de osos y de qué osos se trataba.

—El oso que nos sigue —respondió Johnson.

—¿El oso que nos sigue? —repitió el doctor.

—¡Sí, de dos días a esta parte!

—¡De dos días a esta parte! ¿Lo habéis visto?

—Sí, está a una milla a sotavento.

—¿Y no me habéis prevenido, Johnson?

—¿De qué hubiera servido?

—Decís bien —contestó el doctor—; no tenemos ni una bala para darle un susto.

—¡Ni siquiera un pedazo de hierro, un clavo cualquiera! —respondió el viejo marino.

El doctor calló y empezó a reflexionar. Luego dijo al contramaestre:

—¿Estáis seguro de que el animal nos sigue?

—¡Sí, señor Clawbonny, cuenta con un banquete de carne humana! ¡Sabe que no podemos escapamos!

—¿Qué estáis diciendo? —exclamó el doctor, conmovido por el acento desesperado de su compañero.

—¡Está seguro de saciar en nosotros su hambre! —replicó el desgraciado, que estaba casi delirando —. Está hambriento, y no sé por qué le hacemos esperar tanto.

—¡Johnson, calmaos!

—No, señor Clawbonny; puesto que al fin y al cabo nos ha de comer, ¿por qué prolongamos la ansiedad de ese pobre animal? Está hambriento como nosotros, sin encontrar una foca en que hincar el diente. ¡El cielo le envía hombres! Pues bien, ¡tanto mejor para él!

El viejo Johnson estaba como loco. Quería abandonar la casa de hielo. El doctor pudo difícilmente contenerlo, y, si lo consiguió, no lo debió tanto a la fuerza como a las siguientes palabras, que pronunció con un acento de convicción profunda:

—¡Mañana mataré al oso!

—¡Mañana! —repitió Johnson, que parecía despertar de un mal sueño.

—¡Mañana!

—¡No tenéis bala!

—La haré.

—¡No tenéis plomo!

—No, pero tengo mercurio.

Y sin decir más, el doctor cogió el termómetro, que marcaba en el interior de la casa 50° sobre cero (+10° centígrados). El doctor salió, colocó el instrumento encima de un témpano y volvió a entrar. La temperatura era de 50° bajo cero (—47° centígrados).

—Hasta mañana —dijo el viejo marino—. Dormid y aguardaremos la salida del sol.

La noche se pasó con las molestias del hambre. El contramaestre y el doctor fueron los únicos que pudieron templarlas algo, porque tenían un poco de esperanza.

Al día siguiente, a los primeros rayos del alba, el doctor, seguido de Johnson, se precipitó fuera y corrió a ver el termómetro, cuyo mercurio se había refugiado en la parte inferior del tubo, bajo la forma de un cilindro compacto. El doctor rompió el instrumento, y con sus dedos prudentemente resguardados por el guante, sacó un verdadero pedazo de metal, muy poco maleable y sumamente duro. Era una verdadera bala.

—¡Ah, señor Clawbonny! —exclamó el contramaestre—. ¡Esto es maravilloso! ¡Sois un gran hombre!

—No, amigo mío —respondió el doctor—; no soy más que un hombre dotado de buena memoria y que ha leído mucho.

—¿Qué queréis decir?

—Me he acordado oportunamente de un hecho referido por el capitán Ross en la relación de su viaje. El capitán Ross dice que atravesó una plancha del grueso de una pulgada con un fusil cargado con una bala de mercurio helado. Si hubiese tenido aceite a mi disposición, no hubiera tenido necesidad de mercurio, pues cuenta el mismo capitán que una bala de aceite de almendras dulces, disparada contra un poste, lo rajó y chocó de rebote en tierra sin romperse.

—¡Eso no es creíble!

—Pero es verdad, Johnson. He aquí, pues, un pedazo de metal que puede salvamos la vida. Dejémoslo expuesto al aire antes de servimos de él, y veamos si el oso tiene aún paciencia para aguardarnos.

En aquel momento salió Hatteras de la choza. El doctor le mostró la barra y le dio a conocer su proyecto. El capitán le apretó la mano, y los tres cazadores empezaron a observar el horizonte.

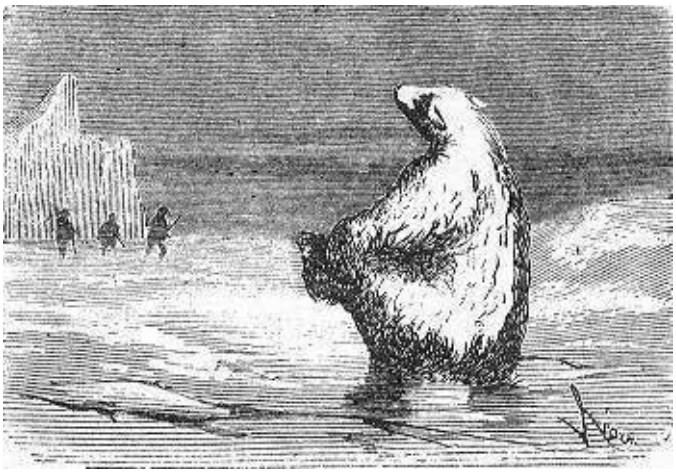
El tiempo estaba muy claro. Hatteras, que andaba delante de sus compañeros, distinguió al oso a menos de seiscientas toesas.

El animal, sentado sobre sus patas traseras, balanceaba tranquilamente la cabeza, aspirando las emanaciones de aquellos huéspedes insólitos.

—¡Allí está! —exclamó el capitán.

—¡Silencio! —dijo el doctor.

Pero el enorme cuadrúpedo, cuando distinguió a los cazadores, no se movió. Los miraba sin miedo y sin cólera. Sin embargo, debía de ser muy difícil acercarse a él.



—Amigos míos —dijo Hatteras—, no se trata de proporcionarnos un vano placer, sino de salvar nuestra existencia. Obremos con prudencia.

—¡Sí! —respondió el doctor—. No tenemos a nuestra disposición más que un solo tiro, y, si no lo aprovechamos, el animal se nos escapará y estará perdido para nosotros, pues ya sabéis que corre más que una liebre.

—Pues bien —respondió Johnson—, es menester ir derecho a él. ¡Se arriesga la vida! ¿Qué importa? Dejadme arriesgar la mía.

—¡La mía será! —exclamó el doctor.

—¡La mía! —respondió sencillamente Hatteras.

—¡Cómo! —exclamó Johnson—. ¿No sois vos acaso más útil para la salvación de todos que este pobre viejo que ya no sirve para nada?

—No, Johnson —repuso el capitán—. Dejadme hacer, yo no arriesgaré mi vida más que lo absolutamente necesario; en caso de apuro, os llamaré para auxiliarme.

—Hatteras —preguntó el doctor—, ¿vais, pues, a salir al encuentro del oso?

—Si estuviese seguro de derribarlo, aunque supiese que me había de hacer pedazos, me dirigiría a él resueltamente, pero al acercarme podría evadirse. Es un animal lleno de astucia, y hemos de procurar ser más astutos que él.

—¿Qué pensáis hacer?

—Ponerme a diez pasos de él, sin que él sospeche mi presencia.

—¿Y cómo?

—El medio es peligroso, pero sencillo. ¿Conserváis la piel de la foca que matasteis?

—Está en el trineo.

—Volvamos a nuestra casa de hielo, y que Johnson se quede observando.

El contramaestre se puso detrás de un *hummock* que le ponía enteramente a cubierto de las miradas del oso.

Éste, siempre en el mismo sitio, continuaba sus singulares balanceos, sorbiendo el aire.

Capítulo V

LA FOCA Y EL OSO

HATTERAS y el doctor se metieron en la casa.

—Ya sabéis —dijo el primero— que los osos del polo persiguen a las focas, que son su principal alimento. Las acechan desde los bordes de las quebrajas por espacio de días enteros y las ahogan entre sus patas apenas aparecen en la superficie de los hielos. La presencia de una foca no puede espantar a un oso. Todo lo contrario.

—Creo adivinar vuestro proyecto —dijo el doctor—; es peligroso.

—Pero ofrece probabilidades de éxito —respondió el capitán—, y, por consiguiente, debemos emplearlo. Voy a vestirme con la piel de foca y a echarme al campo de hielo. No perdamos tiempo. Cargad vuestra escopeta y dádmela.

El doctor no tenía nada que argüir, pues él hubiera hecho lo mismo que iba a intentar su compañero. Salió de la casa proveyéndose de dos hachas, una para Johnson y otra para él, y después, acompañado de Hatteras, se dirigió al trineo.

Allí tomó Hatteras su traje de foca, cuya piel le cubría casi completamente.

Entretanto, el doctor cargó su escopeta con su última carga de pólvora, y echó dentro del cañón la barra de mercurio que tenía la dureza del hierro y la pesadez del plomo. Entregó el arma a Hatteras, el cual se ocultó con ella bajo la piel del anfibio.

—Id —dijo el doctor— al encuentro de Johnson, y quedaos con él; yo voy a aguardar algunos instantes para desorientar a mi adversario.

—¡Valor, Hatteras! —dijo el doctor.

—Estad tranquilo, y, sobre todo, no os pongáis en evidencia antes de haber oído el disparo.

El doctor llegó junto al *hummock* detrás del cual estaba Johnson.

—¿Qué hay? —dijo éste.

—¡Allá veremos! Hatteras se sacrifica para salvamos.

El doctor estaba conmovido. Miró al oso, el cual daba señales de una agitación más violenta, como si presintiese la amenaza de un peligro próximo.

Al cabo de un cuarto de hora, la foca se arrastraba por un témpano. Había dado una vuelta al abrigo de algunas grandes moles de hielo para engañar mejor al oso del cual entonces se encontraba a la distancia de cincuenta toesas. El oso lo percibió y se agachó como si tratase de ocultarse.

Hatteras imitaba con una habilidad suma los movimientos de una foca, de modo que el mismo doctor le hubiera tomado por una foca verdadera, si no hubiera estado en el secreto.

—¡Es una foca hecha y derecha! —Decía Johnson en voz baja.

El anfibio, al mismo tiempo que se iba acercando al oso, parecía no percibirle, y quería dar a entender que buscaba una quebraja para sumergirse en su elemento.

El oso, por su parte, dando vueltas alrededor de los témpanos, se dirigía hacia él con la mayor prudencia. Sus ojos relampagueantes despedían llamas de codicia, pues había pasado tal vez un mes o dos sin comer, y la casualidad le ofrecía una presa segura.

Apenas llegó la foca a diez pasos de su enemigo, éste se levantó de pronto, dio un salto gigantesco, y atónito, espantado, se detuvo a tres pasos de Hatteras, el cual, con una rodilla hincada en tierra y echando atrás su piel de foca, le apuntó al corazón.

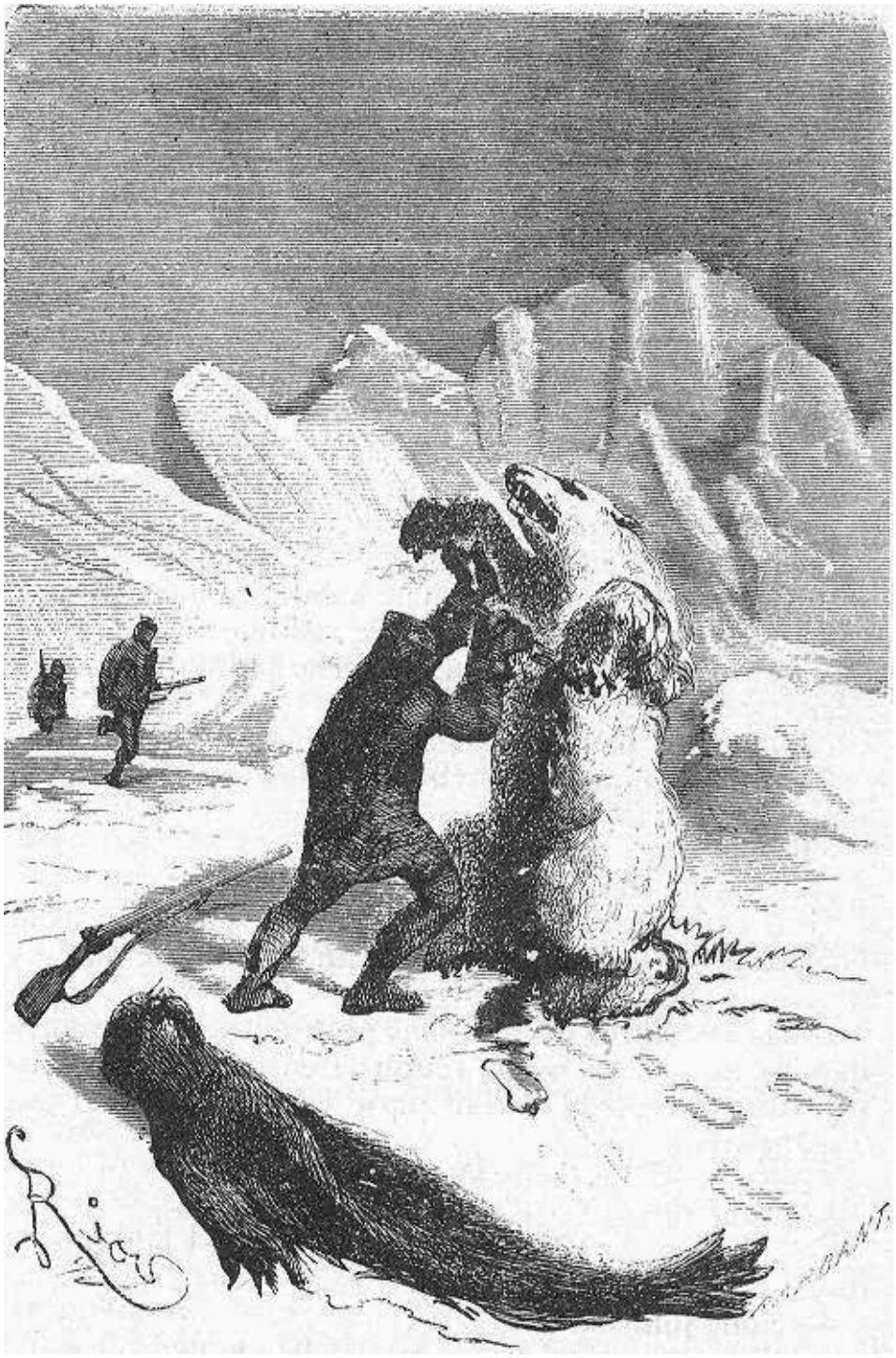
Sonó el disparo y cayó el oso.

—¡Adelante! ¡Adelante! —exclamó el doctor.

Y, seguido de Johnson, se precipitó hacia el teatro de combate.

La enorme bestia se había vuelto a levantar, hiriendo el aire con una pata delantera, mientras que con la otra cogía un puñado de nieve con que taponaba su herida.

Hatteras no se había movido de su sitio. Aguardaba, cuchillo en mano; pero había apuntado bien y herido con una mano que no temblaba. Antes que llegasen sus compañeros, su cuchillo estaba hundido hasta el pomo en la garganta del animal, que caía para no volver a levantarse.



—¡Victoria! —exclamó Johnson.

—¡Hurra, Hatteras! ¡Hurra! —dijo el doctor.

Hatteras, sin la menor emoción, miraba, cruzándose de brazos, el gigantesco cuerpo.

—Ahora me toca a mí —dijo Johnson—; gran cosa es haber muerto al animal, pero no aguardemos a que el frío lo endurezca como una piedra, porque después nada podrían contra él nuestros dientes ni nuestros cuchillos.

Johnson empezó entonces a desollar aquella bestia monstruosa, cuyas dimensiones alcanzaban casi las de un buey, pues medía 9 pies de longitud y 6 de circunferencia. Dos colmillos enormes, que no bajaban de 3 pulgadas, salían de sus encías.

Johnson lo abrió, y no encontró en su estómago más que agua. Evidentemente, el oso no había comido desde hacía mucho tiempo, y, sin embargo, estaba muy gordo y pesaba más de mil quinientas libras. Se le descuartizó, y cada cuarto dio doscientas libras de carne, sin olvidar el corazón del animal, que tres horas después latía aún con fuerza.

Los compañeros del doctor querían echarse sobre aquella carne cruda, pero el doctor se lo impidió y les suplicó que le diesen tiempo de asarla.

Clawbonny, al entrar en la casa, había notado que hacía en ella mucho frío. Se acercó a la estufa y la encontró completamente apagada. Las ocupaciones y emociones de aquella mañana habían hecho olvidar a Johnson el cuidado de alimentar la estufa, tarea que corría habitualmente a su cargo.

El doctor quiso encenderla de nuevo, pero no encontró ni una chispa de lumbre entre las cenizas ya frías.

«¡Vamos, un poco de paciencia!», se dijo.

Fue al trineo a buscar yesca, y pidió su eslabón a Johnson.

—La estufa está apagada —le dijo.

—Yo tengo la culpa —respondió Johnson.

Y buscó su eslabón en el bolsillo donde solía llevarlo, pero en vano.

Tentó los otros bolsillos con no mayor éxito, regresó a la casa, volvió en todas direcciones la manta sobre la cual había pasado la noche, y el eslabón no apareció.

—¿Y bien? —Gritaba el doctor con impaciencia.

Johnson volvió, y miró a sus compañeros.

—¿No tenéis vos el eslabón, señor Clawbonny? —dijo.

—No, Johnson.

—¿Ni vos, capitán?

—No —respondió Hatteras.

—Siempre ha estado en vuestro poder, Johnson —repuso el doctor.

—¡Es verdad! Pero no lo encuentro… —murmuró el viejo marino, palideciendo.

—¡No lo encontráis! —exclamó el doctor, sin poder dejar de manifestarse afectado.

No había otro eslabón, y aquella pérdida podía acarrear consecuencias terribles.

—Buscadlo bien, Johnson —dijo el doctor.

Johnson corrió hacia el témpano desde el cual había acechado al oso, y después, al lugar mismo del combate en que lo había desollado; pero no encontró nada.

Volvió desesperado. Hatteras le miró sin dirigirle reconvención alguna.

—La cosa es grave —dijo al doctor.

—Sí —respondió éste.

—No tenemos ningún instrumento, ni siquiera un anteojo, del que podamos sacar el cristal de aumento para procurarnos fuego.

—Lo sé —respondió el doctor—, y es una desgracia, porque los rayos del sol tendrían bastante fuerza para encender yesca.

—Pues bien —respondió Hatteras—, es preciso matar el hambre con esta carne cruda; emprenderemos luego la marcha y procuraremos llegar al buque.

—¡Sí! —Decía el doctor, abismado en sus reflexiones—. Y esto, en rigor, sería posible. ¿Por qué no? Podríamos probar.

—¿En qué pensáis? —preguntó Hatteras.

—Se me ocurre una idea.

—¿Una idea? —exclamó Johnson—. ¡Una idea vuestra! ¡Entonces nos hemos salvado!

—¿Tendrá buen éxito? —respondió el doctor—. Allá veremos.

—¿Cuál es vuestro proyecto? —dijo Hatteras.

—No tenemos ninguna lente, y trato de hacer una.

—¿Cómo? —preguntó Johnson.

—Con un pedazo de hielo que tallaremos.

—¿Cómo? ¿Y creéis…?

—¿Por qué no? Se trata de hacer converger los rayos de sol en un foco común, y para el caso puede servimos el hielo lo mismo que el mejor cristal.

—¿Es posible? —dijo Johnson.

—Sí; sólo que yo preferiría hielo de agua dulce a hielo de agua salada. El de agua dulce es más transparente y más duro.

—Pero, si no me engaño —dijo Johnson, indicando un *hummock* a cosa de cien pasos—, aquel témpano de aspecto casi negruzco y aquel color verde, indican…

—Tenéis razón; venid, amigos; tomad, Johnson, vuestra hacha.

Los tres se dirigieron hacia el témpano indicado, el cual se hallaba, efectivamente, formado de hielo de agua dulce.

El doctor hizo saltar un pedazo que tendría un pie de diámetro, y empezó a tallarlo groseramente con el hacha; después, con un cuchillo volvió más igual su superficie, y por fin lo pulimentó poco a poco con la mano, obteniendo muy pronto una lente tan transparente como si hubiese sido del mejor cristal.

Volvió a entrar entonces en la casa de nieve, donde cogió un pedazo de yesca, y empezó su experimento.

El sol brillaba entonces con un resplandor bastante vivo, y el doctor expuso su lente de hielo a los rayos, que se concentraron en la yesca.

Ésta estuvo encendida a los pocos segundos.

—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamó Johnson, que no podía dar crédito a sus ojos—. ¡Ah, señor Clawbonny! ¡Señor Clawbonny!

El viejo marino no podía contener su alegría; iba y venía como un loco.

El doctor se metió en la casa; algunos minutos después estaba encendida la estufa, y luego un delicioso olor a asado sacaba a Bell de su entorpecimiento.

Se comió, con el ansia que fácilmente se adivina. El doctor, sin embargo, aconsejó a sus compañeros que se moderasen, y predicó con el ejemplo. Durante la comida, volvió a tomar la palabra.

—Hoy es un día de ventura —dijo—, tenemos provisiones aseguradas para el resto del viaje. Sin embargo, conviene no dormirnos en las delicias de Capua; y haríamos bien en ponernos inmediatamente en marcha.

—No debemos distar más que unas cuarenta y ocho horas del *Porpoise* —dijo Altamont, que había recobrado ya casi enteramente el uso de la palabra.

—Espero —dijo riendo el doctor— que hallaremos allí con qué hacer lumbre.

—Sí —respondió el americano.

—Porque —repuso el doctor— si bien mi lente de hielo es buena, dejaría algo que desear los días en que no hace sol, y estos días son numerosos a menos de 4° del Polo.

—En efecto —respondió Altamont con un suspiro—. ¡A menos de 4°! ¡Mi fragata ha ido a donde jamás antes que ella se había aventurado otro buque!

—¡En marcha! —gritó Hatteras con voz breve.

—¡En marcha! —respondió el doctor, dirigiendo a los dos capitanes una mirada inquieta.

Las fuerzas de los viajeros se habían recuperado con prontitud; los perros participaron a discreción de los despojos del oso, y se volvió a emprender rápidamente el camino del Norte.

Durante el viaje, el doctor quiso que Altamont le dijese algo acerca de las razones que le habían arrastrado tan lejos, pero el americano respondió evasivamente.

—Dos hombres que es preciso vigilar —dijo el doctor al oído del viejo contramaestre.

—Sí —respondió Johnson.

—Hatteras no dirige nunca la palabra al americano, y éste parece poco dispuesto a mostrarse reconocido. Afortunadamente, estoy yo aquí.

—Señor Clawbonny —respondió Johnson—, desde que el yanqui ha vuelto a la vida, su fisonomía me inspira cierta alarma.

—O mucho me engaño —respondió el doctor—, o él debe de sospechar los proyectos de Hatteras.

—¿Creéis, pues, vos, que ese extranjero haya tenido los mismos propósitos?

—¡Quién sabe, Johnson! Los americanos son atrevidos y audaces; lo que un inglés ha querido hacer, un americano puede haberlo intentado también.

—¿Pensáis vos que Altamont…?

—Yo no pienso nada —respondió el doctor—, pero la situación de un buque en el camino del Polo hace reflexionar.

—Sin embargo, Altamont dice que ha sido arrastrado a pesar suyo.

—Lo dice, sí; pero yo he creído sorprender en sus labios una singular sonrisa.

—¡Diablos, señor Clawbonny, sería una circunstancia fatal una rivalidad entre dos hombres del temple de los dos capitanes!

—¡Quiera el cielo que me engañe, Johnson, porque esta situación podría acarrear complicaciones graves, tal vez una catástrofe!

—Espero que Altamont no olvidará que le hemos salvado la vida.

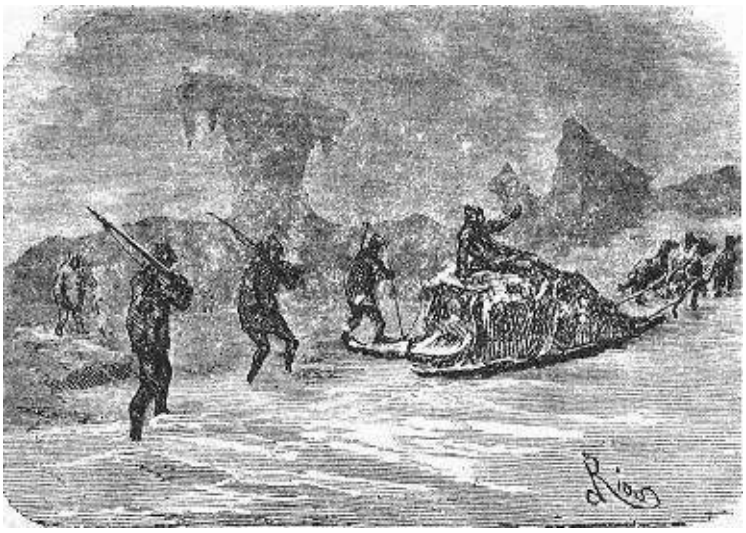
—¿No va él a su vez a salvar la nuestra? Confieso que, sin nosotros, él no existiría; pero, sin él, sin su buque, sin los recursos que éste contiene, ¿qué sería de nosotros?

—En fin, señor Clawbonny, vos estáis aquí, y espero que con vuestra intervención todo irá bien.

—Lo espero igualmente, Johnson.

El viaje prosiguió sin ningún incidente digno de ser referido. La carne de oso no escaseaba, y se hicieron con ella abundantes comidas. Hasta reinaba cierta alegría en la comitiva, gracias a las ocurrencias del señor Clawbonny y a su amable filosofía. El digno doctor encontraba siempre en sus alforjas de sabio alguna enseñanza que sacar de los hechos y de las cosas. Su salud no se había deteriorado, y a pesar de las fatigas y las privaciones, había enflaquecido tan poco que sus amigos de Liverpool lo hubieran reconocido sin trabajo, sobre todo por su buen humor inalterable.

Durante la mañana del sábado, vieron los viajeros modificarse sensiblemente la naturaleza de la inmensa llanura de hielo. Los témpanos conmovidos, los *packs*, más frecuentes, los *hummocks* acumulados, demostraban que el *icefield* sufría una presión inmensa. Evidentemente, algún continente desconocido, alguna isla nueva, estrechando los pasos, había producido aquel trastorno. Moles de hielo de agua dulce, más frecuentes y más considerables, indicaban una costa próxima.



Existía, pues, a poca distancia una tierra nueva, y el doctor ardía en deseos de enriquecer con ella los mapas del hemisferio boreal. Nadie puede figurarse el placer que causa el levantamiento de planos de

costas desconocidas y la formación de su trazado con la punta del lápiz. Éste era el objeto del doctor; así como el de Hatteras era pisar con su pie el mismo polo, y se entusiasmaba de antemano pensando en los nombres con que bautizaría los mares, los estrechos, las bahías y hasta las más insignificantes tortuosidades de aquellos nuevos continentes. Cierto es que en aquella gloriosa nomenclatura no omitía ni a sus compañeros ni a sus amigos, ni a *Su Graciosa Majestad*, ni a la familia real, pero tampoco se olvidaba de sí mismo, y vislumbraba ya cierto cabo *Clawbonny* con una satisfacción legítima.

Estos pensamientos le ocuparon todo el día. Se dispuso lo necesario para acampar aquella noche según costumbre, y durante ella, pasada cerca de tierras desconocidas, cada cual estuvo un rato de centinela.

Al día siguiente, domingo, después de un abundante almuerzo suministrado por las patas del oso, que fue excelente, los viajeros se dirigieron al Norte, declinando algo hacia el Oeste. Aunque el camino era más difícil, se andaba a buen paso.

Altamont, desde lo alto del trineo, observaba el horizonte con una atención febril, y sus compañeros experimentaban una inquietud involuntaria. Las últimas observaciones solares habían dado por latitud exacta 83° 35′ y por longitud 120° 15′. Ésta era la situación que se suponía ocupaba el buque americano, y, por tanto, aquel mismo día debía resolverse lo que para ellos era cuestión de vida o muerte.

En fin, a cosa de las dos de la tarde, Altamont, poniéndose en pie, detuvo con un sonoro clamor a la comitiva, indicó con la mano una mole blanca que otra mirada cualquiera hubiese confundido con los *icebergs* circundantes, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡El *Porpoise*!

Capítulo VI

EL *PORPOISE*

EL 24 de marzo era domingo de Ramos, día de gran fiesta, en que las calles de muchas aldeas y ciudades de Europa se cubren de flores y de hojas, y las campanas pueblan los aires de sonidos, y la atmósfera se llena de penetrantes perfumes.

Pero en aquel país desconsolador, ¡qué tristeza! ¡Qué silencio! ¡Nada más que un viento desapacible y áspero, y ni una hoja seca, ni un tallo de hierba!

Y, sin embargo, aquel domingo era también un día de alegría para los viajeros, porque iban a hallar al fin recursos sin los cuales estaban condenados a una muerte próxima.

Apresuraron el paso; los perros tiraron con más energía, *Duck* expresaba con sus ladridos su satisfacción, y la comitiva llegó luego al buque americano.

El *Porpoise* estaba enteramente sepultado en la nieve. No tenía ni palos, ni vergas, ni jarcias; todos sus aparejos se rompieron cuando naufragó. El buque se hallaba encajonado en un lecho de rocas completamente invisible entonces. Echado sobre un costado por la violencia del choque, tenía abierta la carena, y parecía inhabitable.

Así lo reconocieron el capitán, el doctor y Johnson, después de haber penetrado no sin trabajo en el interior del bergantín. Necesario fue quitar más de quince pies de hielo para llegar a la escotilla; pero con alegría general se vio que los animales, de los que se encontraban en el campo numerosas huellas, habían respetado el precioso depósito de provisiones.

—Si bien es verdad —dijo Johnson— que tenemos aquí combustible y municiones de boca en abundancia, este casco no nos sirve de abrigo.

—Pues bien —respondió Hatteras—, es preciso construir una casa de nieve y establecernos lo mejor que podamos en el continente.

—Sin duda —respondió el doctor—; pero no nos precipitemos y hagamos las cosas en regla. En rigor, podemos alojamos provisionalmente en el buque, y, entretanto, construiremos una casa sólida, capaz de protegemos contra el frío y los animales. Yo seré el arquitecto y veréis cómo me porto.

—No dudo de vuestro talento, señor Clawbonny —respondió Johnson—; instalémonos aquí de cualquier modo, y hagamos el inventario de lo que el buque contiene. No veo, desgraciadamente, ninguna lancha ni bote, y el mal estado de estos restos no nos permite pensar en ellos para construir una embarcación.

—¿Quién sabe? —respondió el doctor—. Con reflexión y tiempo se hacen muchas cosas; pero ahora no se trata de navegar, sino de construir una morada sedentaria, por lo que propongo que no nos ocupemos por ahora de otros proyectos, y más adelante veremos.

—Es lo racional —respondió Hatteras—. Empecemos por lo que más prisa corre.

Los tres compañeros dejaron el buque, volvieron al trineo y participaron sus ideas a Bell y al americano. Bell se manifestó dispuesto a trabajar, y el americano sacudió la cabeza al saber que los restos de su buque para nada servían; pero como esta discusión en aquel momento hubiera sido ociosa, se atuvieron todos al proyecto de refugiarse en el *Porpoise*, y de construir una vasta habitación en la costa.

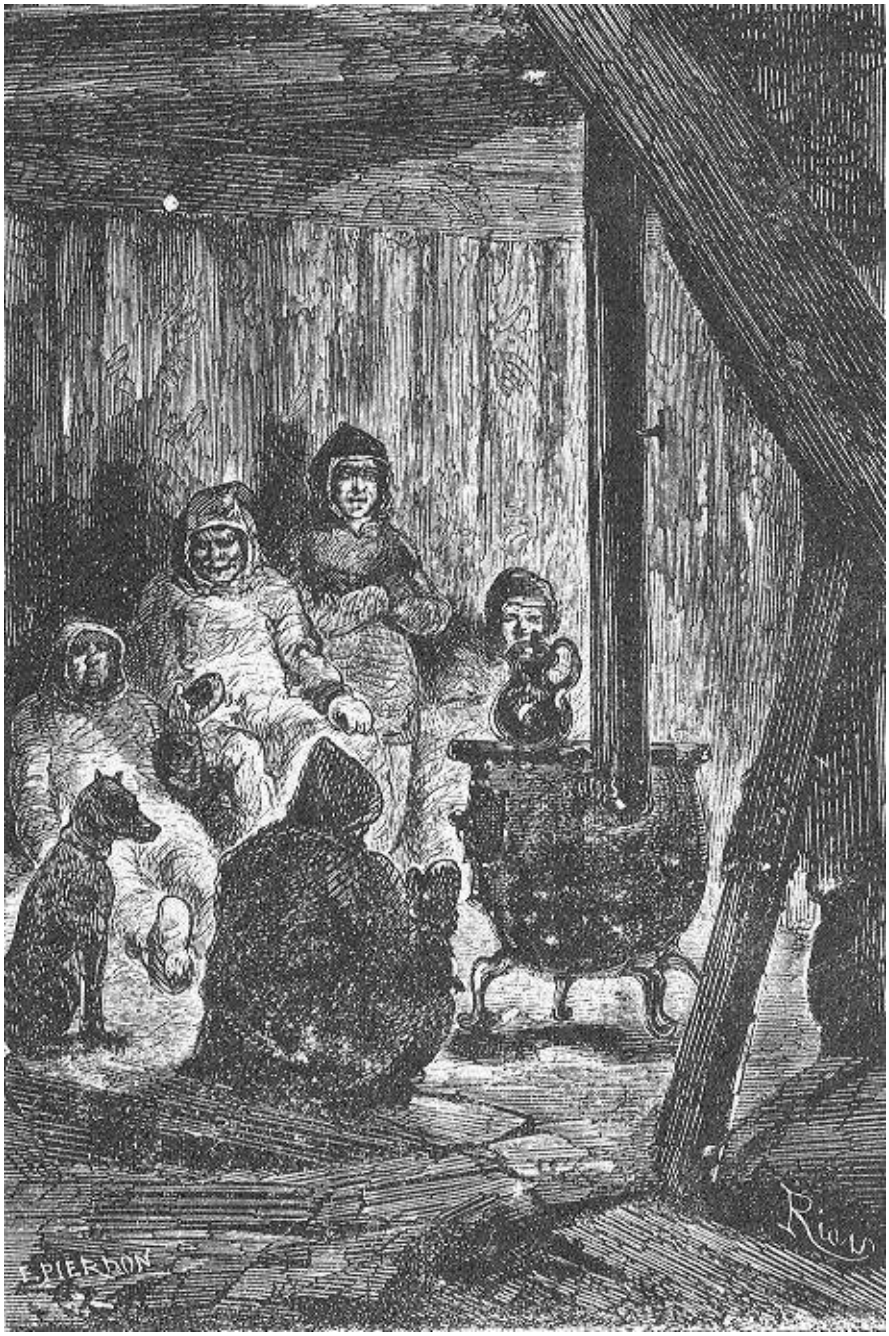
A las cuatro de la tarde, los cinco viajeros se hallaban, bien o mal, establecidos en la cubierta. Por medio de tablones y restos de arboladura, Bell armó un entarimado casi horizontal donde colocó los *coys* endurecidos por el hielo y vueltos muy pronto a su estado propio con el calor de la chimenea. Altamont, apoyado en el doctor, pudo sin gran trabajo trasladarse al lugar que le estaba reservado. Al poner el pie en su buque, no pudo contener un suspiro de satisfacción que pareció de mal agüero al contramaestre.

«¡Se siente en su casa —pensó el viejo marino—, y cualquiera diría que nos convida!».

El resto del día se dedicó al reposo. El tiempo tendía a variar por la influencia de las ráfagas del Oeste; el termómetro, colocado al aire libre, marcó —26° (—32° centígrados).

En resumen, el *Porpoise* se hallaba colocado más allá del polo del frío y en una latitud relativamente menos glacial aunque más próxima al Norte.

Aquel día se comió cuanto quedaba del oso, con galleta que se encontró en la despensa del buque, y algunas tazas de té; y después, rendidos todos de fatiga, se durmieron profundamente.



Por la mañana, Hatteras y sus compañeros madrugaron poco. Las imaginaciones seguían la pendiente

de las ideas nuevas. No les preocupaba ya la incertidumbre del día siguiente, y nadie pensaba ya más que en albergarse de una manera cómoda. Aquellos náufragos se consideraban como colonos llegados a su destino, y, olvidando los padecimientos del viaje, sólo pensaban en crearse un porvenir lisonjero.

—¡Uf! —exclamó el doctor desperezándose—. Es magnífico no tener que preguntarse dónde dormirá uno por la noche y lo que comerá al día siguiente.

—Empecemos por hacer el inventario del buque —respondió Johnson.

El *Porpoise* había sido perfectamente equipado y abastecido para una excursión lejana.

El inventario dio las siguientes cantidades de provisiones: seis mil ciento cuarenta libras de harina, de manteca y de pasas para los *puddings*; dos mil libras de buey y cerdo salado; mil quinientas libras de *pemmican*; setecientas libras de azúcar y otras tantas de chocolate; una caja y media de té que pesaba noventa y seis libras; quinientas libras de arroz; varios barriles de frutas y legumbres en conserva; abundancia de zumo de limón, granos de codearía, acederas y berros y trescientos galones de ron y de aguardiente. La santabárbara ofrecía una gran cantidad de pólvora, balas y plomo, y el carbón y la leña abundaban mucho. El doctor recogió con afán los instrumentos de física y navegación, y hasta una pila Bunsen de gran potencia, que había sido embarcada con objeto de hacer experimentos sobre la electricidad.

En resumen, las provisiones de todo género eran más que suficientes para cinco hombres por espacio de dos años, puestos a ración entera. Se desvanecían todos los riesgos de morir de hambre y de frío.

—He aquí nuestra existencia asegurada —dijo el doctor al capitán—, y nadie nos impedirá remontarnos hasta el Polo.

—¡Hasta el Polo! —respondió Hatteras, estremeciéndose.

—Sin duda —repuso el doctor—. Durante los meses de verano, ¿quién nos impedirá verificar un reconocimiento por tierra?

—¡Por tierra, sí! Pero ¿y por mar?

—¿No se puede construir una lancha con las tablas del *Porpoise*?

—Una lancha americana, ¿no es verdad? —respondió desdeñosamente Hatteras—. Y mandada por ese americano.

El doctor comprendió la repugnancia del capitán, y no creyó oportuno llevar la cuestión más adelante. Dio, pues, a la conversación otro giro.

—Ahora que sabemos a qué atenernos respecto a provisiones —repuso—, es menester construir almacenes para ellas y una casa para nosotros. Los materiales no faltan y podemos albergarnos muy cómodamente. Espero, Bell —dijo el doctor dirigiéndose al carpintero—, que vais a luciros, amigo mío. Yo, además, podré daros algunos buenos consejos.

—Estoy dispuesto, señor Clawbonny —respondió Bell—, y, si necesario fuese, me comprometería a construir con los enormes pedazos de hielo que tenemos a nuestra disposición una ciudad entera con sus casas y sus calles.

—No es necesario tanto. Sírvannos de ejemplo los agentes de la compañía de la bahía de Hudson, que construyen fortalezas que les guarecen de los animales y de los indios. He aquí todo lo que nosotros necesitamos: atrincherarnos lo mejor posible; a un lado la habitación y al otro los almacenes, con un lienzo de muralla y dos baluartes para defendernos. Yo procuraré para el caso recordar mis estudios castrenses.

—A fe mía, señor Clawbonny —dijo Johnson—, yo no dudo de que con vuestra dirección haremos algo de provecho.

—Pues bien, amigos míos, lo primero que hay que hacer es escoger un buen solar; un ingeniero, que sabe dónde tiene la mano derecha, reconoce ante todo el terreno. ¿Venís, Hatteras?

—Apruebo cuanto vos hagáis, doctor —respondió el capitán—. Obrad, pues, a discreción, y, entretanto, yo recorreré la costa.

Altamont, demasiado débil aún para tomar parte en los trabajos, se quedó en el buque, y los ingleses se trasladaron al continente.

El tiempo estaba borrascoso y encapotado. El termómetro marcaba al mediodía 11° bajo cero (—23° centígrados); pero como no hacía viento, la temperatura era soportable.

A juzgar por la disposición de la costa, un mar considerable, a la sazón enteramente helado, se extendía hacia el Oeste hasta perderse de vista. Estaba limitado al Este por una orilla redondeada, cortada por profundas quebrajas, y levantada súbitamente a doscientas yardas de la playa. Formaba también una vasta bahía erizada de rocas peligrosas como las que hicieron naufragar al *Porpoise*, y a lo lejos, en tierra firme, se levantaba una montaña, cuya elevación, según cálculos del doctor, era aproximadamente de 500 toesas. Hacia el Norte, un promontorio terminaba en el mar, después de haber cubierto una parte de la bahía. Una isla de mediana extensión, o, por mejor decir, un islote, sobresalía del campo de hielo a tres millas de la costa, de suerte que si no hubiese sido por la dificultad de entrar en aquella rada, hubiese ofrecido un fondeadero abrigado y seguro. Había también en una escotadura de la playa un ancón muy accesible a los buques, si alguna vez llegaba a verificarse el deshielo en aquella parte del océano Ártico. Sin embargo, según las narraciones de Belcher y de Penny, todo aquel mar quedaba libre durante los meses de verano.

A la mitad de la costa, el doctor notó una especie de meseta circular que tenía más de doscientos pies de diámetro, la cual dominaba la bahía por tres lados, estando el cuarto cerrado por un acantilado, cortado a pico, de una elevación de veinte toesas, a cuya cima no se podía llegar sino por medio de peldaños labrados en el hielo. Aquel punto pareció propio para levantar una construcción sólida y fortificarse debidamente. La Naturaleza había hecho los primeros gastos, y bastaba aprovecharse de la disposición del terreno.

El doctor, Bell y Johnson alcanzaron la meseta tallando con el hacha los témpanos, que estaban perfectamente unidos. El doctor, después de haber reconocido la excelencia del emplazamiento, resolvió librarlo de los diez pies de nieve endurecida que lo cubrían, pues era preciso edificar la habitación y los almacenes sobre una base sólida.

El lunes, martes y miércoles, se trabajó sin descanso. Apareció al fin la tierra, que estaba formada de un granito muy duro y de grano apretado, conteniendo además granates y grandes cristales de feldespato que descubrió el azadón.

El doctor dio entonces las dimensiones y el plano de la casa de nieve, que debía tener cuarenta pies de longitud, veinte de anchura y diez de altura. Estaba dividida en tres piezas o departamentos: un salón, un cuarto para dormir y una cocina. No se necesitaba más. La cocina estaba a la izquierda, el dormitorio a la derecha y el salón en medio.

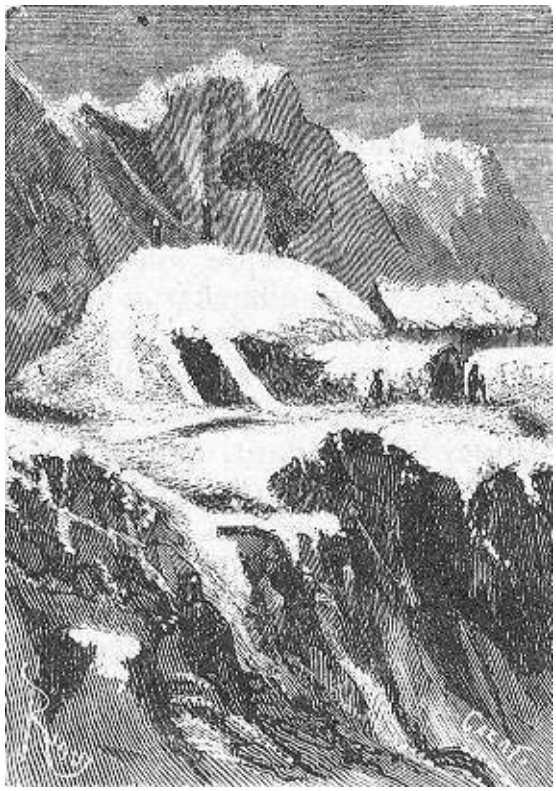
Se trabajó cinco días asiduamente. Los materiales no escaseaban. Las paredes habían de ser bastante gruesas para resistir el deshielo, pues ni aun en verano quería el doctor correr el riesgo de quedarse sin abrigo.

A medida que se levantaba la casa, tomaba buen aspecto. Tenía en la fachada cuatro ventanas, de las cuales dos correspondían al salón, una a la cocina y otra al dormitorio. Los cristales eran magníficas tablas de hielo, según usanza de los esquimales, y permitían el paso a una luz suave como la que atraviesa

el vidrio deslustrado.

Delante del salón, entre sus dos ventanas, había un largo corredor, a manera de galería, cubierta o colgadiza, que daba entrada a la casa, cerrándola herméticamente una puerta sólida que había pertenecido a la cámara del *Porpoise*.

Cuando estuvo terminada la casa, el doctor quedó encantado de su obra. Difícil hubiera sido determinar a qué estilo de arquitectura pertenecía aquella construcción, si bien el arquitecto hubiera preferido a todo el goticosajón tan popular en Inglaterra. Pero la solidez era lo principal, por lo que el doctor se limitó a revestir la fachada de robustos contrafuertes, macizos como pilares romanos. Encima, un tejado muy pendiente se apoyaba en la pared de granito, la cual servía igualmente para sostener los tubos de las estufas que conducían el humo afuera.



Terminada la gran obra, se procedió al arreglo del mobiliario. Se trasladaron al cuarto de dormir los *coys* del *Porpoise, que* se colocaron circularmente alrededor de una gran estufa. En el salón, que sirvió también de comedor, se pusieron banquetas, sillas, sillones, mesas y armarios, y la cocina recibió los hornillos del buque con todos sus utensilios. Las velas tendidas en el suelo servían de tapices, y ejercían también en las puertas interiores, que no tenían otro medio de cerrarse, las funciones de mamparas.

Las paredes de la casa medían comúnmente un espesor de cinco pies, y los huecos de las ventanas parecían troneras de cañón.

Todo era de una solidez suma. ¿Qué más podía exigirse? ¡Ah! Si se hubiese ejecutado cuanto ideaba el doctor, ¡qué no se hubiera hecho con aquel hielo y aquélla nieve que tan dócilmente se prestaban a todas las combinaciones! Todo el día estaba el doctor rumiando mil proyectos soberbios que no pensaba realizar, pero así volvía más divertido con los recursos de su ingenio el trabajo común.

Además, a fuer de bibliófilo, había leído un libro bastante raro de M. Kraft, titulado: *Descripción detallada de la casa de hielo construida en San Petersburgo, en enero de 1740, y de todos los objetos que contenía*. Y aquel recuerdo sobreexcitaba su inventiva. Una noche, contó a sus compañeros las maravillas de aquel palacio de hielo.

—¿No podemos —les dijo— hacer nosotros aquí lo que se ha hecho en San Petersburgo? ¿Qué nos falta? Nada, ni siquiera la imaginación.

—¿Tan hermoso era, pues? —preguntó Johnson.

—Era un palacio de hadas, amigo mío. La casa, construida por orden de la emperatriz Ana, que, en 1740, hizo celebrar en ella los esponsales de uno de sus bufones, tenía casi las dimensiones de la nuestra; pero delante de su fachada había, puestos en sus cureñas, seis cañones de hielo, con los que, sin que reventasen, se dispararon muchos cañonazos con pólvora y bala. Había igualmente morteros que tiraban bombas de setenta libras, y por consiguiente nosotros, en caso necesario, podríamos artillarnos de una manera formidable. El bronce no está lejos y nos cae del cielo. Pero donde sobresalieron el gusto y el arte fue en el frontis del palacio, adornado con estatuas de hielo de sorprendente hermosura. La gradería exterior de la fachada estaba llena de jarrones con flores y macetas con naranjos, todo hecho de hielo, y a la derecha se levantaba un enorme elefante que durante el día arrojaba chorros de agua y durante la noche ríos de petróleo ardiendo. ¡Oh! ¡Qué casa tan completa haríamos nosotros, si quisiéramos!

—Se me figura —replicó Johnson— que animales no nos faltarán, y no por ser de hielo serán menos interesantes.

—¡Que vengan! —replicó el belicoso doctor—. Sabremos defendernos contra sus ataques. Pero, volviendo a mi casa de San Petersburgo, añadiré que en su interior había mesas, tocadores, espejos, candelabros, bujías, camas, naipes y armarios con su servicio completo, todo de hielo cincelado, torneado, esculpido, en una palabra, un mobiliario al cual no faltaba nada.

—¿Era, pues, un verdadero palacio? —dijo Bell.

—Un palacio espléndido y digno de una soberana. ¡Ah! ¡El hielo! ¡Qué bien ha hecho la Providencia en inventarlo, puesto que se presta a tantas maravillas y puede proporcionar el bienestar a los náufragos!

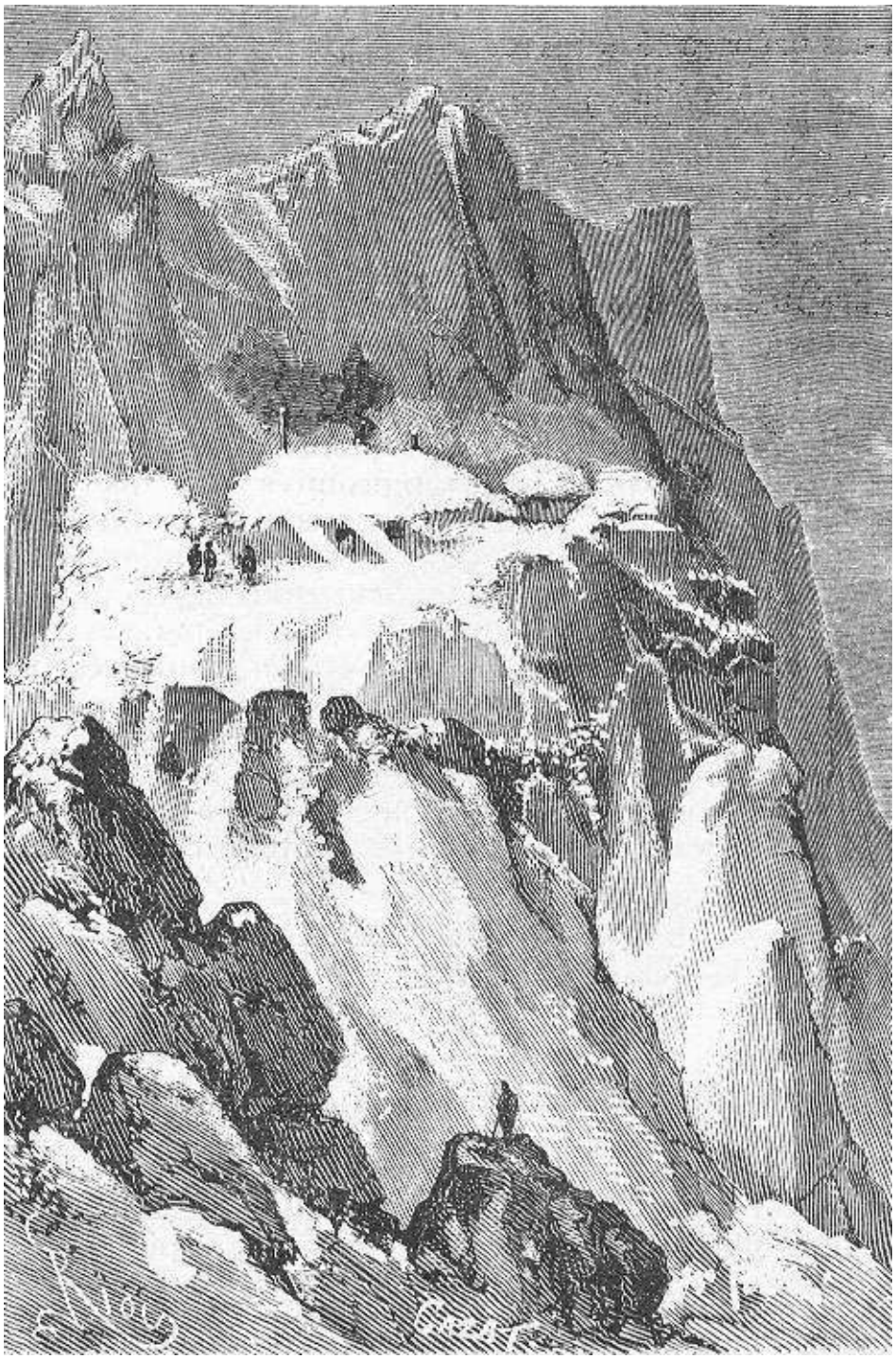
Se llegó al 30 de marzo sin haber hecho más que amueblar la casa de nieve. El 31 era domingo de Pascua, y este día se consagró al reposo, pasándolo todos en el salón, donde se leyó el Oficio divino y todos pudieron apreciar la buena disposición de la *snow-house*.

Al día siguiente se empezaron a construir los almacenes y el polvorín, en lo que se invirtieron ocho días, comprendiendo en ellos el tiempo empleado en la descarga completa del *Porpoise*, que no se hizo sin dificultad, pues lo bajo de la temperatura no permitía trabajar mucho tiempo. En fin, el 8 de abril, las provisiones, el combustible y las municiones se hallaban en tierra firme y perfectamente al abrigo. Los almacenes estaban situados al norte de la meseta, y el polvorín al sur, a unos sesenta pies de cada extremidad de la casa. Se construyó junto a los almacenes una especie de perrera para alojar a los canes groenlandeses, que fue honrada por el doctor con el nombre de *Palacio de los Perros*. *Duck* participaba de la morada común.

Entonces el doctor pensó en los medios de defensa de la plaza. Bajo su dirección, se rodeó la meseta de una verdadera fortificación de hielo que la ponía a cubierto de todas las invasiones. Su altura formaba una escarpa natural, y como no tenía puntos entrantes ni salientes, era igualmente fuerte en todos sus flancos. El doctor, organizando este sistema de defensa, recordaba indeciblemente al digno tío Tobías, de Sterne, del cual tenía la dulce bondad y el apacible humor. Daba gusto verle calcular la pendiente de su escarpa interior, la inclinación del terraplén y la anchura de la trinchera. Pero este trabajo se hacía con tanta facilidad con aquella nieve complaciente, que el amable ingeniero pudo dar a su muralla de hielo hasta siete pies de grosor, y, además, como la meseta dominaba la bahía, no hubo necesidad de construir ni contraescarpa, ni talud exterior, ni glacis. El parapeto de nieve, después de rodear la meseta, seguía la muralla de la roca, y se unía con la casa por los dos lados. Aquellas obras castrenses terminaron hacia el 15 de abril. El fuerte estaba completo; y el doctor contemplaba su obra con orgullo.

Aquel recinto fortificado se hubiera, en realidad, sostenido mucho tiempo contra una tribu de esquimales, si semejantes enemigos se hubiesen encontrado por aquella latitud; pero no había en aquella costa vestigio alguno de seres humanos. Hatteras, estudiando la configuración de la bahía, no vio nunca un solo resto de las chozas que se encuentran comúnmente en los parajes frecuentados por tribus groenlandesas. Los náufragos del *Forward* y del *Porpoise* eran, al parecer, los primeros seres humanos que habían pisado aquel suelo desconocido.

Pero si los hombres no eran de temer, podían los animales ser peligrosos, y el fuerte debía poner a su pequeña guarnición a cubierto de sus ataques.



Capítulo VII

UNA DISCUSIÓN CARTOLÓGICA

DURANTE estos preparativos de invernada, Altamont había recobrado completamente sus fuerzas y su salud, y hasta pudo tomar parte activa en la descarga del buque. Su poderosa constitución le valió, y su anemia no pudo resistir mucho tiempo al vigor de su sangre.

En él se vio renacer al individuo robusto y sanguíneo de los Estados Unidos, al hombre enérgico e inteligente, dotado de un carácter resuelto, al americano emprendedor, audaz, dispuesto a todo. Era oriundo de Nueva York, y navegaba desde niño, según dijo a sus compañeros. Su buque, el *Porpoise*, había sido tripulado y fletado por una sociedad de ricos negociantes de la Unión, a cuyo frente se hallaba el famoso Mr. Grinnel.

Entre Hatteras y Altamont existían semejanzas de carácter, pero no simpatías. Estas semejanzas no eran a propósito para hacer de aquellos dos hombres dos amigos. Todo lo contrario. Además, un observador hubiera notado en el acto entre ellos graves desacuerdos. Altamont, al mismo tiempo que parecía mostrar más franqueza que Hatteras, era menos franco que éste. Con más llaneza, había en él menos sinceridad, y su carácter abierto inspiraba menos confianza que la índole sombría del capitán británico. Éste concebía una idea, la manifestaba una sola vez y se aferraba a ella. El otro, hablaba de sus propósitos, los comentaba mil veces, y sus palabras, con mucha frecuencia, nada significaban.

He aquí lo que el doctor fue reconociendo poco a poco en el carácter del americano, y tenia razón en presentir una enemistad futura, ya que no un odio a muerte, entre el capitán del *Porpoise* y el del *Forward*.

Y, sin embargo, eran dos, y no podía mandar más que uno. Hatteras tenía, sin duda alguna, todos los derechos a la obediencia del americano, los derechos de la prioridad y los de la fuerza. Pero si el uno se hallaba a la cabeza de los suyos, el otro se hallaba a bordo de su buque, lo que también era algo.

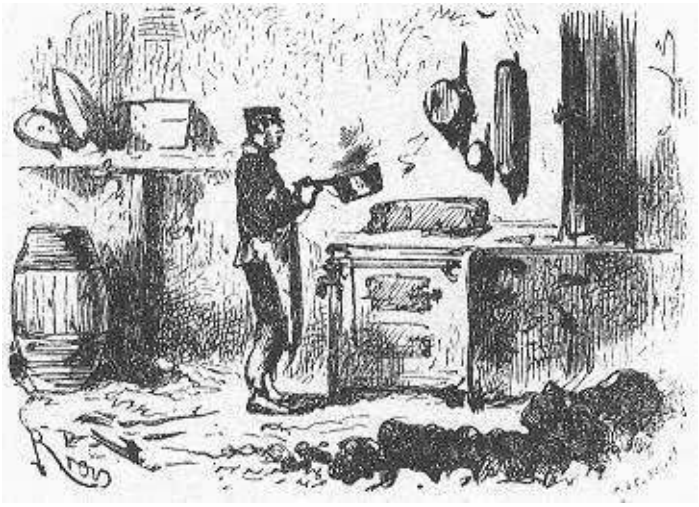
Por política o por instinto, Altamont contrajo desde luego con el doctor amistosas relaciones. Le debía la vida, pero la simpatía le inclinaba hacia aquel digno hombre más aún que el reconocimiento. Tal era el inevitable efecto del carácter del digno Clawbonny, a cuyo alrededor nacían los amigos como los trigos al calor del sol. Se ha hablado de personas que se levantaban a las cinco de la mañana para crearse enemigos; el doctor no lo hubiera conseguido, aunque se hubiese levantado a las cuatro.

Resolvió, no obstante, sacar partido de la amistad de Altamont para conocer la verdadera razón de su presencia en los mares polares. Pero el americano, con toda su verbosidad, respondió sin responder, y volvió a su acostumbrado tema del paso del Noroeste.

El doctor sospechaba que el motivo de la expedición era otro, el mismo precisamente que tenía Hatteras. Resolvió, por lo mismo, no provocar acerca del particular ninguna cuestión entre los dos adversarios, pero no siempre lo consiguió, pues las más insignificantes conversaciones tomaban a pesar suyo un giro peligroso, bastaba una palabra cualquiera para hacer brotar la chispa al choque de los intereses rivales.

Así sucedió, en efecto. Concluida la casa, el doctor resolvió celebrar tan fausto suceso con una comida espléndida. Clawbonny tenía la idea de introducir en aquel continente desierto las costumbres y

placeres de la vida europea. Bell había cazado precisamente algunos ptarmiganos y una liebre blanca, primer mensajero de la nueva primavera.



El festín se celebró el 14 de abril, segundo domingo de Cuasimodo, haciendo un tiempo muy seco, pero el frío no se atrevía a penetrar en la casa de hielo, seguro de ser vencido por las estufas que estaban atestadas de combustible.

Se comió perfectamente. La carne fresca formó un agradable contraste al lado del *pemmican* y de la cecina. Un maravilloso *pudding*, obra del doctor, mereció los honores de la repetición, y el sabio cocinero, con su mandil y su cuchillo al cinto, no hubiera deshonrado las cocinas del gran canciller de Inglaterra.

A los postres aparecieron los licores, pues el americano no estaba sometido al régimen de los *teetotalers* ingleses[38], y no había ninguna razón para que él se privase de un vaso de ginebra o de brandy. Los otros invitados, sobrios ordinariamente, podían, sin inconveniente, permitirse en tan señalado día una infracción a la regla, sobre todo cuando para ello les autorizó el mismo médico. Durante los

brindis, dirigidos a la Unión, Hatteras no hizo más que guardar silencio.

Entonces fue cuando el doctor suscitó una cuestión interesante.

—Amigos míos —dijo—, no basta haber salvado los estrechos, los bancos y los campos de hielo, y haber llegado hasta aquí; nos quedan aún por hacer algunas cosas. Os propongo dar nombres a esta tierra hospitalaria, en que hemos encontrado la salvación y el reposo. Ésta es la costumbre seguida por todos los navegantes del mundo, sin que ninguno haya faltado nunca a ella, y, por consiguiente, nosotros, al regresar a nuestra patria, debemos enseñar, al mismo tiempo que la configuración hidrográfica de las costas, los nombres con que se distinguen los cabos, las bahías, las puntas y los promontorios. Eso es absolutamente necesario.

—Muy bien dicho —exclamó Johnson—. Además, cuando se puede dar a todas estas tierras un nombre especial parecen ya una cosa distinta, y se adquiere el derecho de no considerarse como abandonado en un continente desconocido.

—Sin contar —replicó Bell— con que así se simplifican las instrucciones durante un viaje, y se facilita la ejecución de las órdenes. Podrá ser que nos veamos obligados a separarnos durante alguna expedición o en una cacería, y nada mejor para encontrar un camino que saber cómo se llama.

—Pues bien —dijo el doctor—, puesto que acerca del particular estamos todos de acuerdo, procuremos ahora entendemos respecto de los nombres que vamos a dar, y no olvidemos ni nuestro país, ni a nuestros amigos, en la nomenclatura. En cuanto a mí, cuando recorro un campo, nada me causa tanta alegría como ver el nombre de un compatriota en el extremo de un cabo, al lado de una isla o en medio del mar. Así interviene de una manera encantadora la amistad en la geografía.

—Tenéis razón, doctor —respondió el americano—. Y, además, decís las cosas de una manera que aumenta mucho su precio.

—Veamos —respondió el doctor—, procedamos con orden.

Hatteras no había tomado aún parte en la conversación. Reflexionaba. Sin embargo, notando que se fijaban en él las miradas de sus compañeros, se levantó y dijo:

—Salvo mejor parecer, y nadie aquí me contradecirá, yo opino —en aquel momento Hatteras miraba

a Altamont— que debemos dar a nuestra habitación el nombre de su hábil arquitecto, el mejor de los aquí presentes, y llamarla «*Casa del Doctor*».

—Perfectamente —respondió Bell.

—Perfectamente —repitió Johnson—. *¡«Casa del Doctor»!*

—Es lo mejor que puede hacerse —respondió Altamont—. ¡Hurra por el doctor Clawbonny!

Se echó un triple hurra de común acuerdo, y también *Duck* ladró, sin duda en señal de aprobación.

—Así, pues —repuso Hatteras—, que esta casa sea así llamada en tanto que una tierra nueva nos permita distinguirla con el nombre de nuestro amigo.

—¡Ah! —Exclamó el viejo Johnson—. ¡Si el paraíso terrestre no tuviese aún nombre, el de Clawbonny le sentarla a las mil maravillas!

El doctor, muy conmovido, quiso excusarse por modestia, pero tuvo que pasar por lo que querían todos. Quedó, pues, debidamente decretado que aquella alegre comida se había celebrado en el gran salón de la «*Casa del Doctor*», después de haberse preparado en la cocina de la «Casa *del Doctor*», y que se irían a acostar tranquilamente en el dormitorio de la «Casa *del Doctor*».

—Ahora —dijo el doctor— pasemos a otros puntos más importantes de nuestros descubrimientos.

—Hay —respondió Hatteras— este mar inmenso que nos rodea, y cuyas olas no ha surcado aún ningún buque.

—¡Ningún buque! Me parece, sin embargo —dijo Altamont—, que el *Porpoise* no merece que se le olvide, a no ser que haya venido por tierra —añadió sarcásticamente.

—Bien podría creerse —replicó Hatteras—, al ver las rocas sobre las que duerme en este momento.

—En verdad, Hatteras —dijo Altamont, algo amoscado—, que, mal por mal, vale más estar varado en las rocas, como el *Porpoise*, que desparramarse por los aires, como ha hecho el *Forward*.

Hatteras iba a replicar con vehemencia, cuando el doctor intervino:

—Amigo —dijo—, aquí no se trata de buques, sino de un mar nuevo…

—No es nuevo —respondió Altamont—. Es un mar que se halla indicado en todas las cartas del Polo. Se llama océano Boreal, y no creo sea oportuno variar su nombre. Más adelante, si descubrimos que no es más que un estrecho o un golfo, veremos lo que hay que hacer.

—Sea —dijo Hatteras.

—Sea —respondió el doctor, sintiendo casi haber suscitado una discusión preñada de rivalidades nacionales.

—Lleguemos, pues, a la tierra que pisamos en este momento —replicó Hatteras—. Yo no sé que tenga nombre alguno en las cartas más modernas.

Tal diciendo, fijó una mirada en Altamont, el cual no bajó los ojos, y respondió:

—Acaso estéis engañado, Hatteras.

—¡Engañado! ¡Cómo! Esta tierra desconocida, este país nuevo…

—Tiene ya un nombre —respondió tranquilamente el americano.

Hatteras calló. Sus labios temblaron.

—¿Qué nombre tiene? —preguntó el doctor, a quien la rotunda afirmación del americano dejó casi atónito.

—Mi querido Clawbonny —respondió Altamont—, todo navegante tiene la costumbre, por no decir el derecho, de dar nombre al continente a que él llega el primero. Me parece, pues, que en esta ocasión puedo y debo usar de este derecho incontestable.

—Sin embargo… —dijo Johnson, a quien tenía en ascuas la mordaz sangre fría de Altamont.

—Me parece —repuso éste— que sería temeridad ridícula empeñarse en sostener que el *Porpoise* no ha atracado en esta costa, y, aun admitiendo que hubiese venido por tierra —añadió, mirando a Hatteras—, no habría cuestión.

—Es una pretensión que yo no admito —respondió gravemente Hatteras, conteniéndose—. Para nombrar, es por lo menos necesario descubrir, y supongo que no es descubrimiento lo que vos habéis hecho. Además, sin nosotros, ¿dónde estaríais vos, caballero; vos, que queréis imponernos condiciones? ¡A veinte pies debajo de la nieve!

—Y sin mí, caballero —replicó con energía el americano—, sin mí y sin mi buque, ¿qué sería de vosotros en este momento? ¡Estaríais muertos de hambre y de frío!

—Amigos —dijo el doctor, interviniendo como pudo—, un poco de calma, y todo puede arreglarse. Oídme.

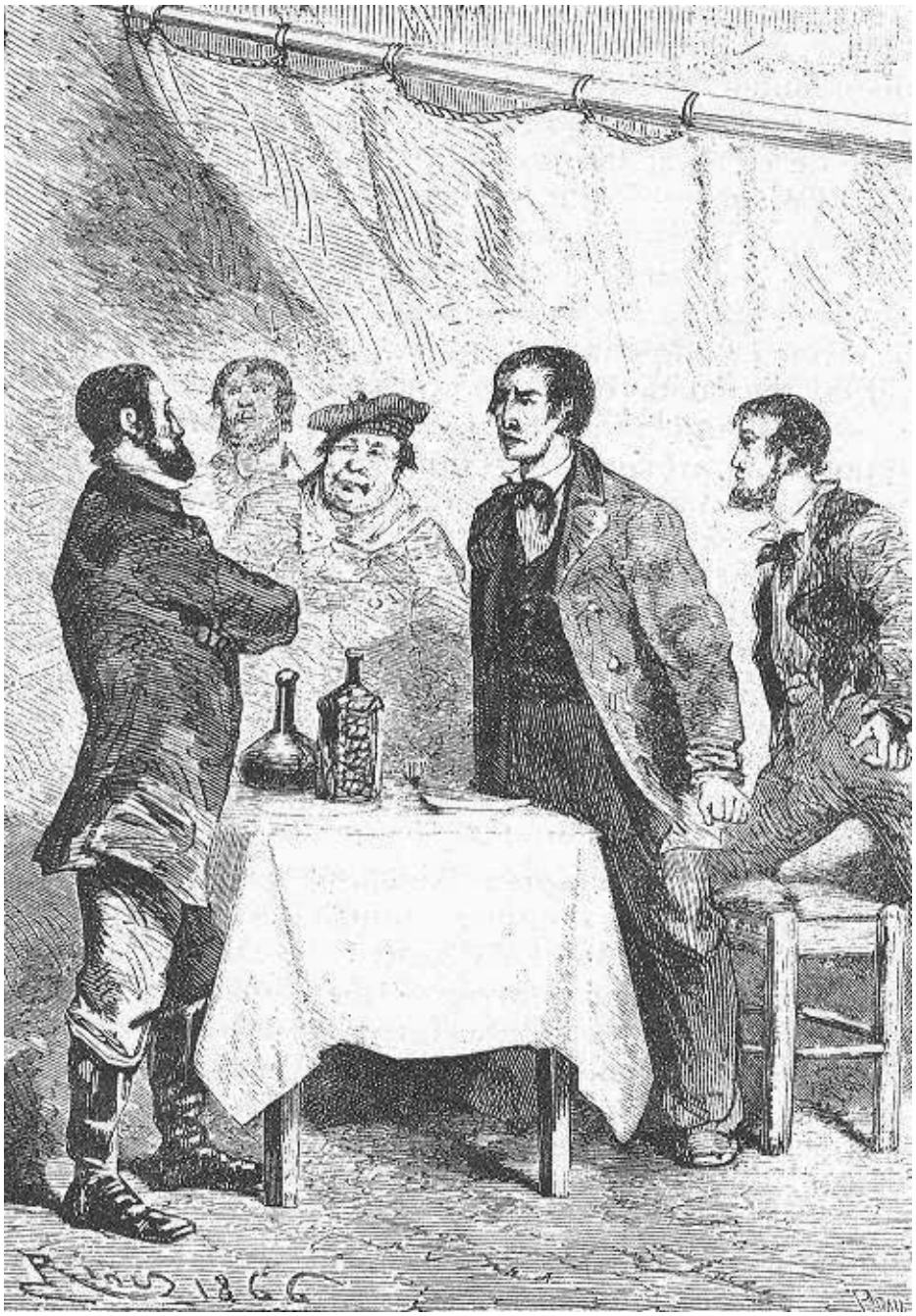
—El caballero —continuó Altamont designando al capitán— podrá dar nombre a todas las demás tierras que descubra, si alguna descubre; pero este continente me pertenece. Ni siquiera podría admitir la pretensión del que quisiera que llevase dos nombres, como la Tierra Grinnel, que se llama igualmente Tierra del Príncipe Alberto, porque un inglés y un americano la reconocieron casi al mismo tiempo. Aquí es otra cosa. Mis derechos de prioridad son incontestables. Ningún buque, antes que el mío, ha rozado esta costa con su borda. Ningún ser humano, antes que yo, ha puesto el pie en este continente, al cual yo he dado un nombre, y lo conservará.

—¿Y qué nombre le habéis dado? —preguntó el doctor.

—Nueva América —respondió Altamont.

Los puños de Hatteras se crisparon sobre la mesa. Pero, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, se contuvo.

—¿Podéis probarme —continuó Altamont— que un inglés haya pisado nunca este suelo antes que un americano?



Johnson y Bell callaban, no obstante irritarles tanto como al capitán el imperioso aplomo de su contradictor. Pero comprendían qué nada podían oponer a sus afirmaciones.

El doctor volvió a tomar la palabra, después de algunos instantes de un silencio penoso.

—Amigos míos —dijo—, la primera ley humana es la ley de la justicia, que contiene todas las otras. Seamos, pues, justos y no nos dejemos avasallar por los malos sentimientos. La prioridad de Altamont me parece incontestable. No hay para qué discutirla. Nosotros tomaremos el desquite más adelante, y tendrá Inglaterra una buena parte en nuestros descubrimientos futuros. Dejemos, pues, a esta tierra el nombre de Nueva América. Pero supongo que Altamont, al darle este nombre, no habrá dispuesto de las bahías, de los cabos, de las puntas, de los promontorios que contiene, y no creo que pueda haber inconveniente en que llamemos a esta bahía la bahía Victoria.

—Ninguno —respondió Altamont—, si el cabo que se extiende allá abajo, en el mar, lleva el nombre de cabo Washington.

—Habríais podido, caballero —exclamó Hatteras fuera de sí—, escoger un nombre menos desagradable a un oído inglés.

—Pero no más querido a un oído americano —respondió Altamont con mucha altanería.

—¡Veamos, veamos! —respondió el doctor, que tenía no poco quehacer para conservar la paz en aquella pequeña sociedad—. ¡No haya discusión acerca del particular! ¡Que sea permitido a un americano estar orgulloso de sus grandes hombres! Honremos el genio dondequiera que se encuentre, y, puesto que Altamont ha hecho su elección, hablemos ahora en pro de nosotros y de los nuestros. Que nuestro capitán…

—Doctor —respondió Hatteras—, siendo esta tierra una tierra americana, deseo que mi nombre no figure en ella.

—¿Es una decisión irrevocable? —preguntó el doctor Clawbonny.

—Absoluta —respondió Hatteras.

El doctor no insistió.

—Pues bien, ahora, nosotros —dijo dirigiéndose al viejo marino y al carpintero—, dejemos aquí alguna huella de nuestro paso. Os propongo llamar a la isla que vemos a tres millas de aquí isla Johnson, en honor de nuestro contramaestre.

—¡Oh! —dijo éste algo confuso—. ¡Señor Clawbonny!

—En cuanto a esta montaña que hemos reconocido hacia el Oeste, le daremos el nombre de monte Bell, si nuestro carpintero lo consiente.

—Es demasiado honor para mí —respondió Bell.

—Es justicia —replicó el doctor.

—Perfectamente —dijo Altamont.

—Ya no nos queda más que bautizar nuestro fuerte —repuso el doctor—. Y respecto al particular no habrá discusión, pues no es ni a Su Graciosa Majestad la reina Victoria ni a Washington, a quienes debemos el albergue que tenemos en este momento, sino a Dios, cuya inmensa bondad nos ha salvado a todos. ¡Que este fuerte se llame, pues, «Fuerte Providencia»!

—Muy acertado —respondió Altamont.

—El «Fuerte Providencia» —dijo Johnson— viene muy bien. Así, pues, al volver de nuestras excursiones del Norte, tomaremos por el cabo Washington para ganar la bahía Victoria, y desde allí el «Fuerte Providencia» donde hallaremos alimento y descanso en la «Casa del Doctor».

—Está entendido —respondió el doctor—. Más adelante, a medida que vayamos descubriendo, tendremos que dar otros nombres que no provocarán desavenencias. Así lo espero. Porque, amigos míos, aquí es preciso sostenerse y amarse. Nosotros representamos la Humanidad entera en este extremo de costa; no nos abandonemos, pues, a estas detestables pasiones que destrozan las sociedades; reunámonos de modo que seamos fuertes e inquebrantables contra la adversidad. ¡Quién sabe los peligros que el cielo nos reserva y los padecimientos que tendremos que arrostrar antes de volver a ver a nuestro país! Seamos, pues, cinco en uno solo, y dejemos a un lado rivalidades que no tienen jamás razón de ser, y aquí menos que en ninguna otra parte. ¿Me entendéis, Altamont? ¿Y vos, Hatteras?

Los dos capitanes no respondieron, pero el doctor hizo como si hubiesen respondido.

Después se habló de otra cosa. Se trató de organizar cacerías para renovar y variar las provisiones de carne. Con la primavera debían volver las liebres, las perdices, las zorras y hasta los osos, por lo que se resolvió no dejar pasar un solo día favorable sin practicar un reconocimiento por las tierras de Nueva América.

Capítulo VIII

EXCURSION AL NORTE DE LA BAHÍA VICTORIA,

AL día siguiente, apenas rayó el sol, Clawbonny se encaramó por las rudas pendientes del murallón de rocas en que se apoyaba la «Casa del Doctor», murallón que terminaba en una especie de cono truncado. No sin trabajo consiguió el doctor llegar a su cima, y desde allí su mirada abarcó una vasta extensión de terreno conmovido, que parecía ser el resultado de algún sacudimiento volcánico. Un inmenso manto blanco cubría el continente y el mar, sin que fuese posible distinguir uno de otro.

Al reconocer que aquel sitio culminante dominaba toda la llanura que lo circundaba, el doctor tuvo

una idea, que no puede causar admiración a los que conocemos su fecunda inventiva.

Maduró su idea, la combinó, pero sin probabilidades de éxito, y cuando fue completamente dueño de ella, volvió a la casa de nieve y la comunicó a sus compañeros:

—Se me ha ocurrido colocar un faro en la cúspide del cono que se levanta sobre nuestras cabezas.

—¿Un faro? —Contestaron todos.

—¡Sí, un faro! Un faro que tendrá una doble ventaja; nos guiará durante la noche, cuando volvamos de nuestras excursiones lejanas, y alumbrará la meseta durante nuestros ocho meses de invierno.

—Sin duda —respondió Altamont—, un aparato semejante sería sumamente útil, pero ¿cómo vais a establecerlo?

—Con uno de los faroles del *Porpoise*.

—Convenido. Pero ¿con qué alimentaréis la luz de vuestro faro? ¿Con aceite de foca?

—¡No! La luz producida por el aceite que decís no alumbraría bastante, y podría apenas atravesar la niebla.

—¿Pretendéis extraer de nuestro aceite el hidrógeno que contiene y hacernos gas de alumbrado?

—Tampoco. Esta luz sería también insuficiente, y tendría, además, el grave inconveniente de consumir una parte de nuestro combustible.

—Entonces —dijo Altamont—, no acierto a adivinar…

—En cuanto a mí —respondió Johnson—, desde lo de la bala de mercurio y lo de la lente de hielo, y la construcción de «Fuerte Providencia», considero al señor Clawbonny capaz de todo.

—Pues bien —repuso Altamont—, ¿queréis decirnos qué genero de faro pretendéis establecer?

—Es muy sencillo —respondió el doctor—, un faro eléctrico.

—¡Un faro eléctrico!

—Sin duda. ¿No teníais a bordo del *Porpoise* una pila de Bunsen en muy buen estado?

—Sí —respondió el americano.

—Evidentemente, cuando os la trajisteis teníais intenciones de hacer algunos experimentos, pues nada le falta, ni los hilos conductores, perfectamente aislados, ni el ácido necesario para poner en actividad los elementos. Es, pues, fácil procurarnos luz eléctrica. Veremos mejor y no nos costará nada.

—Perfectamente —respondió el contramaestre—. Y cuanto menos tiempo perdamos…

—Pues bien, los materiales están allí —respondió el doctor—. Y en una hora habremos levantado una columna de hielo de diez pies de altura, que será más que suficiente.

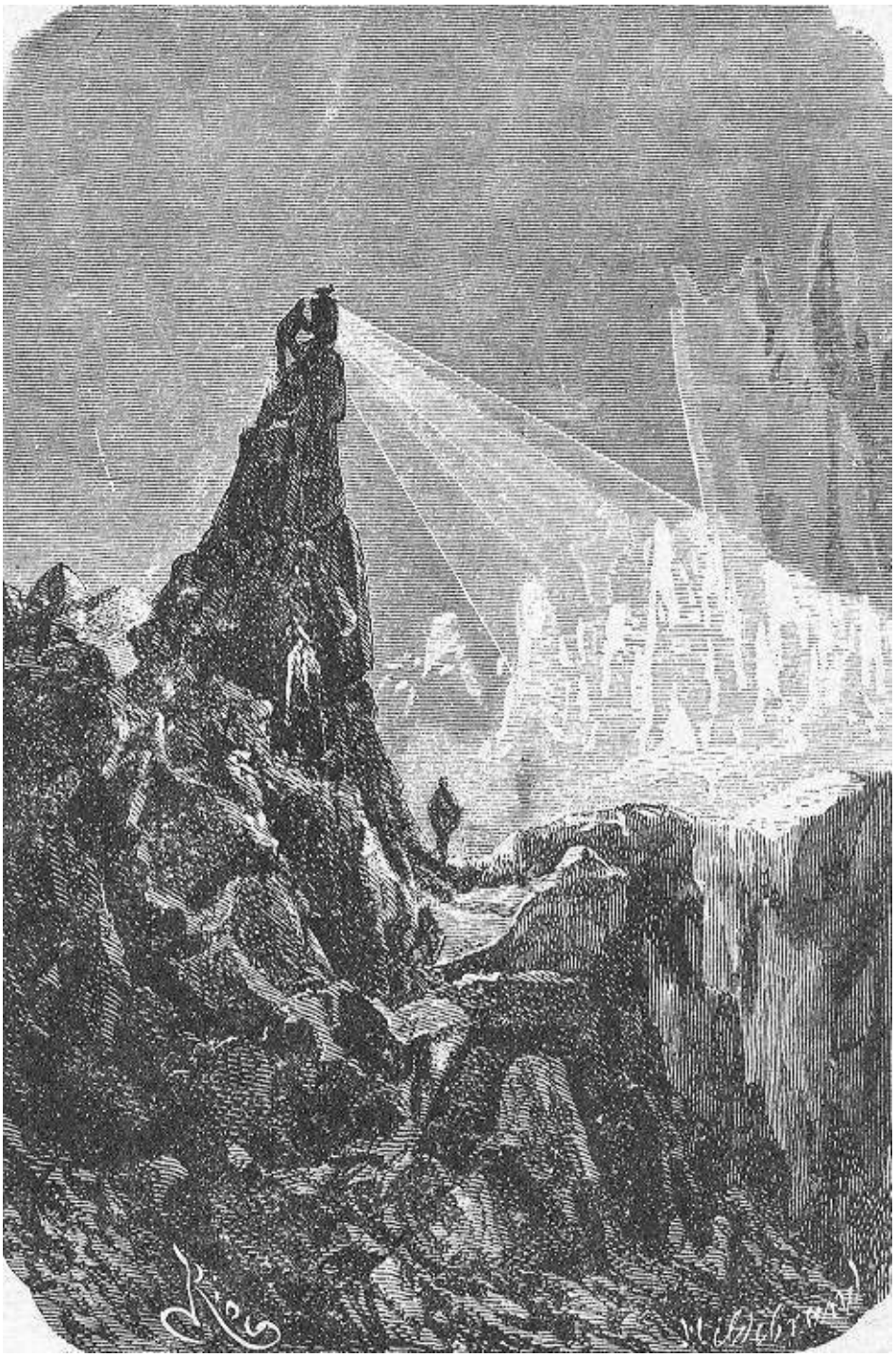
El doctor salió y sus compañeros lo siguieron hasta la cumbre del cono. La columna se levantó con prontitud, y encima de ella se colocó uno de los faroles del *Porpoise*.

Entonces el doctor adaptó a él los hilos conductores que estaban en contacto con la pila, la cual, colocada en la casa de hielo, estaba preservada de la helada por el calor de las estufas. Desde allí los hilos subían hasta la linterna.

Todo se estableció rápidamente, y se aguardó la puesta del sol para gozar del efecto. Por la noche, las dos puntas del carbón, mantenidas en la linterna a una distancia conveniente, se acercaron una a otra, y haces de una luz intensa, que el viento no podía moderar ni extinguir, brotaban del fanal. Era un maravilloso espectáculo el que ofrecían aquellos rayos deslumbradores, cuyo resplandor, rivalizando con la blancura nítida de las llanuras, dibujaba vivamente los contornos de todas las prominencias circundantes. Johnson palmoteó con entusiasmo.

—He aquí —dijo— a Mr. Clawbonny, que nos ha fabricado un sol.

—Es preciso hacer algo de todo —respondió modestamente el doctor.

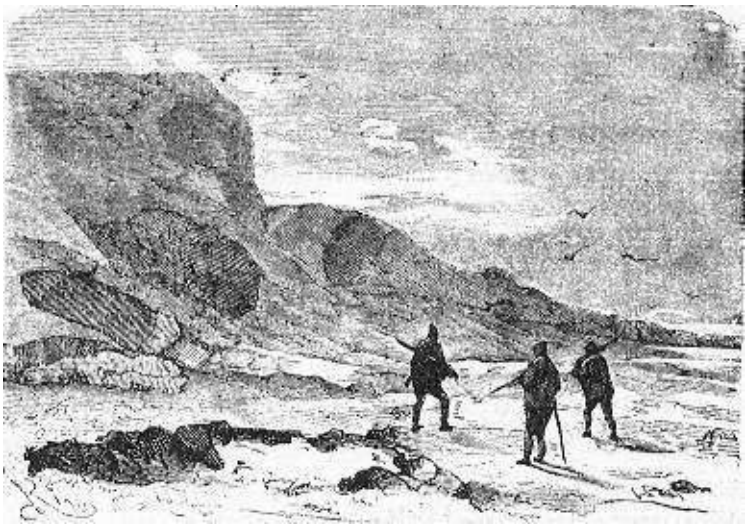


El frío puso fin a la admiración general, y todos fueron a acurrucarse entre mantas.

La vida quedó entonces regularmente organizada. Durante los días siguientes, desde el 15 al 20 de abril, el tiempo estuvo muy inseguro. La temperatura saltaba súbitamente 20 grados y la atmósfera experimentaba variaciones imprevistas. Tan pronto estaba impregnada de nieve y agitada por los torbellinos, tan pronto se volvía fría y seca hasta el punto de no poder salir al aire libre sin muchas precauciones.

Sin embargo, el sábado calmó el viento, y esta circunstancia hizo posible una excursión, por lo que se resolvió dedicar un día a la caza para renovar las provisiones.

Al amanecer, Altamont, el doctor y Bell, armado cada cual de su escopeta de dos cañones, municiones suficientes, un hacha y un cuchillo de nieve para el caso en que fuese necesario crearse un abrigo, partieron estando el tiempo cubierto.



Durante su ausencia Hatteras fue a reconocer la costa y a hacer algunas observaciones. El doctor había cuidado de hacer funcionar el faro, cuyos rayos lucharon ventajosamente con los del astro del día. En efecto, la luz eléctrica, que equivale a la de 3.000 bujías o 300 mecheros de gas, es la única que puede sostener la comparación con el brillo del sol.

El frío era intenso, seco y tranquilo. Los cazadores se dirigieron hacia el cabo Washington, favoreciendo su marcha la nieve endurecida. En media hora anduvieron las tres millas que separaban el cabo de «Fuerte Providencia». *Duck* iba con ellos, retozando muy alegre.

La costa torcía hacia el Este, y las altas cimas de la bahía Victoria tendían a deprimirse por el lado del Norte, lo que permitía suponer que la Nueva América podía muy bien no ser más que una isla, pero entonces no se trataba de determinar su configuración.

Los cazadores tomaron por la orilla del mar y avanzaron rápidamente por un terreno virgen de todo paso humano en que no había ningún vestigio de habitación, ni el más insignificante resto de una choza.

Así anduvieron quince millas durante las tres primeras horas, corriendo sin detenerse; pero no parecía que su caza debiese ser de algún provecho. Apenas vieron huellas de liebre, de zorra, ni de lobo, si bien algunos *snow-birds*[39], revoloteando en distintas direcciones, anunciaban la vuelta de la primavera y de los animales árticos.

Los tres compañeros habían tenido que meterse tierra adentro para salvar los obstáculos que les ofrecían derrumbaderos profundos y peñascos cortados a pico que terminaban en el monte Bell; pero, después de sufrir algún retraso, ganaron de nuevo la orilla y vieron que los hielos no estaban aún segregados. El mar permanecía helado y, eso no obstante, vestigios de focas anunciaban las primeras visitas de estos anfibios que pasaban ya a respirar a la superficie del *icefield*. Anchas huellas y roturas aún frescas de témpanos, no permitían dudar que algunos de ellos habían recientemente tomado tierra.

Las focas son muy aficionadas a los rayos del sol, y se tienden en las orillas para dejarse penetrar por su benéfico calor.

El doctor hizo observar esta particularidad a sus compañeros.

—Examinemos este sitio con cuidado —les dijo—, pues es muy posible que en él, al llegar el verano, encontremos focas a centenares, y en los parajes poco frecuentados por los hombres es fácil cogerlas, porque se dejan acercar cuanto se quiere. Pero es menester procurar no asustarlas, porque entonces desaparecen como por encanto y ya no vuelven. Así es como algunos pescadores torpes, en lugar de matarlas aisladamente, las han atacado en masa, con gritos y ruidos, y han perdido o comprometido su negocio.

—¿Se las caza solamente para utilizar su piel o su aceite? —preguntó Bell.

—Los europeos, sí; pero los esquimales se las comen, y se puede decir que viven de ellas, a pesar de que nada tienen de apetitosos los pedazos de foca que mezclan con sangre y grasa. Hay, sin embargo, cierta manera de prepararla, y yo me encargo de sacar de una foca sus chuletitas delgadas que no parecerán despreciables a los que se acostumbren a su color negro.

—Allá veremos —respondió Bell—; lo que es yo, me comprometo a comerme toda la carne de foca que os dé la gana. Tenedlo entendido, señor Clawbonny.

—Amigo Bell, lo que vos queréis decir es que comeréis toda la carne de foca que os dé la gana a vos, no a mí. Pero, cualquiera que sea vuestra voracidad, no igualará nunca a la del groenlandés, que consume diariamente de 10 a 15 libras de carne de foca.

—¡Quince libras! —dijo Bell—. ¡Qué estómagos!

—Estómagos polares —respondió el doctor—. Estómagos prodigiosos y elásticos que se dilatan y contraen cuanto se quiera, pues son tan propios para soportar la abstinencia como la abundancia. Al principio de la comida, el esquimal está flaco, y a la conclusión de ella está tan gordo que parece una persona distinta. Verdad es que su comida dura a veces un día entero.

—Evidentemente —preguntó Altamont—, ¿esta voracidad es particular a los habitantes de los países fríos?

—Tal creo —respondió el doctor—; en las regiones árticas es necesario comer mucho. Ésta es una de las exigencias, no sólo de la reparación de las fuerzas físicas, sino hasta de la existencia. Así es que la compañía de la bahía de Hudson señala a cada hombre diariamente ocho libras de carne, o 12 de pescado, o 2 de *pemmican*.

—Es un régimen reconfortante —dijo el carpintero.

—No tanto como suponéis, amigo mío. Un indio, alimentado según dicho régimen, no trabaja más que un inglés nutrido con una libra de buey y una botella de cerveza.

—Entonces, señor Clawbonny, bien estamos como estamos.

—Sin duda, pero es lógico que una comida de esquimales nos cause sorpresa. En la tierra de Boothia, Sir John Ross, durante su invernada, se asombraba al ver la voracidad de sus guías. Cuenta que dos hombres, dos nada más, devoraron en una mañana un toro almizclado. Cortaban la carne a tiras que introducían en su gaznate; después ras con ras de la nariz, cortando cada cual lo que no podía contener su boca, lo pasaba a su compañero. O bien, dejando colgar hasta el suelo las tiras de carne, las tragaban poco a poco, del mismo modo que una boa se traga un buey, y también comían tendidos a lo largo.

—¡Qué asco! —dijo Bell—. ¡Qué brutos!

—Cada cual tiene su manera de comer —respondió filosóficamente el americano.

—¡Afortunadamente! —replicó el doctor.

—Ya no me extraña —repuso Altamont— que, siendo en estas latitudes tan imperiosa la necesidad de comer, en las relaciones de los viajes árticos se haga siempre mención de la comida.

—Tenéis razón —respondió el doctor—. Y yo he hecho la misma observación. Esto depende, no sólo de que se necesita una alimentación abundante, sino también de que es con frecuencia muy difícil procurársela. Se piensa en ella sin cesar, y, por consiguiente, se habla de ella siempre.

—Sin embargo —dijo Altamont—, si mal no recuerdo, en Noruega, en las comarcas más frías, los indígenas no tienen necesidad de una alimentación tan sustancial, y se crían muy robustos sin más que un poco de leche, huevos, pan, corteza de álamo, algunas veces salmón, y nunca carne.

—Cuestión de organización —respondió el doctor—, que yo no me sé explicar. Creo, sin embargo, que una segunda o tercera generación de noruegos, trasplantados a Groenlandia, acabaría por aclimatarse

a la manera groenlandesa. Y nosotros mismos, amigos míos, si permaneciésemos en este venturoso país llegaríamos a vivir como esquimales, y seríamos tan voraces como ellos.

—Señor Clawbonny —dijo Bell—, me abrís el apetito hablando de esta manera.

—A fe mía, no —respondió Altamont—; lo que cuenta me parece repugnante y me haría cobrar aversión a la carne de foca… Pero creo que ha llegado el caso de probarla, pues, o mucho me engaño, o distingo, allá abajo, tendida sobre los témpanos, una mole que me parece animada.

—¡Es una loba marina! —exclamó el doctor—. ¡Silencio, adelante!

En efecto, un anfibio de los de mayor tamaño parecía desperezarse a cosa de 200 yardas de los cazadores, extendiéndose y retorciéndose con voluptuosidad a los pálidos rayos del sol.

Los tres cazadores evolucionaron de modo que pudieran cercar al animal para cortarle la retirada, y llegaron a algunas toesas de donde él se hallaba escondiéndose detrás de los *hummocks*, e hicieron fuego.

La loba marina, herida, se arrastró llena aún de vigor, y rompía los hielos queriendo huir; pero Altamont la atacó con el hacha, y consiguió cortar sus aletas derechas. La loba intentó una defensa desesperada, y entonces nuevos tiros la remataron, y quedó tendida exánime sobre el *icefield*, enrojecido con su sangre.

Era un animal que medía unos 15 pies desde su hocico a la extremidad de su cola, y hubiera podido suministrar algunas barricas de aceite.

El doctor cortó de la carne las partes más sabrosas, y dejó el cadáver a la disposición de algunos cuervos que, en aquella época del año, se cernían ya por el aire.

Empezaba a anochecer, por lo que se trató de volver al «Fuerte Providencia». El cielo estaba enteramente despejado, y, en tanto que llegaban los próximos rayos de luna, se iluminaba con los magníficos resplandores siderales.

—En marcha —dijo el doctor—, se va haciendo tarde. Nuestra cacería no ha sido de las más felices, pero, llevando para cenar, un cazador no tiene ya motivo de queja. Atajemos todo lo posible, y procuremos no extraviamos; las estrellas nos indicarán el camino.

Pero en aquellas comarcas, en que la estrella polar brilla sobre la cabeza del viajero, es mala cosa tomarla por guía; porque cuando el Norte está exactamente en el centro de la bóveda celeste, son difíciles de determinar los otros puntos cardinales. Afortunadamente, la Luna y las grandes constelaciones ayudaron al doctor a determinar su camino.

Resolvió, para atajar, evitar las tortuosidades de la costa y cortar por entre las sierras, lo que era más directo, pero menos seguro. Así es que después de algunas horas de marcha, los tres viajeros se hallaban completamente extraviados.

Se pensó en pasar la noche en una casa de nieve, y aguardar el día para orientarse, volviendo, si era necesario, a la playa, a fin de seguir el *icefield*; pero el doctor, temiendo poner en zozobra a Hatteras y Johnson, insistió en que se continuase la marcha.

—*Duck* nos conduce —dijo—, y *Duck* no puede engañarse. Está dotado de un instinto que no necesita brújulas ni estrellas. Sigámosle.

Duck marchaba delante, y todos se confiaron a su inteligencia. Hicieron bien, pues muy pronto en el horizonte apareció a lo lejos una luz que, saliendo de brumas bajas, no podía confundirse con una estrella.

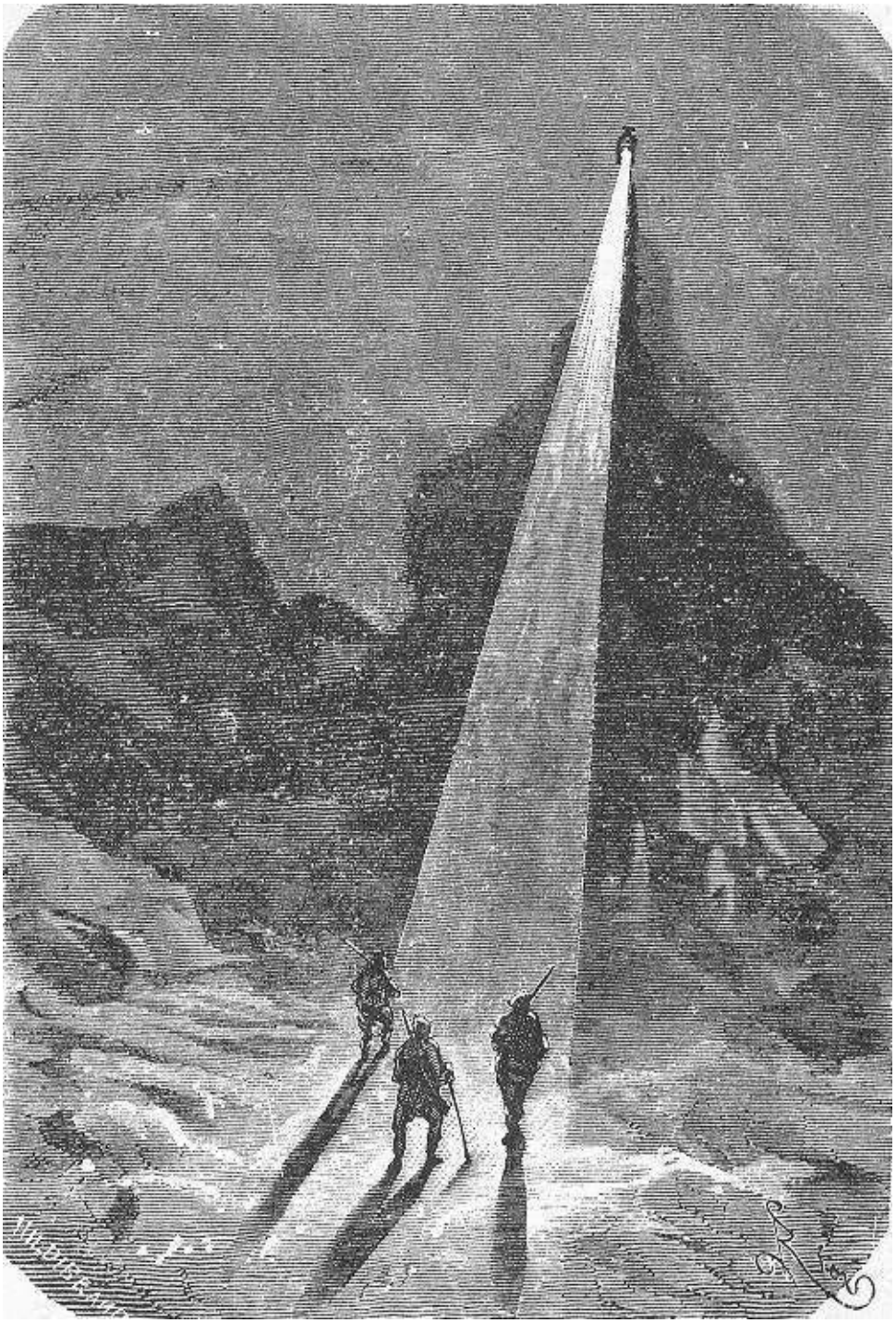
—¡He aquí nuestro faro! —exclamó el doctor.

—¿De veras, señor Clawbonny? —dijo el carpintero.

—Estoy seguro. Adelante.

A medida que los viajeros avanzaban, la luz se hacía más intensa, y muy pronto se quedaron envueltos en un torbellino de polvo luminoso. Caminaban dentro de un inmenso resplandor, y detrás de ellos sus sombras gigantescas, perfectamente contorneadas, se prolongaban desmedidamente sobre el blanco tapiz de nieve.

Aceleraron el paso, y media hora después se encaramaban por la escarpa del «Fuerte Providencia».



Capítulo IX

EL FRÍO Y EL CALOR

HATTERAS y Johnson aguardaban con cierta inquietud a los tres cazadores. Éstos se hallaban en sus glorias dentro de una habitación caliente y cómoda. La temperatura, llegada la noche, había bajado considerablemente, de modo que el termómetro, expuesto al aire libre, marcaba 32° bajo cero (—36° centígrados).

Los recién llegados, rendidos de fatiga y casi helados, no podían con su alma. Afortunadamente las estufas estaban encendidas, y el hornillo no aguardaba más que los productos de la caza. El doctor se convirtió en cocinero y se puso a asar algunas chuletas de loba marina. A las nueve de la noche, los cinco convidados se sentaban a la mesa, delante de una buena cena.

—A fe mía —dijo Bell—, que a riesgo de pasar por un esquimal, he de decir muy alto que la cena es lo mejor que tiene una invernada, y que delante de ella, cuando se nos presenta, no debemos andarnos con escrúpulos ni dengues.

Como todos los convidados tenían la boca llena, ninguno pudo responder inmediatamente al carpintero, pero el doctor le dio a entender con su actitud que participaba de sus opiniones.

Las chuletas de loba marina fueron halladas excelentes, y si no se las declaró tales, fueron ávidamente devoradas, lo que valía más que todas las declaraciones del mundo.

Al llegar los postres, el doctor preparó el café como tenía por costumbre, pues no confiaba nunca a nadie el cuidado de destilar el magnífico brebaje. Lo hacía en la misma mesa, en una cafetera de espíritu de vino, y lo servía hirviendo. Para él era necesario, para no considerarlo indigno de pasar por su gaznate, que le abrasase la lengua. Aquella noche lo tomó a una temperatura tan elevada, que sus compañeros no pudieron imitarle.

—Vais a incendiaros, doctor —dijo Altamont.

—No hay cuidado —respondió el interpelado.

—Por lo visto, tenéis el paladar forrado de cobre —replicó Johnson.

—Nada de eso, amigos, y os aconsejo que sigáis mi ejemplo. Hay personas, en cuyo número me cuento, que beben el café a la temperatura de ciento treinta y un grados (+55° centígrados).

—¡Ciento treinta y un grados! —exclamó Altamont—. ¡Ni la mano podría soportar un calor semejante!

—Evidentemente, Altamont, porque la mano no puede tolerar más allá de 122° (+ 50° centígrados) en el agua, pero el paladar y la lengua son menos sensibles que la mano, y resisten temperaturas que ésta no podría resistir.

—Me dejáis atónito —dijo Altamont.

—Pues voy a convenceros.

Y el doctor, cogiendo el termómetro del salón, sumergió la esfera en su taza de café hirviendo, aguardó a que el instrumento no marcase más que 131° (+55° centígrados) y se tomó de un sorbo el benéfico licor con una satisfacción evidente.

Bell quiso imitar resueltamente al doctor y se abrasó la lengua.

—Falta de costumbre —dijo el doctor.

—Clawbonny —repuso Altamont—, ¿podríais decirnos cuáles son las más altas temperaturas que el cuerpo humano es capaz de arrostrar?

—Muy fácilmente —respondió el doctor—, es cosa experimentada, y hay acerca del particular hechos curiosos. Uno o dos me vienen a la memoria, y os probarán que uno se acostumbra a todo, hasta a no cocerse donde se cocería un bistec. Cuéntase de algunas jóvenes ocupadas en el horno de la ciudad de La Rochefoucauld, en Francia, que podían permanecer diez minutos dentro del horno, hallándose éste a la temperatura de 300° (+ 132° centígrados), es decir, a una temperatura que excedía en 89° a la del agua hirviendo, en tanto que en torno suyo se asaban perfectamente carne y patatas.

—¡Qué mujeres! —exclamó Altamont.

—He aquí otro ejemplo que no puede ponerse en duda. En 1774, nueve compatriotas nuestros, Fordyce, Banks, Solander, Blagdin, Home, Nooth, Lord Seaforth y el capitán Philips, soportaron una temperatura de 295° (+ 128° centígrados), en tanto que junto a ellos se cocían huevos y un *roast-beef*.

—¡Y eran ingleses! —dijo Bell, con cierto sentimiento de orgullo.

—Sí, Bell —respondió el doctor.

—¡Oh! Algo más hubieran hecho si hubiesen sido americanos —dijo Altamont.

—Se hubieran asado —dijo el doctor riendo.

—¿Y por qué? —respondió el americano.

—Como no se han sometido a la prueba, por consiguiente la gloria es de mis compatriotas. Añadiré otro hecho, que sería increíble si se pudiese dudar de la veracidad de los testigos. El duque de Ragusa y el doctor Jung, francés el uno y austríaco el otro, vieron a un turco meterse en un baño cuya temperatura era de 170° (+ 78° centígrados).

—Me parece —dijo Johnson— que eso no equivale a lo de las jóvenes del horno y a lo de nuestros compatriotas.

—Perdonad —respondió el doctor—; hay mucha diferencia entre sumergirse en el aire caliente o en el agua caliente; el aire caliente determina una transpiración que resguarda la carne, al paso que en el agua hirviendo, el cuerpo no transpira, y se quema. Así es que el límite extremo de temperatura prescrita para baños no es, en general, más que de 107° (+ 42° centígrados). Necesario era, pues, que el tal turco fuese un hombre muy extraordinario para sobrellevar un calor semejante.

—Señor Clawbonny —preguntó Johnson—, ¿cuál es, pues, la temperatura habitual de los seres animados?

—Varía según su naturaleza —respondió el doctor—. Las aves son los animales de más elevada temperatura, y entre ellas las más notables son el ánade y la gallina, cuyo calor pasa de 110° (+ 43° centígrados), al paso que el halcón, por ejemplo, no llega más que a los 104° (+ 40° centígrados), y vienen en segundo lugar los mamíferos, entre ellos los hombres. La temperatura de los ingleses es, en general, de 101° (+ 37° centígrados).

—Estoy seguro de que el señor Altamont va a reclamar algún grado más para los americanos —dijo Johnson riendo.

—Algunos hay que queman —dijo Altamont—; pero como yo no les he colocado nunca un termómetro en el tórax ni debajo de la lengua, nada seguro puedo decir acerca del particular.

—La diferencia —respondió el doctor— no es sensible entre los hombres de razas distintas, cuando se hallan colocados en idénticas circunstancias, aunque sea diferente su género de alimentación; y añadiré que la temperatura humana es casi la misma en el ecuador y en el Polo.

—Así, pues —dijo Altamont—, ¿nuestro calor propio es el mismo aquí que en Inglaterra?

—Sin diferencia perceptible —respondió el doctor—. En cuanto a los demás mamíferos, su temperatura es, en general, algo superior a la del hombre. A la de éste se acercan mucho la del caballo, la de la liebre, la del elefante, la de la marsopa y la del tigre; pero el gato, la ardilla, el ratón, la pantera, el carnero, el toro, el perro, el mono, el macho cabrío y la cabra, alcanzan a 103°, y, por último, el más favorecido de todos, que es el cerdo, pasa de 104° (+40° centígrados).

—Lo que es humillante para nosotros —dijo Altamont.

—Vienen después los anfibios y los peces, cuya temperatura varía mucho según la del agua. La serpiente no alcanza más que a los 86° (+ 30° centígrados), la rana 70° (+ 25° centígrados), y el tiburón otros tantos en agua que tiene un grado y medio menos. En fin, los insectos tienen, al parecer, la misma temperatura del agua y del aire.

—Lo que me decís me parece muy curioso —dijo Hatteras, que no había tomado aún la palabra—, y os doy las gracias, doctor, por haber puesto vuestra ciencia a nuestra disposición; pero hablamos aquí como si tuviésemos que desafiar los calores de la zona tórrida. ¿No sería más oportuno hablar del frío, saber a qué estamos expuestos y cuáles han sido las temperaturas más bajas observadas hasta ahora?

—Es verdad —respondió Johnson.

—Nada es más fácil —repuso el doctor—. Y acerca del particular puedo decir algo.

—Ya lo creo —dijo Johnson—, vos lo sabéis todo.

—Amigos míos, yo no sé más que lo que me han enseñado otros, y cuando haya hablado sabréis tanto como yo. He aquí lo que puedo deciros respecto del frío y de las bajas temperaturas que Europa ha experimentado. Se cuentan varios inviernos memorables, y parece que los más rigurosos se han sometido a un regreso periódico cada cuarenta y un años, a poca diferencia, regreso que coincide con la mayor apariencia de las manchas del sol. Os citaré el invierno de 1364, en que el Ródano se heló hasta Arlés; el de 1408, en que el Danubio se heló en todo su curso y los lobos atravesaron el Cattegat a pie enjuto; el de 1509, durante el cual el Adriático y el Mediterráneo se solidificaron en Venecia, en Sète y en Marsella, y el 10 de abril se heló también el Báltico; el de 1608, que hizo perecer en Inglaterra todo el ganado; el de 1789, en que el Támesis se heló hasta Gravesend, a 6 leguas de Londres; el de 1813, del que conservan los franceses tan terribles recuerdos, y, en fin, el de 1829, el más precoz y el más largo de los inviernos del siglo XIX. Eso en cuanto a Europa.

—Pero aquí, más allá del círculo polar, ¿qué grado de temperatura puede alcanzarse? —preguntó Altamont.

—Creo, en verdad —respondió el doctor—, que hemos experimentado los mayores fríos que se hayan observado nunca, pues el termómetro de alcohol señaló un día 72° bajo cero (-58° centígrados), y si mis recuerdos son exactos, las más bajas temperaturas reconocidas hasta hoy por los viajeros árticos son sólo de 61° en la isla de Melville, 65° en Puerto Félix y 70° en *Fort Reliance* (-56,7° centígrados).

—Sí —dijo Hatteras—, nos ha detenido un rudo invierno…, por desgracia.

—¿Os ha detenido? —preguntó Altamont, mirando de hito en hito al capitán.

—En nuestro viaje al Oeste —se apresuró a decir el doctor.

—Así, pues —dijo Altamont volviendo a la conversación—, ¿el máximo y el mínimo de temperaturas arrostradas por el hombre ofrecen una diferencia de unos doscientos grados?

—Sí —respondió el doctor—, un termómetro expuesto al aire libre y al abrigo de toda reverberación no se eleva nunca más de 135° sobre cero (+ 57° centígrados), ni en los grandes fríos desciende nunca debajo de los -72° (-58° centígrados). Ya veis, pues, camaradas, que sabemos a qué atenernos.

—Sin embargo —dijo Johnson—, si el sol se extinguiese de repente, ¿no quedaría la Tierra sumida en un frío más considerable?

—El sol no se extinguirá —respondió el doctor—, pero aunque se extinguiese, no es de creer que la temperatura descendiese más abajo del frío que os he indicado.

—Es cosa curiosa.

—Ya sé yo que en otro tiempo se admitían millares de grados para los espacios situados fuera de la

atmósfera, pero estos grados se han rebajado mucho después de los experimentos del sabio francés Fourrier, el cual ha probado que si la Tierra estuviese colocada en un medio desprovisto de todo calor, la intensidad del frío que observamos en el Polo no sería mucho más considerable, ni habría entre la noche y el día diferencias tan grandes de temperatura.

No hace, por consiguiente, más frío a algunos millones de leguas de aquí que aquí mismo.

—Decidme, doctor —preguntó Altamont—, ¿no es más baja la temperatura de América que la de los restantes países del mundo?

—Sin duda, pero no os envanezcáis por ello —respondió el doctor riendo.

—¿Y cómo se explica este fenómeno?

—Se ha procurado explicar, pero de una manera poco satisfactoria. Se le ocurrió a Halley que habiendo un cometa chocado en otro tiempo oblicuamente con la Tierra, varió la posición de su eje de rotación, es decir, de sus polos, y según él, el Polo Norte, situado en otro tiempo en la bahía de Hudson, se encontró trasladado más al Este, y las comarcas del antiguo polo, heladas por espacio de tanto tiempo, conservan un frío considerable, sin que hayan podido aún calentarlas largos siglos de sol.

—¿Y vos admitís esta teoría?

—No puedo admitirla, porque lo que es verdad para la costa oriental de América, no lo es para la occidental, cuya temperatura es más elevada. ¡No! Es preciso comprobar que hay líneas isotérmicas diferentes de los paralelos terrestres, he aquí todo.

—¿Sabéis, señor Clawbonny —dijo Johnson—, que da gusto, hablar del frío en las circunstancias en que nos hallamos?

—Tenéis razón, amigo Johnson, porque casi estamos en aptitud de apelar a la práctica en auxilio de la teoría. Estas comarcas son un vasto laboratorio en que se pueden hacer curiosos experimentos sobre las bajas temperaturas, pero importa mucho que seáis siempre circunspectos y prudentes. Si alguna parte de vuestro cuerpo se hiela, frotadla inmediatamente con nieve para restablecer la circulación de la sangre; si os acercáis al fuego, tened cuidado, porque podríais quemaros las manos o los pies sin percataros de ello, en cuyo caso sería necesario recurrir a amputaciones, y debemos procurar a toda costa no dejar nada nuestro en las comarcas boreales. Ahora, amigos míos, creo que haríamos muy bien en pedir al sueño algunas horas de descanso.

—Tenéis razón —respondieron los compañeros del doctor.

—¿Quién está de guardia junto a la estufa?

—Yo —respondió Bell.

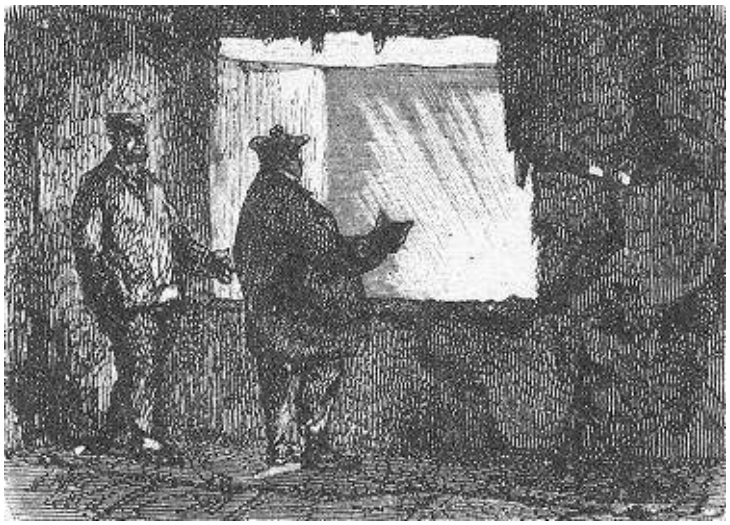
—Pues bien, amigo mío, procurad alimentar bien el fuego, porque esta noche hace un frío de todos los diablos.

—Estad tranquilo, señor Clawbonny; mucho frío hace, y, sin embargo, ya lo veis, el cielo parece un incendio.

—Sí —respondió el doctor, acercándose a la ventana—. ¡Una aurora boreal de las más espléndidas! ¡Qué magnífico espectáculo! No me cansaría nunca de contemplarlo.

En efecto, el doctor admiraba incesantemente aquellos fenómenos cósmicos, que apenas llamaban la atención de sus compañeros, porque él tenía observado que a su aparición precedían siempre perturbaciones de la aguja imantada, y preparaba acerca del particular observaciones destinadas al *Weather Book*[40].

En tanto que Bell vigilaba la estufa, se echaron todos en su coy respectivo y durmieron tranquilamente.



Capítulo X

LAS DELICIAS DE LA INVERNADA

LA vida en el Polo es uniformemente triste. El hombre se encuentra enteramente sometido a los caprichos de la atmósfera, que ofrece sus tempestades y sus fríos intensos con una monotonía que desespera. La mayor parte del tiempo hay imposibilidad de salir al aire libre, y es menester permanecer encerrado en las casas de hielo. Así se pasan largos meses, haciendo durante las invernadas una verdadera vida de topo.

Al día siguiente el termómetro bajó algunos grados, y el aire se plagó de torbellinos de nieve que absorbían toda la claridad del día. El doctor se vio, pues, encerrado en casa y se cruzó de brazos, no teniendo otra cosa que hacer más que desobstruir de cuando en cuando el colgadizo que podía cerrarse y enlucir de nuevo las paredes de hielo que volvía húmedas el calor interior; pero la *snow-house* estaba construida con mucha solidez, y la nieve, engrosando sus paredes, acababa de reforzarla.

Los almacenes se conservaban también perfectamente. Todos los objetos sacados del buque habían sido colocados con el mayor orden en aquellos «docks de mercancías», como les llamaba el doctor. Pero si bien aquellos almacenes estaban situados a menos de 60 pasos de la casa, en ciertos días de *drift* era imposible llegarse a ellos, por lo que para el consumo diario tenía que conservarse siempre en la cocina cierta cantidad de provisiones.

La precaución de descargar el *Porpoise* había sido oportuna. El buque experimentaba una presión insensible y lenta, pero irresistible, que lo aplastaba poco a poco, y era evidente que de nada servían sus restos. Sin embargo, el doctor esperaba poder sacar de ellos una lancha para regresar a Inglaterra; pero no había llegado aún el momento de proceder a su construcción.

Así, pues, la mayor parte del tiempo, los cinco invernadores permanecían mano sobre mano. Hatteras estaba pensativo, echado en su coy; Altamont bebía y comía, y el doctor procuraba no sacarles de su modorra, porque temía siempre algún altercado peligroso. Los dos capitanes se dirigían rara vez la palabra.

Durante las comidas, el prudente Clawbonny procuraba ser siempre él quien guiase la conversación para dirigirla de modo que no se hiriese ningún amor propio; pero le costaba mucho trabajo paralizar las susceptibilidades sobreexcitadas. Tendía, en lo posible, a instruir, a distraer, a interesar a sus compañeros. Cuando no ponía en orden sus notas de viaje, se ocupaba en voz alta de temas de Historia, de Geografía o de Meteorología que salían de la situación misma; presentaba las cosas de una manera agradable y filosófica, sacando de los más pequeños incidentes una enseñanza saludable. Su inagotable memoria no lo abandonaba nunca, hacía aplicación de sus doctrinas a las personas presentes, a quienes recordaba tal o cual hecho que se había producido en tal o cual circunstancia, y completaba sus teorías con la fuerza de los argumentos personales.

Puede decirse que aquel digno hombre era el alma de aquella pequeña sociedad, un alma de la que brotaban los sentimientos de franqueza y de justicia. Sus compañeros tenían en él una confianza absoluta, y causaba cierto respeto hasta al capitán Hatteras, el cual, por otra parte, le amaba cordialmente. Con sus palabras, con sus maneras, con sus costumbres, hacía que la existencia de aquellos cinco hombres abandonados a 6° del Polo pareciese enteramente natural; cuando el doctor hablaba, se creía estarle oyendo en un gabinete de Liverpool.

Y, sin embargo, ¡cuán diferente era aquella situación de la de los náufragos echados a las islas del océano Pacífico, de la de aquellos Robinsones cuya agradable historia causa casi siempre envidia a los lectores! Allí, en efecto, una tierra pródiga, una naturaleza opulenta, ofrecía mil recursos variados, bastando en aquellos privilegiados países un poco de imaginación y de trabajo para procurarse el bienestar material. Allí la Naturaleza ayudaba al hombre, se le ofrecía espontáneamente; la caza y la pesca bastaban para cubrir todas las necesidades; los árboles le brindaban sus frutos, las cavernas se abrían para darle abrigo, los arroyos corrían para apagar su sed; magníficas sombras le defendían contra el calor del sol, y nunca el terrible frío le amenazaba en sus apacibles inviernos; un grano echado de cualquier modo en aquel suelo fecundo, se convertía en una cosecha al cabo de algunos meses. Aquello era la felicidad completa fuera de la sociedad. Y, además, aquellas islas encantadas, aquellas tierras

caritativas, se encontraban al paso de los bosques, y el náufrago, que podía siempre esperar ser recogido, aguardaba pacientemente que lo arrancasen de su feliz existencia.

Pero en la costa de Nueva América, ¡qué diferencia! El doctor hacía algunas veces esta comparación, pero la guardaba para sí, y sólo echaba pestes contra su ociosidad forzosa.

Deseaba con ardor que llegase el deshielo para volver a sus excursiones, y, sin embargo, no veía sin miedo acercarse aquel momento, porque preveía entre Hatteras y Altamont escenas graves. Si se llegaba al Polo, ¿a qué extremos conduciría la rivalidad de aquellos dos hombres?

Era preciso estar preparado para cuando llegara el caso, y entretanto hacer todo lo posible para poner en buena inteligencia a los dos rivales e inducirles a adoptar una franca comunión de ideas. ¡Pero qué misión tan difícil era reconciliar a un americano y un inglés, dos hombres a quienes su común origen volvía aún más enemigos, el uno penetrado de toda la aversión insular y el otro dotado del espíritu especulativo, audaz y brutal de su nación poco aficionada a fórmulas!

Cuando el doctor reflexionaba sobre la implacable antipatía de los hombres y la rivalidad de las nacionalidades, no se encogía de hombros, como hacen muchos, sino que no podía dejar de lamentar amargamente las debilidades humanas.

Con frecuencia conversaba con Johnson acerca del particular, y estaban los dos enteramente de acuerdo. Se preguntaban qué partido sería menester tomar, por qué camino llegarían a su objetivo, y entrevieron para el porvenir muchas complicaciones.

El mal tiempo continuaba, y no había que pensar en salir, ni siquiera una hora, del «Fuerte Providencia». Era preciso permanecer día y noche en la casa de nieve. Todos se sentían aburridos, a excepción del doctor, que hallaba siempre medios de ocuparse en algo.

—¿No hay, pues, ninguna posibilidad de distraerse? —dijo una noche Altamont—. No es vivir como vivimos, a la manera de reptiles metidos en sus madrigueras durante todo el invierno.

—En efecto —respondió el doctor—. Desgraciadamente, no somos bastantes para organizar un sistema cualquiera de distracción.

—¡Cómo! —repuso el americano—. ¿Creéis que mataríamos mejor el tiempo si estuviésemos reunidos en mayor número?

—Sin duda, y cuando tripulaciones completas han pasado el invierno en las regiones boreales, han hallado medios para no aburrirse.

—En verdad —dijo Altamont—, quisiera saber cómo lo harían, pues se necesita verdadero ingenio para encontrar algún recreo en una situación como la nuestra. Supongo que no pasarían el tiempo descifrando jeroglíficos.

—No —respondió el doctor—. Pero introdujeron en estos países hiperbóreos dos grandes elementos

de distracción: la Prensa y el teatro.

—¿Cómo? ¿Tenían un periódico? —dijo el americano.

—¿Representaban comedias? —exclamó Bell.

—Sin duda, y se divertían en grande. Durante su invernada en la isla de Melville, el comandante Parry propuso a los tripulantes estas dos diversiones, y la proposición fue acogida con general entusiasmo.

—Confieso —respondió Johnson— que yo hubiera querido encontrarme allí. Es una cosa curiosa.

—Curiosa y recreativa, querido Johnson. El teniente Beechey fue nombrado director del teatro, y el capitán Sabine director y redactor principal de la *Crónica de invierno* o *Gaceta de la Georgia del Norte*.

—Buenos títulos —dijo Altamont.

—El periódico salió todos los lunes, desde el 1 de noviembre de 1819 hasta el 20 de marzo de 1820. Refería todos los incidentes de la invernada, las cacerías, los hechos diversos, los sucesos imprevistos, la meteorología, la temperatura. Contenía crónicas más o menos divertidas. No estaba redactado con la chispeante gracia de Sterne, ni eran tan encantadores sus artículos como los del *Daily Telegraph*, pero era lo suficiente para distraerse, y como sus lectores no eran difíciles de contentar, el oficio de periodista se ejercía de una manera muy agradable.

—A fe mía —dijo Altamont—, quisiera conocer, mi querido doctor, algunos extractos de la tal Gaceta, cuyos artículos debían estar helados desde la primera palabra hasta la última.

—No tanto —respondió el doctor—. De todos modos, lo que tal vez hubiera parecido trivial a la Sociedad Filosófica de Liverpool o al Instituto Literario de Londres, era suficiente para aquellas tripulaciones sepultadas bajo la nieve. ¿Queréis juzgarlo vos mismo?

—¡Cómo! ¿Los retenéis en vuestra memoria?

—No; pero vos tenéis a bordo del *Porpoise* los *Viajes* de Parry, y bastará que os lea sus propias narraciones.

—¡Leedlas! —Exclamaron los compañeros del doctor Clawbonny.

—Con mucho gusto.

El doctor fue a buscar en el armario del salón la obra indicada, y apenas empezó a hojearla halló lo que buscaba.

—He aquí —dijo— algunos extractos de la *Gaceta de la Georgia del Norte*. Es una carta dirigida al redactor en jefe.

»Con una verdadera satisfacción, hemos acogido vuestras proposiciones para la publicación de un periódico, el cual, bajo vuestra inteligente dirección, nos procurará muchas diversiones y aligerará no poco el peso de nuestros cien días de tinieblas.

»El interés que me inspira vuestra publicación me ha hecho examinar el efecto que ha producido su anuncio en nuestra soledad, y puedo aseguraros, para servirme de las frases de que se vale la Prensa de Londres, que la sensación que ha causado en el público ha sido profunda.

»Al día siguiente de la aparición de vuestro prospecto, ha habido a bordo una demanda de tinta enteramente insólita y sin precedentes. El tapete verde de nuestras mesas se ha cubierto súbitamente de plumas, con gran perjuicio de uno de los asistentes que, al limpiar el polvo se clavó una en un dedo, entre carne y uña.

»En fin, sé de buena tinta que el sargento Martin ha tenido que afilar nada menos que nueve

cortaplumas.

»Todas nuestras mesas rechinan sin cesar bajo el peso de los pupitres a que no están acostumbradas. Hasta se dice que las profundidades de la sentina han sido cuidadosamente registradas para buscar resmas de papel que no esperaban empezar a funcionar tan pronto.

»No puedo dejar de deciros que tengo algunas sospechas de que se trata de introducir fraudulentamente en vuestras cajas algunos artículos que, careciendo del carácter de absoluta originalidad y no siendo completamente inéditos, no pueden conveniros en manera alguna. Puedo afirmar que ayer mismo por la noche se vio a un "autor" inclinado sobre su pupitre, con un volumen del *Spectateur* en su mano, mientras que con la otra procuraba que la llama de la lámpara desliese su tinta helada. Inútil es recomendaros que os pongáis en guardia ante semejantes perfidias. Es preciso que no veamos reproducido en la *Crónica de invierno* lo que nuestros abuelos leían almorzando, hace ya más de un siglo».

—Bien, muy bien —dijo Altamont, cuando el lector hubo concluido—. Hay en lo que habéis leído verdadero buen humor, y bien se conoce que el autor de la carta era un mozo listo.

—Sin duda —respondió el doctor—. Ved ahora un anuncio que no carece de gracia:

«Se desea encontrar una mujer de mediana edad y buena reputación para ayudar a vestirse a las actrices de la compañía del Teatro Real de la Georgia Septentrional. Se le dará un buen sueldo, y tendrá té y cerveza a discreción. Dirigirse al comité del teatro. —N. B. Será preferida una viuda».

—No me parece que nuestros compatriotas estuviesen muy afligidos —dijo Johnson.

—¿Y se encontró la viuda? —preguntó Bell.

—Así parece —respondió el doctor—, a juzgar por la siguiente respuesta dirigida a la dirección del teatro.

»Señores, yo soy viuda; tengo veintiséis años, y hay personas respetables que podrán responder de mi aptitud y buenas costumbres. Pero antes de encargarme del tocado de las actrices de vuestro teatro, deseo saber si tienen intención de conservar sus pantalones, y si se me proporcionará el auxilio de algunos marineros vigorosos para apretar convenientemente sus corsés. Siendo así, señores, podéis contar con vuestra servidora,

A. B.»

«P. D. En lugar de cerveza, ¿no podríais dar aguardiente?».

—¡Bravo! —exclamó Altamont—. Me parece que estoy viendo doncellas apretando la cintura de las actrices con un cabrestante. La verdad es que estaban alegres los compañeros del capitán.

—Como todos los que han alcanzado su objetivo —respondió Hatteras.

Hatteras dejó caer estas palabras en medio de la conversación y se abismó de nuevo en su silencio acostumbrado. El doctor, no queriendo seguir el giro que parecía querer dar el capitán a la cuestión, volvió a su lectura.

—He aquí ahora —dijo— un cuadro de las tripulaciones árticas, que se podría variar hasta lo infinito; pero algunas de las observaciones son bastante justas. Juzgadlas:

»Salir por la mañana para tomar el aire, y, al poner el pie fuera del buque, caer en un pozo que surte al cocinero, y tomar un baño completo, aunque involuntario.

»Partir a una cacería, acercarse a un soberbio reno, apuntarle, querer hacer fuego a boca jarro, y no salir el tiro por haberse humedecido el pistón.

»Ponerse en marcha con un pedazo de pan tierno en el bolsillo y, cuando el hambre apremia, hallarlo endurecido de tal modo por la helada, que él puede romper los dientes, pero no ser roto por ellos.

»Levantarse precipitadamente de la mesa sabiendo que pasa un lobo junto al buque, y a la vuelta hallar la comida devorada por el gato.

»Volver de paseo entregándose a profundas y útiles meditaciones, y verse de repente arrancado de ellas por los abrazos de un oso».

—Ya veis, amigos —añadió el doctor—. No nos costaría a nosotros mucho imaginar algunos otros percances polares; pero desde el momento en que es menester sufrirlos, sentiría un verdadero placer al consignarlos.

—A fe mía —respondió Altamont—, que es un periódico divertido la tal *Crónica de invierno*, y es sensible que no podamos nosotros suscribirnos a ella.

—¿Por qué no fundamos también un periódico? —dijo Johnson.

—¡Nosotros cinco! —respondió Clawbonny—. Nosotros formaríamos la redacción, y no quedarían lectores en número suficiente.

—Ni espectadores, si se nos metiese en la cabeza representar comedias —añadió Altamont.

—Al grano, señor Clawbonny —dijo Johnson—. Contadnos algo del teatro del capitán Parry. ¿Se representaban en él piezas nuevas?

—¡Vaya si se representaban! En un principio hicieron todo el gasto dos volúmenes embarcados a bordo del *Hecla*, y había representaciones cada quince días; pero se apuró el repertorio, y entonces autores improvisados tomaron la pluma, y el mismo Parry compuso para las fiestas de Navidad una comedia de circunstancias titulada *El Paso del Noroeste o el término del viaje*, que alcanzó un éxito enorme.

—El título es soberbio —respondió Altamont—, pero confieso que si yo tuviera que desarrollar semejante argumento, me daría mucho quehacer el desenlace.

—Tenéis razón —dijo Bell—. Porque, ¿quién sabe cómo concluirá nuestro drama?

—¿Por qué —exclamó el doctor— pensar en el último acto? Hasta ahora los primeros no salen del todo mal. Dejemos hacer a la Providencia, amigos; desempeñemos nuestro papel lo mejor que podamos, y, puesto que el desenlace pertenece al Autor de todas las cosas, tengamos confianza en su sabiduría. £1 sabrá sacamos de apuros.

—Vámonos, pues, a soñar con todo lo que se ha dicho —respondió Johnson—. Es tarde, y, puesto que ya es hora de dormir, durmamos.

—Mucha prisa tenéis, amigo mío —dijo el doctor.

—¿Qué queréis, señor Clawbonny? ¡Me encuentro tan perfectamente entre mantas! Además, yo he adquirido la costumbre de tener buenos sueños. ¡Sueño con países cálidos, de lo que resulta que paso la mitad de mi vida bajo el ecuador, y la otra mitad en el Polo!

—¡Diablo! —dijo Altamont—. Poseéis una organización envidiable.

—Excelente —respondió el contramaestre.

—Pues bien —repuso el doctor—, sería una crueldad hacer permanecer más tiempo en el Polo al buen Johnson. Su sol de los trópicos le aguarda. Vamos a acostarnos.

Capítulo XI

HUELLAS ALARMANTES

DURANTE la noche del 26 al 27 de abril varió el tiempo. El termómetro bajó sensiblemente, y los habitantes de la «Casa del Doctor» lo notaron por el frío que se filtraba debajo de sus mantas. Altamont, de guardia junto a la estufa, tuvo mucho cuidado del fuego, y se vio en la precisión de alimentarlo muy abundantemente para mantener la temperatura interior a 50° sobre cero (+10° centígrados).

Aquel enfriamiento, del que se alegró el doctor, anunciaba el fin de la tempestad, y por consiguiente se iban a emprender de nuevo las ocupaciones habituales, la caza, las excursiones, el reconocimiento del terreno, lo que pondría un término a aquellos ocios solitarios, durante los cuales llegan a agriarse los mejores caracteres.

Al día siguiente por la mañana, el doctor se levantó temprano y se abrió un camino por entre los hielos acumulados, llegando hasta el faro.

El viento había saltado al Norte; la atmósfera era pura, y grandes extensiones blancas ofrecían al pie un tapiz firme y resistente.

Muy pronto los cinco compañeros de invernada habían salido todos de la vivienda, siendo su primer cuidado descargar la casa de las moles de hielo que pesaban sobre ella. La meseta estaba desconocida, y hubiera sido imposible descubrir en ella los vestigios de una vivienda, porque la tempestad, colmando las desigualdades del terreno, lo había nivelado todo, levantándolo por lo menos quince pies.

Era menester despejar la meseta, y luego volver a dar al edificio una forma más arquitectónica,

rehacer sus líneas menoscabadas y restablecer su aplomo. La operación no era difícil, y, quitados los hielos, muy pronto se podía devolver a las paredes su grosor normal.

Después de dos horas de un trabajo sostenido, apareció el fondo de granito, y fue practicable la entrada del polvorín y de los almacenes de víveres.

Pero como en aquellos climas variables el mismo estado de cosas podía cambiar de la noche a la mañana, se hizo una nueva provisión de comestibles que fue transportada a la cocina. Aquellos estómagos sobreexcitados por las salazones sentían la necesidad de carne fresca, por lo que los cazadores se encargaron de modificar el sistema corriente de alimentación y se dispusieron a partir.

Sin embargo, los últimos días de abril no son aún los de la primavera polar. La hora de la buena estación todavía no había llegado; faltaban seis semanas por lo menos; los rayos del sol, demasiado débiles, no podían penetrar en aquellas llanuras de nieve y hacer brotar del suelo los escuálidos productos de la tierra boreal. Era de temer que escaseasen aún mucho las aves y los cuadrúpedos. Sin embargo, una liebre, algunos pares de ptarmiganos o una zorra joven, hubieran figurado con honra en la mesa de la «Casa del Doctor», y los cazadores resolvieron disparar contra todo lo que pasase al alcance de su escopeta.

El doctor, Altamont y Bell se encargaron de explorar el país. Altamont, a juzgar por su costumbre, debía de ser un cazador diestro y determinado, un gran tirador, aunque algo presuntuoso. Fue, pues, de la partida, e igualmente *Duck*, que en su género valía tanto como él, con la ventaja de ser menos hablador.

Los tres compañeros de aventuras se encaramaron por el cono del Este y se internaron por las inmensas llanuras blancas; pero no tuvieron necesidad de ir lejos, pues numerosas huellas se descubrieron a menos de dos millas del fuerte, las cuales bajaban hasta la orilla de la bahía Victoria y parecían envolver el «Fuerte Providencia» con sus círculos concéntricos.

Después de seguir con curiosidad aquellas pisadas, los cazadores se miraron.

—¿Y qué? —dijo el doctor—. La cosa me parece clara.

—Demasiado clara —respondió Bell—. Son huellas de un oso.

—Excelente caza —respondió Altamont—, pero que tiene un defecto.

—¿Cuál? —preguntó el doctor.

—La abundancia —respondió el americano.

—¿Qué queréis decir? —repuso Bell.

—Quiero decir que hay aquí huellas de cinco osos, perfectamente distintas, y cinco osos son mucho

para cinco hombres.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó el doctor.

—Mirad, y vos mismo juzgaréis. He aquí una huella que no se parece a otra; las garras de ésta están más separadas que las de aquélla. He aquí las pisadas de un oso más pequeño. Comparad bien, y en un reducido círculo hallaréis las huellas de cinco animales diferentes.

—Es evidente —dijo Bell, después de haber examinado las huellas con atención.

—Entonces —dijo el doctor— no hagamos alarde de un valor inútil, y procuremos estar en guardia. Los osos, al concluirse un invierno riguroso, están muy hambrientos, y pueden ser sumamente peligrosos, y puesto que no es posible dudar de su número…

—Ni aun de sus intenciones —replicó el americano.

—¿Creéis —dijo el doctor— que han descubierto nuestra presencia en la costa?

—No cabe la menor duda, a no ser que hayamos caído en un paso de osos; pero entonces, ¿por qué esas huellas se extienden circularmente, en lugar de alejarse hasta perderse de vista? ¡Mirad! Esos animales han venido del Sudeste, y se han detenido en este sitio, y aquí han empezado el reconocimiento del terreno.

—Tenéis razón —dijo el doctor—, y hasta es indudable que han venido esta noche.

—Y, sin duda, las anteriores —respondió Altamont—. Sólo que la nieve ha borrado sus pisadas.

—No —replicó el doctor—; es más probable que hayan aguardado el fin de la tempestad. Impelidos por el hambre, han avanzado por el lado de la bahía con intención de sorprender algunas focas, y entonces nos habrán olido.

—Es lo que yo creo —respondió Altamont—. Además, es fácil averiguar si vuelven o no esta noche.

—¿Cómo? —preguntó Bell.

—Borrando sus pisadas en una parte del terreno que han recorrido, y si mañana encontramos huellas nuevas será evidente que el «Fuerte Providencia» es el objeto en que los osos tienen puestas sus miras.

—Bueno —respondió el doctor—, así sabremos al menos a qué atenemos.

Los tres cazadores, rascando la nieve, hicieron muy pronto desaparecer las pisadas en un espacio de unas cien toesas.

—Es, sin embargo, singular —dijo Bell— que esos animales nos hayan olido desde tanta distancia, pues no hemos quemado ninguna sustancia grasienta propia para atraerlos.

—¡Oh! —respondió el doctor—. Los osos están dotados de una vista muy penetrante y de un olfato

muy sutil; son, además, muy inteligentes, los más inteligentes tal vez de todos los animales, y han olido por aquí algo a que no están acostumbrados.

—¿Y quién nos dice —repuso Bell— que durante la tempestad no hayan avanzado hasta la meseta?

—Entonces —respondió el americano—, ¿por qué se habrían detenido en este límite?

—Sí, no hay nada que replicar a eso —dijo el doctor—. Y debemos creer que poco a poco estrecharán el círculo de sus investigaciones alrededor del «Fuerte Providencia».

—Allá veremos —respondió Altamont.

—Entretanto, prosigamos nuestra marcha —dijo el doctor—; pero ojo alerta.

Los cazadores vigilaron con atención, pues podían temer que algunos osos se hubieran emboscado detrás de los montecillos de hielo. Más de una vez tomaron los gigantescos témpanos por osos, pues muchos tenían su tamaño y su blancura. Pero al cabo, con gran satisfacción suya, comprendieron que todo eran ilusiones.

Regresaron, por fin, al cono, y desde allí su mirada no descubrió ningún peligro desde el cabo Washington hasta la isla Johnson.

Nada vieron; todo era inmovilidad y blancura; nada oyeron: ni un rumor, ni un chasquido.

Entraron en la casa de nieve.

Pusieron a Hatteras y a Johnson al corriente de la situación, y se resolvió vigilar con la atención más escrupulosa. Vino la noche; nada turbó su calma espléndida, nada se oyó que indicase la inminencia de un peligro.

Al día siguiente, al rayar el alba, Hatteras y sus compañeros, bien armados, fueron a reconocer el estado de la nieve, y en ella encontraron huellas idénticas a las de la víspera, pero más cercanas. Evidentemente, los enemigos tomaban sus disposiciones para el sitio de «Fuerte Providencia».

—Han abierto su segunda paralela —dijo el doctor.

—Y hasta han establecido un punto avanzado —respondió Altamont—. Ved esas huellas que están más cerca de la meseta, pertenecen a un animal poderoso.

—Sí, esos osos nos estrechan poco a poco —dijo Johnson—; es evidente que tienen intención de atacamos.

—No cabe duda —respondió el doctor—, procuremos no dejamos ver. No somos bastante fuertes para combatir con éxito.

—¿Pero dónde pueden estar esos condenados? —exclamó Bell.

—Detrás de algunos témpanos del Este, desde donde nos acechan; no vayamos a aventuramos imprudentemente.

—¿Y la caza? —dijo Altamont.

—Aplacémosla para dentro de algunos días —respondió el doctor—; borremos las huellas más cercanas y veremos mañana por la mañana si se han renovado. Así estaremos al corriente de las maniobras de nuestros enemigos.

Siguióse el consejo del doctor, y volvieron todos a acuartelarse en el fuerte. La presencia de aquellas terribles fieras impedía todas las excursiones. Se vigilaron atentamente las inmediaciones de la bahía Victoria. Se desmontó el faro, que no era entonces de ninguna utilidad y podía llamar la atención de los animales. Se metieron dentro de la casa el fanal y los hilos eléctricos, y después se montó una guardia, que se iba relevando, en la meseta superior.

Así la soledad se hacía más enojosa, pero ¿había medio de obrar de otra manera? Los náufragos no podían empeñar una lucha desigual, y era demasiado preciosa la vida de cada uno para arriesgarla

imprudentemente. Los osos, no viendo a nadie, acaso se desorientarían, y si se presentaban aisladamente se les podía atacar con probabilidades de triunfo.

En medio de aquella inacción, había cierta agitación en los ánimos. Había que vigilar y ninguno dejaba de estar alerta.

El día 28 de abril se pasó sin que los enemigos diesen señal de existencia. Al día siguiente se fueron a reconocer las huellas con un vivo sentimiento de curiosidad, que fue seguido de exclamaciones de asombro.

No había ni siquiera una pisada, y la nieve desplegaba a lo lejos su tapiz intacto.

—¡Bueno! —exclamó Altamont—. ¡Los osos han perdido la pista! ¡No han tenido perseverancia! ¡Se han cansado de esperar! ¡Se han marchado! ¡Buen viaje! ¡Y ahora, nosotros a cazar!

—¡Poco a poco! —replicó el doctor—. ¿Quién sabe? Para mayor seguridad os pido, compañeros, un día más de vigilancia. Verdad es que el enemigo no ha vuelto esta noche, al menos por este lado…

—Demos vuelta alrededor de la meseta —dijo Altamont—, y sabremos a qué atenemos.

—Buena idea —dijo el doctor.

Pero, por más que se examinó con cuidado todo el espacio en un radio de dos millas, fue imposible encontrar el menor vestigio.

—Pues bien, ¿no cazamos? —preguntó el impaciente americano.

—Aguardaremos a mañana —respondió el doctor.

—Pues hasta mañana —dijo Altamont, resignándose a pesar suyo.

Volvieron al fuerte. No obstante, lo mismo que la víspera, cada cual estuvo en su puesto de observación por espacio de una hora.

Cuando llegó el tumo a Altamont, fue a relevar a Bell a la cúspide del cono.

Apenas salió, Hatteras llamó a sus compañeros. El doctor dejó su cuaderno de notas y Johnson sus hornillos.

Podía creerse que Hatteras iba a hablar de los peligros de la situación, pero ni siquiera pensaba en

ellos.

—Amigos —dijo—, aprovechémonos de la ausencia del americano para hablar de nuestros asuntos. Hay cosas con las cuales él nada tiene que ver, y no quiero que se meta en ellas.

Los interlocutores del capitán se miraron, no sabiendo dónde iría a parar.

—Deseo —dijo— entenderme con vosotros acerca de nuestros proyectos futuros.

—Bien, bien —respondió el doctor—; hablemos, ya que estamos solos.

—Dentro de un mes —repuso Hatteras—, o, todo lo más, dentro de seis semanas, va a llegar el momento de las grandes excursiones. ¿Habéis pensado en lo que convendría emprender durante el verano?

—¿Y vos, capitán? —preguntó Johnson.

—Yo puedo decir que no pasa una hora de mi vida en que no me halle en presencia de mi idea. Supongo que ni uno solo de vosotros tendrá la intención de retroceder…

Esta insinuación quedó sin respuesta inmediata.

—En cuanto a mí —repuso Hatteras—, aunque tuviera que ir solo, iría hasta el Polo Norte, del cual nos hallamos, todo lo más, a 360 millas. Nunca otros hombres se habían aproximado tanto a este término apetecido, y yo no perderé esta ocasión propicia sin haberlo intentado todo, hasta lo imposible. ¿Cuáles son, acerca del particular, vuestros proyectos?

—Los vuestros —respondió el doctor.

—¿Y los vuestros, Johnson?

—Los del doctor —respondió el contramaestre.

—Ahora hablad vos, Bell —dijo Hatteras.

—¡Capitán —respondió el carpintero—, nosotros, es verdad, no tenemos familia que nos aguarde en Inglaterra; pero, en fin, el país es el país! ¿No pensáis, pues, en regresar?

—El regreso —repuso el capitán— se puede verificar lo mismo después del descubrimiento del Polo. Mejor aún. Las dificultades no aumentarán, porque remontando, nos alejamos de los puntos más fríos del Globo. Tenemos aún combustible y provisiones para mucho tiempo. Nada puede, pues, detenernos, y seríamos culpables si no llegásemos hasta el fin.

—Pues bien —respondió Bell—, todos somos de vuestra opinión, capitán.

—Bien —respondió Hatteras—. Yo no he dudado jamás de vosotros. Triunfaremos, amigos míos, y de Inglaterra será toda la gloria de nuestro triunfo.

—Pero hay un americano entre nosotros —dijo Johnson.

Hatteras, al oír esta observación, no pudo reprimir un gesto de cólera.

—Lo sé —dijo con voz grave.

—Y no podemos abandonarle —repuso el doctor.

—¡No! ¡No podemos! —respondió maquinalmente Hatteras.

—Y él irá a donde vayamos.

—¡Sí, irá! Pero ¿quién mandará?

—Vos, capitán.

—Y obedeciéndome vosotros, ¿se negará ese yanqui a obedecerme?

—No lo creo —respondió Johnson—, pero ¿y si no quisiera someterse a vuestras órdenes?

—Entonces la cuestión será entre él y yo.

Los tres ingleses miraron a Hatteras y callaron. El doctor volvió a tomar la palabra.

—¿Cómo viajaremos? —dijo.

—Siguiendo la costa en cuanto sea posible —respondió Hatteras.

—Pero si hallamos el mar libre, como es probable…

—Lo pasaremos.

—¿De qué modo? No tenemos embarcación.

Hatteras no respondió. ¿Qué podía responder?

—Tal vez se podría —dijo Bell— construir una lancha con los restos del *Porpoise*.

—¡Jamás! —exclamó violentamente Hatteras.

—¿Jamás? —repitió Johnson.

El doctor meneaba la cabeza comprendiendo la repugnancia del capitán.

—¡Jamás! —volvió a decir éste—. ¡Una lancha hecha con la madera de un buque americano, sería americana!

—¡Pero, capitán…! —repuso Johnson.

El doctor hizo una señal al contramaestre para que no insistiese en aquel momento. Era preciso reservar aquella cuestión para un momento más oportuno, y el doctor, que, al mismo tiempo que comprendía las repugnancias de Hatteras, no participaba de ellas, se prometió obligar con el tiempo a su amigo a revocar una decisión tan absoluta.

Habló de otra cosa, de la posibilidad de remontar la costa directamente hasta el Norte, y hasta el punto desconocido del Globo que se llama polo boreal.

Dio a la conversación un giro que no fuese ocasión para compromisos, hasta el momento en que terminó de pronto, es decir, hasta el momento de entrar Altamont.

Éste no tenía nada que decir.

Así concluyó el día, y la noche se pasó tranquilamente. Los osos habían, evidentemente, desaparecido.

Capítulo XII

LA CARCEL DE HIELO

AL día siguiente, se trató de organizar una cacería, en la cual debían tomar parte Hatteras, Altamont y el carpintero. Las huellas alarmantes no se habían renovado, y los osos habían renunciado decididamente a su proyecto de ataque, ya fuese por miedo a sus enemigos desconocidos, ya por no haberles revelado nada nuevo la presencia de seres animados debajo de aquella mole de nieve.

Durante la ausencia de los tres cazadores, el doctor debía llegar hasta la isla Johnson, para reconocer el estado de los hielos, y hacer algunas observaciones hidrográficas. El frío era muy intenso, pero los invernadores lo soportaban bien, habiéndose acostumbrado ya su epidermis a temperaturas exageradas.

El contramaestre debía permanecer en la «Casa del Doctor».

Los tres cazadores hicieron sus preparativos de marcha. Todos llevaban escopetas de dos tiros, de cañón rayado y balas cónicas; tomaron una cantidad de *pemmican*, para el caso de que la noche los sorprendiese antes de concluir su excursión, y se armaron además con el inseparable cuchillo de nieve, que es el utensilio más indispensable en aquellas regiones y con una hacha puesta en la cintura, encima de un chaquetón de piel de reno.

Así equipados, vestidos y armados, podían ir lejos, y, diestros y audaces como eran, podían regresar con abundante provisión de carne fresca.

Estuvieron dispuestos a las ocho de la mañana, y partieron. *Duck* les precedía retozando; se encaramaron por la colina del Este, doblaron el cerro del faro y se hundieron en las llanuras del Sur limitadas por el monte Bell.

El doctor, por su parte, después de haber convenido con Johnson acerca de la señal de alarma que debían darse en caso de peligro, descendió hacia la playa para llegar a los témpanos multiformes de que se hallaba erizada la bahía Victoria.

El contramaestre se quedó solo en «Fuerte Providencia», pero no mano sobre mano. Empezó por soltar los perros groenlandeses, que se impacientaban en el Palacio de los Perros. Apenas se vieron libres, se revolcaron en la nieve. Johnson se ocupó luego de los complicados pormenores caseros. Tenía que renovar el combustible y las provisiones, poner en orden los almacenes, recomponer algunos utensilios rotos, reparar las mantas, que se hallaban en mal estado, y remendar el calzado con objeto de tenerlo listo para las largas excursiones del verano.

Trabajo no faltaba, y el contramaestre desplegaba en él la habilidad del marino para quien no hay ningún oficio que le sea desconocido.

Entretanto, reflexionaba sobre la conversación de la víspera. Pensaba en el capitán, y sobre todo en su obstinación, muy heroica y honrosa, que no le permitía tolerar que un americano y una lancha americana alcanzasen antes que él o con él el polo del mundo.

«Me parece difícil, sin embargo —se decía—, pasar el océano sin buque, y si tenemos delante el mar libre, fuerza será someterse a la necesidad de navegar. Ni el mejor inglés de la Tierra puede cruzar a nado 300 millas. El patriotismo tiene sus limites. En fin, veremos. Aún nos queda tiempo para pensarlo todo; el señor Clawbonny no ha dicho aún sobre la cuestión su última palabra; él sabe dónde le aprieta el zapato y es muy capaz de hacer desistir al capitán de su idea. Seguro estoy de que, recorriendo hoy la costa de la isla, dedicará una ojeada a los restos del *Porpoise*, y sabrá qué partido puede sacarse de ellos».

Johnson se hallaba en este punto de sus reflexiones, y hacía ya más de una hora que los cazadores habían salido del fuerte, cuando a 2 ó 3 millas a sotavento se oyó un estampido fuerte y claro.

«¡Bueno! —se dijo el viejo marino—. Ya han hallado algo, sin necesidad de ir muy lejos, puesto que se les oye distintamente. ¡Está, además, la atmósfera tan pura!».

El segundo disparo y después otro se repitieron casi sin intervalo.

«Veo —pensó Johnson— que han llegado a buen sitio».

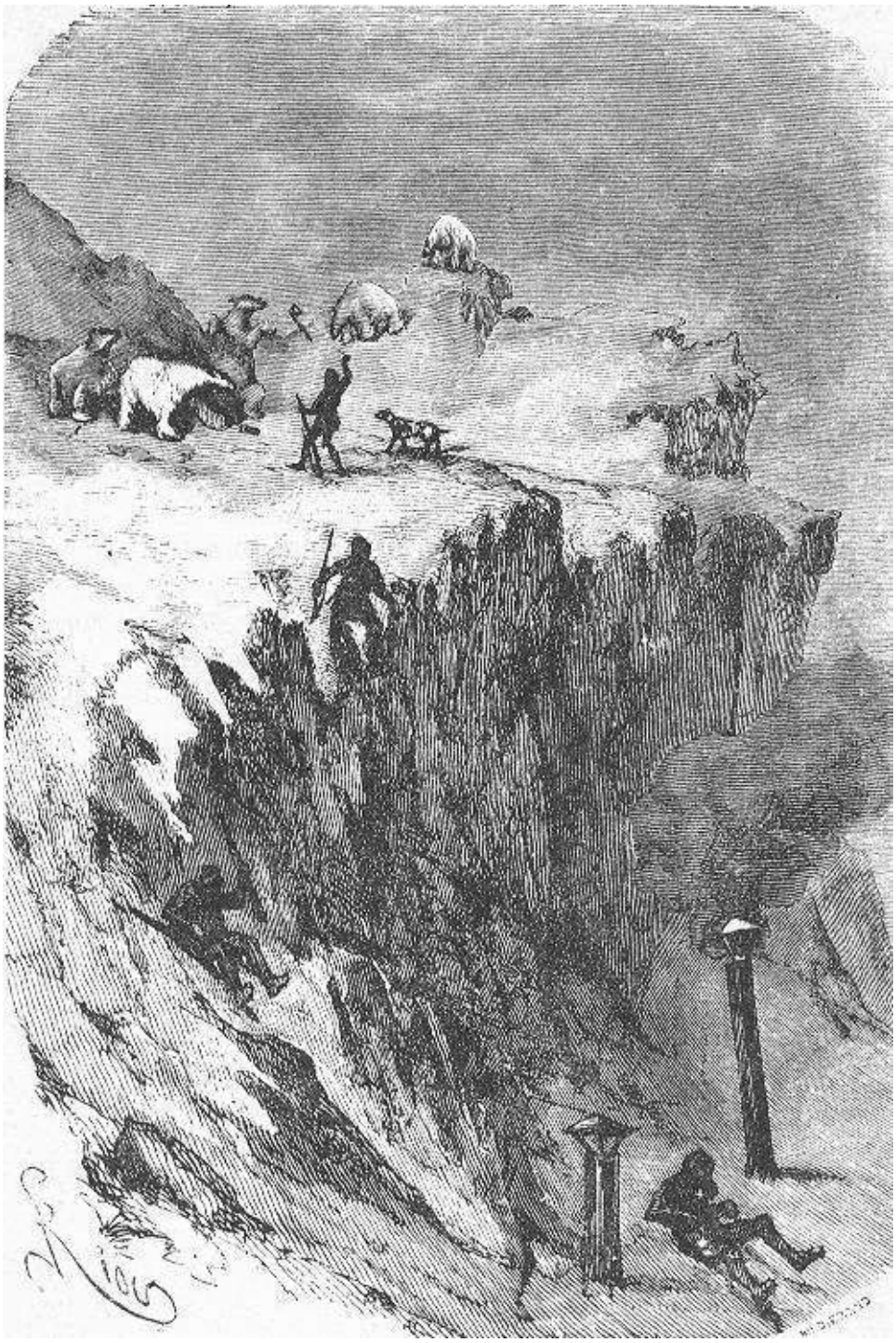
Sonaron otros tres disparos más próximos.

«¡Seis tiros! —dijo Johnson—. Ahora tienen las armas descargadas. La refriega ha sido dura. ¿Si por acaso…?».

A la idea que se le ocurrió, Johnson se puso pálido, salió rápidamente de la casa de nieve, y en pocos instantes se encaramó por la cuesta hasta la cúspide del cerro.

Lo que vio le hizo estremecerse.

Los tres cazadores, seguidos de *Duck*, venían corriendo a todo correr, perseguidos por cinco animales gigantescos, a quienes no pudieron derribar sus seis balas. Los osos les acosaban de cerca; Hatteras, que era el más rezagado, no consiguió aumentar la distancia que le separaba de los animales, sino echándoles sucesivamente su gorra, su hacha y hasta su escopeta. Los osos se detenían, según tienen por costumbre, para olfatear el objeto echado a su curiosidad, y perdían algo de terreno. Su marcha era tan veloz que hubieran dejado atrás al caballo más ligero.



Hatteras, Altamont y Bell, jadeantes y sufridos, llegaron junto a Johnson y desde lo alto de la escarpa se deslizaron con él hasta la casa de nieve.

Los cinco osos les tocaban, y el capitán tuvo que parar con un cuchillo la violenta zarpada de uno de ellos.

En un abrir y cerrar de ojos, Hatteras y sus compañeros quedaron encerrados en la casa. Los animales se detuvieron en la meseta superior formada por el cono truncado.

—¡En fin —exclamó Hatteras—, podremos defendemos con menos desventaja siendo cinco contra cinco!

—¿Dónde están los cinco? —exclamó Johnson aterrorizado.

—¿Cómo? —exclamó Hatteras.

—¡El doctor! —respondió Johnson, mostrando el salón vacío.

—¿Y qué?

—¡Se ha ido por el lado de la isla!

—¡Desgraciado! —exclamó Bell.

—No podemos abandonarle —gritó Altamont.

—¡Corramos! —dijo Hatteras.

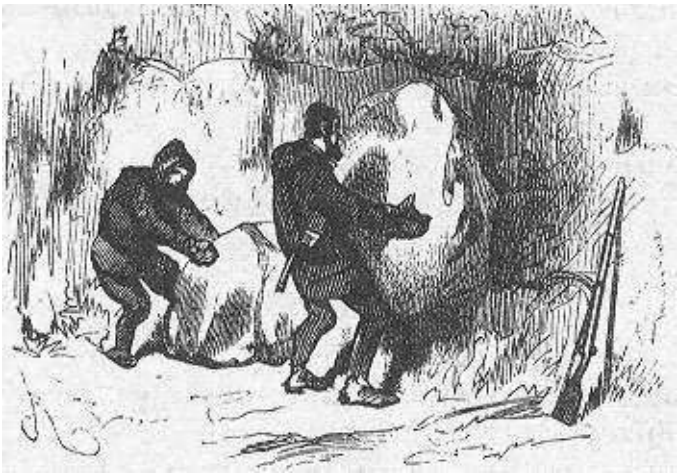
Abrió rápidamente la puerta, pero apenas tuvo tiempo de volverla a cerrar; poco le faltó para que un oso le rompiese el cráneo de una zarpada.

—¡Aquí están! —exclamó.

—¿Todos? —preguntó Bell.

—¡Todos! —respondió Hatteras.

Altamont se precipitó hacia las ventanas, cuyos huecos colmó con pedazos de hielo arrancados de las paredes de la casa. Sus compañeros le imitaron sin decir una palabra, interrumpiendo únicamente el silencio los sordos ladridos de *Duck*.



Pero, justo es decirlo, aquellos cuatro hombres no tenían más que un solo pensamiento, y acordándose del doctor olvidaban su propio peligro. Pensaban en el doctor y no en sí mismos. ¡Pobre Clawbonny! ¡Tan bueno! ¡Tan afable! ¡Él era el alma de aquella pequeña colonia! Por primera vez se hallaba lejos de sus compañeros. Peligros extremos, una muerte espantosa le aguardaba tal vez, porque, terminada su excursión, regresaría tranquilamente al «Fuerte Providencia» y se hallaría en presencia de aquellos feroces animales.

—¿Y no habría medio de avisarle?

—Sin embargo —dijo Johnson—, o mucho me engaño, o el doctor está prevenido. Vuestros tiros le habrán puesto en guardia, y no puede dejar de creer en algún acontecimiento extraordinario.

—Pero ¿y si entonces estaba lejos? —respondió Altamont—. ¿Y si no ha comprendido nada de lo que pasaba? ¡Lo más probable es que vuelva inadvertidamente, sin pensar en ningún peligro! ¡Los osos están abrigados por la escarpa del fuerte, y no puede percibirlos!

—Es, pues, necesario desembarazarse de los osos antes de que él vuelva —respondió Hatteras.

—Pero ¿cómo? —preguntó Bell.

La respuesta era difícil. Una salida parecía imposible. Habíase obstruido el corredor con una barricada, pero los osos podían fácilmente echar abajo aquellos obstáculos si se les ocurría esta idea, pues sabían a qué atenerse respecto del número y la fuerza de sus adversarios, y les era fácil llegar hasta ellos.

Los prisioneros se habían distribuido por todas las estancias de la «Casa del Doctor», a fin de vigilar cualquier tentativa de invasión, y oían ir y venir a los osos, gruñir sordamente y rascar las paredes de

nieve con sus enormes patas.

Era menester tomar una determinación pronta, porque el tiempo apremiaba. Altamont resolvió practicar una aspillera para hacer fuego a los sitiadores, y en pocos minutos abrió una especie de agujero en la pared de hielo, y por él introdujo su escopeta; pero apenas el cañón salió fuera, se la arrancó de las manos un poder irresistible, sin darle tiempo de dispararla.

—¡Diablos! —exclamó—. Son más fuertes que nosotros.

Y volvió a tapar la aspillera.

Esta situación duraba hacía ya más de una hora, y nada dejaba prever su término. Se discutieron entonces las probabilidades de éxito de una salida, y se vio que eran muy escasas, pues los osos no podían ser combatidos separadamente. Sin embargo, Hatteras y sus compañeros, deseosos de acabar de una vez, y avergonzados de verse presos por unos cuantos animales, iban a intentar un ataque directo, cuando el capitán ideó un nuevo sistema de defensa.

Cogió el *poker*[41], que servía a Johnson para descargar sus hornillos, y lo puso encima de las ascuas de la estufa, practicó luego una abertura en la pared de nieve, pero sin prolongarla hasta el exterior, de suerte que conservase hacia la pared de afuera una ligera capa de hielo.

Sus compañeros estaban mirando lo que hacía. Cuando el *poker* se puso rojo, Hatteras tomó la palabra y dijo:

—Esta barra candente va a servirme para rechazar a los osos, que no podrán cogerla, y nos será fácil por la aspillera hacer contra ellos un fuego nutrido, sin que puedan arrancamos las armas.

—¡Bien pensado! —exclamó Bell, apostándose cerca de Altamont.

Entonces Hatteras, sacando el *poker* de las ascuas, lo hundió rápidamente en la pared. La nieve, evaporándose a su contacto, silbó estrepitosamente. Dos osos acudieron, cogieron la barra enrojecida y lanzaron un terrible aullido, al mismo tiempo que sonaron cuatro disparos.

—¡Heridos! —exclamó el americano.

—¡Heridos! —repitió Bell.

—Repitamos la operación —dijo Hatteras, volviendo a tapar momentáneamente la abertura.

Se puso otra vez el *poker* encima de las ascuas, y a los pocos minutos estaba rojo.

Altamont y Bell volvieron a su puesto después de cargar las armas. Hatteras restableció la aspillera, e introdujo por ella de nuevo el *poker* candente.

Pero una superficie impenetrable le detuvo.

—¡Maldición! —exclamó el americano.

—¿Qué sucede? —preguntó Johnson.

—¡Que esos malditos animales hacinan témpanos sobre témpanos; nos tapian dentro de nuestra casa, nos entierran vivos!

—¡Es imposible!

—¡Ya lo veis, el *poker* no puede pasar! ¡La cosa empieza ya a ser ridícula!

Más que ridícula era alarmante. La situación empeoraba. Los osos, animales dotados de un instinto sumamente desarrollado, empleaban aquel medio para ahogar su presa. Amontonaban los témpanos de modo que imposibilitaban la fuga de los sitiados.

—¡Es triste cosa! —dijo el viejo Johnson herido en su amor propio—. Que otros hombres nos traten así, pase; ¡pero osos!

Después de esta reflexión, transcurrieron dos horas sin que se modificase sensiblemente la situación de los encarcelados. El proyecto de salir era ya impracticable, y las gruesas paredes no permitían pasar ningún ruido exterior. Altamont se paseaba con la agitación de un hombre audaz que se exasperaba delante de un peligro superior a su denuedo. Hatteras pensaba con espanto en el doctor, y en el gravísimo peligro que le amenazaba a su regreso.

—¡Ah! —exclamó Johnson—. ¡Si el señor Clawbonny estuviese aquí!

—¿Y qué haría? —respondió Altamont.

—¡Oh! ¡Él nos sacaría de apuros!

—¡No sé cómo! —respondió de muy mal humor el americano.

—Ni yo tampoco —replicó Johnson—. Si lo supiera, no tendría necesidad de él. Sin embargo, creo adivinar el consejo que nos daría en este momento.

—¿Cuál?

—¡El de tomar un bocado! Eso no puede perjudicarnos. Todo lo contrario. ¿No os parece lo mismo, señor Altamont?

—Comamos, si tenéis apetito —respondió el americano—; aunque la situación es bien tonta, por no decir humillante.

—Estoy seguro —dijo Johnson— de que después de comer, encontraremos un medio cualquiera para salir del apuro.

Nadie respondió al contramaestre, y se sentaron todos a la mesa.

Johnson, educado en la escuela del doctor, trató de ser filósofo en el peligro, pero no lo consiguió y

sus chanzas se le atravesaban en la garganta. Además, los sitiados empezaban a sentir cierta desazón; el aire se condensaba en aquella morada herméticamente cerrada; la atmósfera no podía renovarse por el tubo de la chimenea, y era fácil prever que, dentro de muy poco tiempo, el fuego se apagaría. Absorbido el oxígeno por los pulmones y por la lumbre, muy pronto no quedaría en aquel limitado ambiente más que ácido carbónico, cuya mortal influencia es bien conocida.

Hatteras fue el primero que se percató de este nuevo peligro, y no lo quiso ocultar a sus compañeros.

—Entonces —respondió Altamont— es preciso salir a toda costa.

—¡Sí! —repuso Hatteras—. Pero aguardaremos la noche; haremos un agujero en la bóveda para renovar nuestra provisión de aire, y uno de nosotros, apostándose en él, hará fuego a los osos.

—No hay más partido que tomar —replicó el americano.

Convinieron todos en el plan, se aguardó el momento de correr la aventura, y durante las horas sucesivas, Altamont no escatimó sus imprecaciones contra un estado de cosas en el cual, decía él, «dado un número de osos y otro de hombres, no son estos últimos los que desempeñan el mejor papel».

Capítulo XIII

LA MINA

LA noche llegó y la lámpara del salón empezaba ya a amortiguarse en aquella atmósfera pobre de oxígeno.

A las ocho se hicieron los últimos preparativos. Se cargaron con cuidado las armas y se practicó una abertura en la bóveda de la *snow-house*.

Hacía ya algunos minutos que se estaba trabajando, y Bell daba nuevas pruebas de su destreza cuando Johnson, saliendo del dormitorio en que estaba de observación, se dirigió rápidamente a sus compañeros. Estaba inquieto.

—¿Qué tenéis? —le preguntó el capitán.

—¿Yo? ¡Nada! —respondió con voz balbuciente el viejo marino—. Y sin embargo…

—¿Pero qué sucede? —preguntó Altamont.

—¡Silencio! ¿No oís un ruido singular?

—¿Hacia qué lado?

—¡Allí! ¡Algo pasa en la pared del dormitorio…!

Bell suspendió su trabajo y todos escucharon.

Se percibía un ruido lejano, que parecía producido en la pared lateral, siendo evidente que se estaba abriendo un agujero en el hielo.

—¡Escarban! —dijo Johnson.

—¡Nada más cierto! —respondió Altamont.

—¿Los osos? —preguntó Bell.

—¡Sí! Los osos.

—Han tomado otra táctica —repuso el viejo marino—, renuncian a ahogamos.

—O nos creen ya ahogados —dijo el americano, cuya cólera iba en aumento.

—Vamos a ser atacados —dijo Bell.

—¡Y qué! —respondió Hatteras—. Lucharemos cuerpo a cuerpo.

—¡Más vale así! —exclamó Altamont—. ¡Lo prefiero! ¡Estoy cansado de enemigos invisibles! ¡Nos veremos y nos batiremos!

—Sí —respondió Johnson—, pero no a tiros; a tiros es imposible en un espacio tan estrecho.

—¡Nos batiremos con el hacha y con el cuchillo!

El ruido aumentaba, se oía distintamente la escarbadura de las garras; los osos habían atacado la pared en el ángulo mismo en que se juntaba la escarpa de nieve apoyada en el peñasco.

—El animal que escarba —dijo Johnson— no está a seis pies de nosotros.

—Tenéis razón, Johnson —respondió el americano—; pero tenemos tiempo para prepararle la acogida que merece.

El americano cogió una hacha con una mano y con la otra su cuchillo, y apoyado en su pie derecho, con el cuerpo inclinado hacia atrás, tomó la actitud de ataque. Hatteras y Bell lo imitaron. Johnson preparó su escopeta para el caso de que hubiese necesidad de usar arma de fuego.

El ruido era cada vez más fuerte; el hielo arrancado rechinaba bajo la violenta incisión de las garras de acero.

Ya sólo separaba al sitiador de sus adversarios una delgada capa. Esta capa se hendió de pronto, como el aro de papel tirante bajo el esfuerzo del volatinero, y apareció en la estancia casi oscura un cuerpo negro, enorme.

Altamont contuvo rápidamente su mano armada para herir.

—¡Deteneos! ¡Por el cielo! —dijo una voz bien conocida.

—¡El doctor! ¡El doctor! —exclamó Johnson.

Era el doctor, en efecto, que arrastrado por su mole, cayó rodando en medio del cuarto.

—¡Buenos días, mis valientes amigos! —dijo levantándose al momento.

Sus compañeros quedaron atónitos; pero a su asombro sucedió la alegría; todos quisieron abrazar al digno hombre; Hatteras, muy conmovido, le tuvo abrazado mucho tiempo. El doctor le contestó con el más afectuoso apretón de manos.

—¡Vos aquí, señor Clawbonny! —dijo el contramaestre.

—Sí, mi querido Johnson, y vuestra suerte me tenía tan alarmado como a vosotros la mía.

—Pero ¿cómo habéis sabido que estábamos sitiados por una chusma de osos? —preguntó Altamont—. Temíamos que volvieseis tranquilamente al «Fuerte Providencia» sin sospechar el peligro.

—¡Oh! Yo lo había visto todo —respondió el doctor—; vuestros disparos me pusieron alerta; me hallaba en aquel momento junto a los restos del *Porpoise*; me he encaramado hasta la cima de un *hummock*; he percibido los cinco osos que os perseguían de cerca, y he tenido miedo, miedo por vosotros. Pero, en fin, vuestras volteretas desde lo alto de la colina y la vacilación de los animales me

han tranquilizado momentáneamente, y he comprendido que habíais tenido tiempo de parapetaros en la casa. Entonces, poco a poco, me he acercado, ya a rastras, ya deslizándome entre los témpanos; he llegado junto al fuerte y he visto a esas enormes bestias que, trabajando así, duramente, como gigantescos castores, arrancaban el hielo, amontonaban témpanos, y, en una palabra, os enterraban vivos. Buena fortuna ha sido que no les haya pasado por el magín arrojar moles de hielo desde el vértice del cono, en cuyo caso os hubieran aplastado.

—Pero —dijo Bell— vos no estabais a salvo, señor Clawbonny. ¿No podían abandonar el asedio y lanzarse contra vos?

—No pensaban en eso. Los perros groenlandeses, soltados por Johnson, han estado muchas veces a muy poca distancia de ellos, y no les han hecho caso; estaban seguros de una caza más sabrosa.

—Gracias por el cumplimiento —dijo Altamont riendo.

—¡Oh! No hay que envanecerse por ello. Cuando comprendí la táctica de los osos, determiné unirme a vosotros. La prudencia aconsejaba aguardar la noche, y así es que, a las primeras sombras del crepúsculo, me deslicé sin ruido hacia la escarpa, por el lado del polvorín. Al escoger aquel punto llevaba mi idea; quería abrir una galería. He empezado, pues, a trabajar, y he atacado el hielo con mi cuchillo de nieve, que es una herramienta que no tiene precio. He estado tres horas escarbando, ahuecando, trabajando, y aquí me tenéis hambriento, quebrantado, molido; pero, en fin, estoy aquí.

—¿Para participar de nuestra suerte? —dijo Altamont.

—Para salvarnos todos… Pero dadme un poco de galleta y de carne; estoy desfallecido.

Un instante después el doctor hincaba sus blancos dientes en una respetable tajada de cecina. Mientras comía, contestaba a la granizada de preguntas que se le hacían.

—¡Salvamos a todos! —repitió Bell.

—Sin duda —respondió el doctor, apoyando su respuesta con una aspiración de aire que hinchó su pecho.

—La verdad es —dijo Bell— que nada nos impide escabullimos por el mismo camino que el doctor utilizó para entrar.

—¡Eso es! —respondió el doctor—. ¡Y dejar el campo libre a esa picara chusma, que acabará por descubrir nuestros almacenes y saqueamos!

—Es menester permanecer aquí —dijo Hatteras.

—Sin duda —respondió el doctor—, y libramos al mismo tiempo de los animales.

—¿Hay, pues, un medio? —preguntó Bell.

—Un medio infalible —respondió el doctor.

—¡No lo decía yo! —exclamó Johnson frotándose las manos—. Con el señor Clawbonny no hay nada desesperado; tiene siempre en sus alforjas de sabio algún medio para salir del paso.

—¡Oh! ¡Oh! Mis pobres alforjas están bien desprovistas, pero registrándolas con cuidado…

—Doctor —dijo Altamont—, ¿no pueden los osos penetrar por la galería que habéis abierto?

—Buen cuidado he tenido yo en tapar sólidamente la abertura, y ahora podemos ir desde aquí al polvorín sin que ellos lo noten.

—¡Bueno! ¿Nos diréis ahora qué medio pensáis emplear para librarnos de esas incómodas visitas?

—Uno muy sencillo, y para el cual está ya hecha una parte del trabajo.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo veréis. Pero ahora recuerdo que no he venido aquí solo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Johnson.

—Que tengo que presentaros un compañero.

Y así diciendo, el doctor sacó de la galería el cuerpo de una zorra recién muerta.

—¡Una zorra! —exclamó Bell.

—Mi caza de esta mañana —respondió modestamente el doctor—, y ya veréis cómo nunca se ha muerto una zorra de más provecho.

—Pero, en fin, ¿cuál es vuestro plan? —preguntó Altamont.

—Tengo la pretensión —respondió el doctor— de volar todos los osos a la vez con cien libras de pólvora.

Miraron todos al doctor con sorpresa.

—Pero ¿y la pólvora? —Le preguntaron.

—Está en el polvorín.

—¿Y el polvorín?

—Por este agujero se va a él. No sin intención he abierto una galería de cien toesas de longitud. Podía haber atacado el parapeto más cerca de la casa; pero tenía una idea.

—En fin, ¿dónde pretendéis establecer la mina? —preguntó el americano.

—En el frente mismo de nuestra descarga, es decir, en el punto más lejano de la casa, del polvorín y de los almacenes.

—Pero ¿cómo atraeréis allí todos los osos a la vez?

—Yo me encargo de ello —respondió el doctor—. Basta de conversación y manos a la obra. Tenemos que abrir durante la noche cien pies de galería, y éste es un trabajo penoso, pero siendo cinco, no nos cansaremos demasiado. Nos iremos relevando. Bell va a empezar, y entretanto nosotros descansaremos un poco.

—Cuanto más pienso en él —exclamó Johnson—, tanto mejor me parece el medio del señor Clawbonny.

—Es un medio seguro —respondió el doctor.

—¡Oh! Cuando vos lo decís, ya pueden los osos darse por muertos, y ya me parece que tengo su piel puesta en los hombros.

—¡A la obra, pues!

El doctor, seguido de Bell, se metió en la galería. Por donde él pasaba, bien podían pasar holgadamente sus compañeros. Los dos marineros llegaron al polvorín; y fueron a salir en medio de los barriles colocados en buen orden. El doctor dio a Bell las instrucciones necesarias. El carpintero atacó la pared opuesta en que se apoyaba la escarpa, y su compañero volvió a la casa.

Bell trabajó por espacio de una hora, y abrió un conducto subterráneo que tendría de largo unos diez pies, por el cual podía pasar un hombre arrastrándose. Altamont le remplazó, y en el mismo tiempo hizo a poca diferencia un trabajo equivalente. La nieve sacada de la galería era trasladada a la cocina, donde, para que ocupase menos sitio, el doctor la hacía derretirse al calor de los hornillos.

Al americano sucedió el capitán, y a éste Johnson. En diez horas, es decir, a cosa de las ocho de la mañana, la galería estaba enteramente abierta.

A los primeros resplandores de la alborada, el doctor examinó los osos por una aspillera que practicó en el polvorín.

Los pacientes animales no se habían movido de su sitio. Allí estaban, yendo, viniendo, gruñendo, pero siempre en guardia, con una perseverancia ejemplar, y sin dejar de rondar alrededor de la casa, que desaparecía bajo los témpanos amontonados. Pero hubo, no obstante, un momento en que al parecer se había agotado su paciencia, pues el doctor les vio de pronto separar las moles de hielo que habían acumulado.

—¡Está bien! —dijo el doctor al capitán, que se hallaba junto a él.

—¿Qué hacen? —preguntó Hatteras.

—¡Se me figura que quieren demoler su obra y llegar hasta nosotros! Pero tengan la bondad de aguardar aunque no sea más que un momento, y veremos quién mata a quién. No perdamos tiempo.

El doctor se deslizó hasta el punto en que debía practicarse la mina, hizo ensanchar la galería hasta la altura de la escarpa, y bien pronto no quedó en la parte superior más que una espesa costra de hielo que tenía todo lo más un pie de grueso, y que fue preciso sostener para que no se viniese abajo.

Una estaca sólidamente apoyada en el suelo de granito hizo el oficio de pie derecho, y en su extremidad superior fue atado el cadáver de la zorra. Una larga cuerda, atada a la parte inferior, se fue extendiendo a lo largo de la galería hasta llegar al polvorín.

Los compañeros del doctor seguían sus instrucciones sin comprenderlas enteramente.

—He aquí el cebo —dijo mostrando la zorra.

Al pie de la estaca hizo colocar un barril que contenía unas cien libras de pólvora.

—Y he aquí la mina —añadió.

—Pero —preguntó Hatteras—, ¿no volaremos nosotros al mismo tiempo que los osos?

—¡No! Nosotros estamos suficientemente distantes del lugar de la explosión, y, además, nuestra estancia es sólida. Si se produce alguna grieta, tendremos tiempo de repararla.

—Bien —respondió Altamont—, ¿pero cómo pretendéis operar?

—Muy fácilmente. Tirando de esta cuerda, caerá la estaca que sostiene el hielo encima de la misma, aparecerá súbitamente encima de la escarpa el cadáver de la zorra, y vos admitiréis sin dificultad que animales hambrientos no vacilarán en precipitarse sobre esta presa inesperada.

—Convenido.

—Pues bien, en aquel momento prendo fuego a la mina y hago que vuelen a la vez el cebo y los convidados.

—¡Bien! ¡Bien! —exclamó Johnson, que seguía la conversación con el más vivo interés.

Hatteras, teniendo en su amigo una confianza absoluta, no pedía ninguna explicación. Aguardaba. Pero Altamont quería saberlo todo.

—Doctor —dijo—, ¿cómo calculáis la duración de vuestra mecha con una precisión tal que la explosión sobrevenga en el momento oportuno?

—Muy sencillamente —respondió el doctor—, no calcularé nada.

—¿Tenéis, pues, una mecha de cien pies de longitud?

—No.

—¿Haréis, pues, simplemente un reguero de pólvora?

—¡Tampoco! El reguero podría fallar.

—¿Será, pues, preciso que alguno se sacrifique y prenda fuego a la mina?

—Si hace falta un voluntario —dijo Johnson al momento—, yo me ofrezco con mucho gusto.

—No es necesario, mi digno amigo —respondió el doctor tendiendo la mano al viejo contramaestre —; nuestras cinco vidas son preciosas; y, Dios mediante, las conservaremos por ahora.

—Entonces —dijo el americano— renuncio a adivinar…

—Veamos —respondió el doctor sonriéndose—; si en circunstancias como ésta no supiese un hombre salir de apuros, ¿de qué le serviría haber estudiado Física?

—¡Ah! —exclamó Johnson con entusiasmo—. ¡La Física!

—¡Sí! ¿No tenemos aquí una pila eléctrica, con hilos de una longitud suficiente, los mismos que servían para nuestro faro?

—¿Y qué?

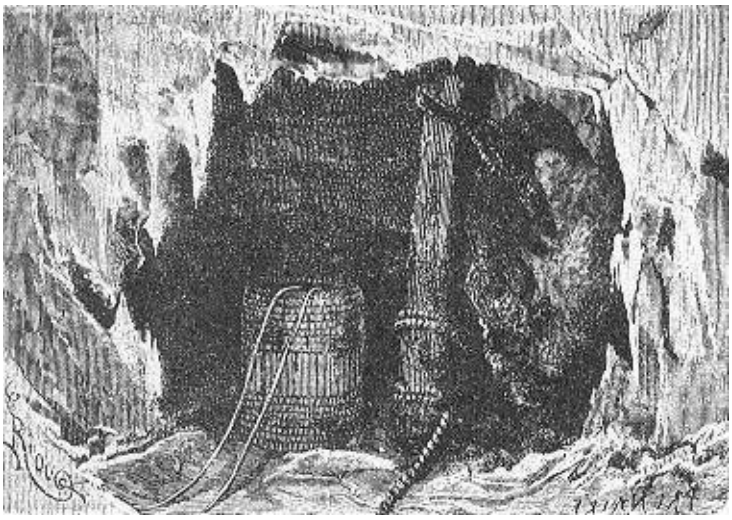
—Pues bien, prenderemos fuego a la mina cuando nos plazca, inmediatamente y sin peligro.

—¡Hurra! —exclamó Johnson.

—¡Hurra! —Repitieron sus compañeros, sin cuidarse de si les oían o no sus enemigos.

Los hilos eléctricos fueron inmediatamente tendidos a lo largo de la galería desde la casa hasta la mina. Una de sus extremidades quedó enrollada a la pila, y la otra se hundió en el centro del barril, quedando colocados los otros dos extremos a poca distancia uno de otro.

A las nueve de la mañana todo quedó terminado. Ya era tiempo; los osos se entregaban con furor a su ansia destructora.



El doctor juzgó llegado el momento. Johnson se colocó en el polvorín, y se encargó de tirar de la cuerda atada a la estaca. Ocupó su puesto.

—Ahora —dijo el doctor a sus compañeros—, preparad las armas para el caso de que los sitiadores no mueran de pronto, y colocaos junto a Johnson; inmediatamente después de la explosión, echaos fuera.

—Comprendido —respondió el americano.

—Y ahora, nosotros hemos hecho todo lo que es dado hacer a hombres. Nos hemos ayudado. ¡Que el cielo nos ayude!

Hatteras, Altamont y Bell se trasladaron al polvorín. El doctor se quedó solo junto a la pila.

Oyó luego la voz lejana de Johnson que gritaba:

—¡Atención!

—Todo va bien —respondió el doctor.

Johnson tiró vigorosamente de la cuerda, y derribó la estaca; después se precipitó a la aspillera y atisbo.

La superficie de la escarpa se había derrumbado.

El cuerpo de la zorra aparecía encima de los témpanos de hielo. Los osos, sorprendidos en un principio, no tardaron en precipitarse en grupo hacia aquella nueva presa.

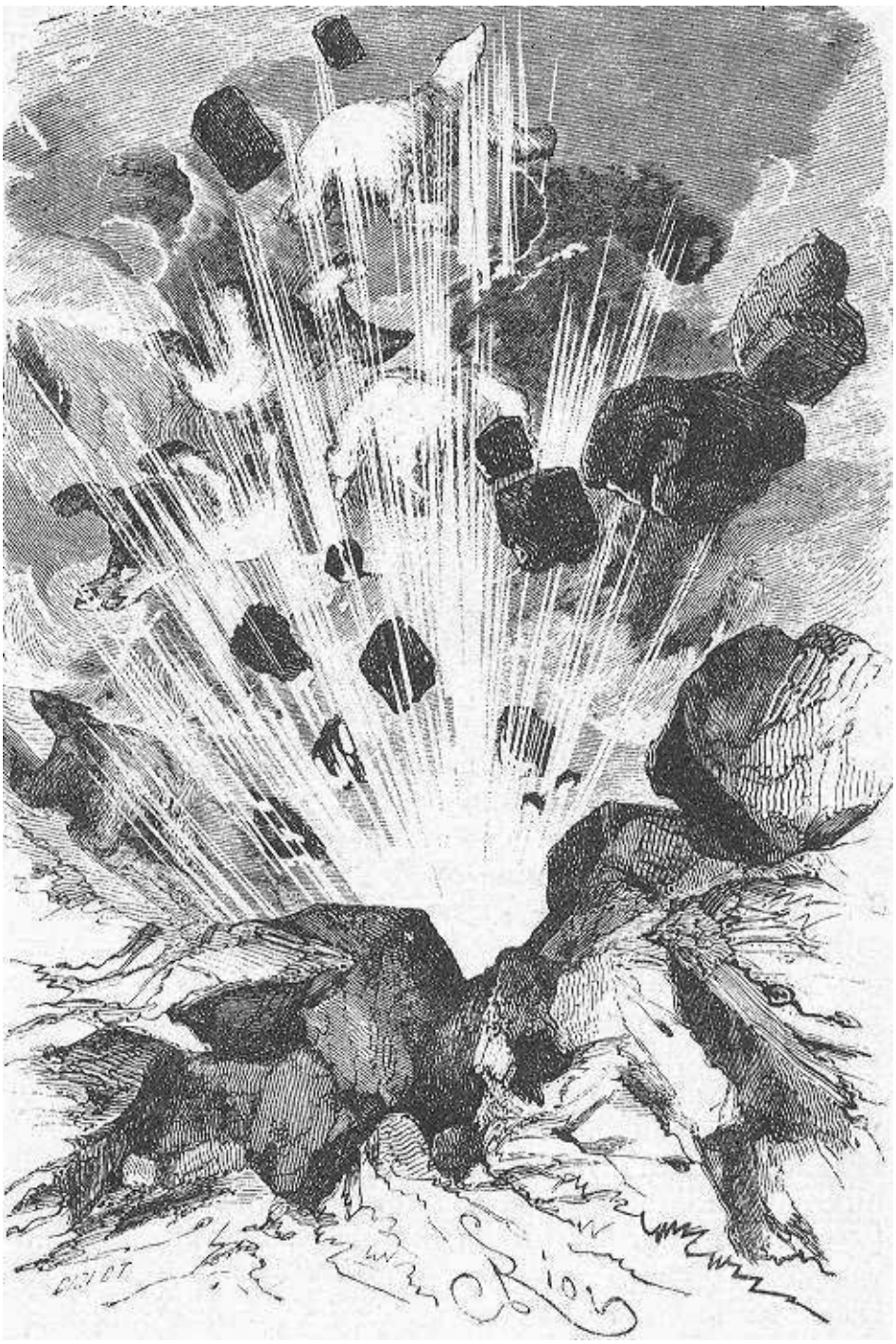
—¡Fuego! —gritó Johnson.

El doctor estableció inmediatamente entre sus hilos la corriente eléctrica; se produjo una explosión formidable; la estancia vaciló como en un terremoto; las paredes se hundieron. Hatteras, Altamont y Bell

se precipitaron fuera del polvorín, dispuestos a hacer fuego.

Pero sus armas fueron inútiles. De los cinco osos, cuatro, envueltos en la explosión, cayeron despedazados, mutilados, carbonizados, en tanto que el otro, medio chamuscado, huía precipitadamente.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! —Exclamaron los compañeros de Clawbonny, mientras éste les iba abrazando a todos sonriéndose.



Capítulo XIV

LA PRIMAVERA POLAR

LOS cautivos estaban libres, y manifestaron su alegría dando al doctor las más expresivas gracias. El viejo Johnson sintió no poder aprovechar las pieles de los osos, que estaban quemadas e inservibles, pero este sentimiento no era de tal magnitud que influyese ostensiblemente en su humor.

Se pasó el día reparando la casa de nieve, que se había resentido mucho de la explosión. Se la desembarazó de los témpanos hacinados por los animales y se compusieron sus paredes. El trabajo se hizo con rapidez, al compás de las alegres canciones que cantaba el contramaestre.

Al día siguiente la temperatura mejoró mucho, y por un repentino salto de viento, el termómetro subió a 15° sobre cero (—9° centígrados). De una diferencia tan considerable se resintieron vivamente los hombres y las cosas. La brisa del Sur aparecía acompañada de los primeros indicios de la primavera polar.

Aquel calor relativo duró algunos días. El termómetro, al abrigo del viento, señaló hasta 31° sobre cero (-1° centígrado), y empezaron a manifestarse síntomas de deshielo.

El hielo se agrietaba. Algunos arroyos de agua salada brotaban en distintos puntos como las fuentes de un parque inglés, y algunos días después la lluvia caía abundantemente.

Un intenso vapor se elevaba de las nieves, lo que era de buen agüero, y la licuación de aquellas inmensas moles parecía próxima. El disco pálido del sol tendía a enrojecerse y trazaba espirales más prolongadas encima del horizonte. La noche duraba apenas tres horas.

Otro síntoma había no menos significativo. Algunos ptarmiganos, gansos boreales, chorlitos y ortegas regresaban a bandadas, y el aire se poblaba, poco a poco, de atronadores gritos, de los que se acordaban aún los navegantes de la última primavera. Numerosas liebres, de las cuales se cazaron muchas, aparecieron en la playa de la bahía, e igualmente los ratones árticos, cuyas madrigueras forman un sistema de alvéolos regulares.

El doctor hizo notar a sus compañeros que casi todos aquellos animales empezaban a perder el pelo o la pluma blanca del invierno para tomar su traje de verano. «Se primaverizaban», decía él, y al mismo tiempo la Naturaleza empezaba a ofrecerles su pasto en forma de musgos, amapolas, saxífragas y menudo césped. Se veía que una nueva existencia atravesaba las nieves descompuestas.

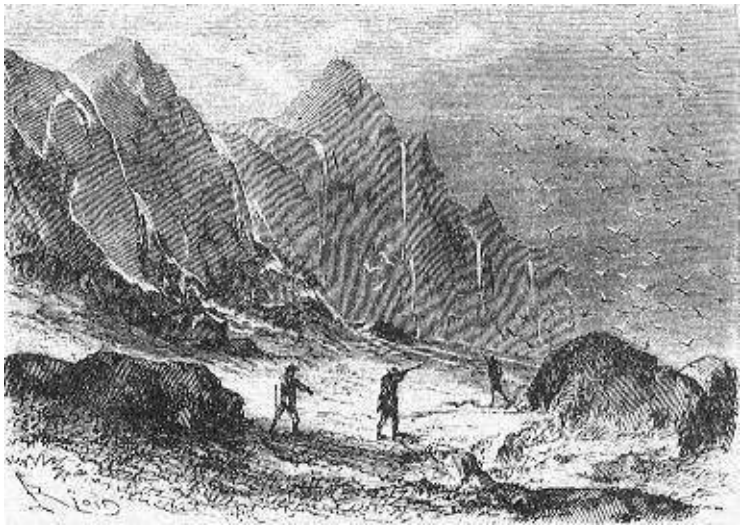
Pero con los animales inofensivos volvieron sus enemigos maléficos. Las zorras y los lobos llegaron acechando su presa, y lúgubres aullidos resonaban durante la corta oscuridad de las noches.

El lobo de aquellas comarcas es pariente muy próximo del perro; ladra como él, y de un modo que hace incurrir en error a los oídos más ejercitados, a los de la misma raza canina. Hasta hay quien dice que aquellos animales se valen sagazmente de esta facultad para atraer a los perros y devorarlos. Este hecho fue observado en las tierras de la bahía de Hudson, y el doctor pudo verlo confirmado en Nueva América. Johnson se abstuvo de soltar a sus perros de tiro, que habrían podido caer en el lazo.

En cuanto a *Duck*, tenía demasiada experiencia y era demasiado listo para ponerse él mismo en la boca del lobo.

Se cazó mucho por espacio de quince días. Abundaron las provisiones de carne fresca. Se mataron

perdices, ptarmiganos y hortelanos de nieve, que son un bocado delicioso. Los cazadores no se alejaban del «Fuerte Providencia», porque la caza menor parecía salirles al encuentro, y animaba singularmente con su presencia aquellas playas silenciosas. La bahía Victoria tomaba un aspecto nuevo, que regocijaba los ojos.

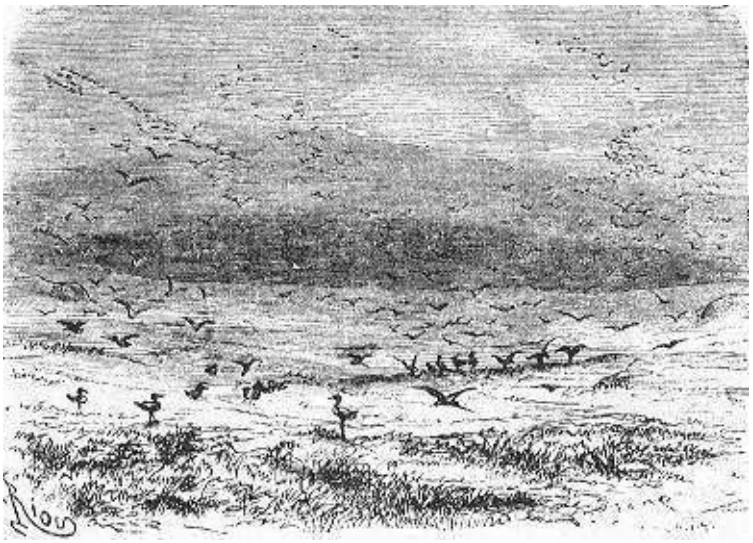


Los quince días que sucedieron a la gran refriega de los osos se emplearon en ocupaciones diversas. El deshielo hizo visibles progresos, el termómetro ascendió a 32° sobre cero (0° centígrados); los torrentes empezaban a mugir en las barrancas, y millares de cataratas se improvisaron en las laderas de las colinas.

El doctor, después de haber preparado cierta extensión de terreno, sembró en ella berros, acederas y codearías. Veía salir de la tierra algunos verdes tallos, cuando, de repente, con una rapidez inconcebible, el frío reapareció y recobró su imperio.

En una sola noche, sobreviniendo una violenta brisa del Norte, volvió a perder el termómetro cerca de 40“, pues descendió a los 8° bajo cero (-22° centígrados). Todo quedó helado. Aves, cuadrúpedos, anfibios, todos desaparecieron como por encanto; volviéronse a cerrar los agujeros de las focas; desaparecieron las quebrajas; el hielo recobró su dureza de granito, y las cascadas, detenidas en su caída, se convirtieron en prolongados carámbanos de cristal.

Era aquélla una metamorfosis que se veía realizar; se produjo en la noche del 11 al 12 de mayo, y cuando Bell, por la mañana sacó las narices al aire libre, estuvo expuesto a quedarse sin ellas.



—¡Oh, naturaleza boreal! —exclamó el doctor, un poco desazonado—. ¡Qué salidas de tono tienes! ¡Paciencia! Tendré que empezar otra vez mi sementera.

Hatteras tomaba las cosas menos filosóficamente, por la impaciencia con que esperaba la ocasión de proseguir sus descubrimientos. Pero fuerza era resignarse.

—¿Durará mucho esta temperatura? —preguntó Johnson.

—No, amigo mío, no —respondió Clawbonny—; este esfuerzo es el último del frío. Haceos cargo de que él está aquí en su casa, y no se deja desalojar sin resistencia.

—Se defiende bien —replicó Bell, frotándose la cara.

—¡Sí! Pero yo debía haberlo previsto todo —replicó el doctor—, y no sacrificar mis granos como un ignorante, tanto más cuanto que podía, en rigor, haberlos hecho germinar junto a los hornillos de la cocina.

—¡Cómo! —exclamó Altamont—. ¡Debíais vos haber previsto esta variación de temperatura!

—Sin duda, y sin ser adivino. No debí haber puesto mis semillas bajo la protección inmediata de san Mamerto, san Pancracio y san Segundo, cuya fiesta cae en los días 11, 12 y 13 de este mes.

—¿Vais a decirme, doctor —exclamó Altamont—, la influencia que tienen sobre la temperatura los tres santos que habéis nombrado?

—Una muy grande, según los labradores, que los llaman «los tres santos de hielo».

—¿Y por qué?

—Porque generalmente se produce un frío periódico en el mes de mayo, y el mayor descenso de temperatura suele ser del 11 al 13 de este mes. Es un hecho, y he aquí todo.

—Es curioso. ¿Tiene eso alguna explicación? —preguntó el americano.

—Sí, de dos maneras: o por la interposición en esta época del año entre la Tierra y el Sol de un número mayor de asteroides, o, simplemente por la disolución de las nieves, que, licuándose, absorben necesariamente una cantidad mayor de calor. Las dos causas son plausibles, mas ¿se pueden admitir de una manera absoluta? Lo ignoro; pero si no estoy seguro del valor de la explicación, lo estoy de la autenticidad del hecho, y, por consiguiente, no debí comprometer mis plantaciones.

El doctor decía bien. Por una razón u otra, el frío fue muy Intenso durante el resto del mes de mayo, y tuvieron que interrumpirse las cacerías, no tanto por el rigor de la temperatura como por la falta completa de caza. Afortunadamente, no se había aún agotado, ni con mucho, la reserva de carne fresca.

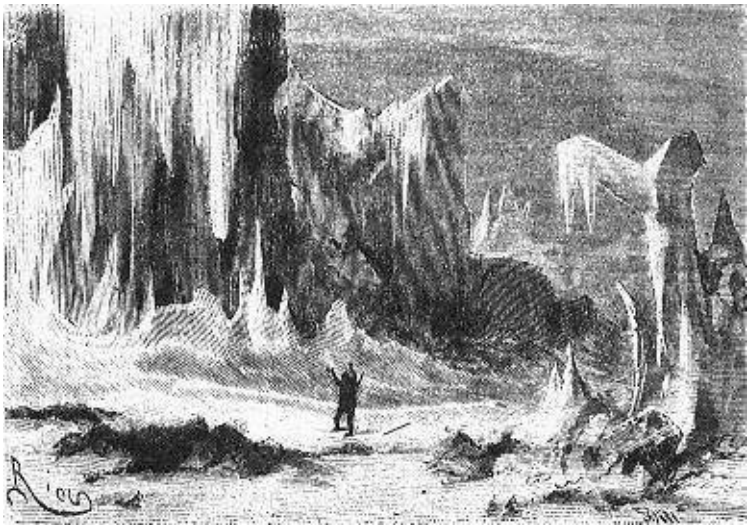
Los invernadores se hallaron, pues, condenados a una nueva inacción. Por espacio de quince días, desde el 11 al 25 de mayo, su existencia monótona no ofreció más que un solo incidente, una enfermedad

grave, una angina membranosa, que atacó inopinadamente al carpintero. Al ver sus amígdalas sumamente hinchadas y la falsa membrana que las tapizaba, el doctor no podía equivocar el diagnóstico de tan terrible dolencia, pero él se hallaba en su elemento, y la enfermedad, que sin duda no había contado con esto, fue rápidamente contrarrestada. El tratamiento fue muy sencillo, y el medicamento se tenía muy a mano, pues el doctor se limitó a introducir algunos pedacitos de hielo en la boca del enfermo, con lo que empezó a disminuir la hinchazón y desapareció la falsa membrana. Veinticuatro horas después, Bell pudo levantarse.

El doctor, viendo que a todos causaba maravilla el plan curativo, respondió:

—Éste es el país de las anginas; preciso es que el remedio se halle cerca del mal.

—Bueno es el remedio, pero mejor es el médico —añadió Johnson, en cuya mente el doctor tomaba proporciones piramidales.



Durante estos nuevos ocios, el doctor resolvió tener con el capitán una conversación importante. Tratábase de hacer desistir a Halteras de su propósito de emprender de nuevo el camino del Norte sin proveerse de una lancha, de un bote cualquiera, de un madero, dé algo, en fin, con que cruzar los brazos de mar o los estrechos. El capitán, tan absoluto en sus ideas, se había formalmente pronunciado contra el uso de una embarcación construida con los restos aprovechables del buque americano.

El doctor no sabía cómo entrar en materia y, sin embargo, importaba mucho que la cuestión se resolviese muy pronto, porque en el mes de junio llegaba la época de las grandes excursiones. En fin, después de haber reflexionado mucho tiempo, llamó un día a Hatteras aparte y, con su característica bondad, le dijo:

—Hatteras, ¿creéis que soy vuestro amigo?

—Sin duda —respondió el capitán al momento—, el mejor y tal vez el único.

—Si os doy un consejo —repuso el doctor—, un consejo que no me pedís, ¿lo juzgaréis desinteresado?

—Sí, porque sé que el interés personal no ha sido jamás vuestro móvil, pero ¿dónde queréis ir a parar con vuestras preguntas?

—Escuchad, Hatteras, aún tengo que haceros otra: ¿Me creéis un buen inglés como vos, y ambicioso de gloria para mi país?

Hatteras fijó en el doctor una mirada de sorpresa.

—Sí —respondió, procurando adivinar el objeto de su pregunta.

—Queréis llegar al Polo Norte —repuso el doctor—. Concibo vuestra ambición, de la cual participo; pero para llegar a este objeto es preciso hacer lo necesario.

—¿Y qué? ¿Hasta ahora no lo he sacrificado todo para lograrlo?

—No, Hatteras; no habéis sacrificado vuestras repulsiones personales, y en este mismo momento os veo dispuesto a rechazar los medios indispensables para alcanzar el Polo.

—¡Ah! —respondió Hatteras—. Aludís a esa lancha, a ese hombre…

—Veamos, Hatteras, razonemos sin pasión, con frialdad, y examinemos la cuestión bajo todos sus aspectos. La costa en que acabamos de invernar puede ser interrumpida, nada nos prueba que se prolongue seis grados más al Norte; si los datos que hasta ahora os han guiado se justifican, debemos, durante los meses de verano, hallar una vasta extensión de mar libre. Y en presencia del océano Ártico, desembarazado de hielos y propicio para una navegación fácil, ¿cómo lo haremos, si nos faltan los medios de atravesarlo?

Hatteras no respondió.

—¿Queréis, pues, hallaros a algunas millas del Polo Norte sin poder llegar a él?

Hatteras había dejado caer de nuevo la cabeza entre sus manos.

—Y ahora —repuso el doctor—, examinemos la cuestión desde el punto de vista moral. Yo concibo que un inglés sacrifique su fortuna y su existencia para dar a Inglaterra una nueva gloria. Pero la circunstancia de que una lancha formada por unas cuantas tablas arrancadas a un buque americano, a una embarcación náufraga y sin valor, haya tocado la costa nueva o recorrido el océano desconocido, ¿podrá menoscabar en lo más mínimo la honra del descubrimiento? ¿Acaso si vos mismo hubieseis encontrado en esta playa el casco de un buque abandonado habríais vacilado en serviros de él? ¿No es, por ventura, al jefe de la expedición a quien pertenece únicamente el beneficio del éxito? Y yo os pregunto si esta lancha, construida por cuatro ingleses, tripulada por cuatro ingleses, no será inglesa desde la quilla hasta la borda.

Hatteras seguía callado.

—No —dijo Clawbonny—, hablemos francamente, no es la lancha vuestra pesadilla; es el hombre.

—Sí, doctor, sí —respondió el capitán—; yo aborrezco con todo el odio de un inglés a ese americano, a ese hombre que la fatalidad ha interpuesto en mi camino…

—¡Para salvaros!

—¡Para perderme! Me parece que se burla de mí, que habla aquí como amo, que se figura tener entre sus manos mi destino y que ha adivinado mis proyectos. ¿No se ha quitado enteramente la máscara cuando se ha tratado de dar nombre a estas tierras nuevas? ¿Ha confesado jamás lo que venía a hacer a estas latitudes? No me quitaréis de la cabeza una idea que me mata, y es que ese hombre es el jefe de una expedición de descubrimiento enviada por el Gobierno de la Unión.

—Y aun cuando así sea, Hatteras, ¿quién prueba que esa expedición trataba de llegar al Polo? América puede intentar, como Inglaterra, hallar el paso del Noroeste. De todos modos, Altamont ignora absolutamente vuestros proyectos, porque ni Johnson, ni Bell, ni vos, ni yo, hemos dicho delante de él una palabra acerca de ello.

—¡Pues bien! ¡Que los ignore siempre!

—Acabará necesariamente por conocerlos, porque nosotros no podemos dejarle aquí solo.

—¿Y por qué no? —preguntó el capitán con cierta violencia—. ¿No puede él quedarse en «Fuerte Providencia»?

—Él no lo consentiría, Hatteras; y, además, abandonar a ese hombre sin estar seguros de encontrarle

a nuestro regreso, sería más que imprudencia, sería inhumano. Altamont irá con nosotros, es necesario que vaya. Pero, como es inútil darle ahora noticias de que carece, no le diremos nada, y construiremos una lancha destinada en apariencia al reconocimiento de estas nuevas costas.

Hatteras no podía resignarse a prohijar las ideas de su amigo, y éste aguardaba una respuesta que no obtenía.

—¿Y si ese hombre no consintiese en el destrozo de su buque? —dijo al fin el capitán.

—En tal caso, tendríais de vuestra parte el derecho, y construiríais la lancha a pesar suyo, sin que él pudiese hacer más que tener paciencia.

—¡Quiera el cielo que no consienta! —exclamó Hatteras.

—Antes de una negativa —respondió el doctor—, es necesario una petición, y de ésta me encargo yo.

En efecto, aquella misma noche, durante la cena, Clawbonny provocó una conversación sobre ciertos proyectos de excursiones durante los meses de verano, con objeto de proceder a la observación hidrográfica de las costas.

—Creo, Altamont —dijo el doctor—, que seréis de los nuestros.

—Y creéis bien —respondió Altamont—, fuerza es saber hasta dónde se extiende esta tierra de Nueva América.

Hatteras miraba fijamente a su rival.

—Y para eso —continuó Altamont— es necesario aprovechar como se pueda los restos del *Porpoise*. Construyamos, pues, una lancha sólida y que nos lleve lejos.

—Ya lo oís, Bell —dijo al momento el doctor—: desde mañana, manos a la obra.

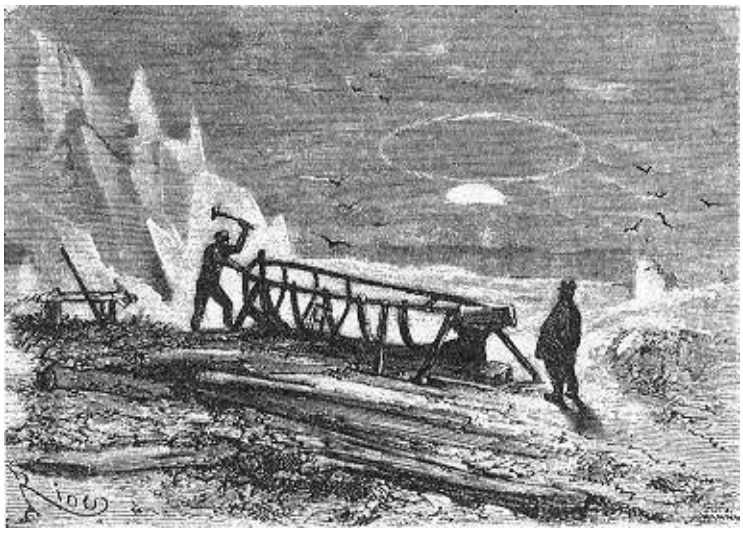
Capítulo XV

EL PASO DEL NOROESTE

AL día siguiente, Bell, Altamont y el doctor se trasladaron al *Porpoise*. La madera no escaseaba. La antigua lancha de la fragata, abierta por el choque de los témpanos, podía aún suministrar las partes principales de la nueva. El carpintero se puso a trabajar inmediatamente. Se necesitaba una embarcación capaz de resistir el oleaje, y bastante ligera al mismo tiempo para poder transportarla en el trineo.

La temperatura se elevó durante los últimos días de mayo; el termómetro subió al grado de

congelación; la primavera volvió de buena fe, y los invernadores tuvieron que aligerarse de ropa y dejar sus abrigos. Las lluvias eran frecuentes, y la nieve empezó luego a aprovecharse de los menores declives del terreno para convertirse en saltos y cascadas.



Hatteras no pudo contener su satisfacción al ver los campos helados dar las primeras señales de deshielo. Para él la libertad era el mar libre.

Pronto iba a saber si sus predecesores se engañaron o no acerca de la gran cuestión del golfo polar, de lo que dependía todo el éxito de la empresa.

Una noche, después de un día bastante caluroso, durante el cual los síntomas de descomposición de los hielos se manifestaban más claramente, hizo girar la conversación sobre el mar libre, que era para él el más interesante de los objetos.

Repitió la serie de argumentos que le eran familiares, y halló como siempre en el doctor un acérrimo partidario de su doctrina. Sus conclusiones no dejaban de ser justas.

—Es evidente —dijo— que si el océano se libra de sus hielos delante de la bahía Victoria, su parte meridional será igualmente libre hasta Nuevo Cornualles y hasta el canal de la Reina. Así lo han visto Penny y Belcher, y lo han visto sin duda alguna.

—Creo lo mismo que vos, Hatteras —respondió el doctor—, y no hay nadie autorizado para poner en duda la buena fe de tan ilustres marinos. Se ha querido suponer que se habían dejado engañar por un efecto de espejismo; pero se mostraban demasiado afirmativos para no estar seguros del hecho.

—Yo he opinado siempre del mismo modo —dijo Altamont, que tomó entonces la palabra—; el mar polar se extiende no sólo hacia el Oeste, sino también hacia el Este.

—Así es de suponer, en efecto —respondió Hatteras.

—Es de suponer —repuso el americano—; porque el mar libre, que los capitanes Penny y Belcher vieron cerca de las costas de la Tierra de Grinnel, Morton, el teniente de Kane, lo percibió igualmente en el estrecho que lleva el nombre del atrevido sabio.

—No estamos en el mar de Kane —respondió con sequedad Hatteras—, y, por consiguiente, no podemos cerciorarnos del hecho.

—Es de suponer, al menos —dijo Altamont.

—Seguramente —replicó el doctor, que quería evitar una discusión inútil—. Lo que piensa Altamont debe de ser verdad. No oponiéndose a ello disposiciones particulares de los terrenos circundantes, los mismos efectos se producen bajo las mismas latitudes. Así, pues, yo creo en el mar libre en el Este lo

mismo que en el Oeste.

—¡De todos modos, poco nos importa! —dijo Hatteras.

—No digo yo lo mismo, Hatteras —respondió el americano, a quien la indiferencia afectada del capitán empezaba a exasperarle—, la cosa podrá tener para nosotros cierta importancia.

—¿Cuándo?

—Cuando pensemos en la vuelta.

—¡En la vuelta! —exclamó Hatteras—. ¿Y quién piensa en ella?

—Nadie —respondió Altamont—, pero supongo que al fin nos detendremos en alguna parte.

—¿Dónde? —preguntó Hatteras.

Por primera vez se dirigía al americano esta pregunta categórica. El doctor hubiera dado uno de sus brazos para detener aquella discusión.

Viendo que Altamont no respondía, el capitán renovó su pregunta.

—¿Dónde? —dijo con insistencia.

—Donde vayamos —respondió tranquilamente el americano.

—¿Y quién lo sabe? —preguntó el doctor, con acento conciliador.

—Yo sostengo —repuso Altamont— que si queremos aprovechamos del mar polar para regresar, podremos intentar ganar el mar de Kane, que nos conducirá más directamente al mar de Baffin.

—¿Lo creéis? —dijo irónicamente el capitán.

—Lo creo, como creo que si alguna vez estos mares boreales se hacen practicables, se llegará a ellos por el camino de Kane, que es el más directo. ¡Oh! ¡Qué gran descubrimiento el del doctor Kane!

—¿De veras? —dijo Hatteras mordiéndose los labios.

—Sí —dijo el doctor—, no se puede negar, y es preciso dejar a cada cual su mérito.

—Sin contar que antes de este célebre marino —repuso el obstinado americano— nadie había avanzado tanto hacia el Norte.

—Me complazco en creer —dijo Hatteras— que en la actualidad le han dejado atrás los ingleses.

—¡Y los americanos! —dijo Altamont.

—¿Los americanos? —interrogó Hatteras.

—¿Qué soy yo, pues? —respondió Altamont con altanería.

—Vos sois —respondió Hatteras con una saña difícilmente contenida—, vos sois un hombre que pretende otorgar a la casualidad y a la Ciencia una misma parte de la gloria. Vuestro capitán americano avanzó mucho hacia el Norte, pero la casualidad…

—¡La casualidad! —exclamó Altamont—. ¿Os atrevéis a decir que Kane no debe a su energía y su saber este gran descubrimiento?

—Digo —replicó Hatteras— que el nombre de Kane no es un nombre que merezca ser pronunciado en un país esclarecido por los Parry, los Franklin, los Ross, los Belcher, los Penny, en estos mares que han franqueado el paso del Noroeste al inglés McClure…

—¡McClure! —respondió el americano—. ¿Citáis a McClure, y os subleváis contra los beneficios de la casualidad? ¿No es acaso la casualidad, y no más que la casualidad, quien le ha favorecido?

—¡No —respondió Hatteras animándose—, no! Es su valor, su obstinación en pasar cuatro inviernos en medio de los hielos…

—Ya lo creo —respondió el americano—. ¡Estaba cogido, no podía regresar, y concluyó por abandonar su buque *Investigator* para volver a Inglaterra!

—Amigos… —dijo el doctor.

—Además —repuso Altamont, interrumpiéndole—, dejemos al hombre y vamos al resultado. Habláis del paso del Noroeste; pues bien, no se ha encontrado aún este paso.

Al oír esta frase, Halteras dio un salto; nunca entre las nacionalidades rivales se había suscitado una cuestión más irritante.

El doctor trató nuevamente de intervenir.

—No tenéis razón, Altamont —dijo.

—La tengo y me afirmo en mi opinión —repuso obstinadamente—. ¡No se ha encontrado aún, no se ha salvado el paso del Noroeste! ¡McClure no lo remontó, y hasta hoy ningún buque salido del estrecho de Behring ha llegado al mar de Baffin!

El hecho era cierto, hablando de una manera absoluta. ¿Qué se podía responder al americano?

Hatteras, sin embargo, se levantó y dijo:

—¡Yo no sufriré que en mi presencia la gloria de un capitán inglés sea por más tiempo atacada!

—¡Vos no lo sufriréis —respondió el americano levantándose igualmente—, pero los hechos son ciertos! Vuestro poder no alcanza a destruirlos.

—¡Caballero! —dijo Hatteras, pálido de cólera.

—¡Amigos —dijo el doctor—; un poco de calma! ¡Discutimos un punto científico!

El buen Clawbonny no quería ver más que una discusión de ciencia donde el odio de un americano estaba en pugna con el de un inglés.

—¡Los hechos! Voy a exponerlos —repuso Hatteras en son de amenaza y sin querer oír nada.

—¡Y yo también! —respondió el americano.

Johnson y Bell no sabían qué actitud tomar.

—Señores —dijo el doctor con energía—; permitidme tomar la palabra. Quiero tomarla. Conozco los hechos tan bien como vosotros; mejor que vosotros, y no os atreveréis a dudar de mi imparcialidad.

—¡Sí! ¡Sí! —Dijeron Bell y Johnson, a quienes alarmaba el giro que había tomado la discusión, y crearon Una mayoría favorable al doctor.

—Hablad, señor Clawbonny —dijo Johnson—. Esos señores os escucharán y nos instruiremos todos.

—¡Hablad, pues! —dijo el americano.

Hatteras volvió a sentarse, haciendo un ademán de aquiescencia, y se cruzó los brazos.

—Quiero contar los hechos tal como han pasado —dijo el doctor—, sin omitir ni alterar ninguno.

—Os conocemos, señor Clawbonny —respondió Bell—, y sabemos que no sois capaz de faltar a la verdad a sabiendas.

—He aquí la carta de los mares polares —repuso el doctor, que se había levantado para ir a buscar las piezas del proceso—. Fácil os será seguir la navegación de McClure, y podréis juzgar con conocimiento de causa.

El doctor extendió sobre la mesa una de las excelentes cartas publicadas por orden del Almirantazgo, la cual contenía los descubrimientos más modernos hechos en las regiones árticas, y luego se expresó en

los siguientes términos:

—En 1848, dos buques, de los cuales, como sabéis, uno era el *Herald*, al mando del capitán Kellet, y el otro el *Plover*, mandado por el comandante Moore, fueron enviados al estrecho de Behring para averiguar el paradero de Franklin. Sus investigaciones fueron infructuosas. En 1850, se les unió McClure, que mandaba el *Investigator*, buque en el que acababa de hacer la campaña de Í849 a las órdenes de James Ross. Seguía a éste el capitán Collinson, su jefe, que mandaba el *Enterprise*; pero James Ross le ganó la delantera, y llegando al estrecho de Behring declaró que no aguardaría ya más tiempo, que partiría solo bajo su propia responsabilidad, y (oídme bien, Altamont) que descubriría el paradero de Franklin o el paso del Noroeste.

Altamont permaneció silencioso.

—El 5 de agosto de 1850 —siguió el doctor—, después de haberse puesto por última vez en comunicación con el *Plover*, McClure penetró muy adentro en los mares del Este por un camino casi desconocido. Mirad, apenas en esta costa se ven indicadas algunas tierras. El 30 de agosto, el joven oficial doblaba el cabo Bathurst; el 6 de setiembre descubría la Tierra de Behring, que después vio que formaba parte de la Tierra de Banks, y luego la Tierra del Príncipe Alberto, y entonces entró resueltamente en el prolongado estrecho que separa las dos grandes islas, dándole el nombre de estrecho

del Príncipe de Gales. Entrad mentalmente en él con el valeroso navegante.

Él espera, y no sin razón, poder desembarcar en el golfo de Melville, que nosotros hemos atravesado: pero en la extremidad del estrecho los hielos le opusieron una barrera infranqueable. Entonces, detenido en su marcha, McClure inverna desde 1850 hasta 1851, y durante la invernada atraviesa el banco para asegurarse de la comunicación del estrecho con el golfo de Melville.

—Sí —dijo Altamont—, pero no lo atravesó.

—Aguardad —respondió el doctor—. Burante la invernada, los oficiales de McClure recorren las costas circundantes: Creswell, la Tierra de Behring; Haswell, la Tierra del Príncipe Alberto al Sur, y Wynniat el cabo Walter al Norte. En julio, a los primeros deshielos, McClure procura de nuevo arrastrar el *Investigator* al golfo de Melville, del cual Se aproxima a la distancia de 20 millas, no más que 20 millas; pero los vientos le lanzan irresistiblemente al Sur, sin que pueda vencer el obstáculo. Entonces se decide a volver a bajar por el estrecho del Príncipe de Gales y a rodear la Tierra de Banks para intentar por el Oeste lo que no ha podido conseguir por el Este. Vira en redondo, y el 18 dobla el cabo Kellet, el 19 el cabo del Príncipe Alberto, dos grados más arriba, y, después de una tremenda lucha con los *icebergs*, queda como incrustado en el paso de Banks, a la entrada de aquel laberinto de estrechos que conducen al mar de Baffin.

—Pero no pudo pasarlos —respondió Altamont.

—Aguardad aún, y tened la paciencia de McClure. El 2 de setiembre tomó sus posiciones de invierno en la bahía de Mercy, al norte de la Tierra de Banks, y permaneció allí hasta 1852. Al llegar abril, McClure no tenía provisiones más que para dieciocho meses. Sin embargo, no quiere regresar; y parte. Y atraviesa en trineo el estrecho de Banks, y llega a la isla de Melville. Sigámosle. Él tenía la esperanza de encontrar en aquellas costas los buques del comandante Austin enviados a su encuentro por el mar de Baffin y el estrecho de Lancaster. El 28 toca en Winter-Harbour, en el mismo punto en que Parry había invernado treinta y tres años antes; pero no vio buque alguno y solamente descubrió en un *cairn* un documento por el cual supo que McClintock, el teniente de Austin, había pasado por allí el año precedente y se había marchado. Donde se hubiera desesperado cualquier otro, McClure no se desesperó. Coloca, por lo que pudiera valer, en el *cairn* un nuevo documento, en que anuncia su intención de volver a Inglaterra por el paso del Noroeste que ha encontrado, ganando el estrecho de Lancaster y el mar de Baffin. Si no se oye hablar más de él, es porque ha sido arrastrado al norte o al oeste de la isla de Melville. Después, sin desalentarse, vuelve a la bahía de Mercy para una tercera invernada, desde 1852 a 1853.

—Yo no he puesto en duda su valor —respondió Altamont—, sino su éxito.

—Sigámosle aún —replicó él doctor—. En marzo, reducido a dos terceras partes de ración, a consecuencia de un invierno muy riguroso en que faltó la caza, McClure determinó enviar a Inglaterra la mitad de su tripulación; ya fuera por el mar de Baffin, ya por el río Mackenzie y la bahía de Hudson. La otra mitad debía reconducir el *Investigator* a Europa. Escogió a los hombres más achacosos, a quienes hubiera sido más funesta una cuarta invernada, y todo estaba dispuesto para su partida, que se había fijado para el 15 de abril, cuando el 6, mientras se paseaba por los hielos, con su teniente Creswell, McClure vio venir hacia él, de la parte del Norte, a un hombre, y aquel hombre era el teniente Pim, del *Herald*, el teniente de aquel mismo capitán Kellet, a quien, como os he dicho al empezar, había dejado dos años antes en el estrecho de Behring. Kellet, al llegar a Winter-Harbour, había encontrado el documento que había dejado McClure, por el cual se informó de su situación en la bahía de Mercy, y le envió su teniente Pim. Seguía a éste un destacamento de marineros del *Herald*, entre los cuales se hallaba

el alférez de navío francés, M. de Bray, el cual sirvió voluntariamente en el estado mayor del capitán Kellet. Supongo que no dudáis de este encuentro de nuestros compatriotas…

—De ninguna manera —respondió Altamont.

—Pues bien, veamos lo que sucedió después, y si el paso del Noroeste ha sido salvado. Notad que si se eslabonasen los descubrimientos de Parry con los de McClure, hallaríamos que se ha dado la vuelta entera a las costas septentrionales de América.

—Pero no la ha dado ningún buque —respondió Altamont.

—No, pero la ha dado un hombre. Prosigamos. McClure fue a la isla de Melville para visitar al capitán Kellet, y en doce días anduvo las 70 millas que separan la bahía de Mercy de Winter-Harbour. Convino con el comandante del *Herald* en enviarle sus enfermos, y volvió a su buque. Otro, en lugar de McClure, hubiese creído haber hecho ya bastante, pero el intrépido joven quiso aún probar fortuna. Entonces, y sobre eso llamo particularmente vuestra atención, entonces su teniente Creswell, acompañando a los enfermos e inválidos del *Investigator*, salió de la isla de Mercy, ganó Winter-Harbour, y después de un viaje de 470 millas entre los hielos, alcanzó el 2 de junio la isla Beechey, y algunos días después, con doce hombres, pasó a bordo del *Phoenix*.

—Donde yo servía entonces —dijo Johnson— con el capitán Inglefield, y regresamos a Inglaterra.

—Y el 7 de octubre de 1853 —prosiguió el doctor—, Creswell llegaba a Londres después de haber salvado todo el espacio comprendido entre el estrecho de Behring y el cabo Farewell.

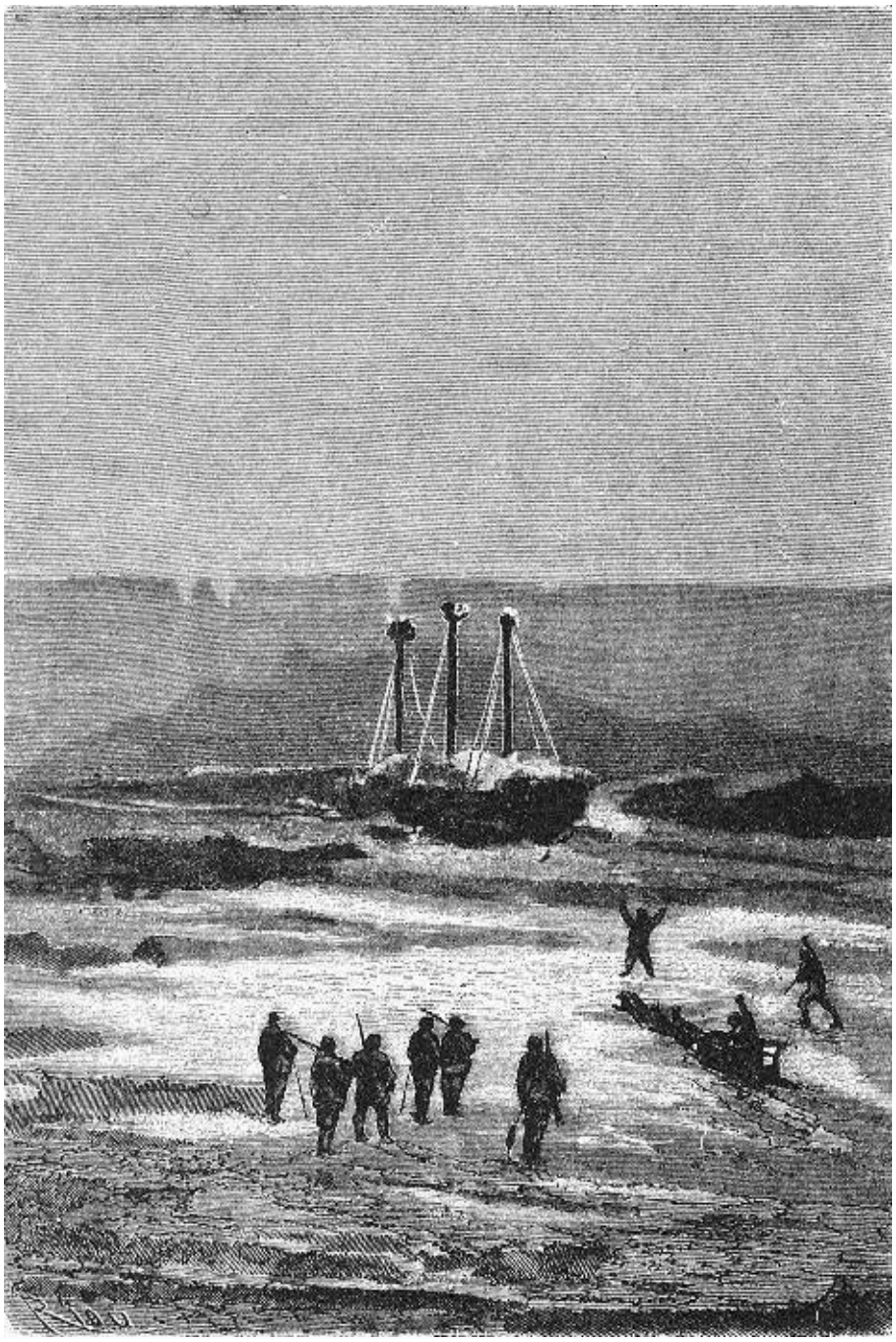
—Pues bien —dijo Hatteras—, haber llegado por un lado y salido por otro es lo que se llama haber pasado.

—Sí —respondió Altamont—, pero atravesando 470 millas sobre los hielos.

—¿Y eso qué importa?

—Importa mucho —respondió el americano—. ¿Fue el buque de McClure el que hizo la travesía?

—No —respondió el doctor—, porque después de una cuarta invernada, McClure tuvo que abandonarlo en medio de los hielos.



—Pues bien, en un viaje marítimo quien ha de pasar es el buque y no el hombre. Si alguna vez se dice que la travesía del Noroeste es practicable será por haber hecho esta travesía en buque y no en trineos. Es preciso que sea el buque el que lleve a cabo el viaje, o, a falta del buque, la lancha.

—¡La lancha! —exclamó Hatteras, que vio una intención evidente en las palabras del americano.

—Altamont —dijo al momento el doctor—, hacéis una distinción pueril, y, respecto del particular, decimos todos que no tenéis razón.

—Fácil os es quitármela —respondió el americano—, sois cuatro contra uno. Mas no por eso dejaré de conservar mi opinión.

—Conservadla en buena hora —exclamó Hatteras—, pero procurad conservarla de modo que nadie la conozca.

—¿Y con qué derecho me habláis así? —dijo el americano, enfurecido.

—¡Con mi derecho de capitán! —respondió Hatteras con cólera.

—¿Estoy, pues, bajo vuestras órdenes? —replicó Altamont.

—¡Sin duda alguna! ¡Desgraciado de vos si…!

El doctor, Johnson y Bell intervinieron. Ya era tiempo; los dos enemigos se medían con la mirada. El doctor estaba muy afectado.

Sin embargo, después de algunas palabras conciliadoras, Altamont fue a acostarse, silbando el canto nacional del *Yankee Doodle*. No podemos asegurar si se durmió, pero lo cierto es que no dijo una sola palabra.

Hatteras salió de la tienda y se paseó a paso acelerado por espacio de una hora, después de la cual volvió a entrar y se acostó sin despegar tampoco los labios.

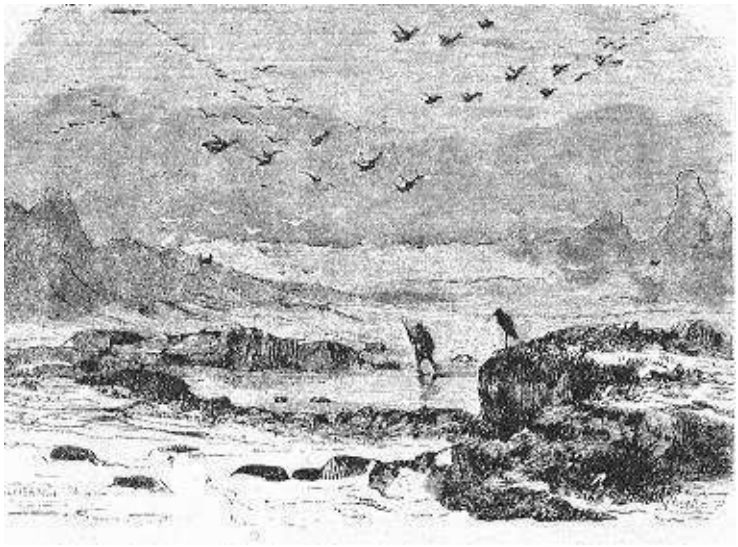
Capítulo XVI

LA ARCADIA BOREAL

EL 20 de mayo fue el primer día del año en que no hubo puesta de sol. El disco del astro no hizo más que tomar el extremo del horizonte, rozándolo apenas, y se levantó en seguida. Se entraba en el período de los días sin noche, de los días de veinticuatro horas. Al día siguiente el radiante astro apareció rodeado de un halo magnífico, círculo luminoso que brillaba con todos los colores del prisma. La aparición muy frecuente de semejantes fenómenos llamaba siempre la atención del doctor, el cual no dejaba nunca de anotar la fecha, las dimensiones y la apariencia. El que observó en aquel día presentaba, por su forma elíptica, disposiciones aún poco conocidas.

Pronto reaparecieron aves en gran número. Bandadas de avutardas; ejércitos de gansos canadienses, o procedentes de las lejanas comarcas de la Florida o de Arkansas, cruzaban hacia el Norte con una rapidez asombrosa, teniendo la primavera debajo de sus alas. El doctor logró matar algunas, e igualmente tres o cuatro grullas precoces y hasta una cigüeña solitaria.

Las nieves, sin embargo, se licuaban en todas direcciones bajo la acción del sol; el agua salada, derramada sobre el *icefield* por las quebrajas y los agujeros de las rocas, aceleraba su descomposición, y el hielo, mezclado con el agua del mar, formaba una especie de fango sucio llamado *slush* por los navegantes árticos. Dilatadas ciénagas se formaban en las sierras próximas a la bahía, y en el terreno descubierto parecía brotar como una producción de la primavera boreal.



El doctor renovó entonces sus plantaciones. No le faltaban semillas, y además le sorprendió la presencia de una especie de amapola que nació espontáneamente entre las piedras secas, pues no podía dejar de admirar aquella fuerza creadora de la Naturaleza que tan pocas cosas necesitaba para manifestarse. Sembró berros, cuyos tiernos tallos, tres semanas después, habían ya adquirido cerca de una pulgada de longitud.

Los brezos empezaron también a manifestar tímidamente sus florecidas de un color de rosa dudoso y casi pálido, como si fuese un color que una mano inhábil hubiese aguado demasiado. En resumen, la flora

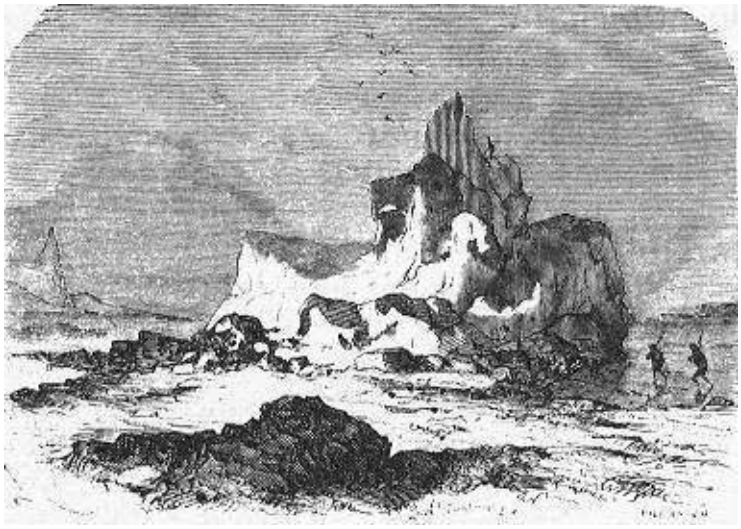
de la Nueva América dejaba mucho que desear y, sin embargo, se veía con gusto aquella vegetación escasa y medrosa, única que podían vivificar los rayos debilitados del sol, último recuerdo de la Providencia que no había olvidado completamente aquellas comarcas lejanas.

Empezó al fin a hacer verdadero calor. El 15 de junio el doctor notó que el termómetro señalaba 57° sobre cero (+14° centígrados), y apenas podía dar crédito a sus ojos, pero tuvo que rendirse a la evidencia. El país se transformaba; innumerables y ruidosas cascadas caían de todas las cimas acariciadas por el sol; el hielo se dislocaba, y la gran cuestión del mar libre iba al fin a decidirse. Conmovía el aire el estrépito de los aludes que desde lo alto de las colinas se precipitaban a los valles y los chasquidos del *icefield* producían estampidos atronadores.

Se hizo una excursión hasta la isla Johnson, la cual no era realmente más que un islote sin importancia, árido y desierto; mas no por eso el viejo contramaestre se sentía menos satisfecho por haber dado él su nombre a aquellas peñas perdidas en el mar. Hasta intentó grabarlo en una roca, y por poco se desnuca al encaramarse por ella.

Durante sus paseos, Hatteras había reconocido cuidadosamente las tierras hasta más allá del cabo Washington. La licuación de las nieves modificaba sensiblemente la comarca apareciendo valles y cerros donde el vasto tapiz blanco del invierno parecía cubrir llanuras uniformes.

La casa y los almacenes amenazaban derretirse, y era preciso repararlos instantáneamente. Afortunadamente, las temperaturas de 57° son raras en aquellas latitudes, siendo su término medio superior, apenas al punto de congelación.



A mediados de junio, la lancha estaba ya muy adelantada y tomaba buen aspecto. Mientras Bell y Johnson se ocupaban en su construcción, se realizaron algunas cacerías que fueron asaz productivas. Hasta se mataron renos, que son animales que difícilmente dejan acercarse; pero Altamont adoptó el método de los indios de su país, que consiste en arrastrarse por el suelo procurando figurar con el fusil y los brazos la cornamenta de uno de aquellos tímidos cuadrúpedos, única manera de acercarse a ellos y tirarles a bocajarro.

Pero la caza por excelencia, el toro almizclado, de que halló Parry numerosas manadas en la isla de Melville, no parecía que se hallase en las costas de la bahía Victoria. Se resolvió, por lo tanto, realizar una excursión lejana que, al mismo tiempo que para cazar tan precioso animal, sirviese para reconocer las tierras orientales. Verdad es que Hatteras no se proponía dirigirse al Polo por aquella parte del continente, pero el doctor deseaba adquirir una idea general del país. Se decidió, pues, encaminarse

hacia el Este del «Fuerte Providencia». Altamont contaba con cazar. *Duck* formó, naturalmente, parte del cuerpo expedicionario.

El lunes, 17 de junio, con un día hermoso, marcando el termómetro 41° (+5° centígrados), en una atmósfera tranquila y pura, los tres cazadores, armados cada cual con su correspondiente escopeta de dos cañones y un cuchillo de nieves, salieron de la «Casa del Doctor», seguidos de *Duck*, a las seis de la mañana. Se dispusieron para una excursión que debía durar dos o tres días y se llevaron provisiones al efecto.

A las ocho de la mañana, Hatteras y sus dos compañeros habían salvado una distancia de unas 7 millas, sin haber visto ni un solo ser viviente que les hiciese gastar un grano de pólvora, y parecía por consiguiente que su expedición, desde el punto de vista venatorio, había de ser muy poco fructífera.

Aquel país nuevo ofrecía vastas llanuras que se perdían más allá del alcance de la vista. Arroyos nacidos el día anterior serpenteaban por ellas en gran número, y dilatadas lagunas, inmóviles como estanques, reverberaban a los oblicuos rayos del sol. Las capas de hielo disuelto permitían ver un terreno perteneciente a la gran división de los sedimentos, debidos a la acción de las aguas, que tan extendidos se hallan en la superficie del Globo.

Veíanse, sin embargo, algunas moles erráticas de una naturaleza muy diferente de la del suelo que cubrían, explicándose difícilmente su presencia. Pero los esquistos pizarrosos, los distintos productos de los terrenos calizos, abundaban considerablemente, y se encontraban, sobre todo, especies de cristales curiosos, transparentes, incoloros y dotados de la refracción particular del espejuelo o espato de Islandia.

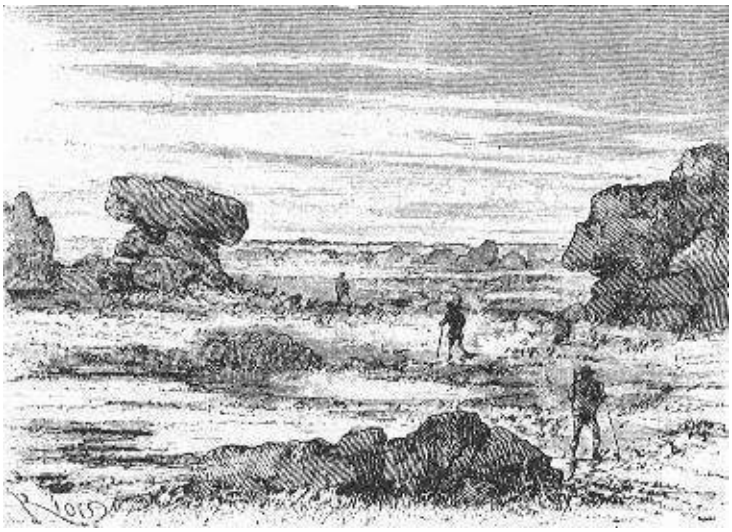
Pero el doctor, aunque no cazaba, no tenía tiempo de hacer observaciones geológicas. No podía ser sabio uno al trote, porque sus compañeros avanzaban rápidamente. Él, sin embargo, estudiaba el terreno, y hablaba más que un descosido, pues sin él hubiera reinado un silencio absoluto. Altamont no tenía

ningún deseo de hablar al capitán, ni éste ningún deseo tampoco de hablar a Altamont.

A cosa de las diez de la mañana, los cazadores habían avanzado hacia el Este unas 12 millas. El mar se ocultaba debajo del horizonte. El doctor propuso hacer un alto para almorzar, y se almorzó, en efecto, pero de prisa y corriendo. Al cabo de media hora, se emprendió de nuevo la marcha.

El terreno formaba nuevas pendientes, y algunas manchas de nieve, que se habían conservado por la exposición o por el declive de las rocas, le daban una apariencia vedijosa, como la de las olas en alta mar azotadas por una fresca brisa.

La comarca presentaba llanuras sin vegetación, que, al parecer, no habían sido nunca frecuentadas por ningún ser animado.



—Decididamente —dijo Altamont al doctor—, no somos felices en nuestras cacerías. Convengo en que el país ofrece pocos recursos a los animales, pero los de las tierras boreales no tienen el derecho de manifestarse difíciles de contentar y podrían haber sido más complacientes.

—No desesperemos —respondió el doctor—. La estación de verano empieza ahora, y si Parry encontró tantos animales diversos en la isla de Melville, no hay ninguna razón para que a nosotros aquí nos falten.

—Sin embargo, nosotros nos hallamos más al Norte —respondió Hatteras.

—Sin duda, pero el Norte en esta cuestión no es más que una palabra. El polo del frío es lo que debemos considerar, es decir, aquella inmensidad glacial en medio de la que hemos invernado con el *Forward*, pues, a medida que subimos, nos alejamos de la parte más fría del Globo, y debemos, por tanto, encontrar más allá lo que más acá encontraron Parry, Ross y otros navegantes.

—¡En fin! —dijo Altamont lanzando un suspiro—. ¡Hasta ahora más parecemos viajeros que cazadores!

—Paciencia —respondió el doctor—. El país tiende a variar poco a poco, y me llevaré un solemne chasco si no encontramos caza en las hondonadas en que la vegetación haya encontrado algún medio de deslizarse.

—¡Preciso es confesar —replicó el americano— que atravesamos una comarca tan inhabitada como inhabitable!

—¡Oh! Eso de inhabitable es una palabra hueca —respondió el doctor—. Yo no creo que haya comarcas inhabitables. El hombre, a fuerza de sacrificios, gastando una generación tras otra y con todos los recursos de la ciencia agrícola, acabaría por fertilizar este país.

—¿Lo creéis así? —dijo Altamont.

—No me cabe duda. Si corrieseis las comarcas célebres de los primeros días del mundo, los lugares donde estuvo Tebas, donde estuvo Nínive, donde estuvo Babilonia, aquellas villas fértiles de nuestros padres, os parecería imposible que el hombre haya podido jamás vivir en ellas, y hasta la atmósfera se ha viciado allí desde la desaparición de los seres humanos. Una ley general de la Naturaleza vuelve insalubres lo mismo las comarcas donde no hemos vivido nunca y aquellas en que hemos dejado de vivir. Sabedlo: es el hombre mismo quien forma su país, con su presencia, con sus costumbres, con su industria, diré más, con su aliento. Él modifica poco a poco las exhalaciones del suelo y las condiciones atmosféricas, y sanea por lo mismo que respira. Estamos, pues, de acuerdo en que hay parajes inhabitados; pero no inhabitables.

Y mientras hablaban, convertidos en naturalistas, los cazadores seguían avanzando, y llegaron a una especie de valle muy despejado, en cuyo fondo serpenteaba un riachuelo casi deshelado, cuya exposición al Mediodía había determinado en sus orillas y hasta la mitad de la costa una especie de vegetación. La tierra manifestaba allí una verdadera intención de fertilizarse; no pedía más para producir que unas cuantas pulgadas de tierra vegetal. El doctor hizo observar estas tendencias manifiestas.

—Ahí lo tenéis —dijo—. ¿No podrían en rigor algunos colonos emprendedores establecerse en este valle? Con industria y perseverancia harían de él, no una campiña de las zonas templadas, no digo tanto, pero una cosa muy diferente de lo que es, un país aceptable. ¡Mirad! Si no me engaño, veo algunos habitantes de cuatro patas. Los picaros conocen los buenos sitios.

—¡Toma! ¡Son liebres polares! —exclamó Altamont, amartillando la escopeta.

—¡Aguardad! —exclamó el doctor—. ¡Aguardad, cazador furioso! Son unos pobres animales que no piensan en huir. Dejadles hacer; vienen hacia nosotros.

En efecto, tres o cuatro lebratos, retozando entre los matorrales y los nuevos musgos, avanzaban hacia los tres cazadores, cuya presencia no les inspiraba ningún recelo. Corrían inocentemente y con gracia, pero esta gracia no parecía suficiente para desarmar a Altamont.

Muy pronto pasaron entre las piernas del doctor, y éste les acarició con la mano diciendo:

—¿Por qué hemos de recibir a tiros a los que vienen a buscar nuestras caricias? ¡La muerte de esos animalillos nos es inútil!

—Tenéis razón, doctor —respondió Hatteras—. Dejémosles que vivan.

—¡Y esos ptarmiganos que vuelan hacia nosotros! —exclamó Altamont—. ¡Esos caballeros que avanzan gravemente montados sobre sus largas zancas!

Una inmensa caterva de volatería salía al encuentro de los cazadores, no sospechando el peligro que

la presencia del doctor acababa de conjurar. El mismo *Duck*, conteniéndose, estaba un poco asombrado.

Ofrecían un espectáculo curioso y patético aquellos hermosos animales que corrían, saltaban y revoloteaban sin desconfianza, que se posaban en los hombros del buen Clawbonny, que se echaban a sus pies, que mendigaban sus caricias, que hacían al parecer todo lo posible para recibir debidamente a sus huéspedes desconocidos. Las numerosas aves, lanzando alegres gritos, se llamaban unas a otras, y se las veía acudir de todos los puntos de la hondonada. El doctor parecía verdaderamente un hechicero. Los cazadores prosiguieron su camino a lo largo de los húmedos ribazos del riachuelo, seguidos de aquella familiar muchedumbre, y al llegar a una ribera que formaba el valle, percibieron un grupo de ocho o diez renos que pacían algunos líquenes medio sepultados por la nieve. Daba gusto ver aquellos animales graciosos y tranquilos, con su ramosos mogotes que coronaban la cabeza de las hembras lo mismo que la de los machos. Su pelaje, que parecía lanar, abandonaba ya la blancura invernal para tomar el color

pardo y ceniciento del verano. Tampoco aquellos renos parecían más ariscos y menos afectuosos que las liebres y las aves de aquella pacífica comarca. Tales debieron ser las relaciones de los primeros hombres con los primeros animales, en la infancia del mundo.

Los cazadores llegaron en medio del grupo sin que ninguno de los que lo componían diese un paso para huir, y eso no obstante, al doctor le costó un poco refrenar los instintos de Altamont, que no podía ver tranquilamente aquella magnífica caza sin que se le subiese a la cabeza una embriaguez de sangre. Hatteras miraba conmovido a aquellas apacibles criaturas que restregaban su hocico entre los vestidos del doctor, el amigo de todos los seres animales.

—¿A qué hemos venido aquí? —Decía Altamont—. ¿Hemos venido o no para cazar?

—¡Para cazar el toro almizclado —respondió Clawbonny— y no otra cosa! No sabríamos qué hacer de los renos que cazásemos, pues nuestras provisiones son suficientes. Dejadnos gozar por tanto de este espectáculo conmovedor del hombre que se pone en cierta intimidad con estos animales sin inspirarles la menor desconfianza.

—Lo que prueba que no le han visto nunca —dijo Hatteras.

—Evidentemente —respondió el doctor—. Y de vuestra observación se deduce que estos animales no son de procedencia americana.

—¿Y por qué? —dijo Altamont.

—Si hubiesen nacido en tierras de la América septentrional, sabrían a qué atenerse respecto del mamífero bípedo y bímano que se llama hombre, y hubieran huido al vernos. No, no son de origen americano. Es probable que hayan venido del Norte, que sean oriundos de aquellas comarcas desconocidas de Asia donde no se han acercado nunca a nuestros semejantes, y que hayan atravesado los continentes próximos al Polo. Así, pues, Altamont, no tenéis el derecho de reclamarlos como compatriotas.

—Lo que menos importa a un cazador —respondió Altamont— es la patria de los animales. La caza es siempre del país del que la mata.

—¡Calmaos, valeroso Nemrod! ¡Calmaos! En cuanto a mí, antes de sembrar el espanto en esta población encantadora, renunciaría a volver a coger una escopeta en todos los días de mi vida. Ya lo veis, hasta el mismo *Duck* fraterniza con tan hermosos animales. Creedme, seamos buenos mientras podamos. La bondad es una fuerza.

—Bien, bien —replicó Altamont, que comprendía poco esta sensibilidad—. Pero yo quisiera veros

sin más armas que vuestra bondad en medio de una manada de osos o de lobos.

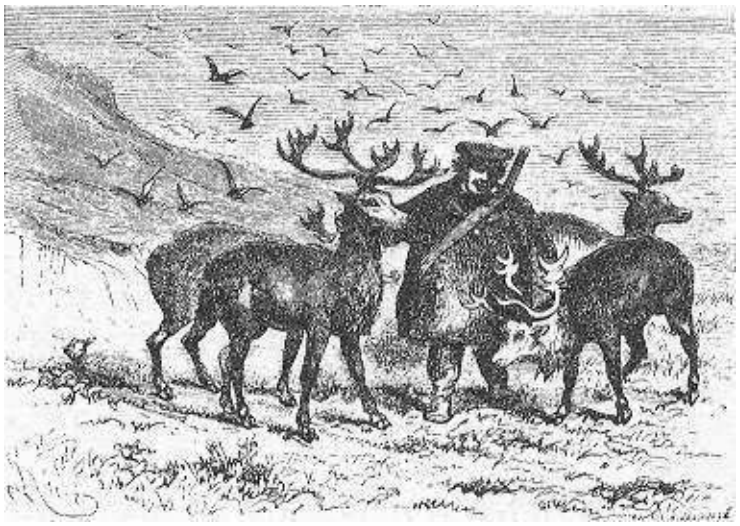
—¡Oh! Yo no pretendo dominar a las bestias feroces —replicó el doctor—, creo poco en los hechizos de Orfeo. Además, los osos y los lobos no nos saldrían afectuosamente al encuentro como estas liebres, perdices y renos.

—¿Por qué no —respondió Altamont—, si no hubiesen visto nunca hombres?

—Porque son animales naturalmente feroces, y la ferocidad, como la maldad, engendra la sospecha, observación que puede hacerse en el hombre lo mismo que en los animales. Quien dice malvado, dice desconfiado, y el miedo es propio de los que lo inspiran.

Con esta leccioncilla de filosofía natural terminó la observación.

Todo el día se pasó en aquel valle que el doctor quiso llamar la Arcadia Boreal, a lo que sus compañeros no se opusieron en lo más mínimo, y, llegada la noche, después de una cena que no había costado la vida a ninguno de los habitantes de aquella comarca, los tres cazadores se durmieron en el hueco de una roca dispuesto expresamente para ofrecerles un cómodo abrigo.



Capítulo XVII

EL DESQUITE DE ALTAMONT

AL día siguiente, el doctor y sus compañeros se despertaron, habiendo pasado la noche en la más perfecta tranquilidad. El frío, sin ser intenso, les había desazonado algo antes de amanecer, pero se abrigaron bien y durmieron profundamente bajo la salvaguardia de los animales pacíficos.

Como el tiempo seguía bueno, resolvieron dedicar otro día al reconocimiento del país y a la caza de toros almizclados. Preciso era poner a Altamont en la posibilidad de cazar un poco, y se convino en que aun cuando los toros almizclados fuesen los animales más inofensivos del mundo, tendría el derecho de tirarles. Además su carne, aunque muy impregnada de almizcle, forma un alimento sabroso, y los cazadores deseaban llevar al «Fuerte Providencia» algunos pedazos de aquella carne fresca y saludable.

Nada de particular, que digno de contar sea, ofreció el viaje en las primeras horas de la mañana. El país, hacia el Nordeste, empezaba a variar de fisonomía. Algunas prominencias, primeras ondulaciones de una comarca montuosa, hacían presagiar un terreno nuevo. Si aquella tierra de la Nueva América no formaba un continente, era, al menos, una isla importante; pero no se trataba de dilucidar este punto geográfico.

Duck corría a lo lejos, y no tardó en ventear un rebaño de toros almizclados, y luego, tomando la delantera con suma rapidez, no tardó en desaparecer a la vista de los cazadores.

Éstos se guiaron por sus ladridos, claros y distintos, cuya precipitación les hizo comprender que el leal perro había, al fin, descubierto el objeto de sus afanes.

Siguieron adelante, y, después de una hora y media de marcha, se hallaron en presencia de dos animales bastante corpulentos y de un aspecto verdaderamente imponente. Aquellos singulares cuadrúpedos estaban, al parecer, asombrados de los ataques de *Duck*, pero no los temían. Parecían una especie de musgo sonrosado que aterciopelaba la tierra desprovista de nieve. El doctor les reconoció fácilmente por su mediana talla, por sus cuernos muy aplastados y soldados en la base, por su falta de hocico; por la conformación de su testuz, parecido al del carnero, y por su cola muy corta. Por el conjunto de su estructura, los naturalistas llaman al toro almizclado «ovibos» palabra compuesta que recuerda las dos naturalezas de animales de que participan.

Forman su pelaje una borra espesa y larga y una especie de seda de color oscuro.

Al ver a los cazadores, los animales huyeron, y aquéllos corrieron tras ellos con toda la ligereza de sus piernas.

Pero era difícil que alcanzasen a los toros unos hombres a quienes una carrera sostenida, que duró media hora, quitó casi todo el aliento. Hatteras y sus compañeros se detuvieron jadeando.

—¡Diablos! —dijo Altamont.

—Diablos son, sin duda —respondió el doctor, que apenas podía respirar—. De esos rumiantes sí que digo que son americanos y me parece que no tienen formada de vuestros compatriotas una idea muy ventajosa.

—Lo que prueba que somos buenos cazadores —respondió Altamont.

No viéndose ya perseguidos, los toros almizclados se detuvieron con actitud de asombro. Era evidente que no se les podía rendir corriendo tras ellos, por lo que se pensó en acorralarlos, prestándose a esta maniobra la meseta que ocupaban. Los cazadores, dejando a *Duck* que hostigase a los animales, bajaron por las hondonadas circundantes, de modo que pudiesen cercar la meseta. Altamont y el doctor se escondieron en una de sus extremidades, detrás de una roca, mientras Hatteras, subiendo de improviso por el extremo opuesto, debía rechazarlos.

Al cabo de media hora, cada cual ocupaba su puesto.

—Esta vez —dijo Altamont— no os opondréis a que reciba a tiros a esos cuadrúpedos…

—¡No! Les haremos una guerra de buena ley —respondió el doctor, el cual, no obstante su apacibilidad natural, era cazador en el fondo del alma.

En este punto de la conversación, vieron agitarse a los toros almizclados, cuyos corvejones casi mordía *Duck*, y más lejos a Hatteras, que, lanzando grandes gritos, los impelía hacia el doctor y el americano, que se colocaron delante de aquella magnífica presa.

Entonces los toros se detuvieron, y espantándoles menos la presencia de un solo enemigo, se dirigieron a Hatteras. Éste les aguardó a pie firme, apuntó al Duck hostigando a los toros almizclados cuadrúpedo que tenía más cerca e hizo fuego, sin que su bala, hiriendo al animal en medio del testuz, le contuviese en su arremetida. El segundo tiro de Hatteras no produjo más efecto que volver más furiosos a los animales, los cuales se arrojaron contra el cazador desarmado y le derribaron en un instante.

—¡Está perdido! —exclamó el doctor.

En el momento de pronunciar Clawbonny estas palabras con el acento de la desesperación, Altamont dio un paso hacia delante para volar en socorro de Hatteras, pero se detuvo, luchando contra sí mismo y contra sus preocupaciones.

—¡No! —exclamó—. ¡Sería una felonía!

Y se lanzó al teatro de combate con Clawbonny.

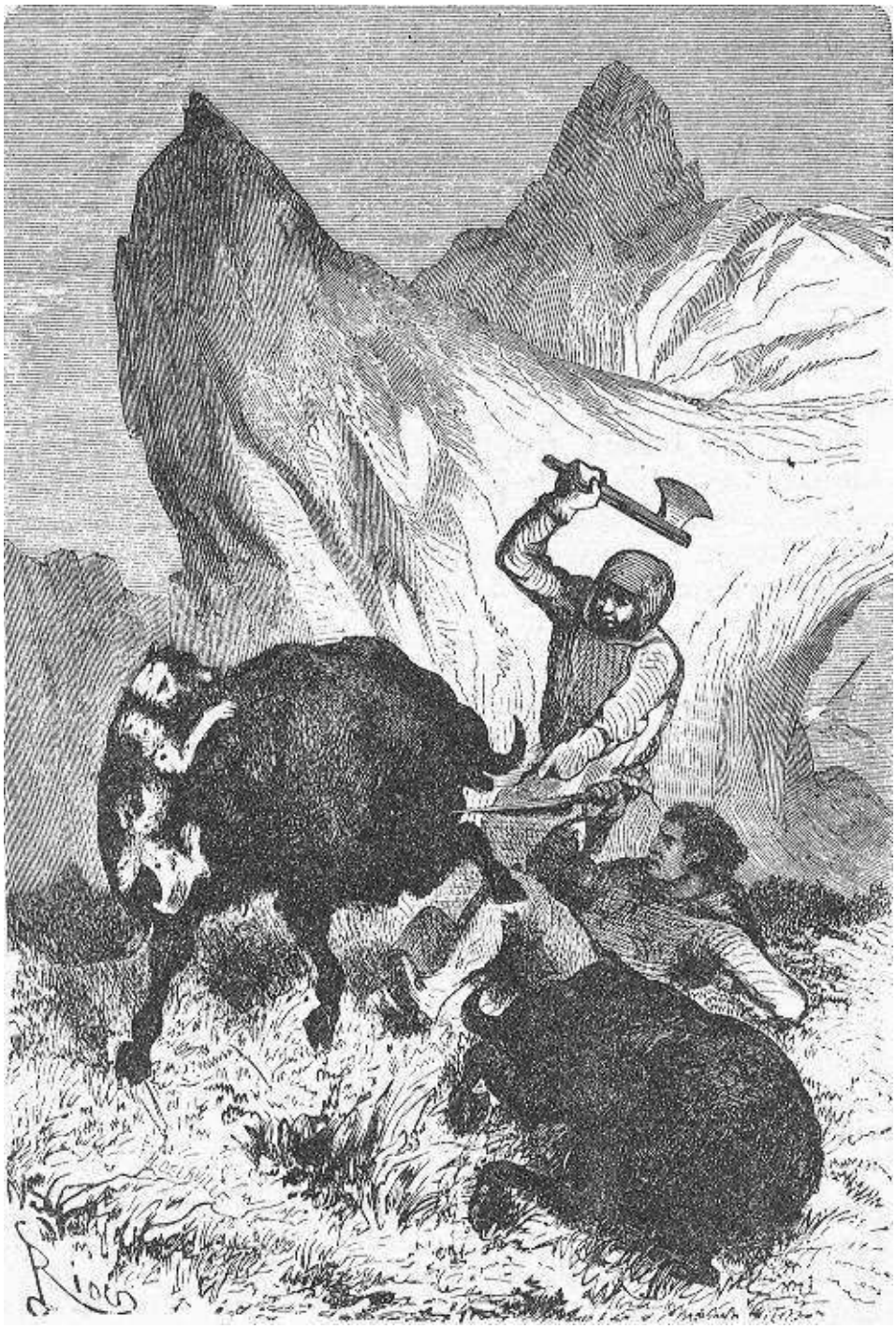
Su vacilación no había durado más que medio segundo. Pero si el doctor vio lo que pasaba en el alma del americano, Hatteras lo comprendió, y se hubiera dejado matar antes de implorar la intervención de su rival. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de darse cuenta de nada, porque Altamont apareció junto a él.

Hatteras, derribado, procuraba parar las cornadas y coces de los dos animales, pero la lucha no podía prolongarse mucho tiempo.

Iba inevitablemente a ser despedazado, cuando resonaron dos disparos. Hatteras oyó el silbido de las balas, que le rozaron casi la cabeza.

—¡Valor! —exclamó Altamont, el cual, tirando el arma descargada, se precipitó contra los furiosos animales.

Uno de los toros, atravesado el corazón, cayó como herido por un rayo. El otro, en el colmo del furor, iba a despanzurrar al desgraciado capitán, cuando Altamont, colocándose enfrente, hundió entre sus mandíbulas abiertas su mano armada del cuchillo de nieve, y con la otra le hendió la cabeza de un hachazo.



Todo pasó con una rapidez tan maravillosa, que a la luz de un solo relámpago se hubiera podido ver toda la escena. El segundo toro dobló sus corvejones y cayó muerto.

—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamó Clawbonny.

Hatteras estaba salvado.

¡Debía, pues, la vida al hombre que detestaba más en el mundo! ¿Qué pasó en su alma en aquel instante? ¿Qué movimiento humano, que no pudo dominarse, se produjo en ella?

Hay en el corazón secretos cuyo análisis es imposible.

Lo cierto es que Hatteras, sin vacilar, se dirigió a su rival, y le dijo con voz grave:

—Me habéis salvado la vida, Altamont.

—Vos me habéis salvado la mía —respondió el americano.

Hubo un momento de silencio, y luego, Altamont añadió:

—¡Estamos en paz, Hatteras!

—No, Altamont —respondió el capitán—; cuando el doctor os sacó de vuestra tumba de hielo, yo

ignoraba quién erais vos, y vos, sabiendo quién era yo, me habéis salvado la vida con peligro de la vuestra.

—Porque vos sois mi semejante —respondió Altamont—, y un americano será lo que se quiera, pero no un infame, ni un cobarde.

—¡No, es verdad! —exclamó el doctor—. ¡Es un hombre! ¡Un hombre como vos, Hatteras!

—Y como yo, participará de la gloria que nos está reservada.

—¡La gloria de ir al Polo Norte! —dijo Altamont.

—¡Sí! —respondió el capitán con un acento soberbio.

—¡Lo había, pues, adivinado! —exclamó el americano—. ¿Os habéis atrevido a concebir semejante proyecto? ¡Habéis intentado alcanzar el punto inaccesible! ¡Ah! ¡Eso es magnífico! ¡Yo os lo digo, es sublime!

—¿Pero vos —preguntó Hatteras con voz rápida— no os lanzabais, como nosotros, por el camino del Polo?

Altamont parecía vacilar en responder.

—¿Qué decís? —preguntó el doctor.

—¡Pues bien, no! —respondió el americano—. ¡No! ¡La verdad antes que el amor propio! ¡No! Yo no he tenido la idea sublime que os ha arrastrado hasta aquí. Yo quería con mi buque salvar el paso del Noroeste. He aquí todo.

—Altamont —dijo Hatteras, tendiendo la mano al americano—, sed, pues, nuestro compañero de gloria y acompañadnos a descubrir el Polo Norte.

Los dos se apretaron la mano afectuosamente, una mano franca y leal.

Cuando se volvieron hacia el doctor, éste lloraba.

—¡Ah, amigos míos! —murmuró, restregándose los ojos—. ¡Cómo puede mi corazón contener en este momento su alegría! ¡Ah! ¡Mis queridos compañeros! Habéis sacrificado, para reuniros en una empresa común, las miserables cuestiones de nacionalidad. Os habéis dicho que Inglaterra y América nada tienen que ver en el asunto, y que una estrecha simpatía debía uniros contra los peligros de nuestra expedición. Si el Polo Norte se alcanza, ¿qué importará que lo hayan descubierto unos u otros? ¿Por qué rebajarnos individualmente y acordarnos de si somos americanos o ingleses, cuando podemos gloriamos de ser hombres?

El buen doctor abrazaba a los enemigos reconciliados; no podía contener su alegría, y los dos nuevos amigos se sentían más unidos aún por la amistad que el digno hombre profesaba a los dos. Clawbonny, sin poder reprimirse, hablaba de la vanidad de las competencias, de la locura, de las rivalidades y del acuerdo tan necesario entre hombres abandonados lejos de su país. Sus palabras, sus lágrimas, sus caricias, todo salió de lo más íntimo de su corazón.

Se calmó después de haber abrazado veinte veces a Altamont y a Hatteras.

—¡Y ahora —dijo—, manos a la obra! Puesto que como cazador no he tenido ocasión de lucirme, utilicemos alguna otra de mis aptitudes.

Y empezó a despedazar al toro, al cual llamaba «el toro de la reconciliación», pero con tanta destreza que parecía un cirujano practicando una autopsia delicada.

Sus dos compañeros lo miraban sonriéndose. En pocos minutos, el hábil práctico sacó del cuerpo del animal un centenar de libras de excelente carne; la dividió en tres partes, cargando cada cual con la suya, y emprendieron los tres directamente el camino del

«Fuerte Providencia».

A las diez de la noche, marchando a la claridad de los oblicuos rayos del sol, los cazadores llegaron a la «Casa del Doctor», donde Johnson y Bell tenían preparada una buena cena.

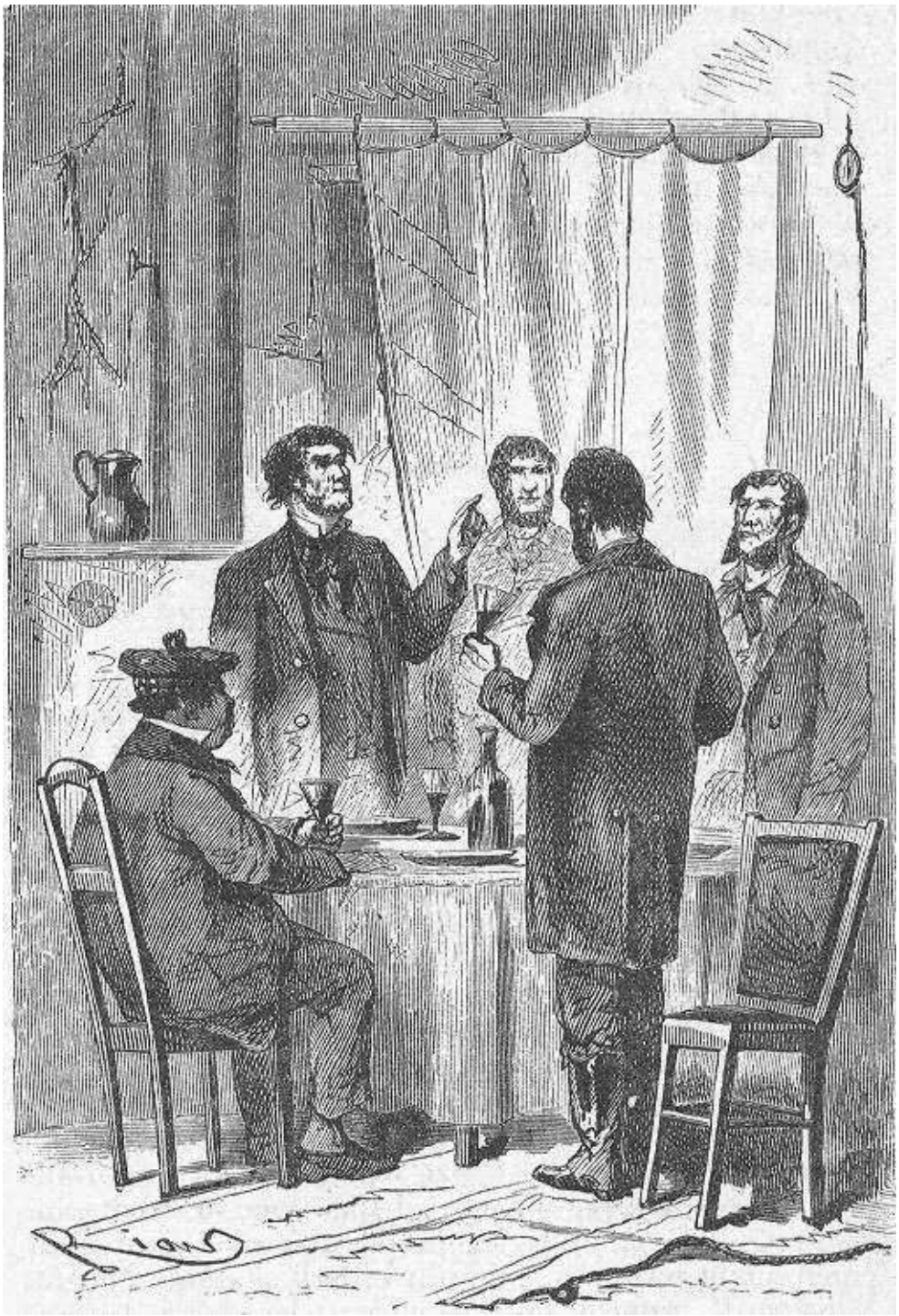
Pero antes de sentarse a la mesa, el doctor exclamó con acento de triunfo, indicando a Johnson sus dos compañeros de caza:

—Amigo Johnson, salieron de aquí conmigo un inglés y un americano, ¿no es verdad?

—Sí, señor Clawbonny —respondió el contramaestre.

—Pues bien, vuelvo con dos hermanos.

Los marineros tendieron alegremente la mano a Altamont; el doctor les refirió lo que el capitán americano había hecho por el capitán inglés; y aquella noche la casa de nieve albergó a cinco hombres completamente dichosos.



Capítulo XVIII

ÚLTIMOS PREPARATIVOS

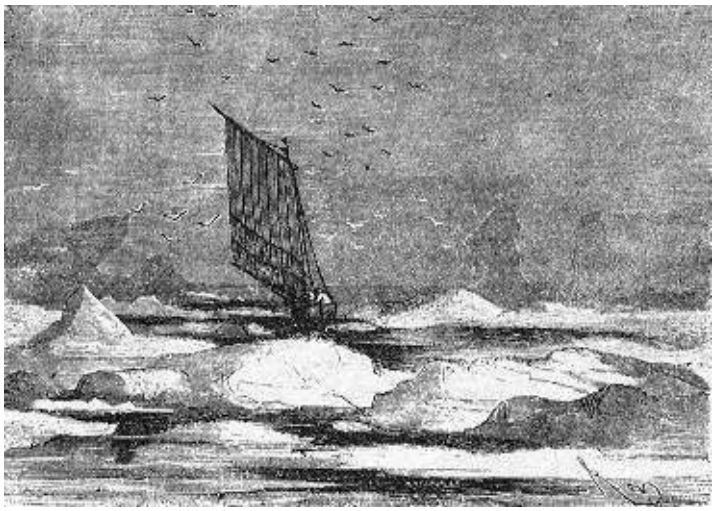
AL día siguiente varió el tiempo, habiendo una recrudescencia de frío; la nieve, la lluvia y los torbellinos se sucedieron durante algunos días.

Bell había terminado su falúa, que correspondía perfectamente al objeto a que se la destinaba. Con su carraza a popa y alta de borda, podía contrarrestar una mar gruesa sin más que su trinquete y su foque, pudiendo por su ligereza ser conducida en el trineo sin agobiar demasiado a los perros.

En fin, se preparaba para los invernadores una alteración de la mayor importancia en el estado del mar polar. Los hielos en medio de la bahía empezaban a quebrantarse, y los más altos, incesantemente minados por los choques, no necesitaban más que una tempestad algo fuerte para desprenderse de la playa y convertirse en *icebergs* movedizos. Hatteras no quiso, sin embargo, para empezar su excursión aguardar a que se consumara la dislocación del campo de hielo. Puesto que el viaje tenía que hacerse por tierra, poco les importaba que el mar estuviese o no libre. Fijó su marcha para el 25 de junio, en cuya fecha podían estar enteramente terminados todos los preparativos. Johnson y Bell se ocuparon en reparar perfectamente el trineo; se reforzaron sus asientos y se renovaron sus patines. Los viajeros contaban con poder aprovechar para su excursión algunas semanas de buen tiempo que la Naturaleza concede a las regiones hiperbóreas. No eran, pues, tan crueles los padecimientos que había de arrostrar, ni tan difíciles de vencer los obstáculos.

Algunos días antes de la marcha, el 20 de junio, los hielos dejaron entre sí algunos pasos libres, de los que los viajeros se aprovecharon para probar su falúa en un paseo hasta el cabo Washington. El mar no estaba, ni con mucho, enteramente libre, pero, en fin, no presentaba ya una superficie sólida, y hubiera sido imposible intentar a pie una excursión por entre los *icefields* quebrantados.

Aquel medio día de navegación permitió apreciar las buenas cualidades náuticas de la falúa.



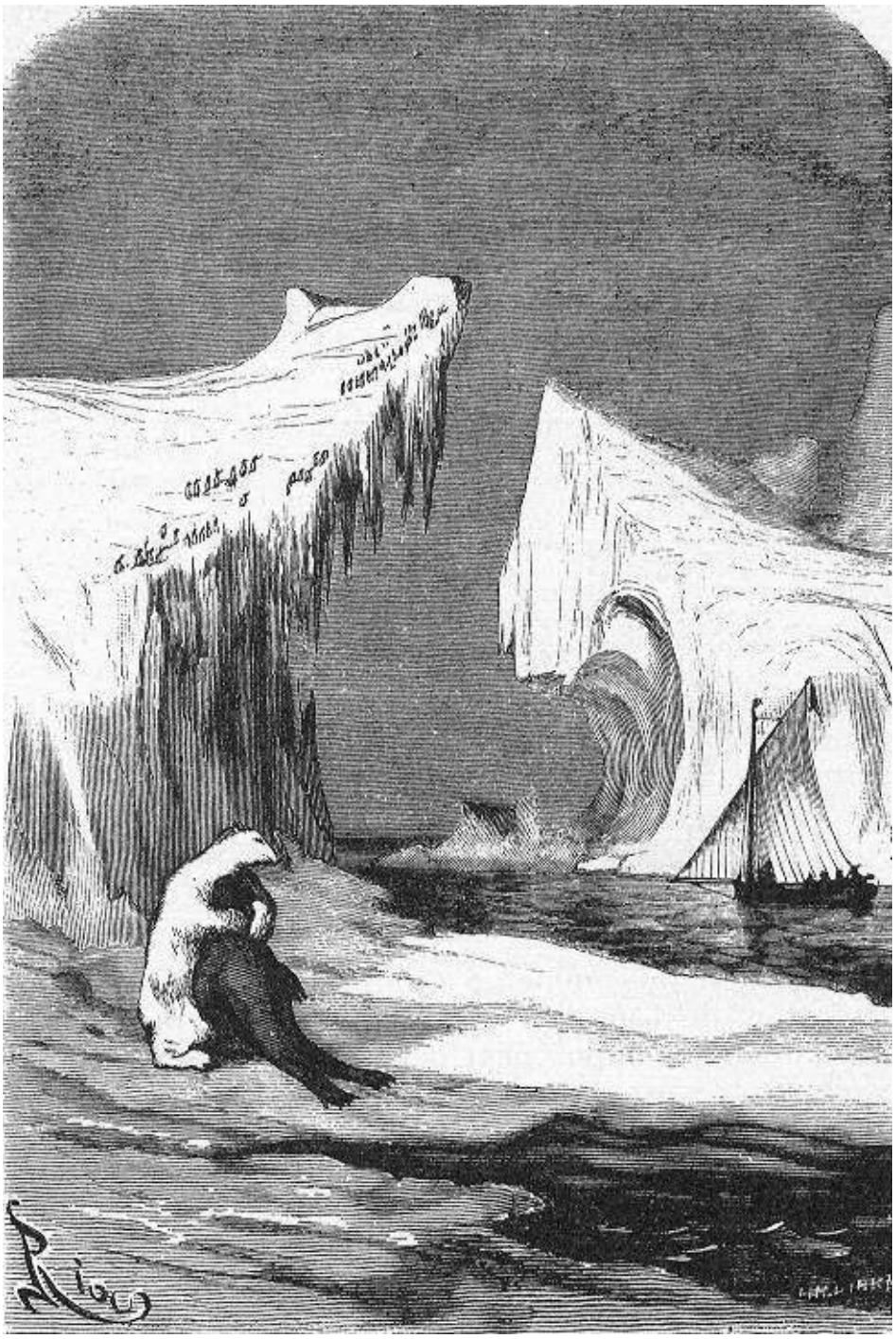
Durante su regreso, los navegantes fueron testigos de una escena curiosa, que consistió en la caza de una foca, llevada a cabo por un oso gigantesco. Éste, afortunadamente, se hallaba demasiado ocupado para percibir la falúa, pues de otra suerte no hubiera dejado de perseguirla. Estaba al acecho junto a una quebraja del *icefield*, por la cual la foca se había evidentemente sumergido. El oso espiaba, pues, su reaparición con la paciencia de un cazador, o, por mejor decir, de un pescador, pues verdaderamente pescaba. Acechaba silencioso, sin moverse ni dar señal alguna de vida.

Pero de repente se agitó algo en el agujero: era el anfibio que subía para respirar; entonces el oso se tendió a lo largo sobre el campo helado, y con sus patas delanteras cerró el contorno de la quebraja.

Un instante después apareció la foca con la cabeza fuera del agua, pero no tuvo tiempo de volverla a sumergir, porque las patas del oso, como distendidas por un resorte, se juntaron y apretaron al animal con un vigor irresistible, y lo arrancaron de su elemento predilecto.

La lucha fue rápida. La foca se defendió durante algunos segundos, y quedó estrujada contra el pecho de su colosal adversario. Éste, llevándosela sin trabajo, aunque ella era de gran tamaño, y saltando ligeramente de un témpano a otro hasta la tierra firme, desapareció con su presa.

—¡Buen viaje! —dijo Johnson—. El tal oso tiene a su disposición demasiadas patas.

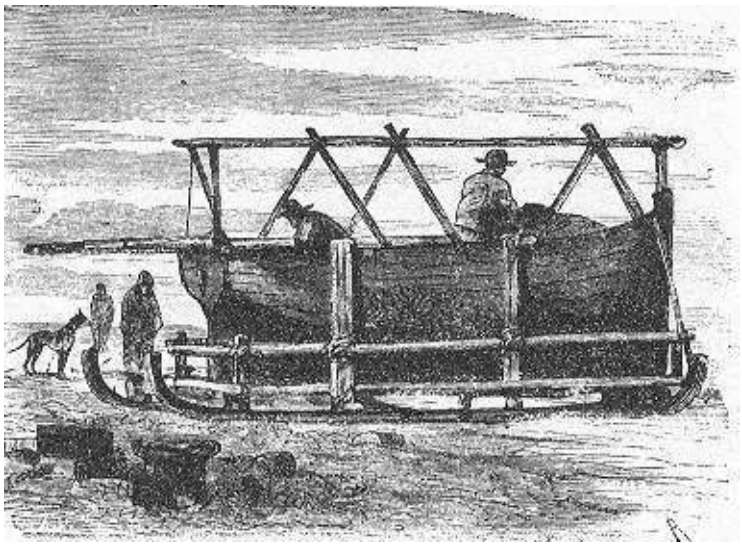


La falúa ganó muy pronto el ancón que Bell le había preparado entre los hielos.

Cuatro días faltaban aún a Hatteras y sus compañeros para emprender su marcha. Hatteras activaba los últimos preparativos. Tenía prisa en dejar aquella Nueva América, aquella tierra que no era suya, a la que él no había dado nombre, y en la cual se consideraba extranjero.

El 22 de junio se empezaron a transportar al trineo los efectos de campamento, la tienda y las provisiones. Los viajeros se llevaban doscientas libras de carne salada, tres cajas de legumbres y de carne en conserva, cincuenta libras de salmuera y de zumo de limón, cinco *cuarters*[42] de harina, paquetes de berros y de codearía procedentes de las plantaciones del doctor, y, además, doscientas libras de pólvora, los instrumentos, las armas y otros utensilios. Todo junto con la falúa, el bote de goma y el trineo, formaba una carga de cerca de mil quinientas libras, que era muy pesada para cuatro perros, tanto más cuanto que, contra la costumbre de los esquimales que no les hacen trabajar más que cuatro días seguidos, no teniendo quienes les remplazasen, habían de tirar todos los días. Pero los viajeros se prometían ayudarles en caso necesario, y no pensaban hacer sino jornadas cortas. La distancia de la bahía

Victoria al Polo era todo lo más de 150 millas, y a 12 millas diarias se necesitaba un mes para salvarla. Además, cuando faltase la tierra, la falúa permitiría concluir el viaje sin fatiga para los perros ni para los hombres.



Éstos gozaban de buena salud. La de todos era excelente; el invierno, aunque rudo, terminaba con suficientes condiciones de bienestar, pues todos, habiéndose dejado guiar por los consejos del doctor, se habían librado de las enfermedades inherentes a tan duros climas. Algo había enflaquecido, sin embargo, de lo que se alegraba mucho el digno Clawbonny; pero habían acostumbrado el alma y el cuerpo a aquella áspera existencia, y, aclimatados, ya podían sobrellevar, sin sucumbir, las más brutales pruebas de la fatiga y del frío.

Por otra parte, iban ya directamente al objeto de su viaje, a aquel Polo inaccesible, y después ya no tendrían que pensar más que en la vuelta. La simpatía que unía a unos con otros a aquellos cinco hombres de la expedición, debía ayudarles a llevar felizmente a cabo su atrevido viaje, y ninguno de ellos dudaba del éxito de la empresa.

Previendo una expedición lejana, el doctor había obligado a sus compañeros a prepararse a ella con anticipación y a desprenderse cuidadosamente del tejido celular superfluo por medio de un ejercicio activo.

—Amigos míos —les decía—, yo no os pido que imitéis a los corredores ingleses, cuyo peso disminuye dieciocho libras en dos días de carrera y veinticinco en cinco días; pero es menester hacer algo para colocarse en las mejores condiciones posibles que requiere un largo viaje. Lo primero, en el corredor como en el jockey, es suprimir la grasa, lo que se consigue por medio de purgantes, transpiraciones y ejercicios violentos. Esos *gentlemen* saben que este procedimiento cuesta menos que las medicinas a que sin él tendrían que recurrir, y obtienen resultados verdaderamente prodigiosos. De algunos se cuenta que antes de adoptar este método no podían correr el espacio de una milla sin sofocarse, y que después de adaptarlo han podido fácilmente correr el espacio de 25. Se cita a un tal Townsend, que, sin detenerse, recorría 100 millas en doce horas.

—¡Magnífico resultado! —respondió Johnson—. Y aunque nosotros no estamos muy gordos, si hay que enflaquecer aún más…

—Es inútil, Johnson, pero podemos decir sin exagerar que el procedimiento produce buenos efectos; da más resistencia a los huesos, más elasticidad a los músculos, más perspicacia al oído, más claridad a la vista, y, por tanto, no lo olvidemos.

En fin, olvidando o no el procedimiento, los viajeros estuvieron en disposición de partir el 23 de junio, y como era domingo, se pasó todo el día en un absoluto reposo.

El instante de la partida se acercaba, y los habitantes del «Fuerte Providencia» no lo veían llegar sin cierta emoción. No sin cierto dolor en el corazón dejaban aquella choza de nieve que tan bien había desempeñado su oficio de casa; y aquella bahía Victoria, aquella playa hospitalaria en que habían pasado los últimos meses de invernada. ¿Hallarían a su regreso aquellas construcciones? ¿Los rayos del sol acabarían de licuar sus frágiles paredes?

Allí se habían pasado muy buenos ratos, que el doctor, durante la cena, recordó a sus compañeros y no se olvidó de dar gracias al cielo por su visible protección.

Llegó al fin la hora del sueño. Todos se acostaron para levantarse muy de mañana. Tal fue la última noche pasada en «Fuerte Providencia».

Capítulo XIX

MARCHA AL NORTE

AL día siguiente, al rayar el alba, Hatteras dio la señal de marcha. Los perros fueron enganchados al trineo. Bien alimentados y descansados, después de un invierno pasado en muy buenas condiciones, no tenían ninguna razón para no prestar grandes servicios durante el verano. No se hicieron, pues, de rogar para ponerse sus arneses de viaje.

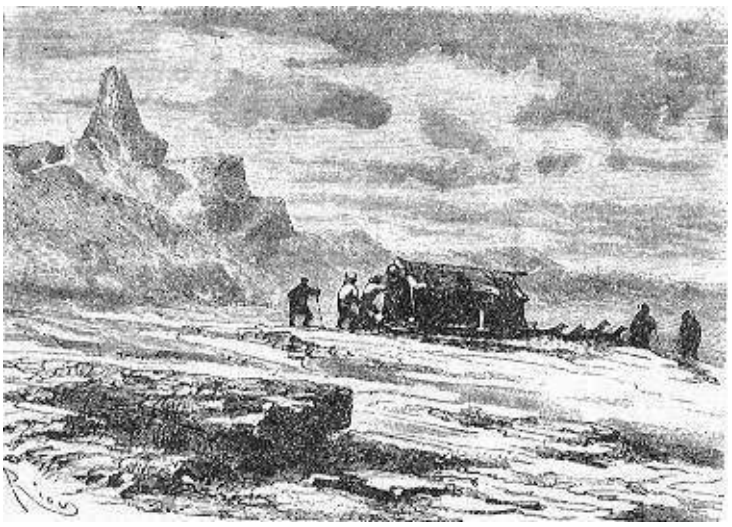
Eran aquellos perros groenlandeses muy honrados animales. Su salvaje naturaleza se había modificado poco a poco; perdían cada día más la semejanza que tenían con el lobo, para irse pareciendo a *Duck*, el más acabado modelo de la raza canina; en una palabra, se civilizaban.

Duck podía indudablemente reclamar una parte en su educación, él les había dado lecciones de compañerismo y predicaba con el ejemplo; en calidad de inglés, muy puntilloso en cuestiones de urbanidad, tardó mucho tiempo en familiarizarse con perros «que no le habían sido presentados en debida forma», y al principio no les dirigió la palabra; pero a fuerza de participar de los mismos peligros, de las mismas privaciones y de la misma fortuna, contrajo poco a poco relaciones íntimas con animales de raza tan diferente. *Duck*, que tenía buen corazón, dio los primeros pasos, y toda la gente de cuatro patas formó luego una sola familia.

El doctor acariciaba a los groenlandeses, y *Duck* no tenía envidia de aquellas caricias distribuidas entre sus congéneres.

No se hallaban los hombres en peor estado que los animales, y si éstos debían tirar mucho, aquéllos se habían propuesto no andar menos.

Se partió a las seis de la mañana estando el tiempo hermoso. Después de haber dado vuelta a la bahía y doblado el cabo de Washington, Hatteras trazó directamente el camino hacia el Norte, y a las siete los viajeros perdían de vista en el Sur el cono del faro y el «Fuerte Providencia».



El viaje se presentaba bien, y sobre todo mucho mejor que la expedición en busca de carbón emprendida en pleno invierno. Hatteras dejaba entonces en pos, a bordo de su buque, la revuelta y la

desesperación, sin estar seguro de la existencia del objetivo hacia el cual se dirigía, abandonaba una tripulación medio muerta de frío; partía con compañeros debilitados por las miserias de un invierno ártico, y él, el hombre del Norte, volvía hacia el Sur. Ahora, al contrario, rodeado de amigos vigorosos y sanos, sostenido, alentado, empujado, marchaba al Polo, al sueño dorado de toda su vida. Nunca hombre alguno había estado tan próximo a adquirir esta gloria inmensa para su país y para sí mismo.

¿Pensaba en todas estas cosas tan naturalmente inspiradas por la situación presente? El doctor se complacía en suponerlo, y de ello no podía dudar viéndole tan afanoso. El buen Clawbonny gozaba pensando en lo que gozaba su amigo, y desde la reconciliación de los dos capitanes, de sus dos amigos, se consideraba el más feliz de los hombres, él, la mejor de las criaturas, incapaz de concebir una idea de odio, envidia o competencia. ¿Cuál sería el resultado de aquel viaje? Lo ignoraba, pero empezaba bien y esto era ya mucho.

En el Oeste, la costa occidental de la Nueva América se prolongaba más allá del cabo Washington, formando sucesivas bahías. Los viajeros, para evitar aquella inmensa curva, después de haber salvado las primeras pendientes del monte Bell, se dirigieron hacia el Norte por las mesetas superiores. Así se economizaba mucho camino. Hatteras quería, a no ser que a ello se opusiesen obstáculos imprevistos de estrechos o de montañas, trazar una línea recta de trescientas cincuenta millas desde «Fuerte Providencia» hasta el Polo.

El viaje se hacía cómodamente. Las llanuras alteradas ofrecían vastos tapices blancos, sobre los cuales el trineo, con los aros debidamente azufrados, se deslizaba con facilidad, y los hombres, calzados con sus *snow-shoes*, andaban con paso seguro y rápido.

El termómetro indicaba 37° (+3° centígrados). El tiempo no era estable en absoluto, pues tan pronto se presentaba claro como nuboso; pero ni el frío, ni los torbellinos hubieran detenido a viajeros tan decididos a seguir adelante.

El camino con el compás náutico se trazaba fácilmente. Alejándose del polo magnético, la aguja se volvía menos perezosa, y ya no oscilaba. Verdad es que, dejando atrás el punto magnético, la aguja se volvía hacia él, y marcaba, si así puede decirse, el Sur a gentes que marchaban hacia el Norte, pero esta indicación inversa no complicaba ni dificultaba ningún cálculo.

Además, el doctor inventó un sistema de miras de alineación muy sencillo, que evitaba recurrir incesantemente a la brújula. Una vez establecida la posición, los viajeros en los días claros se fijaban en un objeto exactamente colocado al Norte y situado a dos o tres millas de donde ellos se hallaban. Entonces marchaban hacia él hasta que lo habían alcanzado, después escogían otro siguiendo la misma dirección, y así sucesivamente.

Durante los primeros días del viaje, anduvieron a razón de veinte millas por doce horas. El resto del tiempo se invertía en comer y descansar, bastando la tienda para preservarles del frío durante las horas del sueño.

La temperatura tendía a elevarse. La nieve se licuaba enteramente en algunos puntos expuestos al sol, al paso que en otros conservaba su blancura inmaculada. Charcos de agua y hasta verdaderos estanques, que podían casi pasar por lagos, se formaban en distintas direcciones, hundiéndose a veces en ellos los viajeros hasta media pierna, lo que les hacía reír mucho; sobre todo al doctor, a quien hacían feliz aquellos baños inesperados.

—El agua —decía— no tiene en este país permiso para mojamos. Es un elemento que aquí sólo tiene derecho al estado sólido y al estado gaseoso. En cuanto al estado líquido, es un abuso. Hielo o vapor, conforme; pero agua, nunca.

Durante la marcha, no se había olvidado la caza para procurarse una alimentación fresca. Altamont y Bell, sin separarse demasiado, recorrían los barrancos próximos, y mataban ptarmiganos, gansos y algunas liebres grises; pero no tardaron los animales en volverse tímidos y ariscos, y huían desde muy lejos. Sin *Duck*, algunos días los cazadores hubieran hecho muy poco negocio.

Hatteras les recomendaba que no se alejasen más allá de una milla, porque no quería perder un día, ni una hora, y no podían contar más que con tres meses de buen tiempo.

Era, además, preciso que ocupasen todos su puesto junto al trineo cuando se llegaba a algún punto difícil, a alguna garganta estrecha, a algunas cuestas muy pronunciadas que tenían que pasarse. Entonces todos tiraban del vehículo y lo empujaban o sostenían y más de una vez hubo necesidad de descargarlo de todo, lo que no era aún suficiente para prevenir choques, y por consiguiente averías, que Bell reparaba del mejor modo posible.

El tercer día, miércoles 26 de junio, los viajeros encontraron un lago que tenía bastante extensión, y se hallaba aún enteramente helado a consecuencia de su orientación al abrigo del sol, siendo su hielo bastante duro para soportar el peso de los viajeros y del trineo. Aquel hielo procedía, al parecer, de muchos inviernos, pues el lago, atendida su posición, no debía deshelarse nunca. Era un espejo compacto contra el cual nada podían los veranos árticos, y esta observación se hallaba confirmada por sus orillas rodeadas de una nieve seca, cuyas capas inferiores pertenecían sin duda a años precedentes.

Desde aquel momento el país se deprimió sensiblemente, de lo que el doctor dedujo que no podía tener mucha extensión hacia el Norte, siendo además muy verosímil que la Nueva América no fuese más que una isla y no se desenvolviese hasta el mismo

Polo. El terreno poco a poco se iba haciendo llano, y sólo hacia el Oeste se levantaban algunas humildes colinas niveladas por el alejamiento y envueltas en una bruma azulada.

Hasta entonces la expedición se hizo sin fatiga. Lo único que molestaba a los viajeros era la reverberación en la nieve de los rayos solares. Aquella reflexión intensa podía acarrearles *snow-blindness*[43], que era imposible evitar. Para eludir este inconveniente, en cualquier otro tiempo hubieran viajado de noche, pero entonces no había noche. Afortunadamente, la nieve tendía a derretirse, con gran alegría de los caminantes, y perdía mucho de su brillo cuando estaba próxima a convertirse en agua.

El 28 de junio la temperatura se elevó a 45° sobre cero (+ 7° centígrados). Esta subida termométrica se presentó acompañada de una lluvia abundante, que los viajeros recibieron estoicamente, y hasta con gusto, porque aceleraba la licuación de las nieves. Fue menester ponerse el calzado de piel de reno, y variar el sistema de deslizamiento del trineo. La marcha sufrió algún retraso, pero como no había obstáculos serios, se avanzaba más o menos.

Algunas veces el doctor cogía en el camino piedras redondeadas o chatas, a la manera de los guijarros gastados por el movimiento de las olas, y entonces se creía muy cerca del mar polar. Sin embargo, la llanura se extendía sin cesar a cuanto alcanzaba la vista.

La llanura no ofrecía ningún vestigio de vivienda, ni chozas, ni *cairns*, ni escondrijos de esquimales. Nuestros viajeros eran evidentemente los primeros que pisaban aquella nueva comarca. Los groenlandeses, cuyas tribus pueblan las tierras árticas, no llegaban nunca tan lejos, y, sin embargo, en aquel país la caza hubiera sido fructuosa para aquellos desgraciados siempre hambrientos. Se veían de cuando en cuando algunos osos a sotavento que seguían a la pequeña caravana, sin manifestar intención de atacarla. A lo lejos aparecían toros almizclados formando numerosas manadas. Se veían también renos, de los que el doctor hubiera querido apoderarse para reforzar el tiro del trineo, pero se manifestaban muy recelosos y era imposible coger ninguno vivo.

El día 29, Bell mató una zorra, y Altamont tuvo la fortuna de derribar un toro almizclero de regular tamaño, después de haber dado a sus compañeros una alta idea de su destreza y sangre fría. Era verdaderamente un cazador maravilloso, y el doctor, que sabía lo que era cazar, lo admiraba mucho. El toro fue descuartizado, y suministró un alimento fresco y abundante.

Aquellas casuales comidas, sanas y suculentas, eran siempre bien recibidas. Los menos glotones no podían abstenerse de dirigir miradas de satisfacción a las tajadas de carne fresca. El doctor se reía de sí mismo, cuando se sorprendía en éxtasis delante de ellas.

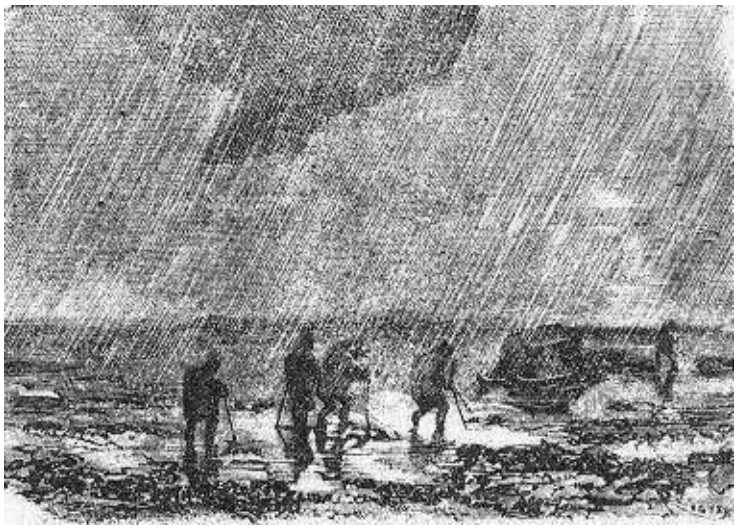
—No nos hagamos los desganados —decía—, la comida es una cosa importante en las expediciones polares.

—Sobre todo —respondió Johnson— cuando depende de un disparo más o menos certero.

—Tenéis razón, estimado Johnson —replicaba el doctor—; y se piensa menos en comer cuando se sabe que están los pucheros cociendo con regularidad en los hornillos de la cocina.

El 30, el país, contra todas las previsiones, se presentó muy accidentado, como si lo hubiese sacudido una conmoción volcánica. Los conos y los picachos agudos se multiplicaban hasta lo infinito, y algunos eran gigantescos.

Empezó a soplar con violencia una brisa del Sudeste que degeneró pronto en un verdadero huracán. Mugía por entre los peñascos coronados de nieve y las montañas de hielo, las cuales, no obstante hallarse en tierra firme, afectaban formas de *hummocks* y de *icebergs*. Su presencia en aquellas elevadas mesetas era inexplicable hasta para el doctor, que sabía explicarlo todo.

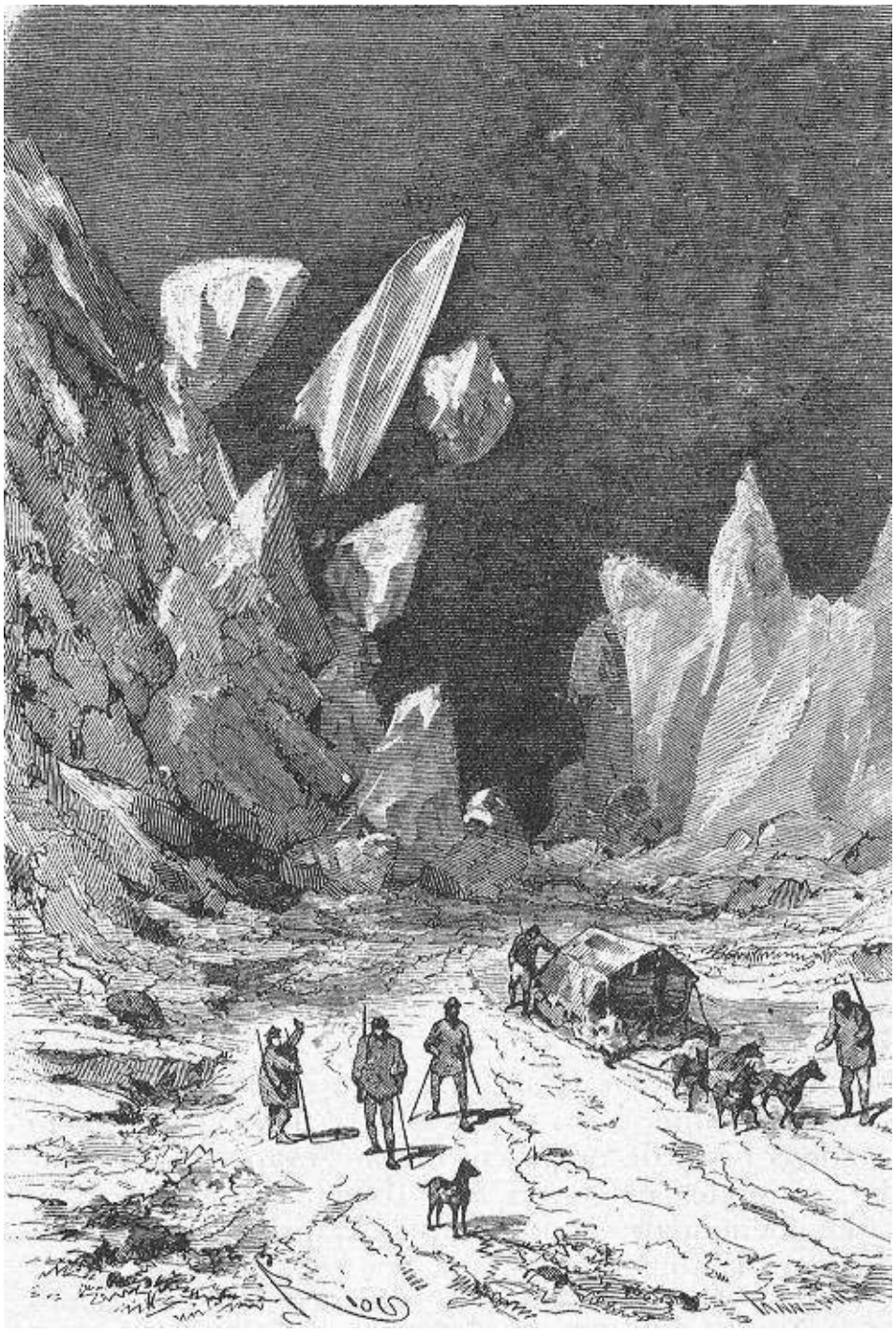


Sucedió a la tempestad un tiempo caliente y húmedo, que produjo un general deshielo. Resonaban en todas direcciones los chasquidos de los témpanos mezclados con el estrépito más imponente de los aludes.

Los viajeros evitaban cuidadosamente el paso por las laderas de las colinas, y hasta se abstenían de hablar alto, porque el ruido de la voz podía, agitando el aire, determinar catástrofes. Eran testigos de derrumbamientos frecuentes y terribles que no habrían tenido tiempo de prever, porque el carácter principal de los aludes polares es su espantosa instantaneidad, en lo que se diferencia de los de Suiza y Noruega, donde se forma una bola, poco considerable en un principio, que creciendo por la yuxtaposición o asimilación de las nieves y de las rocas que encuentra al paso, cae con una rapidez progresiva, devasta los bosques, derriba las aldeas, pero emplea en precipitarse un tiempo susceptible de ser apreciado. No sucede lo mismo en las comarcas atacadas por el frío ártico. La dislocación de la mole de hielo es en ellas inesperada, fulminante. Parte y cae instantáneamente, y el que la viese oscilar en su

línea de proyección sería inevitablemente aplastado por ella. No es más rápida la bala de cañón, no es más pronto el rayo. Desprenderse, caer y aplastar es todo una cosa para el alud de las tierras boreales, el cual rueda con el formidable retumbar de los truenos, encontrando repercusiones extrañas de ecos más plañideros que ruidosos.

Así, pues, delante de los atónitos espectadores, se producían algunas veces verdaderas transformaciones que podían seguirse con la vista. El país se metamorfoseaba, la montaña se convertía en llanura bajo la atracción de un deshielo repentino; cuando el agua del cielo, infiltrada en las hendiduras de las grandes moles, se solidificaba por el frío de una sola noche, rompía entonces todo obstáculo por su irresistible expansión, más poderosa aún pasando al estado de hielo que pasando al estado de vapor, y el fenómeno se cumplía con una espontaneidad espantosa.

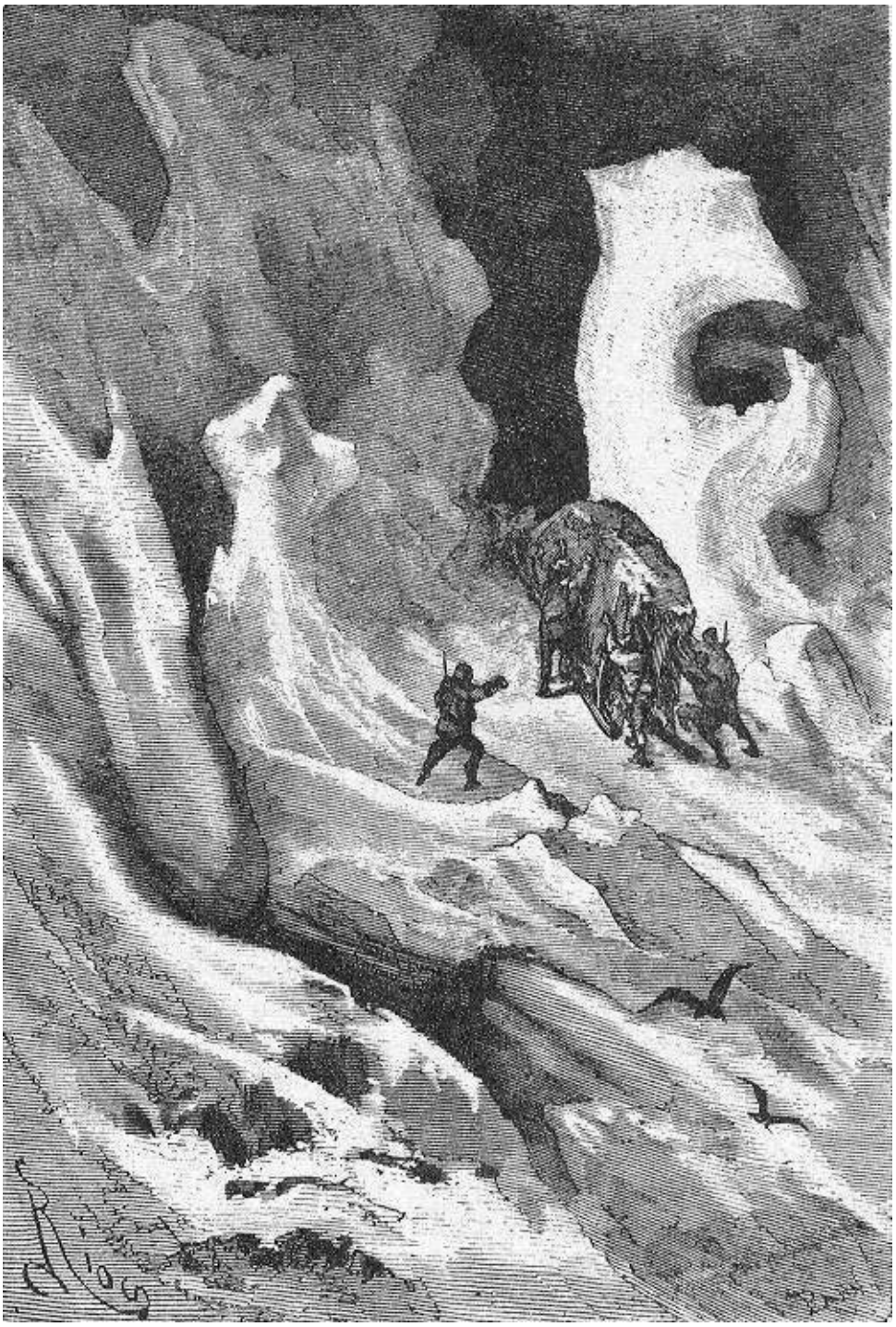


Afortunadamente, ninguna catástrofe sobrevino al trineo ni a sus conductores. Se tomaron precauciones y se evitó todo peligro. Además, aquel país erizado de crestas, de picos, de lomas y de

icebergs, no tenía una gran extensión, y tres días después, el 3 de julio, los viajeros se encontraron en llanuras más fáciles.

Pero entonces un nuevo fenómeno sorprendió sus miradas, un fenómeno que por espacio de mucho tiempo excitó las pacientes investigaciones de los sabios de los dos mundos. La pequeña caravana seguía una cordillera de colinas que tendría unos cincuenta pies de extensión, la cual se extendía a muchas millas, pero de una nieve enteramente roja.

Se concibe la sorpresa que experimentaron todos. Eran comprensibles sus exclamaciones, y hasta el primer efecto algo aterrador de aquella larga cortina carmesí. El doctor se apresuró, ya que no a tranquilizar, al menos a instruir a sus compañeros; conocía aquella particularidad de las nieves rojas, y los trabajos de análisis químicos hechos sobre el particular por Wollaston, Candolle y Baüer. Dijo, pues, que aquella nieve se encuentra, no sólo en las comarcas árticas, sino también en Suiza, en medio de los Alpes. De Saussure recogió una gran cantidad de ella en el Breven, en 1760, y después los capitanes Ross, Sabine y otros navegantes, la recogieron en abundancia en sus expediciones boreales.



Altamont interrogó al doctor sobre la naturaleza de aquella sustancia extraordinaria, y el doctor le dijo que aquel color procedía únicamente de la presencia de corpúsculos orgánicos. Durante mucho tiempo los químicos se preguntaron si aquellos corpúsculos eran de naturaleza animal o vegetal; pero reconocieron al fin que pertenecían a la familia de los hongos microscópicos del género *Uredo*, llamado por Baüer *Uredo nivalis*.

Entonces el doctor, hundiendo en la nieve su bastón con punta de hierro, hizo ver a sus compañeros que la capa de color escarlata medía 9 pies de profundidad, y les dio a entender el número que en un espacio de muchas millas podía haber de aquellos hongos, de los cuales los sabios contaron 43.000 en un centímetro cuadrado.

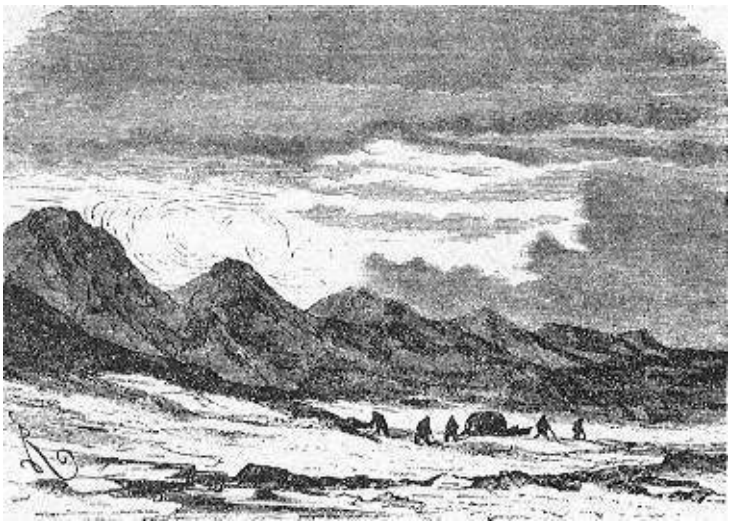
Aquel color, según la disposición de la vertiente, debía remontarse a un tiempo muy remoto, porque aquellos hongos no se descomponen por la evaporación ni por la licuación de las nieves, y su color no se altera.

El fenómeno, aun después de explicado, no pareció menos extraño a los compañeros del doctor. El

color rojo no se halla muy esparcido en extensas zonas de la Naturaleza. La reverberación de los rayos del sol en aquel tapiz de púrpura producía efectos extraños, dando a los objetos circundantes, a las rocas, a los hombres y a los animales, un matiz de fuego, como si estuviesen alumbrados por una antorcha interior, y cuando aquella nieve se licuaba, parecía que arroyos de sangre corrían debajo de los pies de los viajeros.

El doctor, que no había podido examinar aquella sustancia, cuando la vio, en los picos carmesíes del mar de Baffin, teniéndola entonces a discreción, cogió no poca y la embotelló cuidadosamente.

Aquel terreno rojo, aquel «Campo de sangre», como él lo llamó, no se dejó atrás sino después de tres horas de marcha, y el país recobró su habitual aspecto.



Capítulo XX

HUELLAS EN LA NIEVE

EL día 4 de julio se pasó en medio de una niebla muy espesa. El camino del Norte no se pudo seguir sino con las mayores dificultades, siendo a cada instante preciso el compás náutico para verificarlo. Por fortuna, no sobrevino durante la oscuridad más accidente que el haber perdido Bell sus *snow-shoes*, que se rompieron contra el borde cortante de una roca.

—A fe mía —dijo Johnson—, yo me figuraba que después de haber frecuentado el Mersey y el Támesis estábamos curados de espantos en materia de nieblas, pero veo que me engañaba.

—Pues bien —respondió Bell—, deberíamos encender antorchas, como suele hacerse en Londres o en Liverpool.

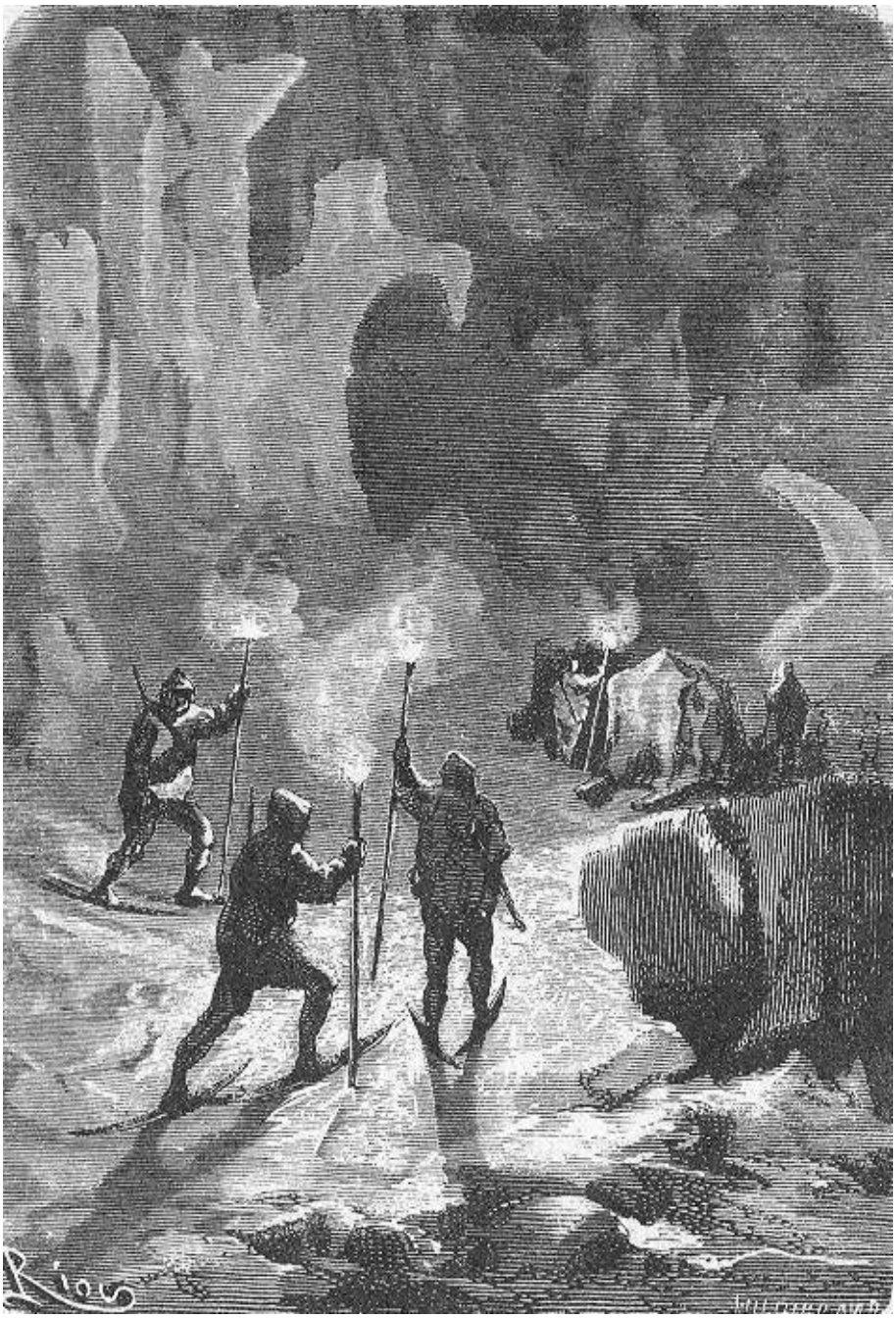
—¿Por qué no? —replicó el doctor—. La idea es buena; no se alumbraría mucho el camino, pero al menos se vería al guía y seguiríamos mejor la línea recta.

—Pero ¿cómo lo haríamos —dijo Bell— para procurarnos antorchas?

—Con estopa empapada en espíritu de vino y puesta en un extremo de nuestros palos.

—Bien pensado —respondió Johnson—; y es cosa que puede hacerse, desde luego.

Un cuarto de hora después, la comitiva volvía a emprender su marcha al resplandor de las antorchas en medio de la húmeda oscuridad.



Pero aunque se seguía mejor la línea recta, no por eso se andaba más de prisa, y los tenebrosos vapores no se disiparon hasta el 6 de julio, en cuya época se enfrió la atmósfera, y un viento del Norte bastante fuerte se llevó toda aquella niebla como los harapos de una túnica destrozada.

El doctor fijó inmediatamente la posición, y vio que los viajeros, durante la niebla, no habían andado por término medio más que 8 millas diarias.

El 6 se trató de ganar el tiempo perdido, y se partió muy de madrugada. Altamont y Bell formaron la vanguardia, sondeando el terreno y procurando levantar la caza. *Duck* les acompañaba. El tiempo, con su asombrosa movilidad, se había puesto muy claro y muy seco, y aunque los guías se hallaban a dos millas del trineo, el doctor no perdía de vista ninguno de sus movimientos.

Quedó asombrado viéndoles detenerse de repente y tomar una actitud de sorpresa. Parecía que miraban ansiosamente a lo lejos como si interrogasen al horizonte.

Después, agachándose, examinaban con atención y se levantaban sorprendidos. Bell, al parecer, quería seguir adelante, pero Altamont lo contuvo.

—¿Qué están haciendo? —dijo el doctor a Johnson.

—Los examino como vos, señor Clawbonny —respondió el viejo marino—, y no comprendo sus ademanes.

—Habrán encontrado huellas de animales —dijo Hatteras.

—No puede ser —contestó el doctor.

—¿Por qué?

—Porque *Duck* ladraría.

—Huellas son, sin embargo, lo que observan.

—Adelante —dijo Hatteras—. Pronto sabremos a qué atenernos.

Johnson excitó a los perros, los cuales tomaron un trote más rápido.

Veinte minutos después, los cinco viajeros estaban reunidos, y Hatteras, el doctor y Johnson participaban de la sorpresa de Bell y Altamont.

En efecto, huellas de hombres, visibles, incontestables y frescas, como si fuesen de la víspera, se veían diseminadas por la nieve.

—Son esquimales —dijo Hatteras.

—En efecto —respondió el doctor—, he aquí las impresiones de sus abarcas.

—¿Lo creéis? —dijo Hatteras.

—Es indudable.

—¿Qué me decís de esta pisada? —repuso Altamont, indicando una huella varias veces repetida.

—¿Esta pisada?

—¿Os parece que es de un esquimal?

El doctor miró atentamente y quedó atónito. La impresión de un zapato europeo con sus clavos, su suela y su tacón, estaba profundamente marcada en la nieve. No había duda; un hombre, un extranjero había pasado por allí.

—¡Europeos aquí! —exclamó Hatteras.

—Evidentemente —dijo Johnson.

—Y, sin embargo —dijo el doctor—, es el hecho tan improbable que es preciso pensarlo más de una vez antes de decidirse.

El doctor examinó de nuevo las pisadas y las volvió a examinar, y se vio obligado a reconocer su origen extraordinario.

No quedó más asombrado el héroe de Daniel Defoe cuando encontró la huella de un pie en la arena de su isla; pero lo que él experimentó fue miedo, y lo que experimentaba Hatteras era despecho. ¡Un europeo tan cerca del Polo!

Se siguió adelante para reconocer aquellas huellas, que se repetían en un trayecto de un cuarto de milla, mezcladas con otras de abarcas y mocasines, y luego continuaban hacia el Oeste.

—No —respondió Hatteras—. Vámonos…

Fue interrumpido por una exclamación del doctor, que encontró en la nieve un objeto aún más convincente, acerca de cuyo origen no podía caber duda. Era el objetivo de un anteojo de bolsillo.

—¡Ahora —dijo— no se puede ya dudar de la presencia de un extranjero en esta tierra!

—¡Adelante! —exclamó Hatteras.

Y con tanta energía pronunció esta palabra, que todos lo siguieron. El trineo volvió a emprender su marcha un momento interrumpida.

Todos examinaban el horizonte con ansiedad, todos menos Hatteras, a quien animaba una cólera sorda y no quería ver nada. Sin embargo, como se corría el riesgo de tropezar con un grupo de viajeros, era menester tomar precauciones. Era en verdad una gran desgracia verse precedido en aquel camino ignorado. El doctor, sin experimentar la cólera de Hatteras, no dejaba de sentir cierto despecho a pesar

de su filosofía habitual. Altamont parecía también vejado, y Johnson y Bell murmuraban entre dientes palabras amenazadoras.

—Paciencia —dijo al fin el doctor—; hagamos de tripas corazón.

—Preciso es confesar —dijo Johnson, sin que Altamont le oyese— que sería mala suerte hacer un viaje al Polo, y encontrar el sitio tomado.

—Y, sin embargo —respondió Bell—, no cabe la menor duda…

—Ninguna —replicó el doctor—. Yo me devano los sesos para explicarme la aventura, y aunque me parece improbable, imposible, tengo que rendirme a la evidencia. Aquel zapato no habría dejado huella sobre la nieve sin hallarse en el extremo de una pierna, y sin que esta pierna estuviese unida a un cuerpo humano. Si fuesen esquimales, pase, ¡pero un europeo!

—El hecho es —respondió Johnson— que si encontramos que nos han cogido las camas en la posada del extremo del mundo, el chasco será solemne.

—Muy solemne —respondió Altamont.

—En fin, allá veremos —dijo el doctor.

Y se siguió la marcha.

Aquel día pasó sin que ningún hecho nuevo confirmase la presencia de extranjeros en aquella parte de Nueva América, y los viajeros establecieron su campamento para pasar la noche.

Habiéndose dirigido al Norte un viento bastante fuerte, fue preciso buscar para la tienda un abrigo seguro en una hondonada. El cielo estaba amenazador; prolongadas nubes surcaban el aire con mucha rapidez, besando casi la tierra, y la vista podía difícilmente seguirlas en su desenfrenado curso. Algunas veces, jirones de aquellas nubes se arrastraban por el suelo, y no sin grandes dificultades podía la tienda resistir los embates del huracán.

—Mala noche se prepara —dijo Johnson, después de cenan

—No será fría, pero será estrepitosa —respondió el doctor—. Tomemos precauciones y aseguremos la tienda con grandes piedras.

—Tenéis razón, señor Clawbonny; si el huracán se nos llevase nuestro abrigo de lienzo, Dios sabe dónde lo alcanzaríamos.

Se tomaron las más minuciosas precauciones para conjurar aquel peligro, y los viajeros, fatigados, procuraron dormirse.

Pero no les fue posible. La tempestad se había desencadenado y se precipitaba del Sur al Norte con una incomparable violencia. Las nubes se desparramaban por el espacio como el vapor fuera de una caldera que acabara de reventar; los últimos aludes, a impulsos del huracán, caían al fondo de los valles, y los ecos les contestaban con sordas repercusiones; la atmósfera parecía ser teatro de un combate a muerte entre el aire y el agua, dos elementos formidables en sus cóleras, y sólo el fuego faltaba a la batalla.

El oído sobreexcitado percibía en la confusión general de los ruidos particulares, no el rumor que acompaña la caída de los cuerpos pesados, sino el chasquido claro de los cuerpos que se rompen. Se oían distintamente sonidos claros y tersos, como los del acero que se rompe, en medio de los mugidos *prolongados* de la tempestad.

Estos últimos se explicaban naturalmente por los aludes que los torbellinos retorcían, pero el doctor no sabía a qué atribuir los otros.

Aprovechándose de los instantes de silenciosa ansiedad, durante los cuales parecía que el huracán tomaba aliento para soplar con más violencia, los viajeros se daban cuenta unos a otros de sus respectivas suposiciones.

—Se producen choques —decía el doctor—, como si hubiese un combate entre los *icebergs* y los *icefields*.

—Sí —respondió Altamont—. Diríase que la corteza de la Tierra salta toda entera. ¿Oís?

—Si estuviésemos cerca del mar —añadía el doctor— creería verdaderamente en un rompimiento de los hielos.

—En efecto —respondió Johnson—, este ruido no tiene otra explicación.

—¿Habremos llegado a la costa? —dijo Hatteras.

—No sería imposible —respondió el doctor—. Oíd —añadió después de un chasquido sumamente violento—, ¿no se diría que tenemos cerca una dislocación de los hielos? Muy posible es que estemos cerca del océano.

—Si así fuese —repuso Hatteras—, no vacilaría en lanzarme por entre los campos de hielo.

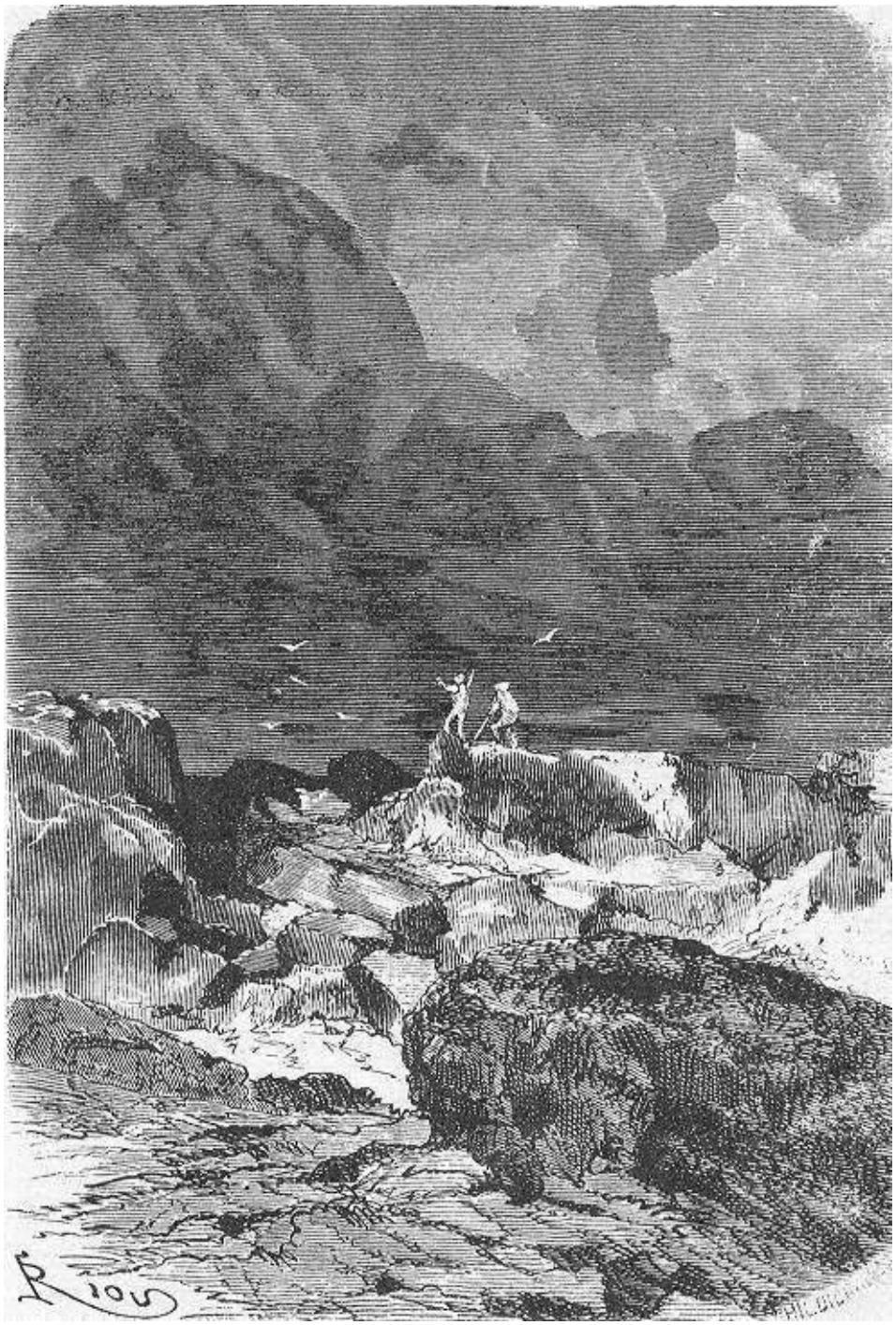
—¡Oh! —exclamó el doctor—. Una tempestad semejante ha de haber quebrantado necesariamente los hielos. Mañana veremos. Lo que es esta noche, si hay alguno que viaje, le compadezco con toda mi alma.

El huracán duró diez horas sin interrupción, y ninguno de los huéspedes de la tienda pudo cerrar los ojos, pues pasaron toda la noche profundamente inquietos.

En efecto, en circunstancias como aquéllas, cualquier incidente nuevo, una tempestad, un alud, podía ocasionar retrasos graves. El doctor hubiera querido salir de la tienda para reconocer el estado de la atmósfera; pero ¿cómo aventurarse estando el viento tan desencadenado?

Afortunadamente, al amanecer se apaciguó el huracán y se pudo salir de la tienda, la cual había resistido valerosamente. El doctor, Hatteras y Johnson se dirigieron a una colina que tendría unos trescientos pies de elevación, y con bastante facilidad se encaramaron por ella.

Sus miradas se pasearon entonces por un país metamorfoseado, compuesto de rocas vivas, de agudos picos y completamente desprovisto de hielo. Aquello era el verano que sucedía de improviso al invierno expulsado por la tempestad; la nieve, cortada por el huracán como por una hoja afilada, no había tenido tiempo de convertirse en agua, y aparecía la tierra con toda su aspereza primitiva.



Pero hacia el Norte se dirigieron rápidamente las miradas de Hatteras, y allí el horizonte parecía bañado en negros vapores.

—Aquellos vapores oscuros —dijo el doctor— podrían muy bien ser producidos por el océano.

—Tenéis razón —respondió Hatteras—, el mar debe de estar allí.

—Aquel color es el que nosotros llamamos el *blinck* del agua libre —dijo Johnson.

—Precisamente —repuso el doctor.

—¡Pues bien, al trineo —exclamó Hatteras—; y marchemos a este nuevo océano!

—Eso os alegra el corazón —dijo Clawbonny al capitán.

—Sí, por cierto —respondió éste con entusiasmo—. ¡Antes de muy poco habremos alcanzado el Polo! Y a vos, mi querido doctor, ¿no os hace feliz esta perspectiva?

—¡Oh! ¡A mí todo me hace feliz, y principalmente la felicidad de los otros!

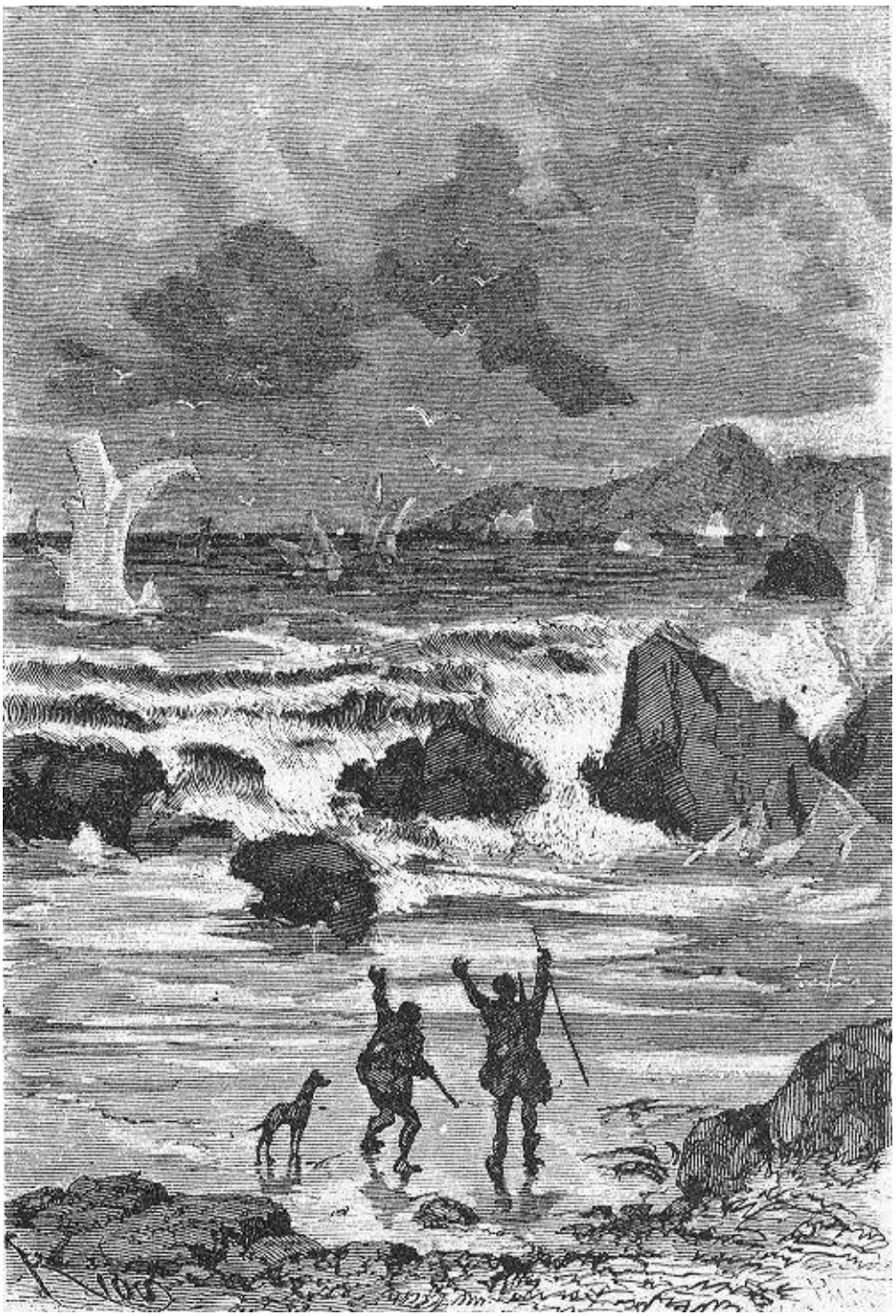
Los tres ingleses volvieron a la hondonada, y, preparado el trineo, se levantó el campo. Volvióse a emprender la marcha, temiendo todos encontrar de nuevo las huellas del día anterior; pero durante el

resto del camino no se presentó ningún rastro de extranjeros ni de indígenas. Tres horas después, los viajeros llegaban a la costa.

—¡El mar! ¡El mar! —Clamaban todos a la vez.

—¡Y el mar libre! —gritó el capitán.

Eran las diez de la mañana.



En efecto, el huracán había barrido el mar polar; los témpanos, quebrantados y removidos, se agitaban en todas direcciones; los mayores, formando *icebergs*, acababan de «levar el ancla», según la expresión de los marinos, y flotaban en el mar libre. El campo había sido rudamente asaltado por el viento y una capa de láminas delgadas, de granizo y de polvo de hielo estaba esparcida por los peñascos circundantes. Lo poco que quedaba del *icefield* al nivel de la playa, parecía podrido; en las rocas, donde se estrellaban las olas, verdeaban anchas algas marinas y racimos de uvas o lechugas de mar.

El océano se extendía más allá del alcance de la vista, sin que ninguna isla, ninguna tierra nueva, limitase el horizonte.

La costa, en el Este y el Oeste, formaba dos cabos que en suave pendiente iba a perderse en medio de las olas. El oleaje se rompía en su extremidad, y una ligera espuma se agitaba a impulsos del viento como una blanca sábana. Así moría la tierra de Nueva América en el océano polar, sin convulsiones, tranquila y ligeramente inclinada. Se redondeaba en forma de bahía muy abierta y constituía una ensenada de herradura limitada por los dos promontorios. En el centro, una roca saliente formaba un ancón natural abrigado por tres lados, que penetraba en la tierra por el ancho lecho de un río, el cual era el camino ordinario de las nieves licuadas después del invierno, y que en aquella ocasión era un torrente.

Hatteras, después de darse cuenta de la configuración de la costa, resolvió hacer en aquel mismo día los preparativos de marcha: echar al mar la falúa, desmontar el trineo y conservarlo para las excursiones sucesivas.

Todos los preparativos podían ocupar el resto del día. Se levantó, pues, la tienda, y después de una comida abundante empezóse a trabajar. Entretanto, el doctor cogió sus instrumentos para orientarse y levantar el plano hidrográfico de una parte de la bahía.

Hatteras activaba el trabajo, porque tenía mucha prisa en partir, deseando pisar la tierra firme y coger la delantera, en el caso de que llegase al mar un grupo de hombres.

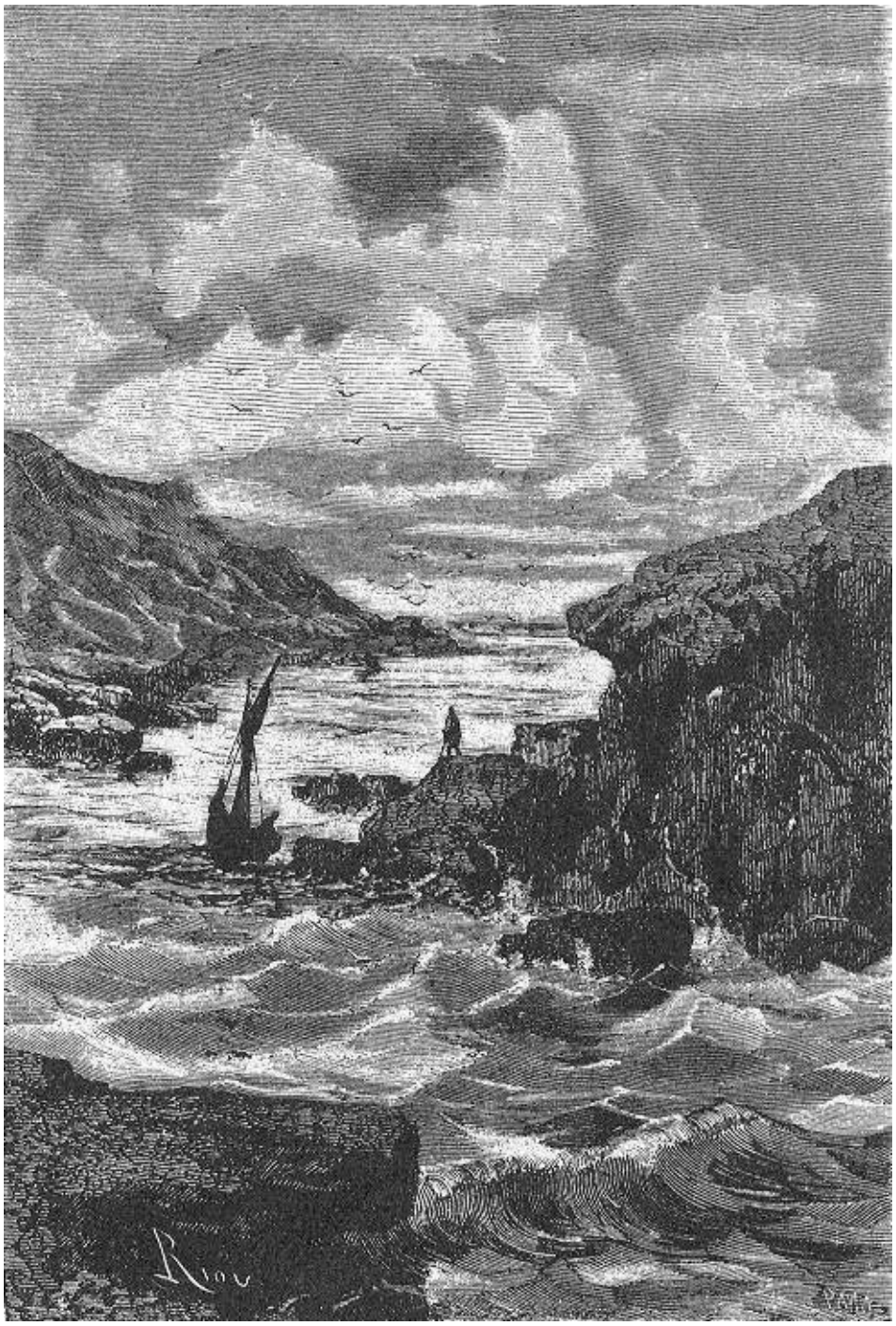
A las cinco de la tarde Johnson y Bell podían ya cruzarse de brazos. La falúa se balanceaba graciosamente en el pequeño ancón, con el palo erguido, arriado el foque y cargado el trinquete. A ella se habían transportado las provisiones y las partes desmontadas del trineo, no quedando más para embarcar al día siguiente que la tienda y algunos avíos del campamento.

El doctor, a su vuelta, halló terminados todos los aprestos. Viendo la falúa tranquila y al abrigo de los vientos, pensó en dar un nombre a la rada, y propuso el de Altamont.

La proposición se admitió sin discutirse, y a todos pareció perfectamente justa.

La rada fue, en consecuencia, llamada Puerto Altamont.

Según los cálculos del doctor, se hallaba situado a los 87° 05′ de latitud, y 118° 35′ de longitud al oriente de Greenwich, es decir, a menos de 3 grados del Polo. Los viajeros habían salvado una distancia de 200 millas desde la bahía Victoria hasta Puerto Altamont.



Capítulo XXI

EL MAR LIBRE

AL día siguiente por la mañana, Johnson y Bell procedieron al embarque de los efectos del campamento. A las ocho, los preparativos de marcha estaban terminados. En el momento de dejar aquella costa, el doctor empezó a pensar en los viajeros cuyas huellas se habían encontrado, incidente que no dejaba de preocuparle.

¿Querían aquellos hombres ganar el Polo Norte? ¿Tenían a su disposición algún medio de pasar el océano polar? ¿Se les volvería a encontrar en aquel camino nuevo?

En tres días ningún vestigio había descubierto la presencia de aquellos viajeros, y en verdad que cualesquiera que ellos fuesen, no debían haber llegado a Puerto Altamont, que era un lugar enteramente virgen aún de pasos humanos.

El doctor, sin embargo, perseguido por sus pensamientos, quiso echar al país la última ojeada, y se encaramó a una eminencia que tendría todo lo más cien pies de elevación, pudiendo desde ella recorrer su mirada todo el horizonte del Sur.

Llegado a la cima, miró con el anteojo. ¡Pero cuál fue su sorpresa al notar que nada veía, no ya a lo lejos en las llanuras, sino aun a la distancia de dos pasos! Esto le pareció muy singular, examinó de nuevo, y, al fin, miró su anteojo… Le faltaba el objetivo.

—¡El objetivo! —exclamó.

Se comprende la revelación súbita que se hacía en su mente. Dio un grito bastante fuerte para que sus compañeros le oyesen, y la curiosidad de éstos fue grande viéndole bajar de la colina a toda prisa.

—¿Qué sucede? —preguntó Johnson.

El doctor, sofocado, no pudo en un principio pronunciar una palabra; pero al fin dejó oír las siguientes:

—Las huellas… Los pasos… El destacamento…

—¿Y qué? —preguntó Hatteras—. ¿Extranjeros aquí?

—¡No…! ¡No…! —respondió el doctor—. El objetivo… Mi objetivo…

Y mostraba su incompleto anteojo.

—¡Ah! —exclamó el americano—. ¿Habéis perdido…?

—¡Sí!

—Así, pues, aquellas huellas…

—¡Eran las nuestras, amigos, las nuestras! —exclamó el doctor—. ¡Nos hemos extraviado en la niebla, describimos un círculo y tropezamos con nuestros propios pasos!

—¿Pero aquella impresión de zapatos? —dijo Hatteras.

—Los zapatos de Bell, del mismo Bell, el cual, después de haber hecho pedazos sus *snow-shoes*, anduvo todo el día con zapatos por encima de la nieve.

—Es verdad —dijo Bell.

El error fue tan evidente que todos soltaron una carcajada, a excepción de Hatteras, el cual no era, sin embargo, el que menos se alegraba del descubrimiento.

—Nos hemos puesto bien en ridículo —repuso el doctor, cuando la hilaridad se hubo calmado—. ¡Qué suposiciones hemos hecho! ¡Extranjeros en esta costa! ¡Al diablo no se le ocurre semejante disparate! Decididamente, aquí es necesario reflexionar antes de hablar. En fin, puesto que respecto del particular podemos estar tranquilos, no nos queda que hacer más que partir.

—¡En marcha! —dijo Hatteras.

Un cuarto de hora después, cada cual ocupaba su respectivo asiento en la falúa, y ésta, con su trinquete desplegado e izado su foque, zarpó rápidamente de Puerto Altamont.

Aquella travesía marítima empezaba el miércoles, 10 de julio. Los navegantes se hallaban a una distancia muy corta del Polo, exactamente a 175 millas, y habiendo una tierra situada en aquel punto del Globo, la navegación por mar debía de ser muy breve.

El viento era escaso, pero favorable. El termómetro marcaba 50° sobre cero (+10° centígrados). Hacía, en realidad, calor.

La falúa no había sufrido nada durante su viaje en el trineo. Se hallaba en perfecto estado, y se manejaba fácilmente. Johnson estaba en el timón, y el doctor, Bell y el americano se habían recostado lo mejor posible entre los efectos del viaje, de los cuales algunos había sobre cubierta y otros debajo.

Hatteras, colocado en la proa, tenía fija la mirada en aquel punto misterioso hacia el cual se sentía atraído por una fuerza irresistible, como la aguja imantada hacia el polo magnético. En caso de presentarse alguna costa, quería ser el primero en reconocerla. Tan grande honor le pertenecía realmente.

Notaba, además, que la superficie del océano polar estaba formada de olas pequeñas, tales como se producen en los mares encajonados. En esto veía el indicio de una tierra próxima, y el doctor participaba acerca del particular de su opinión.

Fácil es comprender los motivos que tenía Hatteras para desear con tanto afán encontrar un continente en el Polo Norte. ¡Qué tristeza se hubiera apoderado de él si hubiese visto el mar incierto extenderse allí donde una porción de tierra, por pequeña que fuese, era necesaria a sus proyectos! ¿Cómo dar un nombre especial a un espacio de océano indeterminado? ¿Cómo enarbolar en pleno mar el pabellón de su país? ¿Cómo tomar posesión en nombre de Su Graciosa Majestad de una parte del elemento líquido?

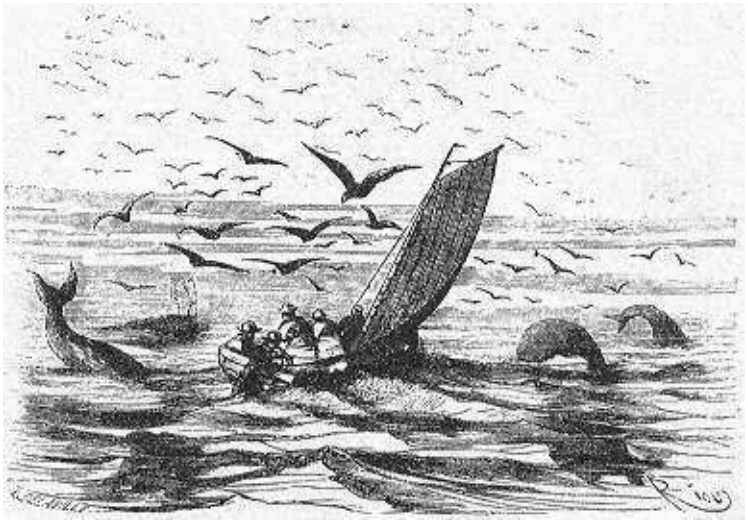
Así es que, sin pestañear y con la brújula en la mano, Hatteras devoraba el Norte con sus miradas.

Nada, sin embargo, limitaba la extensión del mar polar hasta la línea del horizonte. Sus aguas se confundían con el cielo puro de aquellas zonas. Algunas montañas de hielo, huyendo por los lados, querían al parecer abrir paso a aquellos intrépidos navegantes.

El aspecto de aquella región ofrecía caracteres irregularísimos. ¿Dependía aquella impresión de la disposición de ánimo de viajeros muy conmovidos e hipernerviosos? Difícil es decirlo. El doctor, sin embargo, en sus notas diarias describe aquella extraña fisonomía del océano; habla de ella como habla Penny, según el cual, «aquellas comarcas ofrecen al viajero el más raro contraste de un mar animado por millones de criaturas vivientes».

La llanura líquida, matizada de una manera vaga, se mostraba muy transparente y estaba dotada de un increíble poder de dispersión, como si hubiese estado formada de carburo de azufre. Aquella diafanidad permitía registrar el mar con la mirada hasta profundidades inconmensurables. Parecía que el mar polar estaba alumbrado por debajo a la manera de un inmenso acuario. Algún fenómeno eléctrico, producido en el fondo de los mares, iluminaba sin duda las capas más remotas. Así es que la falúa parecía suspendida sobre un abismo sin fondo.

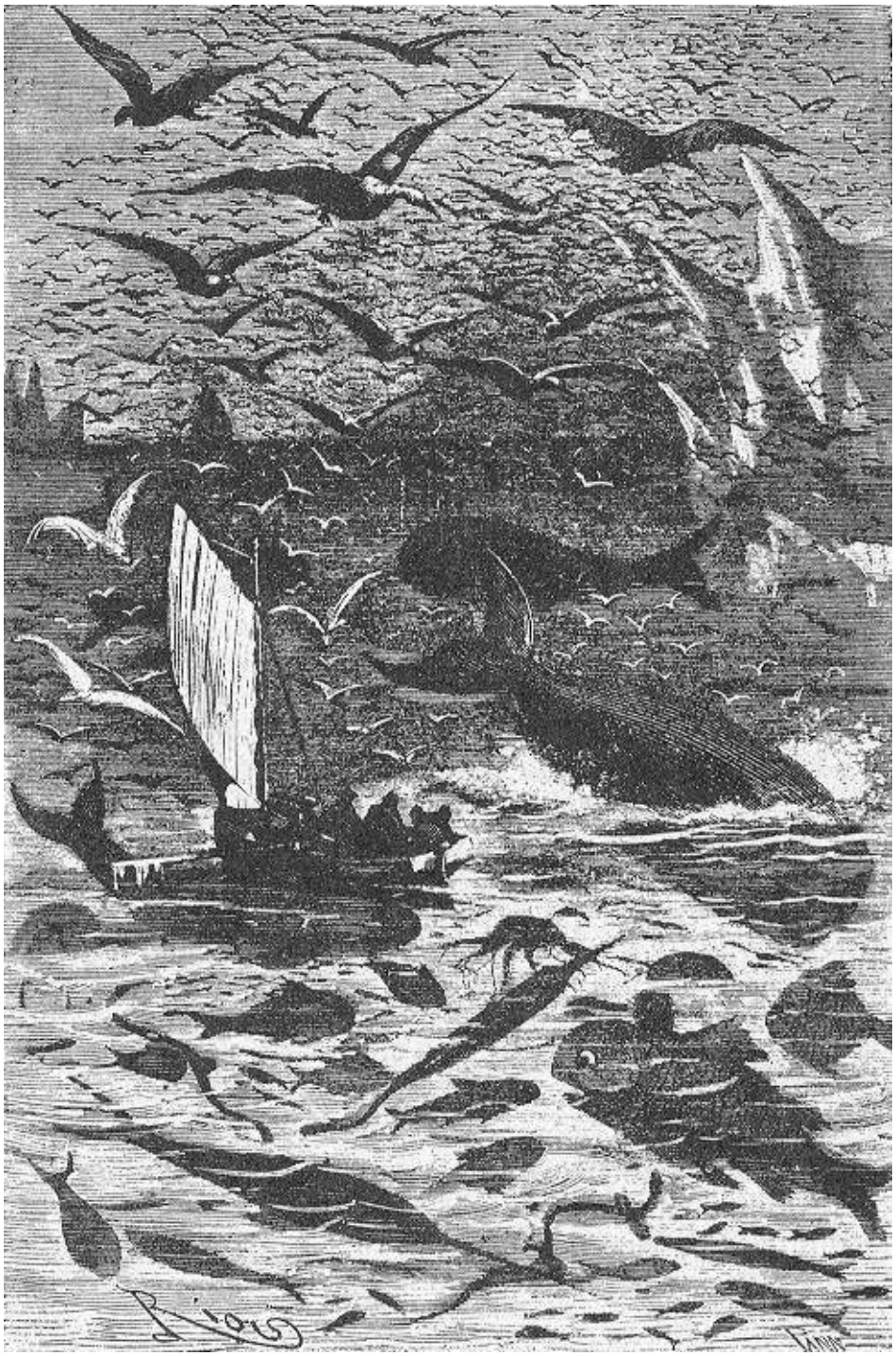
Sobre la superficie de aquellas aguas asombrosas, volaban las aves en numerosas bandadas, semejantes a nubes densas y preñadas de tempestades. Aves de paso, aves de río, aves nadadoras, ofrecían en su conjunto todo el muestrario de la gran familia acuática, desde el albatros, tan común en las comarcas australes, hasta el pingüino de los mares árticos, pero en proporciones gigantescas. Sus gritos producían un ensordecimiento continuo. El doctor, considerándolas, perdía su ciencia de naturalista; se le escapaban de la memoria los nombres de aquellas especies prodigiosas, y se sorprendía hasta el punto de bajar la cabeza, cuando sus alas azotaban el aire con un poder indescriptible.



Algunos de aquellos monstruos aéreos desplegaban hasta veinte pies de envergadura; cubrían enteramente la falúa bajo sus alas, y había allí, por legiones, aves cuya nomenclatura no apareció jamás en el *Index Ornithologus* de Londres.

El doctor estaba aturdido al reconocer la ineficacia de su ciencia.

Después, cuando su mirada, dejando las maravillas del cielo, se deslizaba por la superficie de aquel océano tranquilo, encontraba producciones del reino animal no menos asombrosas, y, entre otras, medusas que tenían hasta treinta pies de longitud, servían para la alimentación general de la muchedumbre aérea, y flotaban como verdaderos islotes en medio de algas y de fucos gigantescos. ¡Qué objeto de asombro! ¡Qué diferencia entre ellas y aquellas otras medusas microscópicas observadas por Scoresby en los mares de Groenlandia, cuyo número evaluó aquel navegante en veintitrés trillones ochocientos ochenta y ocho billones, novecientos mil millones en un espacio de dos millas cuadradas![44].



En fin, cuando, más allá de la superficie líquida, la mirada se abismaba en las aguas transparentes, no era menos sobrenatural el espectáculo que ofrecía aquel elemento surcado por millares de peces de todas las especies, que tan pronto se hundían rápidamente en lo más profundo del abismo, y se les veía disminuir poco a poco, decrecer, borrarse a la manera de espectros fantasmagóricos, como dejaban las profundidades del océano, y subían creciendo a la superficie de las olas. Los monstruos marinos no se asustaban en lo más mínimo al ver la falúa; la acariciaban, al pasar, con sus enormes aletas, y allí donde los balleneros de oficio se hubieran con mucha razón amilanado, los navegantes no tenían siquiera la conciencia de que estaban corriendo algún peligro; y, sin embargo, algunos de aquellos habitantes del mar alcanzaban formidables proporciones.

Las vacas marinas jóvenes retozaban; el narval, fantástico como el unicornio, armado de su larga espada, estrecha y cónica, instrumento maravilloso que le sirve para aserrar los campos de hielo, perseguía a los cetáceos más tímidos; innumerables ballenas que arrojaban por sus espiráculos columnas de agua y de mucílago, poblaban el aire de silbidos muy singulares; el *nord-caper*, de suelta cola y

anchas aletas caudales, hendía las olas con una velocidad inconmensurable, nutriéndose de paso a expensas de animales tan rápidos como él, de *gados* y de *sarghos*, en tanto que la ballena blanca, más perezosa, se engullía pacíficamente moluscos tranquilos e indolentes como ella.

A mayor profundidad, los ballenópteros de hocico puntiagudo, los anamarcos groenlandeses, prolongados y negruzcos, los cachalotes gigantescos, especie difundida en el seno de todos los mares, nadaban en medio de bancos de ámbar gris, en que se daban batallas homéricas que enrojecían el océano en una superficie de muchas millas, y los fisalos cilíndricos, y el voluminoso *tegusik* del Labrador, y los delfines de aleta dorsal en forma de sable, y toda la familia de focas y de morsas, los perros, los caballos, los osos marinos, los leones, los elefantes de mar estaban al parecer paciendo en las húmedas praderas del océano. El doctor contemplaba aquellos innumerables animales con tanta facilidad como se pueden contemplar los crustáceos y los peces al trasluz de los depósitos de cristal del *Zoological Garden*.

¡Qué belleza, qué variedad, qué poder en la Naturaleza! ¡Cuán extraño y prestigioso parecía todo en el seno de aquellas regiones circumpolares!

La atmósfera adquiría una pureza sobrenatural; hubiérase dicho que estaba sobrecargada de oxígeno; los navegantes absorbían con afán aquel aire que les daba una vida más ardiente; sin darse cuenta del resultado, eran presa de una verdadera combustión de que no es posible dar una más remota idea; sus funciones afectivas, digestivas y respiratorias se ejercían con una energía sobrehumana; las ideas, sobreexcitadas en su cerebro, se desenvolvían hasta lo grandioso: vivían en una hora la vida de un día entero.

En medio de tantos asombros y maravillas, la falúa avanzaba pacíficamente al blando soplo de un viento moderado que los grandes albatros activaban algunas veces con sus extensas alas.

A la caída de la tarde, Hatteras y sus compañeros perdieron de vista la costa de Nueva América. Las horas de la noche sonaban para las zonas templadas lo mismo que para las equinocciales; pero en éstas el sol, ensanchando sus espirales, trazaba un círculo rigurosamente paralelo al del océano. La falúa, sumergida en sus rayos oblicuos, no podía dejar aquel centro luminoso que se desplazaba con ella.

Los seres animados de las regiones hiperbóreas sintieron, sin embargo, venir la noche, como si el astro luminoso se hubiese sepultado detrás del horizonte. Las aves, los peces y los cetáceos desaparecieron. ¿Dónde? ¿En lo más profundo del cielo? ¿En lo más profundo del mar? ¿Quién puede decirlo? Pero a sus gritos, a sus silbidos, al estremecimiento de las olas agitadas por la respiración de

los monstruos marinos, sucedió luego la silenciosa inmovilidad; las aguas se mecieron somnolientas en una insensible ondulación y la noche recobró su pacífica influencia bajo las miradas centelleantes del sol.

Desde que zarpó de Puerto Altamont, la falúa había ganado un grado hacia el Norte, y al día siguiente nada aparecía aún en el horizonte, ni los altos picos que indican de lejos las tierras, ni los signos particulares que hacen presentir a un marino la aproximación de las islas o de los continentes.

El viento se sostenía, sin ser fuerte; el mar estaba poco picado; la muchedumbre de aves y de peces volvió a presentarse tan numerosa como la víspera, y el doctor, inclinado sobre las olas, pudo ver a los cetáceos salir de su profundo retiro, y subir poco a poco a la superficie. Sólo algunos *icebergs* y témpanos diversos alteraban la inmensa monotonía del océano.

Pero los hielos eran escasos e impotentes para oponerse a la marcha de un buque. Es de notar que la falúa se encontraba entonces a 10° encima del polo del frío, que bajo el punto de vista de los paralelos de temperatura era lo mismo que si se hubiera encontrado a 10° bajo aquél. Nada, además, tenía de particular que el mar estuviese libre en aquella época, como debía estarlo en la bahía de Disko, en el mar de Baffin. Así, pues, un buque hubiera tenido allí libertad de movimientos durante los meses de verano.

Esta observación tiene una gran importancia práctica, porque si alguna vez los balleneros pueden elevarse hasta el mar polar, ya sea por los mares del norte de América, ya por los del norte de Asia, están seguros de hacer allí rápidamente su cargamento, porque parece que aquella parte del océano es el criadero universal, la reserva general de ballenas, focas y demás animales marinos.

Hacia la parte del Mediodía, la línea de agua se confundía aún con la línea del cielo, y el doctor empezaba a dudar de la existencia de un continente en aquellas latitudes elevadas.

Pero, reflexionando, se veía forzosamente inducido a creer en la existencia de un continente boreal. En los primeros días del mundo, después del enfriamiento de la costra terrestre, las aguas, formadas por la condensación de los vapores atmosféricos, debieron de obedecer a la fuerza centrífuga, lanzarse hacia las zonas ecuatoriales y abandonar las extremidades inmóviles del Globo, de lo que se debe deducir la emersión necesaria de las comarcas contiguas al Polo. El doctor encontraba muy justo este razonamiento.

A Hatteras le parecía lo mismo.

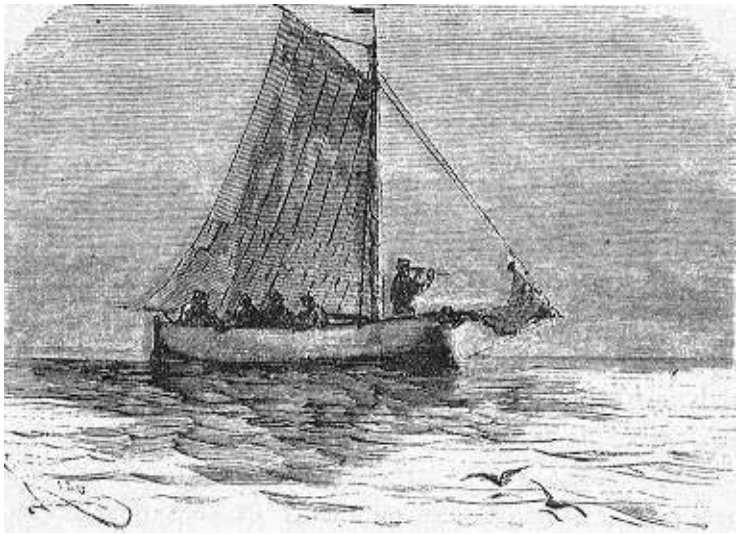
Así es que sus miradas se afanaban en taladrar las brumas del horizonte. No dejaba ni un momento el anteojo. Buscaba en el color de las aguas, en la forma de las olas, en el soplo del viento, los indicios de una tierra próxima. Su frente se inclinaba hacia delante, y cualquiera, aunque no hubiera conocido sus pensamientos, le hubiera admirado por los enérgicos deseos y ansiosas interrogaciones que su actitud revelaba.

Capítulo XXII

LAS CERCANÍAS DEL POLO

REINABA cierta incertidumbre. Nada se descubría en aquella circunferencia con tanta limpieza trazada. Ni un punto que no fuese mar o cielo. Ni siquiera se veía flotar en la superficie de las olas un tallo de aquellas hierbas terrestres que hicieron palpitar el corazón de Cristóbal Colón cuando marchaba al descubrimiento de América.

Hatteras seguía mirando.



Por fin, a las seis de la tarde, un vapor de forma indecisa, pero sensiblemente elevado, apareció sobre el nivel del mar. Parecía un penacho de humo. El cielo estaba perfectamente puro, y, por consiguiente, aquel vapor, que desaparecía y reaparecía a cada instante, como agitado, no podía ser una nube.

Hatteras fue el primero que observó aquel fenómeno, aquel punto indeciso, aquel vapor inexplicable, y con su anteojo lo examinó sin descanso por espacio de una hora.

De repente, cierto indicio, cierta apariencia sorprendió su mirada, pues extendió los brazos hacia el horizonte gritando con entusiasmo:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Al oír estas palabras, todos se levantaron como movidos por un sacudimiento eléctrico.

Una especie de humo se elevaba sensiblemente encima del mar.

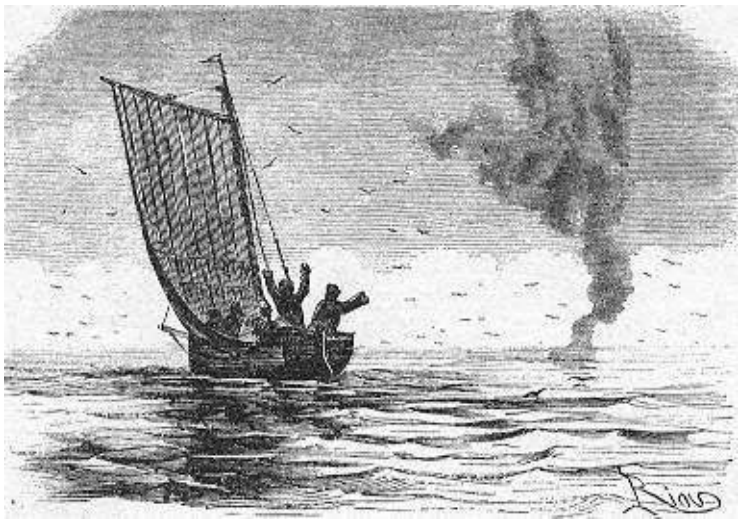
—¡La veo! ¡La veo! —exclamó el doctor.

—Sí, es verdad, sí —balbució Johnson.

—Es una nube —dijo Altamont.

—¡Tierra! ¡Tierra! —respondió Hatteras con una convicción inquebrantable.

Los cinco navegantes examinaron con la mayor atención.



Pero, como sucede con frecuencia con los objetos que la distancia vuelve imprecisos, parecía que el punto observado había desaparecido. En fin, las miradas se apoderaron de él nuevamente, y el doctor hasta creyó sorprender un resplandor rápido a veinte o veinticinco millas hacia el Norte.

—¡Es un volcán! —exclamó.

—¿Un volcán? —preguntó Altamont.

—Sin duda.

—¿En una latitud tan elevada?

—¿Por qué no? —repuso el doctor—. ¿No es acaso Islandia una tierra volcánica y hasta pudiéramos decir formada de volcanes?

—¡Sí! Islandia —repuso el americano—. ¿Pero tan cerca del Polo?

—¿Y qué? Nuestro ilustre compatriota, el comodoro James Ross, ¿no comprobó en el continente austral la existencia del *Erebus* y del *Terror*, dos montes ignívomos en plena actividad a los 170° de longitud y 78° de latitud? ¿Por qué, pues, no han de poder existir volcanes en el Polo Norte?

—Es posible, en efecto —respondió Altamont.

—¡Ah! —exclamó el doctor—. Lo veo muy distintamente: ¡es un volcán!

—Pues bien —dijo Hatteras—, corramos hacia él.

—Empezamos a tener viento de proa —dijo Johnson.

—Toquemos, pues, el aparejo y naveguemos de vuelta a vuelta. Ciñamos el viento todo lo posible.

Pero esta maniobra dio por resultado alejar la falúa del punto observado, y las miradas más atentas no pudieron divisarlo de nuevo.

Sin embargo, no era posible dudar de la proximidad de la costa, y aquella costa era el objeto del viaje entero, entrevisto, ya que no alcanzado, y no habían de pasar veinticuatro horas sin que aquella nueva tierra fuese pisada por un pie humano. La Providencia, después de haber permitido a los viajeros acercarse tanto al Polo, no impediría que llegasen a él.

Eso no obstante, en aquellas circunstancias nadie manifestó la alegría que debía producir semejante descubrimiento. Cada cual se encerraba en sí mismo y se preguntaba lo que podía ser aquella tierra del Polo. Los animales huían, al parecer, de ella; al llegar la noche, las aves, en lugar de buscar en ella un refugio, volaban hacia el Sur con toda la fuerza de sus alas. ¿Tan inhospitalaria era, pues, aquella tierra que ni una gaviota o un ptarmigano podían encontrar asilo en ella? Los mismos peces, los grandes cetáceos abandonaban con rapidez aquella costa atravesando las transparentes aguas. ¿De dónde procedía aquel sentimiento de repulsión, ya que no de terror, común a todos los seres animados que habitaban aquella parte del Globo?

Los navegantes habían experimentado la impresión general, se dejaban llevar de los sentimientos de su situación, y poco a poco sintieron todos ellos que el sueño pesaba en sus párpados.

¡Tocó a Hatteras estar de vigilante! Se puso al timón, en tanto que Altamont, Johnson y Bell, tendidos sobre los bancos, se durmieron uno tras otro, y se abismaron en el mundo de los sueños.

Hatteras hizo para resistir el sueño esfuerzos desesperados. No quería perder un instante de aquel tiempo precioso; pero el pesado movimiento de la falúa le mecía insensiblemente, y cayó a pesar suyo en una irresistible somnolencia.

La embarcación apenas se movía, no llegando el viento a hinchar su vela desplegada. A lo lejos, hacia el Oeste, algunos témpanos inmóviles reflejaban los rayos luminosos y formaban manchas incandescentes en pleno océano.

Hatteras empezó a soñar. Su raudo pensamiento recorrió toda su existencia. Remontó el camino de su vida con aquella velocidad propia de los sueños, que ningún sabio ha podido aún calcular; rememoró sus días pasados; volvió a ver su invernada, la bahía Victoria, el «Fuerte Providencia» la «Casa del Doctor», el encuentro del americano sepultado en el hielo.

Entonces retrocedió más lejos aún en el pasado. Soñó con su buque, con el *Forward* incendiado, con sus compañeros, con los traidores que lo habían abandonado. ¿Qué sería de ellos? Pensó en Shandon, en

Wall, en el brutal Pen. ¿Dónde estaban? ¿Habían podido ganar el mar de Baffin atravesando los hielos?

Después su imaginación de soñador se cernió aún más arriba y se encontró a su salida de Inglaterra, y se refirió a sus viajes anteriores, a sus tentativas abortadas, a sus desgracias. Entonces olvidó su situación presente, su próximo triunfo, sus esperanzas medio realizadas. Su sueño le arrojó desde la alegría a la angustia.

Así pasó dos horas. Después su pensamiento tomó un nuevo curso, y le recondujo al Polo. Se vio al fin con un pie puesto en aquel continente inglés, desplegando el pabellón del Reino Unido.

Y mientras soñaba, una nube enorme de color aceitunado, ganaba el horizonte y oscurecía el océano.

Nadie puede figurarse la fulminante rapidez con que los huracanes invaden los mares árticos. Los vapores engendrados en las comarcas ecuatoriales se condensan encima de los inmensos hielos del Norte, y llaman con una violencia irresistible torrentes de aire para que les remplacen. Así se puede explicar la energía de las tempestades boreales.

Al primer choque del viento el capitán y sus compañeros se habían arrancado de los brazos del sueño, dispuestos a maniobrar.

Henchían el mar erguidas olas de base poco desenvuelta. La falúa, traqueteada por un violento oleaje, se abismaba en profundas simas, oscilaba sobre el lomo de una ola, inclinándose en ángulos de más de cuarenta y cinco grados.

Hatteras había vuelto a coger con la mano firme la caña del timón que giraba con ruido alrededor del gobernalle, y algunas veces, empujada violentamente por una declinación del rumbo, le rechazaba y encorvaba a pesar suyo. Johnson y Bell se ocupaban sin descanso en echar fuera de la chalupa el agua que introducía la marejada.

—He aquí una tempestad con la cual no contábamos —dijo Altamont agarrándose a su banco.

—Aquí es preciso contar con todo —respondió el doctor.

Estas palabras se cruzaron entre los silbidos del viento y los bramidos de las olas, reducidas por la violencia del aire a un impalpable polvo líquido. El estrépito era tal, que casi resultaba imposible oírse unos a otros.

Era difícil mantener el rumbo hacia el Norte. La densa oscuridad no dejaba entrever el mar más allá de algunas toesas, y había desaparecido todo punto de mira.

Aquella tempestad súbita, en el momento de ir a alcanzar el objetivo, parecía una severa advertencia, y se presentaba a los ánimos sobreexcitados como una prohibición de ir más lejos. ¿La Naturaleza quería que el Polo fuese inaccesible? ¿Estaba aquel punto del Globo rodeado de una fortificación de huracanes y borrascas que no permitían acercarse a él?

Sin embargo, al ver el semblante enérgico de aquellos hombres, se comprendía que no cederían ni al viento ni a las olas, y que irían a su objetivo.

Así lucharon durante todo el día, desafiando la muerte a cada instante, sin ganar nada hacia el Norte, pero sin perder tampoco nada, envueltos en una lluvia tibia y mojados por las olas con que la tempestad abofeteaba sus rostros. Algunas veces con los silbidos del aire se mezclaban siniestros gritos de aves.

Pero a cosa de las seis de la tarde, en medio, de una recrudescencia del furor de las olas, vino una calma súbita. El viento cesó como por un milagro. El mar se presentó tranquilo y llano, como si las olas

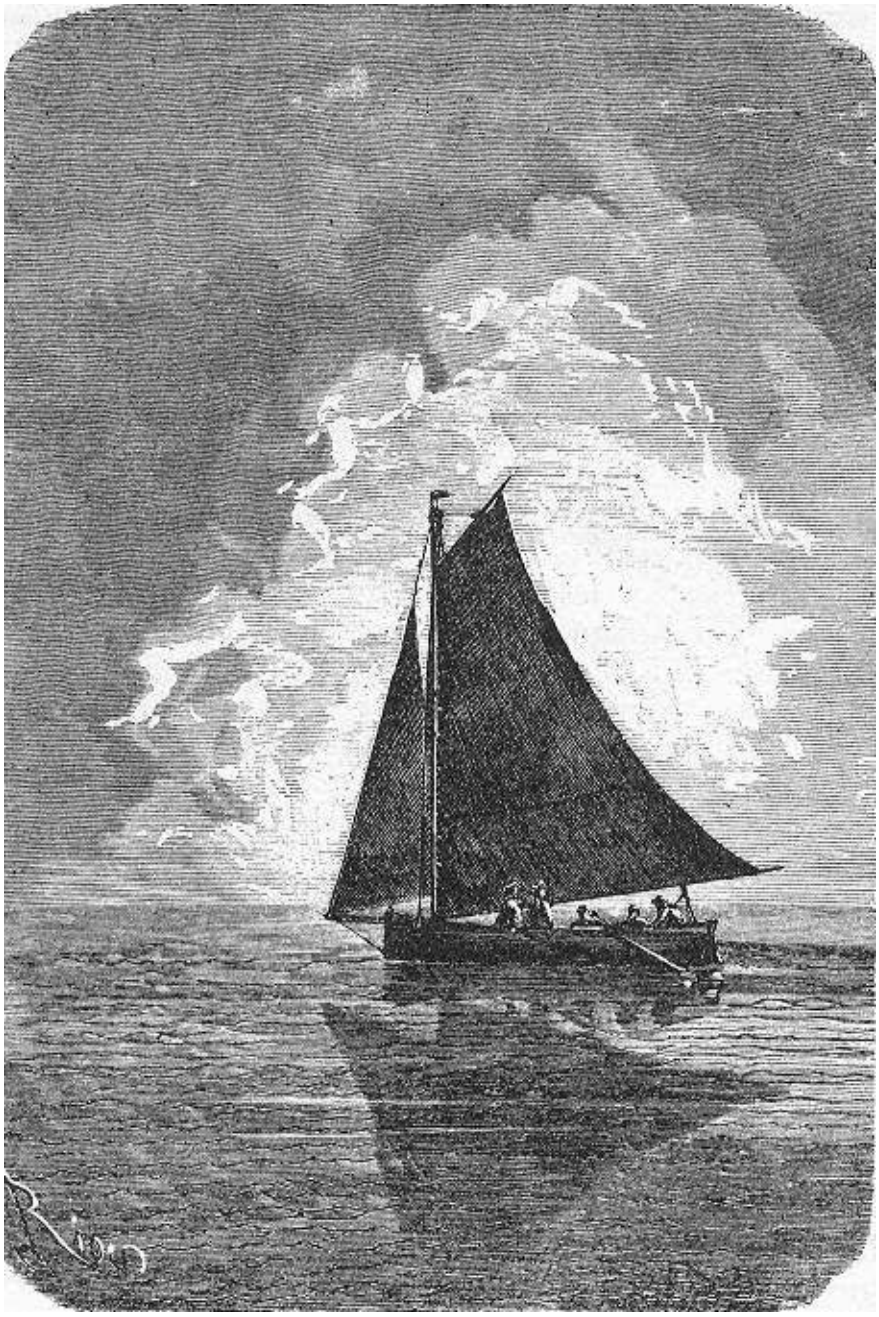
no le hubieran henchido por espacio de doce horas. Parecía que el huracán había respetado aquella parte del océano polar.

¿Qué pasaba, pues? Un fenómeno extraordinario, inexplicable, y del cual ya el capitán Sabine había sido testigo en el curso de sus viajes a los mares groenlandeses.

La niebla, sin disiparse, se había vuelto extrañamente luminosa.

La falúa navegaba en una zona de luz eléctrica, en un inmenso fuego de San Telmo que, sin dar calor, resplandecía. El mástil, la vela, la jarcia se destacaban en el fondo fosforescente del cielo con una incomprensible nitidez de perfiles, los navegantes estaban como sumergidos en un baño de rayos transparentes, y reflejos inflamados enrojecían sus facciones.

La calma repentina de aquella porción del océano procedía sin duda del movimiento ascendente de las columnas de aire, en tanto que la tempestad, perteneciente al género de los ciclones, giraba con rapidez alrededor de aquel centro pacífico.



Pero aquella atmósfera de fuego engendró un pensamiento en la mente de Hatteras.

—¡El volcán! —exclamó.

—¿Es posible? —preguntó Bell.

—¡No! ¡No! —respondió el doctor—. Nos ahogaríamos si sus llamas llegasen hasta nosotros.

—Acaso —dijo Altamont— sea un reflejo en la niebla.

—Tampoco. Para eso sería preciso admitir que nos hallamos cerca de la tierra, en cuyo caso oiríamos los estampidos de la erupción.

—¿Pero entonces…? —preguntó el capitán.

—Es un fenómeno cósmico —respondió el doctor—, fenómeno poco observado hasta ahora. Si continuamos nuestra marcha, no tardaremos en salir de esta esfera luminosa para volver a encontrar la oscuridad y la borrasca.

—¡Como quiera que sea, adelante! —respondió Hatteras.

—¡Adelante! —Exclamaron sus compañeros que no pensaron siquiera en tomar aliento en aquel mar tranquilo.

La vela, con sus pliegues de fuego, caía a lo largo del palo centelleante. Los remos se hundieron en las ardientes olas, y levantaban, al parecer, Chorros de centellas formadas de gotas de agua vivamente iluminadas.

Hatteras, con la brújula en la mano volvió a tomar el camino del Norte. Poco a poco la niebla perdió su luz, luego su transparencia; el viento hizo oír sus rugidos a algunas toesas, y muy pronto la falúa, inclinándose a impulsos de una violenta ráfaga, entró de nuevo en la zona de las tempestades.

Afortunadamente, el huracán se había desplazado algo hacia el Sur, y la embarcación pudo navegar viento en popa en dirección al Polo, corriendo gran peligro de zozobrar, pero precipitándose con una velocidad insensata. Un escollo cualquiera, roca o témpano, podía a cada instante salir de las olas y hacerla irremisiblemente pedazos.

Sin embargo, ni uno solo de aquellos hombres se permitía la menor objeción, ni uno solo dejaba oír la voz de la prudencia. Estaban todos dominados por el vértigo del peligro. Les acosaba la sed de lo desconocido. Así iban, no ciegos, sino cegados, pareciéndoles la espantosa rapidez de su marcha demasiado lenta para su impaciencia. Hatteras mantenía la proa en su imperturbable dirección, en medio de las olas que echaban espuma bajo el látigo de la tempestad.

Se dejaba sentir, no obstante, la aproximación de la costa. Había en el aire síntomas extraños. De repente, la niebla se hendió como una cortina destrozada por el viento, y durante un espacio de tiempo, que no duró más que un relámpago, se pudo ver en el horizonte un inmenso penacho de llamas que subía al cielo.

—¡El volcán! ¡El volcán!

Tal fue la palabra que se escapó de todos los labios; pero la fantástica visión había desaparecido, y el viento, saltando al Sudeste, cogió a la embarcación de lado, y la obligó a huir de nuevo de aquella tierra inaccesible.

—¡Maldición! —exclamó Hatteras, entablando el trinquete—. ¡Estábamos a tres millas de la costa!

Hatteras no podía sobreponerse a la violencia de la tempestad, pero, sin ceder a ella, torció ciñendo el viento, que se desencadenaba con un furor indescriptible. A veces la falúa se inclinaba sobre un costado de tal manera que era de temer que su quilla se sumergiese enteramente. Sin embargo, se levantaba de nuevo bajo la acción del timón, como un caballo cuyos corvejones se doblan y a quien su jinete obliga a levantarse con la brida y las espuelas.

Hatteras, desgreñado, con la mano aferrada a la caña del timón, parecía ser el alma de aquella barca y no formar con ella más que un solo cuerpo, como el hombre y el caballo del tiempo de los centauros.

De repente, se ofreció a sus miradas un espectáculo espantoso.

A menos de 10 toesas, un témpano se balanceaba sobre el lomo palpitante de las olas. Bajaba y subía como la falúa, y amenazaba con caer encima de ella, cuando sólo con tocarla la hubiera aplastado.

Pero con aquel peligro de precipitarla en el abismo, se presentaba otro no menos terrible, porque aquel témpano gigantesco, corriendo al azar, estaba cargado de osos blancos, apiñados unos contra otros y locos de terror.

—¡Osos! ¡Osos! —exclamó Bell con voz ahogada.

Y todos, aterrorizados, vieron lo que él veía.

El témpano declinaba de una manera espantosa, sin orden ni concierto. Algunas veces se inclinaba en ángulos tan agudos, que los animales rodaban mezclados los unos con los otros. Entonces, lanzaban mugidos que luchaban con el estrépito de la tempestad, y un formidable concierto salió de aquella flotante casa de fieras.

Si llegaba a desplomarse aquella almadía de hielo, los osos se precipitarían contra la embarcación

intentando el abordaje.

Durante un cuarto de hora, largo como un siglo, el barquichuelo y el témpano navegaron de conserva, tan pronto a la distancia de 20 toesas como próximos a chocar; algunas veces el uno dominaba al otro, y los monstruos no habrían tenido que hacer más que dejarse caer. Los perros groenlandeses temblaban de espanto. *Duck* permanecía inmóvil.

Hatteras y sus compañeros estaban mudos. Ni siquiera se les ocurrió la idea de virar para separarse de aquel terrible vecindario, y se mantenían en su camino con un rigor inflexible.

Un sentimiento vago, que más tenía de asombro que de terror, se apoderaba de su cerebro. Admiraban, y aquel aterrador espectáculo completaba la lucha de los elementos.

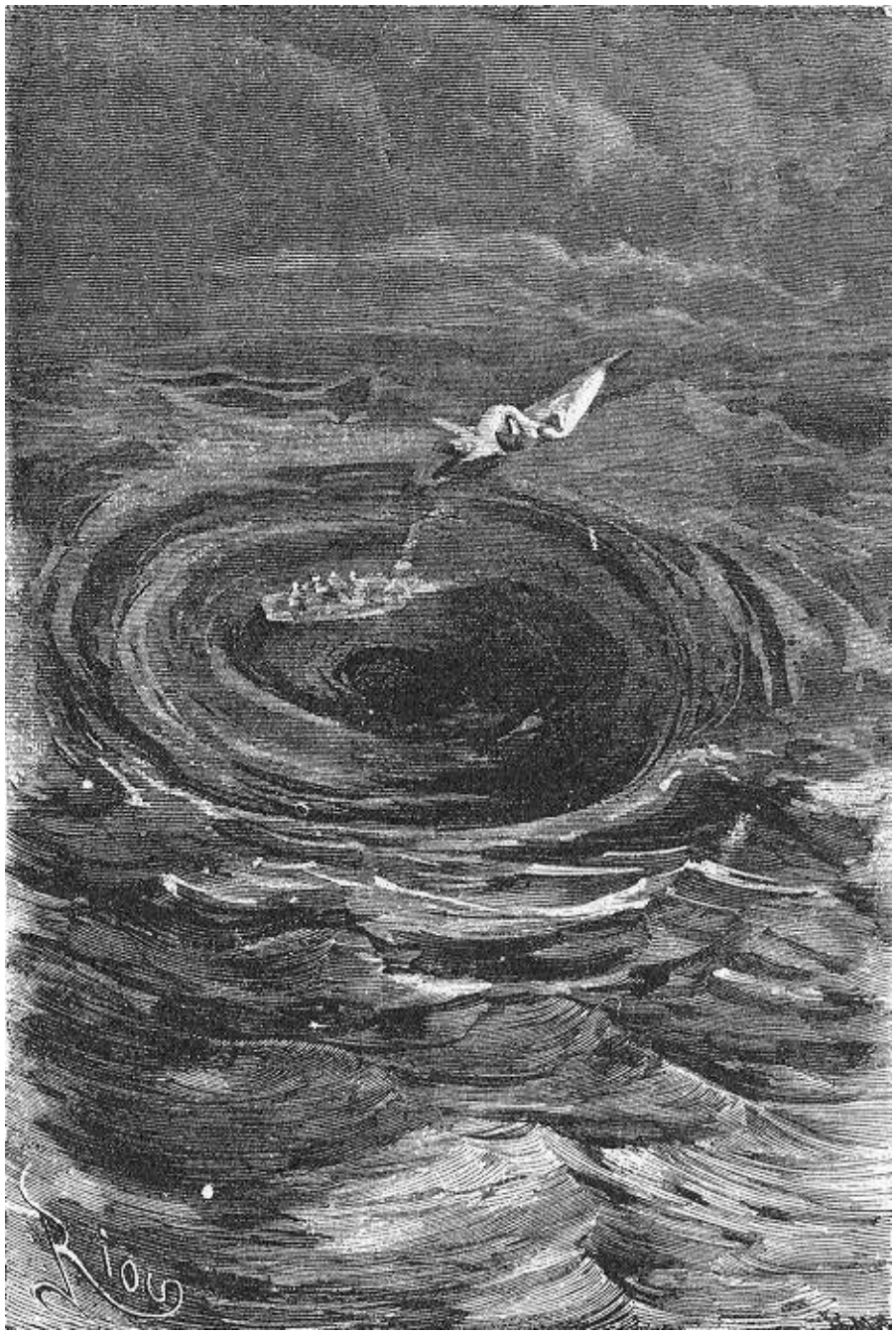
En fin, el témpano se alejó poco a poco, impelido por el viento, al cual la falúa resistía con su trinquete entablado, y desapareció en medio de la niebla, indicando de cuando en cuando su presencia los mugidos lejanos de su tripulación monstruosa.

En aquel momento arreció la tempestad. Hubo un desencadenamiento sin nombre de las ondas atmosféricas. La embarcación, levantada fuera de las olas, empezó a dar vueltas con una velocidad vertiginosa; su trinquete arrancado desapareció entre las sombras como una gran ave blanca; un agujero circular, un nuevo *Maelstroem* se formó en el remolino de las olas, y los navegantes, envueltos en aquel torbellino, corrieron con una rapidez tal, que sus líneas de agua les parecían inmóviles, a pesar de su velocidad incalculable. Se hundían poco a poco. En el fondo del abismo había una aspiración poderosa, una succión irresistible, que les atraía y engullía vivos.

Los cinco se habían levantado. Miraban con una mirada extraviada. Se había apoderado de ellos el vértigo. Llevaban en su interior el sentimiento indefinible del abismo.

Pero de pronto la falúa se levantó perpendicularmente. Su proa dominó las líneas del torbellino; la velocidad de que estaba dotada la echó fuera del centro de atracción, y escapándose por la tangente de aquella circunferencia que daba más de mil vueltas en un segundo, fue arrojada fuera con la velocidad de una bala de cañón.

Altamont, el doctor, Johnson y Bell fueron derribados en sus bancos. Cuando se levantaron, Hatteras había desaparecido.


Riou

Capítulo XXIII

EL PABELLÓN DE INGLATERRA

UN grito, salido de cuatro pechos, sucedió al primer instante de estupor.

—¡Hatteras! —dijo el doctor.

—¡Desaparecido! —Exclamaron Johnson y Bell.

—¡Perdido!

Miraron alrededor. Nada apareció en aquel mar tumultuoso. *Duck* ladraba con un acento desesperado, quería precipitarse en medio de las olas, y Bell podía difícilmente contenerle.

—¡Colocaos al timón, Altamont —dijo el doctor—, y hagamos cuanto humanamente pueda hacerse para encontrar a nuestro desventurado capitán!

Johnson y Bell volvieron a sus bancos. Altamont cogió la caña del timón, y la falúa errante se entregó al viento.

Johnson y Bell empezaron a bogar vigorosamente, y se pasó más de una hora en el lugar de la catástrofe. Todas las investigaciones fueron inútiles. El desgraciado Hatteras, arrebatado por el huracán, estaba perdido.

—¡Perdido! ¡Y tan cerca del Polo! ¡Tan cerca del objetivo que no había hecho más que entrever!

El doctor gritó, llamó, disparó sus armas; *Duck* unía a su voz los más lamentables ladridos; nada respondió a los dos amigos del capitán. Entonces un profundo dolor se apoderó de Clawbonny; su cabeza cayó sobre sus manos, y sus compañeros le oyeron llorar.

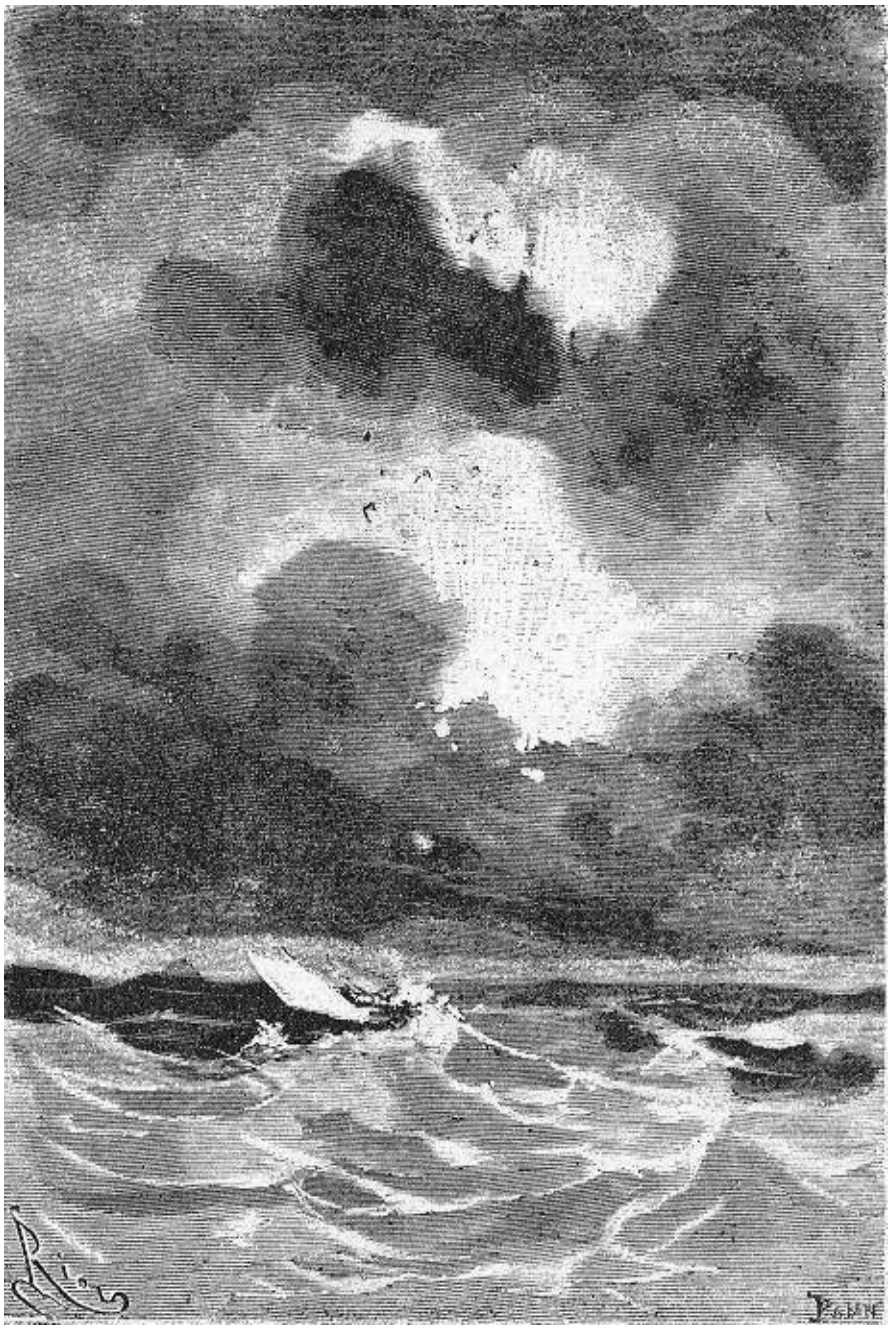
En efecto, a aquella distancia de la tierra, sin un remo, sin un pedazo de tabla para sostenerse, Hatteras no podía haber ganado la costa, y si algo suyo llegaba, en fin, a aquella tierra tan deseada, sería su cadáver entumecido y magullado.

Después de una hora de investigaciones, fue preciso tomar de nuevo el camino hacia el Norte, y luchar contra los últimos furores de la tempestad.

El 11 de julio, a las cinco de la mañana, cesó el viento, las olas se apaciguaron poco a poco; recobró el cielo su claridad polar, y, a menos de 3 millas, la tierra se ofreció con todo su esplendor.

Aquel nuevo continente no era más que una isla, o, por mejor decir, un volcán levantado como un faro en el polo boreal del mundo.

La montaña, en plena erupción, vomitaba un diluvio de piedras abrasadoras y de rocas incandescentes; parecía agitarse bajo sacudimientos repetidos como una respiración de gigante; las moles arrojadas subían por el aire a una gran altura, en medio de surtidores de una llama intensa, y arroyos de lava corrían por sus flancos como torrentes impetuosos. Serpientes de llamas se enroscaban entre los peñascos humeantes, ardientes cascadas caían en medio de un vapor purpúreo, y más abajo un río de fuego, formado por mil riachuelos ígneos, se echaba al mar por una hirviente desembocadura.



El volcán no tenía, al parecer, más que un cráter único, del cual se escapaba la columna de fuego, cruzada de relámpagos transversales, como si la electricidad desempeñase un papel en aquel magnífico fenómeno.

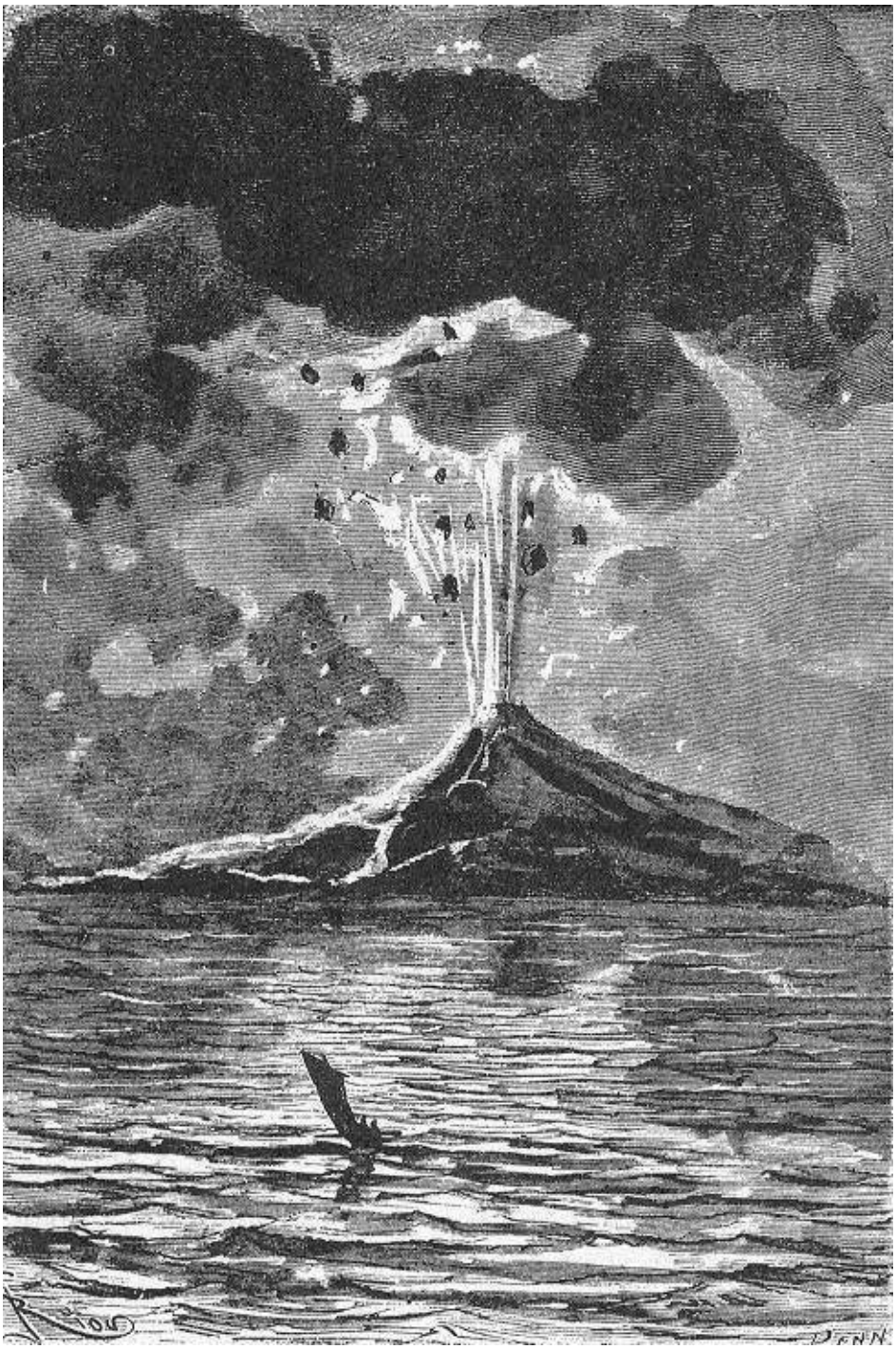
Encima de las llamas jadeantes ondeaba un inmenso penacho de humo, rojo en su base y negro en su vértice. Se elevaba con una majestad incomparable, y se deshacía pródigamente en anchas y copiosas vueltas.

El cielo, a una gran altura, era de un color ceniciento. La oscuridad experimentada durante la tempestad, y de la cual el doctor no había podido darse cuenta, procedía evidentemente de las columnas de ceniza desplegadas delante del sol como una impenetrable cortina. Entonces se acordó de un hecho semejante ocurrido en 1812 en la isla Barbada, la cual, en pleno día, quedó abismada en profundas tinieblas por la inmensidad de cenizas que arrojaba el cráter de la isla de San Vicente.

Aquel enorme peñasco ignívomo, colocado en medio del océano, medía 1.000 toesas de altura, la cual es, a poca diferencia, la del Helda.

La línea tirada desde su cima a su base formaba con el horizonte un ángulo de unos 11 grados aproximadamente.

Parecía ir saliendo poco a poco del seno de las olas, a medida que se acercaba la falúa. No presentaba ningún vestigio de vegetación. Ni siquiera tenía una playa, pues sus costados caían al mar como cortados a pico.



—¿Podremos atracar? —dijo el doctor.

—El viento nos arrastra —respondió Altamont.

—¡Pero yo no veo un pedazo de playa en que poder sentar el pie!

—Así parece desde lejos —respondió Johnson—; pero hallaremos donde anclar nuestra embarcación, y es todo lo que necesitamos.

—¡Vamos, pues! —respondió melancólicamente el doctor.

Clawbonny no tenía ya miradas para aquel extraño continente que se levantaba ante sus ojos. ¡La tierra del Polo estaba allí; pero no el hombre que la había descubierto!

A 500 pasos de las rocas, el mar hervía bajo la acción de los fuegos subterráneos. La isla que él

rodeaba podía tener, todo lo más, de ocho a diez millas de circunferencia, y se hallaba, según cálculo, muy cerca del Polo, si es que no pasaba exactamente por ella el eje del mundo.

En las inmediaciones de la isla, los navegantes notaron un ancón en miniatura suficiente para el abrigo de una embarcación, y se dirigieron a él inmediatamente, con el miedo de hallar el cuerpo del capitán arrojado a la costa por la tempestad.

Sin embargo, difícil parecía que allí reposase un cadáver. No había playa, y el mar azotaba escuetas rocas. Una ceniza densa y virgen de toda huella humana cubría su superficie más allá del alcance de las olas.

En fin, la falúa se deslizó por una abertura estrecha entre dos rompientes a flor de agua, y allí se encontró perfectamente libre de la resaca.

Duck multiplicó entonces sus lastimeros aullidos.

El pobre animal llamaba al capitán en su lenguaje conmovido, y se lo pedía a aquel mar sin piedad, a

aquellas rocas sin eco. Ladraba en vano, y el doctor le acariciaba con la mano sin poderle calmar, cuando el fiel perro, como si hubiese querido remplazar a su amo, dio un salto prodigioso y se lanzó a las rocas, en medio de un polvo de ceniza que formó una nube en torno suyo.

—¡*Duck*, aquí! ¡Aquí, *Duck*! —gritó el doctor.

Pero *Duck* desapareció sin hacerle caso. Se procedió entonces al desembarque; Clawbonny y sus tres compañeros saltaron a tierra, y amarraron sólidamente la falúa.

Altamont se disponía a encaramarse por un montón enorme de piedras, cuando a alguna distancia resonaron los aullidos de *Duck* con insólita energía. Aquellos aullidos no expresaban cólera, sino dolor.

—¡Escuchad! —dijo el doctor.

—¿Algún animal extraviado? —dijo el contramaestre.

—¡No, no! —respondió el doctor estremeciéndose—. ¡Estos aullidos son quejumbrosos! ¡Son un llanto! Allí está el cuerpo de Hatteras.

A estas palabras, los cuatro viajeros se lanzaron en pos de *Duck*, en medio de las cenizas que les cegaban, y llegaron al fondo de una pequeña cala, de un espacio de 10 pies, en la cual las olas morían insensiblemente.

Allí, *Duck* aullaba junto a un cadáver envuelto en el pabellón de Inglaterra.

—¡Hatteras! ¡Hatteras! —exclamó el doctor precipitándose hacia el cuerpo de su amigo.

Pero prorrumpió luego en una exclamación que no es susceptible de expresarse.

Aquel cuerpo ensangrentado, exánime en apariencia, acababa de palpitar bajo su mano.

—¡Vivo! ¡Vivo! —exclamó.

—Sí —dijo una voz débil—, vivo, en la tierra del Polo, a la que me ha arrojado la tempestad. ¡Vivo, en la «isla de la Reina»!

—¡Hurra! ¡Por Inglaterra! —Gritaron de acuerdo los cinco hombres.

—¡Y por América! —repuso el doctor, tendiendo una mano a Hatteras y otra al americano.

También *Duck* gritaba hurras a su manera, que valía tanto como otra cualquiera.

Durante los primeros instantes, aquellos valientes no se entregaron más que a la alegría de volver a ver a su capitán, y sus ojos estaban inundados de lágrimas.

El doctor se aseguró del estado de Hatteras. El capitán no estaba herido gravemente. El viento lo había arrojado a la costa, cuyo abordaje era muy peligroso. El intrépido marino, varias veces echado mar adentro, consiguió al fin, a fuerza de energía, asirse a una roca, y pudo izarse encima de las olas.

Allí perdió el conocimiento, después de haberse envuelto en la bandera de Inglaterra, y volvió en sí entre las caricias de *Duck* y sus tristes aullidos.

Después de los primeros cuidados, Hatteras pudo levantarse, y apoyado en el brazo del doctor, tomó el camino del ancón en que estaba la falúa.

—¡El Polo! ¡El Polo Norte! —Repetía andando.

—¿Sois feliz? —Le decía el doctor.

—¡Sí, feliz! Y vos, amigo mío, ¿no sois feliz también? ¿No os llena de alegría el encontraros aquí? ¡Esta tierra que pisamos es la tierra del Polo! ¡Este mar que hemos atravesado es el mar del Polo Norte! ¡Este aire que respiramos es el aire del Polo! ¡Oh! ¡El Polo Norte, el Polo Norte!

Hablando así, Hatteras estaba dominado por una exaltación violenta, por una especie de calentura, y el doctor trató en vano de tranquilizarle. Sus ojos brillaban de una manera extraordinaria, y sus pensamientos hervían en su cerebro. Clawbonny atribuyó su estado de sobreexcitación a los espantosos peligros que el capitán acababa de arrostrar.

Hatteras tenía mucha necesidad de reposo, y se buscó un sitio a propósito para acampar.

No tardó Altamont en hallar una gruta formada de peñascos que, al caer, se habían colocado de modo que constituían una caverna. Johnson y Bell metieron en ella las provisiones y soltaron los perros groenlandeses.

A cosa de las once estuvo dispuesta la comida. La tela de la tienda sirvió de mantel, y la comida, compuesta de *pemmican*, de carne salada, de té y de café, estaba puesta en tierra y aguardando a los viajeros.

Pero antes Hatteras exigió que se levantase el plano de la isla, pues quería saber exactamente a qué atenerse respecto de su posición.

El doctor y Altamont tomaron entonces sus instrumentos, y obtuvieron por observación, precisando la posición de la gruta, 89° 59′ 15″ de latitud. La longitud, a aquella altura, no tenía la menor importancia, porque algunos centenares de pies más arriba, todos los meridianos se contundían.

En realidad, pues, la isla se hallaba situada en el Polo Norte, y los 90° de latitud no se hallaban de allí más que a 45 segundos, exactamente a tres cuartas partes de milla, es decir, hacia la cima del volcán.

Cuando Hatteras conoció este resultado, quiso que se consignase en un acta hecha por duplicado, la cual debía depositarse en un *cairn* levantado en la costa.

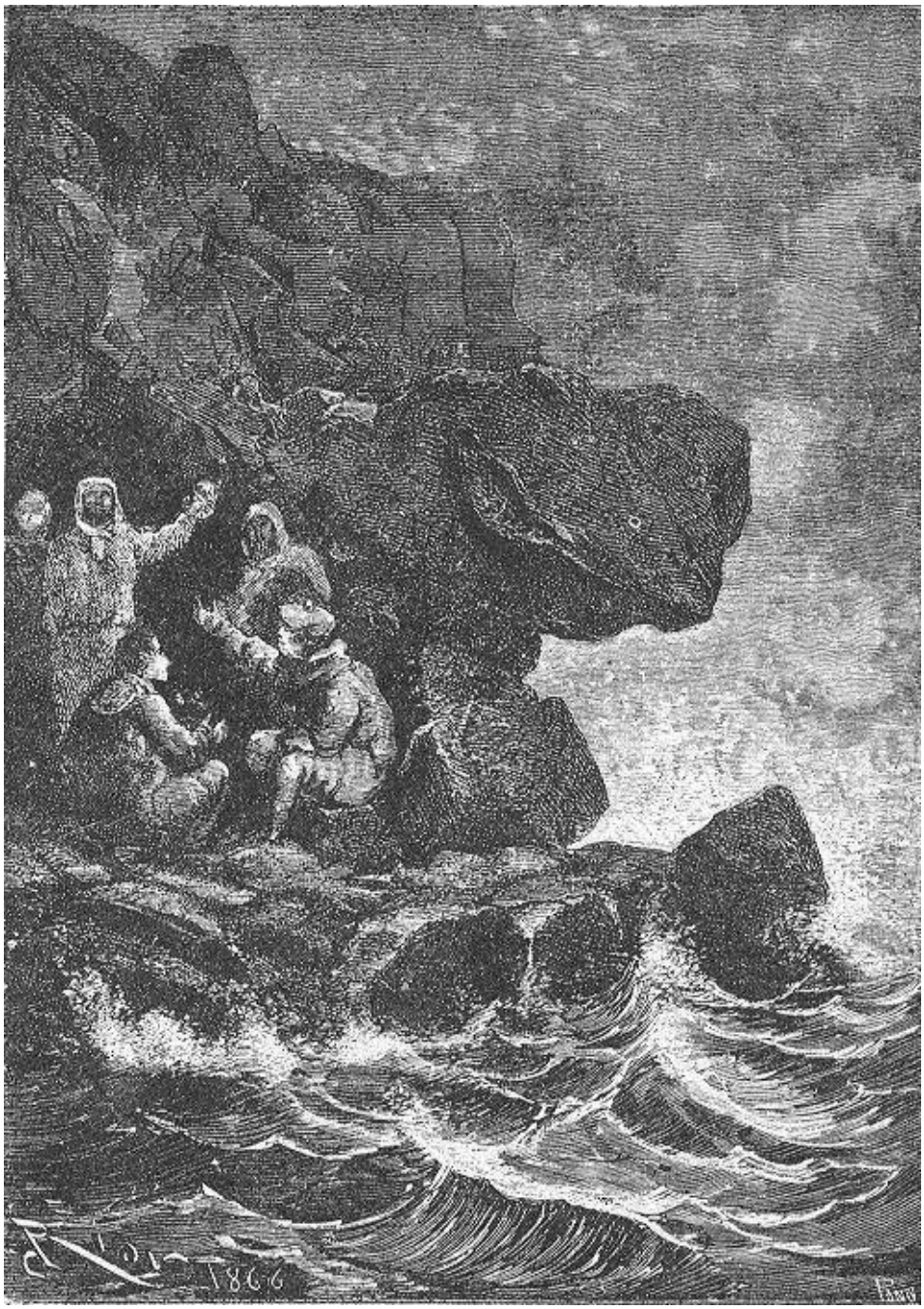
Inmediatamente después de la sesión, el doctor tomó la pluma y redactó el siguiente documento, del cual se conserva un ejemplar en los archivos de la Real Sociedad Geográfica de Londres:

«El 11 de julio de 1861, a los 89° 59′ 15″ de latitud septentrional, ha sido descubierta la *isla de la Reina*, en el Polo Norte, por el capitán Hatteras, que mandaba el bergantín *Forward*, de Liverpool, el cual firma, e igualmente sus compañeros.

»Se suplica al que encuentre este documento, que lo haga llegar al Almirantazgo.

»Firmado: John Hatteras, comandante del *Forward*; doctor Clawbonny; Altamont, comandante del *Porpoise*; Johnson, contramaestre; Bell, carpintero».

—¡Y ahora, amigos míos, a comer! —dijo alegremente el doctor.



Capítulo XXIV

CURSO DE COSMOGRAFÍA POLAR

NO es necesario decir que, para comer, los viajeros se sentaban en el suelo.

—Pero —decía Clawbonny—, ¿quién no daría todas las mesas, todos los comedores del mundo por comer a los 89° 59′ 15′ de latitud boreal?

Todos los pensamientos se referían, en efecto, a la situación presente, estando los ánimos subordinados a la predominante idea del Polo Norte. Los peligros que se habían arrostrado para alcanzarlo y los que había que arrostrar para el regreso a Inglaterra se olvidaban, al considerar aquel éxito sin precedentes que se había obtenido. Lo que ni los antiguos ni los modernos, lo que ni los europeos, ni los americanos ni los asiáticos habían podido hacer hasta entonces, acababa de llevarse a cabo.

Así es que el doctor fue escuchado con mucha atención por sus compañeros cuando les contó todo lo que la Ciencia y su inagotable memoria habían podido recoger, de lo que podía referirse a su situación actual.

Fue acogida con verdadero entusiasmo su proposición de brindis a la salud del capitán.

—¡A la salud de John Hatteras! —dijo.

—¡A la salud de John Hatteras! —Contestaron unánimemente sus compañeros.

—¡Brindo por el Polo Norte! —respondió el capitán con un acento de entusiasmo que parecía extraño en aquel ser hasta entonces tan frío y tan contenido, y a la sazón dominado por una sobreexcitación imperiosa.

Las tazas se chocaron y siguieron a los brindis calurosos apretones de manos.

—¡He aquí, pues —dijo el doctor—, el hecho geográfico más importante de nuestra época! ¡Quién había de decir que este descubrimiento precedería a los del centro de África o de Australia! En verdad, Hatteras, estáis muy por encima de los Sturt y de los Livingstone, de los Burton y de los Barth. ¡Gloria a vos!

—Tenéis razón, doctor —respondió Altamont—, pues parece que, por las dificultades de la empresa, el Polo Norte debía ser el último punto de la Tierra que se descubriese. El día en que un Gobierno hubiese querido conocer a toda costa el centro de África, lo hubiera conseguido inevitablemente a fuerza de hombres y de dinero; pero aquí no hay nada más inseguro que el éxito, y podían presentarse obstáculos absolutamente insuperables.

—¡Insuperables! —exclamó Hatteras con vehemencia—. ¡No hay obstáculos insuperables! ¡Hay voluntades más o menos enérgicas, y he aquí todo!

—En fin —dijo Johnson—, ya hemos llegado, lo que no es poco. Pero ahora, señor Clawbonny, ¿queréis decirme lo que tiene de particular este Polo?

—Tiene de particular, amigo Johnson, que es el único punto inmóvil del Globo, en tanto que todos los demás puntos giran con una rapidez suma.

—Pero yo no noto —respondió Johnson— que estemos aquí más inmóviles que en Liverpool.

—Porque en Liverpool no notáis vuestro movimiento, y esto depende de que, en ambos casos,

participáis vos mismo del movimiento o de la inmovilidad. Pero el hecho es cierto. La Tierra está dotada de un movimiento de rotación que se consuma en veinticuatro horas, y se supone que este movimiento se verifica alrededor de un eje, cuyas extremidades pasan por el Polo Norte y por el Polo Sur. Pues bien, nosotros nos hallamos en una de las extremidades de este eje necesariamente inmóvil.

—Así, pues —dijo Bell—, mientras nuestros compatriotas giran rápidamente, ¿nosotros estamos quietos?

—No del todo, porque no estamos absolutamente en el Polo.

—¡Tenéis razón, doctor! —dijo Hatteras con tono grave y sacudiendo la cabeza—. ¡Nos faltan aún cuarenta y cinco segundos para llegar al punto preciso!

—Es poca cosa —respondió Altamont—; y podemos considerarnos como inmóviles.

—Sí —repuso el doctor—, al paso que los habitantes de este punto del ecuador hacen 396 leguas por hora.

—¡Y eso sin cansarse! —dijo Bell.

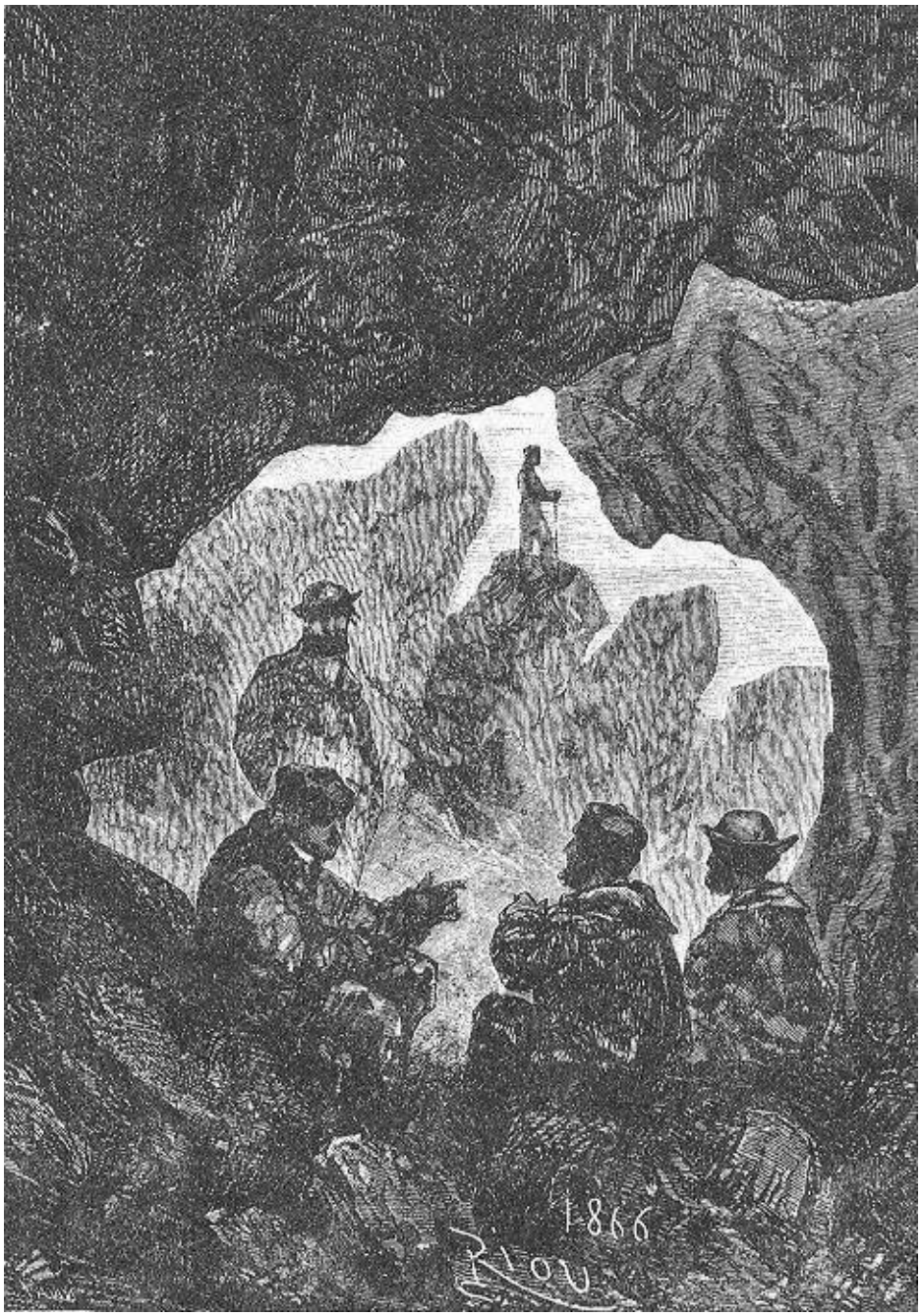
—Justamente —respondió el doctor.

—Pero —repuso Johnson—, independientemente de este movimiento de rotación, ¿no está dotada la Tierra de otro movimiento alrededor del Sol?

—Sí, un movimiento de rotación que se cumple en un año.

—¿Es más rápido que el otro? —preguntó Bell.

—Infinitamente más, y debo decir que, aunque nos hallemos en el polo, nos arrastra como a todos los demás habitantes de la Tierra. Así, pues, nuestra pretendida inmovilidad no es más que una quimera: inmóviles relativamente a los demás puntos del globo, sí; pero relativamente al Sol, no.



—¡Y yo —dijo Bell con un acento de dolor cómico—, que me creía tan tranquilo! ¡Fuerza es renunciar a esta ilusión! Decididamente, no se puede tener en este mundo un instante de reposo.

—Dices bien, Bell —replicó Johnson—; y vos, señor Clawbonny, ¿nos diréis cuál es la velocidad de este movimiento de traslación?

—Es considerable, respondió el doctor; la Tierra gira alrededor del Sol con una velocidad setenta y seis Veces mayor que la de una bala de a veinticuatro, la cual avanza, sin embargo, 195 toesas por segundo. Ya lo veis, su movimiento de traslación es, por lo tanto, de siete leguas seis décimas por segundo, cosa bien distinta del desplazamiento de los puntos del ecuador.

—¡Diablo! —exclamó. Bell—. ¡Lo que decís parece increíble, señor Clawbonny! ¡Más de siete leguas por segundo, cuando tan fácil hubiera sido permanecer inmóviles, si Dios hubiese querido!

—¿Sabéis lo que decís, Bell? —dijo Altamont—. En la Tierra, según vuestros deseos, no habría ni día, ni noche, ni primavera, ni otoño, ni verano, ni invierno.

—Y sucedería, además, una cosa horrible —repuso el doctor.

—¿Qué sucedería? —preguntó Johnson.

—¡Una friolera! ¡Caeríamos sobre el Sol!

—¡Sobre el Sol! —replicó Bell con sorpresa.

—Sin duda. Si este movimiento de traslación se detuviese, la Tierra se precipitaría sobre el Sol en sesenta y cuatro días y medio.

—¡Una caída de sesenta y cuatro días! —replicó Johnson.

—Ni más ni menos —respondió el doctor—, porque hay que recorrer una distancia de treinta y ocho millones de leguas.

—¿Cuál es, pues, el peso del Globo terrestre? —preguntó Altamont.

—El Globo terrestre pesa cinco mil ochocientos ochenta y un cuatrillones de toneladas.

—¡Caramba! —exclamó Johnson—. ¡Esos números nada me dicen al oído! ¡No los alcanzo!

—Por lo mismo, querido Johnson, voy a daros dos términos de comparación que os quedarán en la memoria. Procurad recordar que se necesitarían setenta y cinco Lunas para constituir el peso de la Tierra, y trescientas cincuenta mil Tierras para constituir el peso del Sol.

—¡Todo eso asombra! —dijo Altamont.

—Decís bien, asombra —respondió el doctor—. Pero volvamos al Polo, puesto que nunca habrá sido más oportuna una lección de cosmografía en esta parte de la Tierra, en el supuesto de que el cuento no os parezca fastidioso.

—¡Seguid, doctor, seguid! —dijo Altamont.

—Os he dicho —repuso el doctor, el cual tenía tanto gusto en enseñar como sus compañeros en instruirse—, os he dicho que el Polo era un punto inmóvil con relación a los demás puntos de la Tierra. Pues bien, lo que he dicho no puede ser enteramente exacto.

—¿Cómo? —dijo Bell—. ¿Será menester rebajar algo?

—Sí, Bell, el Polo no ocupa siempre el mismo sitio con exactitud. En otro tiempo, la estrella polar se hallaba más lejos que en la actualidad del polo celeste. Nuestro Polo, por consiguiente, está dotado de cierto movimiento; describe un círculo en unos veintiséis mil años, lo que depende de la precesión de los equinoccios, de que os hablaré luego.

—Pero —dijo Altamont—, ¿no podría suceder que el desplazamiento del Polo fuese mayor algún día?

—Mi querido Altamont —respondió el doctor—, tocáis una gran cuestión que los sabios dilucidaron por espacio de mucho tiempo, a consecuencia de un singular descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento?

—Helo aquí. En 1771 se encontró el cadáver de un rinoceronte en las orillas del mar glacial, y en 1799 el de un elefante en las costas de Siberia. ¿Cómo aquellos cuadrúpedos de los países cálidos se encontraban en una latitud semejante? De aquí nacieron varias controversias entre los geólogos, que no eran tan sabios como lo fue después un francés, Monsieur Elie de Beaumont, el cual demostró que aquellos animales vivían en latitudes ya elevadas, y que los torrentes y los ríos habían conducido sus cadáveres donde se les había encontrado. Pero como esta explicación no se había emitido aún, ya podéis figuraros lo que inventó la imaginación de los sabios.

—Los sabios son capaces de todo —dijo Altamont riendo.

—Sí, de todo, para explicar un hecho. Pues bien, supusieron que el polo de la Tierra se hallaba en otro tiempo en el ecuador, y el ecuador en el polo.

—¿De veras?

—Como con toda seriedad os lo digo. Pero si así hubiese sido, como la Tierra tiene en el Polo un aplastamiento de más de cinco leguas, los mares, transportados al nuevo ecuador por la fuerza centrífuga,

habrían cubierto montañas dos veces más altas que el Himalaya, y todos los países próximos al círculo polar, Suecia, Noruega, Rusia, Siberia, Groenlandia, y Nueva Bretaña, habrían sido sepultadas debajo de cinco leguas de agua, al paso que las regiones ecuatoriales, rechazadas al Polo, habrían formado montañas de cinco leguas de altura.

—¡Qué trastorno! —exclamó Johnson.

—El trastorno no asustaba a los sabios.

—¿Y cómo le explicaban? —preguntó Altamont.

—Por el choque de un cometa. El cometa es el *Deus ex machina*; cuantas veces hay en cosmografía alguna dificultad, se recurre a su cometa para allanarla. Es el astro más complaciente que conozco, y a la menor señal de un sabio, se desarregla él para arreglarlo todo.

—Entonces, señor Clawbonny —dijo Johnson—, es, según vos, imposible semejante trastorno.

—Imposible.

—¿Y si sobreviniese?

—Si sobreviniese, el ecuador se helaría en veinticuatro horas.

—¡Pues estaríamos apañados, si sobreviniese en la actualidad! —dijo Bell—. ¡Capaz sería la gente de decir que no hemos estado en el Polo!

—Tranquilizaos, Bell. Volviendo a la inmovilidad del eje terrestre, resulta lo siguiente, y es que, si estuviésemos durante el invierno en este lugar, veríamos las estrellas describiendo a nuestro alrededor un círculo perfecto. En cuanto al sol, el día del equinoccio de la primavera, el veintitrés de marzo, nos parecería (no tengo en cuenta la refracción), nos parecería exactamente cortado en dos por el horizonte, y subiría poco a poco formando curvas muy prolongadas; pero aquí lo que hay de notable es que desde que aparece no se pone, y permanece visible durante seis meses; después su disco roza de nuevo el horizonte en el equinoccio de otoño, el veintidós de setiembre, y desde que se pone ya no se le vuelve a ver en todo el invierno.

—Habéis hablado del aplastamiento de la Tierra en los polos —dijo Johnson—; ¿queréis explicármelo, señor Clawbonny?

—Sí, Johnson. Siendo la Tierra fluida en los primeros días del mundo, ya comprenderéis que entonces su movimiento de rotación debió arrojar una parte de su masa movible al ecuador, donde la fuerza centrífuga se hacían sentir más vivamente. Si la Tierra hubiese estado inmóvil, hubiera quedado una esfera perfecta; pero a consecuencia del fenómeno que acabo de describir, presenta una forma elíptica, y los puntos del Polo están cosa de cinco leguas y un tercio de legua más cerca del centro de los puntos del ecuador.

—Así pues —dijo Johnson—, si nuestro capitán quisiera conducirnos al centro de la Tierra, ¿tendríamos que andar para llegar a él cinco leguas menos?

—Tal como suena, amigo mío.

—Pues bien, capitán, tenemos ya andada una parte del camino. He aquí una ocasión que no debemos desperdiciar…

Hatteras no respondió. Evidentemente, no estaba en la conversación, o bien escuchaba sin oír.

—¡A fe mía! —respondió el doctor—, al decir de ciertos sabios, éste sería tal vez el caso de intentar la expedición.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo Johnson.

—Pero dejadme concluir —dijo el doctor—, y os hablaré de eso más adelante. Quiero ahora explicaros cómo el aplastamiento de los polos es la causa de la precesión de los equinoccios, es decir,

por qué cada año el equinoccio de primavera llega un día antes de lo que llegaría si fuese la Tierra perfectamente redonda. Eso procede simplemente de que la atracción del Sol se verifica de una manera diferente en la parte henchida del Globo, situada en el ecuador, que experimenta entonces un movimiento retrógrado. Por consiguiente, eso es lo que disloca un poco este Polo, como os he dicho antes. Pero independientemente de este efecto, el aplastamiento debería tener otro más curioso y más personal, del que nos percataríamos si estuviésemos dotados de una sensibilidad matemática.

—¿Qué efecto es ése? —preguntó Bell.

—Que somos aquí más pesados que en Liverpool.

—¿Más pesados?

—Sí; nosotros, nuestros perros, nuestros fusiles, nuestros instrumentos.

—¿Es posible?

—Es indudable, por dos razones; la primera, es que nos hallamos más cerca del centro del Globo, el cual, por consiguiente, nos atrae más, y esta fuerza de atracción no es otra cosa que el peso. La segunda es que la fuerza de rotación, nula en el Polo, es muy marcada en el ecuador; los objetos tienen en este último lugar una tendencia a separarse de la Tierra, y son, por lo tanto, menos pesados.

—¡Cómo! —dijo Johnson—. ¿No tenemos el mismo peso en todas partes?

—No, Johnson. Según la ley de Newton, los cuerpos se atraen en razón directa de las masas, y en razón inversa del cuadrado de las distancias. Aquí yo peso más porque estoy más cerca del centro de atracción, y en otro planeta pesaría más o menos, según la masa del planeta.

—¡Cómo! —exclamó Bell—. ¿En la Luna…?

—En la Luna, mi peso, que es de doscientas libras en Liverpool, no sería más que de treinta y dos.

—¿Y en el Sol?

—¡Oh! En el Sol pesaría más de cinco mil libras.

—¡Gran Dios! —exclamó Bell—. Se necesitaría entonces una máquina para levantar vuestras piernas.

—¡Probablemente! —respondió el doctor, riéndose de la salida de Bell—. Pero aquí la diferencia no es sensible, y desplegando un esfuerzo igual de los músculos de la pantorrilla, Bell saltará a tanta altura aquí como en los malecones del Mersey.

—Sí, pero ¿y en el Sol? —replicó Bell, que no volvía en sí de su asombro.

—Amigo mío —le respondió el doctor—, la consecuencia de todo es que estamos bien donde estamos y que es inútil ir a otra parte.

—Habéis dicho antes —repuso Altamont— que el caso en que nos hallamos sería tal vez el más propio para intentar una excursión al centro de la Tierra; ¿ha pensado alguien alguna vez en emprender semejante viaje?

—Sí, y con eso termina lo que tengo que deciros relativo al Polo. No hay punto del mundo que haya dado origen a más hipótesis y quimeras. Los antiguos, muy ignorantes en cosmografía, situaban aquí el jardín de las Hespérides. En la Edad Media se supuso que la Tierra descansaba sobre muñones o quicios colocados en los polos, a cuyo alrededor giraba; pero cuando se vio que los círculos se movían libremente en las regiones circumpolares, fue preciso renunciar a semejante género de sustentáculo. Más adelante se encontró un astrónomo francés, Bailly, el cual sostuvo que el pueblo civilizado y perdido de que habla Platón, la Atlántida, vivía aquí mismo. En fin, en nuestros días se ha pretendido que existía en los polos una inmensa abertura, de donde se desprendía la luz de las auroras boreales, y por la cual se podía penetrar en el interior del Globo; después, en la esfera hueca se imaginó la existencia de dos

planetas, Plutón y Proserpina, y un aire luminoso a consecuencia de la fuerte presión qué experimentaba.

—¿Todo eso se ha dicho? —preguntó Altamont.

—Y se ha escrito muy formalmente. El capitán Synnes, uno de nuestros compatriotas, propuso a Humphry Davy, a Humboldt y a Arago intentar el viaje. Los tres sabios se negaron.

—Y creo que hicieron perfectamente.

—Creo lo mismo. Como quiera que sea, ya veis, amigos míos, que la imaginación ha hecho de las suyas respecto del Polo, y que es preciso, tarde o temprano, volver a la simple realidad.

—Además, allá veremos —dijo Johnson, que no abandonaba su idea de ir al centro de la Tierra.

—Pues bien, guardemos las excursiones para mañana —respondió el doctor, sonriéndose al ver al viejo marino poco convencido—, y si hay una abertura para ir al centro de la Tierra, iremos juntos.

Capítulo XXV

EL MONTE HATTERAS

DESPUÉS de esta conversación sustancial, cada cual, acomodándose en la gruta lo mejor que pudo, concilió muy pronto el sueño.

Lo conciliaron todos, a excepción de Hatteras. ¿Por qué no durmió aquel hombre extraordinario?

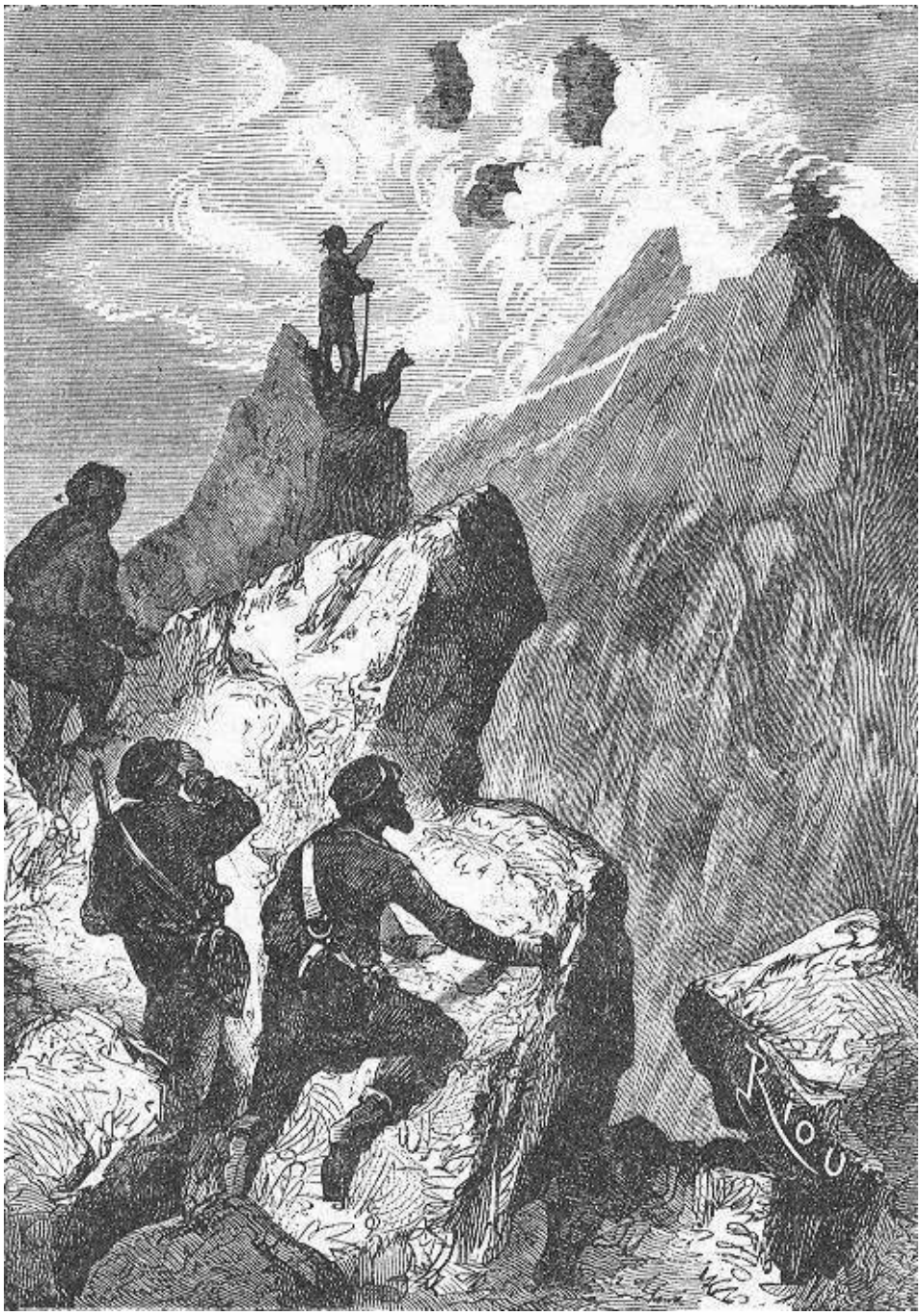
¿No había alcanzado, acaso, el objetivo de su vida? ¿No había cumplido los atrevidos proyectos que hacían palpitar su corazón? ¿Por qué la calma no sucedía a la agitación en aquella alma ardiente? ¿No era de creer que, realizados sus propósitos, Hatteras caería en una especie de abatimiento, y que sus nervios distendidos aspirarían al descanso?

Después del éxito parecía natural que se apoderase de él el sentimiento de tristeza que suele seguir a los deseos satisfechos.

Pero, no. Se mostraba más sobreexcitado. ¿No era, sin embargo, lo que le agitaba, el pensamiento de la vuelta? ¿Quería ir aún más lejos? ¿Su ambición de viajero no tenía, pues, ningún límite, y hallaba el mundo demasiado pequeño, porque él había dado la vuelta a su alrededor?

Ello es que no pudo dormir. Y, sin embargo, aquella primera noche, pasada en el polo del mundo, fue pura y tranquila. La isla estaba absolutamente inhabitada. Ni un pájaro en su atmósfera inflamada, ni un animal en su suelo de ceniza, ni un pez en sus aguas hirvientes. Solamente, a lo lejos, los sordos ronquidos de la montaña, sobre cuya frente se erizaban melenas de humo incandescente.

Cuando Bell, Johnson, Altamont y el doctor se despertaron, no hallaron junto a sí a Hatteras. Salieron de la gruta inquietos, y vieron al capitán en pie sobre una roca. Su mirada permanecía invariablemente fija en la cima del volcán. Tenía en la mano sus instrumentos, y acababa evidentemente de fijar con toda exactitud la posición de la montaña.



El doctor le siguió y le dirigió varias veces la palabra antes de sacarle de su contemplación. Al fin, el capitán pareció comprenderle.

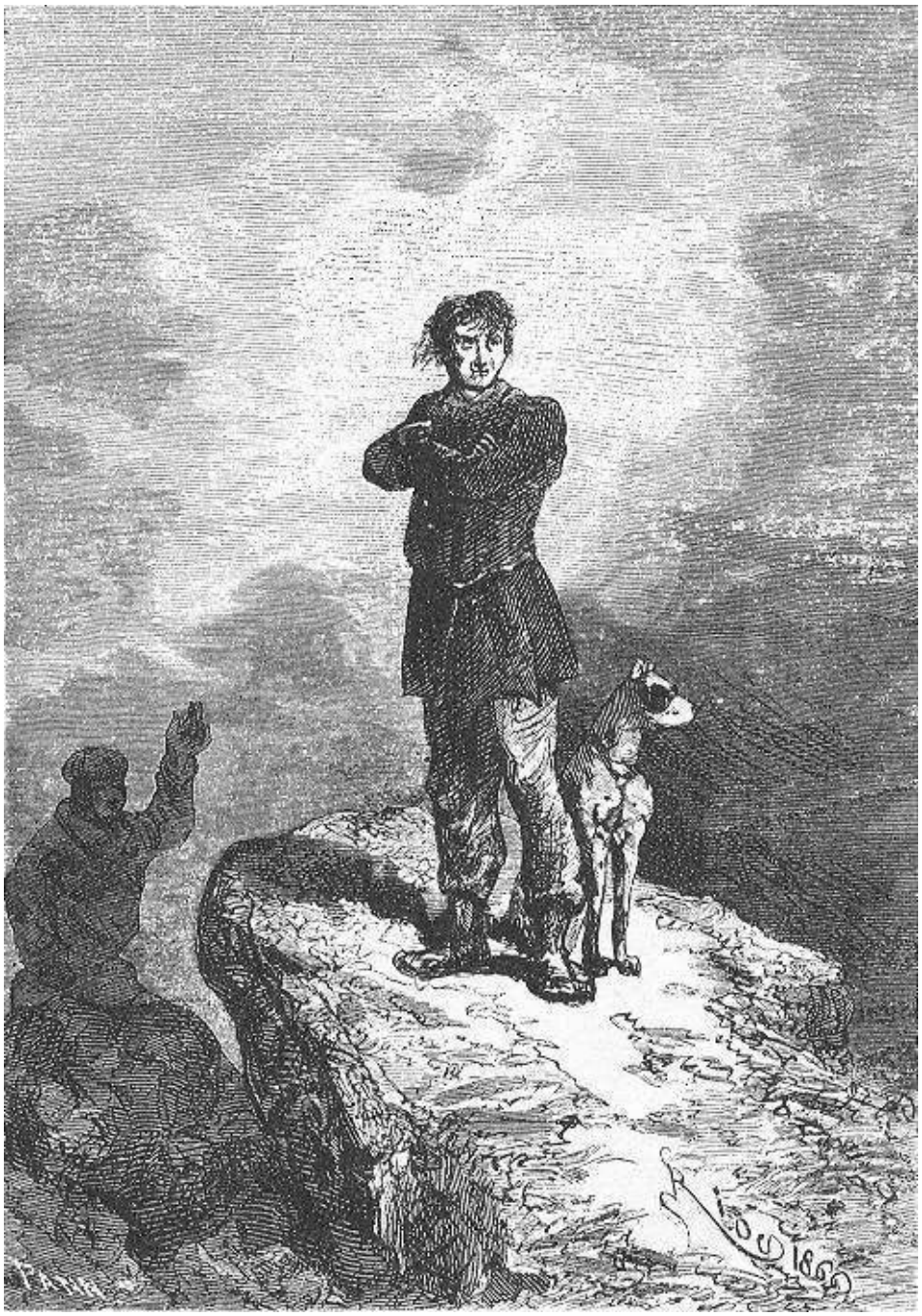
—¡En marcha! —dijo el doctor, que le examinaba atentamente—. ¡En marcha! Vamos a dar la vuelta alrededor de nuestra isla; todo está preparado para nuestra última excursión.

—La última —dijo Hatteras con esa entonación de voz característica de los que sueñan en voz alta—. Sí, la última, en efecto. ¡Pero también —añadió, con una animación suma— la más maravillosa!

Así hablaba, pasando sus dos manos por su frente, para calmar la fermentación de su cerebro.

En aquel momento, Altamont, Johnson y Bell se le agregaron; pareció entonces que Hatteras salía de su estado de alucinamiento.

—¡Amigos míos —dijo con voz conmovida—, gracias por vuestro valor, gracias por vuestra perseverancia, gracias por vuestros esfuerzos sobrehumanos, que nos han permitido poner el pie en esta tierra!



—Capitán —dijo Johnson—, nosotros no hemos hecho más que obedecer, y a vos corresponde toda la gloria.

—¡No, no! —respondió Hatteras con el mayor entusiasmo—. ¡A vosotros todos, como a mí! ¡A Altamont como a todos nosotros, como al doctor mismo! ¡Oh! ¡Dejad que mi corazón se explaye en vuestras manos! ¡No puede contener su alegría y su reconocimiento!

Hatteras estrechaba las manos de los valientes compañeros que lo rodeaban. Iba, venía, no era dueño de sí mismo.

—No hemos hecho más que cumplir con nuestro deber de ingleses —decía Bell.

—Nuestro deber de amigos —respondía el doctor.

—Sí —repuso Hatteras—, pero este deber no todos han sabido cumplirlo. ¡Algunos han sucumbido! ¡Es preciso, sin embargo, perdonarlos, perdonar a los que nos han hecho traición y a los que se han dejado arrastrar a la traición! ¡Desventurados! ¡Les perdono! ¿Oís, doctor?

—Sí —respondió el doctor, a quien la exaltación de Hatteras inspiraba serias inquietudes.

—Así, pues —repuso el capitán—, yo no quiero que pierdan la pequeña fortuna que habían venido a

buscar tan lejos. ¡No! ¡No modifico en lo más mínimo mis disposiciones, y serán ricos…, si regresan un día u otro a Inglaterra!

Difícil era no conmoverse al oír el acento con que Hatteras pronunció estas palabras.

—Pero, capitán —dijo Johnson afectando buen humor—, cualquiera diría que estáis haciendo vuestro testamento.

—Tal vez —respondió gravemente Hatteras.

—Sin embargo, tenéis delante una hermosa y larga existencia de gloria —repuso el viejo marino.

—¿Quién sabe? —dijo Hatteras.

A estas palabras siguió un silencio bastante largo. El doctor no se atrevía a interpretar el sentido de las últimas palabras del capitán.

Pero éste se hizo comprender luego, porque con voz precipitada, que contenía difícilmente, repuso:

—Amigos míos, escuchadme: mucho hemos hecho ya, pero aún queda mucho por hacer.

Los compañeros del capitán se miraron con profundo asombro.

—Sí, estamos en la tierra del Polo, pero no estamos en el mismo Polo.

—¿Qué querrá decir? —preguntó Altamont.

—¡No comprendo! —exclamó el doctor, que temía adivinar.

—¡Sí! —añadió Hatteras con fuerza—. He dicho que un inglés pondría el pie en el polo del mundo; lo he dicho, y un inglés lo pondrá.

—¿Cómo? —respondió el doctor.

—Distamos aún 45 segundos del punto desconocido —repuso Hatteras, con una animación creciente —, y donde está este punto iré yo.

—¡Está en la cima del volcán! —dijo el doctor.

—Iré.

—¡Es un cono inaccesible!

—Iré.

—¡Es un cráter abierto, inflamado!

—Iré.

No puede expresarse la enérgica convicción con que Hatteras pronunció estas palabras. Sus amigos estaban atónitos. Miraban con terror la montaña que balanceaba en el aire su penacho de llamas.

El doctor volvió a tomar la palabra, insistió, apremió a Hatteras para que renunciase a su proyecto; dijo cuanto su corazón y su mente pudieron sugerirle, pasando de las súplicas a las amenazas amistosas; pero nada obtuvo del capitán, cuyo ánimo exaltado estaba sujeto a una especie de locura que podríamos llamar «locura polar».

No había más que medios violentos para detener a aquel insensato que corría a su perdición. Pero previendo que acarrearían graves desórdenes, no quiso el doctor recurrir a ellos sino en último extremo.

Esperaba, además, que imposibilidades físicas, obstáculos insuperables detendrían a Hatteras en la ejecución de su proyecto.

—Pues si queréis ir —dijo—, os seguiremos.

—¡Sí —respondió el capitán—, hasta la mitad de la montaña! ¡No más allá! Es indispensable que llevéis a Inglaterra el testimonio que atestigüe nuestro descubrimiento…

—¡Sin embargo…!

—Perdéis el tiempo —respondió Hatteras con un tono inquebrantable—, y puesto que no bastan los ruegos del amigo, el capitán manda.

El doctor no quiso insistir más, y algunos instantes después la pequeña caravana, equipada para una ascensión difícil, y precedida por *Duck*, se puso en marcha.

El cielo resplandecía. El termómetro marcaba 52° (+ 11° centígrados). La atmósfera se impregnaba abundantemente de la claridad particular en aquel alto grado de latitud.

Eran las ocho de la mañana.

Hatteras tomó la delantera con su valiente perro; Bell y Altamont, el doctor y Johnson le seguían de cerca.

—Tengo miedo —dijo Johnson.

—No, no hay nada que temer —respondió el doctor—, estamos nosotros aquí.

¡Singular islote! ¿Cómo copiar su fisonomía particular, que era lo imprevisto, la novedad, la juventud? Aquel volcán no debía de ser viejo, y los geólogos hubieran podido señalar a su formación una fecha reciente.

Las rocas, hacinadas unas sobre otras, no se sostenían sino por un milagro de equilibrio. La montaña, propiamente hablando, no era más que un montón de piedras caídas de arriba. Nada de tierra, ni el menor musgo, ni el más pobre liquen, ni un vestigio de vegetación. El ácido carbónico, vomitado por el cráter, aún no había tenido tiempo de combinarse con el hidrógeno del agua ni con el amoníaco de las nubes, para formar, bajo la acción de la luz, las materias organizadas.

Aquella isla, perdida en el mar, no se debía más que a la agregación sucesiva de las deposiciones volcánicas. Así es como se han formado varias montañas del Globo; lo que han echado de su seno ha bastado para construirlas. El Etna ha vomitado ya un volumen de lava más considerable que su misma mole, y el Monte Nuovo, junto a Nápoles, fue engendrado por escorias en el corto espacio de cuarenta y ocho años.

El cúmulo de rocas de que se componía la «isla de la Reina» había salido evidentemente de las entrañas de la Tierra. Donde estaba, se extendía en otro tiempo el mar inmenso, formado desde los primeros días de la creación por la condensación de los vapores de agua en el Globo enfriado, pero a medida que se apagaron, o, por mejor decir, se taparon los volcanes del antiguo y del nuevo mundo, tuvieron que ser remplazados por nuevos cráteres ignívomos.

Se puede comparar la Tierra con una vasta caldera esferoide. Bajo la influencia del fuego central se engendran cantidades inmensas de vapores almacenados a una presión de millares de atmósferas, que harían saltar el Globo sin las válvulas de seguridad abiertas al exterior.

Las válvulas son los volcanes. Cuando una se cierra, otra se abre, y en el punto de los polos, donde, sin duda a consecuencia del aplastamiento, la corteza terrestre es menos gruesa, no es asombroso que un volcán se haya formado impensadamente por el levantamiento de la tierra encima de las olas.

El doctor, mientras seguía a Hatteras, notaba estas extrañas particularidades. Sus pies pisaban una lava volcánica y depósitos de piedra pómez formados de escorias, cenizas y rocas eruptivas, parecidas a los sideróxidos y granitos de Islandia.

Pero si atribuía al islote un origen casi moderno, debíase a que el terreno sedimentario no había tenido aún tiempo de formarse.

Faltaba también el agua. Si la «isla de la Reina» hubiese contado muchos siglos de existencia, habrían brotado en su seno fuentes termales, como en las inmediaciones de los volcanes. Y no solamente no se encontraba en ella una molécula líquida, sino que los vapores que se elevaban de los arroyos de lava eran, al parecer, absolutamente anhidros.

—Así, pues, aquella isla era de formación reciente, y del mismo modo que había aparecido, podía

desaparecer y sumergirse de nuevo en el fondo del océano.

A medida que los viajeros subían, iba siendo más difícil la ascensión; los costados de la montaña se acercaban a la perpendicular, y era preciso tomar grandes precauciones para evitar los derrumbamientos. Con frecuencia, columnas de ceniza se enroscaban alrededor de los viajeros y amenazaban asfixiarlos, y con frecuencia también torrentes de lava les cerraban el paso. En algunas superficies horizontales, los arroyos, enfriados y solidificados en la parte superior, dejaban que la lava hirviendo corriese bajo su costra endurecida. Los viajeros tenían que ir sorteando el terreno para no abismarse de pronto en aquellas materias en fusión.

De cuando en cuando, el cráter vomitaba pedruscos enrojecidos en el seno de los gases inflamados. Algunos de ellos estallaban en la atmósfera como bombas, y sus cascos, lanzados a larga distancia, se dispersaban en todas direcciones.

Se concibe de cuán innumerables peligros estaba rodeada aquella ascensión, y cuán loco era preciso que estuviese un hombre para intentarla.

Hatteras, sin embargo, subía con una agilidad sorprendente, y desdeñando el apoyo de su bastón con punta de hierro, trepaba sin vacilar por las más duras cuestas.

Llegó luego a un peñasco circular que formaba una especie de meseta de diez pies de anchura. La cercaba un río candente, después de haberse bifurcado en la cresta de una roca superior, sin dejar más que un paso estrecho, por el cual Hatteras se deslizó resueltamente.

Allí se detuvo, y sus compañeros pudieron alcanzarle. Pareció entonces que medía con la mirada el intervalo que tenía aún que salvar: horizontalmente, no se hallaba a más de cien toesas del cráter, es decir, del punto matemático del Polo; pero, verticalmente, tenía aún que elevarse a más de 1.500 pies.

Tres horas hacía ya que duraba la ascensión; Hatteras no parecía hallarse fatigado; sus compañeros no podían con su alma.

La cima del volcán parecía inaccesible. El doctor resolvió impedir a toda costa a Hatteras subir más alto. Trató de convencerle nuevamente, pero la exaltación del capitán llegaba ya al delirio. Durante el camino había dado todos los indicios de una locura creciente, la cual no podía sorprender a los que lo conocían, a los que lo habían seguido en las varias peripecias de su dramática existencia. A medida que Hatteras se elevaba encima del océano, su sobreexcitación aumentaba; no vivía ya en la religión de los hombres; creía crecer con la montaña misma.

—¡Basta, Hatteras! —le dijo el doctor—. No podemos más.

—Quedaos, pues, aquí —respondió el capitán con una voz extraña—. Yo iré más arriba.

—¡No! ¡Lo que hacéis es inútil! ¡Aquí estáis en el polo del mundo!

—¡No! ¡No! ¡Más arriba!

—Amigo mío; soy yo quien os habla, soy el doctor Clawbonny. ¿No me conocéis?

—¡Más arriba! ¡Más arriba! —Repetía el insensato.

—¡Pues bien, no! ¡Nosotros no lo consentiremos!

Antes de que el doctor concluyera la frase, Hatteras, con un esfuerzo sobrehumano, pasó el río de lava y se encontró fuera del alcance de sus compañeros.

Éstos lanzaron un grito; creían que Hatteras se había abismado en el torrente de fuego; pero el capitán había ganado el borde opuesto, seguido de su perro *Duck*, que no quería dejarle.

Desapareció detrás de una cortina de humo, y se oyó su voz cada vez más débil y más lejana.

—¡Al Norte! ¡Al Norte! —Gritaba—. ¡A la cima del monte Hatteras! ¡Acordaos del monte Hatteras!

No había que esperar alcanzar al capitán. Había veinte posibilidades contra una de caer en el torrente

por donde él había pasado con la buena fortuna y la destreza que es peculiar a los locos. Era imposible evitar aquel torrente de fuego e imposible también franquearlo. En vano intentó Altamont pasarlo. Estuvo próximo a perecer queriendo cruzar el río de lava, y sus compañeros tuvieron que detenerle a pesar suyo.

—¡Hatteras! ¡Hatteras! —Gritaba el doctor.

Pero el capitán no respondió, y sólo resonaron en la montaña los ladridos de *Duck*, apenas perceptibles.

Hatteras, sin embargo, se dejaba ver por intervalos entre las columnas de humo y los torbellinos de ceniza. Tan pronto aparecía uno de sus brazos como su cabeza. Después desaparecía y volvía a presentarse más arriba y agarrado a las rocas. Su talla disminuía con la rapidez fantástica de los objetos que se elevan en el aire. Media hora después, parecía ya reducido a la mitad.

Poblaban la atmósfera los sordos rumores del volcán; la montaña resonaba y roncaba como una caldera hirviendo; se sentía el estremecimiento de sus flancos. Hatteras subía incesantemente. *Duck* le seguía.

Hatteras ni siquiera volvía la cabeza. Se había servido de un palo como de un asta para enarbolar el pabellón inglés. Sus compañeros, azorados, no perdían uno solo de sus movimientos. Sus dimensiones se hacían poco a poco microscópicas, y *Duck* parecía reducido al tamaño de un ratón.

Hubo un momento en que el viento lanzó sobre ellos un inmenso velo de llamas. El doctor lanzó un grito de angustia; pero Hatteras reapareció erguido, tremolando su bandera.

El espectáculo de aquella espantosa ascensión duró más de una hora, una hora de lucha con las rocas vacilantes, con las barrancas de ceniza en que aquel héroe de lo imposible desaparecía hasta la mitad del cuerpo. Tan pronto se izaba, apuntalándose con las rodillas y la espalda contra las escabrosidades de la montaña, tan pronto, asiéndose de alguna roca viva, oscilaba al viento como una rama seca.

Llegó, al fin, a la cúspide del volcán, a la abertura misma del cráter. El doctor concibió entonces la esperanza de que el desgraciado, conseguido su objetivo, volvería tal vez sin tener que arrostrar más que los peligros del regreso.

Lanzó el último grito:

—¡Hatteras! ¡Hatteras!

El grito del doctor fue tal, que conmovió al americano hasta el fondo del alma.

—Yo le salvaré —exclamó Altamont.

Después, pasando de un salto el torrente de fuego con peligro de caer en él, desapareció en medio de las rocas.

Clawbonny no había tenido tiempo de detenerle.

Sin embargo, Hatteras, llegado a la cima de la montaña, avanzaba hacia el abismo de pie en una roca ya vencida, en una roca que se desplomaba. Las piedras llovían en torno suyo. *Duck* lo seguía siempre. El pobre animal parecía ya arrastrado por la atracción vertiginosa del abismo. Hatteras agitaba su pabellón, que resplandecía con reflejos incandescentes, y el tono rojo del estambre se desplegaba magníficamente al soplo del cráter.

Hatteras, con una mano, tremolaba la bandera. Con la otra, indicaba en el cenit del polo de la esfera celeste. Sin embargo, parecía vacilar. Buscaba aún el punto matemático donde se reúnen todos los meridianos del Globo, en el cual, en su obstinación sublime, quería sentar el pie.

De repente, le faltó la roca. Desapareció. Un grito terrible de sus compañeros subió hasta la cima de la montaña. ¡Transcurrió un segundo, un siglo! Clawbonny creyó a su amigo perdido y sepultado para siempre en las profundidades del volcán. Pero Altamont estaba allí, y *Duck* también. El hombre y el perro habían cogido al desgraciado en el momento de ir a desaparecer en el abismo. Hatteras estaba salvado, salvado a pesar suyo, y una hora después el capitán del *Forward*, privado de todo sentido, descansaba en brazos de sus compañeros desesperados.

Cuando volvió en sí, el doctor interrogó su mirada con una angustia muda. Pero aquella mirada inconsciente, como la de un ciego que mira sin ver, no le respondió.

—¡Gran Dios! —dijo Johnson—. ¡Está ciego!

—¡No! —respondió Clawbonny—. ¡No! ¡Mis pobres amigos, no hemos salvado más que el cuerpo de Hatteras! ¡Su alma ha quedado en la cima del volcán! ¡Su corazón ha muerto!

—¡Loco! —Clamaron consternados Johnson y Altamont.

—¡Loco! —respondió el doctor.

Y copiosas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Capítulo XXVI

REGRESO AL SUR

TRES horas después del triste desenlace de las aventuras del capitán Hatteras, Clawbonny, Altamont y los dos marineros se hallaban reunidos en la gruta al pie del volcán.

Todos suplicaron a Clawbonny que diese su opinión acerca de lo que convendría hacer.

—Amigos míos —dijo el doctor—, no podemos prolongar nuestra permanencia en la «isla de la Reina»; tenemos delante un mar libre y una cantidad suficiente de provisiones. Es menester partir y volver a toda prisa al «Fuerte Providencia», donde invernaremos hasta el verano próximo.

—Soy del mismo parecer —respondió Altamont—; debemos aprovechar el viento, que nos es favorable, y mañana nos haremos a la mar.

Hubo durante todo el día un profundo abatimiento. La locura del capitán era de un funesto presagio, y cuando Johnson, Bell y Altamont pensaban en la vuelta, se consideraban como abandonados, y sentían flaquear su ánimo. Les hacía falta el alma intrépida de Hatteras.

Sin embargo, a fuer de hombres enérgicos, se aprestaron a luchar de nuevo contra los elementos, y hasta contra sí mismos, si alguna vez se sentían desfallecer.

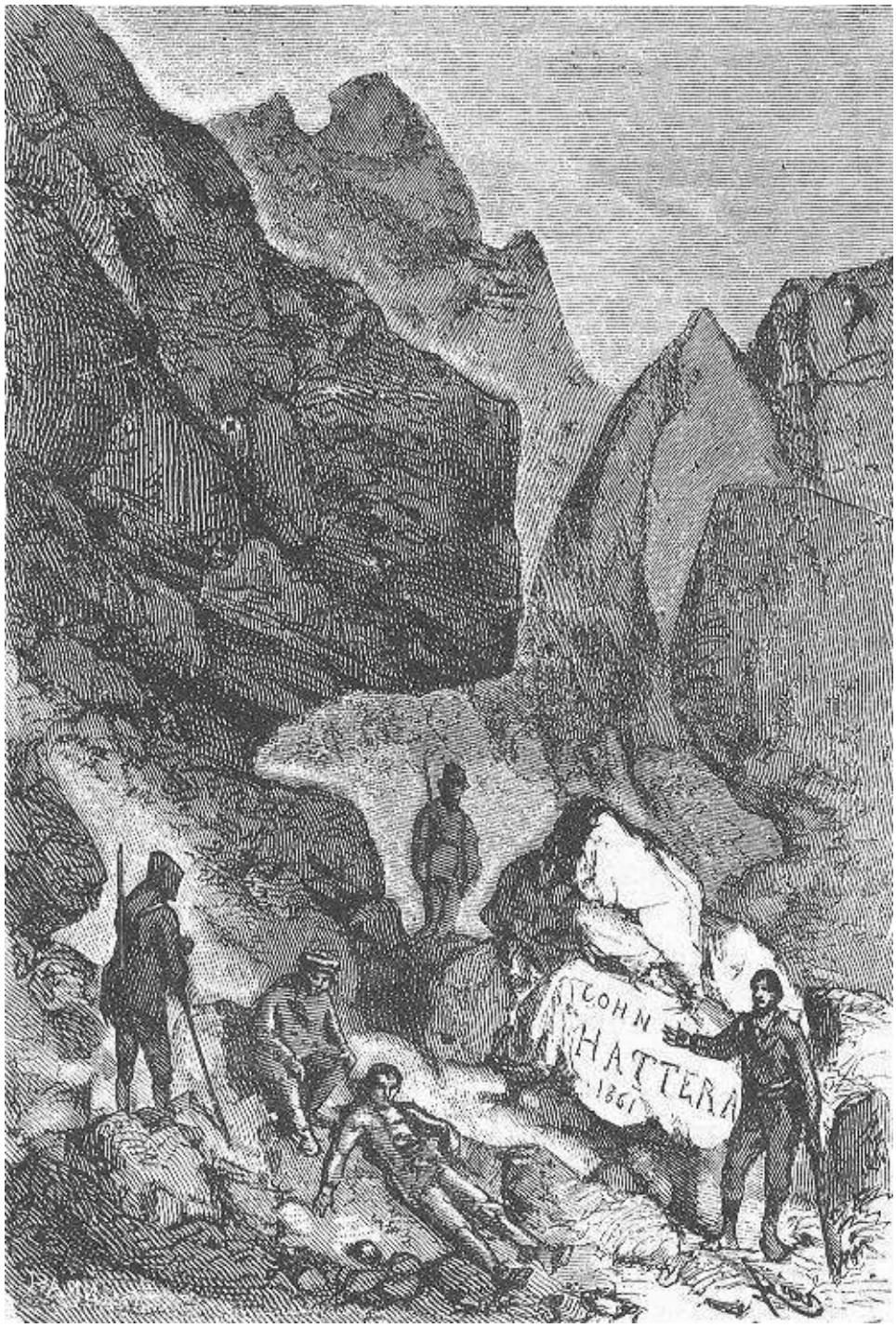
Al día siguiente, sábado 13 de julio, se embarcaron los efectos del campamento, y quedó todo dispuesto para la marcha.

Pero antes de dejar aquel peñasco para nunca más volverlo a ver, el doctor, siguiendo las intenciones de Hatteras, hizo levantar un *cairn* en el punto mismo en que el capitán había abordado la isla. Se formó el *cairn* con grandes rocas sobrepuestas, de modo que formase una prominencia perfectamente visible, en el supuesto de que las erupciones del volcán lo respetasen.

En una de las piedras laterales, Bell grabó al cincel esta sencilla inscripción:

JOHN HATTERAS
1861

El documento original fue depositado dentro del *cairn* en un tubo de hojalata perfectamente cerrado, y así quedó abandonado en aquellas desiertas rocas el testimonio del descubrimiento.



Entonces los cuatro hombres y el capitán, un pobre cuerpo sin alma, y su fiel *Duck*, triste y quejumbroso, se embarcaron para el viaje de vuelta. Eran las seis de la mañana. Con el lienzo de la tienda se hizo una nueva vela. La falúa, viento en popa, dejó la «isla de la Reina», y al anochecer, el doctor, de pie encima de su banco, dio un último adiós al monte Hatteras, que resplandecía en el horizonte.

La travesía fue muy rápida. El mar, constantemente libre, ofreció una navegación fácil, y en verdad que parecía que era más cómodo huir del Polo que acercarse a él.

Pero Hatteras no se hallaba en estado de comprender lo que pasaba en torno suyo. Permanecía echado en la falúa, con la boca muda, con la mirada apagada, con los brazos cruzados sobre el pecho, con *Duck* echado a sus pies. En vano el doctor le dirigía la palabra; Hatteras no le oía.

Por espacio de cuarenta y ocho horas el viento fue favorable y el mar estaba poco picado. Clawbonny y sus compañeros se dejaban llevar de la brisa del Norte. El 15 de julio, distinguieron Puerto Altamont, en el Sur; pero como el océano polar estaba libre en toda la costa, resolvieron, en lugar de atravesar en

trineo la tierra de la Nueva América, costearla y ganar por mar la bahía Victoria.

El trayecto era más rápido y más fácil. El espacio que los viajeros habían tardado quince días en recorrer en trineo, lo salvaron en ocho navegando, y después de haber seguido los tortuosidades de una costa orlada de numerosos peñascos, cuya configuración determinaron, llegaron el lunes por la tarde, 23 de julio, a la bahía Victoria.

La falúa quedó sólidamente amarrada a la playa, y todos se dirigieron precipitadamente al «Fuerte Providencia». Pero ¡qué devastación! La «Casa del Doctor», los almacenes, el polvorín, las fortificaciones, todo se había convertido en agua bajo la acción de los rayos solares, y las provisiones habían sido saqueadas por los animales carnívoros.

¡Triste y desconsolador espectáculo!

Los navegantes estaban muy escasos de provisiones y contaban con renovarlas en «Fuerte Providencia». La imposibilidad de pasar allí el invierno era evidente. Como hombres acostumbrados a tomar rápidas decisiones, resolvieron ganar el mar de Baffin por el camino más corto.

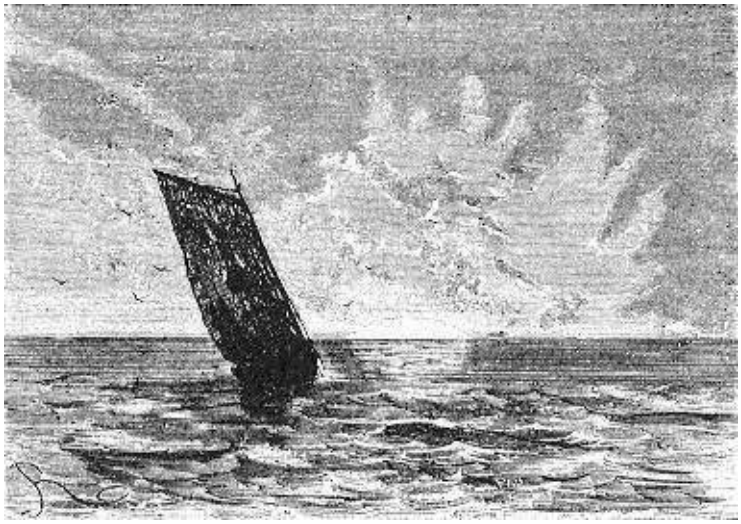
—No podemos hacer otra cosa —dijo el doctor—; el mar de Baffin está a menos de seiscientas millas; navegaremos en tanto que no falte el agua a nuestra falúa, ganaremos el estrecho de Jones, y desde allí los establecimientos daneses.

—Sí —respondió Altamont—, reunamos todas las provisiones que quedan, y partamos.

Buscando mucho se encontraron unas cajas de *pemmican* dispersas sin orden ni concierto, y dos barriles de carne en conserva, que se habían librado de la devastación. En resumen, se recogieron provisiones para seis semanas y una suficiente cantidad de pólvora. Todo se juntó en un momento; se empleó el resto del día en calafatear la falúa para ponerla en buen estado, y al día siguiente, 24 de julio, se volvió a emprender la marcha.

El continente, a los 83° de latitud, torcía hacia el Este. Era posible que se juntase con las tierras conocidas bajo el nombre de tierras Grinnel, Ellesmer y Lincoln Septentrional, que forman la línea costera del mar de Baffin. Podía, pues, tenerse por seguro que el estrecho de Jones penetraba en los mares interiores, a la manera del estrecho de Lancaster.

La falúa navegó desde entonces sin grandes dificultades, y evitaba fácilmente los témpanos flotantes. El doctor, previniendo retrasos posibles, redujo a sus compañeros a media ración de víveres; pero la fatiga era poca y la salud se conservaba en buen estado.



Además, no dejaban de hacer algunos disparos y mataron gansos, ánades y somormujos, que les

proporcionaban una alimentación fresca y sana. En cuanto a su aguada, la renovaban fácilmente con témpanos de agua dulce que se encontraban en el camino, porque tenían cuidado de no alejarse de las costas, ya que la fragilidad de la falúa no permitía echarse mar adentro.

En aquella época del año el termómetro estaba ya constantemente bajo el punto de congelación, y el tiempo, después de algunos días de lloviznas, amenazó con nieve. El sol empezaba ya a rozar el extremo horizonte, y cada día su disco se dejaba notar más al sesgo. El 30 de julio los viajeros lo perdieron de vista por primera vez, es decir, que tuvieron ya una noche de algunos minutos.

Sin embargo, la falúa avanzaba bien, llegando algunas veces a andar en veinticuatro horas de 60 a 65 millas. No había ni un instante de detención. Los viajeros sabían cuántas fatigas tendrían que arrostrar y cuántos obstáculos les opondría el camino de tierra, si era preciso tomarlo, y aquellos mares no podían tardar en helarse. Había ya témpanos nuevos diseminados por distintos puntos. El invierno, bajo las altas latitudes, sucede inmediatamente al verano, sin primavera ni otoño. Las estaciones intermedias faltan. Era, pues, preciso darse prisa.

El 31 de julio, estando el cielo despejado al ponerse el sol, se percibieron las primeras estrellas de la constelación del cénit. Desde aquel día reinó sin cesar una espesa niebla, que dificultó considerablemente la navegación.

El doctor, viendo multiplicarse los síntomas del invierno, concibió grandes zozobras. Sabía cuántas dificultades experimentó Sir John Ross para ganar el mar de Baffin, después del abandono de su buque. Aquel audaz marino, después de haber intentado por primera vez pasar los hielos, se vio obligado a volver a su buque y a sufrir una cuarta invernada. Pero él al menos tenía un abrigo para la mala estación y provisiones y comestibles.

Si semejante desgracia sobrevenía a los sobrevivientes del *Forward*, si se veían obligados a detenerse o a retroceder, estaban perdidos. El doctor no reveló sus zozobras a sus compañeros, pero les dio prisa para que avanzaran todo lo posible hacia el Este.

En fin, el 15 de agosto, después de treinta días de una navegación bastante rápida, después de haber luchado por espacio de cuarenta y ocho horas contra los témpanos que se acumulaban en los pasos, después de haber arriesgado cien veces su frágil falúa, los navegantes se vieron absolutamente detenidos, sin poder ir más lejos. El mar estaba helado en todas direcciones, y el termómetro señalaba de ordinario 15° sobre cero (—9° centígrados).

Por otra parte, en todo el Norte y el Este fue fácil reconocer la proximidad de una costa por las piedras chatas y redondeadas que las olas desgastan en las playas, y por el hielo de agua dulce que se encontraba más frecuentemente.

Altamont hizo sus observaciones con escrupulosa exactitud, y obtuvo 77° 15′ de latitud y 88° 02′ de longitud.

—Así, pues —dijo el doctor—, nuestra posición exacta es la siguiente: hemos alcanzado el Lincoln Septentrional, precisamente en el cabo Edén; entramos en el estrecho de Jones; con un poco de buena suerte, lo habríamos encontrado libre hasta el mar de Baffin. Pero no podemos quejarnos. Si mi pobre Hatteras hubiese encontrado un mar tan fácil, hubiera llegado rápidamente al Polo. Sus compañeros no le hubiesen abandonado y él no habría perdido la cabeza bajo el peso de las más terribles angustias.

—Entonces —dijo Altamont—, el único partido que podemos tomar es abandonar la falúa y pasar en trineo a la costa oriental de Lincoln.

—Estoy conforme en abandonar la falúa y tomar el trineo —respondió el doctor—, pero en lugar de atravesar Lincoln, propongo pasar en trineo el estrecho de Jones y ganar el Devon Septentrional.

—¿Y por qué? —preguntó Altamont.

—Porque cuanto más nos acerquemos al estrecho de Lancaster más probabilidades tendremos de encontrar balleneros.

—Tenéis razón, doctor, pero mucho me temo que los hielos, poco consistentes aún, no nos ofrezcan un paso practicable.

—Probaremos —respondió Clawbonny.

Se descargó la falúa; Bell y Johnson reconstruyeron el trineo, cuyas piezas estaban todas en buen estado, y al día siguiente se engancharon a él los perros, y se tomó a lo largo de la costa para ganar el *icefield*.

Entonces volvió a empezar aquel viaje tantas veces descrito, tan peligroso y lento. Razón había tenido Altamont en desconfiar del estado del hielo; no se pudo atravesar el estrecho de Jones, y hubo necesidad de seguir la costa de Lincoln.

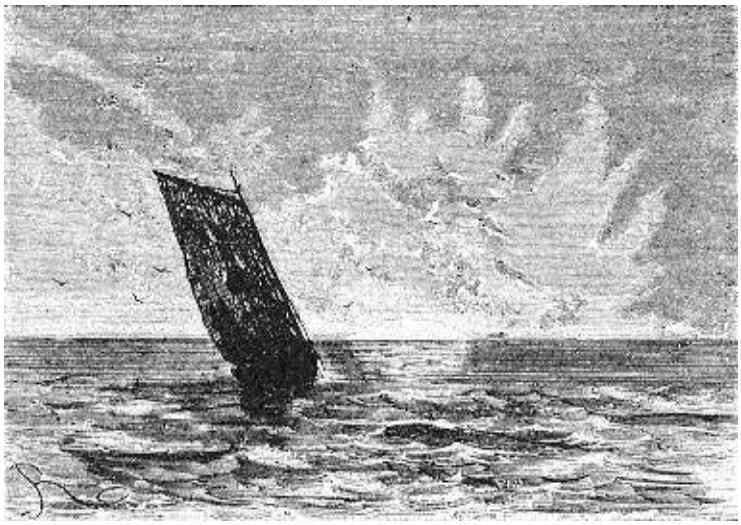
El 21 de agosto los viajeros, cortando al sesgo, llegaron a la entrada del estrecho de Glacier, donde se aventuraron por el *icefield*, y al día siguiente alcanzaron la isla Coburgo, que atravesaron en menos de dos días entre borrascas de nieve.

Pudieron entonces volver a tomar el camino más fácil de los campos de hielo, y, al fin, el 24 de agosto pusieron los pies en el Devon Septentrional.

—Ahora —dijo el doctor— no nos queda más que atravesar esta tierra y ganar el cabo Warender, a la entrada del estrecho de Lancaster.

Pero el tiempo se puso espantoso y muy frío; las ráfagas de nieve y los torbellinos recobraron su violencia invernal, y los viajeros sentían agotarse sus fuerzas. Las provisiones estaban casi apuradas, y todos tuvieron que reducir a una tercera parte de ración para poder dar a los perros una alimentación proporcionada a su trabajo.

La naturaleza del terreno aumentaba mucho las fatigas del viaje. Aquella tierra del Devon Septentrional era sumamente escabrosa, y fue preciso salvar los montes Trauter por gargantas impracticables, luchando contra todos los elementos desencadenados. Allí estuvieron próximos a sucumbir el trineo, los hombres y los perros, y más de una vez la desesperación se apoderó de la comitiva, no obstante ser tan aguerrida y estar tan acostumbrada a las fatigas de una expedición polar. Pero aquellas pobres gentes, sin que ellas lo advirtieran, estaban gastadas moral y físicamente. No se arrostran impunemente dieciocho meses de incesantes fatigas y una sucesión enervadora de esperanzas y desesperaciones. Es, además, de notar que la ida se verifica con un entusiasmo, una convicción y una fe que faltan a la vuelta. Así es que los desgraciados se arrastraban con trabajo, se puede decir que marchaban por rutina, por un resto de energía animal casi independiente de su voluntad.



Hasta el 30 de agosto no salieron de aquel caos de montañas de las cuales la orografía de las zonas bajas no podía dar ninguna idea, pero salieron magullados y medio helados. El doctor no acertaba a alentar a sus compañeros, porque se sentía desfallecer él mismo.

Los montes Trauter terminaban en una especie de llanura conmovida por el primitivo levantamiento de la montaña. Allí fue indispensable tomar un descanso de algunos días, pues los viajeros podían difícilmente tenerse en pie, y ya dos de los perros de tiro habían muerto extenuados.

La comitiva se abrigó detrás de un témpano, con un frío de 2° bajo cero (-19° centígrados). Ninguno se sintió con fuerzas para levantar la tienda.

Las provisiones eran muy escasas, y a pesar de la extremada parsimonia con que se gastaban, no podían durar más allá de ocho días. La caza era casi nula, obligándola el invierno a buscar climas menos rudos. La muerte por hambre se presentaba, pues, amenazadora ante sus víctimas extenuadas.

Altamont, que mostraba una gran adhesión y una abnegación verdadera, aprovechó un resto de su fuerza y resolvió procurar, por medio de la caza, algún alimento a sus compañeros.

Cogió la escopeta, llamó a *Duck* y penetró en las llanuras del Norte. El doctor, Bell y Johnson, le vieron alejarse casi con indiferencia. En una hora no oyeron un solo tiro, y vieron regresar al americano sin haberlo disparado. El americano corría con cierto azoramiento.

—¿Qué sucede? —le preguntó el doctor.

—¡Allá abajo! ¡En la nieve! —respondió Altamont con un acento de horror, indicando un punto del horizonte.

—¿Qué?

—¡Una porción de hombres…!

—¿Vivos?

—Muertos…, helados y hasta…

El americano no se atrevió a concluir su pensamiento, pero su fisonomía expresaba el horror más indecible.

El doctor, Johnson y Bell, reanimados por aquel incidente, hallaron medios de levantarse y se arrastraron en pos de Altamont, hacia aquella parte de la llanura que él había indicado.

Llegaron luego a un espacio cerrado, en el fondo de una barranca profunda, y allí ¡qué espectáculo se ofreció a su vista!

Cadáveres rígidos, medio envueltos en un sudario de nieve, estaban diseminados en distintos puntos: aquí un brazo, allá una pierna, más lejos manos crispadas, cabezas que conservaban aún su fisonomía amenazadora y desesperada.

El doctor se acercó y retrocedió, pálido, con las facciones descompuestas, en tanto que *Duck* aullaba de una manera siniestra.

—¡Horror! ¡Horror! —exclamó Clawbonny.

—Pero… —empezó a decir el contramaestre.

—¿No les habéis conocido? —dijo el doctor con voz alterada.

—¿Qué queréis decir?

—¡Mirad!

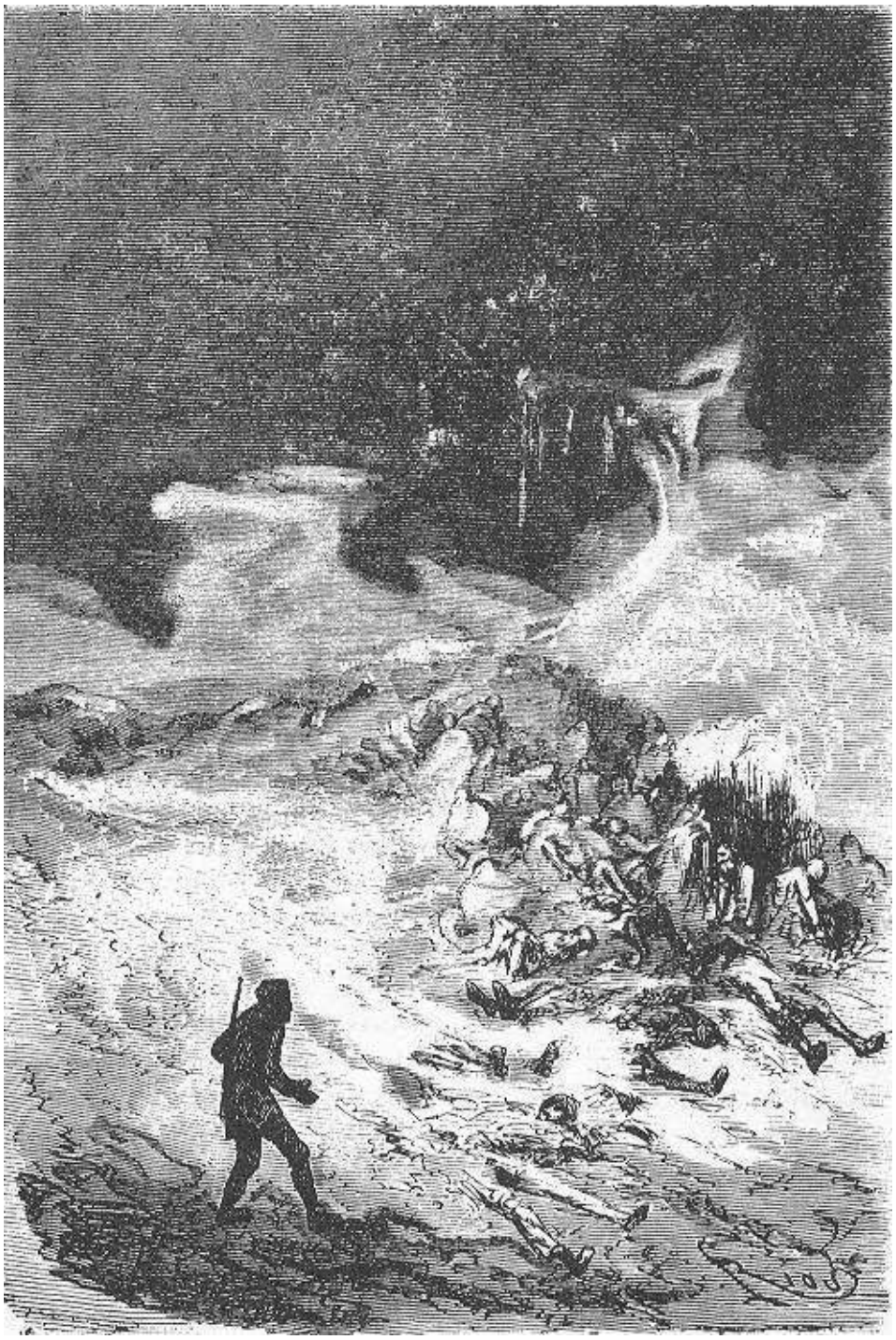
Aquella barranca había sido el teatro de una última lucha de los hombres contra el clima, contra la desesperación, contra el hambre misma, pues por ciertos despojos horribles se comprendía que los desgraciados se habían saciado en cadáveres humanos, en carne tal vez palpitante aún, y entre ellos, el doctor reconoció a Shandon, a Pen, la miserable tripulación del *Forward*; las fuerzas de aquellos desventurados se habían agotado, les habrían faltado los víveres; su lancha probablemente fue hecha trizas por los aludes y se precipitó en un abismo, y no pudieron aprovecharse del mar libre; se puede suponer también que se extraviaron en medio de aquellos continentes desconocidos. Además, hombres que habían marchado bajo la excitación de la revuelta no podían permanecer ligados entre sí por aquella unidad de miras que permite llevar a cabo las grandes empresas. Un jefe de sediciosos no tiene nunca en las manos más que un poder dudoso. Sin duda la autoridad de Shandon fue muy pronto desconocida y desacatada.

Lo evidente es que aquella tripulación pasó por mil tormentos, por mil desesperaciones antes de llegar a tan espantosa catástrofe; pero el secreto de sus miserias queda sepultado con ellos para siempre en las nieves del Polo.

—¡Huyamos! ¡Huyamos! —exclamó el doctor Clawbonny.

Y arrastró a sus compañeros lejos del lugar del desastre.

El horror les devolvió una energía momentánea. Se pusieron en marcha.



Capítulo XXVII

CONCLUSIÓN

¿DE qué sirve ocuparse de las desventuras que abrumaron sin tregua a los sobrevivientes de la expedición? Ellos mismos no pudieron hallar jamás en su memoria el recuerdo circunstanciado de los ocho días que transcurrieron desde el horrible descubrimiento de los restos de la tripulación. Sin embargo, el 9 de setiembre, por un milagro de energía, se hallaron en el cabo Horsburg, en la extremidad del Devon Septentrional.

Estaban extenuados de hambre. Hacía cuarenta y ocho horas que no habían probado un bocado, y su última comida se debió a la carne de su último perro esquimal. Bell no podía ir más lejos, y el viejo Johnson se sentía morir.

Se hallaban a las orillas del mar de Baffin, helado en parte, es decir, en el camino de Europa. A tres millas de la costa, las olas libres se estrellaban con ruido contra los témpanos del campo de hielo.

Era preciso aguardar el paso problemático de un ballenero, ¿y cuántos días aún?

Pero el cielo tuvo piedad de aquellos desgraciados, pues, al día siguiente, Altamont distinguió perfectamente una vela en el horizonte.

¡Cuántas angustias acompañan a esas apariciones de buques! ¡Cuántos recelos de ver frustrada la última esperanza! Parece que el buque se aproxima y aleja sucesivamente para hacerse desear más. Son horribles aquellas alternativas de esperanza y desesperación, y con frecuencia, en el momento de creerse los náufragos salvados, la vela entrevista se aleja y se borra en el horizonte.

Por todas estas amarguras pasaron el doctor y sus compañeros. Habían llegado al límite occidental del campo de hielo, llevándose, empujándose unos a otros, y veían desaparecer poco a poco aquel buque, sin que él hubiese notado su presencia. ¡Le llamaban, pero en vano!

Entonces fue cuando el doctor tuvo una última inspiración de aquel fecundo genio que tan bien le había servido hasta entonces.

Un témpano, arrastrado por la corriente, chocó contra el *icefield*.

—¡Ese témpano! —dijo señalándolo con la mano.

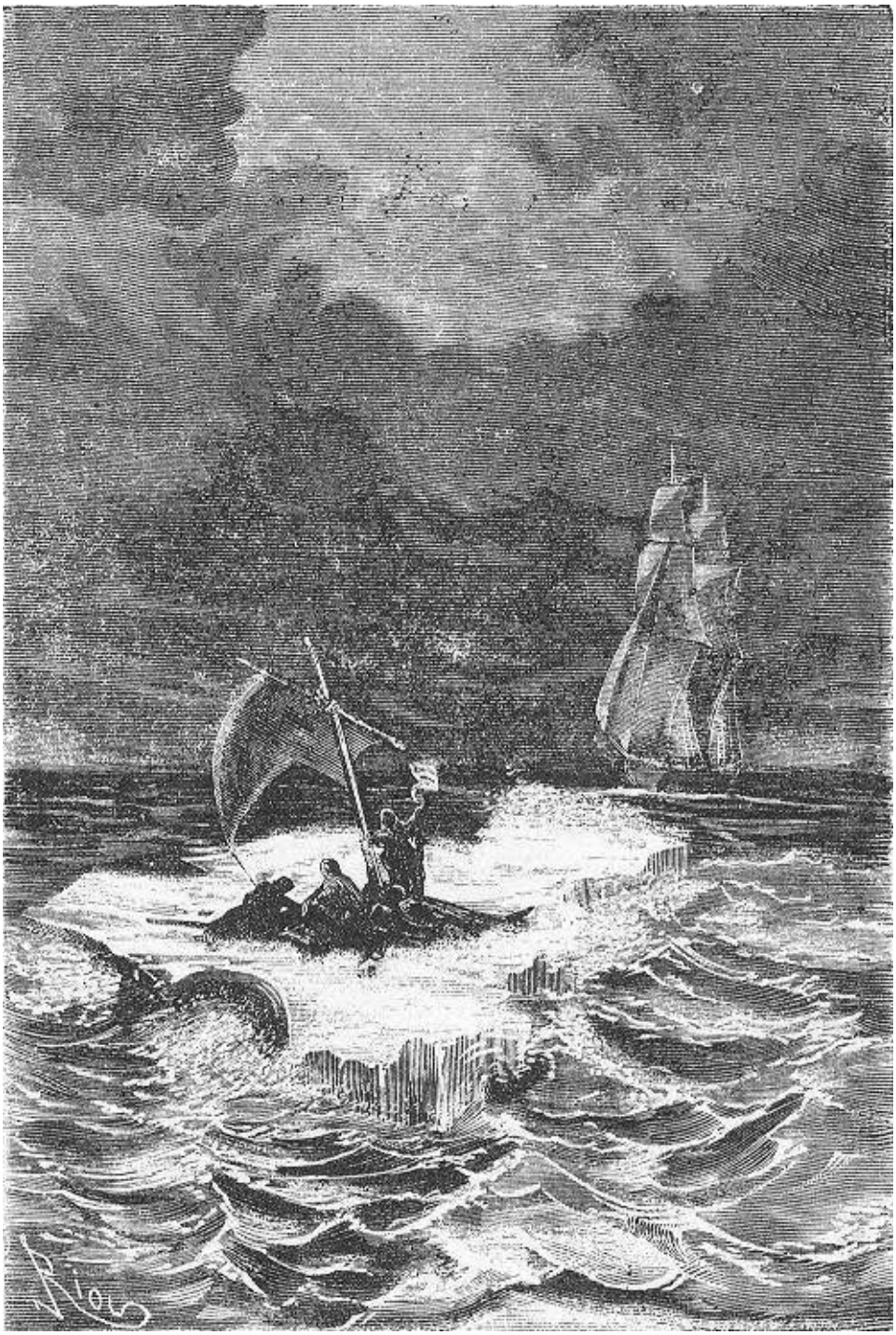
No le comprendieron.

—¡Embarquémonos! ¡Embarquémonos! —exclamó.

Aquello fue para todos un rayo de luz.

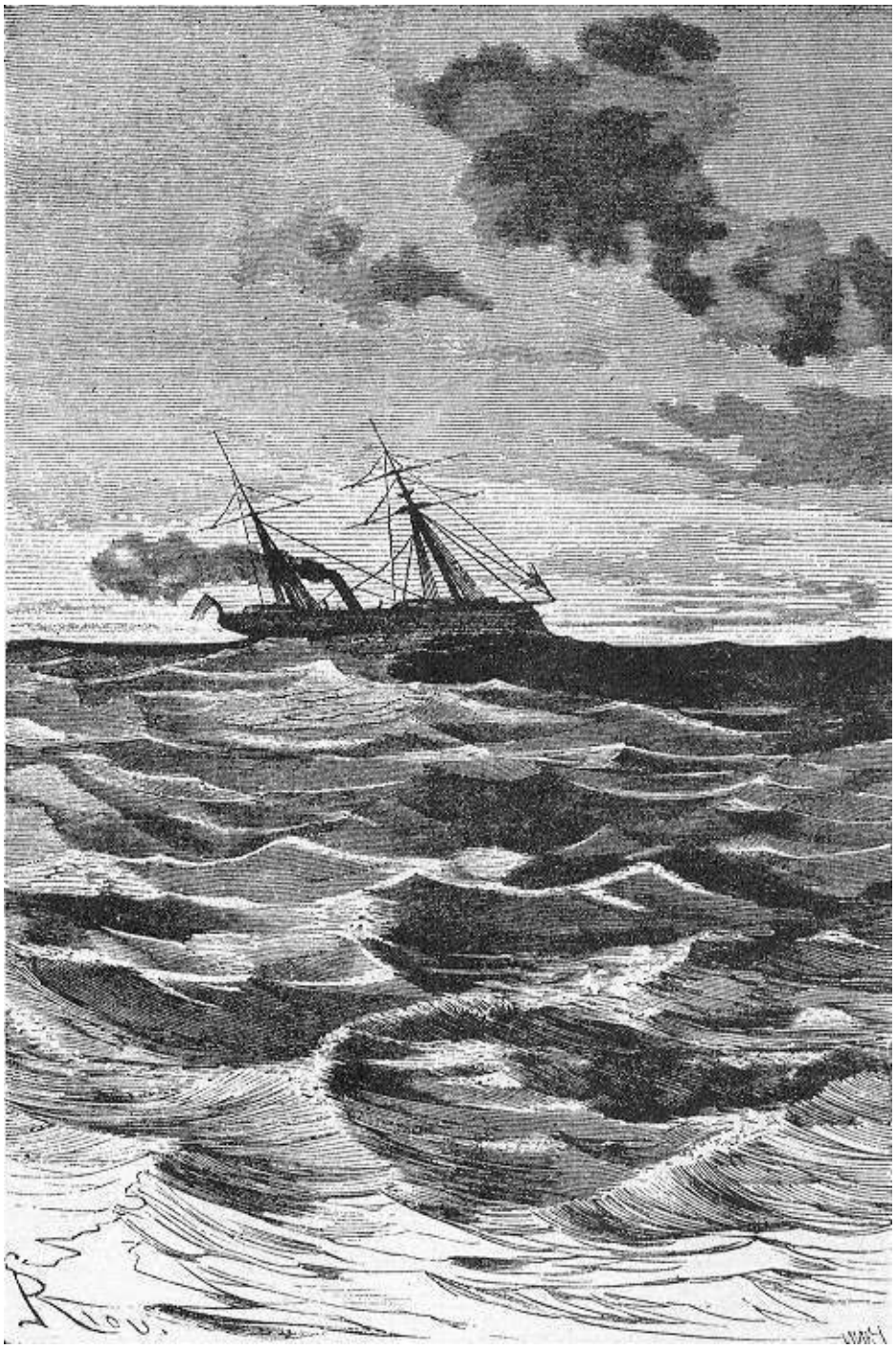
—¡Ah! ¡Señor Clawbonny! ¡Señor Clawbonny! —Repetía Johnson besando las manos del doctor.

Bell, ayudado por Altamont, corrió al trineo; se trajo de él uno de los montantes, lo plantó en el témpano como un mástil y lo sostuvo con cuerdas. Se hizo pedazos la tienda para formar bien o mal una vela. El viento era favorable. Los infelices abandonados se colocaron precipitadamente en la frágil almadía y se dirigieron mar adentro.



Al cabo de dos horas, después de esfuerzos inauditos, los últimos hombres del *Forward* eran recogidos a bordo del *Hans Christien*, ballenero danés que navegaba en busca del estrecho de Davis.

El capitán recibió como hombre de corazón a aquellos espectros que no tenían ya apariencia humana. A la vista de sus padecimientos, comprendió su historia; les prodigó los más solícitos cuidados y consiguió conservarles la vida.



Diez días después, Clawbonny, Johnson, Bell, Altamont y el capitán Hatteras desembarcaron en Korsoeur, sito en el Seeland, Dinamarca; un buque de vapor les condujo a Kiel; desde allí, por Altona y Hamburgo, se dirigieron a Londres, donde llegaron el 13 del mismo mes, apenas repuestos de sus largos padecimientos.

El primer cuidado del doctor fue solicitar de la Real Sociedad Geográfica de Londres el favor de dirigirle una comunicación, y fue admitido a la sesión del 15 de julio.

Grande fue el asombro de aquella sabia asamblea, la cual acogió con hurras entusiastas la lectura del documento de Hatteras.

Aquel viaje, único en su especie, sin precedente en los fastos de la Historia, reunía todos los descubrimientos anteriores hechos en el seno de las regiones circumpolares; eslabonaba unas con otras las expediciones de los Parry, de los Ross, de los Franklin, de los McClure; completaba, entre los meridianos 100 y 115 la costa de las comarcas hiperbóreas, y terminaba, en fin, en aquel punto del Globo inaccesible hasta entonces, en el Polo mismo.

¡No, nunca, nunca había conmovido el corazón de Inglaterra atónita una noticia tan inesperada!

Los ingleses son apasionados a los grandes hechos geográficos. Se sintieron conmovidos y halagados en su amor propio, lo mismo el Lord que el *cockney*, lo mismo el banquero que el trabajador de los docks.

La noticia del gran descubrimiento circuló por todos los hilos telegráficos del Reino Unido con la rapidez del rayo; los periódicos inscribieron el nombre de Hatteras al frente de sus columnas como el de un mártir, e Inglaterra se estremeció de orgullo.

Se festejó al doctor y a sus compañeros, los cuales fueron presentados a Su Graciosa Majestad por el Lord Gran Canciller en audiencia solemne.

El Gobierno confirmó los nombres de «Isla de la Reina» para el peñasco del Polo Norte, el monte Hatteras, adjudicado al mismo volcán, y de Puerto Altamont, dado al puerto de Nueva América.

Altamont no se separó nunca más de sus compañeros de miseria y de gloria, que fueron sus más íntimos amigos, y siguió al doctor, a Bell y a Johnson hasta Liverpool, que les vitoreó a su regreso, después de haberlos creído desde mucho tiempo muertos y sepultados en los hielos eternos.

Pero el doctor Clawbonny siempre atribuyó aquella gloria al que entre ellos la merecía principalmente. En la relación de su viaje, titulada *The English at the North Pole*, publicada un año después por cuenta de la Real Sociedad de Geografía, colocó a John Hatteras al lado de los más grandes viajeros, émulo de los hombres audaces que se sacrifican en cuerpo y alma a los progresos de la Ciencia.

Sin embargo, aquella triste víctima de una pasión sublime, vivía pacíficamente en el hospital de Sten Cottage, cerca de Liverpool, donde le hizo entrar su mismo amigo el doctor. Su locura era tranquila, pero no hablaba ni comprendía, y parecía que su palabra había desaparecido con su razón. No le enlazaba con el mundo exterior más que un solo sentimiento, la amistad que profesaba a *Duck*, del cual no se separó.

Aquella enfermedad, aquella «locura polar», seguía, pues, tranquilamente su curso, y no presentaba ningún síntoma particular, cuando un día el doctor Clawbonny, que visitaba con frecuencia al pobre enfermo, quedó sorprendido al ver su modo de andar. Desde algún tiempo el capitán Hatteras, seguido de su fiel perro que le miraba con ojos dulces y tristes, se paseaba todos los días por espacio de muchas horas. Pero en su paseo seguía invariablemente un sentido determinado en la dirección de cierta alameda de Sten Cottage. El capitán, al llegar a la extremidad de la alameda, andaba a reculones. Si alguno le detenía, le indicaba con la mano un punto fijo en el cielo. Si se le quería obligar a volverse de cara, se irritaba, y *Duck*, participando de su cólera, ladraba con furor.

El doctor observó atentamente una manía tan extraña, y comprendió el motivo de aquella obstinación singular; adivinó la razón que había para que aquel paseo se verificase siempre en la misma dirección, y si así puede decirse, bajo la influencia de una fuerza magnética.

¡El capitán John Hatteras marchaba invariablemente hacia el Norte!

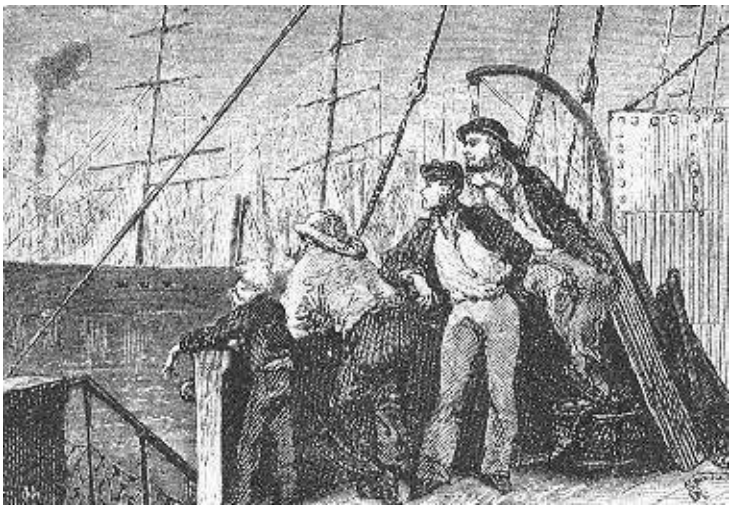
Libro maquetado originalmente para:

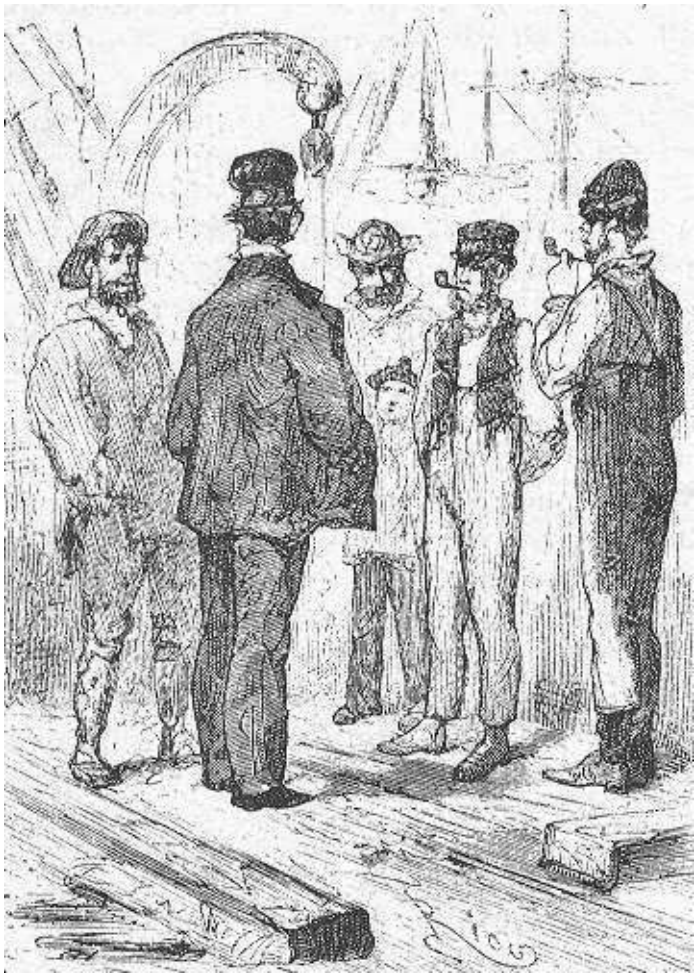
www.epublibre.org

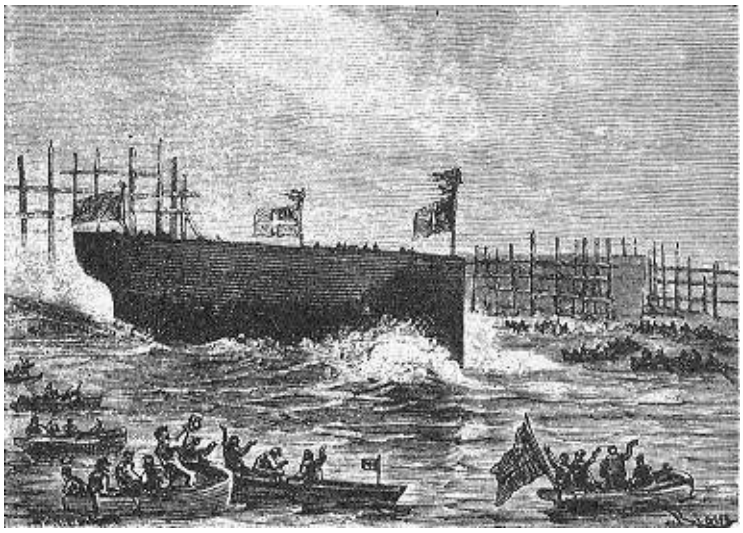
Más libros, más libres.

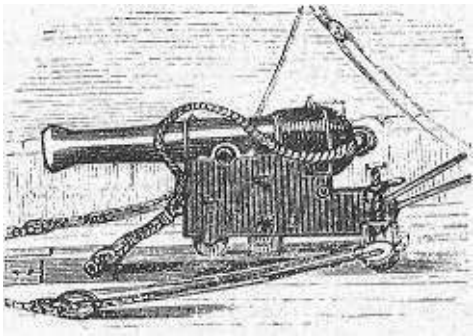
Ilustraciones de Édouard Riou & Henri de Montaut

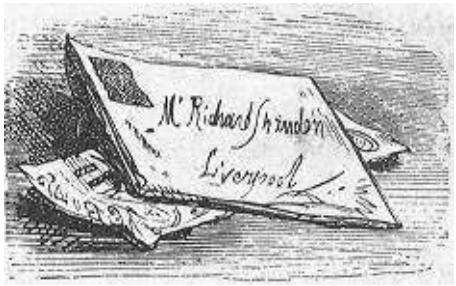
Los ingleses en el polo Norte

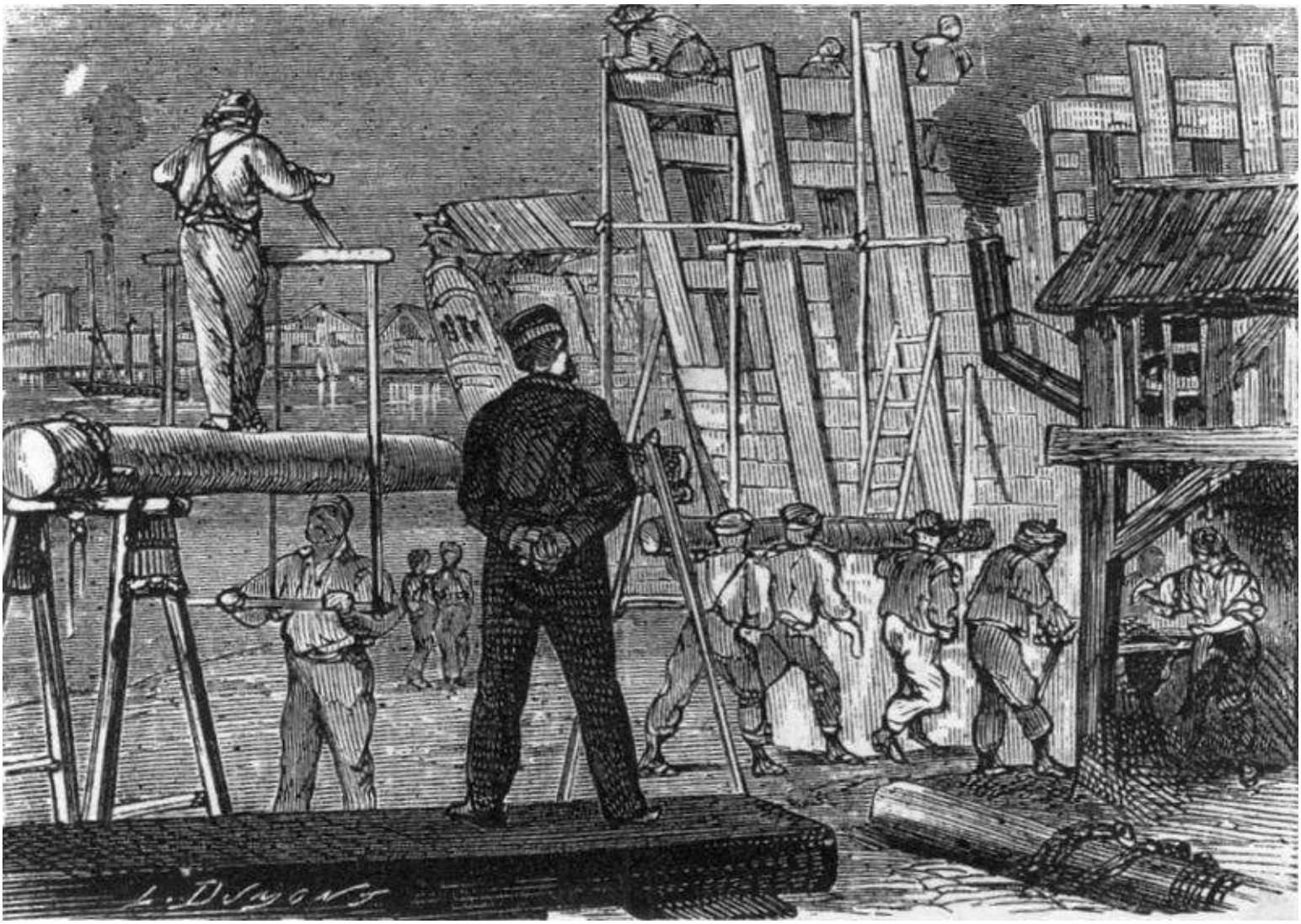


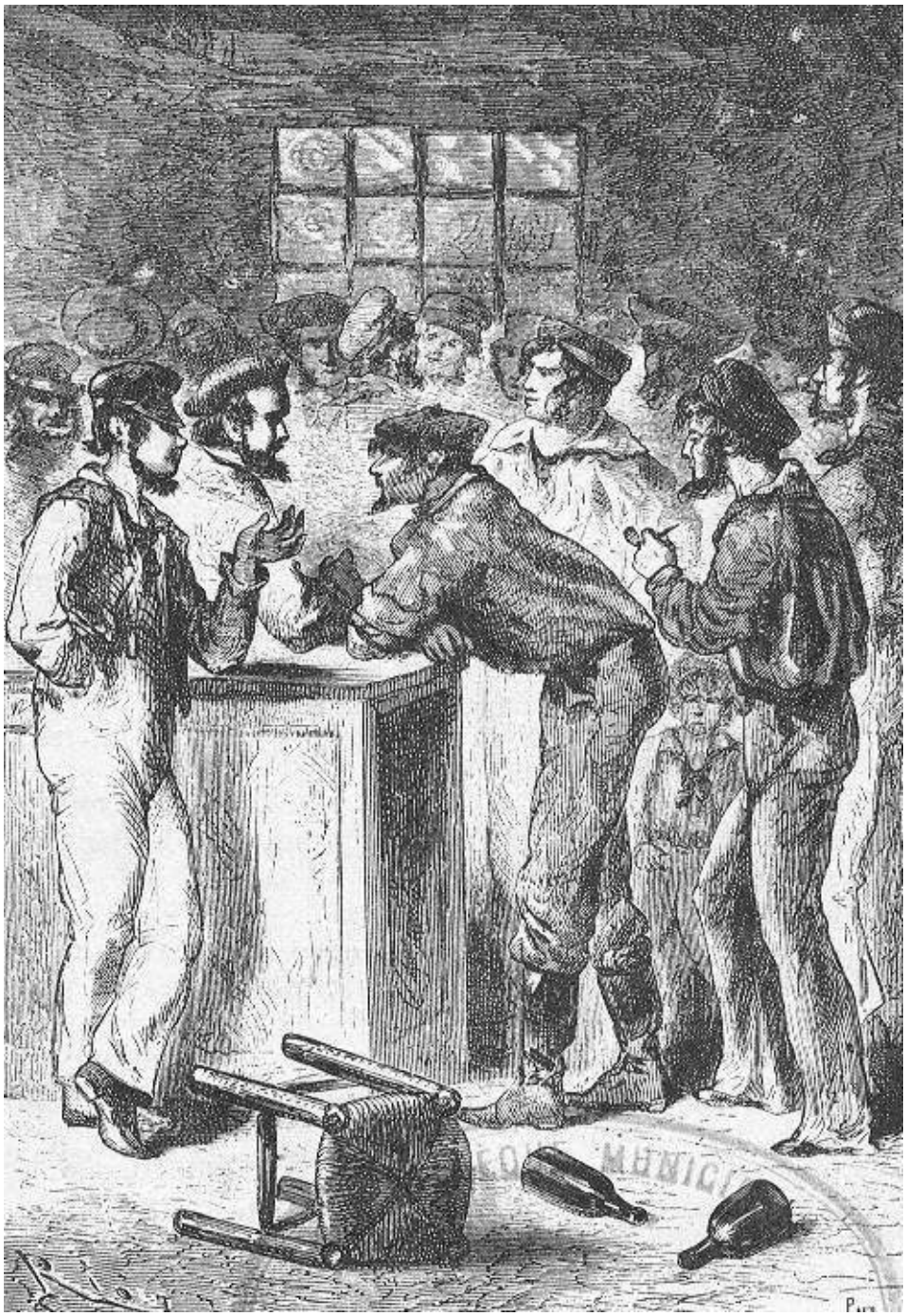


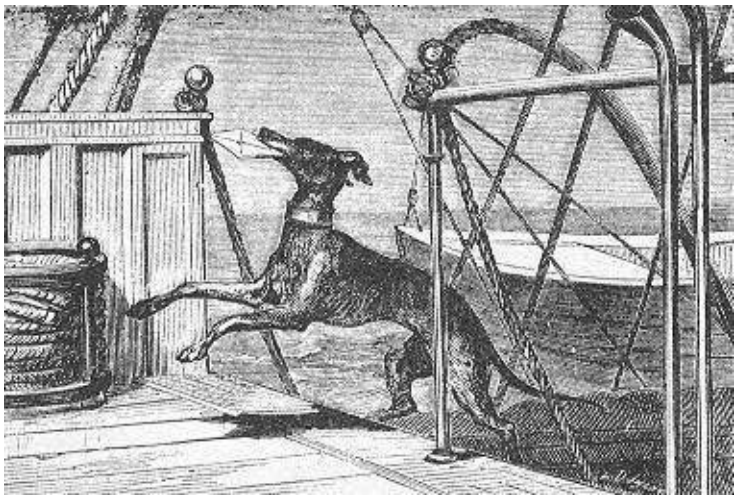


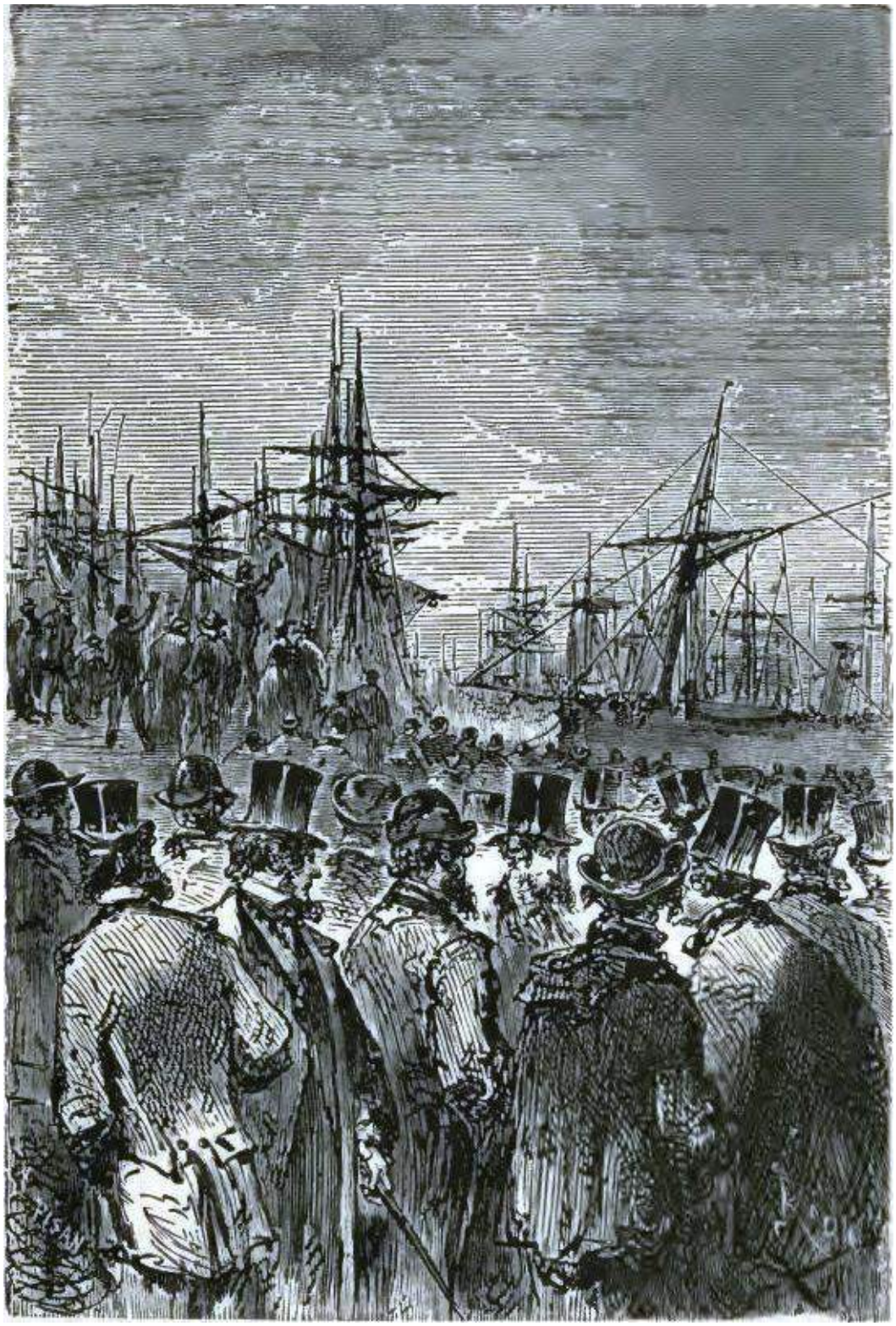


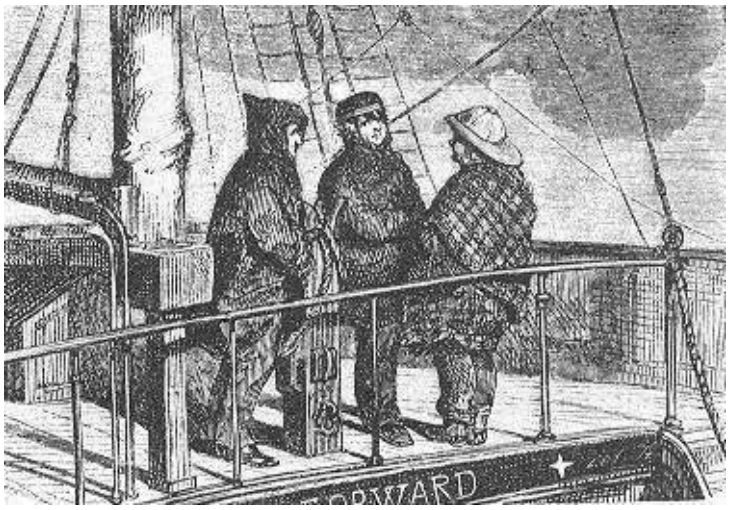

Mr Richard Swindon
Liverpool

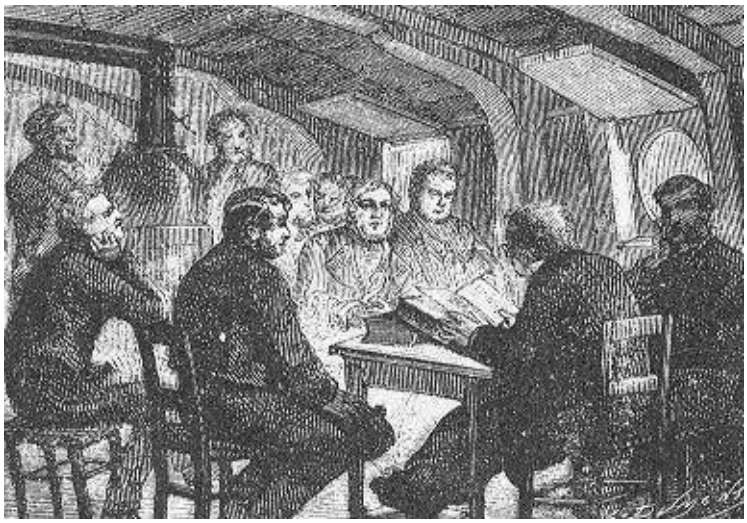


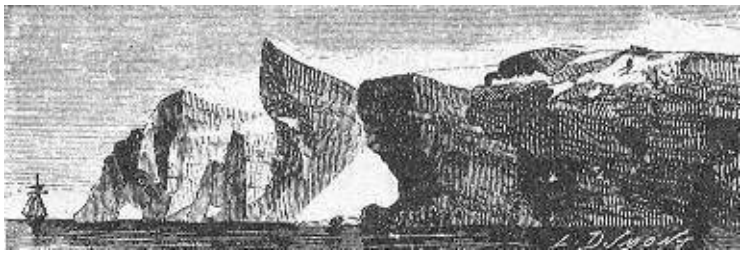


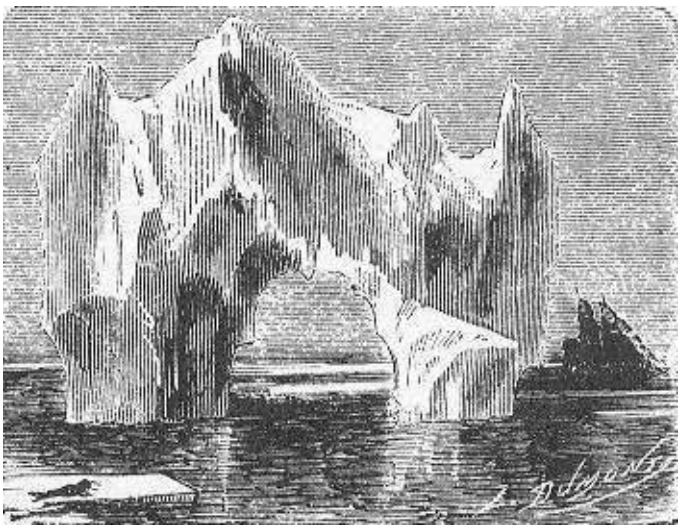


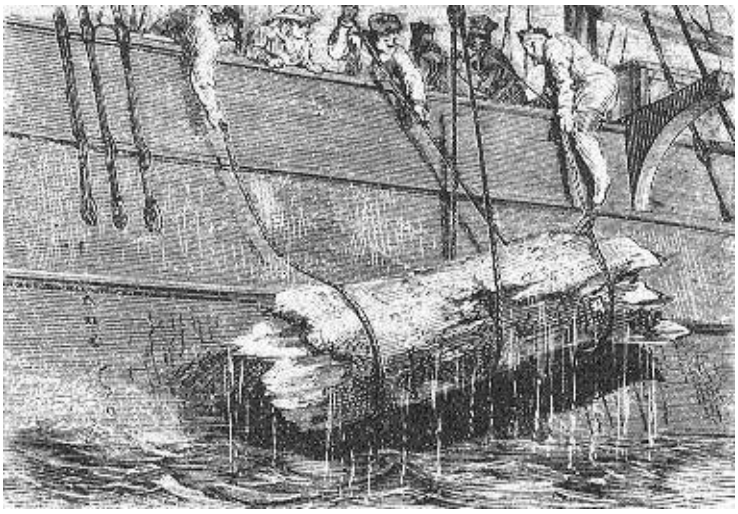


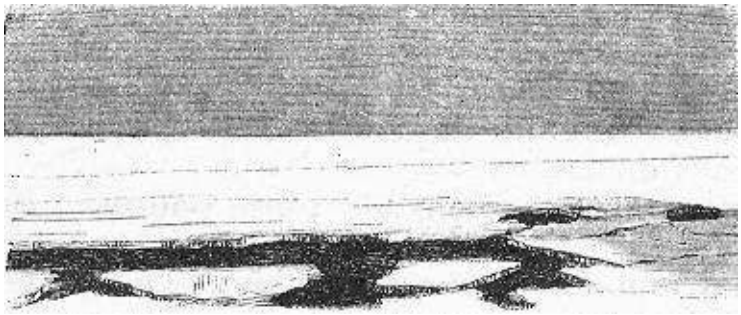

ORWARD

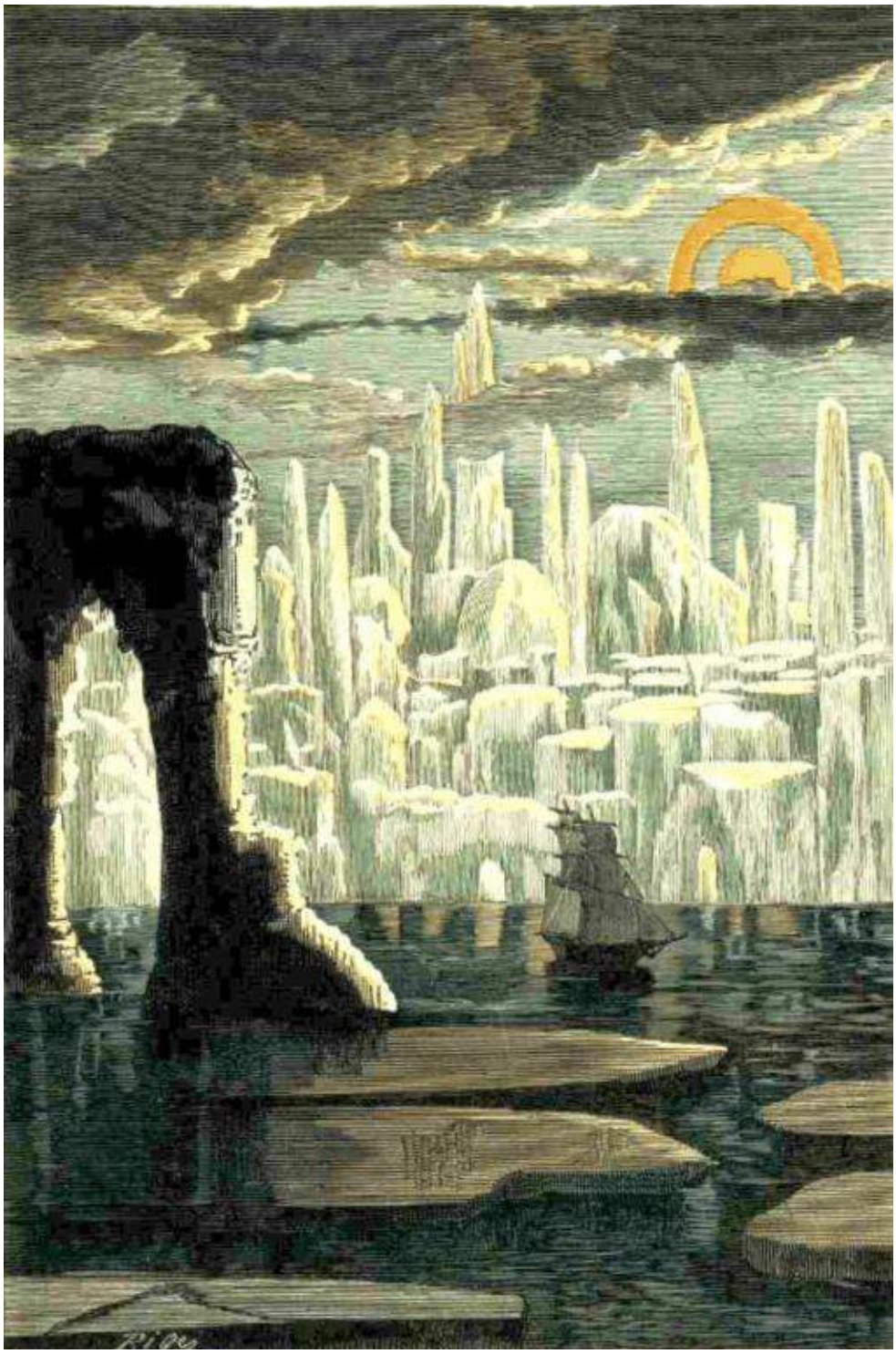


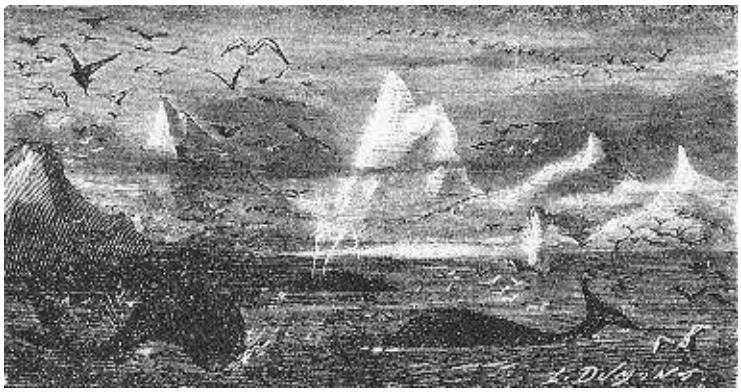


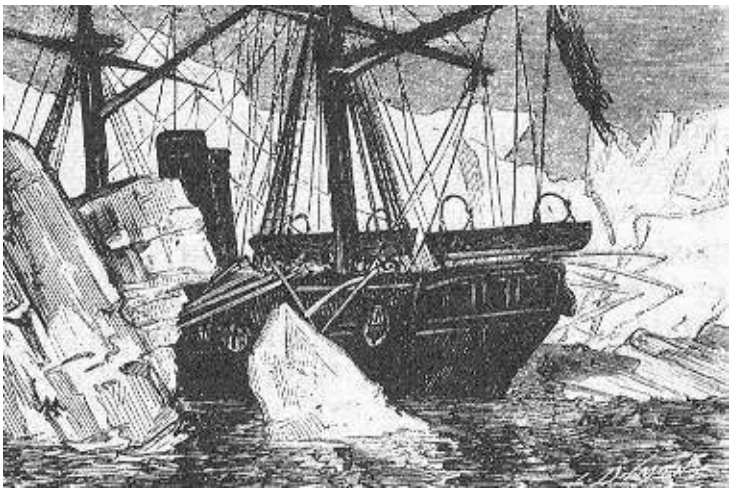


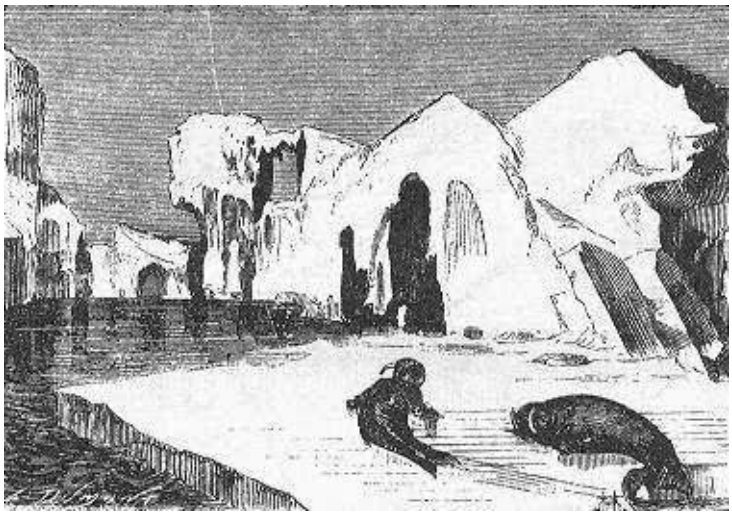


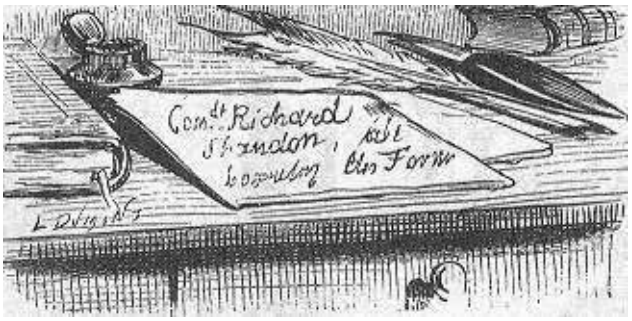


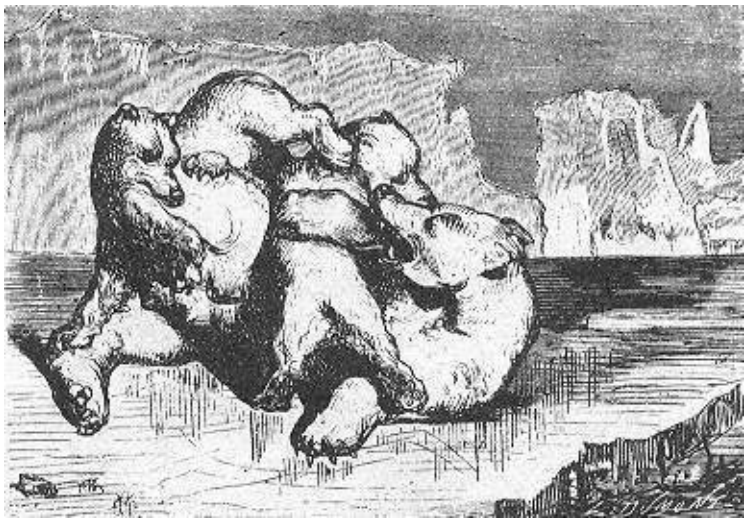


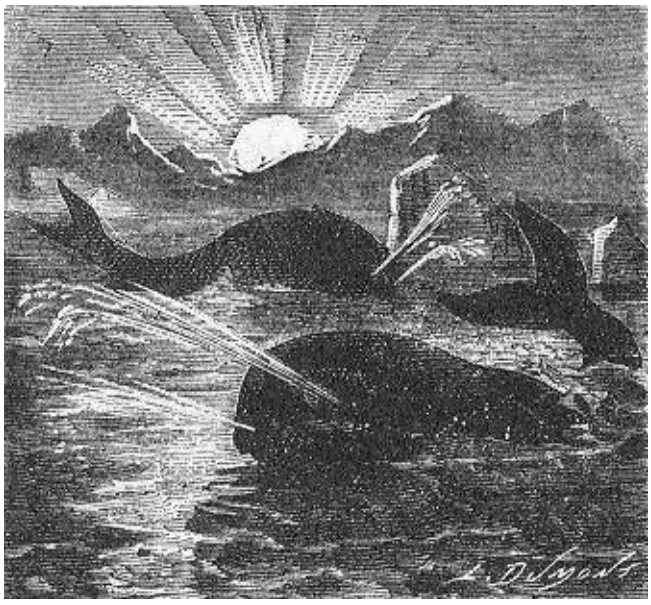


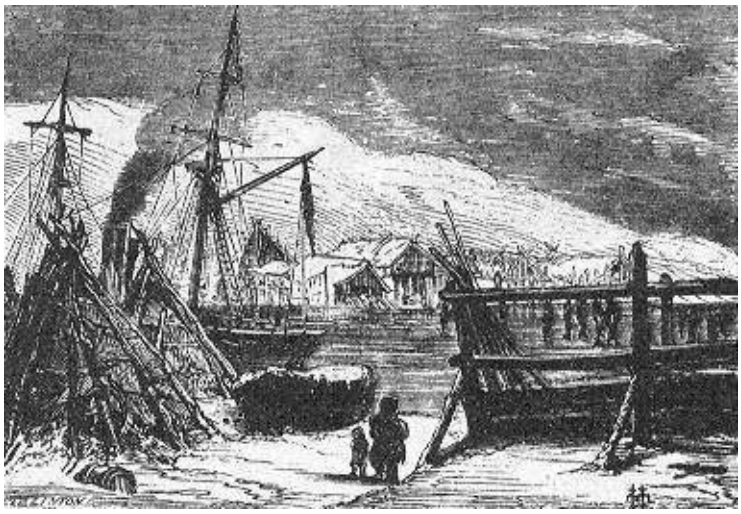


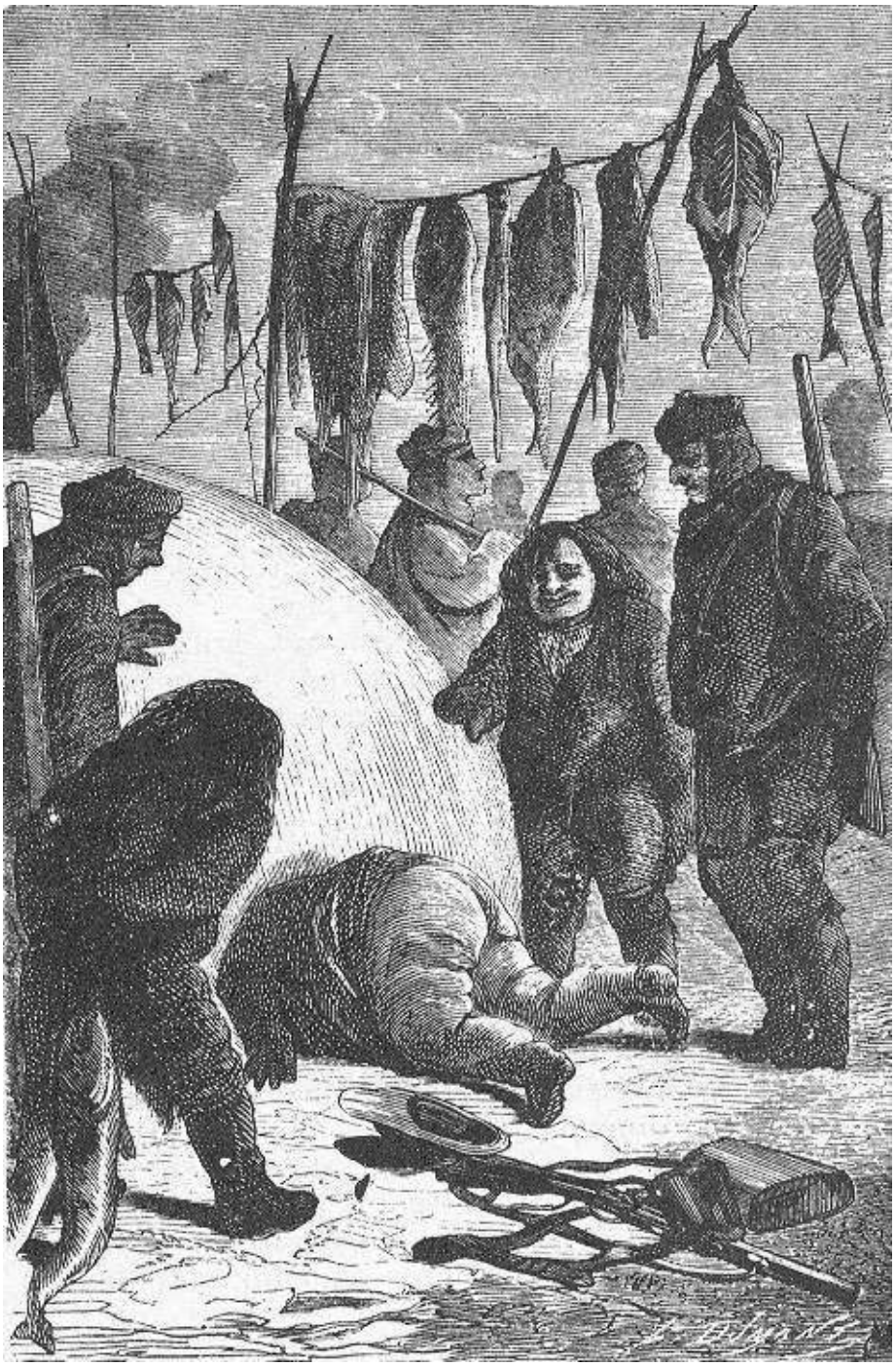


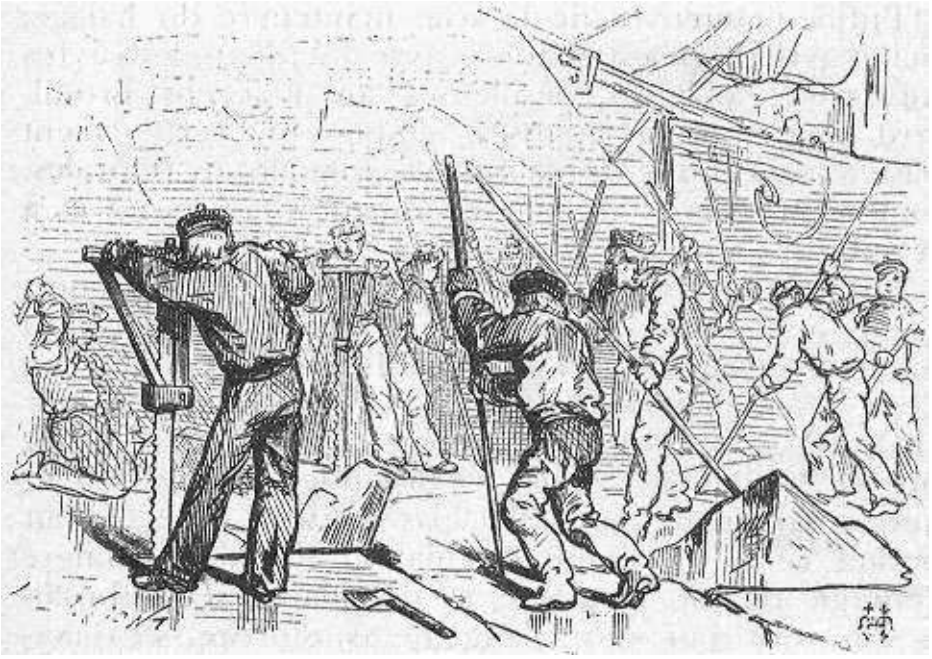

Com.dt Richard
Shandon,
Uniform

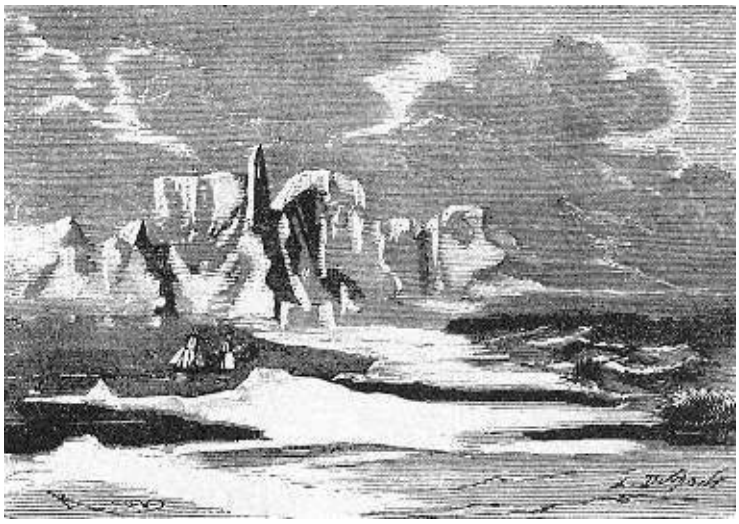


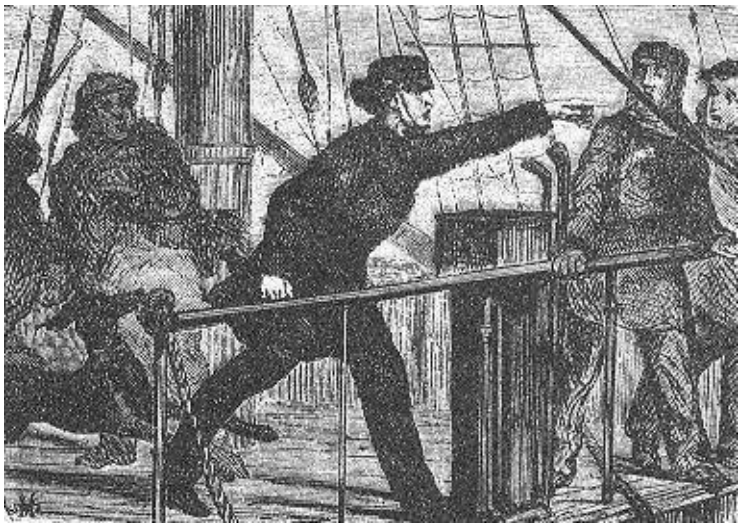


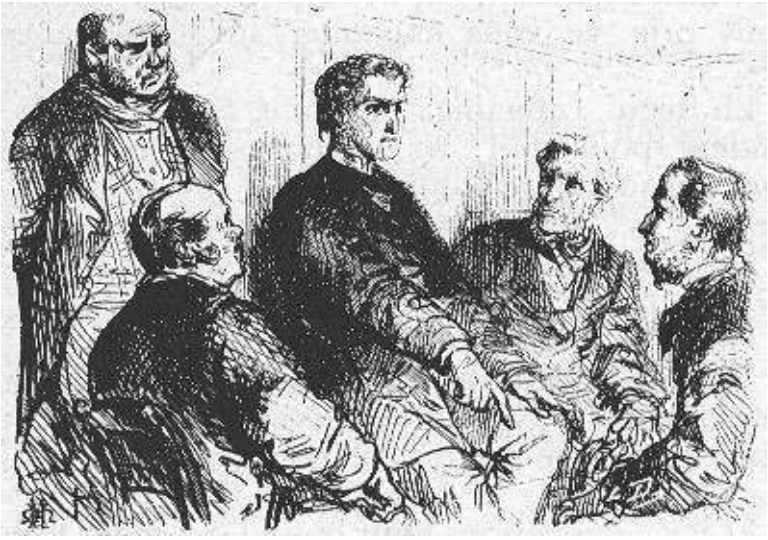


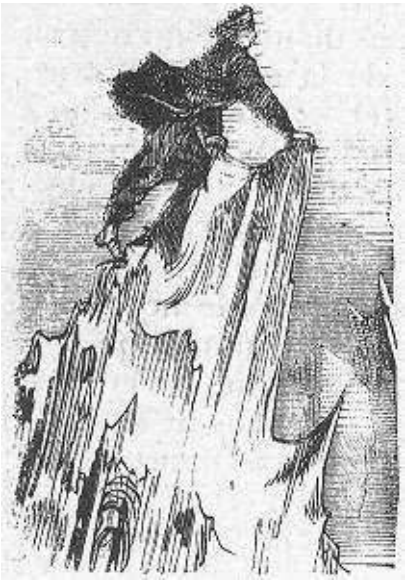


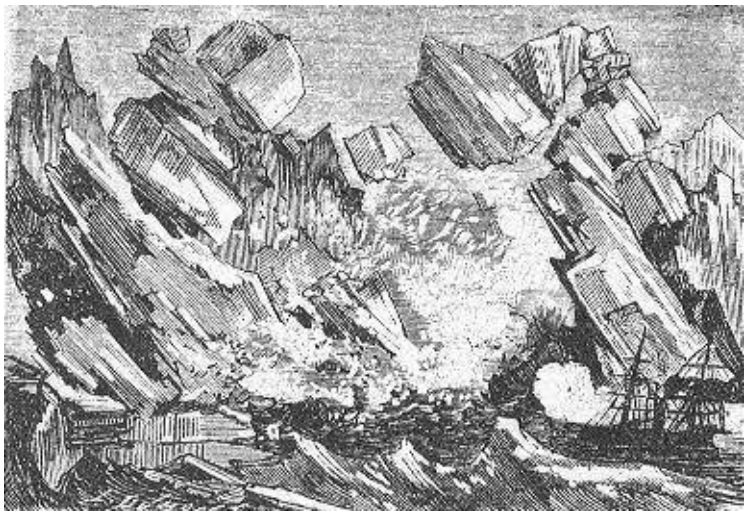


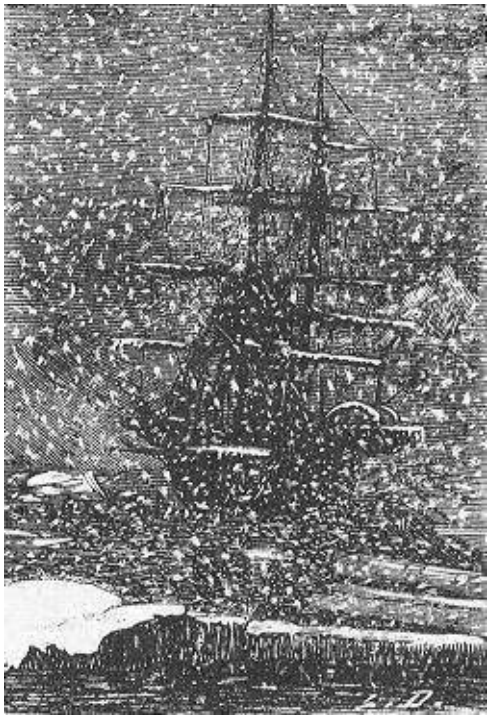


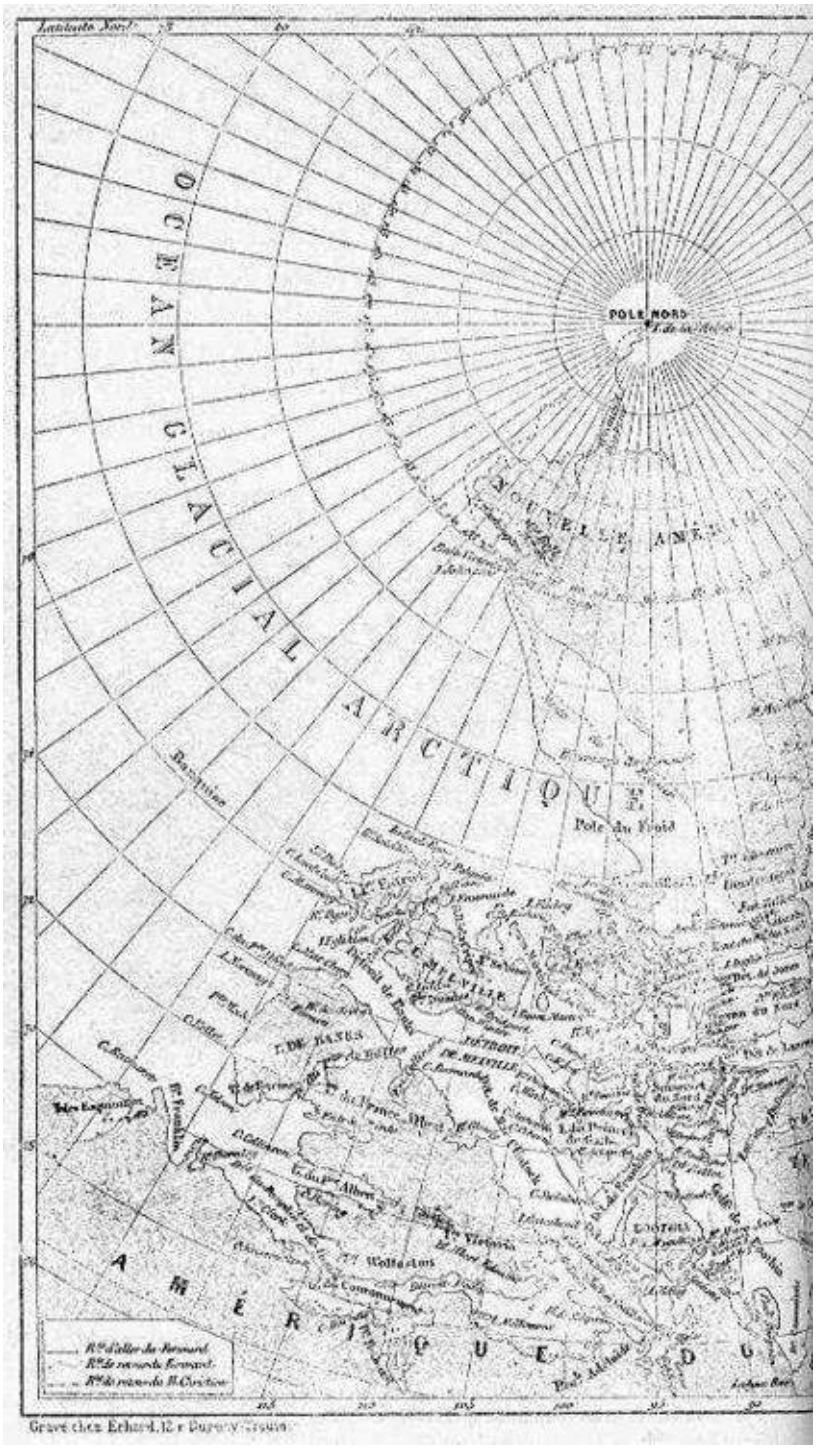




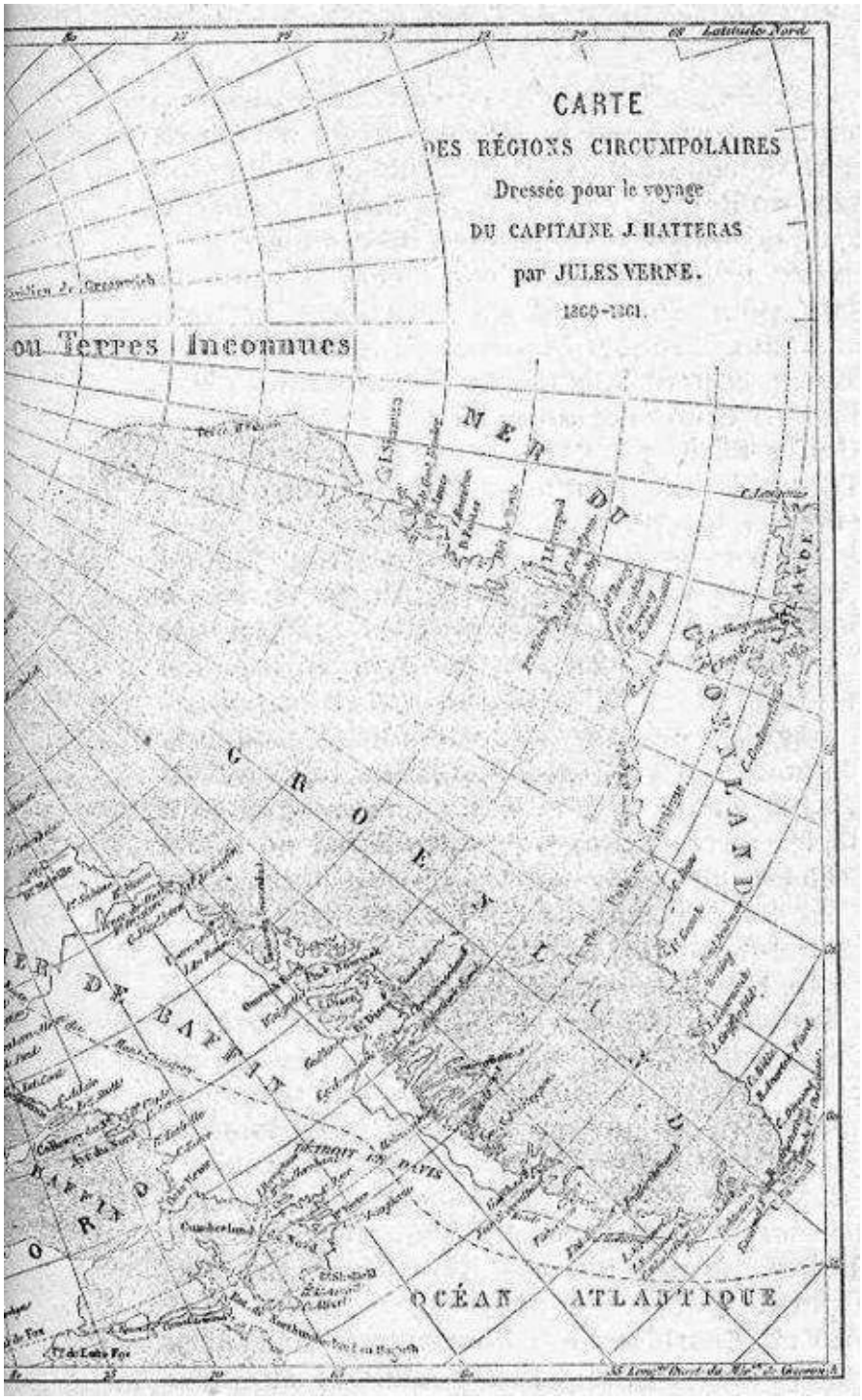


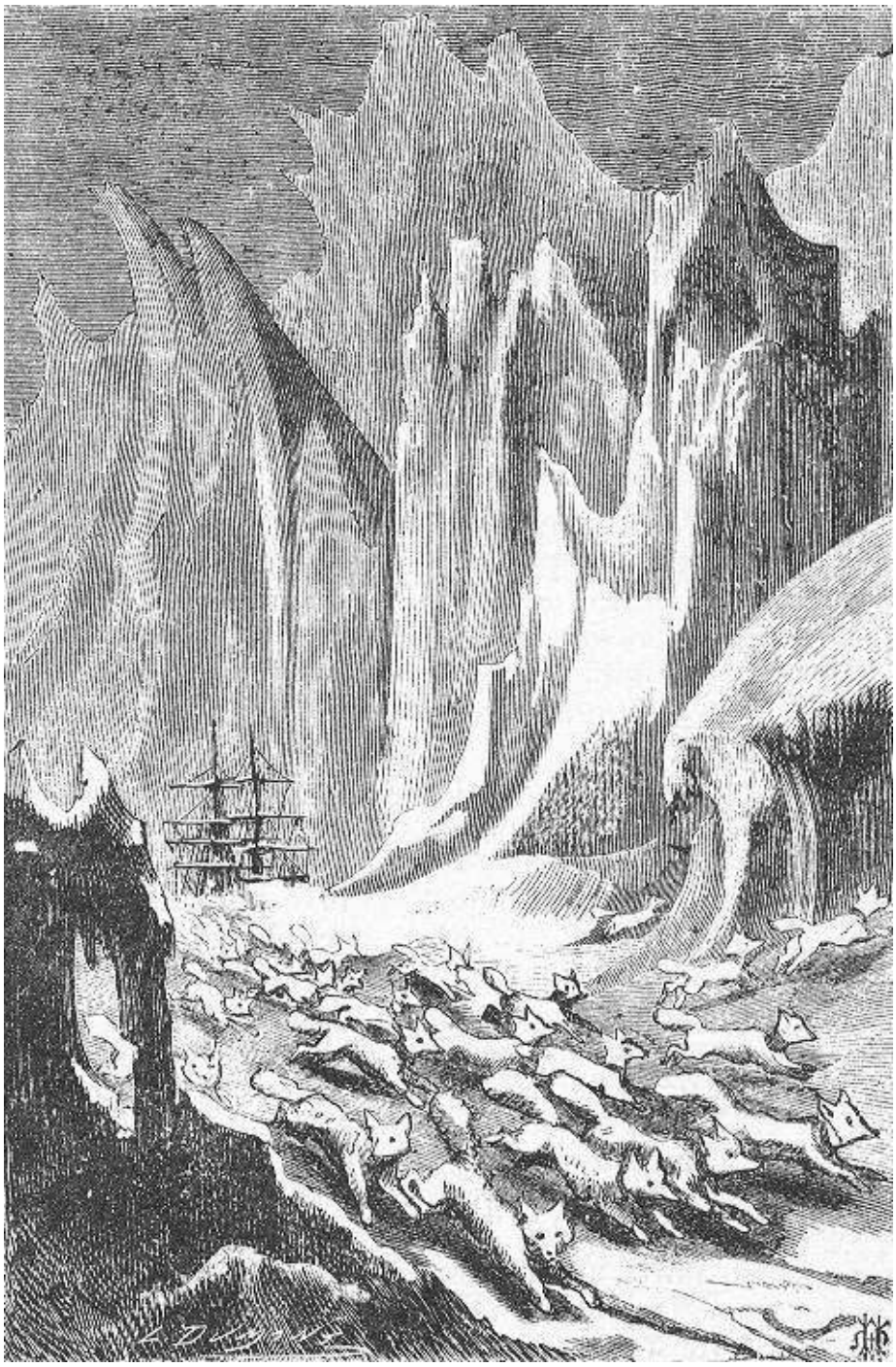


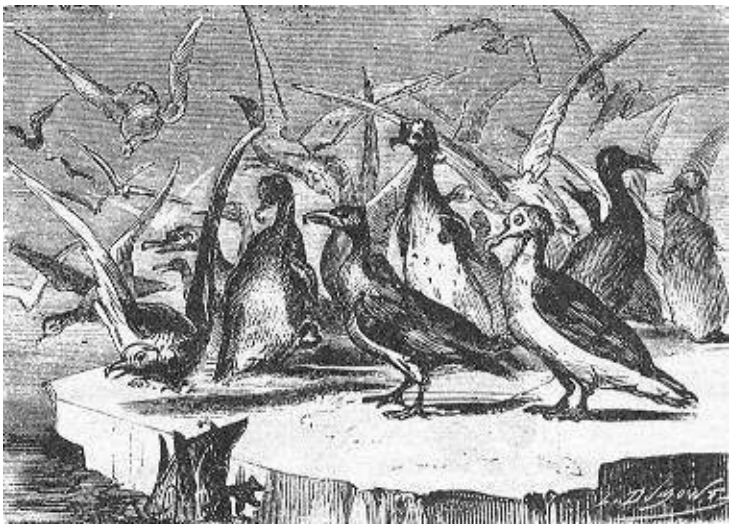


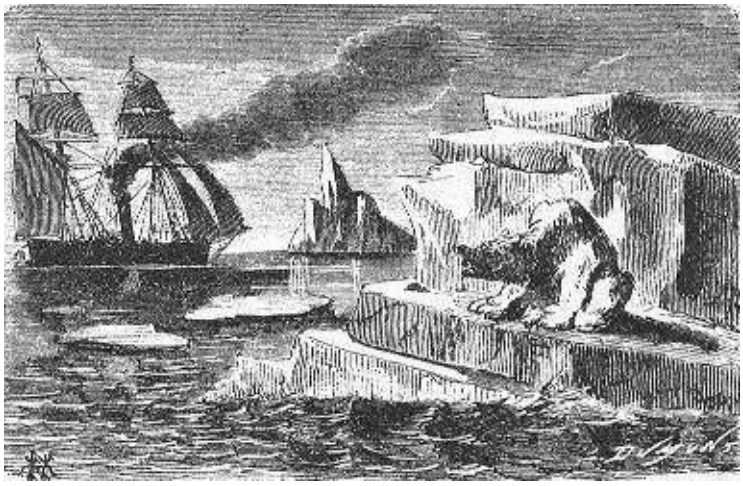


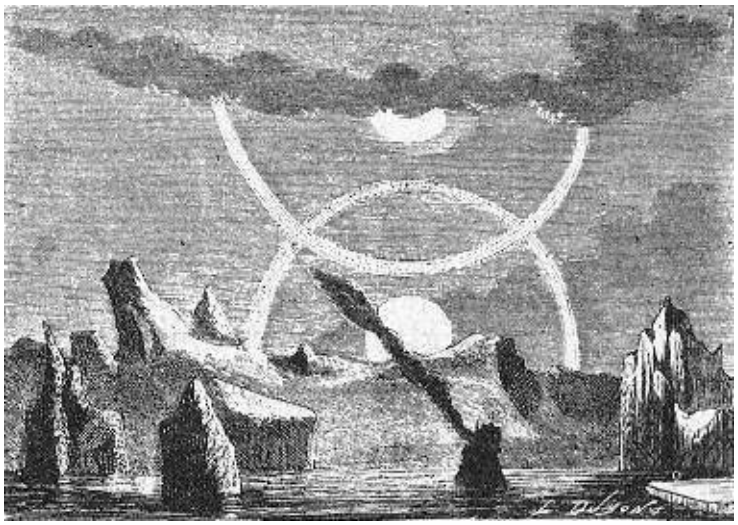
Gravé chez Erhard, 12 r. Dupetit-Thouars.

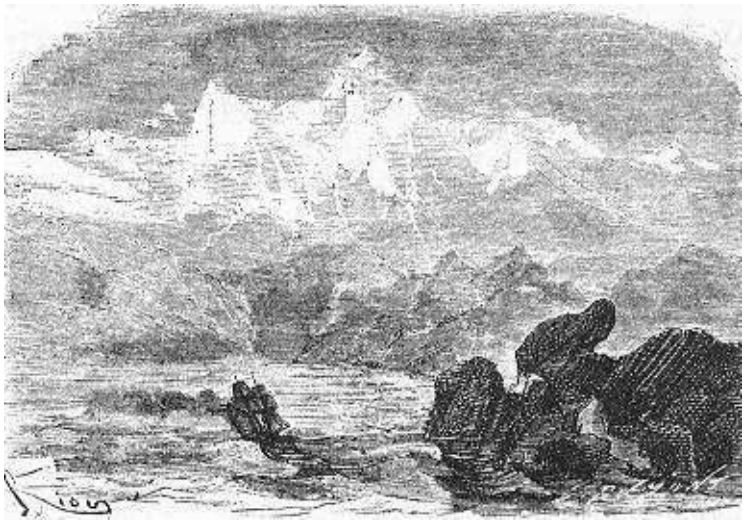

CARTE
DES RÉGIONS CIRCUMPOLAIRES
Dressée pour le voyage
DU CAPITAINE J. HATTERAS
par JULES VERNE.
1860-1861.
ou Terres Inconnues
MER DU
GROENLAND
BAFFIN
DAVIS
OCÉAN ATLANTIQUE

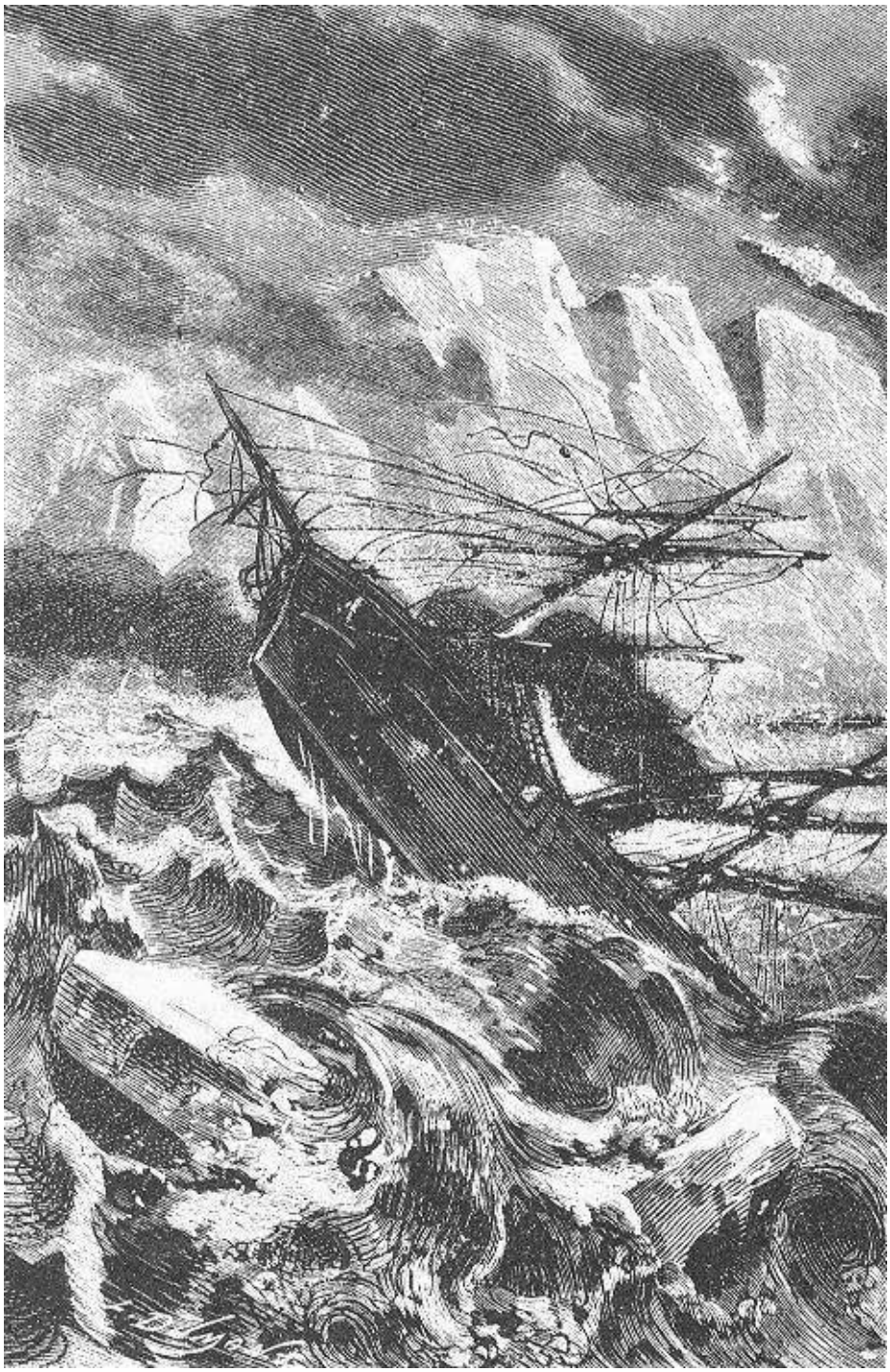


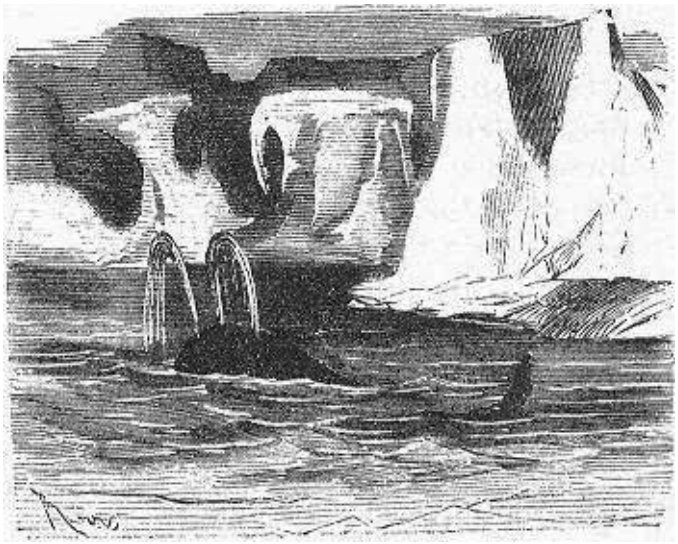


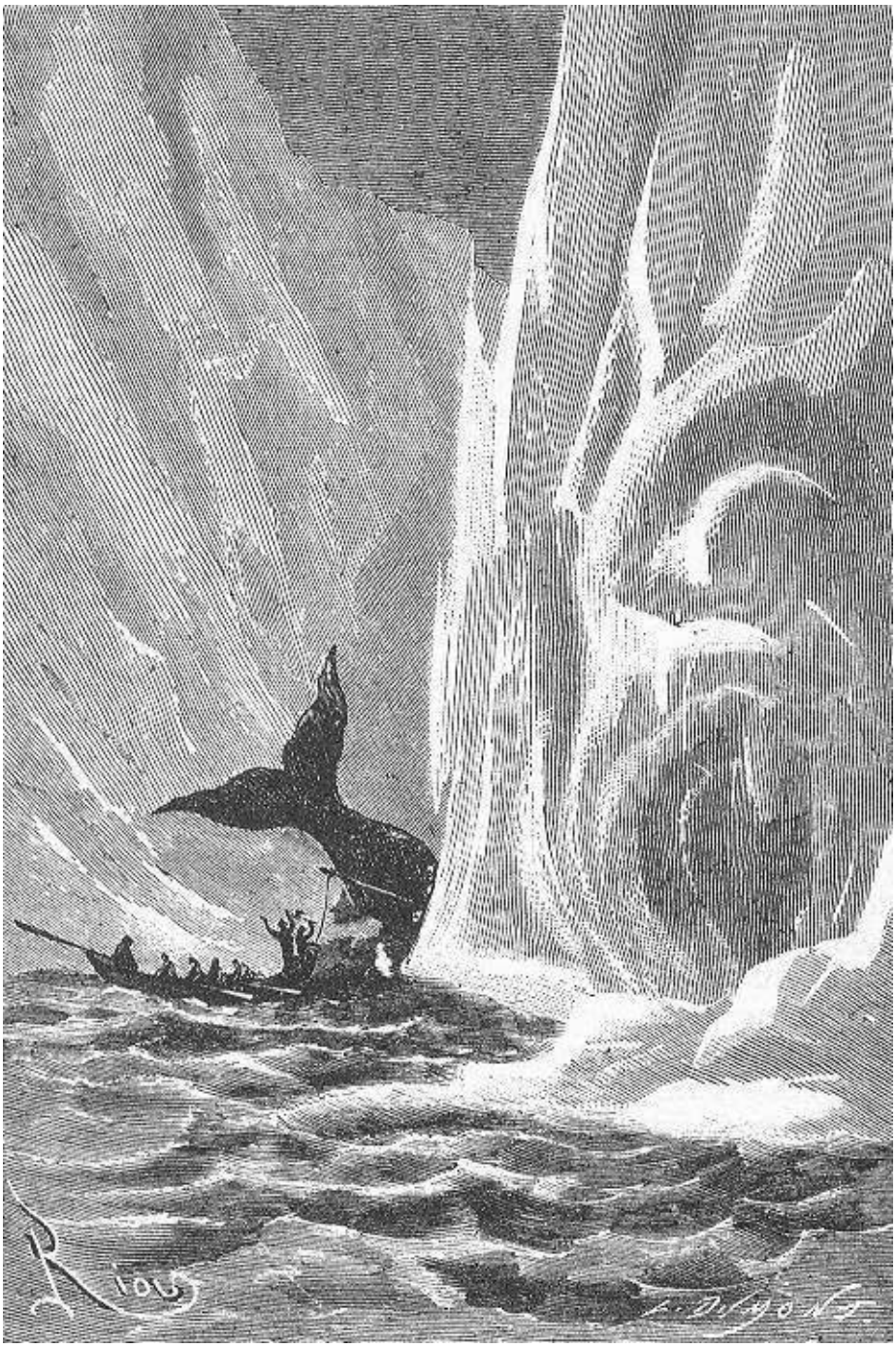


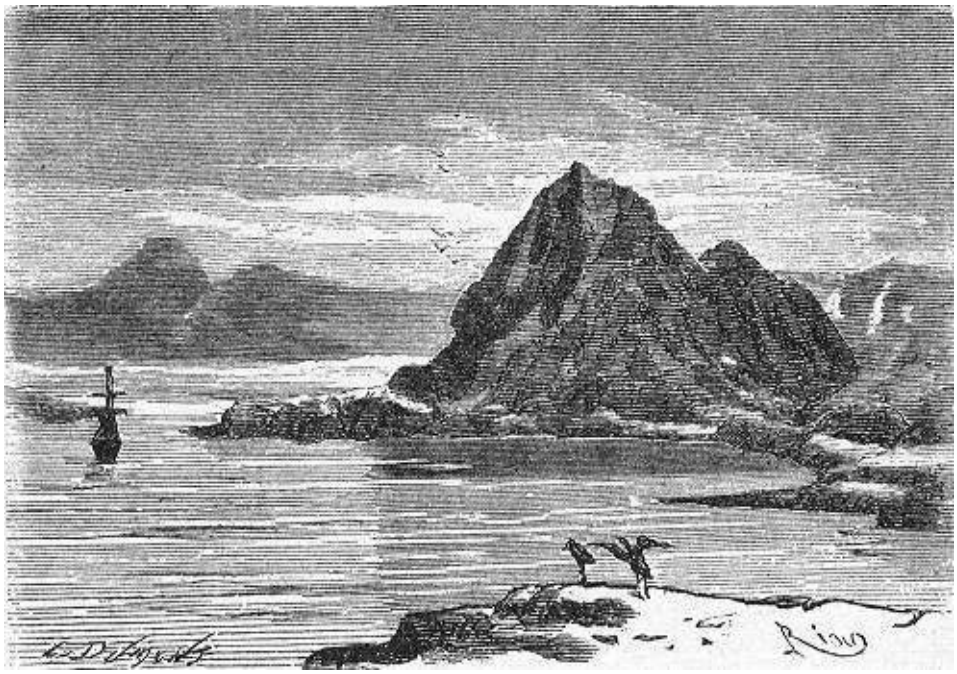


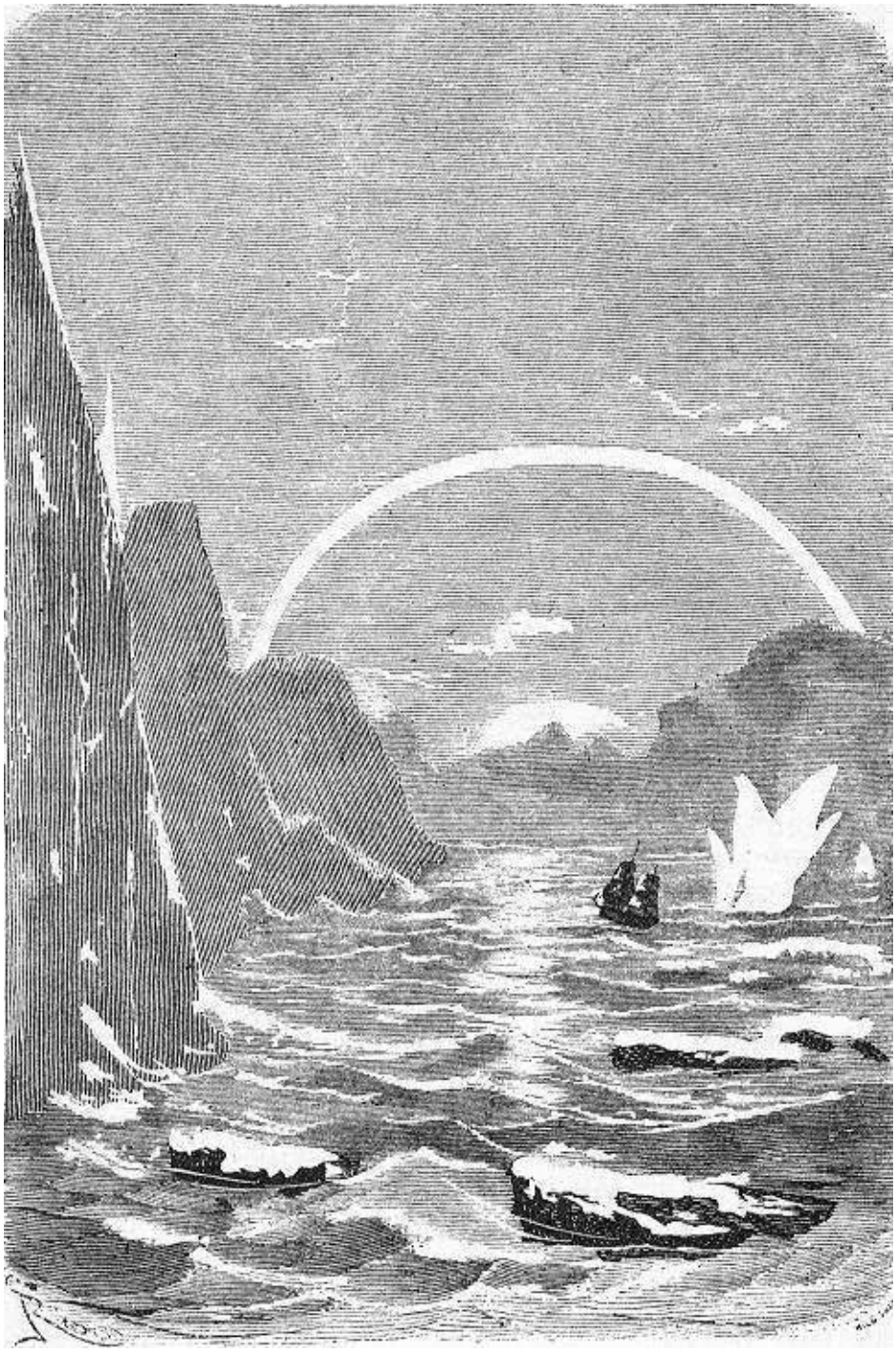


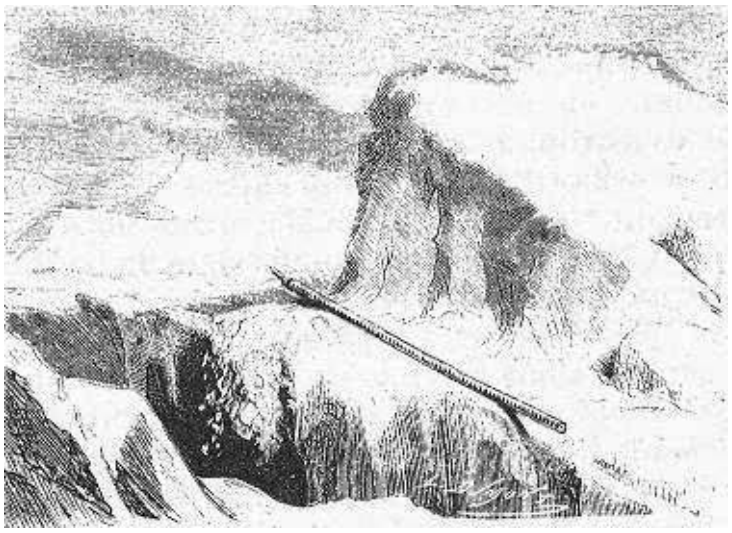


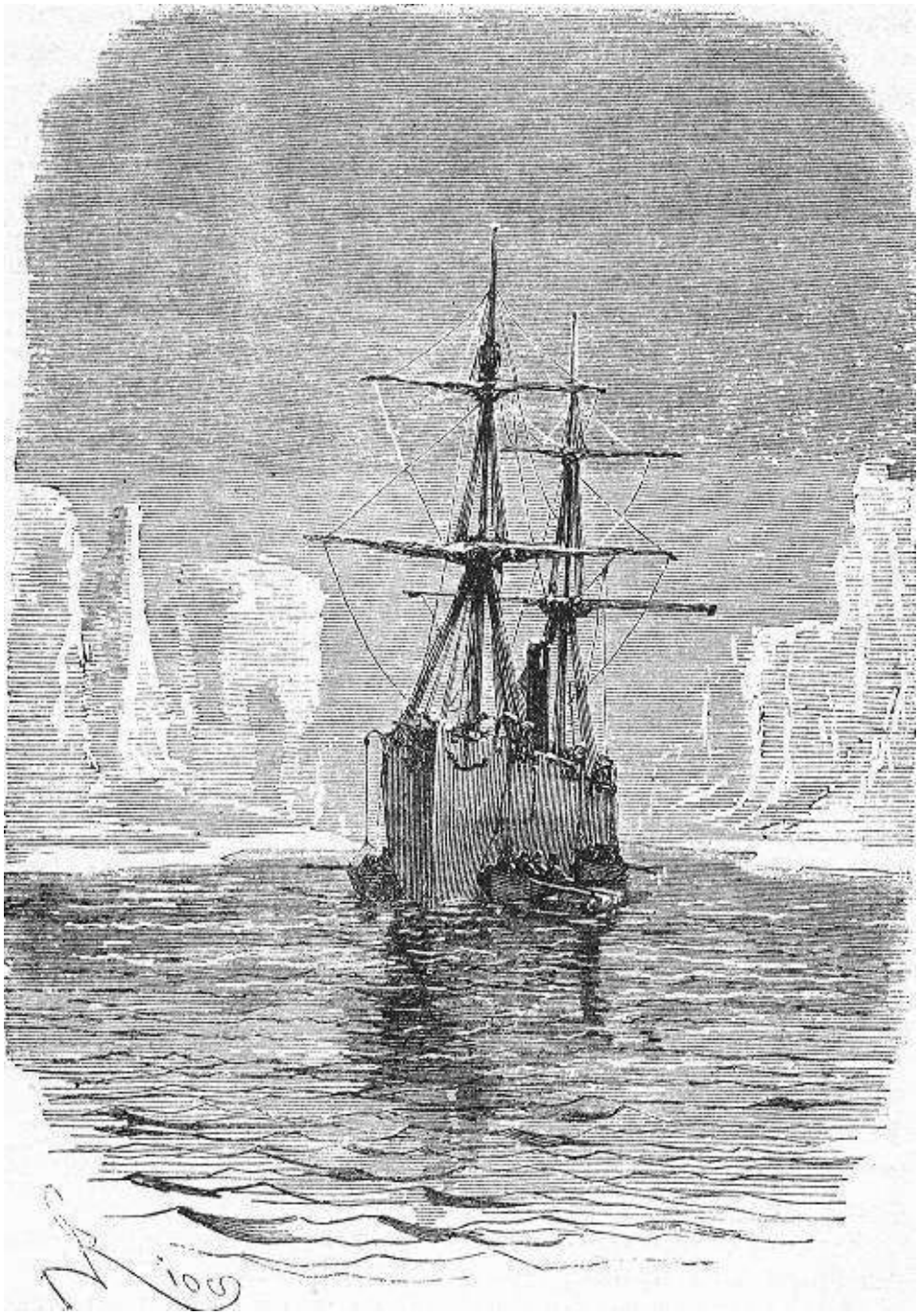


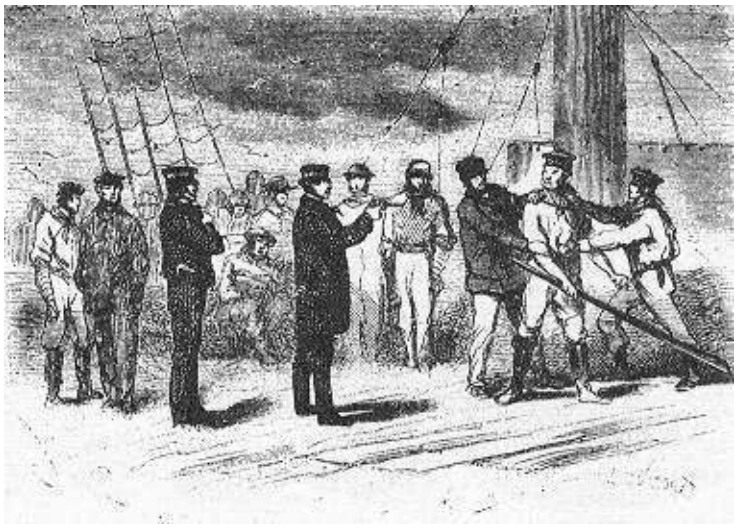


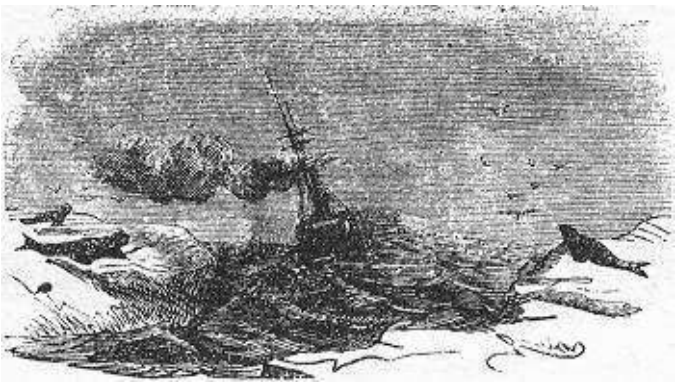


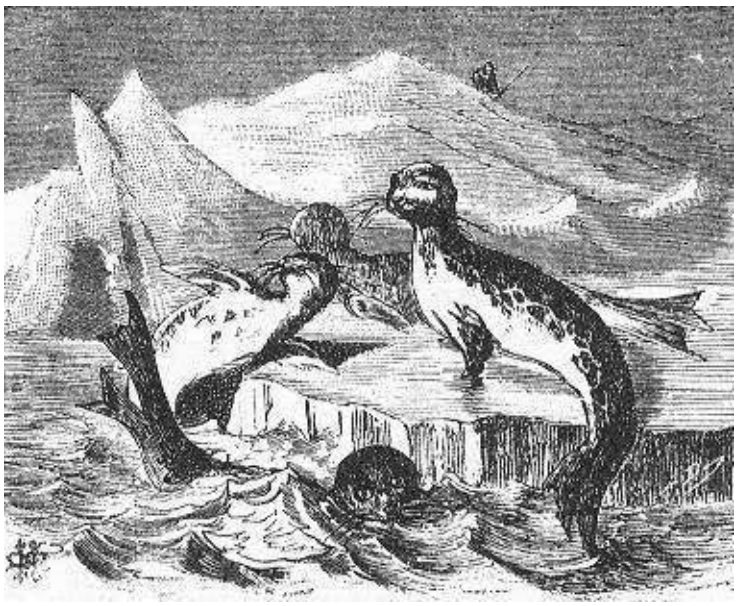


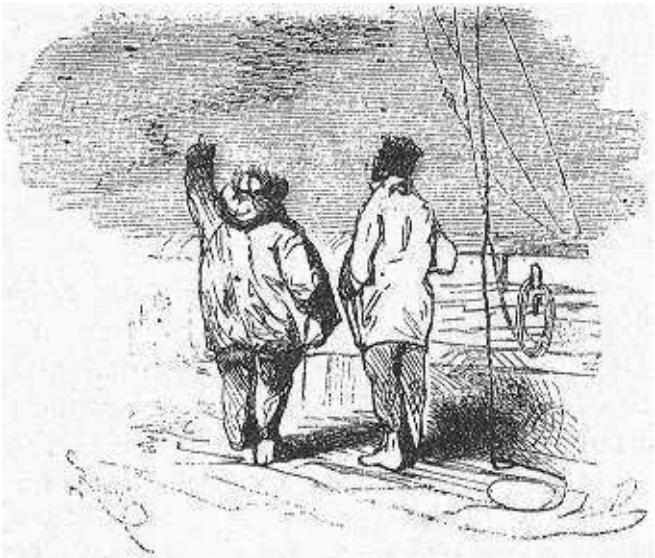


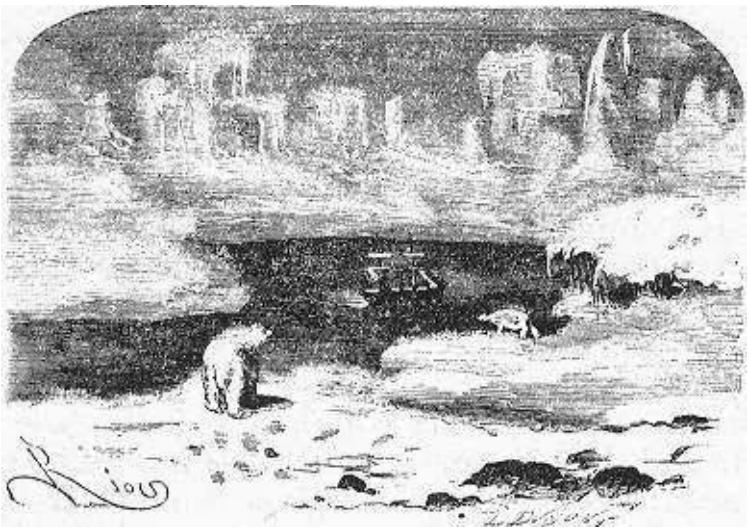


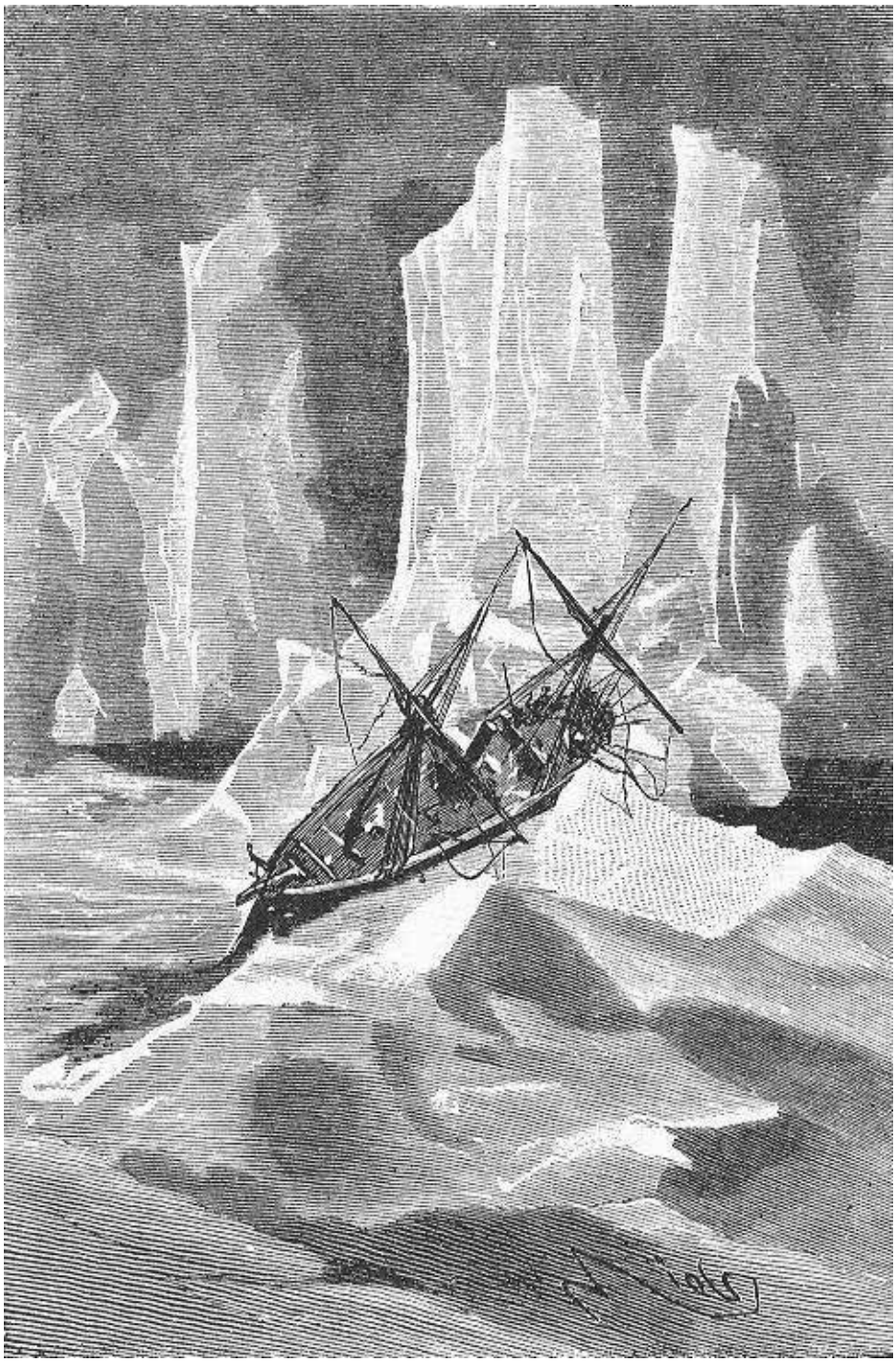


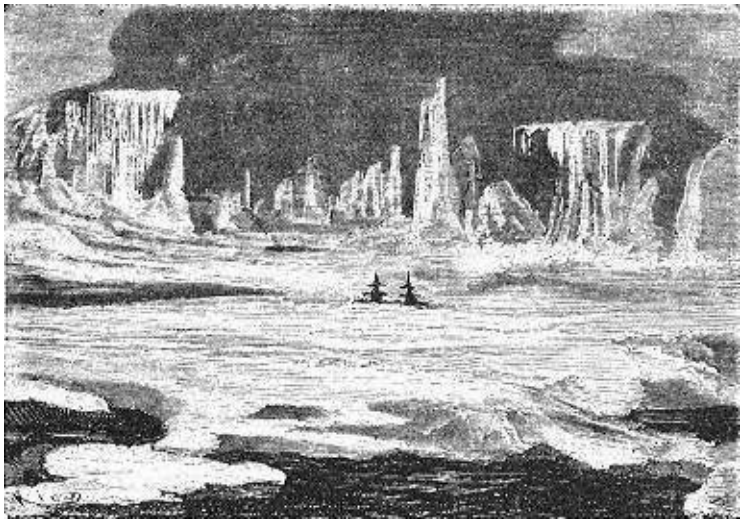


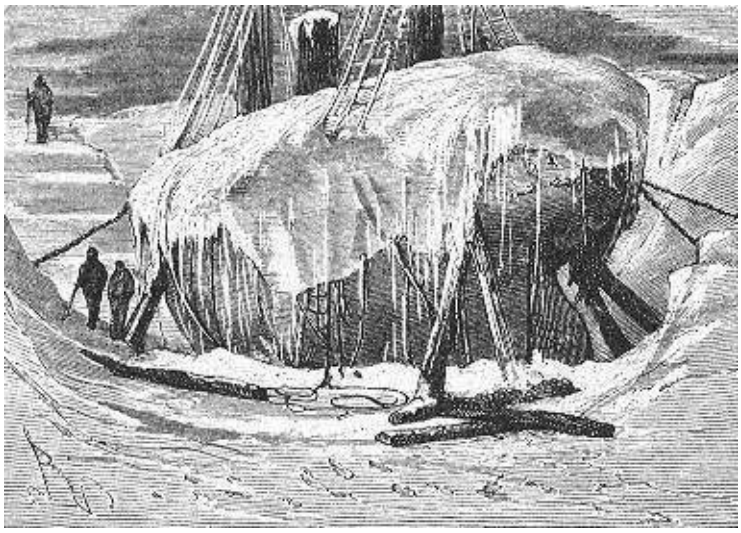


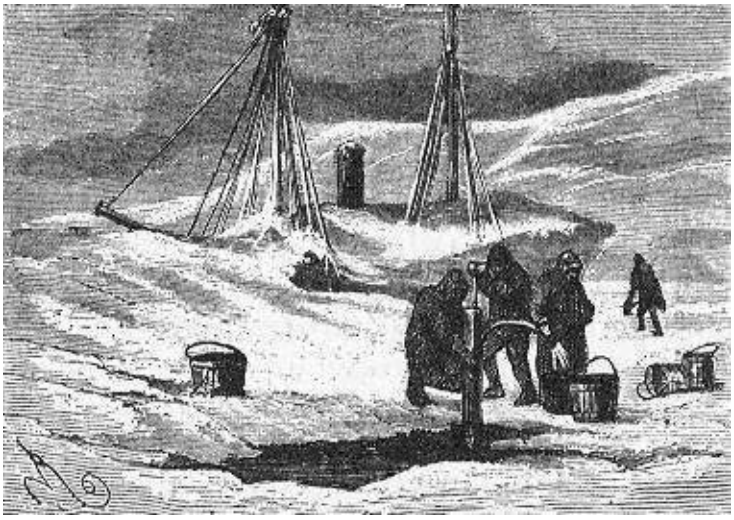


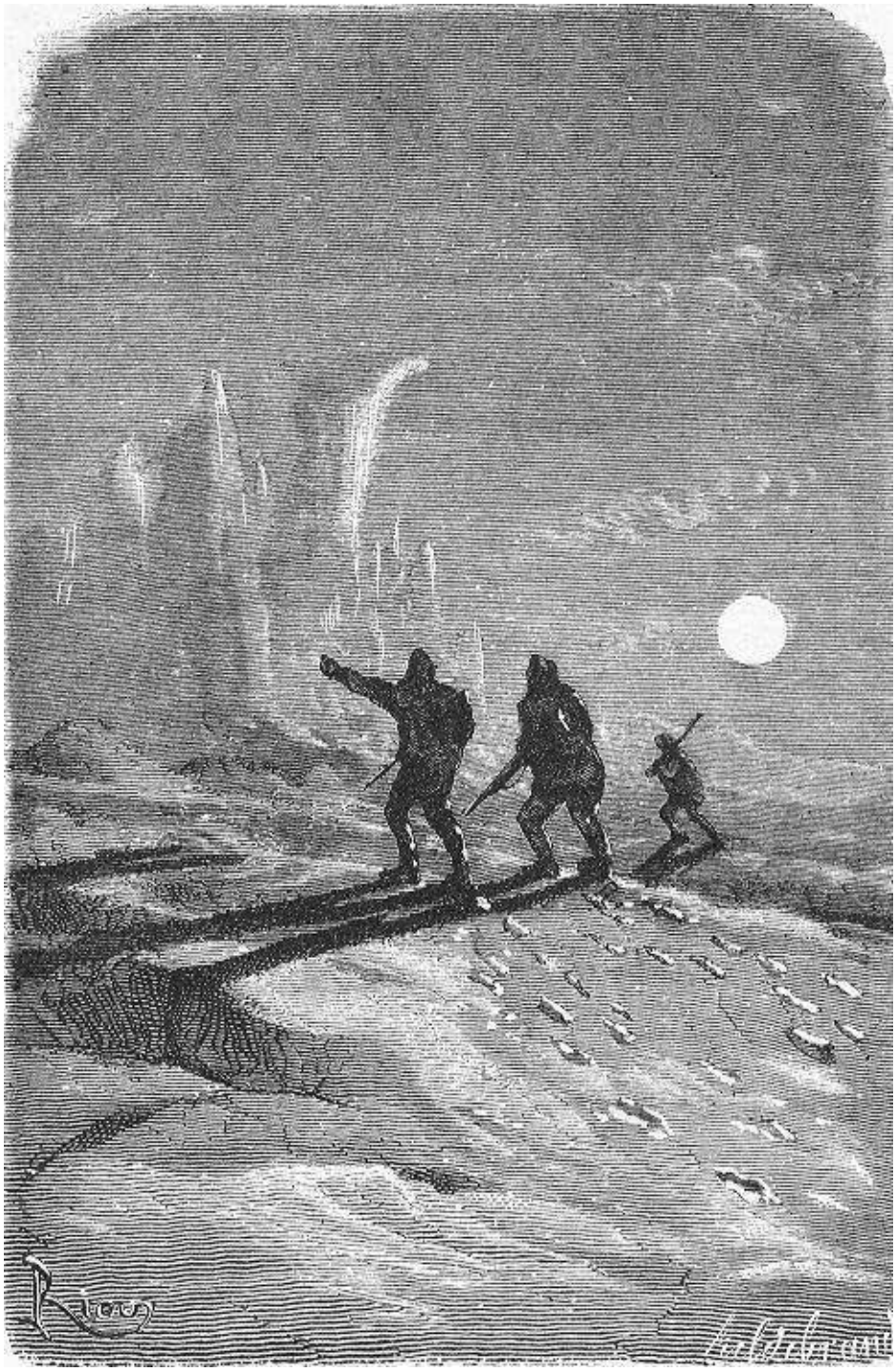


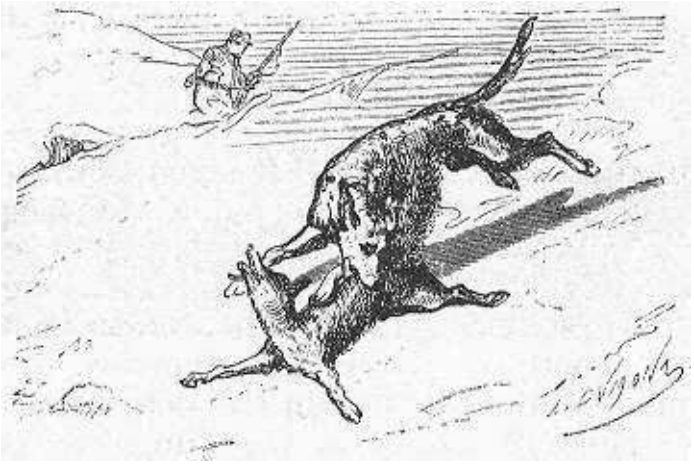


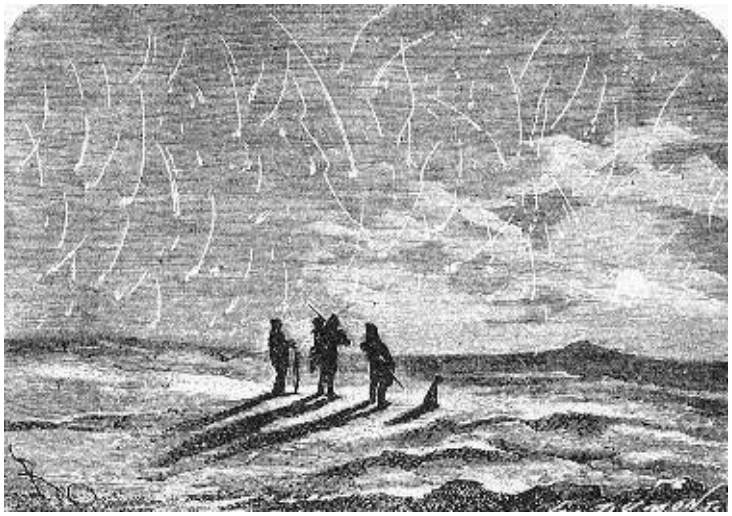


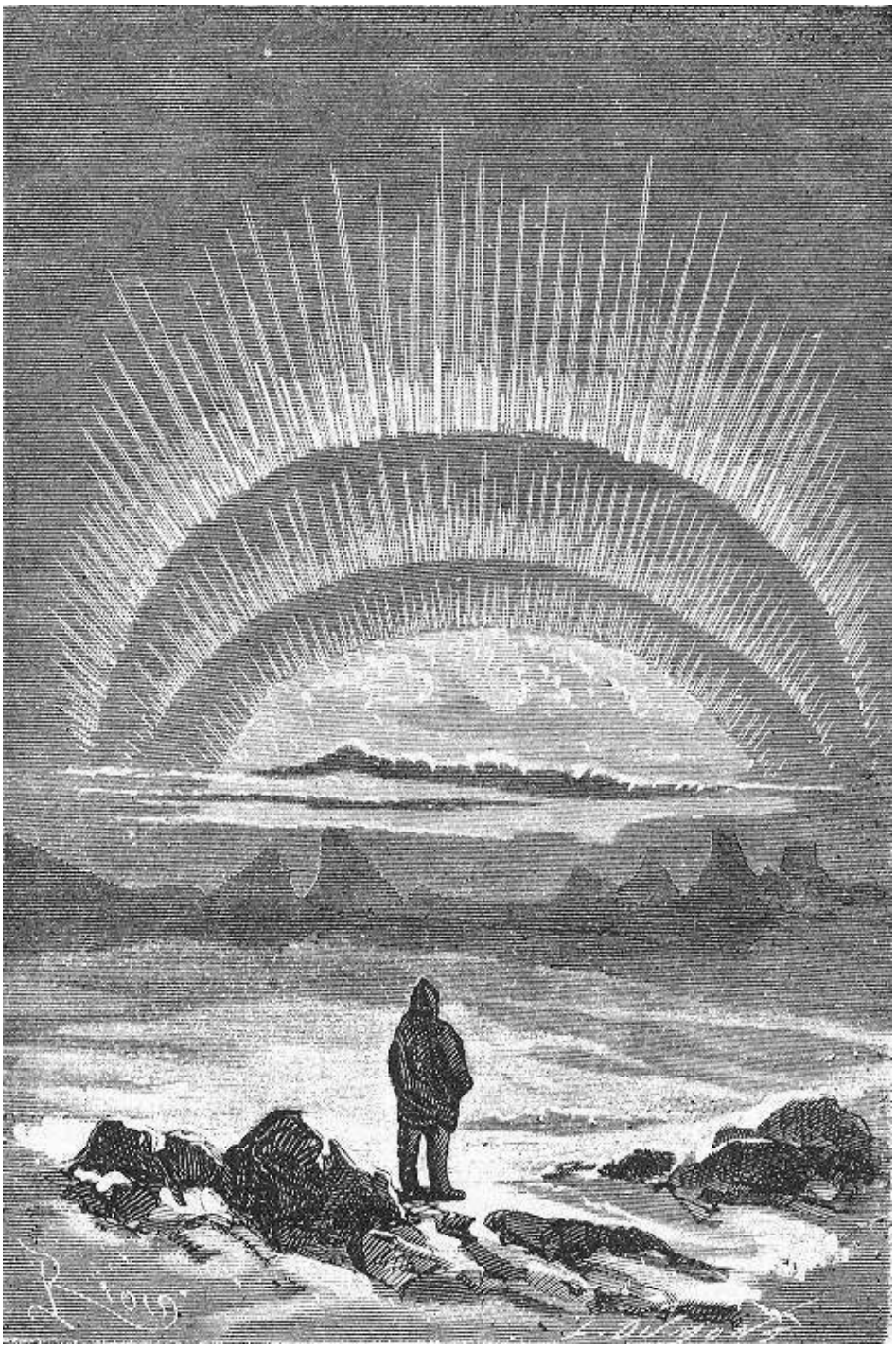


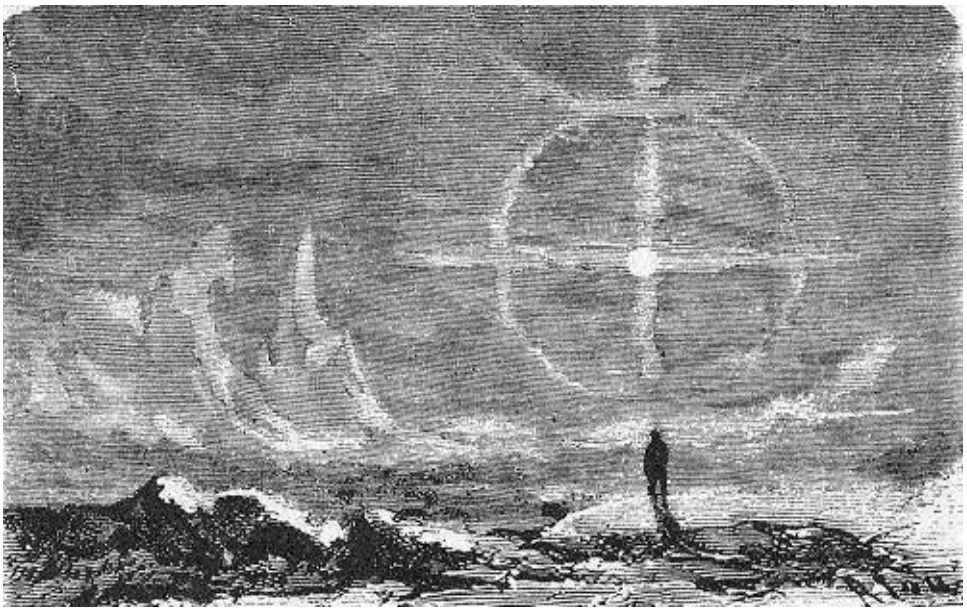


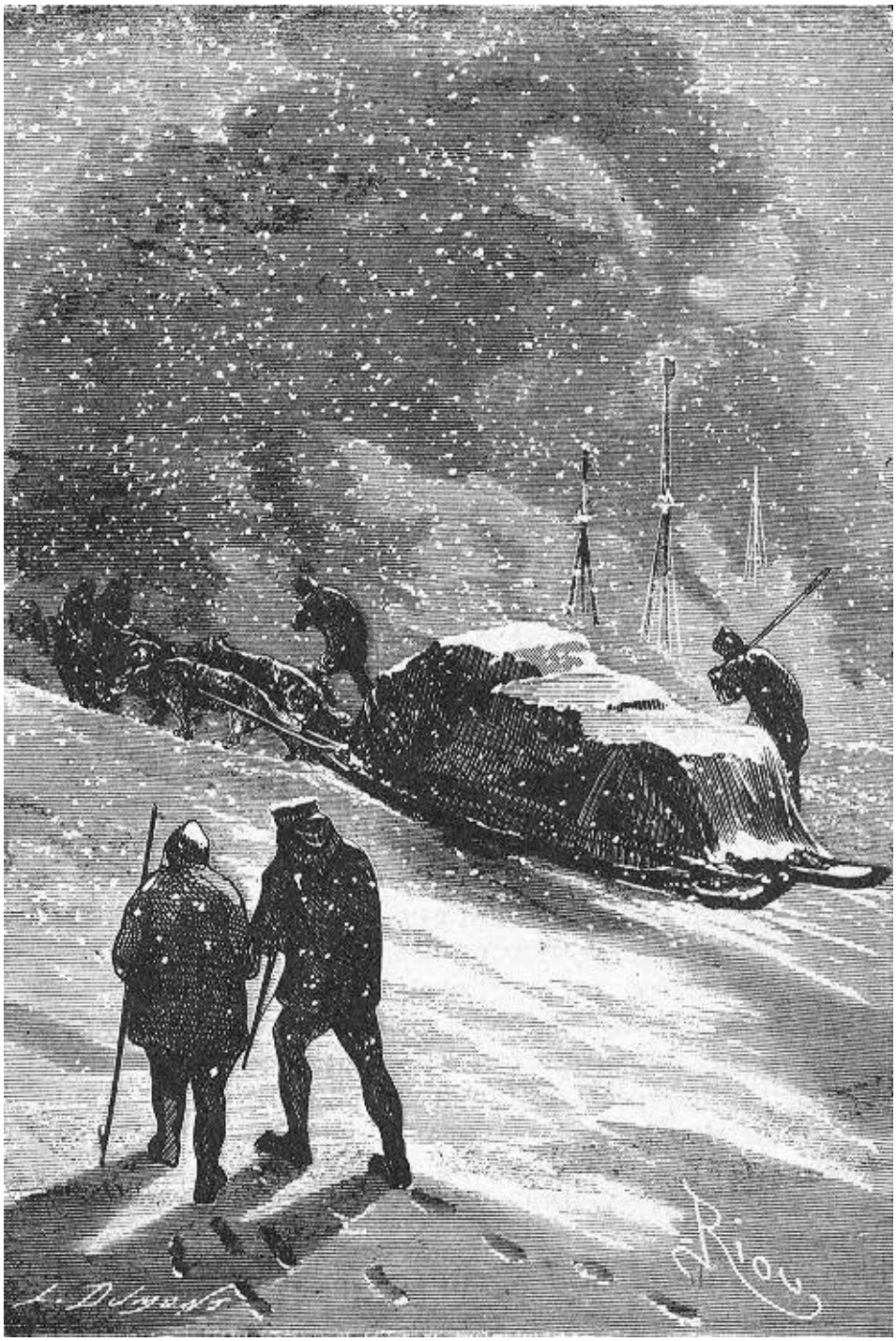


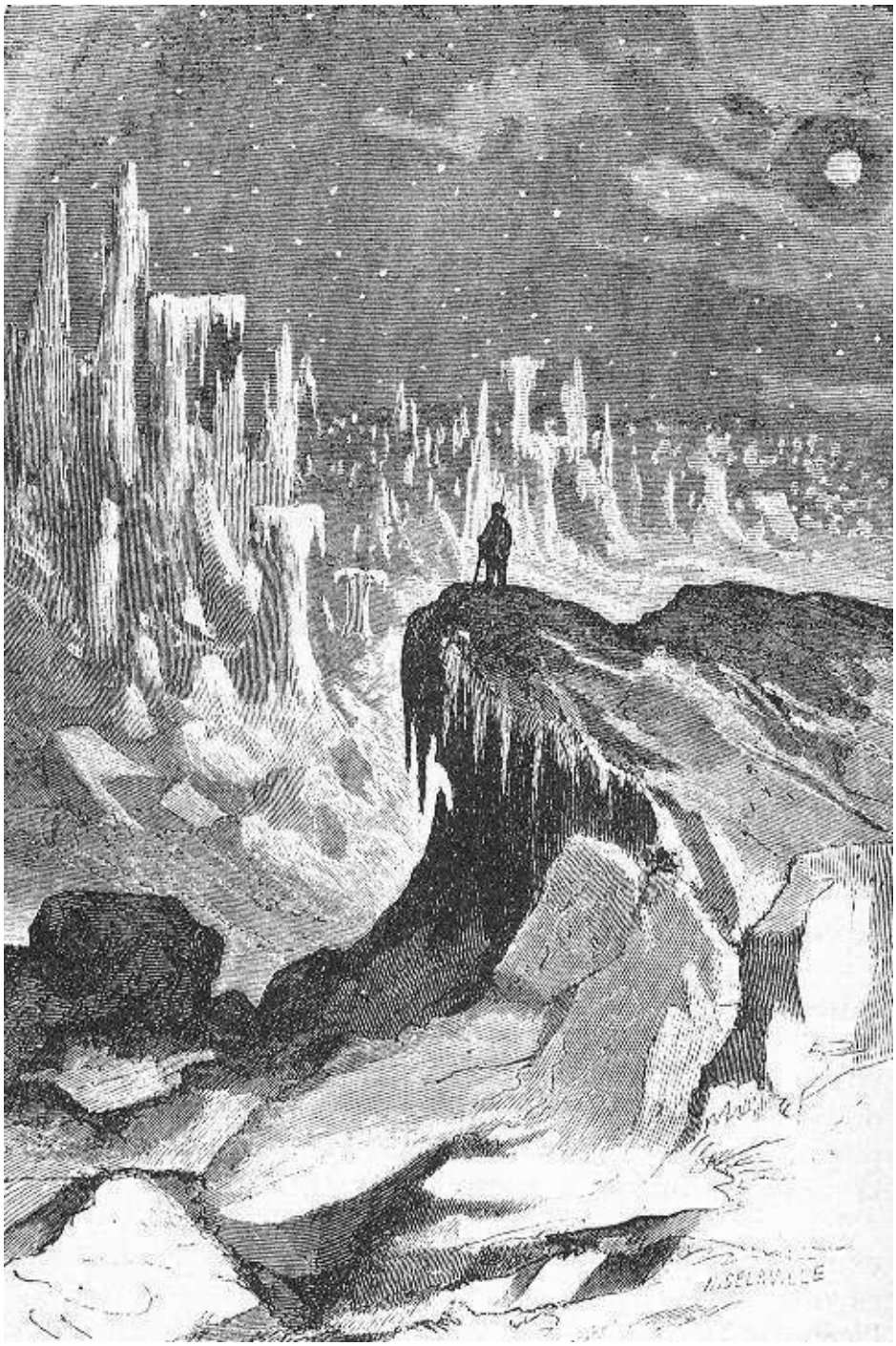


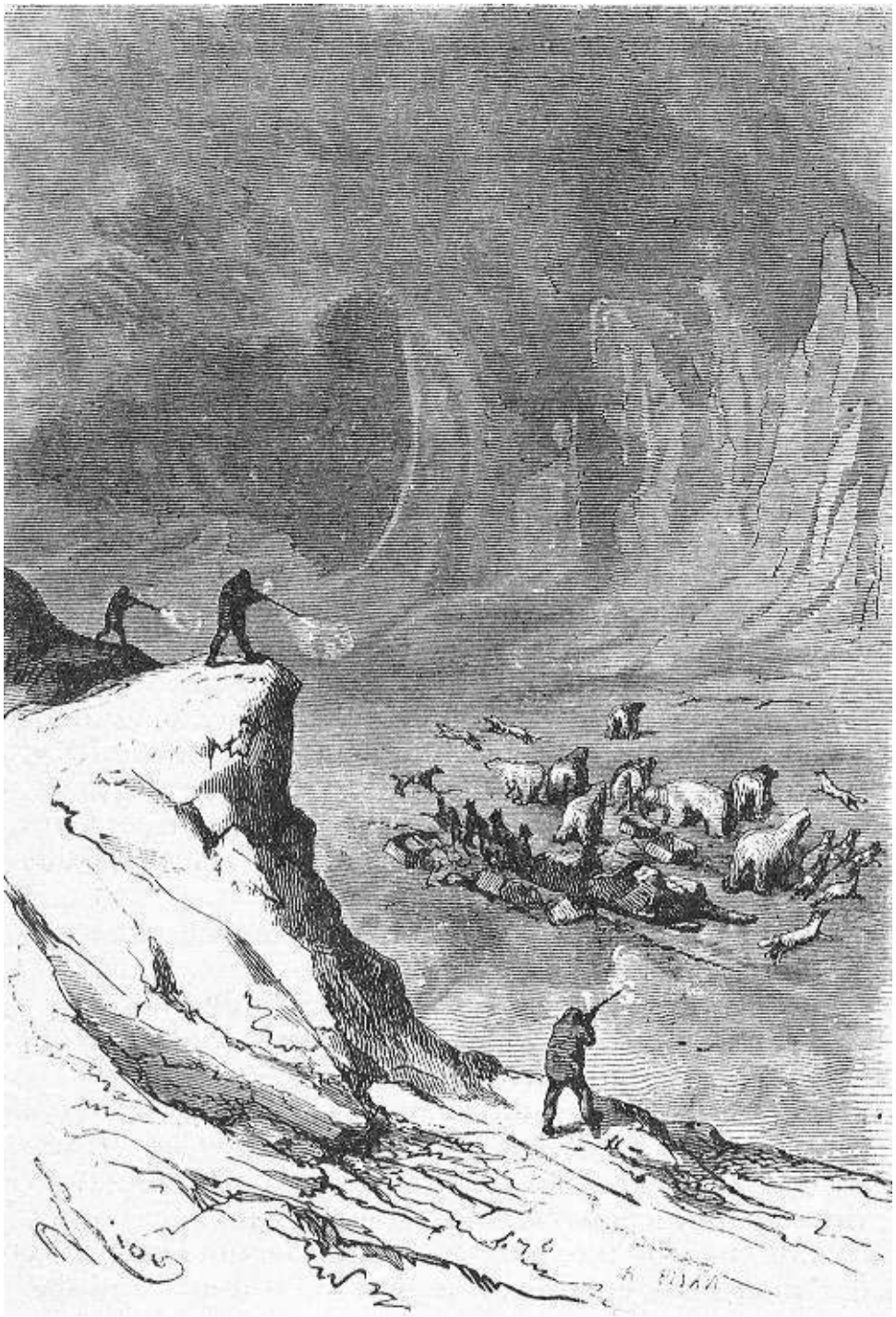


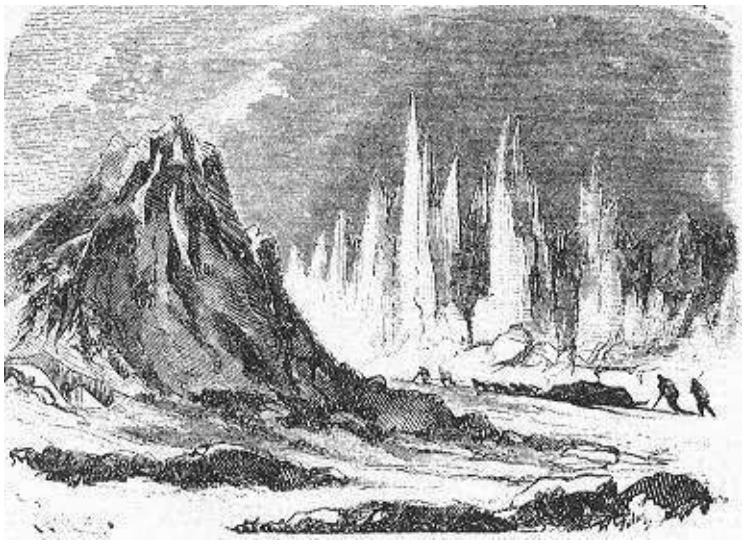


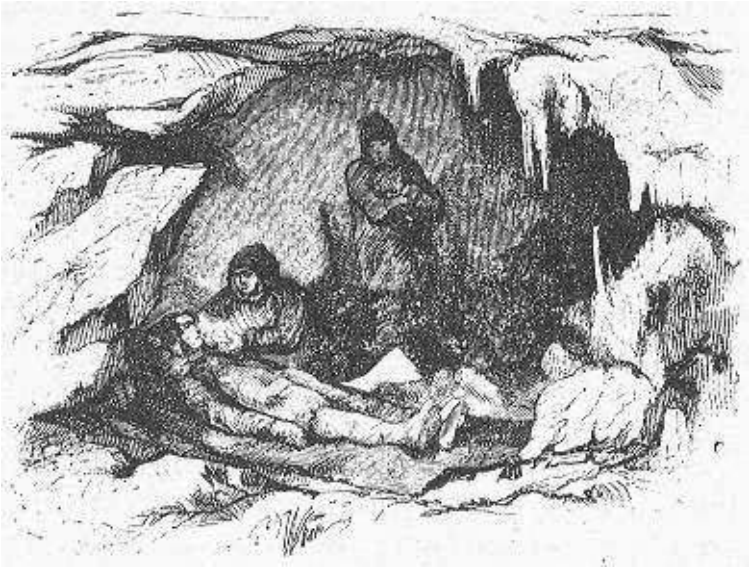




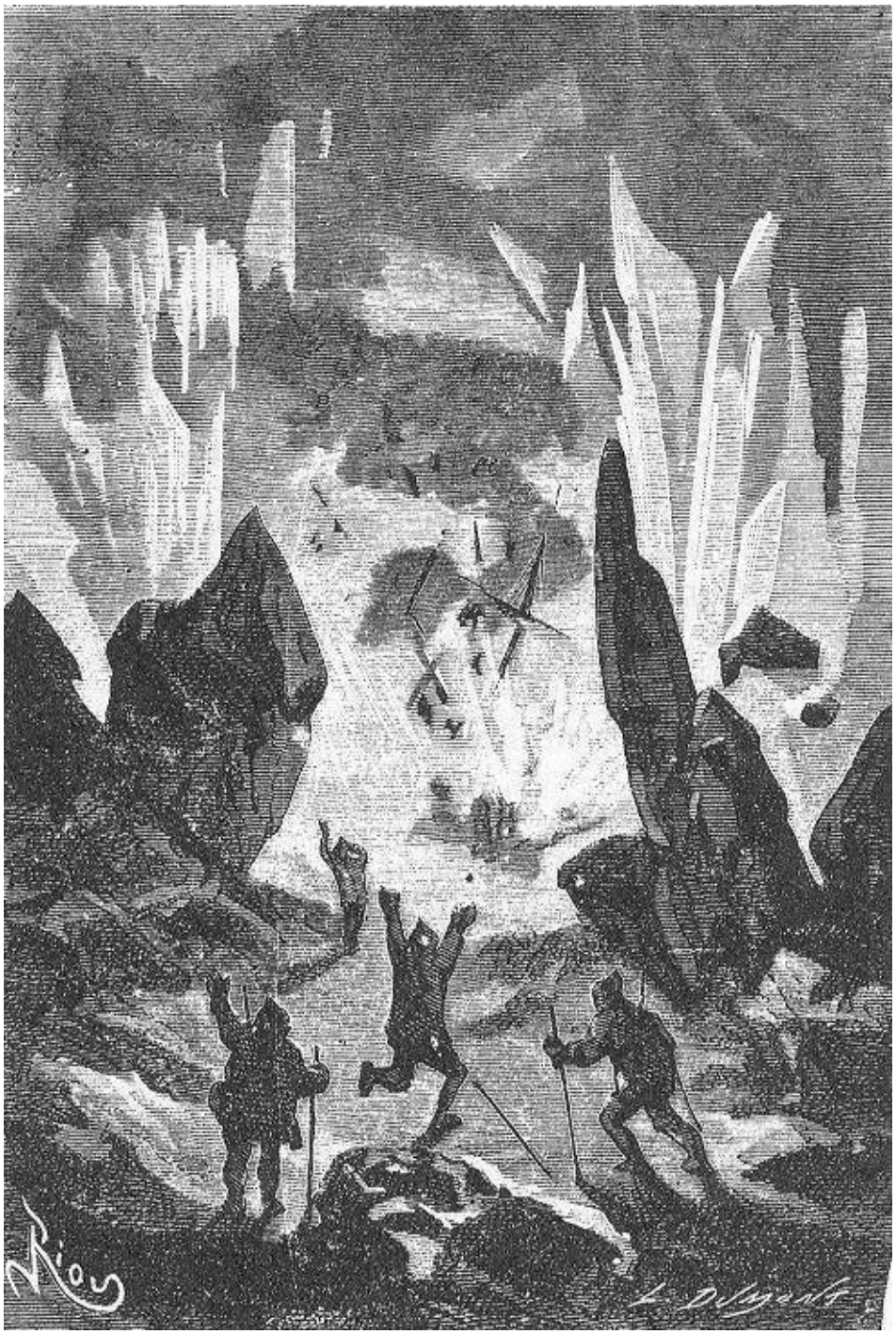








HILDEBRAND

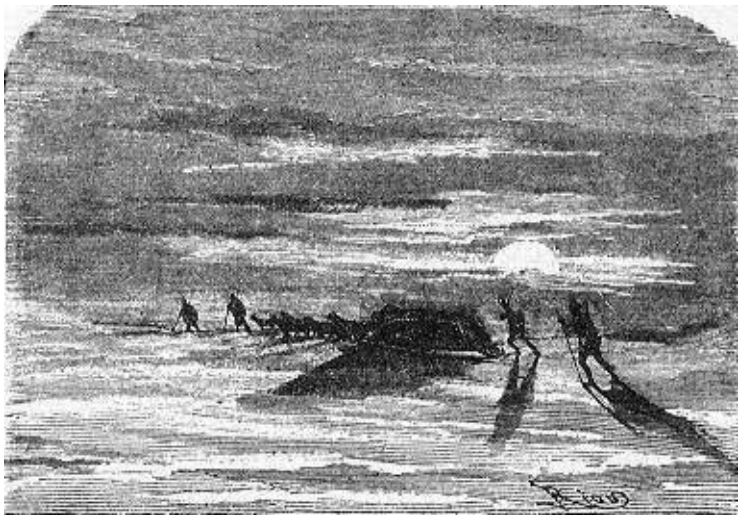


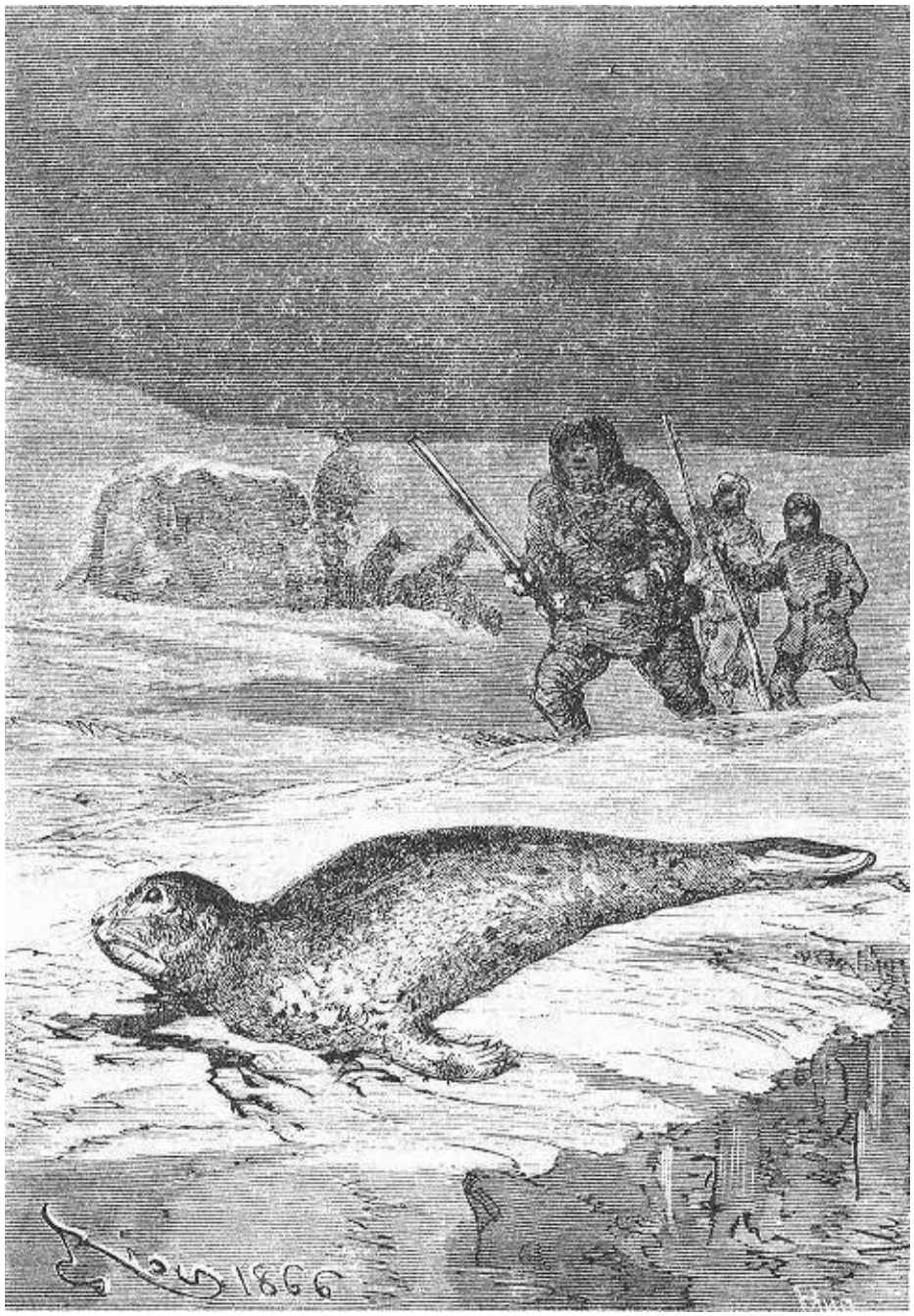
El desierto de hielo

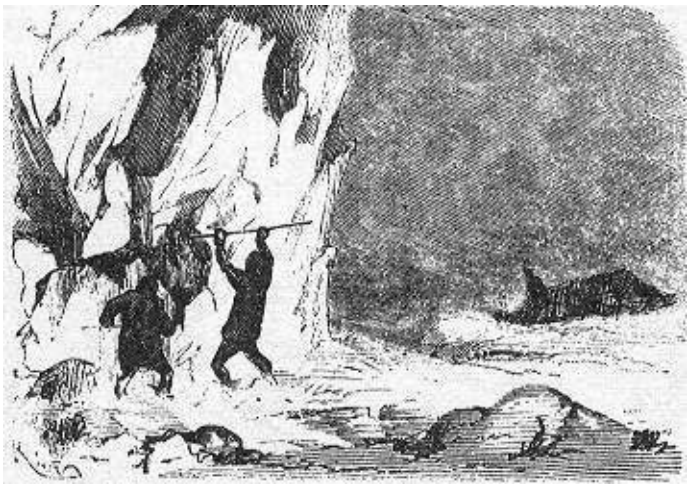
F. PIERDON

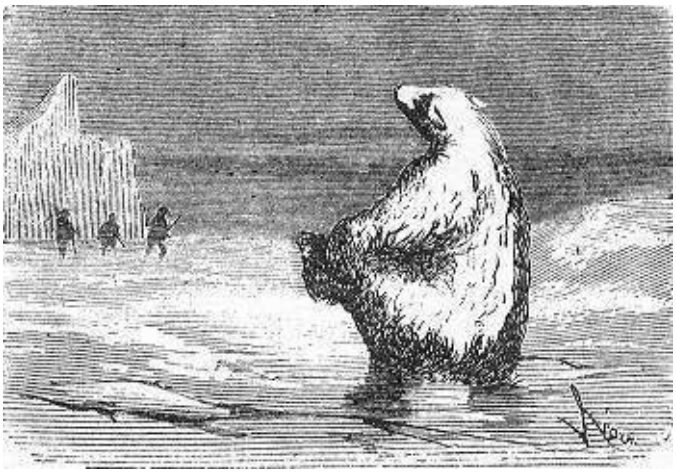
1866

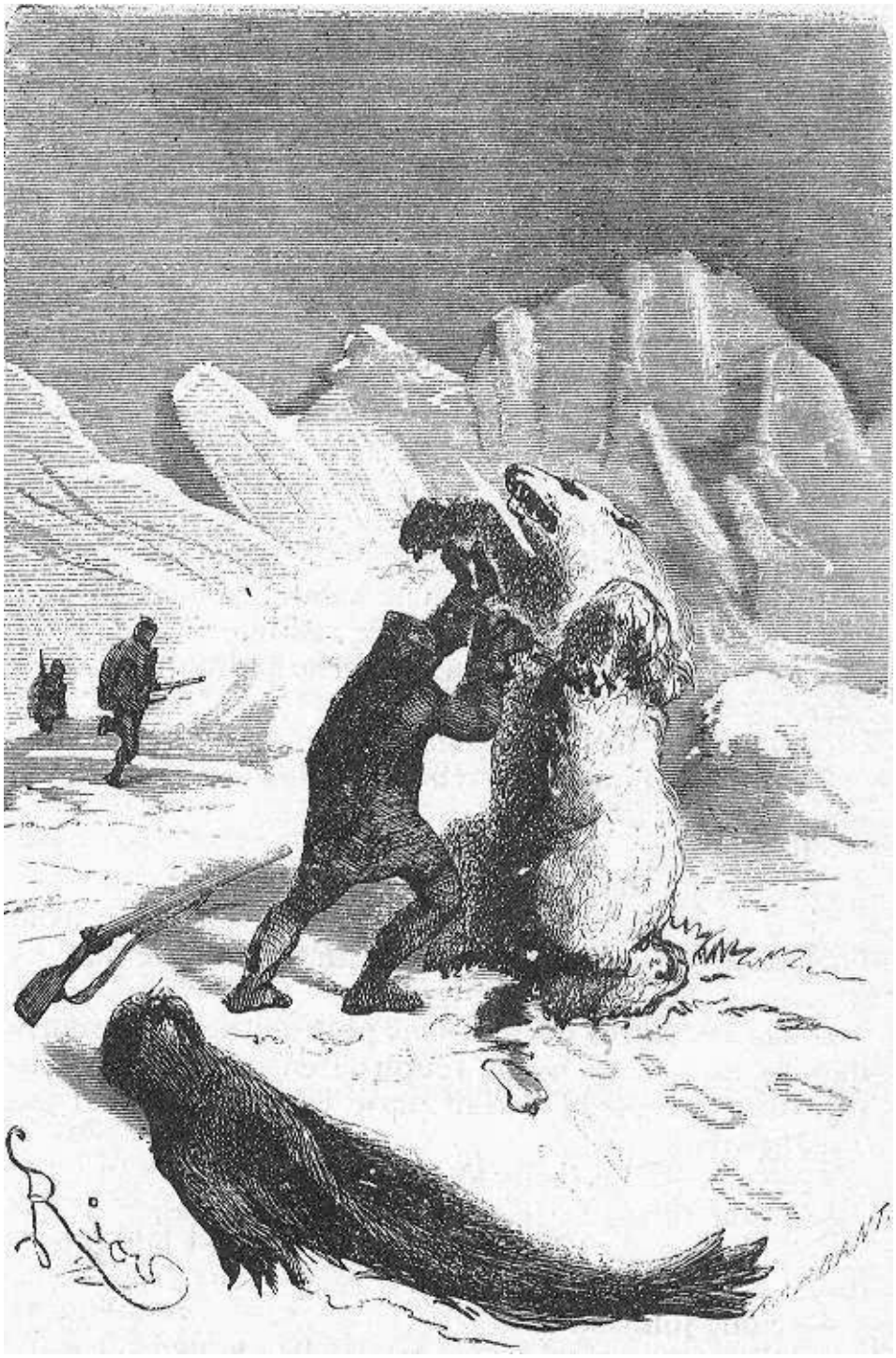
H. DE NILLE

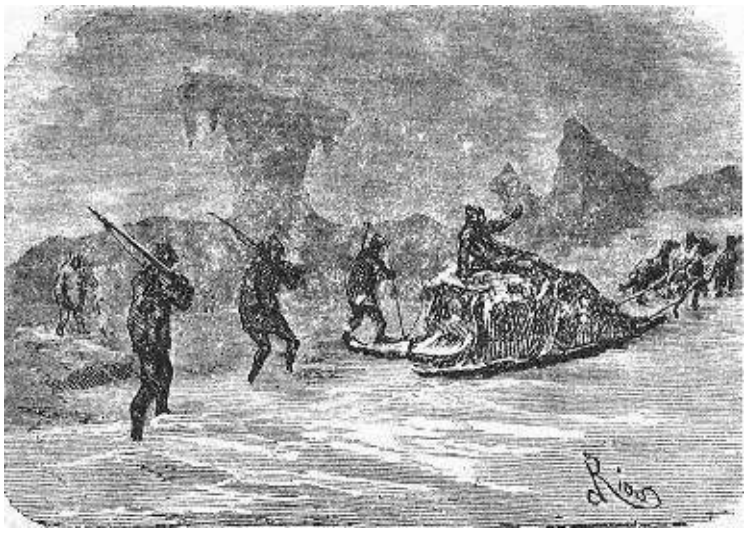


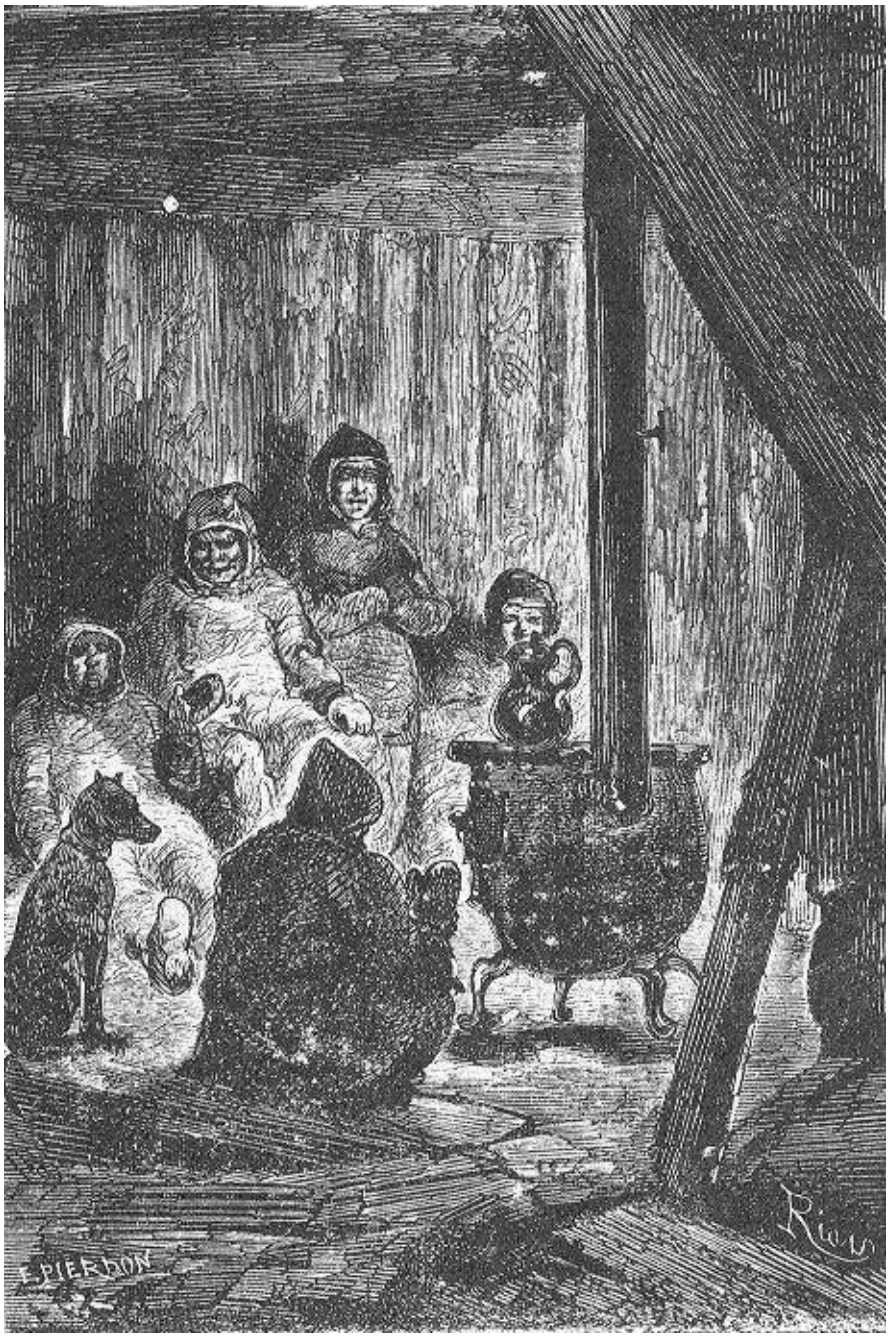


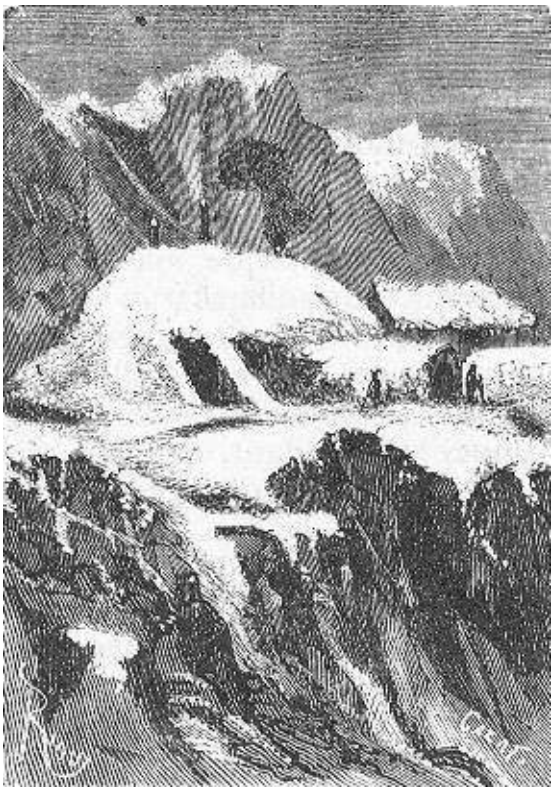


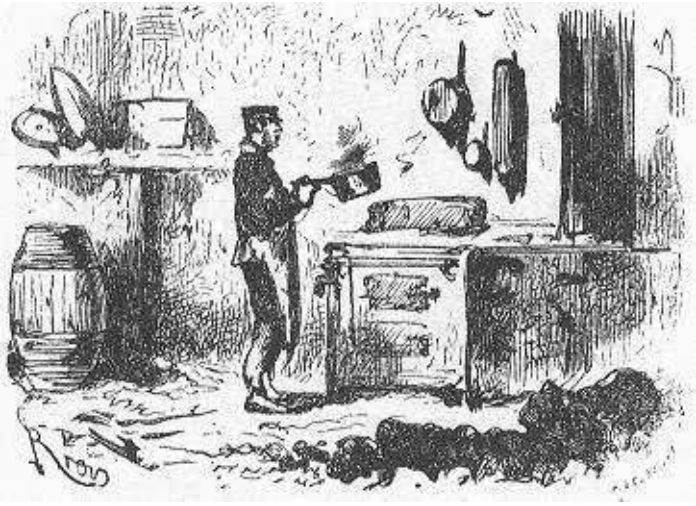


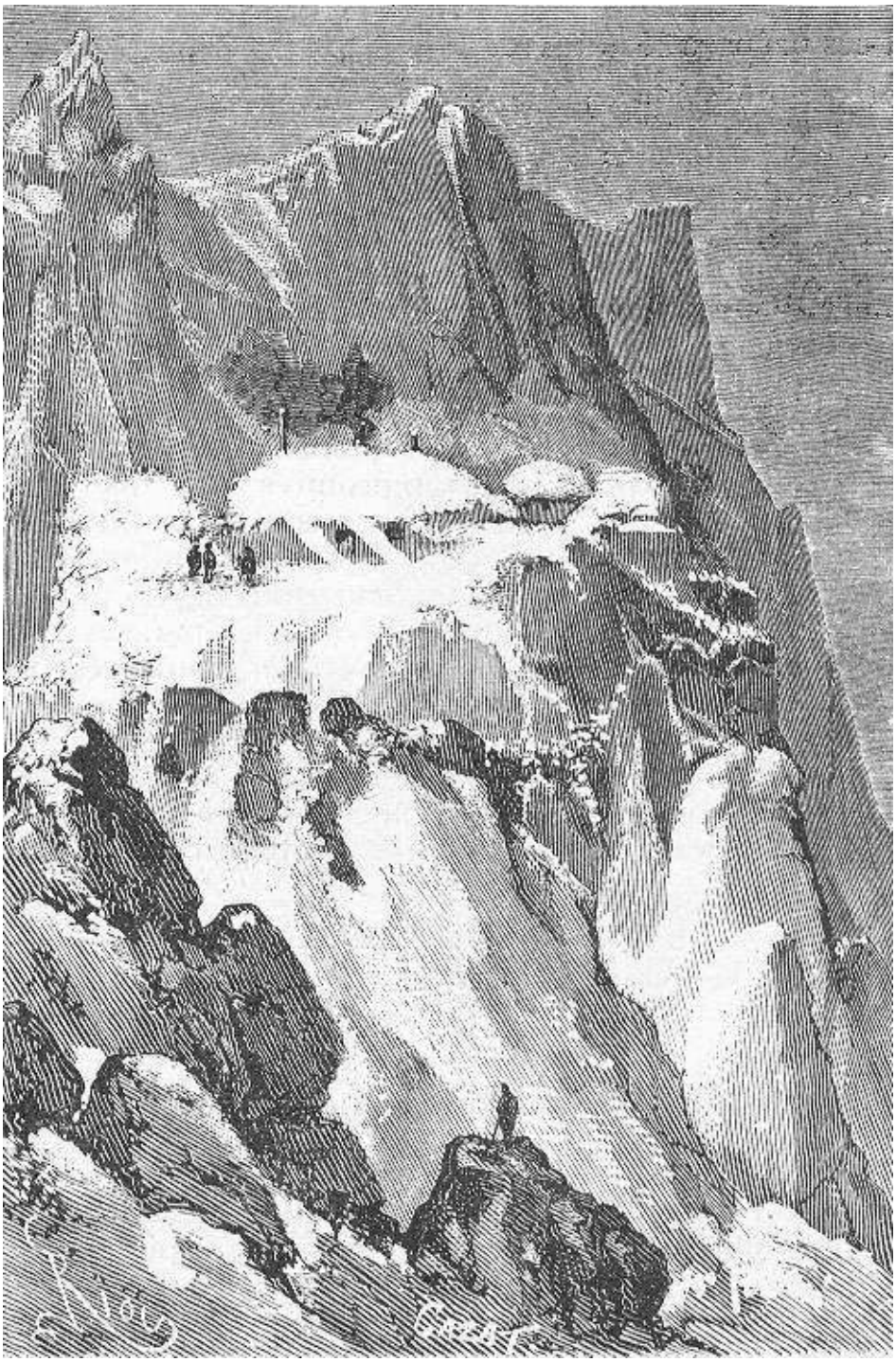


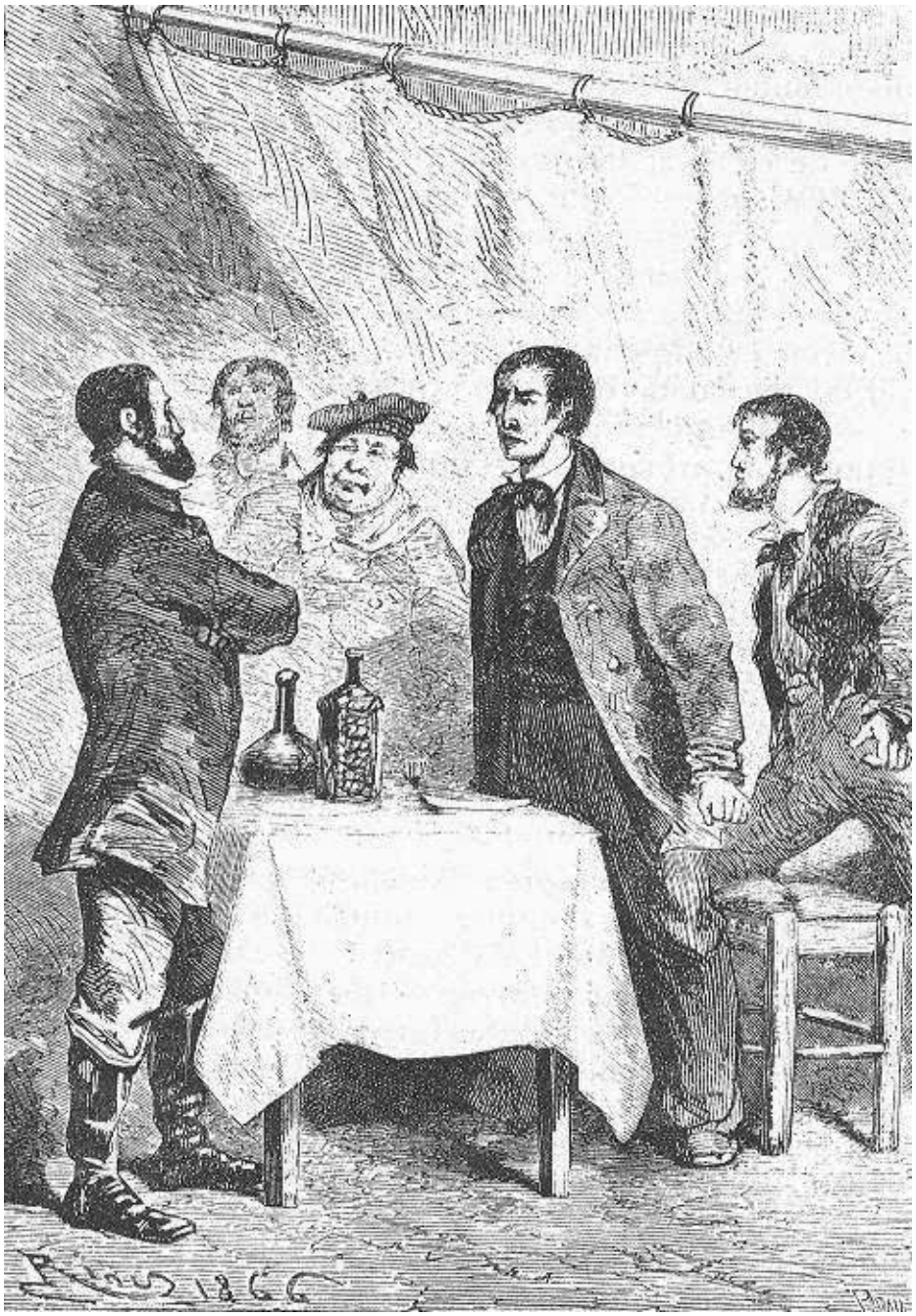


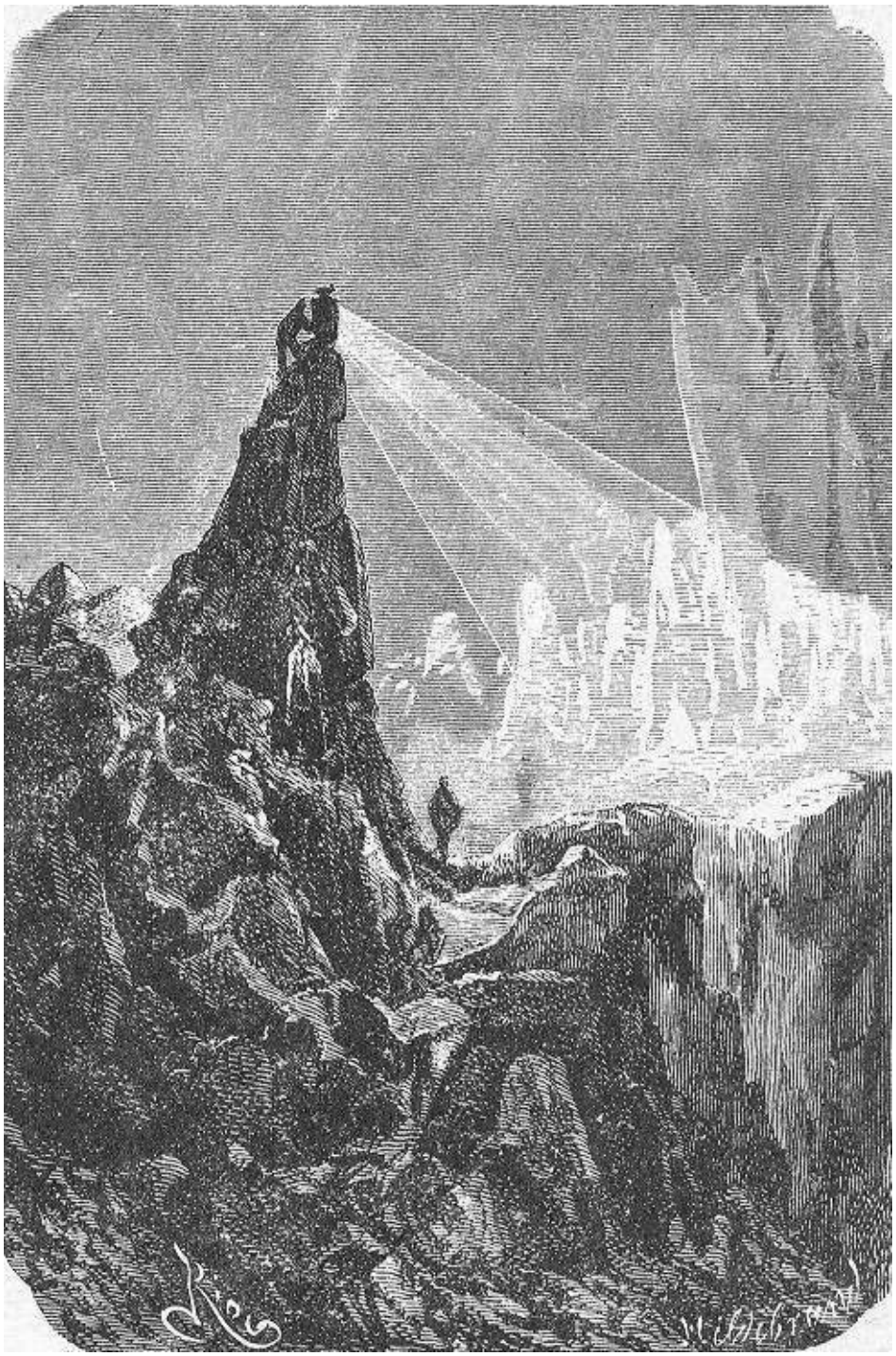

E. PIERDON

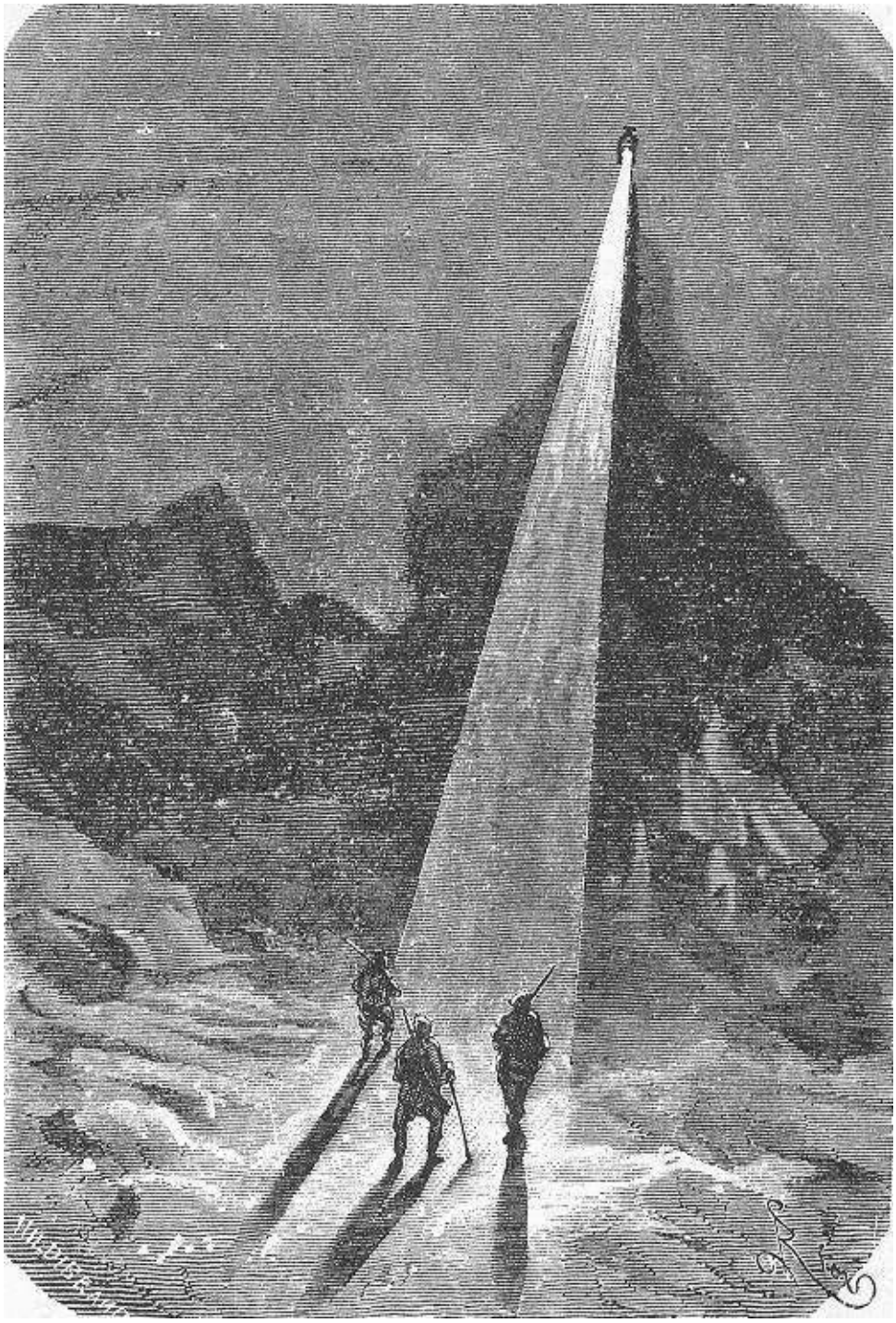


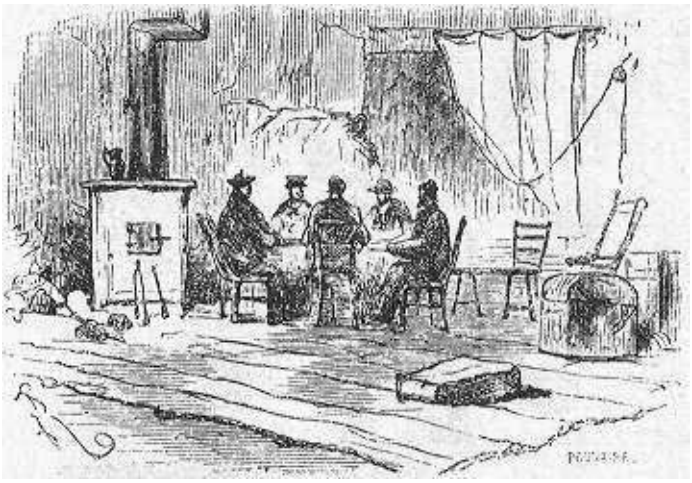


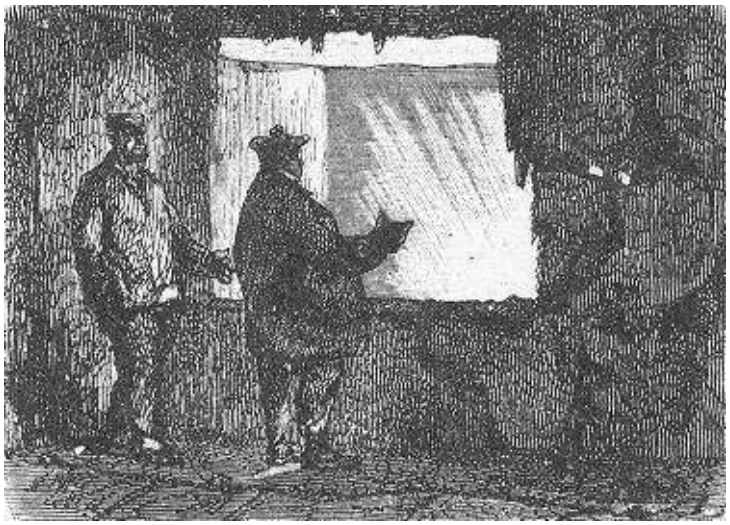


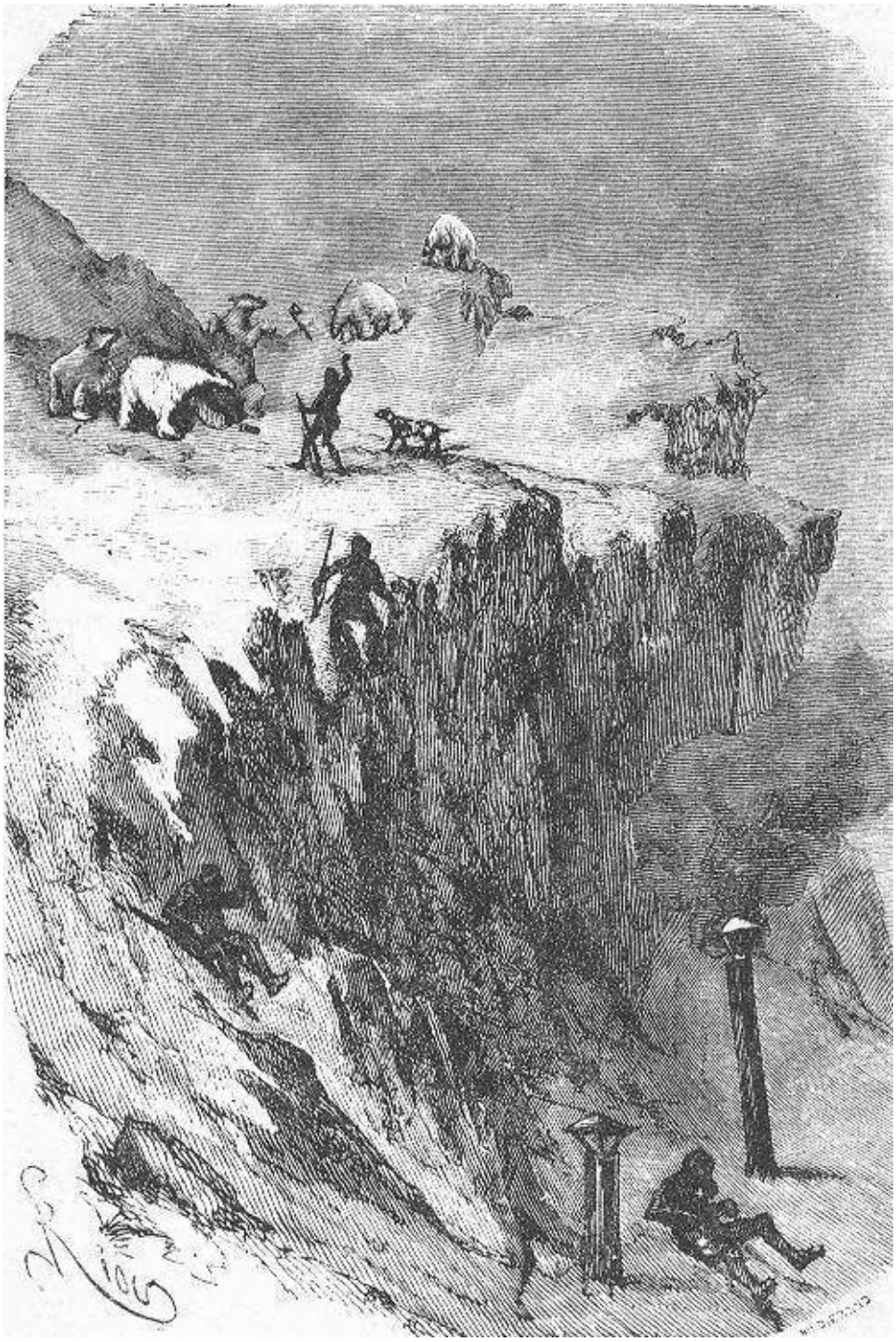


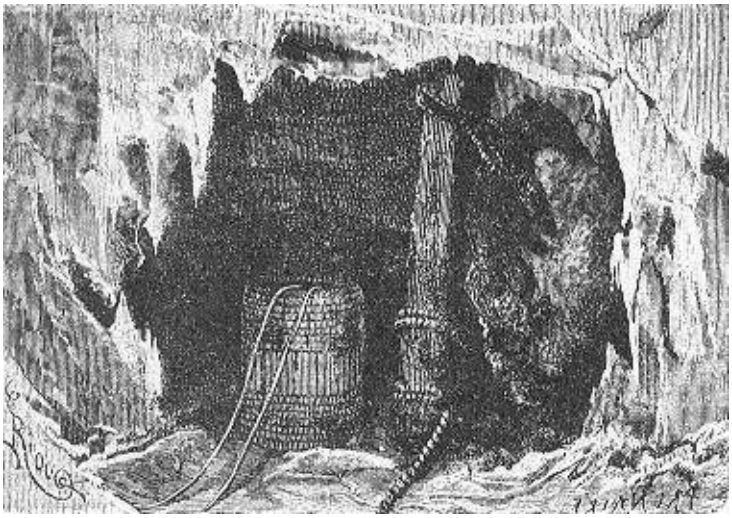


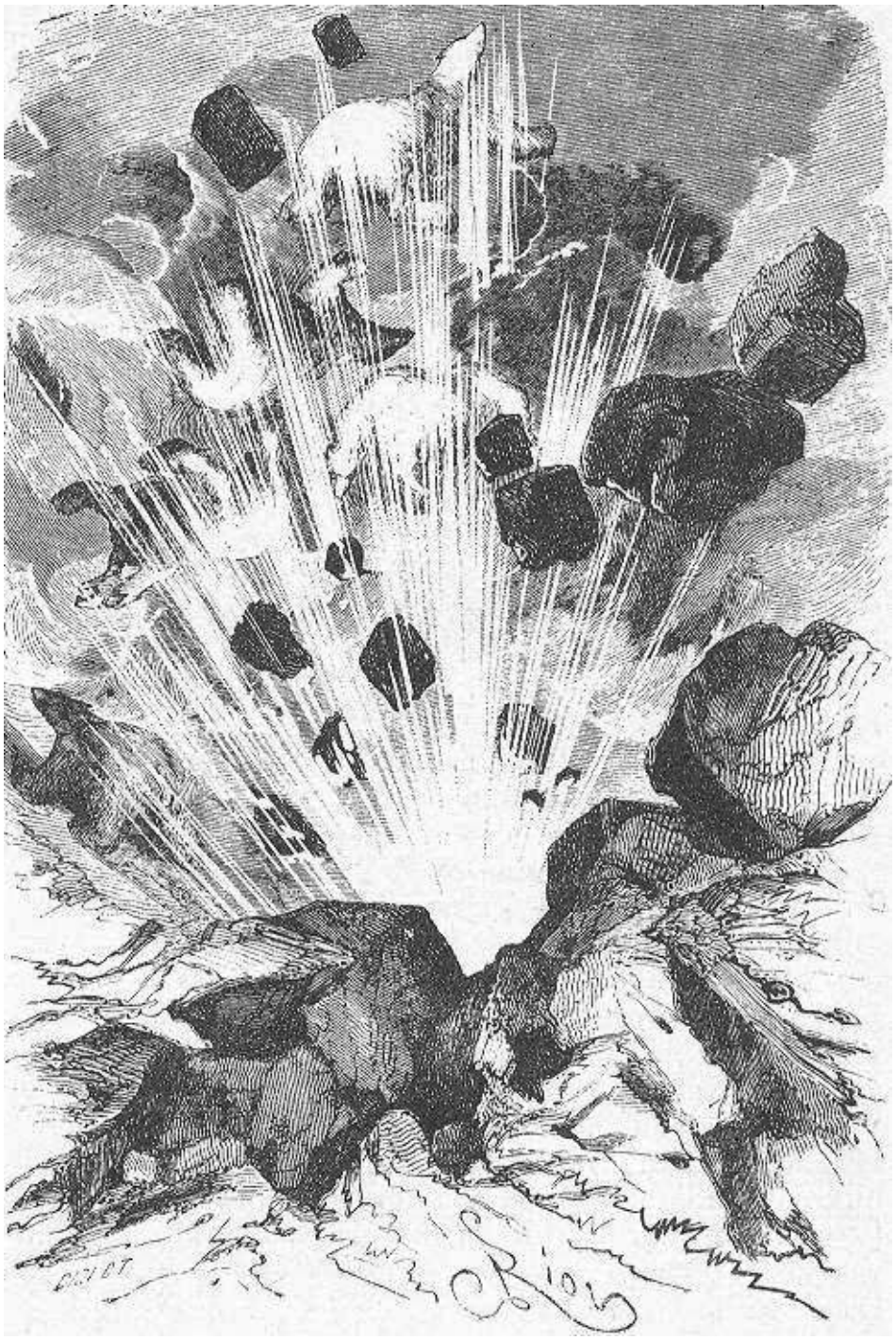


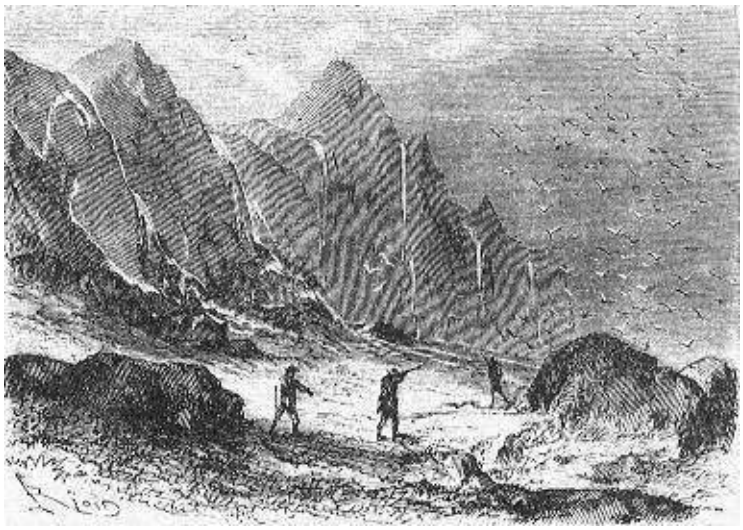


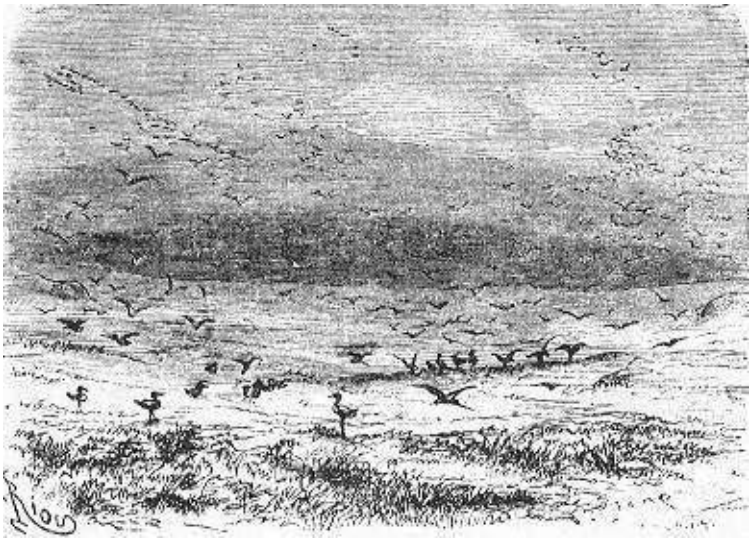


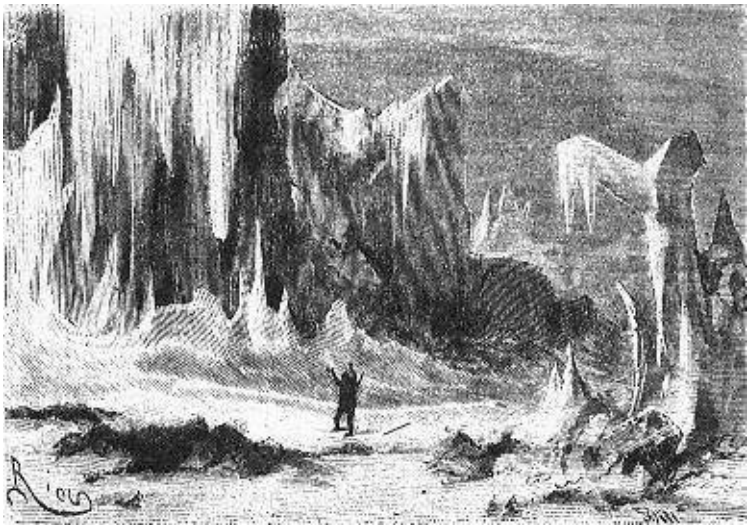


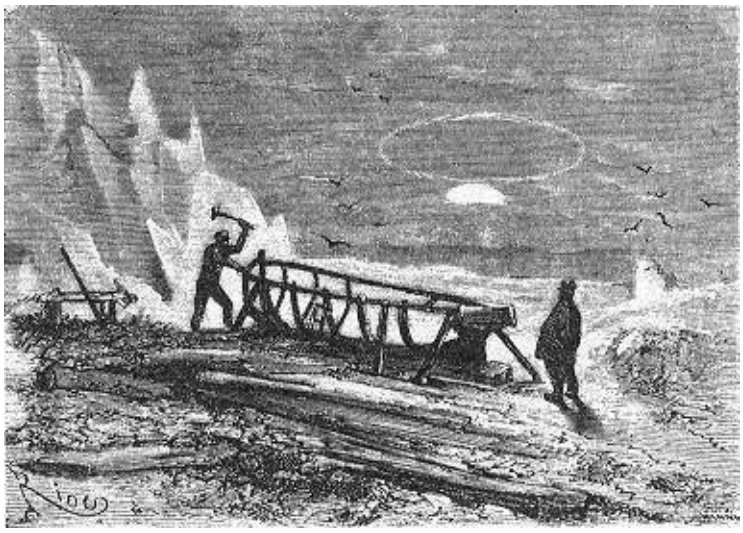


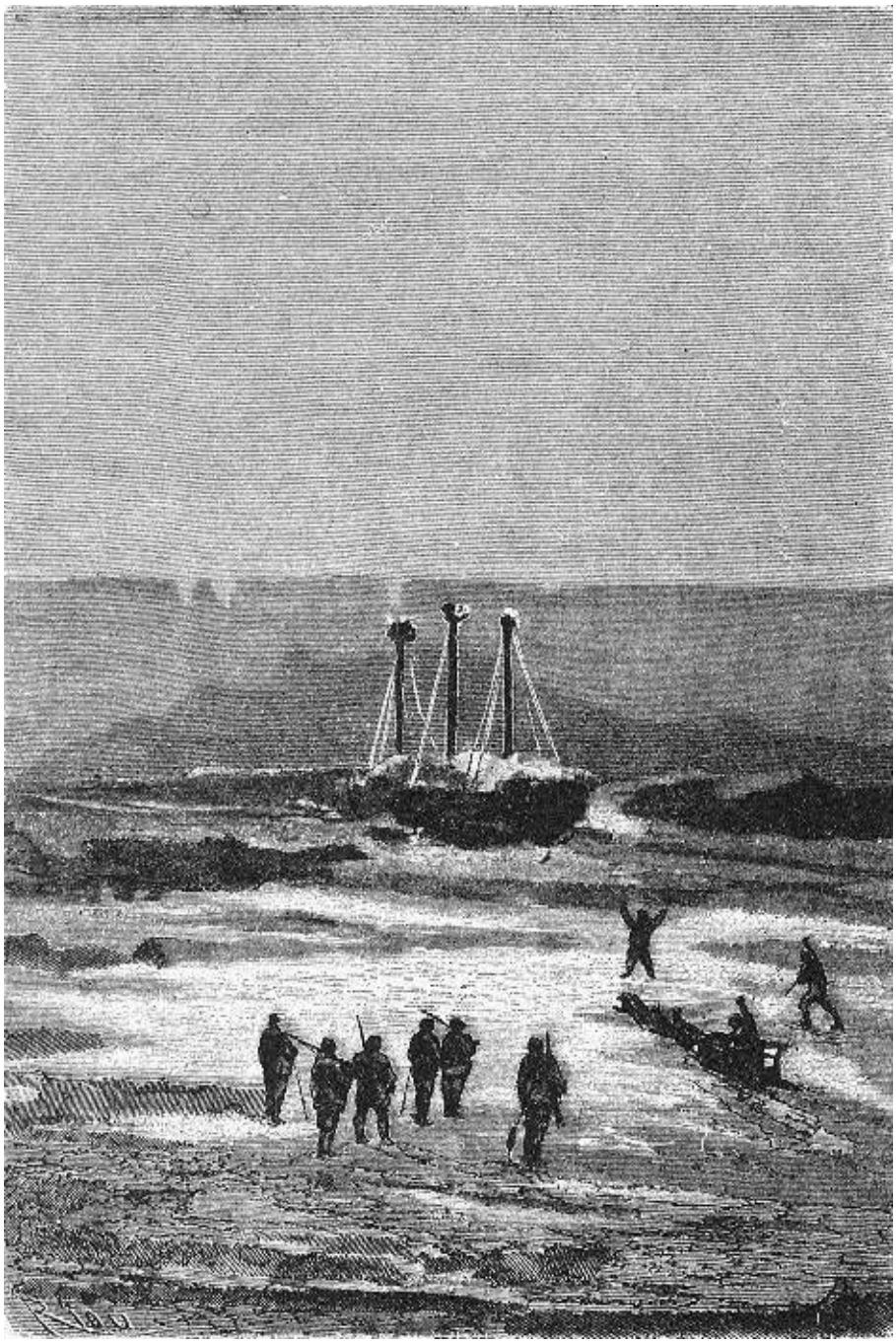




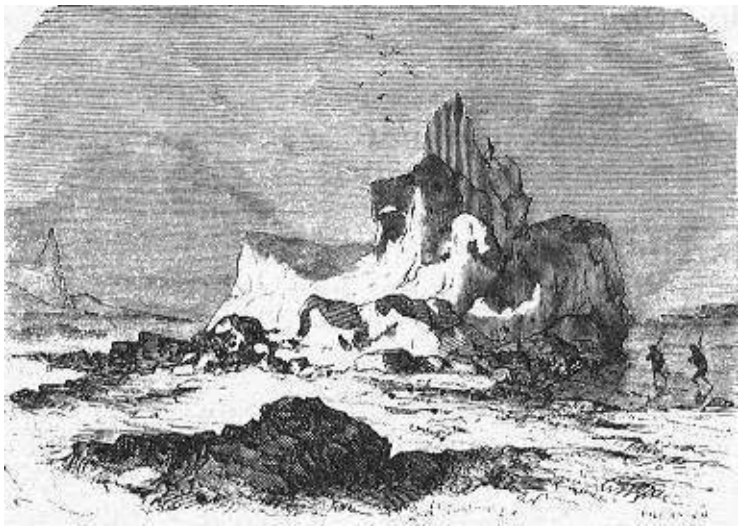


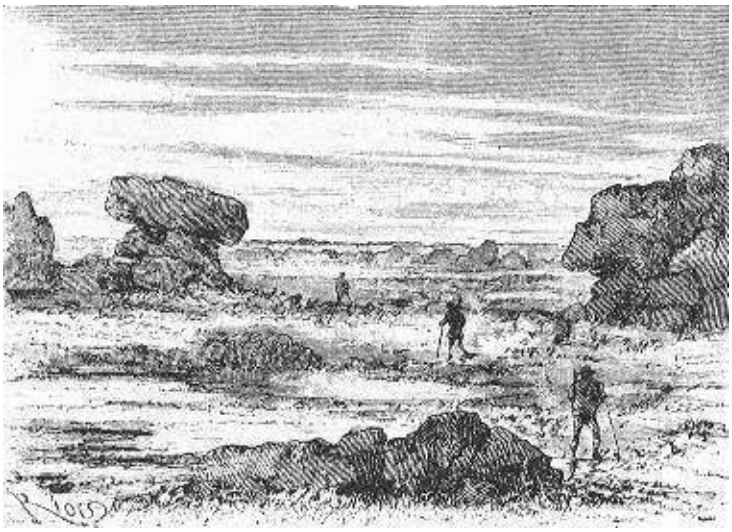


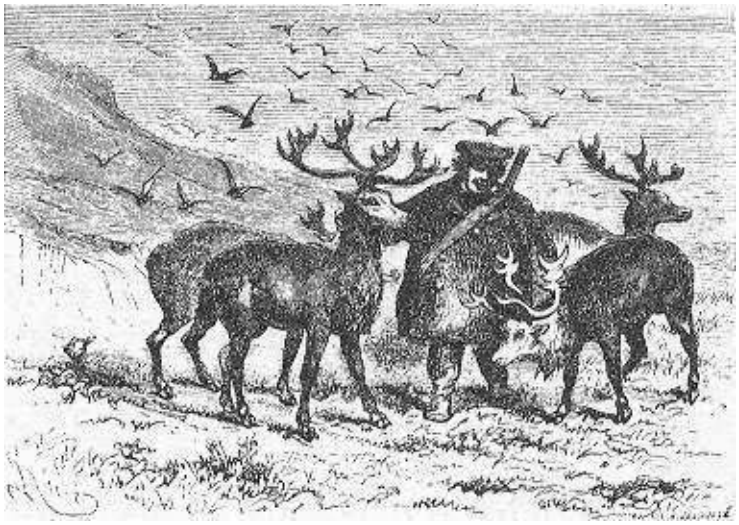


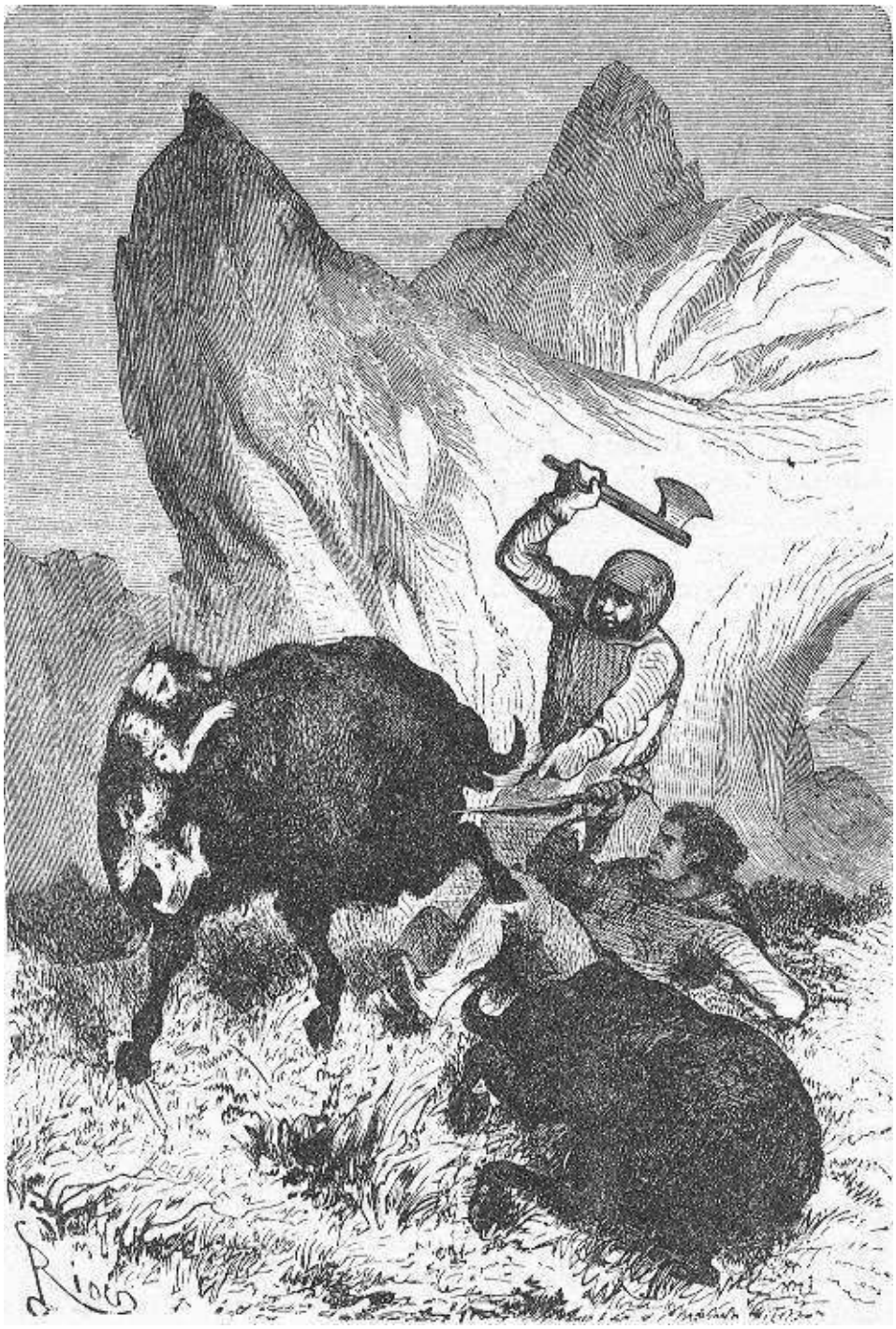


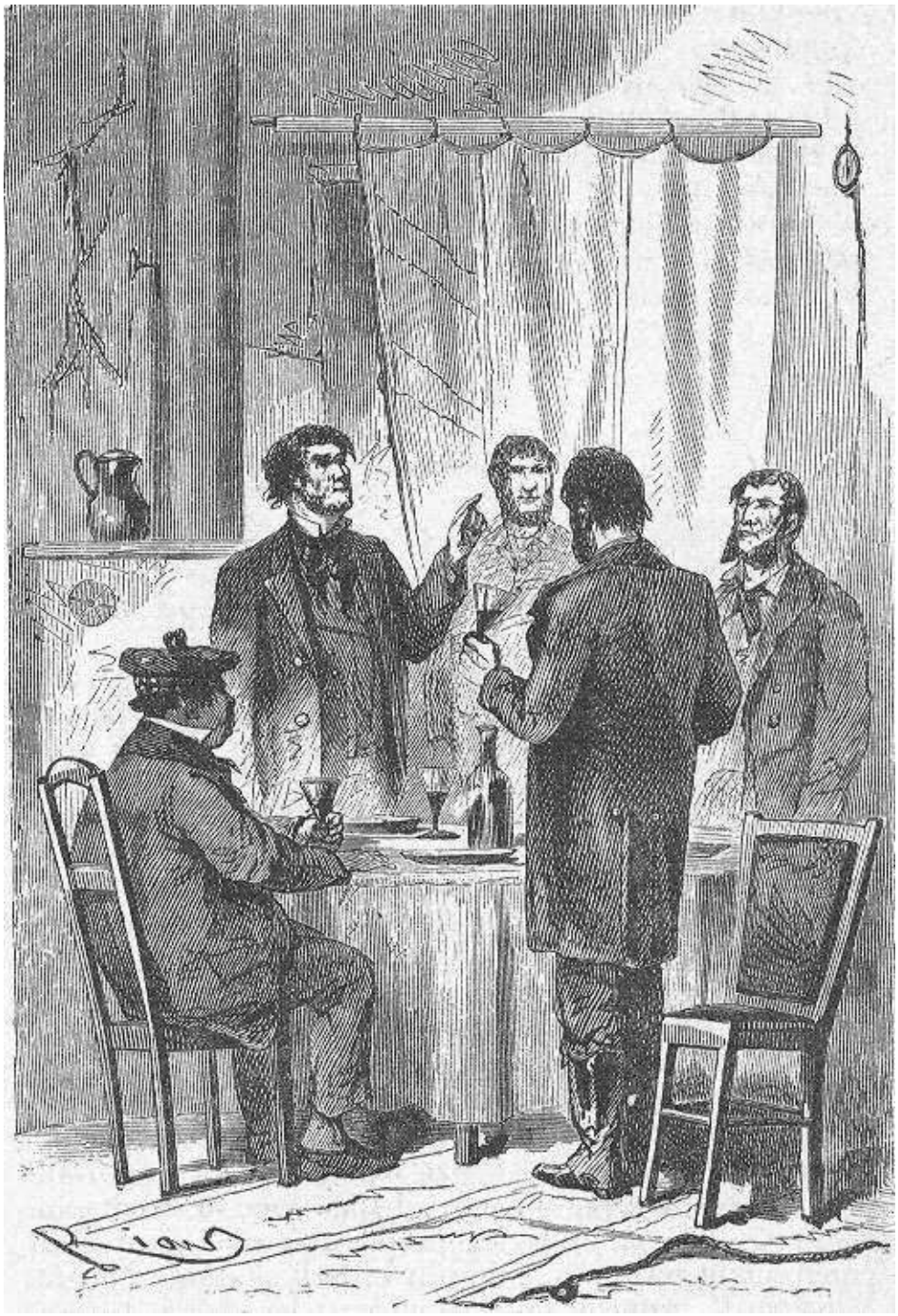
H. DELAILLE

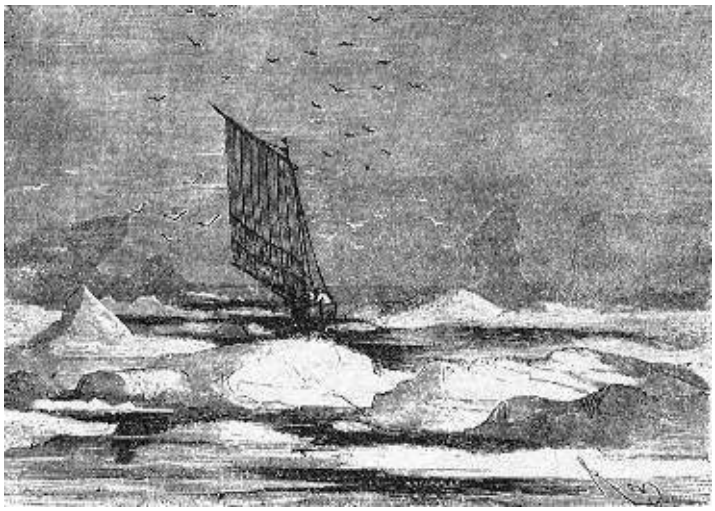


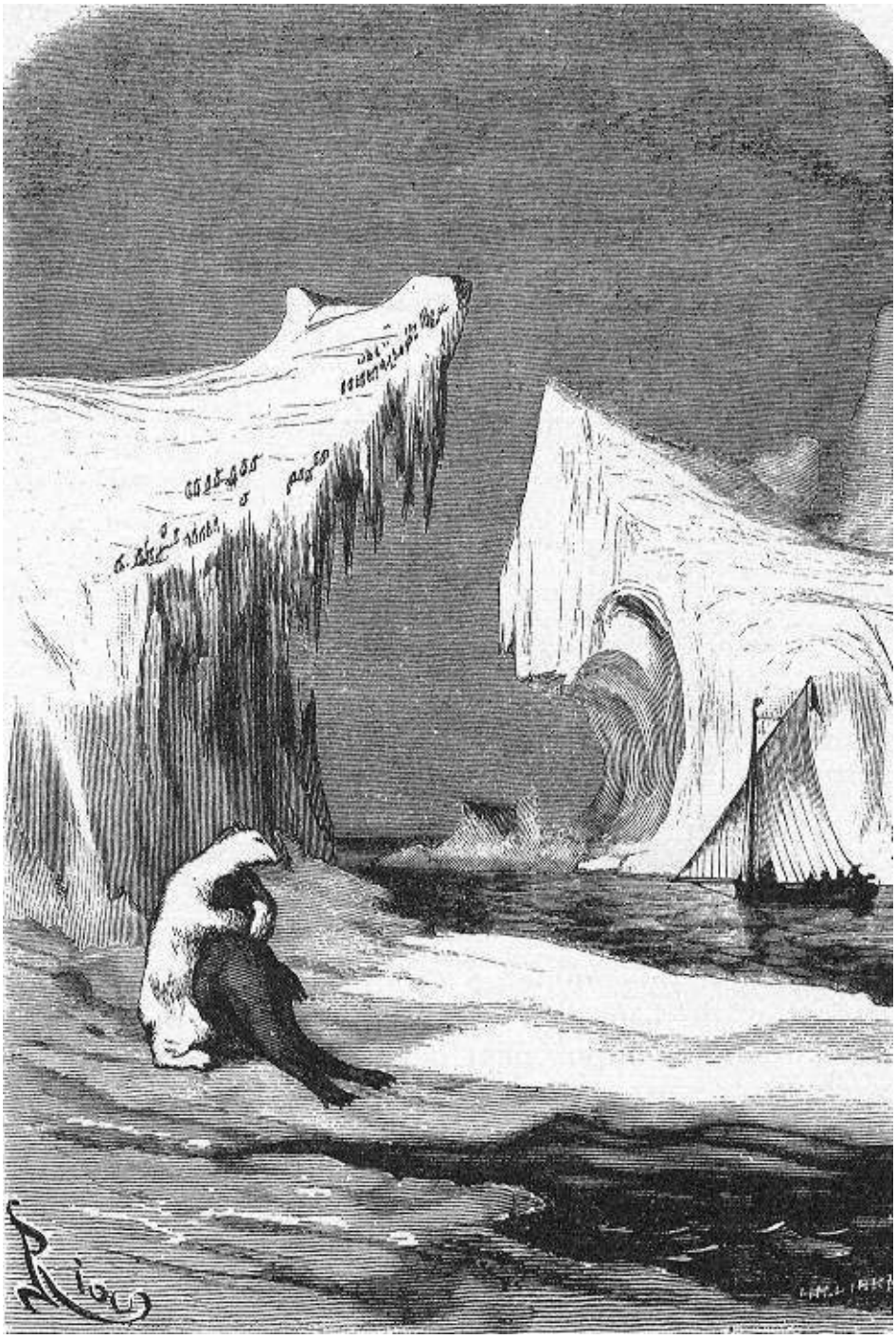


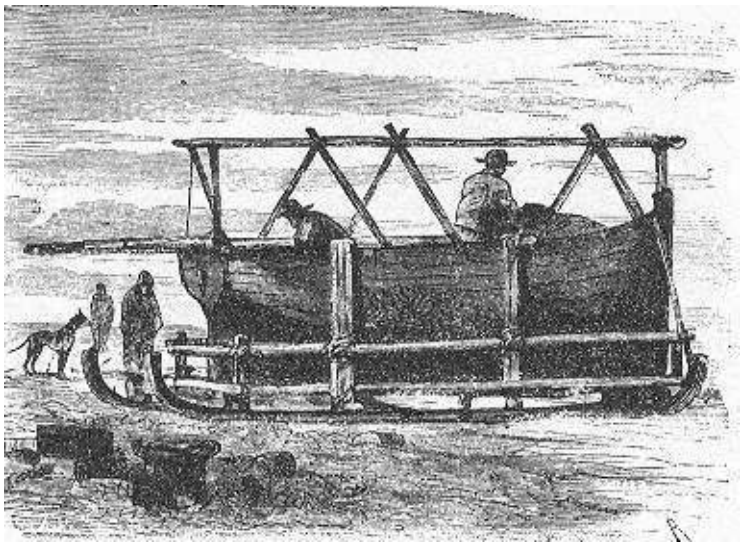


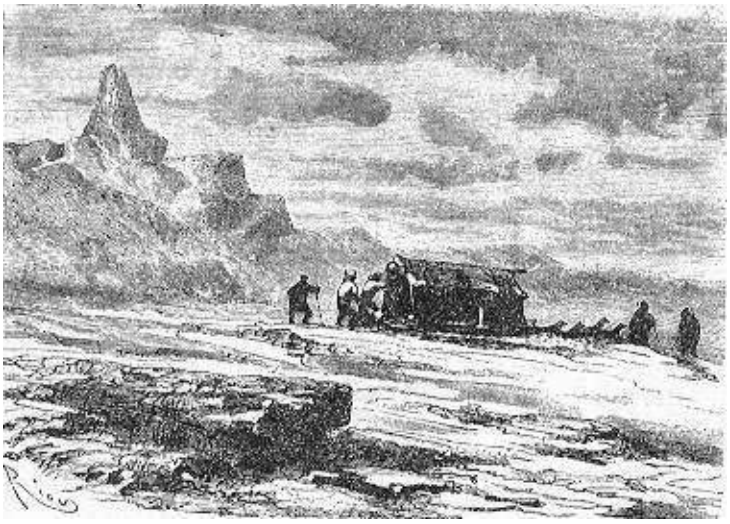


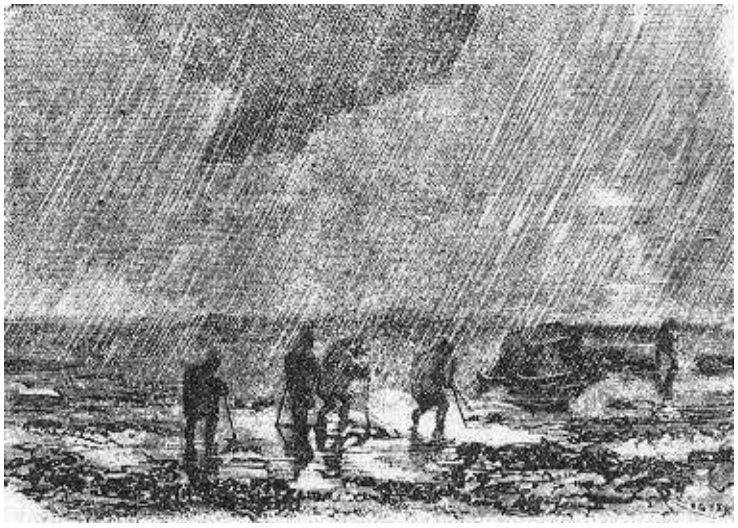


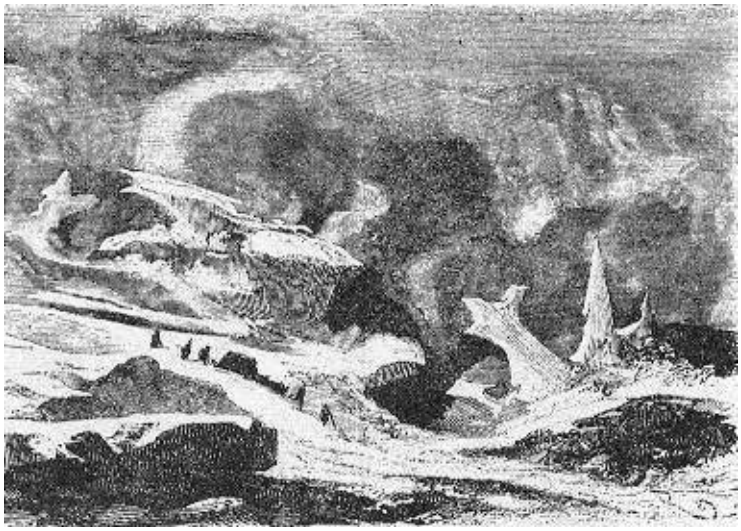


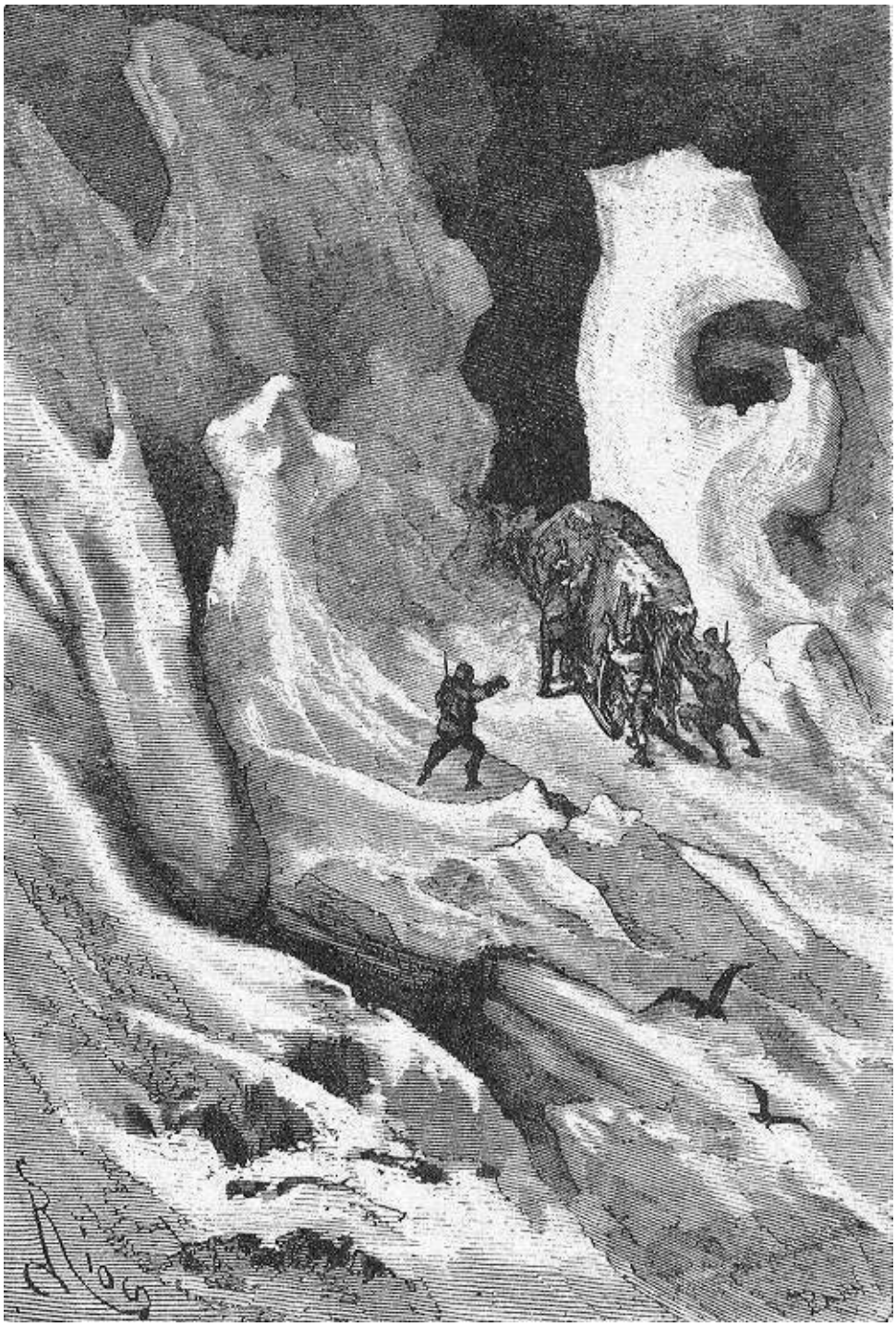


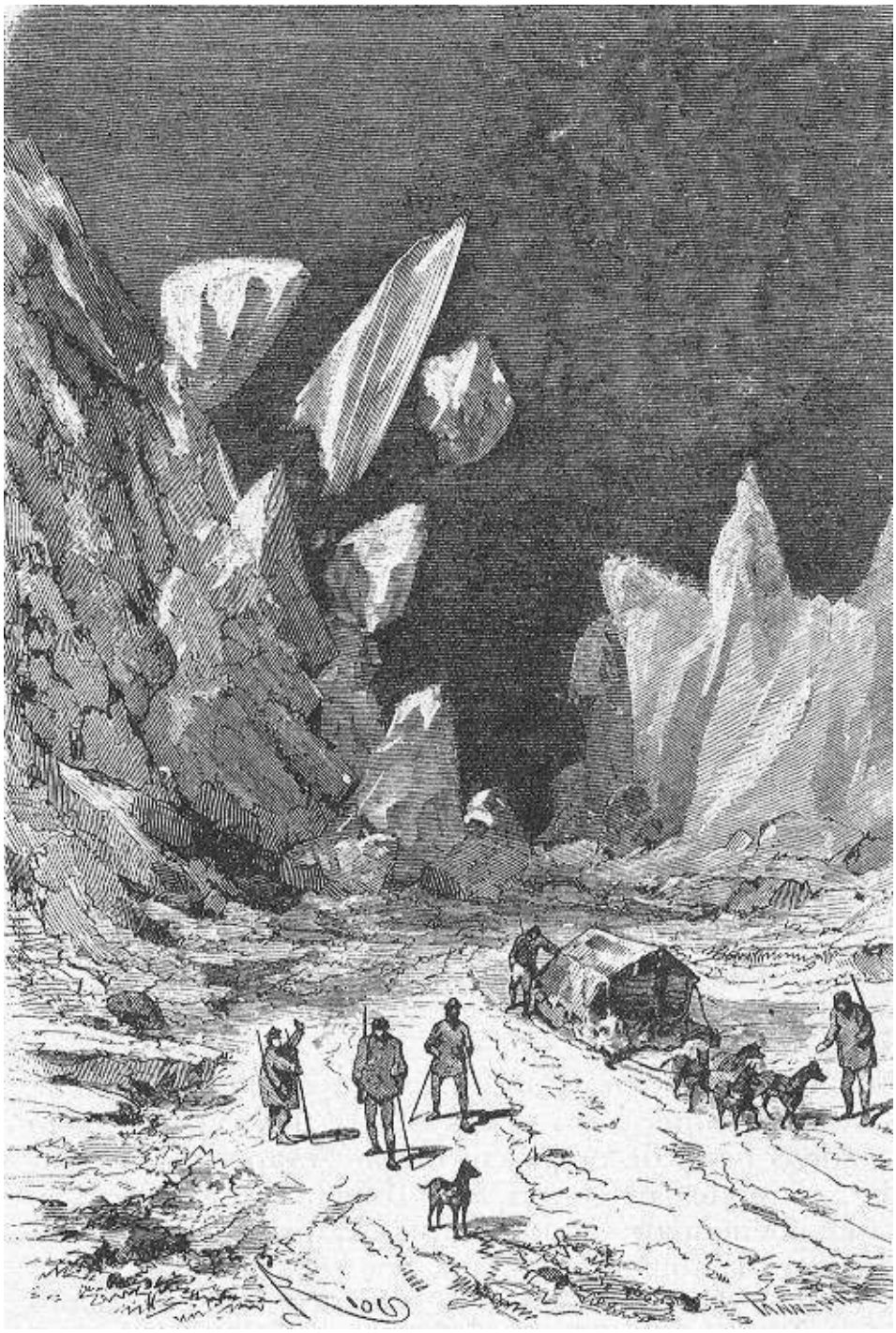


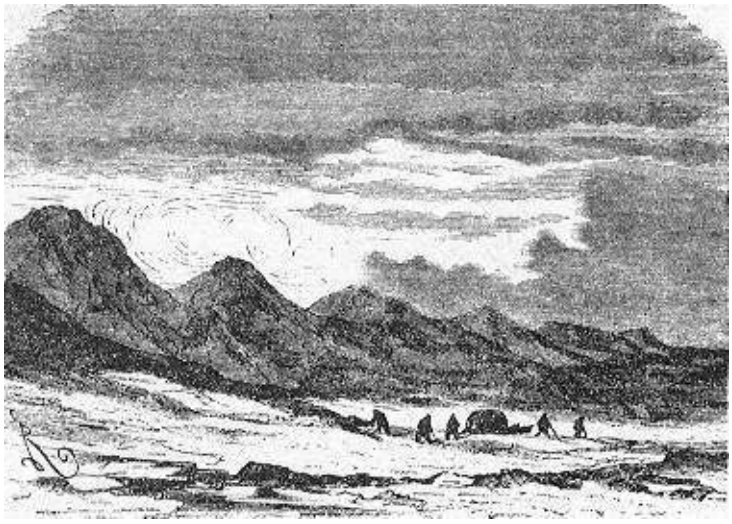


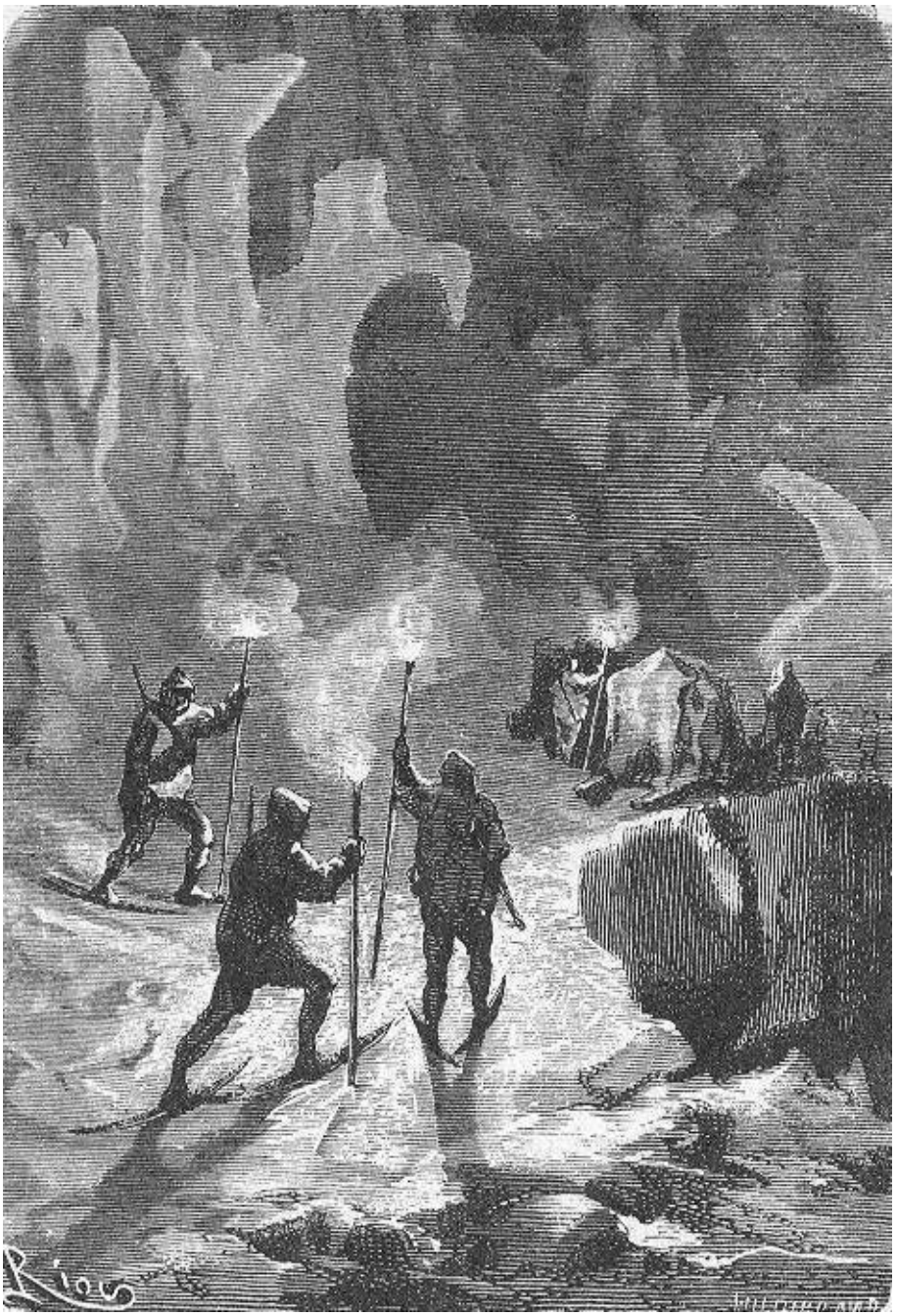


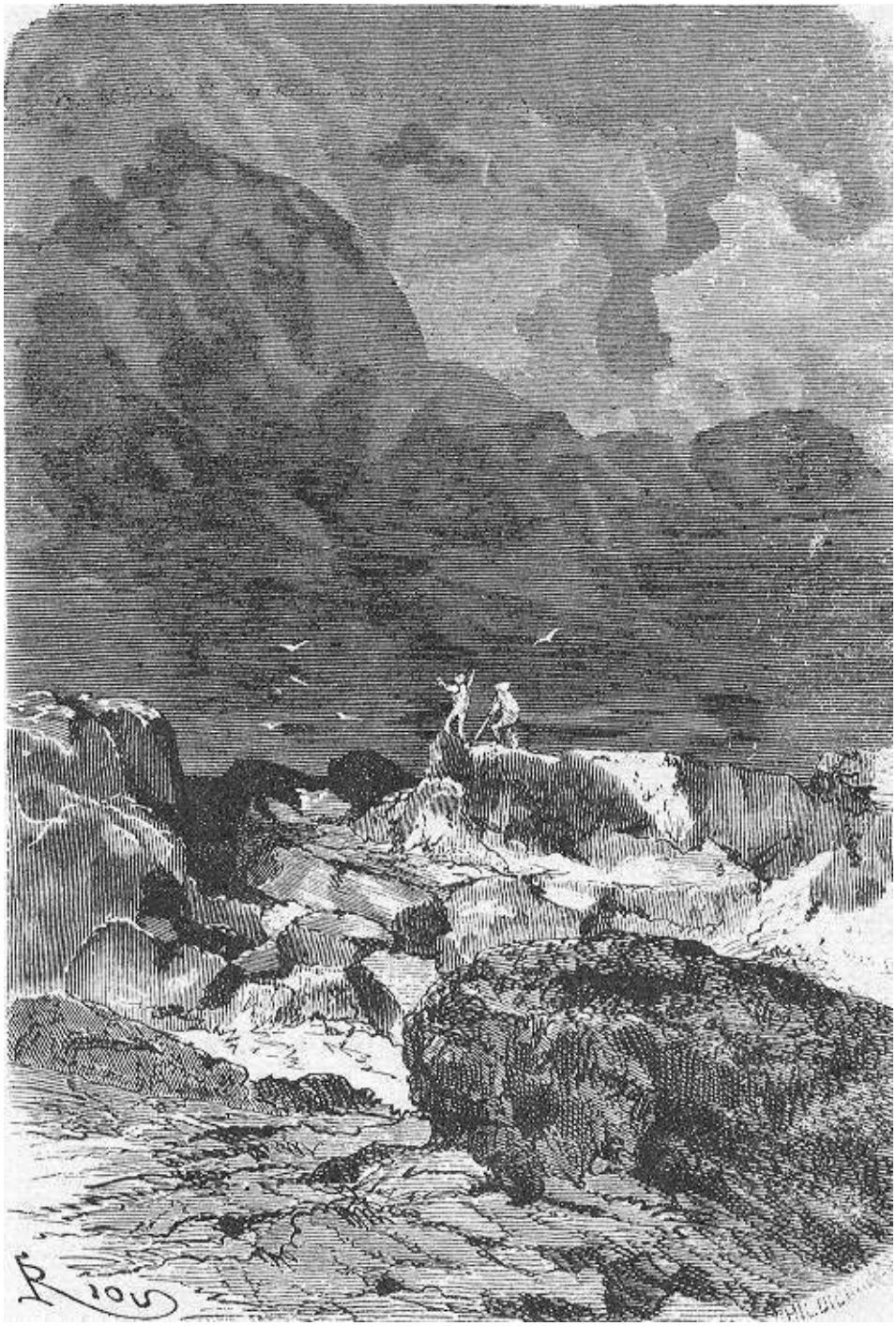


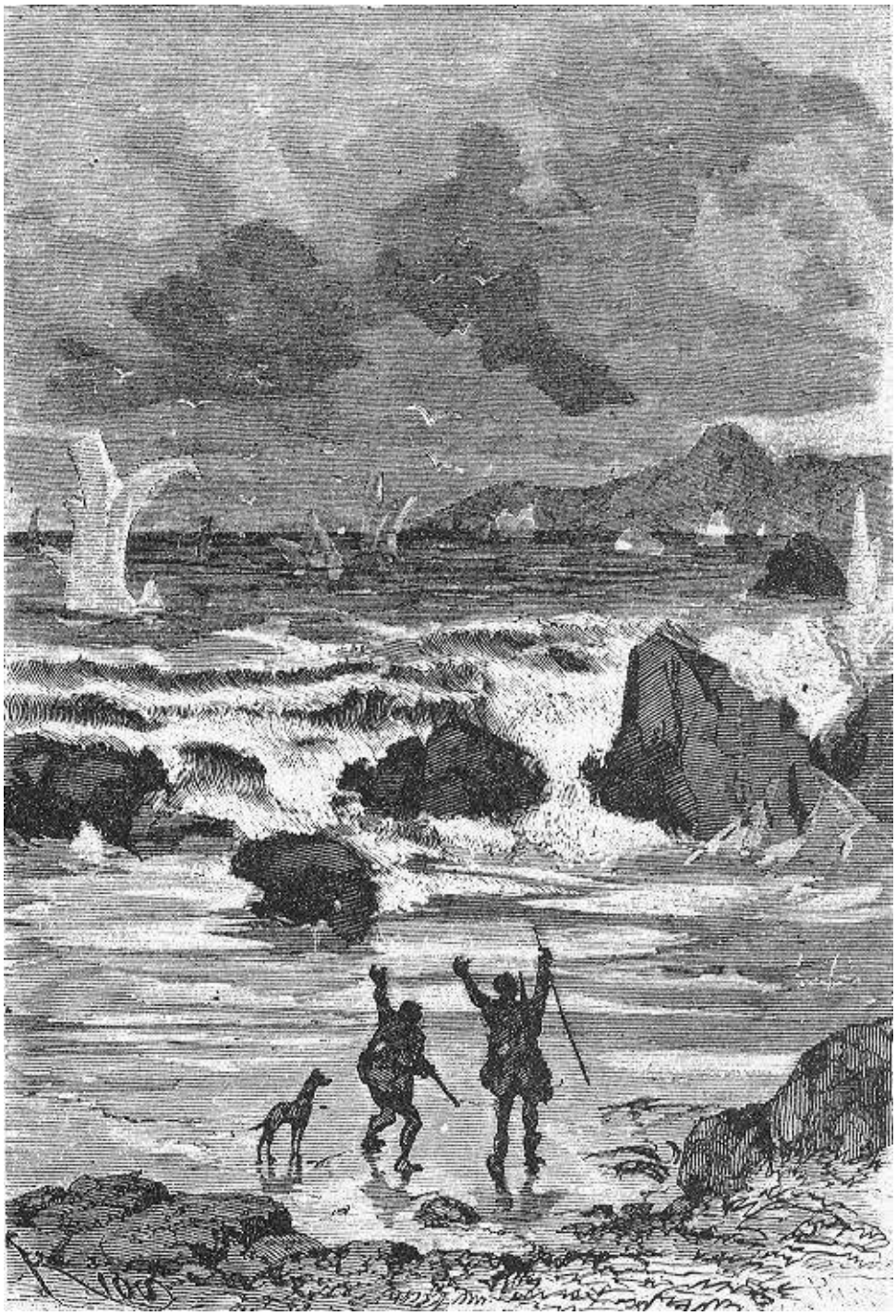


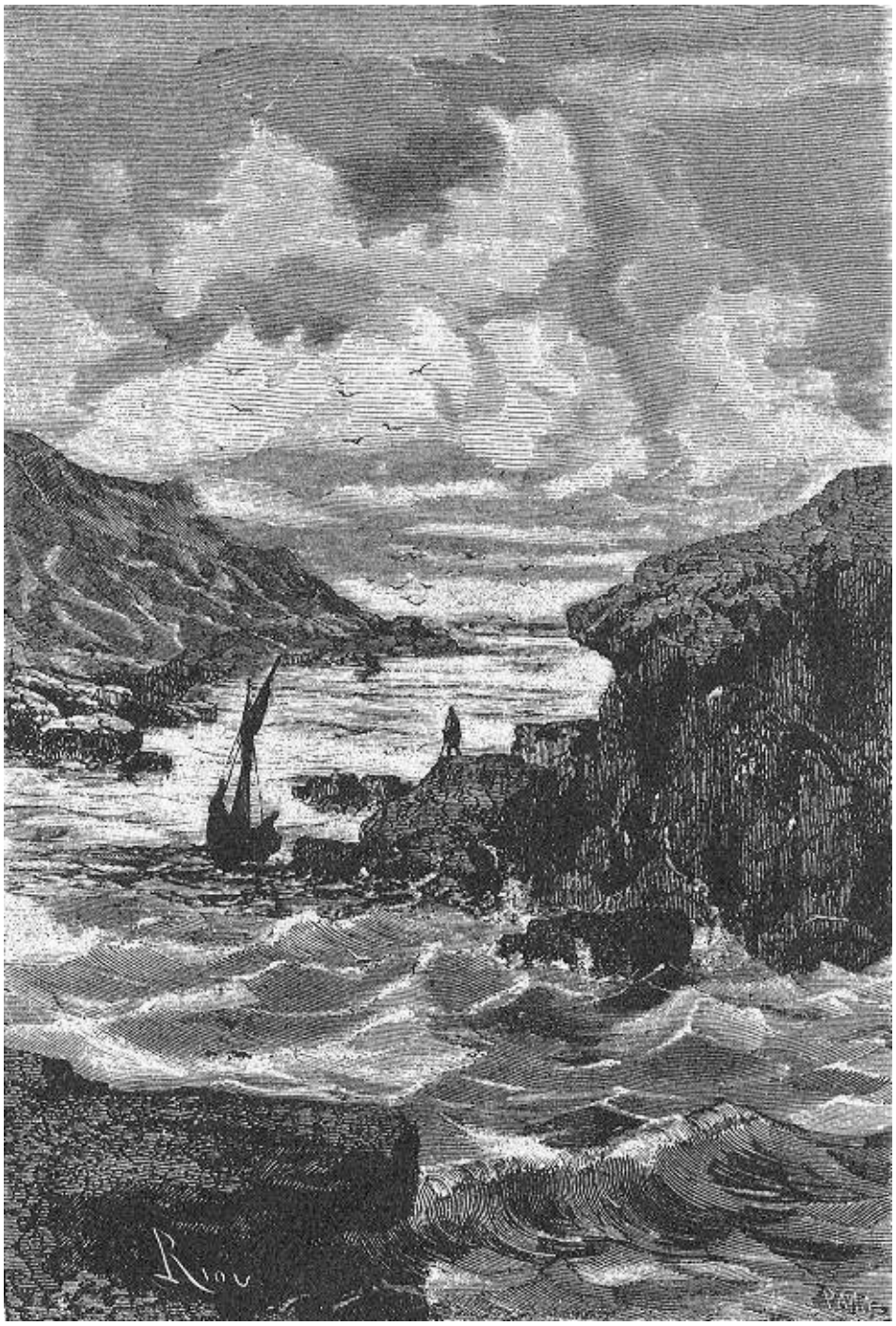




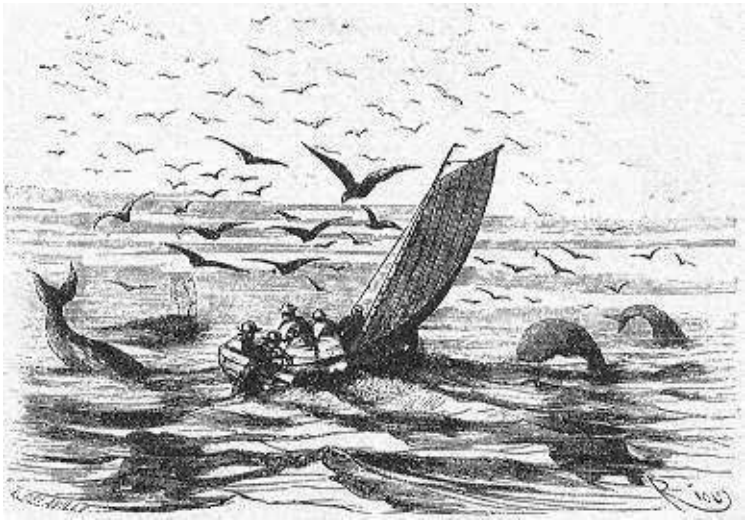


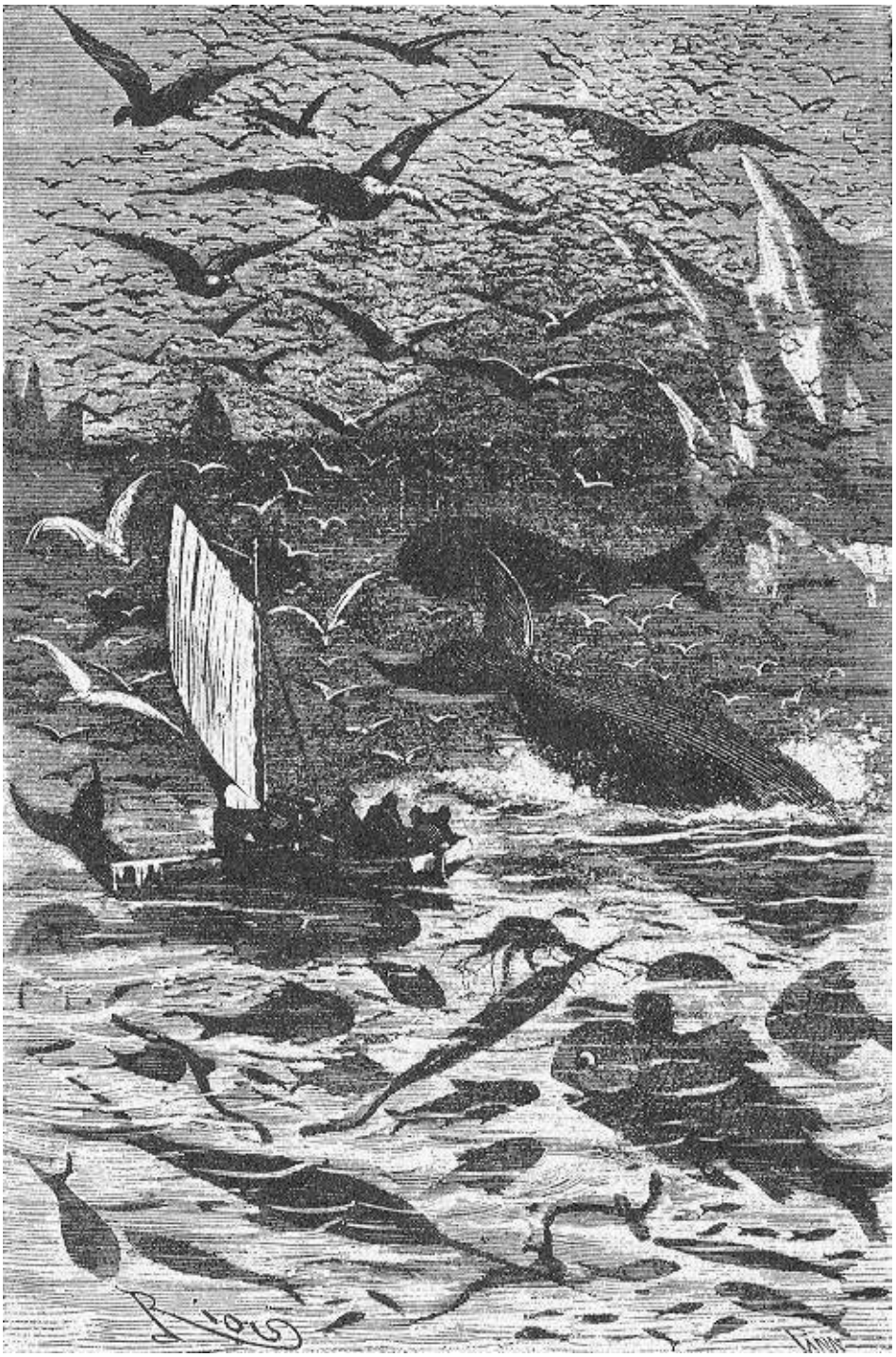


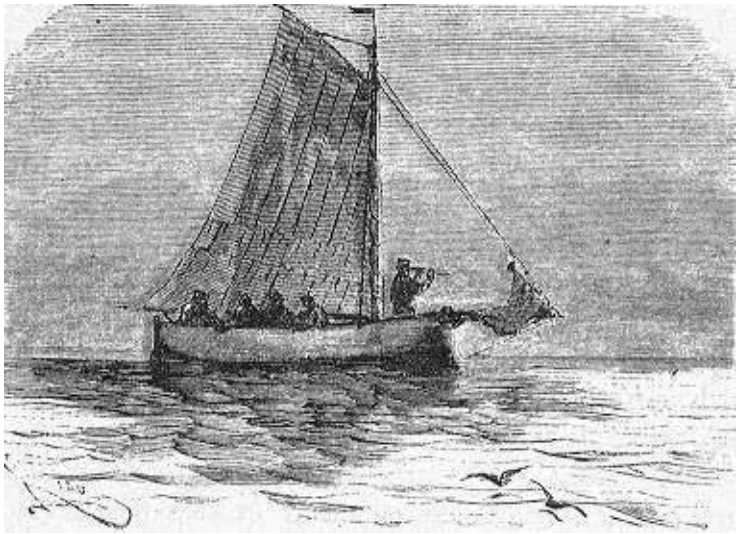


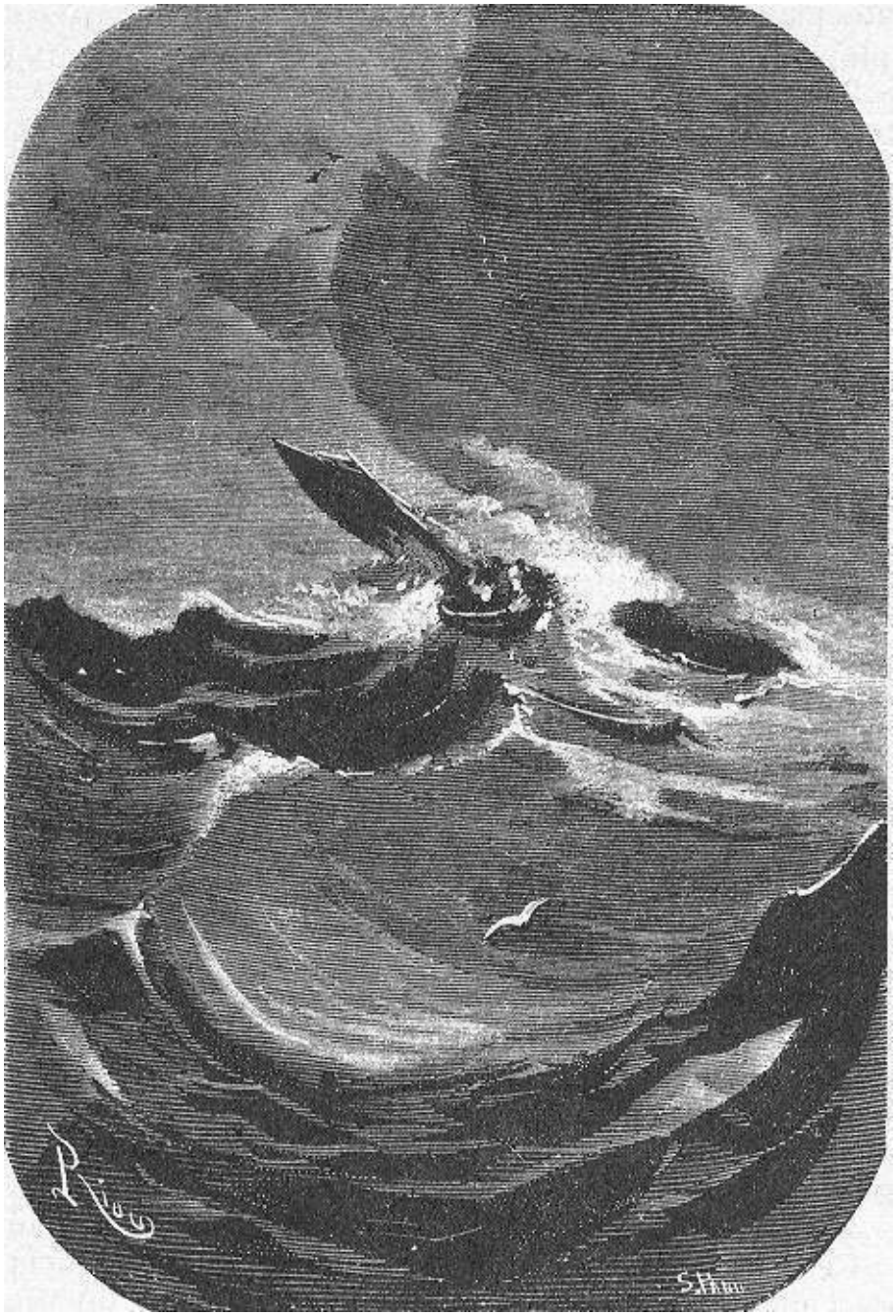


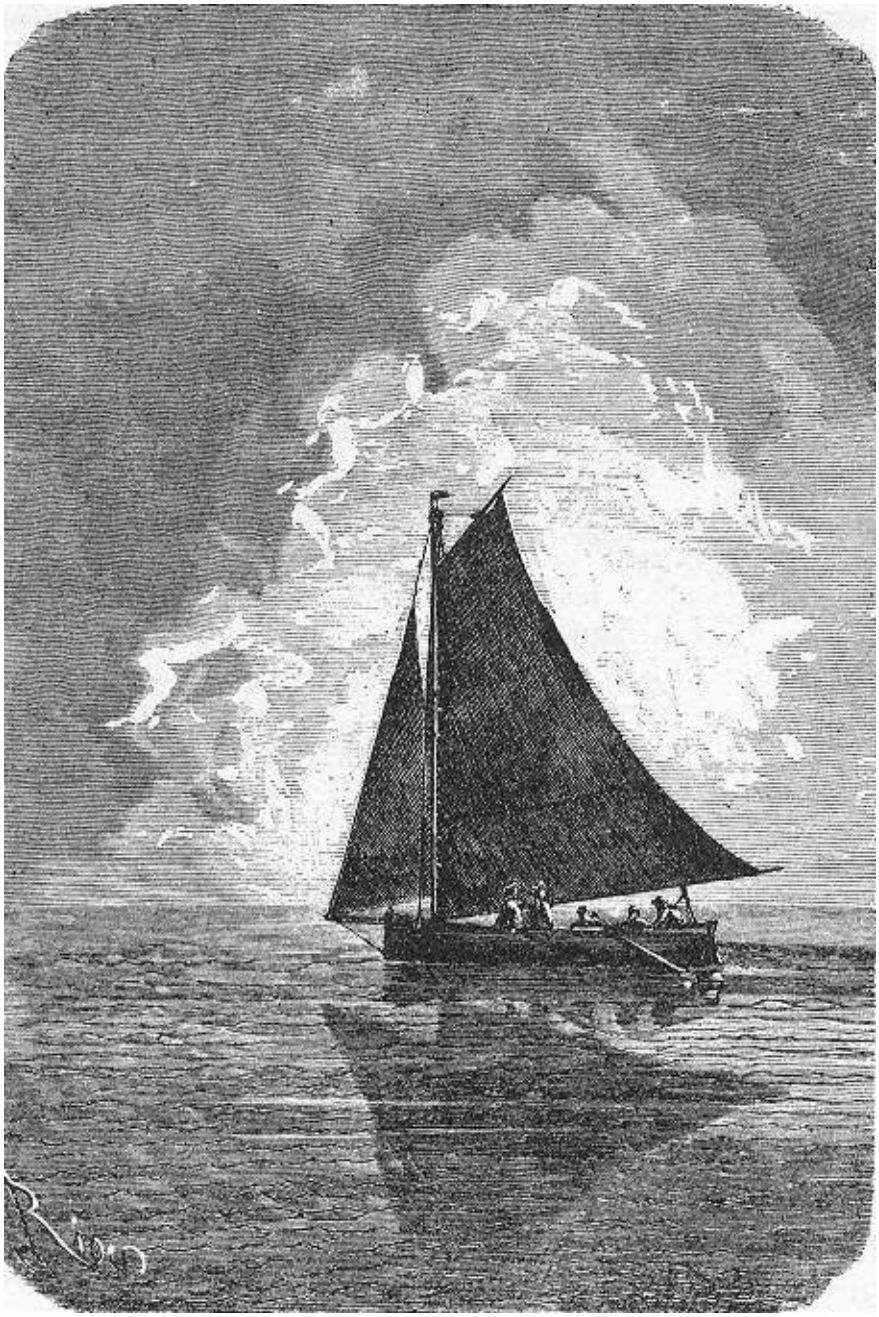
HILDIBRAND

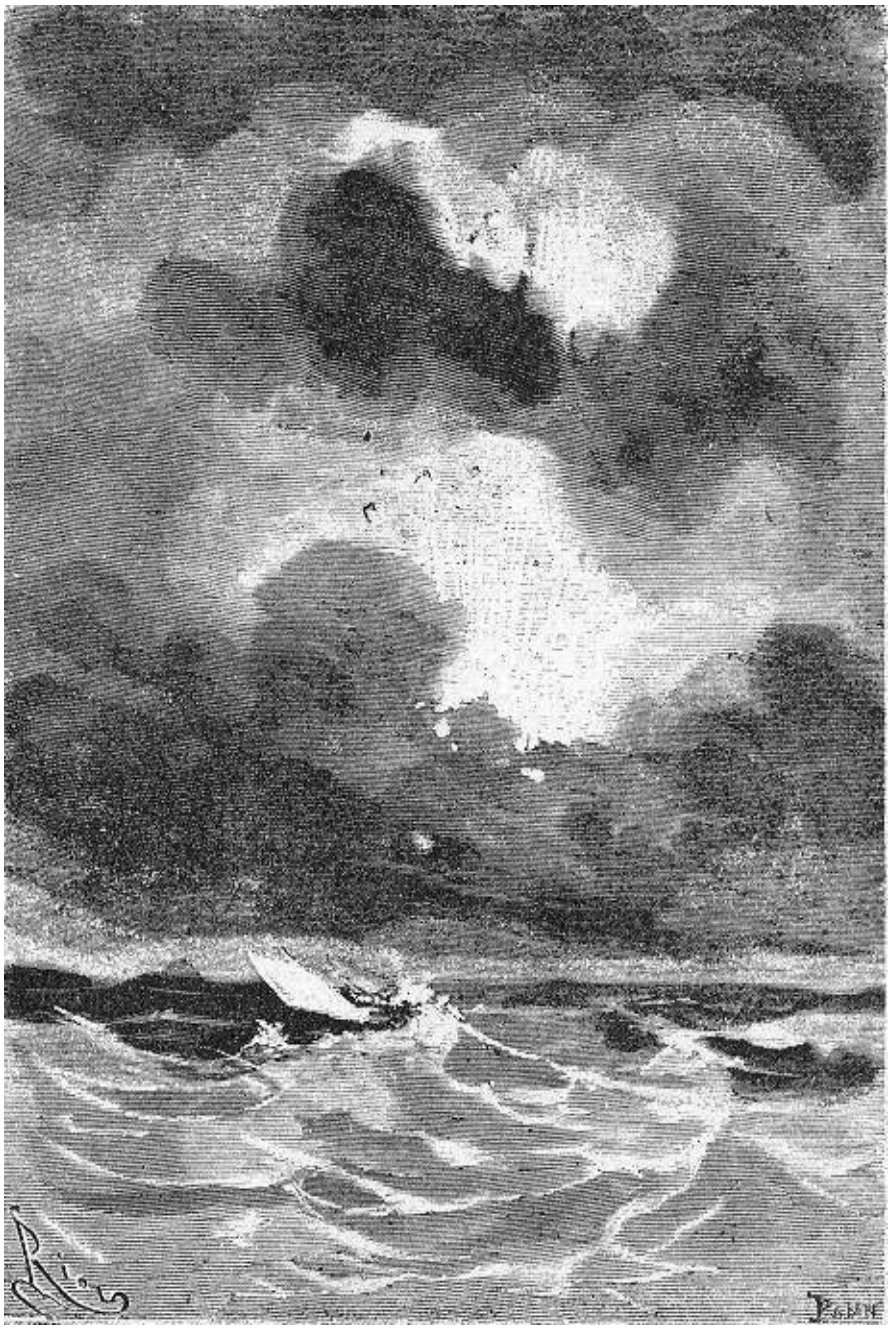


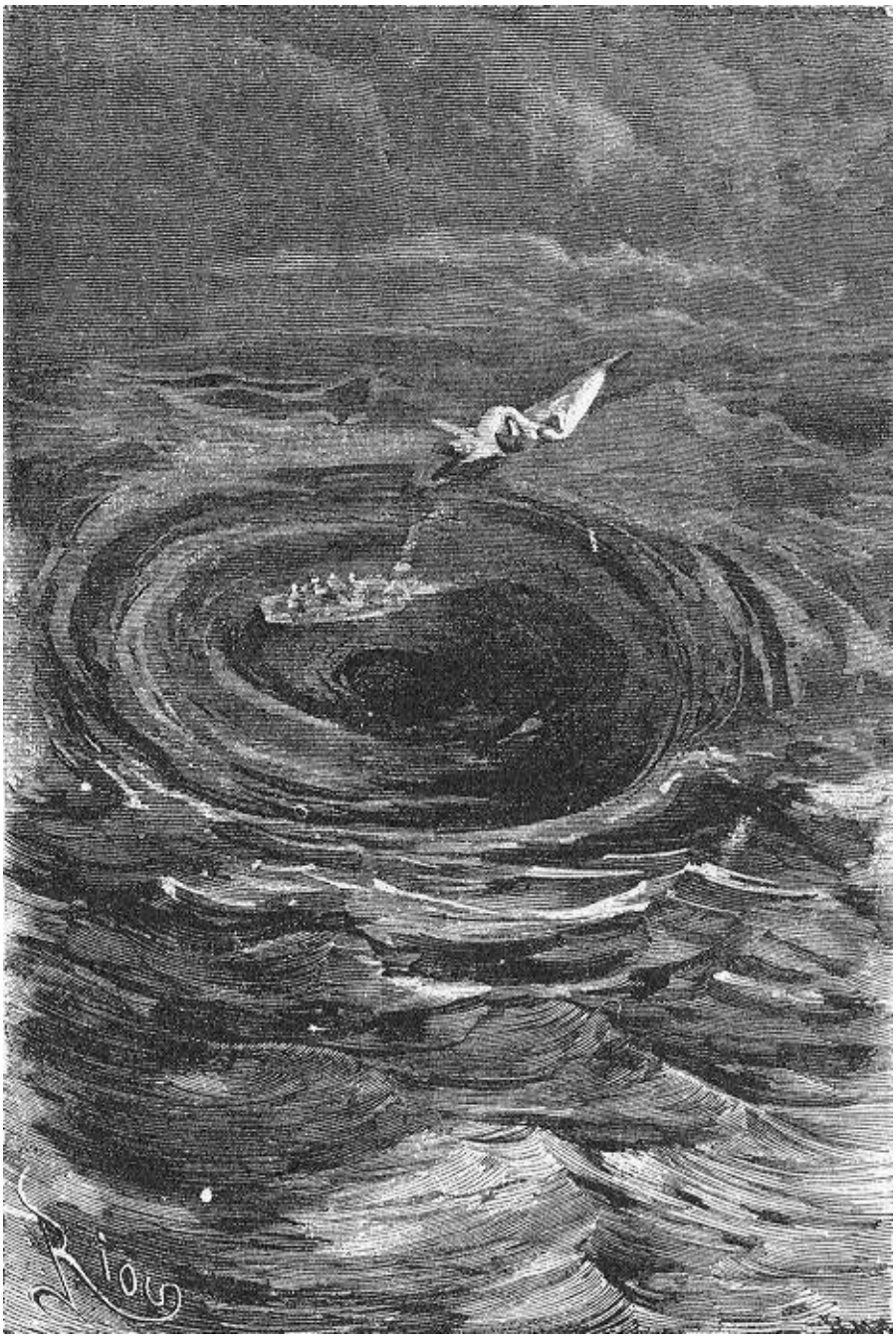


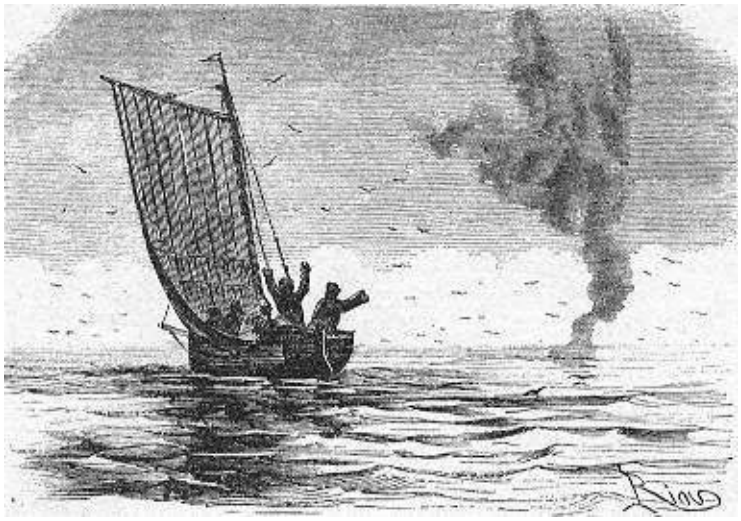


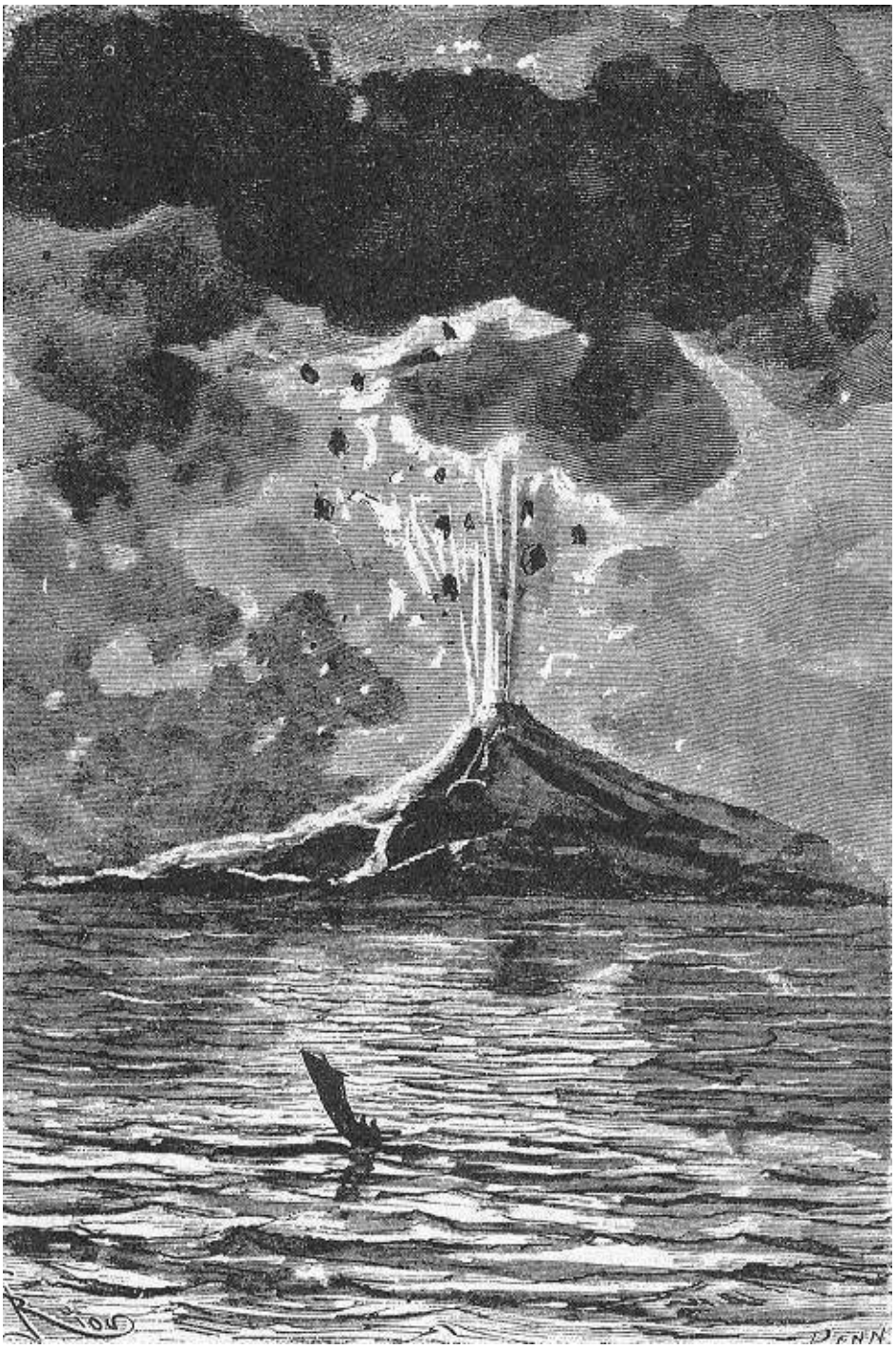


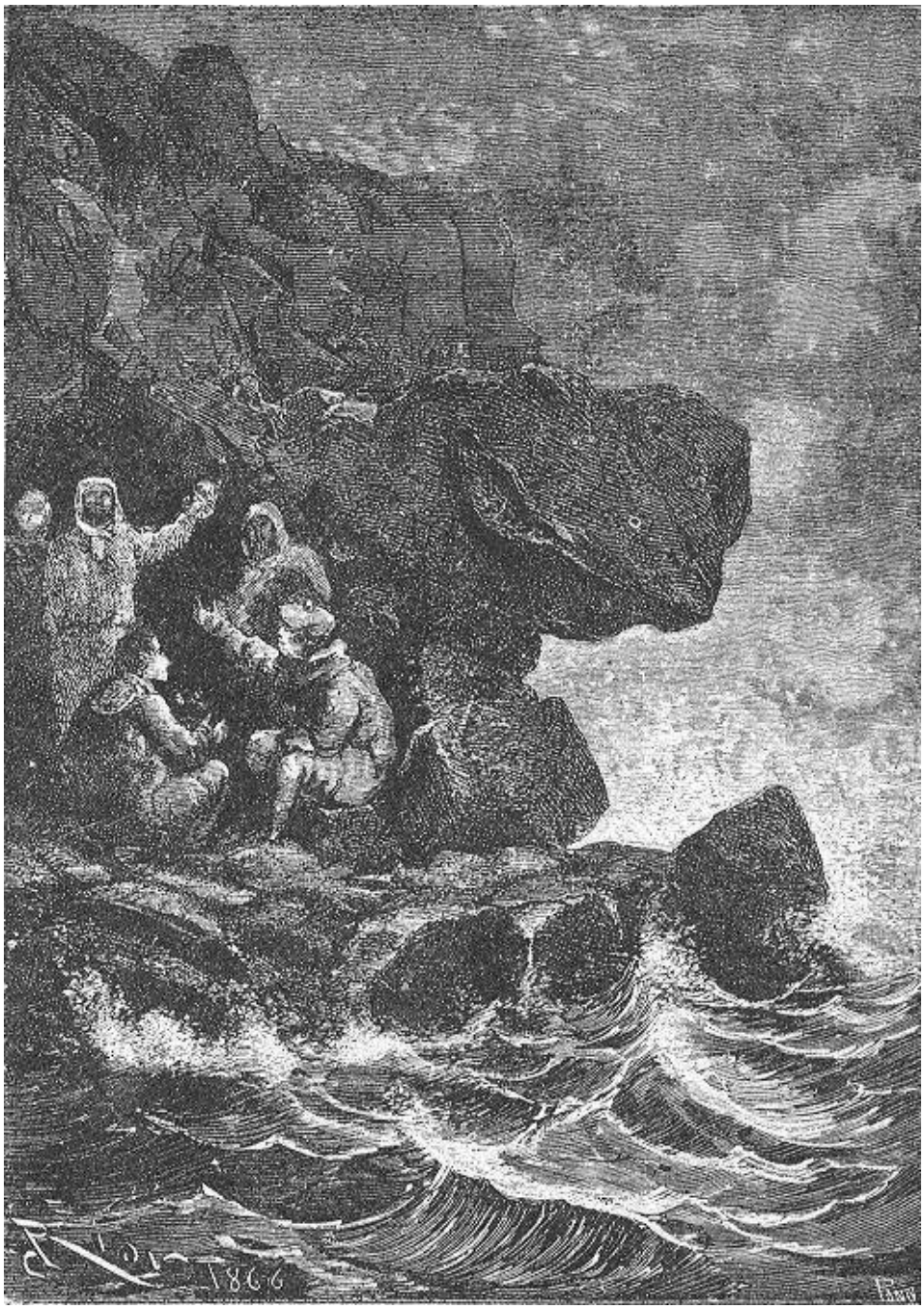


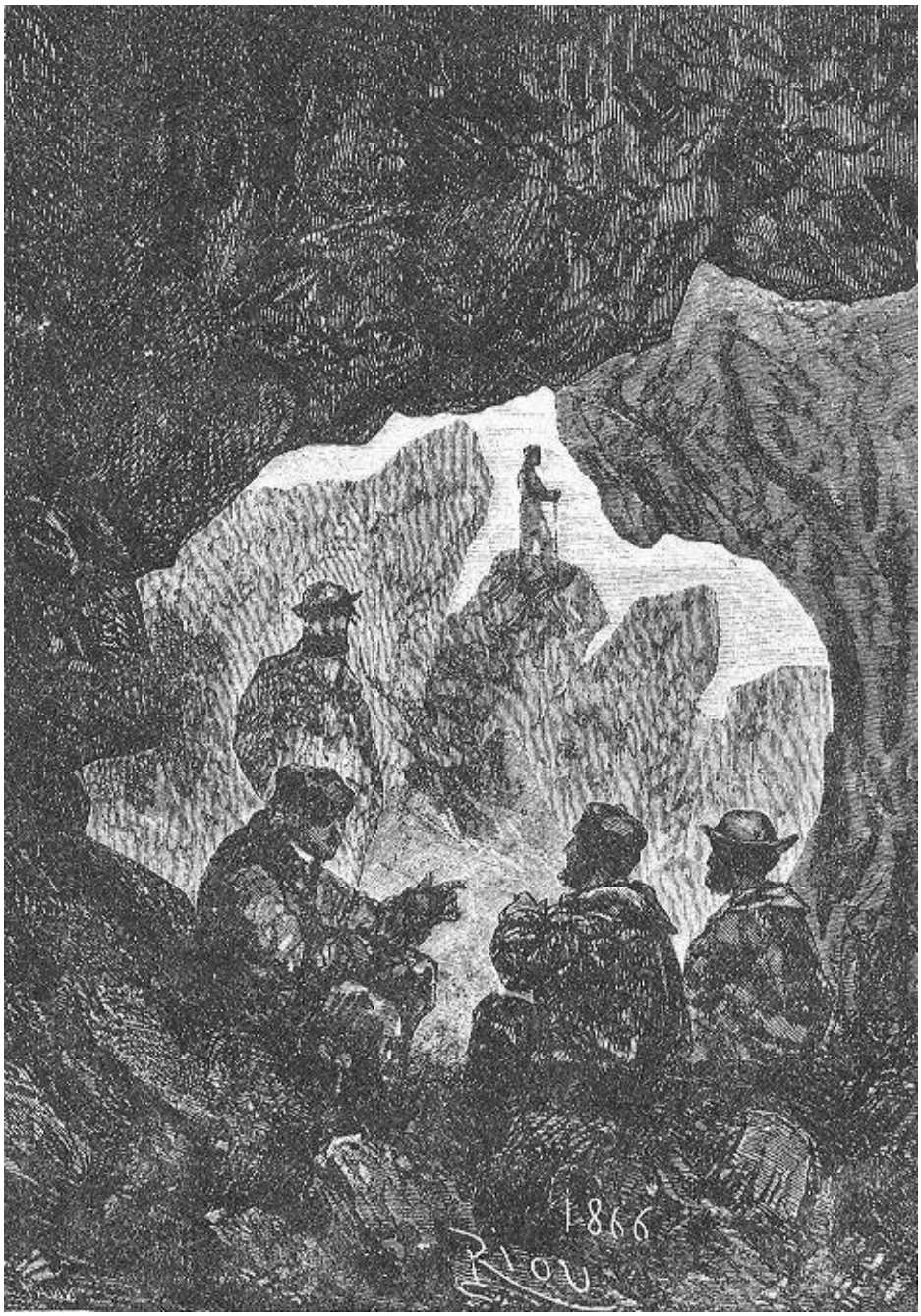


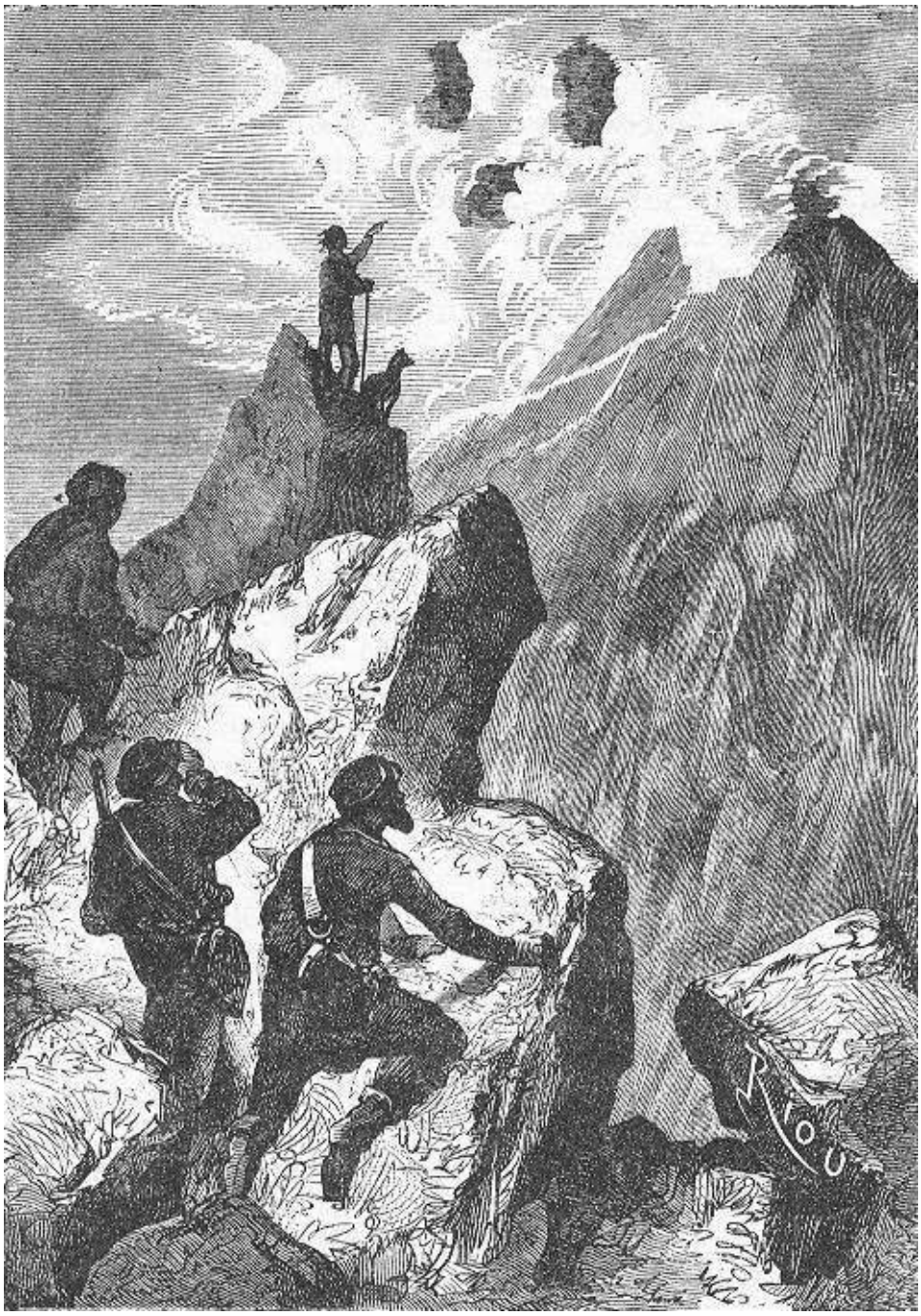


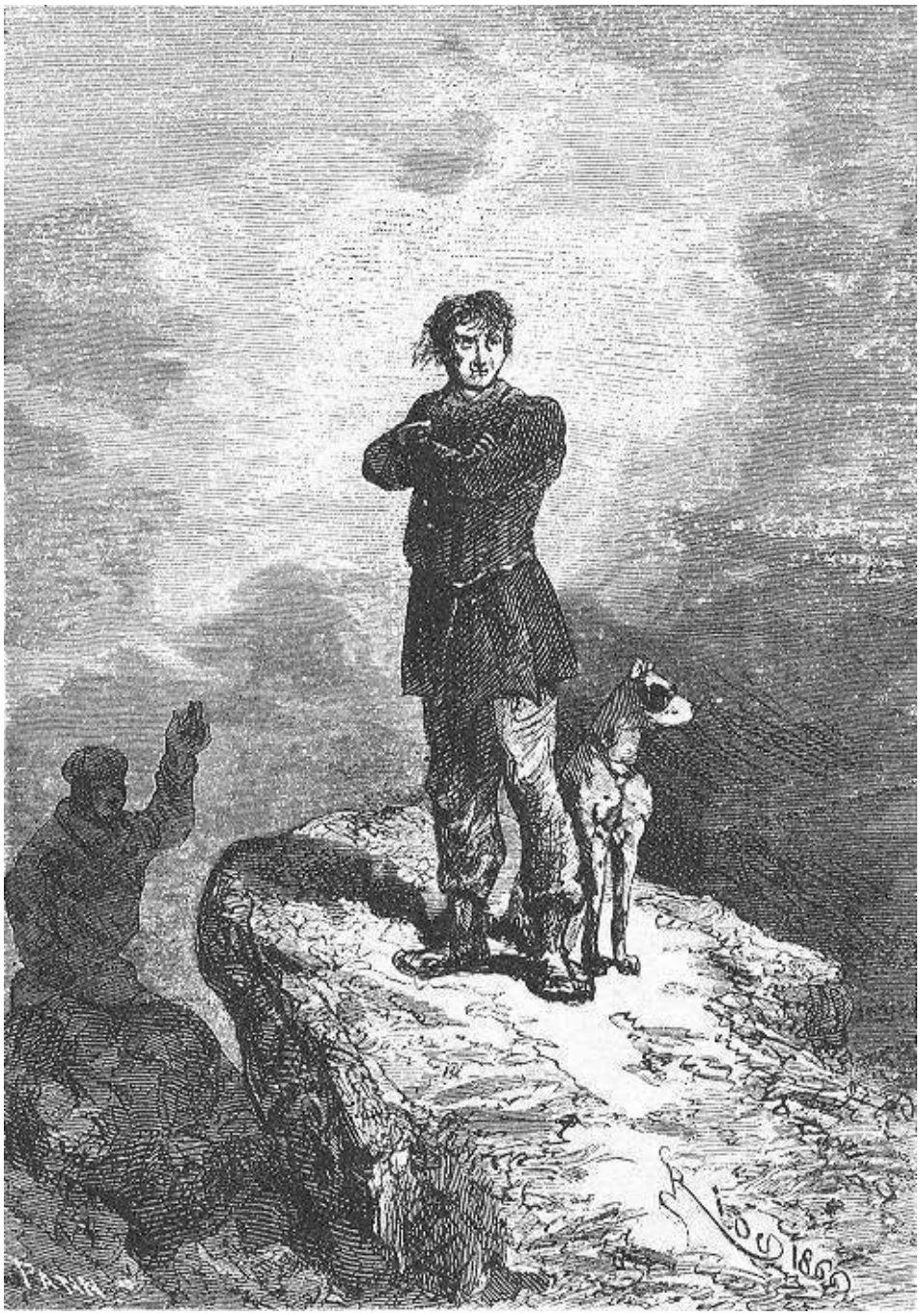


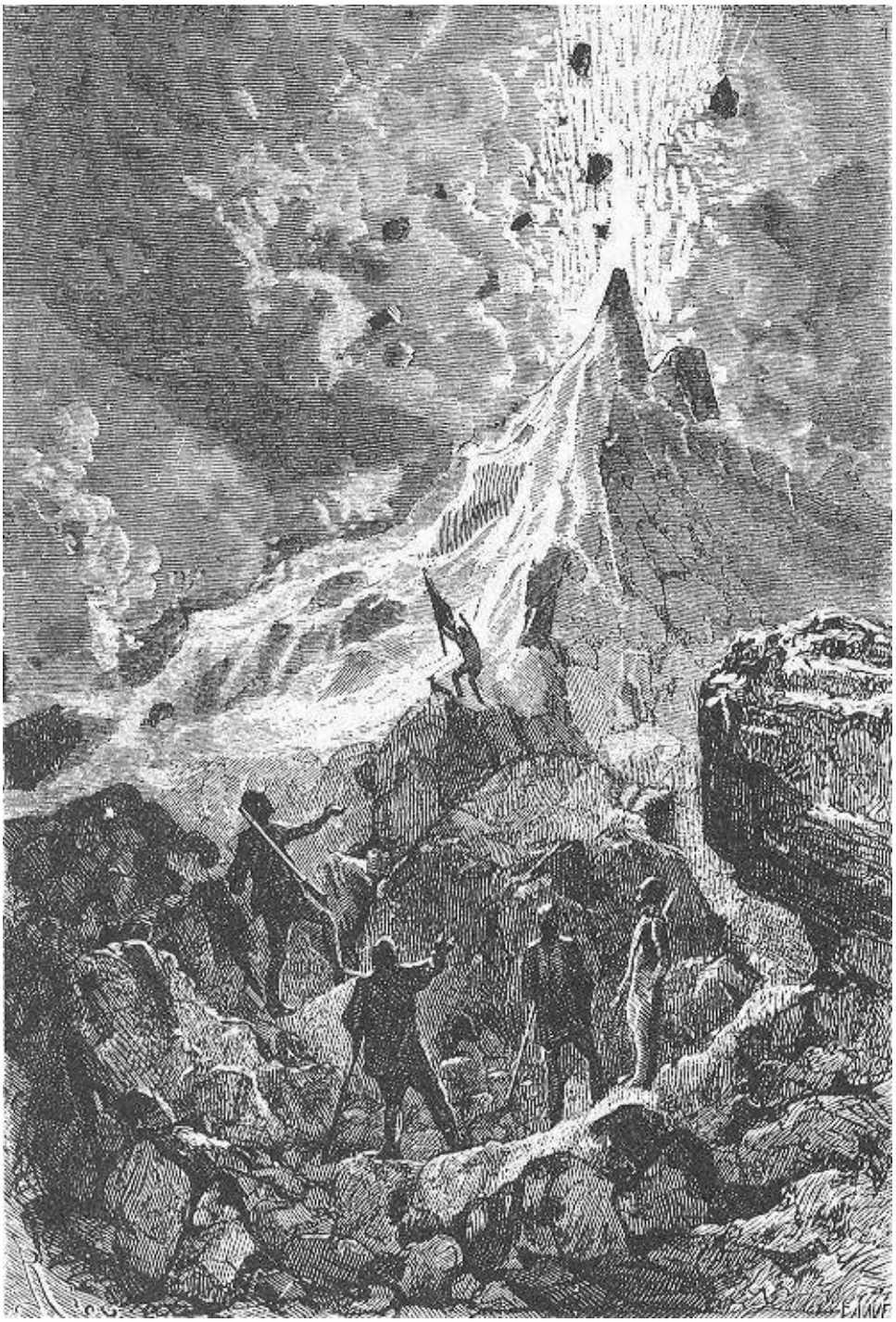


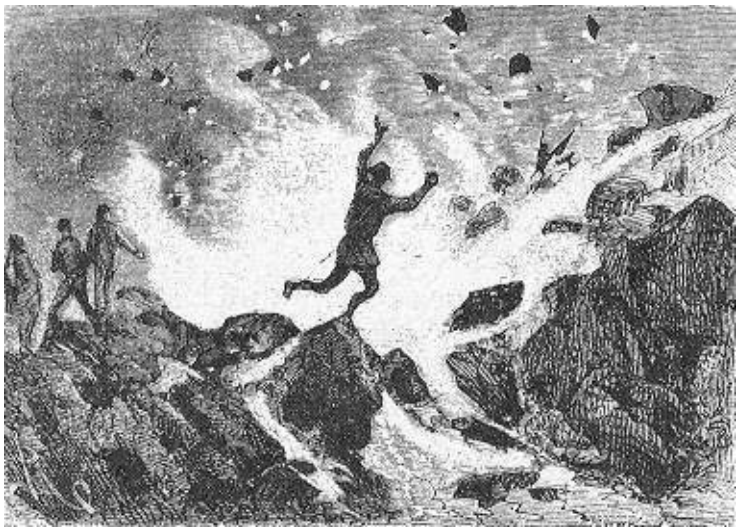


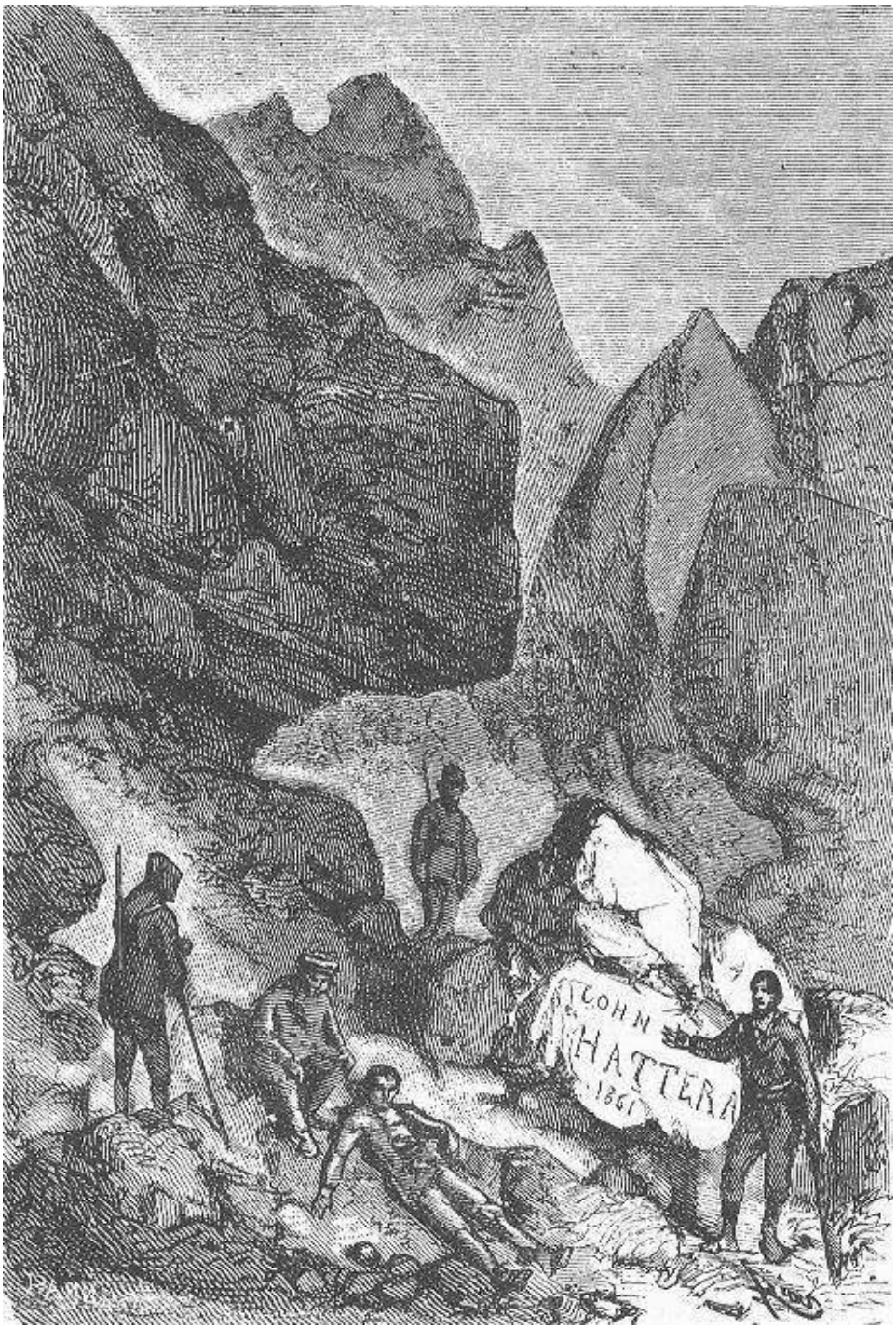

1866
RIOU

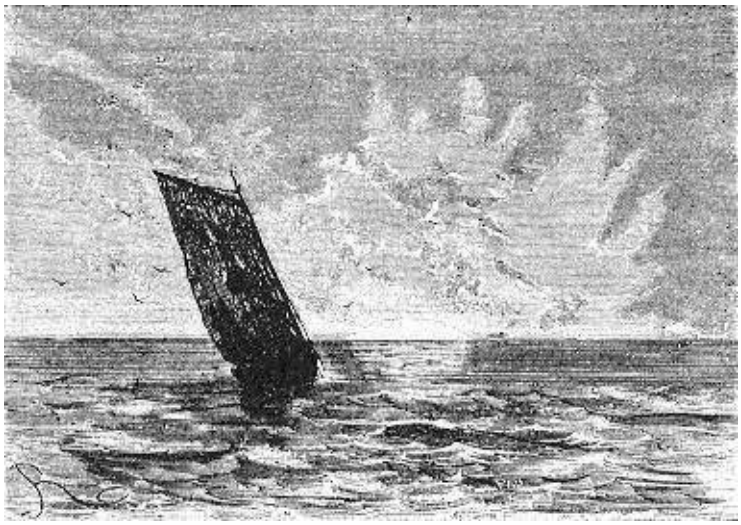


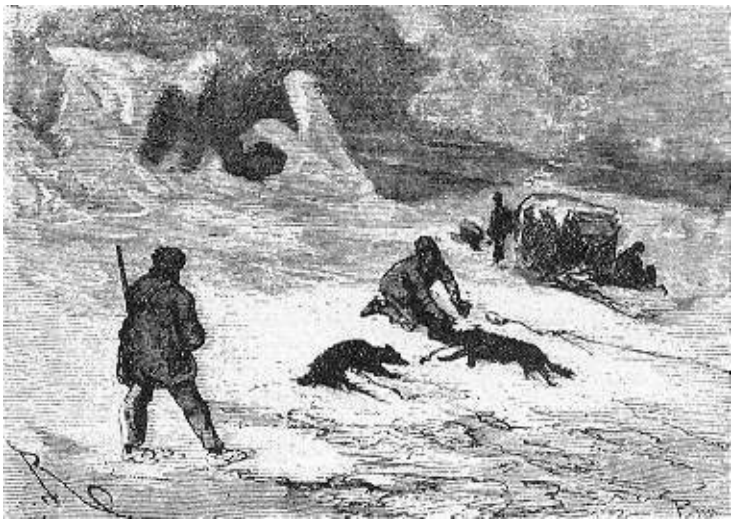


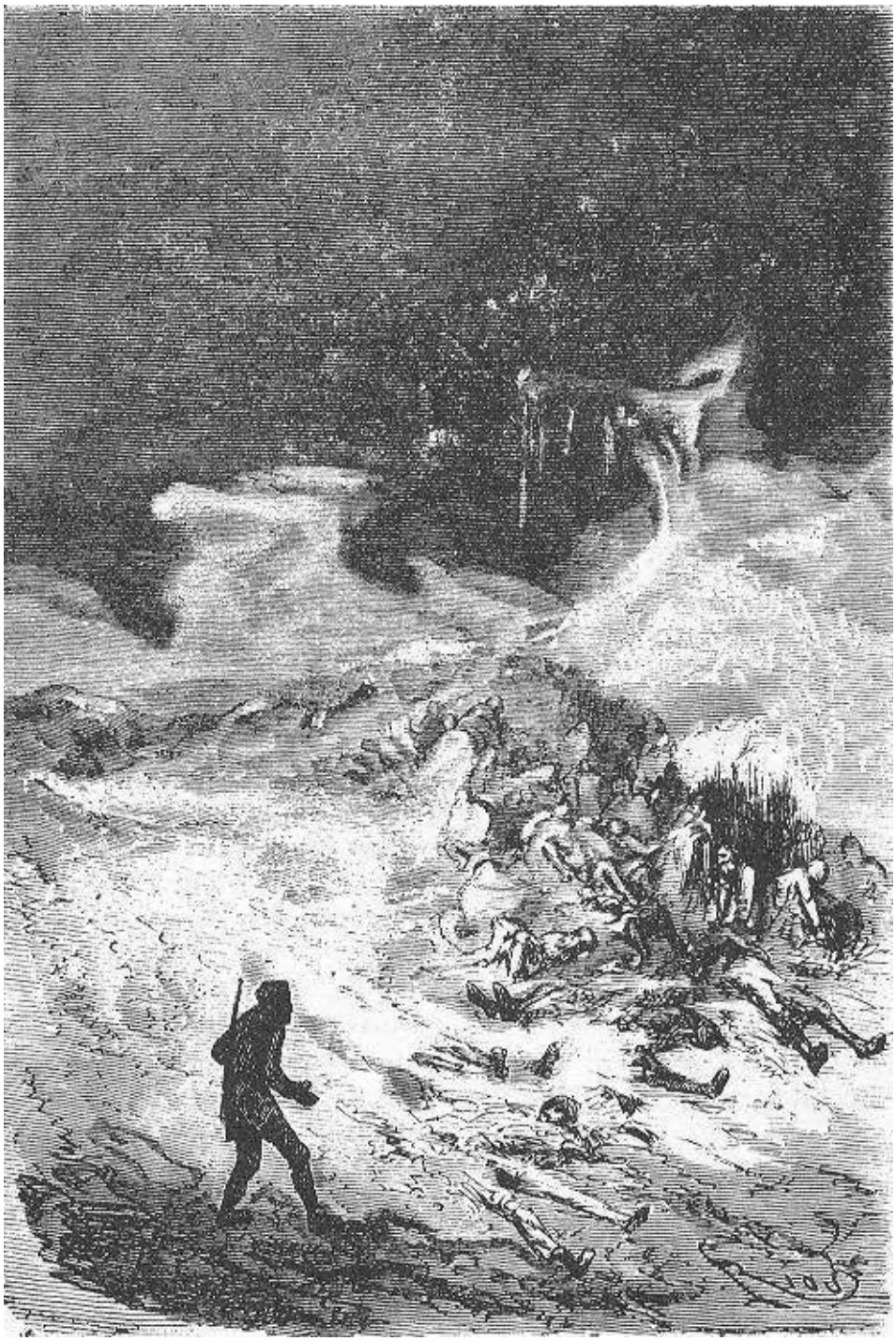


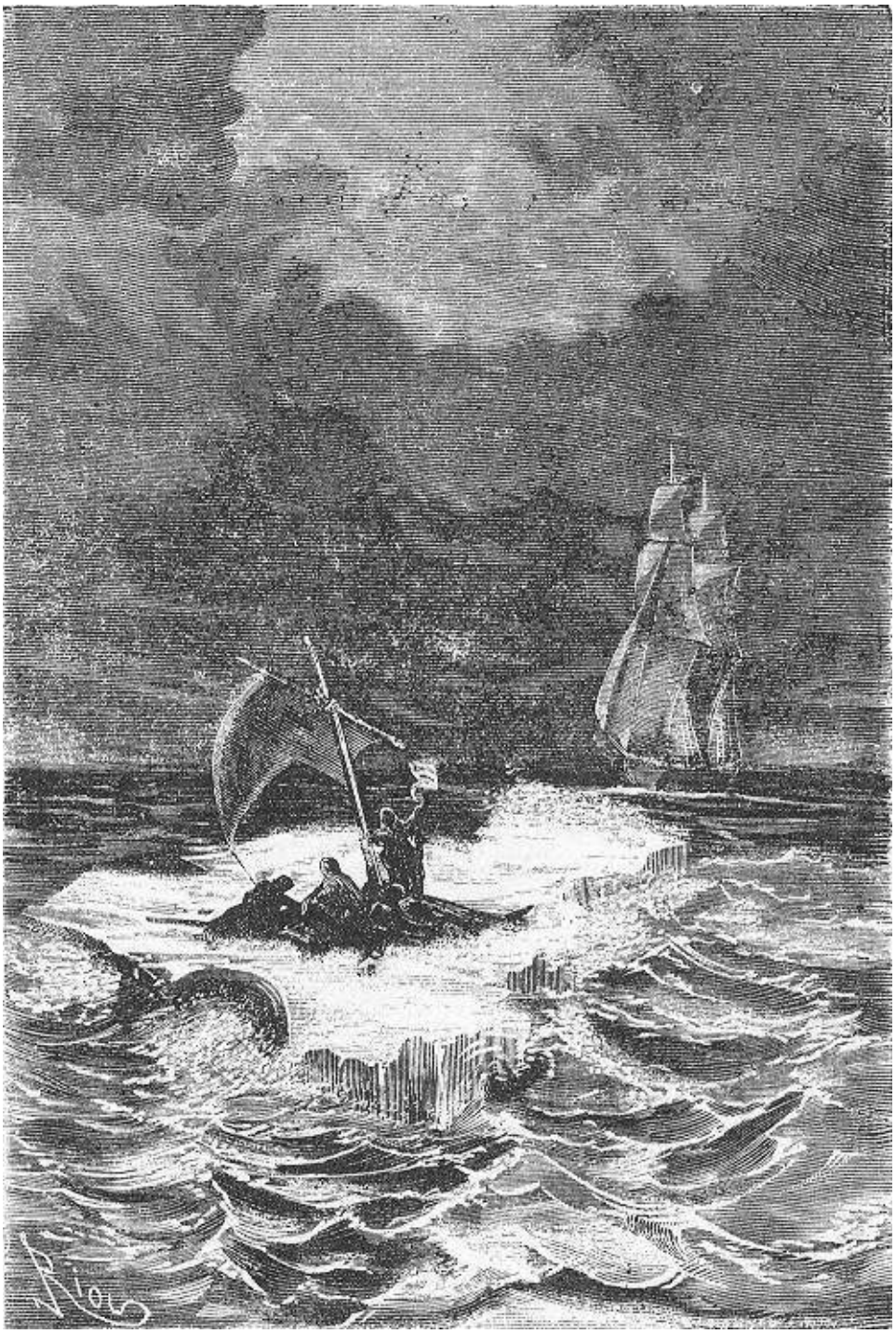


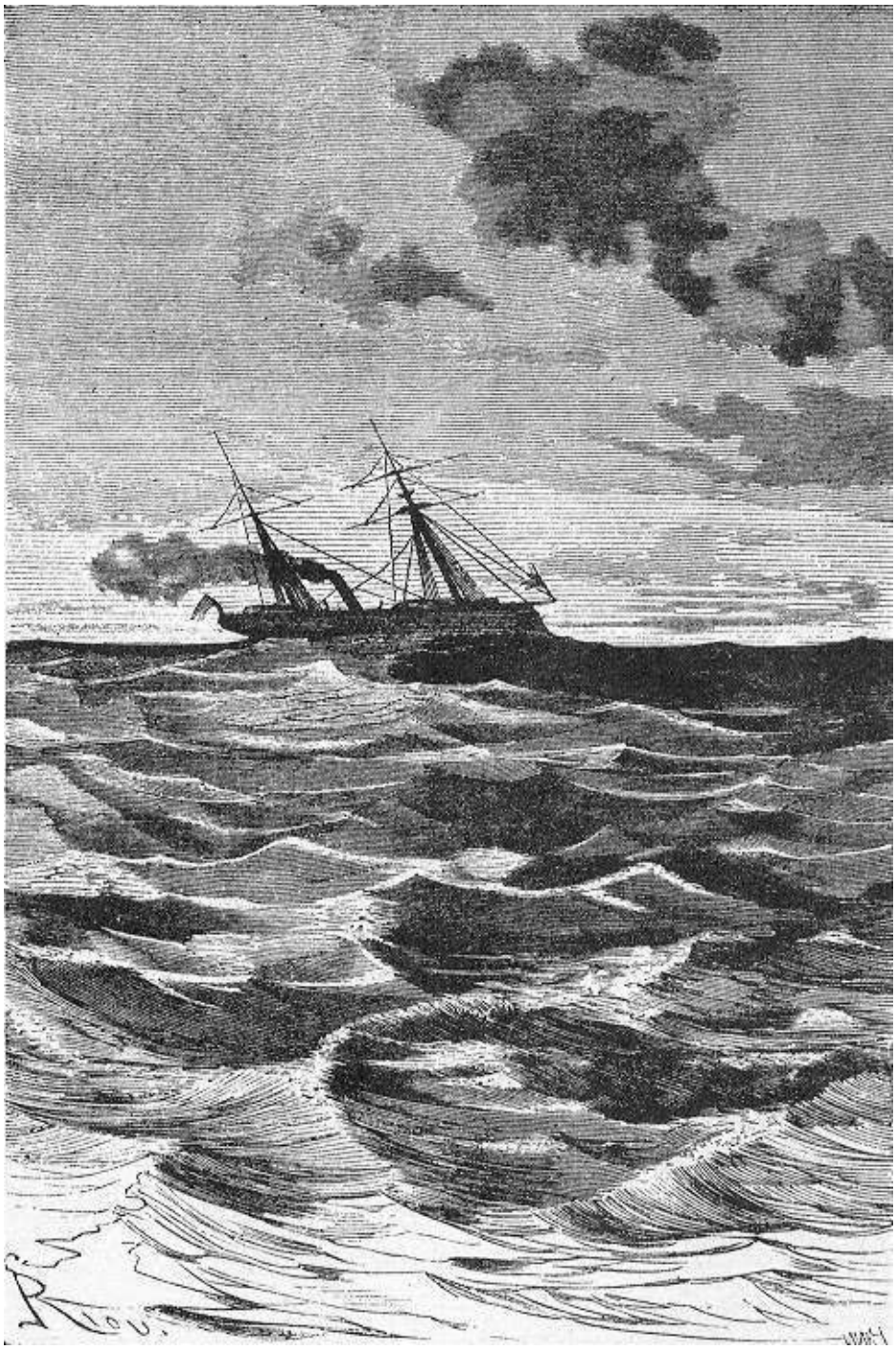

COHN
HATTERA
1861











JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil*

leguas de viaje submarino (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[1] Nota del editor:

La obra de Julio Verne *Les Anglais au póle Nord, Aventures du capitaine Hatteras* fue publicada por primera vez, por entregas, en los números 1-23 del «Magasin d'Éducation et de Récréation», entre el 20 de marzo de 1864 y el 20 de febrero de 1865.

Como libro, fue publicado por primera vez por Hetzel en 1866 en dos volúmenes: el primero se titulaba *Les Anglais au póle Nord, Aventures du capitaine Hatteras*; el segundo, *Le Désert de glace, Aventures du capitaine Hatteras*.

El propio Hetzel la publicó al año siguiente en un formato mayor (en 8.) y abundantemente ilustrada, con el título *Voyages et Aventures du capitaine Hatteras, Les Anglais au póle Nord, Le Désert de glace*. Esta edición de 1867 es la más conocida y la que más frecuentemente se ha utilizado como fuente, tanto del texto como de las ilustraciones. Fue publicada poco después en España por Agustín Jubera, con traducción de Ribot y Fontseré, en la que se han inspirado gran parte de las ediciones posteriores. <<

[2] *Forward* significa *Adelante*. <<

[3] Segundo de un buque inglés. <<

[4] Especie de petardos. <<

[5] Piloto de los hielos. <<

[6] Pan de sebo, o pan de chicharrones, muy conveniente a la alimentación de los perros <<

[7] Promontorio <<

[8] Meridiano de Greenwich. <<

[9] Especie de perdiz <<

[10] Termómetro Fahrenheit. <<

[11] Color especial, muy brillante, que toma la atmósfera sobre una gran extensión de hielo. <<

[12] Cuatrocientos pies. <<

[13] *Farewell* significa adiós. <<

[14] Isla de los hielos. <<

[15] Campos de hielo. <<

[16] Literalmente, nido de corneja. <<

[17] Green Land. <<

[18] Bahía que no se puede alcanzar. <<

[19] Cabo del regreso forzado. <<

[20] Ánade de plumazón. <<

[21] Aves de los mares boreales <<

[22] Especie de perdices que viven en los peñascos. <<

[23] Cogido. <<

[24] Hielos. <<

[25] 182 metros. <<

[26] Pequeñas pirámides de piedra. <<

[27] El mercurio se congela a 42° centígrados bajo cero. <<

[28] Francisco Arago. <<

[29] Esteras muy ásperas. <<

[30] Torbellinos. <<

[31] Casa de nieve. <<

[32] Humo helado. <<

[33] Roca compuesta de mica y feldespato. <<

[34] Canoa de caucho, hecha a manera de vestido, y que se hincha a voluntad <<

[35] Rio de Hyde Park, en Londres. <<

[36] Cuchillo ancho, a propósito para cortar témpanos de hielo. <<

[37] Adiestrador de perros. <<

[38] Régimen que excluye todas las bebidas espirituosas. <<

[39] Pájaros de nieve. <<

[40] *Libro del Tiempo*, que publicaba el almirante Fitz-Roy, donde se consignaban todos los fenómenos meteorológicos. <<

[41] Barra de hierro para atizar el fuego de los hornillos. <<

[42] 380 libras. <<

[43] Enfermedad ocasionada en la vista por la reverberación de las nieves. <<

[44] A fin de hacer asequible la indicada cifra, Scoresby decía que 50.000 individuos, ocupados noche y día en contar, hubiesen tardado en llegar a esta cifra desde el día de la creación del mundo hasta el momento actual. <<